

EN LA EXPOSICIÓN DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN. (G,S)*

RECOMENDACIÓN DEL AUTOR.

Este es Juan el evangelista, uno de los discípulos de Dios, quien fue elegido por Dios como virgen: a quien Dios llamó de las bodas, cuando deseaba casarse. A quien se le da en el Evangelio un doble testimonio de virginidad, ya que es llamado el más amado por Dios, y a quien el Señor encomendó a su madre desde la cruz, para que una virgen cuidara de otra virgen. Finalmente, es más manifiesto en el Evangelio, que él, comenzando la obra del Verbo incorruptible, es el único que testifica que el Verbo se hizo carne y que la luz no fue comprendida por las tinieblas: poniendo como primer signo el que Dios hizo en las bodas, para mostrar lo que era, él mismo demostrara a los lectores que donde el Señor es invitado, el vino de las bodas debe faltar, para que, al cambiar lo viejo, todo lo nuevo instituido por Cristo aparezca. Este Evangelio lo escribió en Asia, después de haber escrito el Apocalipsis en la isla de Patmos, para que a quien en el principio del canon introdujo el principio incorruptible, también el fin incorruptible fuera devuelto por la virgen en el Apocalipsis, diciendo Cristo, Yo soy el α y el ω . Este es Juan, quien, sabiendo que había llegado el día de su partida, convocó a sus discípulos, en Éfeso, prometiendo a Cristo a través de muchas señales, descendiendo al lugar excavado de su sepultura, hecha la oración, fue puesto con sus padres, tan ajeno al dolor de la muerte, como se encuentra ajeno a la corrupción de la carne. Sin embargo, después de todos escribió el Evangelio; y esto se debía a la Virgen: de cuyos escritos, sin embargo, la disposición en el tiempo, o la ordenación de los libros, no se expone por nosotros en cada detalle, para que, al dilatar el deseo sediento, y a los que buscan los frutos del trabajo, y a Dios se conserve la doctrina del magisterio. Amén.

BREVIARIO DEL EVANGELIO DE SAN JUAN.

1. Los levitas de los fariseos interrogan a Juan. Juan, viendo a Jesús, dice que es el Cordero de Dios, y Andrés dice a Pedro: Hemos encontrado al Mesías.
2. Jesús en la cena convierte el agua en vino; expulsa a los cambistas del templo: Destruid este templo, dice. Habla con Nicodemo sobre el bautismo y muchas otras cosas.
3. Jesús bautiza en Judea, y Juan en Enón; quien también dice que Cristo debe crecer, y él disminuir.
4. Jesús habla con la mujer samaritana; dice que un profeta no tiene honor en su propia patria, y resucita al hijo del oficial de la muerte.
5. En la piscina de Betesda sana la enfermedad de un hombre de treinta y ocho años, y dice: Escudriñad las Escrituras; y: Si creyerais a Moisés, quizás también me creeríais a mí.
6. Sobre los cinco panes y los dos peces, y que quisieron hacerlo rey. Jesús camina sobre el mar; y habla sobre el maná y el pan celestial; y al alejarse de él los discípulos, dice que uno de los doce es un diablo.
7. En medio de la fiesta de los Tabernáculos sube al templo, enseña a muchos; y ya de la multitud creyendo, clama: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Los príncipes discuten con los ministros y Nicodemo. Sobre la mujer adúltera. Jesús proclama ser la luz del mundo.
8. Jesús, interrogado sobre sí mismo, responde que es el principio. Que todo pecador es esclavo, y que Jesús es antes que Abraham. Cura al ciego de nacimiento.

9. Sobre la puerta y el redil, caminando en el templo durante la dedicación, dice que él y el Padre son uno. Sobre la resurrección de Lázaro.

10. María unge los pies de Jesús y los seca con sus cabellos. Jesús se sienta sobre un asno; y a los griegos que quieren ver a Jesús, habla sobre el grano de trigo que cae en la tierra. Y una voz del cielo a Jesús, y que muchos de los príncipes creyeron en Jesús, pero no lo confesaban por los fariseos.

11. Lava los pies de los discípulos. Predice la traición de Judas y la negación de Pedro, y sobre el amor fraternal, y que él está en el Padre, y el Padre en él, y sobre los mandamientos del Espíritu Paráclito.

12. Sobre la vid y los sarmientos, y sobre el amor, y la promesa del Paráclito, y que todo lo del Padre es suyo, y otros mandamientos.

13. Jesús encomienda a los discípulos al Padre. Jesús es entregado por Judas. Sobre la alocución de Pilato a los judíos sobre Jesús y Barrabás.

14. La pasión de Cristo, su sepultura y resurrección.

COMIENZA LA EXPOSICIÓN.

CAPÍTULO PRIMERO.

Debéis saber que, con razón, en todas las páginas de la divina Escritura, la autoridad evangélica sobresale, porque lo que la ley y los profetas anunciaron que sucedería, esto se muestra cumplido y realizado en el Evangelio; y entre los mismos escritores de los Evangelios, se dice que Juan es muy bienaventurado en la profundidad de los misterios divinos, a quien también se le atribuye, como se lee en la historia eclesiástica, haber predicado el Evangelio con pura palabra hasta casi el final de su vida, sin indicios de ninguna Escritura. De hecho, en el tiempo de la pasión, resurrección y ascensión del Señor, hasta los últimos tiempos del emperador Domiciano, durante unos sesenta y cinco años, predicaba la palabra de Dios sin ayuda de escritura alguna. Pero cuando, por Domiciano, quien fue el segundo perseguidor de los cristianos después de Nerón, fue exiliado a Patmos, aprovechando la ausencia de ese piadoso Padre, los herejes irrumpieron en la Iglesia, como lobos en rediles sin pastor, Marción, Cerinto, y Ebión, y otros anticristos, que negaban que Cristo hubiera existido antes de María, mancharon la simplicidad de la fe evangélica con doctrina perversa. Pero cuando él, después de la muerte de Domiciano, regresó a Éfeso por permiso del piadoso emperador Nerva, fue compelido por casi todos los obispos de Asia y las delegaciones de muchas Iglesias, a hablar más profundamente sobre la divinidad coeterna del Padre de Cristo, ya que en los escritos de los tres evangelistas, a saber, Mateo, Marcos y Lucas, les parecía tener suficiente testimonio sobre su humanidad y sobre lo que hizo como hombre. A lo que él respondió que no lo haría de otra manera, a menos que, convocado un ayuno, todos en común rogaran al Señor, para que, con su don, pudiera escribir dignamente. Y así, hecho esto, instruido por revelación celestial, y embriagado por la gracia del Espíritu Santo, dispuso de repente todas las tinieblas de los herejes con la luz de la verdad revelada, diciendo:

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Y cuando le llegó el conocimiento de los tres Evangelios, a saber, de Mateo, Marcos y Lucas, se dice que aprobó la fe y la verdad de lo dicho; sin embargo, vio que faltaba algo en la historia de los hechos, especialmente aquellos que el Señor realizó al principio de su predicación. Es cierto

que en los tres Evangelios anteriores parece que solo se contienen los hechos que ocurrieron después de que Juan el Bautista fue entregado y encarcelado. Porque, digo, estos parecían haber omitido, se dice que el apóstol Juan fue solicitado para que describiera los hechos que habían pasado antes de la entrega de Juan, realizados por el Salvador; y por eso dice en su Evangelio: Esto hizo Jesús como principio de sus señales (Juan II). Y también en otro lugar indica diciendo: Porque Juan aún no había sido encarcelado (Juan III). De lo cual se deduce que describió los hechos realizados por Jesús antes de que Juan fuera entregado. Pero sin duda, se propuso principalmente declarar la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, en la cual es igual al Padre, y se preocupó por recomendarla especialmente en su Evangelio, tanto como creyó que era suficiente entre los hombres. Por lo tanto, se elevó mucho más sublime que los tres evangelistas anteriores, de modo que puedes verlos de alguna manera conversando en la tierra con Cristo hombre, mientras que él trascendió la nube que cubre toda la tierra, y llegó a la luz clara del cielo, desde donde con la vista de la mente más aguda y firme vio: En el principio el Verbo, Dios de Dios, luz de luz, por quien todas las cosas fueron hechas, y lo reconoció hecho carne, para habitar entre nosotros; que asumió carne, no que fue transformado en carne. Porque si la ascensión de la carne no se hubiera hecho manteniendo la divinidad inmutable, no se diría: Yo y el Padre somos uno (Juan X). Porque el Padre y la carne no son uno. Y este testimonio del Señor sobre sí mismo solo lo recordó el mismo Juan. Y: Quien me ve, ve al Padre (Juan XIV). Y: Yo en el Padre, y el Padre en mí (Ibid.). Y: Para que sean uno, como nosotros somos uno (Juan XVII). Y: Lo que el Padre hace, esto también lo hace el Hijo de la misma manera (Juan V). Y si hay otras cosas que insinúan la divinidad de Cristo, en la cual es igual al Padre, a los que entienden correctamente, Juan solo las puso más plenamente en su Evangelio, como si del mismo pecho del Señor, sobre el cual solía reclinarsse en su banquete, bebiera más abundantemente y de alguna manera más familiarmente el secreto de su divinidad. De donde se da a entender, si prestas atención diligente, que los tres evangelistas persiguieron más copiosamente los hechos temporales del Señor, y las palabras que más valían para informar los modales de la vida presente, estando ocupados en esa vida activa; pero Juan, narrando muchos menos hechos del Señor, y escribiendo más diligente y abundantemente sus palabras, especialmente aquellas que insinuaban la unidad de la Trinidad y la felicidad de la vida eterna, mantuvo su intención y predicación en la virtud contemplativa que recomendaba. Este es, sin duda, Juan, uno de los discípulos de Cristo, a quien el Señor llamó virgen de la tempestad fluctuante de las bodas: a cuya virginidad se le da en el Evangelio un doble testimonio, ya que es llamado el más amado por Dios, y a quien Dios encomendó a su madre desde el trono de la cruz, para que una virgen cuidara de otra virgen. Quien mereció por el singular privilegio de la castidad, que más alto que todos los demás escritores de los milagros de Cristo, captara y revelara el misterio de la divina Majestad. Porque no en vano se dice que en la cena mística se recostó sobre el pecho de Jesús (Juan XIII, XXI), sino que por esto se enseña verdaderamente que bebió más excelentemente que los demás el manantial de la sabiduría celestial del santísimo pecho de Jesús. Por lo cual, con razón, en la figura de los cuatro animales se le compara al águila voladora. Pues el águila está acostumbrada a volar más alto que todas las aves, y a fijar su mirada más claramente en los rayos del sol que todos los animales. Así el bienaventurado Juan contempló más sublimemente los misterios de la eterna natividad de Cristo. Por lo tanto, otros evangelistas describen a Cristo nacido en el tiempo, Juan testifica que ya existía en el principio, diciendo: En el principio era el Verbo. Lo cual se entiende de dos maneras. Pues el Padre es el principio: como si dijera, En el Padre está el Hijo: a quien este evangelista llamó Verbo. No debe perturbarnos que en lo que sigue de este Evangelio, cuando los judíos le preguntaron quién era, el mismo Dios Hijo de Dios respondió: Principio, que también os hablo (Juan VIII). Pues si el Hijo es el principio, que tiene al Padre, cuánto más fácilmente se debe entender que Dios Padre es el principio, que tiene al Hijo, a quien es Padre. Porque el

Hijo es Hijo del Padre, y el Padre, ciertamente, es Padre del Hijo, y el Padre es Dios, pero no Dios de Dios; el Hijo es Dios de Dios, y el Padre es llamado luz, pero no de luz: el Hijo es llamado luz, pero luz de luz. Así el Padre es principio, pero no de principio; el Hijo es principio, pero principio de principio. Porque lo que era en el principio, no se termina en el tiempo, no es precedido por un principio. Si deseas referir el principio a las criaturas o a los tiempos, lo que dice: En el principio era el Verbo, cualquier cosa de las criaturas que tuvo un principio para ser, entonces era el Verbo de Dios, por quien son todas las cosas. Por eso el evangelista dice cuatro veces, era, era, era, era, para que entiendas que el Verbo coeterno con Dios Padre precedió a todos los tiempos. Otros evangelistas demuestran que el Hijo de Dios apareció de repente entre los hombres; el bienaventurado Juan declara que siempre estuvo con Dios, diciendo: Y el Verbo estaba con Dios. Otros lo confirman como verdadero hombre, él mismo confirma que es verdadero Dios, diciendo: Y el Verbo era Dios. Otros muestran que como hombre temporalmente se conversó entre los hombres, él muestra que como Dios permanecía con Dios en el principio, diciendo: Este estaba en el principio con Dios. Pues si el principio anterior se refiere al Padre, y este principio siguiente a las criaturas, se entiende que el Verbo, es decir, el Hijo de Dios, es eternamente en el Padre, y precedió con su esencia todo principio de las criaturas. Otros relatan las maravillas que realizó en el hombre; él enseña que Dios Padre hizo toda la creación visible por medio de él, diciendo:

Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. Pues si nada de las criaturas fue hecho sin él, está claro que él mismo no es criatura, por quien toda criatura fue hecha. Y para que nadie, al escuchar que la creación fue hecha por el Hijo de Dios, crea que su voluntad es mutable, como si de repente quisiera hacer la creación, que nunca antes había hecho desde la eternidad, el evangelista enseña claramente que la creación fue hecha en el tiempo, pero en la eterna sabiduría del Creador, siempre estuvo dispuesto cuándo y cómo sería creada, y esto es lo que dice:

Lo que fue hecho, en él estaba la vida. Es decir, lo que fue hecho en el tiempo, ya sea vivo o sin vida, todo esto en la razón espiritual del Creador había vivido, y vive, como si siempre hubiera vivido: no porque sea coeterno con el Creador lo que creó, sino porque es coeterna con él la razón de su voluntad, en la cual desde la eternidad tuvo y tiene qué y cuándo crearía, cómo lo creado gobernaría para que permaneciera, a qué fin llevaría cada cosa que creó. Por eso debe distinguirse así, y añadirse como con otra voz: En él estaba la vida, porque todo lo que fue hecho por él, también vive en él, como el arte vive en el ánimo del artífice, aunque el arte o cualquier otra cosa hecha por él perezca.

Y la vida era la luz de los hombres. Con esta palabra se enseña claramente que esa razón vital por la cual todas las cosas están dispuestas y gobernadas: no ilumina a toda criatura, sino solo a la racional, para que pueda entender. Los hombres, de hecho, que fueron hechos a imagen de Dios, pueden percibir la sabiduría, los animales no pueden. Pero el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (I Cor. V). Por eso, después de haber dicho: Y la vida era la luz de los hombres, añadió sobre aquellos que, alejándose del honor de la condición humana, fueron comparados a las bestias insensatas, y se hicieron semejantes a ellas (Sal. XLVIII), y por eso son privados de la luz de la recta voluntad.

Y la luz, dice, en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no la comprendieron. La luz es Cristo de los hombres, porque ilumina con su presencia todos los corazones de los hombres que merecen ser iluminados. Las tinieblas son los necios e inicuos, cuyos corazones ciegos la luz de la eterna Sabiduría conoce claramente cómo son, aunque ellos no puedan captar los rayos de esa luz por la inteligencia, como si un ciego fuera expuesto al resplandor del sol, y sin embargo no viera el sol, cuya luz lo baña. Sin embargo, la divina misericordia ha provisto

para tales, cómo podrían llegar a ver esa verdadera luz, y ser hijos de la luz, que fueron hijos de las tinieblas, y el comienzo de este conocimiento fue lo que sigue.

Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No dice, Para que todos creyeran en él. Maldito el hombre que confía en el hombre, y pone la carne por su brazo (Jer. XVII); sino para que todos, dice, creyeran por él, es decir, para que por su testimonio creyeran en la luz, que aún no sabían ver, a saber, el Señor Jesucristo, quien testifica de sí mismo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Juan VIII).

No era él la luz, sino para dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Y los santos hombres son llamados luz con razón, diciendo el Señor a ellos: Vosotros sois la luz del mundo (Mat. V), y el apóstol Pablo: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes. V). Pero hay mucha diferencia entre la luz que es iluminada y la luz que ilumina. Entre aquellos que por participación de la verdadera luz reciben para brillar, y la misma luz perpetua, que no solo brilla en sí misma, sino que también con su presencia, lo que toque, lo ilumina. En comparación con la verdadera luz, no solo los menores elegidos, sino incluso el mismo Juan, de quien no surgió mayor entre los nacidos de mujer (Mat. XI), se afirma que no es luz, para que Cristo no sea mostrado como lo que se pensaba. Porque él, como está escrito, era lámpara ardiente y brillante (Juan V). Ardiente en fe y amor, brillante en palabra y acción. Infundir la gracia de la luz en los corazones es solo de aquel de quien se dice: Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. A todo, es decir, que es iluminado, ya sea por ingenio natural, ya sea por sabiduría divina. Pues así como nadie puede ser por sí mismo, tampoco nadie puede ser sabio por sí mismo, sino por la iluminación de aquel de quien está escrito: Toda sabiduría es del Señor Dios. De cuya naturaleza, tanto divina, es decir, que siempre y en todas partes permanece entero, como humana, de la cual nació en el tiempo, apareció incluido en un lugar, el evangelista describe consecuentemente diciendo:

En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no lo conoció. A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron. En el mundo, en efecto, estaba, y el mundo por él fue hecho, porque era Dios, porque estaba en todas partes, porque con la presencia de su majestad, sin esfuerzo gobernaba, y sin carga contenía lo que había hecho. Y el mundo no lo conoció, porque la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. En este lugar, el mundo se refiere a los hombres engañados por el amor al mundo, y al aferrarse a la criatura, se apartaron de conocer la majestad de su Creador. A lo suyo vino, porque en el mundo, que hizo por su divinidad, apareció nacido por su humanidad. A lo suyo vino, porque en el pueblo judío, al que había unido a sí mismo con gracia especial por encima de las demás naciones, se dignó encarnarse. En el mundo, por tanto, estaba, y al mundo vino por la Encarnación. Venir o ir, en efecto, es propio de la humanidad; permanecer y ser, de la divinidad. Porque, aunque estaba en el mundo por su divinidad, el mundo no lo conoció: se dignó venir al mundo por su humanidad, para que al menos así el mundo lo conociera. Pero veamos qué sigue: A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron. A quien en el poder de la Deidad no conocieron como creador y gobernante de todas las cosas, no quisieron recibirlo resplandeciendo en la debilidad de la carne con milagros; y lo que es más grave, los suyos no lo recibieron, es decir, los hombres que él mismo creó. Los judíos, a quienes había elegido como su pueblo peculiar, a quienes había revelado el misterio de su conocimiento, a quienes había glorificado con las maravillosas acciones de los padres, a quienes había conferido la doctrina de su ley, de entre los cuales se mostró encarnado, como había prometido, en gran parte rehusaron recibirlo

cuando vino; pues no todos lo rechazaron, de lo contrario nadie sería salvo, y su Encarnación sería en vano. Ahora bien, muchos de ambos pueblos no creyendo lo rechazaron, muchos creyendo lo recibieron, de los cuales el evangelista insinúa a continuación, diciendo:

Pero a todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Consideremos, hermanos amadísimos, cuánta es la gracia de nuestro Redentor, cuán grande es la multitud de su dulzura. Nació único del Padre, y no quiso permanecer solo. Descendió a la tierra, donde adquirió para sí hermanos a quienes pudiera dar el reino de su Padre, nació Dios de Dios, y no quiso permanecer solo como Hijo de Dios, se dignó hacerse también hijo del hombre, no perdiendo lo que era, sino asumiendo lo que no era, para que por esto transfiriera a los hombres a ser hijos de Dios, y los hiciera coherederos de su gloria, quienes lo que él siempre tenía por naturaleza, lo recibieran por gracia. Consideremos cuánta es la virtud de la fe, por cuyo mérito se da a los hombres el poder de ser hechos hijos de Dios. Por eso está bien escrito: Porque el justo vivirá por la fe (Habacuc II). Vive, en efecto, el justo por la fe, no aquella que se profiere solo con la confesión de los labios, sino aquella que obra por el amor (Gálatas V). De lo contrario, la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma (Santiago II). Nadie se desprecie a sí mismo, nadie desespere de su salvación. Cuidemos todos, cuidemos cada uno, para que quienes estábamos lejos, merezcamos ser hechos cercanos en la sangre de Cristo. Veamos lo que se dice: A todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. A todos los que (dice) lo recibieron. Porque Dios no hace acepción de personas (Hechos X), sino que en toda nación, el que teme a Dios y obra justicia, es acepto a él. De qué manera los creyentes pueden ser hechos hijos de Dios, y cuánto esta generación difiere de la carnal, el evangelista lo designa a continuación.

Quienes no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Nuestra generación carnal de cada uno, en efecto, nace de sangre, es decir, del semen del hombre y de la mujer, tiene su origen en el abrazo del matrimonio; pero la espiritual es ministrada por la gracia del Espíritu Santo; que distinguiendo de la carnal, el Señor dice: A menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es (Juan III). Pero para que nadie dude que el hombre puede ser hijo de Dios y coheredero de Cristo, el evangelista da ejemplo, porque el mismo Hijo de Dios se dignó hacerse hombre y habitar entre los hombres, para que participando de la fragilidad humana, hiciera a los hombres partícipes de su divina virtud.

Y el Verbo, dice, se hizo carne, y habitó entre nosotros. Lo que es decir: El Hijo de Dios se hizo hombre, y convivió entre los hombres. Pues la Escritura suele designar al hombre entero, a veces con el término alma, a veces con el de carne. De alma, por ejemplo, como está escrito: Porque Jacob descendió a Egipto, con setenta almas (Deuteronomio X). De carne, como está escrito de nuevo: Y toda carne verá la salvación de Dios (Lucas III). Pues ni las almas sin cuerpos pueden descender a Egipto, ni la carne sin alma puede ver algo; pero aquí por el alma se designa al hombre entero, allí por la carne. Así, en este lugar, lo que se dice: Y el Verbo se hizo carne, no debe entenderse de otra manera que si se dijera: Y Dios se hizo hombre, revistiéndose de carne y alma, para que así como cada uno de nosotros es un solo hombre compuesto de carne y alma, así desde el tiempo de la Encarnación Cristo sea uno compuesto de divinidad, carne y alma, Dios existiendo desde la eternidad hasta la eternidad: verdadero como era, asumiendo al hombre en el tiempo en la unidad de su persona, verdadero que no había tenido.

Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. La gloria de Cristo, que antes de la encarnación los hombres no podían ver, la vieron por la

encarnación, contemplando la humanidad resurgiendo con milagros, y entendiendo la divinidad oculta en su interior, especialmente aquellos que antes de la pasión merecieron contemplar su caridad transfigurada en el monte santo, con una voz que descendió de Dios de tal magnífica gloria: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mateo XVII), y después de la pasión, viendo la gloria de su resurrección y ascensión, fueron maravillosamente renovados por el don de su Espíritu (Hechos II); por todo lo cual reconocieron claramente que tal gloria no convenía a cualquier santo, sino solo a aquel hombre que era en la divinidad unigénito del Padre. Lo que sigue: Lleno de gracia y de verdad; lleno de gracia era y es el hombre Cristo Jesús, a quien por un don singular por encima de los demás mortales se le dio que desde el momento en que fue concebido en el vientre de la Virgen, comenzara a ser hombre verdadero Dios. Por lo cual la misma gloriosa siempre Virgen María, no solo debe ser creída y confesada como madre del hombre Cristo, sino también de Dios. El mismo era y es lleno de verdad, por la misma divinidad del Verbo, que se dignó asumir a aquel hombre singularmente elegido, con quien era una persona de Cristo: no transformando algo de su sustancia divina, como quieren los herejes, en la naturaleza del hombre, sino permaneciendo en el Padre todo lo que era, asumiendo toda la naturaleza verdadera del hombre del linaje de David, que no tenía.

Juan da testimonio de él. El precursor de nuestro Redentor, dando testimonio de él, proclama con voz manifiesta la grandeza de su humanidad, y al mismo tiempo la eternidad de su divinidad.

Clama diciendo: Este era de quien dije: El que viene después de mí, es antes de mí, porque era primero que yo. Pues en lo que dice: El que viene después de mí, insinúa el orden de la dispensación humana, porque nacería después de él, después de él también predicaría, bautizaría, haría señales, y sufriría la muerte. En lo que añade: Es antes de mí, designa la sublimidad de esa humanidad, que por mérito debía ser preferida a todas las demás criaturas. Pues lo que dice: Antes de mí, no se refiere al orden del tiempo, sino a la distancia de dignidad, según lo que está escrito de los hijos de José, cuando Jacob los bendecía: Y puso a Efraín antes que a Manasés (Génesis XLVIII), donde bien pudo decir Manasés: El que viene después de mí, es antes de mí, es decir, el que nació después de mí, me precedió en el reino; [Quizás precedió en el reino] como Juan del Señor: El que viene después de mí, dice, es antes de mí, es decir, el que vendrá después de mí a predicar, me supera en el culmen del reino y del sacerdocio eterno. Y por qué el que vendría después de él, lo superaría en dignidad, lo aclaró cuando añadió: Porque era primero que yo, es decir, era Dios coeterno antes de los siglos, por eso, aunque nacido después, me precederá en gloria de majestad incluso en la humanidad asumida. Explicado el testimonio del precursor del Señor que el evangelista dio de él, vuelve inmediatamente a su propia afirmación, que había comenzado, a dar testimonio de él; pues sigue:

Y de su plenitud todos hemos recibido, gracia sobre gracia. Pues anteriormente dijo: Porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Lo cual también confirmó con el testimonio de su precursor, diciendo: Este era de quien dije: El que viene después de mí, es antes de mí, porque era primero que yo, nuevamente él mismo prosigue lo que había comenzado, diciendo: Y de su plenitud todos hemos recibido, gracia sobre gracia. Pues el Señor estaba lleno del Espíritu Santo, lleno de gracia y de verdad, porque, como dice el Apóstol, En él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Colosenses II). De cuya plenitud todos hemos recibido según la medida de nuestra capacidad, porque a cada uno de nosotros se nos ha dado la gracia según la medida del don de Cristo (Efesios IV). Pues solo del Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, se pudo decir verdaderamente: Y reposará

sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu de temor del Señor (Isaías XI). Pero todos los santos no reciben la plenitud de su Espíritu, sino de su plenitud, cuanto él dona, porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia, según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro gracia de sanidades en un Espíritu, a otro operación de milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno como quiere (I Corintios XII). Porque de la plenitud de nuestro Creador no hemos recibido algo, sino todo lo bueno que tenemos, debemos cuidar con sumo esmero que nadie se enorgullezca imprudentemente de su buena acción o pensamiento, no sea que si permanece ingrato al dador, pierda el bien que ha recibido. Y cuando el evangelista dijo que todos hemos recibido de la plenitud de Cristo, inmediatamente añadió, y dijo: Gracia sobre gracia. Testifica, por tanto, que hemos recibido una doble gracia, una en el presente, otra en el futuro. En el presente, la fe, que obra por el amor (Gálatas V); en el futuro, la vida eterna. Pues la fe, que obra por el amor, es gracia de Dios, porque para que creamos, para que amemos, para que obremos el bien que conocemos, no lo hemos recibido por méritos nuestros precedentes, sino por el mismo que dice: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os puse para que vayáis y llevéis fruto, y para que recibáis la vida por la fe, el amor y las buenas obras (Juan XV). La gracia eterna es, porque para no desviarnos del buen camino, siempre necesitamos al mismo guía, a quien se dice: Guíame, Señor, en tu camino, y andaré en tu verdad (Salmo LXXXV). Es de notar que algunos libros tienen: Todos hemos recibido de su plenitud, y gracia sobre gracia. Algo primero de su plenitud hemos recibido, y después gracia sobre gracia, es decir, de su plenitud hemos recibido el perdón de los pecados, y gracia, es decir, vida eterna por la gracia de la fe, que obra por el amor. Todo lo cual es certísimo que nos proviene de una sola fuente, la plenitud de Cristo. ¿Qué, pues, hemos recibido de la plenitud de su bondad? A saber, el perdón de los pecados, para que seamos justificados en la fe. ¿Qué más? Y gracia sobre gracia, es decir, por la gracia en la que vivimos por la fe, recibiremos otra, ¿qué, sin embargo? sino gracia, esto es, vida eterna. Sigue:

Porque la ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad por Jesucristo fueron hechas. La ley, en efecto, fue dada por Moisés, en la cual se decreta con derecho celestial qué debe hacerse, qué debe evitarse; pero lo que aquella ordenó, no se cumple sino por la gracia de Cristo. Aquella, en efecto, podía mostrar el pecado, enseñar la justicia, y mostrar culpables a sus transgresores: pero la gracia de Cristo, difundida por el espíritu de caridad en los corazones de los fieles, hace que se cumpla lo que la ley ordenó. Por eso lo que está escrito, No codiciarás (Éxodo XX), es ley por Moisés, porque se ordena; pero por Cristo es gracia, cuando se cumple lo que se ordena. La verdad, sin embargo, fue hecha por Cristo, porque la ley tenía sombra de los bienes futuros (Hebreos X), no la imagen misma de las cosas; y como dice el Apóstol en otro lugar: Todo les acontecía en figura (I Corintios X). Pero en lugar de la sombra, la luz de la verdad, en lugar de la figura de la ley, la imagen misma de las cosas que se figuraban, Cristo exhibió, cuando dada la gracia del Espíritu, abrió el entendimiento a sus discípulos para que comprendieran las Escrituras (Lucas XXIV). La ley fue dada por Moisés, cuando el pueblo fue ordenado a purificarse con la aspersion de la sangre del cordero. La gracia y la verdad, que se figuraban en la luz, por Jesucristo fueron hechas, cuando él mismo, padeciendo en la cruz, nos lavó de nuestros pecados en su sangre. La ley fue dada por Moisés, porque instruyó al pueblo con preceptos saludables, si los guardaba, entraría en la tierra prometida; y en ella viviría perpetuamente; de lo contrario, predijo que sería derribado por el enemigo. La gracia y la verdad por Jesucristo fueron hechas, porque dado el don de su Espíritu, concedió que la ley pudiera ser entendida y guardada espiritualmente: y a los que la

guardan los introduce en la verdadera bienaventuranza de la vida celestial, que la tierra de promisión significaba. Pero cuál es la suma de la gracia y la verdad que por Jesucristo fueron hechas, el evangelista lo manifiesta añadiendo.

A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer. Ninguna gracia mayor puede ser dada a los hombres, ninguna verdad más alta puede ser conocida por los hombres, que aquella de la que el Hijo unigénito de Dios narrando a sus fieles dice: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V), y de la que suplicando al Padre dice: Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII). Esta percepción beatísima de gracia y verdad, ya que en la vida de este siglo no puede hacerse, se dice con razón: A Dios nadie lo ha visto jamás, es decir, nadie aún revestido de carne corruptible y mortal, puede contemplar la luz incircumscripita de la divinidad. Por eso el Apóstol dice más claramente: A quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver (I Timoteo VI). Pues nadie es Dios de los hombres, nadie es aún gravado con el hábito humano, caduco en la conversación humana. De ahí que Moisés, quien deseaba ver a Dios, a quien veía en el ángel, en su misma naturaleza, oraba: Si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrame tu gloria (Éxodo XXXIII). Oyó: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá (Ibid.). Pero de qué manera se debe llegar a la visión de la luz inmutable y eterna, el evangelista lo expuso a continuación, diciendo: El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer, a lo cual es similar lo que este Señor dice: Nadie viene al Padre sino por mí (Juan XIV), y en otro lugar. Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar (Mateo XI). Debemos venir al Padre por su guía, debemos conocer al Padre y al Hijo y también al Espíritu Santo, un solo Dios y Señor, por su enseñanza, porque él mismo hecho hombre por nosotros, hablando con nosotros en forma de hombre, reveló con clara luz qué debe pensarse correctamente sobre la unidad de la santa Trinidad, cómo deben los fieles apresurarse a su contemplación, con qué actos debe llegarse a ella: él mismo nos instruyendo con los sacramentos de su Encarnación, nos santifica con los dones de su espíritu, para que podamos llegar a ella. Él mismo, habiendo completado en forma de hombre el juicio final, nos introducirá sublimemente a la visión de la divina Majestad, y nos narrará maravillosamente los secretos del reino celestial. Ciertamente lo que dice: Que está en el seno del Padre, debe pensarse proverbialmente en el secreto del Padre. Pues no debe pensarse que Dios, quien no está compuesto de forma de miembros humanos, se sienta como nosotros; sino que, porque nuestro seno está dentro, hablando a nuestro modo, la Escritura dice que está en el seno del Padre, queriendo que se entienda que permanece siempre en el secreto del Padre, al cual la mirada humana no puede llegar. No solo entonces el Hijo unigénito narrará a Dios, es decir, manifestará a los hombres la gloria de la santa e indivisa Trinidad, que es un solo Dios, cuando después del juicio universal introduzca a todos los elegidos a la visión de su claridad; sino que también narra diariamente, cuando comience a cumplir con cada uno de los fieles perfectos, inmediatamente después de ser liberados de la corrupción de la carne, lo que prometió. El que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV). Me manifestaré, dice, a mis amados, para que a quien conocieron en su mortalidad, puedan ya verme en mi naturaleza igual al Padre y al Espíritu Santo.

Este es el testimonio de Juan, etcétera. De estas palabras se recomienda la humildad de Juan, quien, siendo de tal virtud que podría haber sido creído como Cristo, eligió permanecer firmemente en sí mismo, para no ser llevado vanamente por la opinión humana más allá de lo que era. Pues confesó y no negó; confesó: No soy yo el Cristo. Pero porque dijo no soy, negó lo que era, para que, hablando la verdad, se convirtiera en miembro de aquel cuyo nombre no

usurpó falsamente. Por lo tanto, al no querer abiertamente el nombre de Cristo, se convirtió en miembro de Cristo, porque al esforzarse por reconocer humildemente su debilidad, mereció obtener verdaderamente su grandeza. Inmediatamente expresa quién es, al añadir:

Yo soy la voz del que clama en el desierto. Sabéis que el Hijo unigénito es llamado Verbo del Padre, como atestigua Juan, quien dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. De vuestra propia manera de hablar sabéis que primero suena la voz, para que luego pueda ser oído el verbo; por lo tanto, Juan afirma ser la voz, porque precede al verbo. Así, anticipando la venida del Señor, es llamado voz, porque por su ministerio el Verbo del Padre es escuchado por todos. También clama en el desierto, porque anuncia el consuelo del redentor a la Judea abandonada y desolada. Lo que clama lo insinúa al añadir:

Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías. El camino del Señor se dirige al corazón cuando la vida se prepara para el mandamiento. Por eso está escrito: Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. Por lo tanto, quien eleva su mente en soberbia, quien jadea por los ardores de la avaricia, quien se contamina con las inmundicias de la lujuria, cierra la puerta del corazón contra la verdad, para que el Señor no venga a él, condena las cerraduras del alma con los cerrojos de los vicios. Pero aún los enviados preguntan.

¿Por qué, pues, bautizas, si no eres Elías, ni el Cristo, ni el profeta? Lo cual se dice no por el deseo de conocer la verdad, sino por la malicia de ejercer la envidia, como el evangelista tácitamente dio a conocer al añadir, diciendo:

Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. Como si dijera abiertamente: Preguntan a Juan sobre sus acciones aquellos que no saben buscar la doctrina, sino envidiar. Pero cualquier santo, incluso cuando es preguntado con mente perversa, no se aparta del estudio de su bondad. Por lo tanto, Juan también respondió a las palabras de envidia con los fundamentos de su vida. Pues inmediatamente añade:

Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. Juan no lava con el espíritu, sino con agua, los cuerpos de los bautizados, pero sin embargo no los lava por el perdón. ¿Por qué, entonces, bautiza quien no perdona los pecados por el bautismo? Sino para que, manteniendo el orden de su precedencia, así como había precedido al que iba a nacer, naciendo, también precediera al Señor que iba a bautizar, bautizando; y quien predicando se convirtió en precursor de Cristo, también se convirtiera en precursor suyo bautizando, por la imitación del sacramento. Quien, entre estas cosas, anunciando el misterio de nuestro redentor, afirma que este ha estado en medio de los hombres y no es conocido, porque el Señor, apareciendo en la carne, estuvo visible en el cuerpo, e invisible en la majestad. De quien también añade:

El que viene después de mí, ha sido hecho antes que yo. Así se dice ha sido hecho antes que yo, como si se dijera puesto antes. Viene después de mí, porque nació después; pero ha sido hecho antes, porque se le ha preferido a mí. Pero diciendo esto un poco antes, también abrió las causas de la preferencia, al añadir: Porque era antes que yo. Como si dijera abiertamente: Por eso, aunque nacido después de mí, me supera, porque no lo limitan los tiempos de su nacimiento. Pues quien nace en el tiempo por su madre, es engendrado sin tiempo por el Padre. A quien debe la humildad de tanta reverencia, lo manifiesta al añadir:

De quien no soy digno de desatar la correa de su sandalia. Era costumbre entre los antiguos que si alguien no quería tomar por esposa a la que le correspondía, aquel que venía como esposo por derecho de parentesco le desatará la sandalia. ¿Qué apareció Cristo entre los hombres, sino como el esposo de la santa Iglesia? De quien el mismo Juan dice: El que tiene a la esposa es el esposo (Juan III). Pero porque los hombres pensaron que Juan era el Cristo, lo cual el mismo Juan niega, correctamente se declara indigno de desatar la correa de su sandalia. Como si dijera abiertamente: No puedo despojar las huellas del Redentor, porque no usurpo el nombre de esposo en mis méritos. Sin embargo, esto puede entenderse de otra manera. ¿Quién no sabe que las sandalias se hacen de animales muertos? El Señor encarnado, viniendo, apareció como calzado, quien en su divinidad asumió la corrupción de nuestra carne. Pero el misterio de esta Encarnación el ojo humano no puede penetrar. De ninguna manera puede investigarse cómo el Verbo se incorpora, cómo se vivifica, cómo se anima por el Espíritu en el vientre de la madre; cómo aquel que no tiene principio, existe y es concebido. La correa de la sandalia es, por tanto, la ligadura del misterio. Juan, por lo tanto, no puede desatar la correa de su sandalia, porque el misterio de la Encarnación ni siquiera él puede investigar, quien lo reconoció por el espíritu de profecía. ¿Qué es, entonces, decir: No soy digno de desatar la correa de su sandalia, sino abiertamente y humildemente profesar su ignorancia? Como si dijera abiertamente: ¿Qué maravilla que aquel que considero nacido después de mí me haya sido preferido, si no comprendo el misterio de su nacimiento?

Estas cosas sucedieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando. Bien se dice que el precursor de nuestro Señor bautizaba en Betania; pues Betania se interpreta como casa de obediencia, para demostrar que todos deben llegar al bautismo de Cristo por la obediencia de la fe. Así como a los Magos se les mandó regresar por otro camino a su patria (Mateo V), así a nosotros se nos ha mandado llegar a las alegrías del paraíso por otro camino; pues nuestros padres fueron expulsados de allí por la culpa de la desobediencia; nosotros, por el bien de la obediencia y por la observancia de los mandamientos de Dios, debemos llegar al eterno paraíso de la bienaventuranza.

Al día siguiente, Juan vio a Jesús que venía hacia él. Juan se interpreta como gracia del Señor. El otro día es para el pueblo cristiano bajo la gracia, que ha sido redimido por la preciosa sangre de Cristo. El otro día fue para el pueblo anterior bajo la ley, que fue redimido del yugo egipcio por la sangre mística del cordero. Aquel cordero significaba a este Cordero que el bienaventurado Bautista señalaba con el dedo, diciendo:

He aquí el Cordero de Dios. He aquí el inocente, y libre de todo pecado, como quien, siendo hueso de los huesos de Adán, y carne de la carne de Adán, no tomó mancha alguna de culpa de la carne pecadora.

He aquí el que quita los pecados del mundo. He aquí el justo entre los pecadores, el manso entre los impíos, es decir, como cordero entre lobos, que también tiene el poder de justificar a los pecadores e impíos. Cómo quita los pecados del mundo, en qué orden justifica a los impíos, lo muestra el apóstol Pedro, quien dice: No habéis sido redimidos con cosas corruptibles como oro o plata de vuestra vana manera de vivir, recibida por tradición de vuestros padres, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha e inmaculado (1 Pedro 1). Sigue el testimonio de Juan sobre el Señor.

Este es de quien dije: Después de mí viene un hombre que ha sido hecho antes que yo, porque era antes que yo. Después de mí viene un hombre, que nació en el mundo después de mí, comenzará a predicar al mundo después de mí. Que ha sido hecho antes que yo, quien me supera en poder y majestad tanto como el juez al heraldo; tanto como el sol al lucero, aunque

apareciendo después, sobresale. Porque era antes que yo, porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Después de mí viene un hombre, designa el tiempo de la natividad humana, en la cual entiende a Cristo posterior a Juan. Que ha sido hecho antes que yo, contempla el primado del poder real, que también preside sobre los ángeles. Porque era antes que yo, entiende la majestad de la eternidad divina, en la cual es igual al Padre. Después de mí viene un hombre que ha sido hecho antes que yo, porque era antes que yo. Después de mí viene en humanidad, quien por eso sobresale en dignidad, porque era antes que yo en dignidad.

Y yo no lo conocía, dice. Es cierto que Juan conocía al Señor, a quien fue enviado a dar testimonio, a quien predicaba que vendría como juez de todos, diciendo: Su aventador está en su mano, y limpiará su era (Lucas III). De quien testificaba que debía dar el Espíritu Santo: Él os bautizará, decía, con el Espíritu Santo (Mateo III), de quien deseaba ser bautizado, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? (Ibid.)? ¿Cómo, entonces, dice: Y yo no lo conocía, sino porque a quien ya conocía, lo reconoció más perfectamente cuando fue bautizado; a quien conocía como Salvador y juez del mundo, conoció más profundamente su poder y majestad cuando el Espíritu Santo descendió sobre él? Pues no cabe duda de que el bienaventurado Juan, al ver al Espíritu Santo, aunque en forma corporal, y al temer escuchar la voz del Padre, aunque sonando corporalmente, mucho de esta visión y audición progresó, mucho de la excelencia de la piedad divina, con los ojos de la mente revelados, recibió de la ciencia celestial, tanto que, en comparación con la inteligencia con la que entonces comenzó a ser iluminado, hasta entonces le parecía ignorar completamente cuán grande era. Quien diligentemente dando testimonio al Señor, en lo que fue enviado, añade:

Pero para que se manifieste en Israel, por eso vine yo bautizando con agua. Lo cual es decir abiertamente: No vine bautizando con agua porque pueda quitar los pecados del mundo bautizando, sino para manifestarlo al pueblo de Israel, quien, bautizando con el Espíritu Santo, es capaz de quitar los pecados no solo de Israel, sino de todo el mundo, si quieren creer en él. Por eso vine yo bautizando en penitencia, para que así bautizando le preparara el camino a aquel que bautizaría en remisión de los pecados.

Y Juan dio testimonio, diciendo: Vi al Espíritu descender como paloma del cielo, y permaneció sobre él. Bien descendió el Espíritu sobre el Señor en forma de paloma, para que los fieles aprendan que no pueden convertirse en sus miembros, ni ser llenos de su Espíritu, a menos que sean simples, a menos que tengan verdadera paz con los hermanos, lo cual significan los besos de las palomas. También tienen besos los cuervos, pero desgarran, lo cual la paloma no hace en absoluto, significando aquellos que hablan paz con su prójimo, pero el mal está en sus corazones (Salmo XXVII). La naturaleza de la paloma, que es inocente de desgarrar, se adapta perfectamente a aquellos que buscan la paz con todos y la santidad, esforzándose por guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efesios IV). Y por eso el Espíritu, descendiendo en forma de paloma, no solo designa su propia inocencia y simplicidad o la de aquel sobre quien descendió, sino también la de aquellos que lo buscan con bondad y en la simplicidad del corazón (Sabiduría I).

Y yo, dice, no lo conocía. Entiéndase, tan sutilmente como lo conocí cuando el Espíritu descendió sobre él.

Pero el que me envió a bautizar con agua, él me dijo: Sobre quien veas al Espíritu descender y permanecer sobre él, este es el que bautiza con el Espíritu Santo. El Señor bautiza con el Espíritu Santo, perdonando los pecados por la gracia del Espíritu Santo. Pues ya sea que él mismo haya bautizado primero con agua a algunos de sus discípulos, por quienes el río del

bautismo fluiría hacia los demás fieles, también los bautizaba con el Espíritu, perdonándoles los pecados y ministrando los dones del Espíritu Santo. O bien, si sus fieles, invocando su nombre, bautizan con agua a los elegidos y los ungen con el santo crisma, él mismo los bautiza no obstante con el Espíritu Santo, porque nadie, excepto él, puede desatar los lazos de los pecados y otorgar los dones del Espíritu Santo. Pero debe observarse más cuidadosamente que, cuando dijo, sobre quien veas al Espíritu descender, añadió, y permanecer sobre él. Pues también el Espíritu desciende sobre sus santos; pero porque mientras están en el cuerpo no pueden estar libres de pecado, quienes no pueden siempre dirigir el ojo de la mente a la contemplación celestial, sino que a menudo lo inclinan hacia el cuidado de la conversación terrenal, en sus corazones el Espíritu sin duda alguna a veces viene, a veces se va. Por eso se dijo: El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va (Juan III). Pues el Espíritu Santo viene a los santos y de ellos se va, para que, no siendo capaces de tenerlo siempre, sean refrescados con la luz frecuente de su regreso. Pero en el único mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, el Espíritu verdaderamente permanece perpetuamente, en quien no encuentra mancha alguna de pensamiento impuro que rechace. Sin embargo, permaneció todo en él, no solo desde el momento en que Juan lo vio descender sobre él bautizado, sino desde que, comenzando a ser hombre, fue concebido por su ministerio y obra. Por lo tanto, se muestra que desciende sobre él bautizado, en quien siempre permanecía, para que tanto el mismo Bautista lo reconociera más claramente a quien predicaba, como para que se diera a los creyentes una señal de que no podrían merecer el bautismo de su Espíritu a menos que fueran bautizados con agua. Mientras tanto, debe preguntarse cómo fue un signo especial de reconocer al Hijo de Dios que el Espíritu descendiera y permaneciera sobre él, cuando él mismo también promete a sus discípulos, diciendo: Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad (Juan XIV). Y poco después: Porque permanecerá con vosotros, y estará en vosotros (Ibid.). Si, pues, el Espíritu permanece con los siervos elegidos de Dios, y estará en ellos, ¿qué grandeza hay en que se afirme que el Espíritu permanece en el Hijo de Dios? Por lo tanto, debe notarse que el Espíritu Santo siempre permaneció en el Señor; pero en los santos hombres, mientras lleven el cuerpo mortal, en parte permanece para siempre, en parte se va para regresar. Pues permanece con ellos, para que insistan en las buenas obras, amen la pobreza voluntaria, sigan la mansedumbre, lloren por el deseo de las cosas eternas, tengan hambre y sed de justicia, abracen la misericordia, la pureza de corazón y la tranquilidad de la paz; y no teman sufrir persecución por la observancia de la justicia: deseen dedicarse a las limosnas, oraciones, ayunos y otros frutos del Espíritu. Pero se va a veces, para que no siempre puedan tener el poder de curar milagrosamente, de expulsar demonios, o incluso de profetizar. Permanece siempre, para que vivan maravillosamente. Viene a veces, para que también brillen ante otros por las señales de los milagros, mostrando cuán son interiormente.

Y yo, dice, vi, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios. Antes había dicho: Después de mí viene un hombre que ha sido hecho antes que yo; ahora da testimonio de que este es el Hijo de Dios, manifestando claramente la verdad de ambas naturalezas, tanto la humana como la divina, en una misma persona de Cristo. Que el maniqueo se avergüence al escuchar: Viene un hombre. Que Fotino guarde silencio al escuchar: Este es el Hijo de Dios. Que los mansos escuchen y se alegren, porque viene un hombre después de Juan más fuerte que Juan, que bautiza con el Espíritu Santo, y porque este es el Hijo de Dios. Porque, al habernos apartado de Dios por la soberbia, el Hijo, por misericordia, se hizo hombre, para que el mismo, tanto por su divinidad como por su humanidad, se adecuara al Padre y a nosotros; y por su humanidad semejante a la nuestra, luchara por nosotros contra el enemigo, y por su divinidad impasible, consubstancial al Padre, pudiera dignamente restaurarnos a la

imagen y semejanza de Dios que perdimos al pecar; por la muerte de nuestra fragilidad destruyera a aquel que tenía el poder de la muerte, y por el poder impasible de su divinidad, nos reconciliara con Dios Padre.

Estaban Juan y dos de sus discípulos. Juan estaba de pie, porque creía en el Señor, y dos de sus discípulos. Inmediatamente creyeron, y siguieron al que caminaba. Debemos tratar cada palabra de las Escrituras, por qué se dice que Juan estaba de pie, y el Señor caminaba.

Y mirando a Jesús que caminaba, dice: He aquí el Cordero de Dios. Cordero inmaculado, cordero de un año, Cordero que quita los pecados del mundo, Cordero que no permite que el exterminador de Egipto hiera al pueblo de Israel. He aquí el cordero de Dios; y lo oyeron sus discípulos; ¿por qué quiso decir, he aquí? Cuando se dice he aquí, de alguna manera se señala con el dedo a aquel que se muestra. Dice a sus discípulos: ¿Por qué me seguís? ¿Por qué pensáis tenerme como maestro? He aquí el Cordero de Dios; seguidlo a él: a él le conviene crecer, y a mí disminuir. Ninguno de los prudentes sigue a aquel que disminuye, y deja a aquel que crece.

Y lo oyeron los dos discípulos hablando. Siguieron el mandato del maestro. El testimonio de Juan es la fe de los discípulos.

Y siguieron a Jesús. Siguiendo a Jesús, dejaron a Juan; siguiendo el Evangelio, perdieron la ley. Sin embargo, siguieron el Evangelio de tal manera que usaron el testimonio de la ley.

Pero Jesús, volviéndose y viendo que lo seguían. Los discípulos de Juan no podían ver a Jesús de cerca y de frente, sino que seguían su espalda, para verlo. Por lo tanto, aquellos discípulos no podían ver el rostro del Señor. Se volvió, y de alguna manera descendió de su majestad, para que los discípulos pudieran contemplar su rostro. Se volvió, para que desde la ley fuera visto por los discípulos. Pero volviéndose, y viendo que lo seguían,

Dijo: ¿Qué buscáis? No pregunta como ignorante, sino que pregunta para que tengan recompensa al responder. ¿Qué buscáis? No dijo, ¿A quién buscáis? para no parecer que se mostraba a sí mismo; sino ¿Qué buscáis? Pregunta por la cosa, para que ellos indiquen la persona. ¿Qué buscáis?

Ellos le dijeron: Rabí. Esa apelación es indicio de fe en la respuesta. Pues cuando dicen Rabí, que se entiende como maestro, y lo siguen, ciertamente siguen al maestro, y dicen:

¿Dónde habitas? Él les dice: Venid y ved. Quieren conocer la morada de Jesús, quieren que se les muestre qué tipo de habitación tiene el Salvador, para que cuando él muestre en quiénes habita Cristo, se muestren a sí mismos de tal manera que el Señor pueda habitar en ellos; y les dijo: Venid y ved. ¿Queréis ver mi morada? No puede explicarse con palabras, se demuestra con obras. Venid y ved. Estos ciertamente vinieron por el testimonio de la ley, porque inmediatamente en el mismo nombre confiesan, y dicen Rabí, que se interpreta como maestro. Pero Jesús, respondiéndoles, dijo: Vosotros, que sois discípulos de Juan, que en el mismo nombre mostráis vuestra confesión, y decís Rabí, venid y ved dónde permanezco.

Vinieron y vieron dónde se hospedaba, y se quedaron con él aquel día. Porque creían, no se quedaron en la noche, sino en el día. Aquella noche no tenía tinieblas, donde estaba la fe de la verdadera luz, y se quedaron con él aquel día.

La hora era como la décima. Venían de la ley al Evangelio, a la fe de Cristo los enviaba el Decálogo de la ley.

Era Andrés, hermano de Simón Pedro, uno de los dos que habían oído a Juan y lo habían seguido. En la fe no hay orden. Dondequiera que hay un alma fiel, no se busca la multitud de años, ni la escasez. Andrés era menor que Simón Pedro, y sin embargo no se busca el modo de la edad, sino de la fe. Jesús fue encontrado primero por él. Era Andrés, hermano de Simón Pedro, uno de los dos. Tal vez esta es también la dignidad de Andrés, porque se le llama hermano de Pedro, sobre quien más tarde se fundaría la Iglesia.

Quienes habían oído a Juan y lo habían seguido. Encontró primero a su hermano. ¡Oh verdadera piedad! Tan pronto como encontró a Jesús, tan pronto como encontró la perla, tan pronto como encontró el tesoro, se lo anuncia a su hermano, llama a su hermano Simón, hermano no tanto por sangre como por espíritu. A quien tenía como hermano por parentesco y sangre, quiso tenerlo también como hermano en la fe; y le dice:

Hemos encontrado al Mesías. Nadie encuentra, sino quien busca. Este que dice haber encontrado, muestra que buscó durante mucho tiempo.

Hemos encontrado al Mesías, que se interpreta como Cristo. Buscamos a Cristo durante mucho tiempo en Moisés, en todos los profetas; y a quien deseábamos encontrar, él mismo nos encontró, y encontrados lo encontramos.

Y lo llevó a Jesús. No desdeña el mayor seguir al menor, porque no había orden de edad, donde había mérito de fe.

Jesús, mirándolo, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; te llamarás Cefas, que se interpreta como Pedro. Aún no había hecho nada Pedro, y ya mereció cambiar de nombre. ¿Acaso había creído más que Andrés? ¿Qué hizo mayor, para recibir más de su hermano? ¿Qué había hecho mayor? Siguió al hermano menor; y a quien tenía como discípulo, no desdeñó tenerlo como maestro. Tú eres Simón, hijo de Jonás. Jonás, en nuestra lengua se dice paloma. Tú eres, por tanto, hijo de Jonás, tú eres hijo del Espíritu Santo. Se dice, por tanto, hijo del Espíritu, porque había recibido la humildad del Espíritu Santo.

Al día siguiente quiso salir hacia Galilea, y encontró a Felipe, y le dijo: Sígueme. Ya está claro por lo anterior por qué Jesús quiso salir hacia Galilea, es decir, desde Judea, donde estaba Juan bautizando, y dando testimonio de él como el cordero de Dios, provocó a dos de sus discípulos a seguirlo: de los cuales uno, Andrés, también llevó a su hermano Pedro. Está claro según el sentido espiritual, y por vuestra frecuente exposición ya es conocido por vuestra fraternidad quién es el que sigue al Señor. Sigue al Señor, quien lo imita. Sigue al Señor, quien, en cuanto la fragilidad humana lo permite, no abandona los ejemplos de humildad que el Hijo de Dios mostró en el hombre. Quien, siendo compañero de sus pasiones, desea diligentemente alcanzar la comunión de su resurrección y ascensión. Pero no sin cierta razón de misterio se refiere que, al decirle Jesús a Felipe, Sígueme, quiso salir hacia Galilea. Galilea, en efecto, se interpreta como transmigración hecha, o revelación. En lo que se dice transmigración hecha, designa el progreso de los fieles, por el cual se esfuerzan por transmigrar de los vicios a la altura de las virtudes, o avanzar un poco en las mismas virtudes, y subir cada día de las menores a las mayores, hasta que, con la ayuda del Señor, lleguen de este valle de lágrimas a la cima de la alegría celestial. En lo que suena a revelación, insinúa la misma bienaventuranza de la vida eterna, por la cual en el presente los santos trabajan. Ambas interpretaciones del nombre las comprende el salmista en un solo versículo, donde

dice: Caminarán de virtud en virtud; se verá al Dios de los dioses en Sion (Salmo LXXXIII). Esta es la visión de la que dice el Apóstol: Nosotros, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III). Bien, pues, al llamar a su discípulo a seguirlo, Jesús quiso salir hacia Galilea, es decir, a la transmigración hecha, o revelación, para que, como él mismo, según el testimonio del Evangelio, crecía en sabiduría y edad, y gracia ante Dios y los hombres (Lucas II), así como sufrió, y resucitó, y así entró en su gloria; así también mostrara a sus seguidores que deben progresar en virtudes, y por las pasiones transitorias transmigrar a los dones eternos de gozo.

Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y Pedro. No se debe pensar que el evangelista quiso mostrar fortuitamente y sin razón mística el nombre de la ciudad de la que era Felipe, y que era la misma de Andrés y Pedro, sino que, a través del nombre de la ciudad, se preocupó por mostrar típicamente cómo era entonces ya Felipe en ánimo, cómo sería en oficio, y cómo también Pedro y Andrés. Betsaida se dice Casa de los cazadores; y ciertamente eran cazadores, quienes oían del Señor: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres (Mateo IV). Cazador también aquel que, antes de ser ordenado por el Señor al oficio de la predicación, mostró espontáneamente cuán atento estaba a capturar almas para la vida, predicando.

Encontró a Natanael, y le dijo: Aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas, lo hemos encontrado, Jesús, hijo de José, de Nazaret. Cuán grande es la red de la fe, cuán capaces son los vínculos de la devota predicación que rodean al hermano encontrado, a quien desea capturar para la salvación eterna. Dice que ha encontrado a aquel que Moisés y los profetas señalaron que vendría en sus escritos, para que al seguirlo todos se entienda que él es aquel cuyo advenimiento todos los escritos antiguos sirvieron para anunciar. Lo llama Jesús, nombre que los oráculos de los profetas cantaban que sería el de Cristo. Lo llama hijo de José, no para afirmar que nació de la unión de un hombre y una mujer, a quien había aprendido de los profetas que nacería de una Virgen, sino para enseñar que vino de la casa y familia de David, de donde sabía que José había nacido, según las profecías de los profetas. Pues no es de extrañar que Felipe lo llame hijo de José, cuando la misma madre de él, la siempre virgen María, que no conoció varón, siguiendo la costumbre del pueblo, se lee que habló así: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí, tu padre y yo te buscábamos con dolor (Lucas II). Añade también la patria, De Nazaret, para señalar que él es aquel de quien leyeron en los profetas: Porque será llamado Nazareno (Mateo II). No es de extrañar, pues, que Felipe captara rápidamente a Natanael para el consentimiento de creer y venir a Cristo, a quien le tendió tantas redes de verdad por todas partes.

Aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas, lo hemos encontrado, Jesús, hijo de José, de Nazaret. No sin razón se afirma que es oriundo de Betsaida, es decir, casa de los cazadores, quien se muestra haber recibido tanto cuidado y gracia de la caza amada por Dios. Pues sigue:

Y le dijo Natanael: ¿De Nazaret puede salir algo bueno? Nazaret se interpreta como pureza, o su flor, o separado. Asintiendo, pues, a las palabras del evangelizador Felipe, Natanael dice: ¿De Nazaret puede salir algo bueno? Como si dijera abiertamente: Puede ser que de una ciudad de tal nombre nos surja algo de suma gracia, o él mismo, el Salvador del mundo, el Señor, que es singularmente santo, inocente, inmaculado, separado de los pecados, y que habla en el Cantar de los Cantares: Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles (Cantar II), y de quien el profeta dice: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un Nazareno, es decir, una flor, de su raíz ascenderá (Isaías XI). O ciertamente algún doctor eminente, que haya sido

enviado a predicarnos la flor de las virtudes y la pureza de la santidad. Podemos entender este lugar correctamente también de esta manera, que, diciendo Felipe: Aquel de quien escribió Moisés en la ley y los profetas, sigue. Dice Natanael:

¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, te vi. Respondió Natanael y dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios. Porque Natanael reconoció que el Señor había visto y conocido lo que sucedía en otro lugar, es decir, cómo y dónde fue llamado por Felipe, cuando él mismo no estaba allí corporalmente, considerando aquí la mirada de la majestad divina, inmediatamente lo confesó no solo como Rabí, es decir, maestro, sino también como Hijo de Dios, y rey de Israel, es decir, Cristo. Y es grato observar cuán prudente es la confesión del siervo que responde al Señor que lo alaba. Él lo afirmó como verdadero israelita, es decir, un hombre que podría ver a Dios, porque no tenía engaño. Este lo confiesa no solo como maestro, que ordena cosas útiles, sino también como Hijo de Dios, que otorga dones celestiales, y como rey de Israel, es decir, del pueblo que ve a Dios, con devoción religiosa, para que con esta confesión también signifique que este es su rey, y él es soldado de su reino. Pero esta sentencia del Señor, en la que dijo que vio a Natanael, antes de que Felipe lo llamara, cuando estaba bajo la higuera, puede entenderse místicamente sobre la elección del Israel espiritual, es decir, del pueblo cristiano: a quien el Señor, aún no llamado por sus apóstoles a la gracia de la fe, pero aún oculto bajo el manto del pecado opresor, se dignó misericordiosamente ver, como atestigua Pablo, quien dice: Que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, como nos eligió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos e inmaculados en su presencia en amor (Efesios I). Y ciertamente el árbol de la higuera a veces en las Escrituras insinúa la dulzura del amor supremo; de donde está escrito: Quien guarda la higuera, comerá su fruto: y quien es guardián de su señor, será glorificado (Proverbios XXVII). Pero porque nuestros primeros padres, confundidos por la culpa de la transgresión, se hicieron cinturones de hojas de higuera (Génesis III), este árbol de higuera puede no incongruentemente significar la costumbre de pecar del género humano: bajo la cual aún puestos sus elegidos, pero aún no conociendo la gracia de su elección, el Señor ve a Natanael como si estuviera bajo la higuera, y aún no viéndose a sí mismo. Porque el Señor conoce a los que son suyos (I Timoteo II). A cuya salvación también el nombre de Natanael se adapta muy bien. Natanael se interpreta como don de Dios; y a menos que alguien sea llamado por el don de Dios, nunca escapa de la culpa de la primera transgresión, nunca merece venir a Cristo, salvado de las sombras engañosas de los pecados que crecen cada día. De donde dice el Apóstol: Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, es don de Dios, no de obras, para que nadie se gloríe. Sigue:

Respondió Jesús y le dijo: Porque te dije, te vi bajo la higuera, crees; verás cosas mayores que estas. De lo que dice, él mismo lo revela a continuación, prometiendo a los creyentes la futura apertura del reino celestial, y la predicación al mundo de ambas naturalezas de su única persona, lo cual es realmente un misterio mucho más excelente que el hecho de que nos previó iluminados por él mientras aún estábamos en la sombra del pecado. Es mayor que el Salvador nos imbuja con el conocimiento de su gracia, que nos abra las alegrías del cielo, que disperse a los predicadores de su fe en el mundo, que el hecho de que nos previó salvados por el poder de su majestad antes de los siglos.

Amén, amén os digo, veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre. Ya vemos cumplido el efecto de esta promesa. Vemos, en efecto, el cielo abierto, porque después de que Dios hombre penetró el cielo, también conocemos que a nosotros, creyentes en él, se nos ha abierto el acceso a la patria celestial. Vemos a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre, porque conocemos a sus predicadores

anunciando la sublimidad de la divinidad de Cristo, y al mismo tiempo la debilidad de su humanidad. Suben sobre el Hijo del Hombre los ángeles, cuando los predicadores enseñan que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Bajan sobre el Hijo del Hombre los ángeles, cuando los mismos añaden que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Y no sin razón los santos predicadores se llaman típicamente ángeles, a quienes se les concede el nombre derivado de los ángeles de evangelistas, para que, así como estos son mensajeros, también aquellos, por el mismo oficio de suma predicación, sean llamados buenos mensajeros. Y es de notar que el Señor se llama a sí mismo hijo del hombre, Natanael lo predica como Hijo de Dios. Lo cual es similar a lo que en otros evangelistas él mismo pregunta a los discípulos: ¿Quién dicen que es el hijo del hombre? Y Pedro respondió: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Marcos VIII). Y ciertamente, por el justo moderador de la dispensación, se actuó que, cuando debía ser mencionada cada una de las sustancias del mismo Mediador de Dios y nuestro Señor, ya sea por el mismo Señor, o por un hombre puro, Dios hombre afirmara la fragilidad de la humanidad asumida de sí mismo, el hombre puro afirmara la virtud de la divinidad eterna en él, él mismo su humildad, aquel su altitud. Es de notar que el Señor, quien llama a Natanael verdadero israelita, en esta palabra, que dice: Veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo sobre el Hijo del Hombre, trae a la memoria la visión del patriarca Jacob, quien fue llamado Israel por bendición. Pues él, queriendo descansar en cierto lugar, puso una piedra bajo su cabeza, y vio en sueños una escalera que estaba sobre la tierra, y su cima tocaba el cielo; y los ángeles del Señor subían y bajaban sobre ella, y el Señor estaba apoyado en la escalera, diciéndole: Yo soy el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac (Génesis XXVI). Y levantándose por la mañana, y rindiendo alabanzas a Dios con el debido temor, tomó la misma piedra, y la erigió como un pilar, derramando aceite sobre ella. Por tanto, el Señor hace mención de este lugar, y testifica muy claramente que fue figurado sobre él y sus fieles.

CAPÍTULO II.

Y al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. No carece de misterio que al tercer día después de lo que el discurso anterior del Evangelio había descrito, se refieran bodas celebradas, sino que designa que el Señor vino en el tercer tiempo del mundo para adoptar a la Iglesia para sí. El primer tiempo del mundo fue bajo la ley, con los ejemplos de los patriarcas; el segundo bajo la ley, con los escritos de los profetas; el tercero bajo la gracia, con las proclamaciones de los evangelistas, como la luz del tercer día resplandeció en el mundo; en el cual nuestro Señor y Salvador apareció nacido en la carne para la redención del género humano. Pero también esto, que en Caná de Galilea, es decir, en el cielo de la transmigración hecha, se dice que se celebraron las mismas bodas, típicamente anuncia que son especialmente dignos de la gracia de Cristo aquellos que saben fervorizar con el celo de la devoción piadosa, y emular los mejores carismas, y progresar de los vicios a las virtudes haciendo el bien, y transmigrar de lo terrenal a lo eterno esperando y amando. Mientras el Señor estaba reclinado en las bodas, el vino se acabó, para que, al hacer vino mejor por él en orden maravilloso, se manifestara la gloria del Dios oculto en el hombre, y la fe de los que creían en él aumentara y progresara. Pero si buscamos el misterio, al aparecer el Señor en la carne, aquella antigua dulzura del sentido legal comenzó a decaer poco a poco por la interpretación carnal de los fariseos; quien pronto, como cambió la superficie de la letra legal por la virtud de la gracia celestial evangélica, que es hacer vino en agua. Pero primero veamos qué es.

Que, al faltar el vino, diciendo la madre de Jesús a él: No tienen vino, respondió: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? aún no ha llegado mi hora. Pues no deshonoraría a su madre, quien nos manda honrar al padre y a la madre (Éxodo XX); ni negaría que es su madre, de cuya carne

virginal no despreció tomar carne, incluso testificando el Apóstol, quien dice: Que fue hecho de la simiente de David según la carne (Romanos I). ¿Cómo, pues, de la simiente de David según la carne, si no de la carne de María según la carne, que descendió de la simiente de David? Pero en lo que, al hacer el milagro, dice: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? significa que la divinidad, que era el milagro a realizar, no la recibió temporalmente de la madre, sino que siempre la tuvo del Padre por la eternidad. ¿Qué tengo yo, dice, contigo, mujer? aún no ha llegado mi hora. Quien la divinidad, que siempre he tenido del Padre, no la tengo en común con tu carne, de la cual tomé carne, aún no ha llegado la hora de mostrar la fragilidad de la humanidad asumida de ti muriendo. Primero es mostrar el poder de la Deidad eterna, operando virtudes. Pero llegó la hora de mostrar qué tenía en común con su madre, cuando, muriendo en la cruz, se preocupó por encomendar a la virgen madre al discípulo virgen (Juan XIX). Pues habiendo sufrido las debilidades de la carne, reconoció piadosamente a la madre, de quien había recibido estas, y la encomendó al discípulo que más amaba: a quien, al hacer cosas divinas, como desconocida, se disimula conocer, porque no la reconoce como autora de la divina natividad. De esta hora el Señor, colgando en la cruz, recordando, dijo a la madre: Madre, he aquí tu hijo; como si dijera: He aquí lo que tomé de ti, ahora se muestra muriendo qué es, la cual naturaleza, sin embargo, debía ser glorificada posteriormente en la gloria de la resurrección.

Dijo su madre a los sirvientes: Haced lo que él os diga. Sabía ciertamente su madre la humanidad de su hijo, aunque de este modo parece negar lo que se pedía; sin embargo, la madre, sabiendo la piedad de su hijo, que no negaría lo que se pedía, mandó confiadamente a los sirvientes que cumplieran los mandatos del hijo que mandaba.

Erant autem ibi seis tinajas de piedra colocadas según el rito de purificación de los judíos, que cada una contenía dos o tres medidas. Las tinajas se llaman recipientes preparados para contener agua. En griego, agua se dice ὕδωρ. El agua, en las Escrituras Sagradas, simboliza el conocimiento, que suele lavar a sus oyentes de la suciedad del pecado y saciarlos con la fuente del conocimiento divino. Los seis recipientes que la contenían son los corazones devotos de los santos, cuya perfección de vida y fe se propone como ejemplo de correcta creencia y vida al género humano a través de las seis edades del mundo, es decir, hasta el tiempo de la predicación del Señor. Y bien se dice que son recipientes de piedra, porque son fuertes los corazones de los justos, como aquellos solidificados por la fe y el amor de la piedra que Daniel vio cortada del monte sin manos, y que se convirtió en un gran monte, llenando toda la tierra (Dan. II); y de la cual Zacarías dice: En una piedra hay siete ojos, es decir, en Cristo habita la totalidad del conocimiento espiritual. De la cual también el apóstol Pedro hace mención, diciendo: Al acercarse a la piedra viva, también ustedes, como piedras vivas, sean edificados (I Pedro II). Bien estaban colocadas las tinajas según la purificación de los judíos, porque la ley fue dada solo al pueblo judío a través de Moisés. Pues la gracia y la verdad del Evangelio, no menos a los gentiles que a los judíos, fue hecha por Jesucristo. Dice que cada una contenía dos o tres medidas, porque los autores y ministros de las Sagradas Escrituras, los profetas, a veces hablan solo del Padre y del Hijo, como en: Todo lo hiciste con sabiduría (Salmo CIII). Porque Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría. A veces también mencionan al Espíritu Santo, como en el salmo: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca toda su fuerza (Salmo XXXII). Entiende la Palabra, el Señor y el Espíritu como la totalidad de la Trinidad, que es un solo Dios. Pero así como hay diferencia entre el agua y el vino, así también hay diferencia entre el sentido en que las Escrituras se entendían antes de la venida del Salvador y el que Él mismo reveló a los apóstoles y dejó a sus discípulos para que lo siguieran perpetuamente. Y ciertamente el Señor pudo haber llenado las tinajas vacías de agua con vino, Él que en el principio de la creación

del mundo creó todo de la nada: pero prefirió hacer vino del agua, para enseñar simbólicamente que no vino a abolir y reprobado, sino a cumplir la ley y los profetas (Mat. V); ni a hacer y enseñar otra cosa por la gracia evangélica que lo que la Escritura legal y profética señalaba que Él haría y enseñaría. Vemos, por tanto, las seis tinajas de las Escrituras llenas de agua salvadora. Veamos la misma agua convertida en el más dulce aroma y sabor del vino.

En la primera edad del mundo, Abel el justo fue asesinado por la envidia de su hermano (Gén. IV); y por esto, él, bendito con la gloria perpetua del martirio, recibió en las escrituras evangélicas y apostólicas la alabanza de la justicia, mientras que el fratricida impío sufre las penas de la maldición eterna. Cualquiera que, al escuchar esto, tema ser condenado con los impíos, deseando ser bendecido con los piadosos, deseche todo germen de odio y envidia, y se esfuerce por agradar a Dios mediante el sacrificio de la justicia, la modestia de la inocencia y la virtud de la paciencia: ciertamente encontró en la Escritura un recipiente de agua del cual se alegran de haber sido lavados y saciados saludablemente. Pero si entienden que el homicidio de Caín es la perfidia de los judíos, la muerte de Abel la pasión del Señor Salvador, la tierra que abrió su boca y recibió su sangre de la mano de Caín es la Iglesia, que recibe la sangre de Cristo derramada por los judíos como un misterio de su renovación, sin duda encuentran el agua convertida en vino, porque entienden más sagradamente las palabras de la ley sagrada.

En el comienzo de la segunda edad del mundo, el mundo fue destruido por las aguas del diluvio debido a la magnitud de los pecados (Gén. IV); pero solo Noé, por su justicia, fue liberado con su casa en el arca. Al escuchar sobre esta plaga de devastación horrible y la liberación maravillosa de unos pocos, cualquiera que comience a vivir más rectamente, deseando ser liberado con los elegidos, temiendo ser exterminado con los reprobados, ciertamente recibió el recipiente de agua con el que fue purificado o restaurado. Pero cuando comienza a entender más profundamente, y en el arca ve la Iglesia, en Noé a Cristo, en el agua que destruye a los pecadores, el agua del bautismo que lava los pecados, en los hombres y animales que el arca contenía la diversidad de los bautizados, en la paloma que después del diluvio llevó la rama de olivo al arca (Gén. VIII), la unción del Espíritu Santo con la que los bautizados son imbuidos, ciertamente se maravilla de que el agua se haya convertido en vino, porque contempla que en la historia del hecho antiguo se profetiza su ablución, santificación y justificación.

En la tercera edad del mundo, Dios, probando la obediencia de Abraham, le ordenó ofrecer en holocausto a su único hijo, a quien amaba (Gén. XXII). Abraham no duda en hacer lo que se le ordena, pero en lugar de su hijo se inmola un carnero. Sin embargo, por la virtud de la obediencia, se le otorga una herencia de bendición perpetua y extraordinaria. He aquí la tercera tinaja. Al escuchar cuánta virtud tiene la obediencia y con qué recompensa se premia, también tú te esfuerzas por aprender y tener obediencia. Pero si en la inmolación del hijo único amado entiendes la pasión de aquel de quien el Padre dice: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III). En la cual, permaneciendo la divinidad impassible, solo la humanidad sufrió muerte y dolor, como si el hijo fuera ofrecido, pero el carnero inmolado: si entiendes que la bendición prometida a Abraham (Gén. XXII) se ha cumplido en ti, que crees de entre los gentiles, sin duda el agua se ha convertido en vino para ti, quien ha abierto el sentido espiritual cuya fragancia te embriaga.

Al inicio de la cuarta edad, David recibe el reino de la nación israelita en lugar de Saúl, humilde, inocente y manso exiliado (Gén. XVIII). Por otro lado, aquel cuya injusta persecución sufría fue rechazado. He aquí la cuarta tinaja llena de la fuente de salvación. Cualquiera que al escuchar esto comience a dedicarse a la humildad y la inocencia y a rechazar de su corazón la soberbia y la envidia, ha encontrado como un sorbo de agua cristalina con el que se refresca. Pero si ha comprendido que en Saúl se significan los judíos perseguidores, en David a Cristo y la Iglesia, y que la perfidia de ellos y su imperio carnal han sido destruidos, mientras que el reino de Cristo y la Iglesia permanecerá siempre, no solo siente que el agua se ha convertido en vino, porque sabe que se ha escrito sobre él mismo y su

vida y reino, sino que también lee que el mismo rey está escrito para él, donde antes leía la antigua historia como si fuera de otros. En la quinta edad del mundo, el pueblo pecador, llevado cautivo por Nabucodonosor, es trasladado a Babilonia (Esdr. I); pero después de setenta años, arrepentido y corregido, es devuelto a su patria por Jesús, el gran sacerdote; donde reconstruye la casa de Dios, que había sido incendiada, y la ciudad santa, que había sido destruida (Ecli. XLIX). Al leer o escuchar esto, cualquiera que tome el temor de pecar y busque el remedio del arrepentimiento, ha sido lavado por el agua de la tinaja purificadora. Pero si ha aprendido a entender que Jerusalén y el templo de Dios son la Iglesia de Cristo; Babilonia, la confusión de los pecados; Nabucodonosor, el diablo; Jesús, el gran sacerdote, es el verdadero y eterno Pontífice Jesucristo; los setenta años, la plenitud de las buenas obras, que se otorgan por los dones del Espíritu Santo, a saber, por el Decálogo y la gracia septiforme del mismo Espíritu; y ha visto que esto ocurre diariamente, con algunos ciertamente arrebatados por el diablo de la Iglesia al pecar, y otros reconciliados por la gracia del Espíritu Santo a través de Jesús al recapacitar y arrepentirse, tiene el vino hecho del agua, quien entendiendo que lo que está escrito le concierne, pronto se calienta con gran compunción como con mosto; y lo que haya descubierto que hay en él de pecado cautivador, pide ser liberado por la gracia de Cristo. Al comenzar la sexta edad del mundo, el Señor, apareciendo en la carne, fue circuncidado al octavo día de su nacimiento, según la ley (Luc. I); y al trigésimo tercer día después de esto fue llevado al templo, y se ofrecieron ofrendas legales por él (Luc. II). Al observar esto literalmente, aprendemos abiertamente con cuánta diligencia debemos someternos a los misterios de la fe evangélica, cuando Él mismo, trayendo la bendición de la gracia, quien dio la ley de la letra, primero la consagró con el rito de las ceremonias, quien estableció todo divinamente; y así se preocupó por recibir y transmitir los sacramentos de la nueva gracia. He aquí la sexta tinaja que, para lavar las manchas del pecado, para llevar las alegrías de la vida, demuestra ser más pura que las demás. Pero si en la circuncisión del octavo día entiendes el bautismo, que en el misterio de la resurrección divina nos redime de la muerte de los pecados, en la introducción al templo y la ofrenda del sacrificio purificador, reconoces que se figura que los fieles también deben entrar del baptisterio al altar santo y ser consagrados con la singular víctima del cuerpo y la sangre del Señor; ciertamente ha sido dado el vino hecho del agua, y ciertamente el más puro. Pero si interpretas el día de la circuncisión como la resurrección general del género humano, cuando la descendencia mortal cesará, toda mortalidad será transformada en inmortalidad, y has entendido que los circuncidados son llevados al templo con ofrendas, cuando después de la resurrección, cumplido el juicio universal, los santos ya hechos incorruptibles entrarán para contemplar perpetuamente la majestad divina, con las ofrendas de sus buenas obras, ciertamente verás que se hace tanto vino del agua, que correctamente protestarás a su creador, y dirás: ¡Tu copa embriagadora, cuán gloriosa es! (Salmo XXII). Por lo tanto, el Señor no quiso hacer vino para las alegrías de las bodas de la nada, sino que ordenó llenar las seis tinajas con agua, y esta la convirtió maravillosamente en vino, porque otorgó a las seis edades del mundo la abundancia de la sabiduría salvadora. Sin embargo, al venir, la enriqueció con la virtud de un sentido más sublime. Porque los carnales solo pensaban carnalmente, Él reveló a los espirituales lo que debía ser sentido espiritualmente. ¿Quieren saber cómo hizo vino del agua? Apareció después de su resurrección a dos discípulos que caminaban por el camino, y caminaba con ellos; y comenzando por Moisés y todos los profetas, les interpretaba en todas las Escrituras lo que de Él se decía (Luc. XXIV). ¿Quieren escuchar de nuevo cómo fueron embriagados con el mismo vino? Después, al reconocer quién era el que les ofrecía la palabra de vida, decían entre sí: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras? (Ibid.).

Entonces Jesús dice: Llenen las tinajas de agua; y las llenaron hasta el borde. ¿Qué se significa por los ministros que hicieron esto, sino los discípulos de Cristo? quienes llenaron las tinajas de agua: no ciertamente ellos llenando las edades pasadas del mundo con las escrituras legales y proféticas, sino entendiéndolas prudentemente y abriéndolas fielmente, porque las Escrituras, que fueron ministradas por los profetas, son saludables para el sorbo de la sabiduría celestial y útiles para la corrección de las obras. Y las llenaron hasta el borde, porque entendieron correctamente que no hubo tiempo del mundo ajeno a los santos doctores, quienes ya sea con palabras, ejemplos o incluso escritos, abrieron el camino de la vida a los mortales.

Y les dice: Saquen ahora, y lleven al maestresala, y llevaron. El maestresala es el experto en la ley de ese tiempo, tal vez Nicodemo, o Gamaliel, o su discípulo entonces Saulo, ahora maestro de toda la Iglesia, el apóstol Pablo; y cuando a tales se les confía la palabra del Evangelio, que estaba oculta en la letra de la ley y los profetas, ciertamente se ofrece al maestresala el vino hecho del agua. Y bien se describe que en la casa de estas bodas, que figuraban los sacramentos de Cristo y la Iglesia, había un triclinium, es decir, tres órdenes de comensales distantes en altura, porque ciertamente hay tres órdenes de fieles en los que se compone la Iglesia, a saber, de casados, continentes y doctores. El primer orden de comensales en las bodas del esposo celestial, es decir, en la Iglesia, gozando de la fe y la operación, es el grado de los fieles casados; el segundo de los continentes; el supremo de los predicadores. Por lo tanto, se dice convenientemente que el maestresala, llamando al esposo, le dijo:

Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando se han embriagado, entonces el que es inferior. Tú has guardado el buen vino hasta ahora. Porque es propio de los doctores conocer la diferencia entre la ley y el Evangelio, la verdad y la sombra, y preferir a todas las instituciones antiguas, a todas las promesas del reino terrenal, la nueva gracia de la fe evangélica y los dones de la patria celestial perpetua.

Esto hizo Jesús como el principio de sus señales en Caná de Galilea, y manifestó su gloria. Con esta señal, porque Él era el rey de la gloria, y por lo tanto el esposo de la Iglesia, que como hombre común vino a las bodas, pero, como Señor del cielo y la tierra, convertía los elementos como quería. Hermosa es la conveniencia de las cosas, que, al principio de las señales, que, ya hecho inmortal por la resurrección, mostrara solo a aquellos que persiguen los estudios de la vida inmortal, primero impregnó la mente carnal y casi insípida de ellos con el sabor del conocimiento celestial, y después, con la gloria de la restauración, los completaría con un mayor don de gracia espiritual. Sigue, pues, el maravilloso sacramento de esta señal prefaciada, cómo Jesús mismo, con su madre y sus hermanos, subió a Jerusalén, y allí encontró a los que vendían y compraban en el templo, y cómo los echó de allí, diciendo el evangelista:

Jesús descendió a Cafarnaúm, él y su madre, y sus hermanos, y sus discípulos, y allí permanecieron no muchos días; y estaba cerca la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Bien dice el evangelista que Jesús descendió a Cafarnaúm. Cafarnaúm se interpreta como villa hermosísima, significando este mundo, al que nuestro Señor Jesucristo, por la salvación del género humano, descendió sin nunca apartarse de la sede paterna. Pero suele inquietar a algunos que al inicio de esta lectura evangélica se haya leído que, al descender el Señor a Cafarnaúm, no solo su madre y sus discípulos, sino también sus hermanos lo siguieron. No faltaron herejes que pensaron que José, el siempre virgen esposo de la bienaventurada María, había engendrado a aquellos que la Escritura llama hermanos del Señor de otra esposa. Otros, con mayor perfidia, pensaron que los había engendrado de la

misma María después de que el Señor naciera. Pero nosotros, hermanos carísimos, sin ningún escrúpulo de cuestión, debemos saber y confesar que no solo la bienaventurada madre de Dios, sino también el castísimo testigo y guardián de su castidad, José, permanecieron completamente inmunes de toda acción conyugal; y que no nacidos, sino primos de María o José, son llamados hermanos del Señor según el uso frecuente de la Escritura. De hecho, Abraham habla de esta manera a Lot: No haya, por favor, contienda entre mí y tú, y entre mis pastores y tus pastores, porque somos hermanos (Gén. XIII). Y Labán a Jacob: ¿Acaso porque eres mi hermano, me servirás gratis? (Gén. XXIX). Y ciertamente está claro que Lot es hijo de Arán, hermano de Abraham, y Jacob es hijo de Rebeca, hermana de Labán, pero por la relación son llamados hermanos. Por esta regla, pues, en las Escrituras sagradas, como dije, muy frecuente, también los primos de María o José deben entenderse como hermanos del Señor. Pero que Jesús, al acercarse la Pascua, subió a Jerusalén, nos da ciertamente el ejemplo de con cuánta vigilancia del alma debemos someternos a los mandatos del Señor, cuando Él mismo, apareciendo en la debilidad del hombre, guarda los mismos decretos que estableció con la autoridad de su divinidad. Para que los siervos no piensen que pueden evadir los castigos o recibir las recompensas sin frecuentes oraciones y víctimas de buenas obras, Él mismo, entre los siervos, sube como Hijo de Dios a orar y ofrecer. Porque al venir a Jerusalén, veamos qué encontró allí haciendo y qué hizo Él mismo allí.

Y encontró, dice, en el templo a los que vendían ovejas, bueyes y palomas, y a los cambistas sentados; y habiendo hecho como un látigo de cuerdas, a todos los echó del templo, también a las ovejas y los bueyes; y derramó el dinero de los cambistas y volcó las mesas. Los bueyes, ovejas y palomas se compraban para ser ofrecidos en el templo. Los cambistas se sentaban en las mesas para que la tasación del dinero entre compradores y vendedores de ofrendas fuera rápida. Parecía, por tanto, que se vendían lícitamente en el templo, ya que se compraban para ser ofrecidos al Señor en el mismo templo. Pero el mismo Señor, no queriendo que en su casa se exhibiera nada de comercio terrenal, ni siquiera lo que se considerara honesto, expulsó a los injustos comerciantes y a todos los que comerciaban con ellos. ¿Qué, entonces, hermanos míos, qué pensamos que haría el Señor si encontrara a los que, disidentes en riñas, vacantes en fábulas, disolutos en risas, o atrapados en cualquier otro crimen, que vio comprando ofrendas para ser inmoladas a Él en el templo, y se apresuró a eliminarlos? Esto lo decimos por aquellos que, habiendo entrado en la iglesia, no solo descuidan la intención de orar, sino que también aumentan las cosas por las que deberían orar; además, se acusan a sí mismos por tal necedad con insultos y odios, o incluso con detracciones, añadiendo pecados a pecados, y tejiendo imprudentemente una larga cadena de ellos, sin temer ser condenados por el examen del juez estricto. Pues leemos dos veces en el santo Evangelio que el Señor, viniendo al templo, expulsó a tales comerciantes, ahora, es decir, en el tercer año antes de su pasión, como reconocemos por los escritos siguientes de este evangelista, y en el mismo año en que sufrió, cuando cinco días antes de la Pascua, sentado en un asno, vino a Jerusalén (Mat. XXI). Pero todo el que tiene recto juicio entiende que Él hace lo mismo en el templo de la santa Iglesia, y en el examen de la visita diaria. Por lo tanto, estas cosas son muy temibles, amadísimos, y deben ser temidas con justo temor, y con diligente industria se debe prevenir, para que no venga inesperadamente y encuentre en nosotros algo perverso, por lo que merezcamos ser azotados y expulsados de la Iglesia; y especialmente en aquel lugar que se llama casa de oración, se debe observar que no hagamos nada inapropiado, para que no escuchemos con los corintios del Apóstol: ¿Acaso no tenéis casas para comer y beber? ¿O despreciáis la Iglesia de Dios? (I Cor. XI). Y del profeta con los judíos: Mi amado ha hecho muchas iniquidades en mi casa (Jerem. XI). Y ciertamente es motivo de alegría, porque en el bautismo hemos sido hechos templo de Dios, como testifica el Apóstol, quien dice: El templo

de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (I Cor. III). La ciudad del gran rey, de la cual se canta: Sus cimientos están en los montes santos (Sal. LXXXVI), es decir, el fundamento de la Iglesia, en la solidez de la fe de los apóstoles y profetas. Pero es muy temible, porque el Apóstol ha dicho antes: Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá (I Cor. III); y el mismo juez justo: Destruiré, dice, de la ciudad del Señor a todos los que hacen iniquidad (Sal. C). Es motivo de alegría, porque en nosotros se celebra la solemnidad de la Pascua, cuando nos esforzamos por pasar de los vicios a las virtudes. Pascua, en efecto, significa paso. Es motivo de alegría, porque el Señor visita nuestros corazones, es decir, su ciudad, porque la misma Pascua de nuestra buena acción se digna iluminar con la presencia de su piedad. Pero es bastante temible, no sea que nos encuentre en su ciudad haciendo algo que Él no ama, y Él se nos muestre como un severo retribuidor que no amamos. No sea que nos encuentre en el templo a cambistas, a vendedores de bueyes, ovejas o palomas, y nos condene. Los bueyes, en efecto, designan la doctrina de la vida celestial, las ovejas las obras de pureza y piedad, las palomas los dones del Espíritu Santo, porque con la ayuda de los bueyes se suele labrar el campo. El campo es el corazón cultivado con la doctrina celestial, y preparado debidamente para recibir las semillas de la palabra de Dios. Las ovejas inocentes proporcionan sus vestiduras para vestir a los hombres, el Espíritu descendió sobre el Señor en forma de paloma. Venden bueyes, quienes imparten la palabra del Evangelio no por amor divino, sino con miras a la ganancia terrenal, tales como reprende el Apóstol, porque no anuncian a Cristo sinceramente (Tit. I). Venden ovejas, quienes ejercen obras de piedad por la gracia de la alabanza humana, de quienes el Señor dice: Porque ya tienen su recompensa (Mat. VI). Venden palomas, quienes dan la gracia del Espíritu recibida, no gratuitamente, como se les ha mandado (Mat. X), sino a cambio de una recompensa; quienes otorgan la imposición de manos, por la cual se recibe el Espíritu, aunque no por ganancia de dinero, sí por el favor del vulgo. Quienes otorgan órdenes sagradas no por mérito de vida, sino por gracia. Dan dinero a cambio en el templo, quienes no sirven a las cosas celestiales, sino abiertamente a las terrenales en la Iglesia, buscando lo suyo, no lo de Jesucristo. Pero el Señor muestra qué recompensa espera a tales obreros fraudulentos, cuando, habiendo hecho un látigo de cuerdas, los echó a todos del templo. Son expulsados de la parte de la suerte de los santos, quienes, puestos entre los santos, o hacen el bien fingidamente, o abiertamente hacen el mal. También echó las ovejas y los bueyes, porque mostró que la vida de tales es reprobable. Las cuerdas, con las que azotando expulsó a los impíos del templo, son los incrementos de las malas acciones, de las cuales se da al juez la materia para condenar a los reprobos. De aquí dice Isaías: ¡Ay de los que arrastran la iniquidad con cuerdas de vanidad! (Isai. V); y en los Proverbios Salomón: Sus iniquidades atrapan al impío, y con las cuerdas de sus pecados es atado (Prov. V). Porque quien acumula pecados sobre pecados, por los cuales Arius es condenado, prolonga, también derramó el dinero de los cambistas que había expulsado, y volcó las mesas, porque, condenados al final los reprobos, también quitará la figura de las cosas que amaron, según lo que está escrito: Y el mundo pasará, y su concupiscencia (I Juan II).

Y a los que vendían palomas, les dijo: Quitad esto de aquí, no hagáis de la casa de mi Padre una casa de comercio. Ordena que se quite del templo la venta de palomas, porque la gracia del Espíritu debe recibirse gratuitamente y darse gratuitamente. De donde Simón el Mago, que quiso comprarla con dinero para venderla a mayor precio, oyó: Tu dinero perezca contigo. No tienes parte ni suerte en este asunto (Act. VIII). Pero se debe notar que no solo los vendedores de palomas hacen de la casa de Dios una casa de comercio, quienes al otorgar órdenes sagradas buscan el precio del dinero o de la alabanza o incluso del honor, sino también aquellos que ejercen el grado o la gracia espiritual en la Iglesia, que han recibido del Señor, no con intención simple, sino por causa de alguna retribución humana, contra lo que

dice el apóstol Pedro: El que habla, hable como los oráculos de Dios; el que ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo. Por tanto, cualquiera que sea así, si no quiere ser expulsado de la Iglesia cuando venga el Señor, quitará estas cosas de sus acciones, para no hacer de la casa de Dios una casa de comercio. Tampoco debe pasarse por alto que la Escritura nos recomienda diligentemente ambas naturalezas de nuestro Salvador, la humana y la divina. Para que se entienda que es verdadero Hijo de Dios, escuchemos lo que Él mismo dice:

No hagáis de la casa de mi Padre una casa de comercio. Pues claramente se muestra a sí mismo como Hijo de Dios Padre, quien llama al templo de Dios la casa de su Padre. Para que nuevamente se sienta que es verdadero Hijo del hombre, recordemos que al principio de esta lectura, descendiendo a Cafarnaúm, se dice que tuvo a su madre como compañera. Sigue:

Entonces sus discípulos se acordaron de que está escrito: El celo de tu casa me consume. Con el celo de la casa del Padre, el Salvador expulsó a los impíos del templo: Celememos también nosotros, hermanos carísimos, la casa de Dios, y, en cuanto podamos, insistamos en que no se haga nada malo en ella. Si vemos a un hermano que pertenece a la casa de Dios hinchado de soberbia, acostumbrado a las detracciones, sirviendo a la embriaguez, debilitado por la lujuria, turbado por la ira, o sometido a cualquier otro vicio, esforcémonos, en cuanto nos sea posible, por corregirlo, corregir lo contaminado y perverso; y si no podemos enmendar algo de tales cosas, soportarlo no sin el más agudo dolor del alma, y especialmente en la misma casa de oración, donde se consagra el cuerpo de Dios, donde no se duda que siempre está presente la compañía de los ángeles, para que no se haga nada inapropiado, para que nada impida nuestra oración o la de nuestros hermanos, hagamos todo lo posible. Sigue:

Entonces los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces estas cosas? Jesús respondió y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. De qué templo hablaba, el evangelista lo reveló después, es decir, del templo de su cuerpo, que ellos destruyeron en la pasión, y Él lo levantó de la muerte al tercer día. Porque, por tanto, buscaban una señal del Señor, por qué debía expulsar los comercios habituales del templo, respondió que por eso exterminaba justamente a los impíos del templo, porque ese templo significaba el templo de su cuerpo, en el cual no había absolutamente ninguna mancha de pecado. Y no sin razón purificó el templo típico de los crímenes, quien podía levantar de entre los muertos el verdadero templo de Dios, destruido por los hombres, con el poder de la majestad divina.

Entonces dijeron los judíos: Cuarenta y seis años se ha estado edificando este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Como entendieron, así respondieron. Pero para que nosotros también no sintiéramos carnalmente el discurso espiritual del Señor, el evangelista expuso posteriormente de qué templo hablaba. Pero lo que dicen, que el templo se ha estado edificando durante cuarenta y seis años, no significa la primera, sino la segunda edificación de aquel. Pues Salomón construyó el primer templo en la máxima paz de su reino con una obra de siete años muy decorosa (III Reg. VI); que fue destruido por los caldeos después de setenta años, por orden de Ciro el persa, y comenzado a reconstruir (II Par. XXXVI), pero los hijos de la transmigración no pudieron completar la obra que hacían los príncipes Zorobabel y Jesús antes de cuarenta y seis años debido a la oposición de las naciones vecinas (I Esdr. II, V), número de años que se adapta perfectamente a la perfección del cuerpo del Señor. Pues los escritores de cosas naturales enseñan que la forma del cuerpo humano se completa en un espacio de tantos días, porque, en efecto, en los primeros seis días desde la concepción tiene la semejanza de leche; en los siguientes nueve se convierte en sangre; luego en doce se solidifica; en los restantes diez y ocho se fortalece hasta los lineamientos perfectos de todos

los miembros; y desde entonces, en el tiempo restante hasta el momento del parto, aumenta en tamaño. Seis y nueve, y doce, y diez, y ocho, hacen cuarenta y cinco; a los cuales si añadimos uno, es decir, el mismo día en que el cuerpo, distribuido por los miembros, comienza a crecer, encontramos tantos días en la edificación del cuerpo del Señor como años en la construcción del templo, porque aquel templo hecho a mano figuraba la carne sacrosanta del Señor, que tomó de la Virgen, como aprendemos de este lugar, porque igualmente su cuerpo, que es la Iglesia, porque designaba el cuerpo y el alma de cada uno de los fieles, como encontramos en muchos lugares de las Escrituras. El primer Adán, después del pecado, oyó: Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III). Pero el segundo Adán dijo de sí mismo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. El primer Adán fue esparcido por todo el mundo, que fue reunido en el segundo: lo que significa el nombre de Adán, que se escribe con cuatro letras, es decir, α, δ, nuevamente α, y μ, que las cuatro letras designan las cuatro partes del mundo, en las cuales Adán fue esparcido en sus hijos: por eso en los principios de los nombres de las partes del mundo se leen estas cuatro letras. Pues ἄρκτος, que es Septentrión, comienza con α; y δύσις, que es Occidente, comienza con δ; y ἀνατολή, que es Oriente, comienza con α; μεσημβρία, que es mediodía, comienza con μ. Que son las cuatro partes del mundo, comenzando con estas cuatro letras, que si se consideran en el cómputo griego, hacen cuarenta y seis; pues α uno, δ cuatro, y nuevamente α uno, μ cuarenta, que juntos suman cuarenta y seis, designan místicamente los cuarenta y seis días en que el templo del cuerpo de Cristo fue edificado en el vientre virginal. Pero la carne de Cristo, que fue tomada de la misma, fue destruida por los judíos, y nuevamente edificada por Él mismo según las Escrituras de los profetas, y por eso dice el evangelista:

Esto decía del templo de su cuerpo. Cuando, pues, resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que decía esto, y creyeron en la Escritura. Es decir, de los profetas, que habían predicho que Cristo resucitaría al tercer día.

Y en la palabra que Jesús había dicho, es decir, lo que dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré, esto es, al tercer día lo resucitaré, lo que vosotros destruíis en la cruz. Sigue:

Cuando Jesús estaba en Jerusalén en la Pascua, en el día de la fiesta, muchos creyeron en Él, pero Jesús no se confiaba a ellos, porque Él sabía lo que había en el hombre. Pues no creían en Él de tal manera que fueran dignos de que Cristo habitara en ellos, cuya fe puede compararse a la de los catecúmenos, que creen en Cristo, pero Cristo no se confía a ellos, porque a menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios (Juan III). Cristo no se confía a nadie, sino a quien es digno de entrar en el reino de Dios. Nadie es digno de entrar en el reino de Dios, sino quien ha nacido de agua y del Espíritu. Por eso la costumbre eclesiástica no da la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo a los catecúmenos, porque no han nacido de agua y del Espíritu, a quienes solo se les confía la participación del cuerpo y la sangre de Cristo. De estos muchos que creían en Jesús, uno era este Nicodemo; y por eso vino de noche, y no de día, porque aún no estaba iluminado con la luz de la gracia celestial.

CAPÍTULO III.

Había un hombre de los fariseos, llamado Nicodemo, un príncipe de los judíos, este vino a Jesús de noche. Un príncipe de los judíos vino a Jesús de noche, deseando aprender más plenamente los misterios de la fe en una conversación secreta con Él, de cuya manifestación abierta de señales ya había recibido algunos rudimentos; quien, porque prudentemente buscaba de Él lo que ignoraba, mereció investigar.

Rabí, dice, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si Dios no está con él. Confesó, pues, que Jesús había venido de Dios para ser maestro celestial del mundo, prudentemente entendió por los milagros que el Señor estaba con Él; sin embargo, no sabía que Él mismo era Dios con Dios; pero porque ofreció al maestro que conocía, para ser enseñado diligentemente en la verdad, mereció entrar en el conocimiento de su divinidad perfectamente; mereció recibir los arcanos de ambas naturalezas, la divina y la humana, así como los de su Pasión y ascensión, y también el modo de la segunda generación, la entrada al reino celestial, y muchos otros sacramentos de la doctrina que el Señor le reveló.

Jesús respondió y le dijo: En verdad, en verdad te digo: A menos que uno nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Esta sentencia brilla tanto más claramente para todos los fieles, cuanto que es evidente que sin su luz no pueden ser fieles. ¿Quién, en efecto, puede obtener la remisión de los pecados y entrar en el reino de los cielos sin el lavacro de la regeneración? Pero Nicodemo, que vino de noche al Señor, aún no sabía captar los misterios de la luz. Pues la noche en que vino designa la misma ignorancia que lo oprimía. Aún no estaba asociado con aquellos a quienes el Apóstol dice: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes. V), sino que permanecía más bien entre aquellos a quienes Isaías habla: Levántate, resplandece, Jerusalén, porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti (Isai. VI). Respondió, pues, al Señor, y dijo:

¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer? Porque aún permanecía ignorante de la segunda natividad, pero ya estaba preocupado por su salvación, necesariamente preguntaba si la única que conocía podía repetirse, o de qué manera podría cumplirse la regeneración, para no quedar excluido de ella y no poder ser partícipe de la vida celestial. Pero se debe notar que lo que dijo sobre la carnal, también debe entenderse sobre la regeneración espiritual: que no puede repetirse una vez que ha sido cumplida. Pues ya sea que un hereje, un cismático, o cualquier malhechor bautice en la confesión de la santa Trinidad, no puede ser rebautizado por los buenos católicos, para que no parezca anularse la confesión o invocación de tan gran nombre. Y porque Nicodemo, preocupado por la primera respuesta del Señor, diligentemente inquiere cómo debe entenderse, merece ser instruido más claramente, y escuchar que la segunda natividad no es carnal, sino espiritual.

Jesús respondió: En verdad, en verdad te digo: A menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Cuyo modo de natividad expone subsecuentemente, distinguiéndola completamente de la carnal, diciendo:

Lo que ha nacido de la carne, carne es; y lo que ha nacido del espíritu, espíritu es. La naturaleza del espíritu es invisible, la de la carne visible; y por eso la generación carnal se administra visiblemente (pues con incrementos visibles, quien nace en la carne progresa a través de las etapas de la vida), pero la generación espiritual se realiza totalmente de manera invisible. Pues se ve que quien se bautiza descende al agua, se ve que es sumergido en el agua, se ve que asciende del agua; pero lo que el baño de regeneración ha obrado en él, no puede verse. Solo la piedad de los fieles sabe que el pecador descende al agua, pero asciende purificado. El hijo de la muerte descende, pero asciende el hijo de la resurrección. El hijo de la transgresión descende, pero asciende el hijo de la reconciliación. El hijo de la ira descende, pero asciende el hijo de la misericordia. El hijo del diablo descende, pero asciende el hijo de Dios. Solo la madre Iglesia, que engendra, lo sabe. Sin embargo, a los ojos de los insensatos parece que sale del agua tal como entró, y todo lo que se hace parece un

juego. Por eso, al final, viendo la gloria de los santos, dirán gimiendo en tormentos: Estos son a quienes tuvimos en burla y en semejanza de reproche. ¿Cómo, pues, fueron contados entre los hijos de Dios (Sab. V)? Dice el apóstol Juan: Amadísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos (1 Juan III). Lo que ha nacido del Espíritu, espíritu es, porque quien es regenerado por el agua y el Espíritu, se transforma invisiblemente en un nuevo hombre, y de carnal se convierte en espiritual. Por eso, con razón, no solo se le llama espiritual, sino también espíritu, porque así como la sustancia del espíritu es invisible a los ojos, así quien es renovado por la gracia de Dios, invisiblemente se hace espiritual y Hijo de Dios, aunque visiblemente aparezca a todos como carne y hijo del hombre. Sigue:

No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz; pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que ha nacido del espíritu. El Espíritu sopla donde quiere, porque tiene en su poder iluminar con la gracia de su visita el corazón de quien quiera. Y oyes su voz, cuando en tu presencia habla aquel que está lleno del Espíritu Santo. Pero no sabes de dónde viene ni a dónde va, porque aunque en tu presencia el espíritu llene a alguien por un momento, no puedes ver cómo ha entrado ni cómo ha regresado, porque su naturaleza es invisible. Así es todo aquel que ha nacido del Espíritu. Y él mismo, invisiblemente actuando el espíritu, comienza a ser lo que no era; de modo que los infieles no saben de dónde viene ni a dónde va; es decir, porque por la gracia de la regeneración viene a la adopción de los hijos de Dios, y va a la percepción del reino celestial. Pero mientras Nicodemo aún pregunta cómo pueden suceder estas cosas, el Señor añade, diciendo:

¿Eres tú maestro en Israel, y no sabes esto? No queriendo insultar a quien se llama maestro, siendo ignorante de los sacramentos celestiales, sino provocándolo al camino de la humildad, sin la cual no se puede encontrar la puerta celestial.

Si os he dicho cosas terrenales y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo las celestiales? Les habló de cosas terrenales, como encontramos en la lectura anterior, cuando hablaba de la pasión y resurrección de su cuerpo, que había tomado de la tierra, diciendo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré; sin embargo, no creían en la palabra que dijo; pero ni siquiera podían entender que no hablaba de otro que del templo de su cuerpo. Quienes, pues, al oír cosas terrenales no las comprendían, ¿cuánto menos son suficientes para comprender las celestiales, es decir, los misterios de la generación divina? Pero el Señor aún añade instruirle sobre los sacramentos celestiales y terrenales, viendo que escuchaba con sabiduría y diligencia lo que oía. La ascensión a la vida eterna es celestial; su exaltación a la muerte temporal es terrenal. Dice, pues, de las celestiales:

Y nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. (Añade de las terrenales:) Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado. Con razón se pregunta cómo se dice que el Hijo del hombre descendió del cielo, o que ya estaba en el cielo cuando hablaba en la tierra. Es conocida la confesión de la fe católica, que descendiendo del cielo el Hijo de Dios, asumió al hijo del hombre en el vientre virginal, y completada la dispensación de su pasión, lo resucitó de entre los muertos y lo llevó al cielo. No descendió, pues, la carne de Cristo del cielo, ni antes del tiempo de la ascensión estaba en el cielo, sino porque una es la persona de Cristo, existiendo en dos naturalezas. Y por eso, con razón se dice que el Hijo del hombre descendió del cielo y estaba en el cielo antes de la pasión, porque lo que en su naturaleza no podía tener, lo tuvo en el Hijo de Dios, de quien fue asumido; así como por la misma persona única de Cristo, que existe en dos naturalezas, el Apóstol dice: El Espíritu Santo os ha puesto como obispos para pastorear la Iglesia de Dios, que él adquirió con su propia sangre (Hechos

XX). Pues Dios no tenía sangre en su naturaleza, sino en el hombre asumido, la cual derramó por la Iglesia. Por eso el salmista dice: Dios ha ascendido con júbilo (Sal. XLVI). ¿Cómo, pues, ascendería Dios, sino en el hombre, quien en la majestad de su naturaleza está siempre presente en todas partes? Pero también se debe preguntar cómo se ha dicho: Y nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, cuando todos los elegidos confían verdaderamente en que ascenderán al cielo, prometiéndoles el Señor: Porque donde yo estoy, allí estará también mi servidor (Juan XII). Sin embargo, aún no se ha resuelto claramente esta cuestión, porque evidentemente el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, es la cabeza de todos los elegidos; y todos los elegidos son miembros de esa misma cabeza, como dice el Apóstol: Y él mismo dio como cabeza sobre toda la Iglesia (Efes. I); y de nuevo, Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros de miembro (Efes. V). Nadie, pues, ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. Nadie ha subido al cielo, sino Cristo en su cuerpo, que es la Iglesia. Quien en sí mismo, primero ante los apóstoles, evidentemente sus miembros más eminentes, ascendió, y desde entonces en sus miembros asciende diariamente, se recoge en el cielo. Por eso, el mismo cuerpo suyo, atrapado entre las adversidades de este siglo, se gloria y dice: Ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos (Sal. XXIX). Como si dijera abiertamente: Quien resucitó a Cristo, mi cabeza, muerto por los judíos, de entre los muertos, y frustrando todas las insidias de los enemigos, lo elevó al cielo, espero que también, librándome de los peligros presentes, me unirá a mi cabeza en el reino, porque nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo. Quien desee ascender al cielo, únase con verdadera fe y unidad de amor a aquel que descendió del cielo y está en el cielo. Entendiendo claramente que de ninguna otra manera, sino por aquel que descendió del cielo, puede ascender al cielo. Por eso, en otro lugar él mismo dice: Nadie viene al Padre sino por mí (Juan XIV). Estas cosas se dicen a Nicodemo para todos los catecúmenos, para que aprendan a incorporarse renaciendo a sus miembros, por quien pueden ascender al reino de Dios. Y porque la ascensión o entrada al reino no puede hacerse sin la fe y los sacramentos de la pasión del Señor, con razón se añade:

Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Con admirable arte del magisterio celestial, el Señor induce al maestro de la ley mosaica al sentido espiritual de esa misma ley, recordando la historia antigua, y explicando que fue hecha en figura de su pasión y de la salvación humana. Pues el libro de los Números narra que el pueblo de Israel, cansado del largo camino y del trabajo en el desierto, murmuró contra el Señor y Moisés (Num. XXIII); por eso el Señor envió contra ellos serpientes ardientes, y a causa de sus mordeduras y de la muerte de muchos, cuando clamaron a Moisés, y él oró, el Señor le mandó hacer una serpiente de bronce y ponerla como señal. Quien haya sido mordido, dijo, al mirarla, vivirá; y así fue. Las mordeduras de las serpientes ardientes son los venenos y estímulos de los vicios, que matan espiritualmente al alma que tocan. Y bien el pueblo murmurador contra el Señor era derribado por las mordeduras de las serpientes, para que por el orden del castigo exterior reconociera cuán grande era el daño que sufría interiormente al murmurar. La exaltación de la serpiente de bronce, que al ser mirada por los mordidos los sanaba, señala la pasión de nuestro Redentor en la cruz, en cuya sola fe se supera el reino de la muerte y del pecado. Con razón se expresan por las serpientes los pecados, que arrastran al alma y al cuerpo a la perdición, no solo porque son ardientes, porque son venenosas, porque son astutas para matar, sino también porque por la serpiente nuestros primeros padres fueron persuadidos a pecar (Gén. III), y de inmortales se hicieron mortales al pecar. Con razón el Señor se muestra por la serpiente de bronce, porque vino en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII), porque así como la serpiente de bronce tenía la apariencia de las serpientes ardientes, pero no tenía en sus miembros el ardor del veneno

dañino, sino que más bien sanaba a los mordidos por las serpientes con su exaltación, así ciertamente, así el Redentor del género humano no asumió carne de pecado, sino la semejanza de carne de pecado, en la cual, padeciendo la muerte de cruz, liberaría a los que creen en él de todo pecado y de la misma muerte. Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así, dice, es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, porque así como aquellos que miraban la serpiente de bronce levantada como señal eran sanados temporalmente de la muerte temporal y de la plaga que la mordedura de las serpientes había infligido, así también quienes miran sinceramente el misterio de la pasión del Señor creyendo, confesando, imitando, son salvados para siempre de toda muerte, que contrajeron pecando en el alma y en la carne. Por eso se añade con razón: Para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. El sentido de esta palabra es claro, porque quien cree en Jesús no solo escapa de la perdición de las penas, sino que también recibe la vida eterna. Y esto es lo que diferencia la figura de la verdad, porque por aquella se prolonga la vida temporal, por esta se dona la vida que permanecerá sin fin. Pero debe cuidarse diligentemente que lo que el entendimiento percibe bien, la acción digna lo lleve a cabo, para que la confesión de nuestra fe recta, viviendo sobriamente, merezca alcanzar la perfección de la vida prometida. Sin embargo, porque estas cosas se dicen del Hijo del hombre, porque era necesario que fuera levantado en la cruz, es decir, que padeciera la muerte, para que Nicodemo no pensara que solo era hijo del hombre aquel de quien se esperaba la vida eterna, el Señor se preocupó de revelar también el sacramento de su divinidad, mostrando que es uno y el mismo el Hijo del hombre y el Salvador del mundo. Pues sigue:

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Por eso se debe notar que repite lo mismo del Hijo unigénito de Dios, que había dicho del Hijo del hombre levantado en la cruz, diciendo: Para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque ciertamente el mismo Redentor y Creador nuestro, Hijo de Dios existiendo antes de los siglos, se hizo Hijo del hombre al final de los siglos, para que quien por el poder de su divinidad nos había creado para disfrutar de la bienaventuranza de la vida eterna, él mismo por la fragilidad de nuestra humanidad nos restaurara para recibir la vida que habíamos perdido. Sigue, pues:

Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. Por tanto, en cuanto depende del médico, vino a sanar al enfermo. Se destruye a sí mismo quien no quiere observar los preceptos del médico. Vino el Salvador al mundo. ¿Por qué se le llama Salvador del mundo? sino para salvar al mundo, no para condenar al mundo. ¿No quieres ser salvado por él? Serás juzgado por ti mismo. ¿Y qué digo, serás juzgado? Ved lo que dice:

El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree... ¿Qué esperabas que dijera, sino juzgado? ya, dice, ha sido juzgado. Se ha manifestado el juicio, pero ya se ha hecho el juicio. Porque el Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II). Conoce quiénes permanecerán para la corona, quiénes permanecerán para la llama. Conoce en su era su trigo, conoce también la paja; conoce también la cosecha, conoce la cizaña.

Ya ha sido juzgado, quien no cree. ¿Por qué ha sido juzgado? porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

Y este es el juicio, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Hermanos míos, ¿de quién encontró el Señor buenas obras?

De nadie, pues todas las obras malas encontró. ¿Cómo, pues, algunos hicieron la verdad, y vinieron a la luz? Pues esto sigue:

Pero el que hace la verdad, viene a la luz, para que sus obras sean manifestadas, porque han sido hechas en Dios. ¿Cómo, pues, algunos hicieron buenas obras, para venir a la luz, es decir, a Cristo; y cómo algunos amaron las tinieblas, si a todos los encontró pecadores, y a todos sana del pecado? Y aquella serpiente, en la que estaba figurada la muerte del Señor, sanaba a los que habían sido mordidos, y por las mordeduras de la serpiente fue levantada la serpiente, es decir, la muerte del Señor por los hombres mortales que encontró injustos. ¿Cómo se entiende este juicio, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz: porque sus obras eran malas? ¿Qué es esto? ¿De quién eran buenas las obras? ¿No viniste para justificar a los impíos? Pero amaron, dice, más las tinieblas que la luz; ahí puso la fuerza. Pues muchos amaron sus pecados, porque quien confiesa sus pecados, y acusa sus pecados, ya hace con Dios. Dios acusa tus pecados; si tú también los acusas, te unes a Dios. Como si fueran dos cosas, hombre, y pecador. Lo que oyes hombre, Dios lo hizo; lo que oyes, pecador, lo hizo el mismo hombre. Borra lo que hiciste, para que Dios salve lo que hizo. Es necesario que odies en ti una obra, y ames en ti la obra de Dios. Cuando comienza a disgustarte lo que hiciste, ahí comienzan tus buenas obras, porque acusas tus malas obras. El inicio de las buenas obras es la confesión de las malas obras. Haces la verdad, y vienes a la luz. ¿Qué es, haces la verdad? No te adulas, no te halagas, no te adulas. No dices, Soy justo, cuando eres injusto, y comienzas a hacer la verdad. Pero vienes a la luz, para que tus obras sean manifestadas, porque han sido hechas en Dios: porque incluso esto mismo, que te disgustó tu pecado, no te disgustaría, si Dios no te iluminara, y su verdad te mostrara a ti mismo. Pero quien, aun siendo advertido, ama sus pecados, odia la luz que lo amonesta, y huye de ella, para que no sean reprendidas sus malas obras, que ama. Pero quien hace la verdad, acusa en sí mismo sus males; no se perdona a sí mismo, no se perdona a sí mismo, para que Dios lo perdone; él mismo lo reconoce, y viene a la luz: a quien da gracias, porque él le mostró lo que debía odiar en sí mismo; dice al Señor: Aparta tu rostro de mis pecados (Sal. L). ¿Y con qué rostro dice, sino que de nuevo dice: porque reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí (Ibid.). Pero si después de ti haces tu pecado, Dios te lo vuelve a poner ante tus ojos; y entonces te lo vuelve a poner, cuando ya no habrá fruto de penitencia. Corred, para que no os alcancen las tinieblas. Sigue, pues:

Después de esto, Jesús y sus discípulos vinieron a la tierra de Judea; y allí permanecía con ellos, y allí bautizaba. El bautizado bautiza, no con el bautismo con el que fue bautizado: el Señor bautizado por un siervo, mostrando el camino de la humildad, y conduciendo al bautismo del Señor, es decir, su propio bautismo, dando en realidad ejemplo de humildad, porque él mismo no rechazó el bautismo del siervo; y el bautismo del siervo preparaba el camino al Señor, y el Señor fue bautizado, se hizo camino para los que venían a él, escuchemos a él mismo. Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV). Si buscas la verdad, sigue el camino; pues él mismo es la verdad, que es el camino. Escuchemos a Juan: Bautizaba Jesús: Dijimos que bautiza Jesús, cómo Jesús, cómo el Señor, cómo el Hijo de Dios, cómo el Verbo. Pero el Verbo se hizo carne.

Y Juan estaba bautizando en Enón, cerca de Salim. El lugar, ¿qué es? se entiende por el nombre, porque había muchas aguas allí. Enón, cerca de Salim, es el lugar donde Juan bautizaba; y hasta ahora se muestra el lugar en la octava milla de Escitópolis al sur, cerca de Salim y el Jordán.

Porque Juan aún no había sido encarcelado. ¿Por qué bautiza Juan? porque era necesario que el Señor fuera bautizado. ¿Por qué era necesario que el Señor fuera bautizado? Para que

nadie, aunque dotado de gran gracia o poder, despreciara ser bautizado. El mismo Señor no despreció el sacramento del bautismo, aunque en él no había nada que debiera ser purificado en el bautismo, quien no tenía pecado alguno que debiera ser perdonado en el baño del bautismo. El Señor fue bautizado por un siervo, para que el siervo del Señor no despreciara el bautismo. Porque Juan aún no había sido encarcelado. Por eso dice esto el evangelista, para que se entendiera que estos milagros, que antes mencionó, se realizaron en el primer año de la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, que comenzaba desde su bautismo, de cuyo año principalmente otros evangelistas se encargaron de narrar.

Se suscitó una cuestión entre los discípulos de Juan y los judíos sobre la purificación. Los discípulos de Juan, ocultando a su maestro que muchos acudían al bautismo de Cristo y que los judíos preferían el bautismo de Cristo al de Juan, finalmente acudieron a Juan para que resolviera la cuestión que tenían con los judíos sobre la diferencia entre el bautismo de Cristo y el suyo. Y le dijeron: Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, he aquí que bautiza, y todos vienen a él. Como si se indignaran de que más personas acudieran al bautismo de Cristo, dijeron: Todos vienen a él y te dejan. Aquel fue bautizado con tu bautismo, al cual ahora todos concurren.

Respondió y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Vosotros sois testigos de que dije: No soy yo el Cristo. Si creéis en mi testimonio, sabed que no soy el Cristo, sino que su bautismo es aquel en el que hay remisión de pecados y se da el Espíritu Santo, no el mío: en el cual solo se daba penitencia y fe en aquel de quien ahora os quejáis. No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Soy el heraldo, él es el juez. Por tanto, yo soy el siervo, él es el Señor. Él es el esposo, yo soy el amigo del esposo. Es necesario que él crezca y que yo disminuya. Venía a prepararle el camino, no a exaltarme a mí mismo. Yo soy la voz que clama, él es la palabra del Padre. El que viene después de mí, ha sido hecho antes que yo, es decir, en dignidad me ha sido preferido. De quien no soy digno de desatar la correa de su calzado. Es decir, narrar el misterio de su nacimiento, por el cual vino al mundo nacido de la Virgen. Habéis oído mi testimonio, creed en mi testimonio, acudid a él, en cuyo bautismo hay remisión de pecados. Este Juan era tenido en tal autoridad, que el pueblo lo consideraba el Cristo; pero él rechazó el falso honor, para poder tener la verdad sólida. No quiso jactarse de lo que no era, para no estar sin aquel que siempre ha sido. El que tiene a la esposa, es el esposo. Yo no soy el esposo. Pero, ¿qué soy? El amigo del esposo, gozándome en la voz de aquel que es el esposo, de quien se dice: Dios, rey de toda la tierra: y todos los reyes de la tierra lo adorarán; todas las naciones le servirán (Salmo LXXI). Él es el verdadero esposo; la esposa es la santa Iglesia, congregada de todas las naciones, de la cual el Apóstol dice: Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo (II Cor. XI). Es virgen, y tiene esposo, que diariamente engendra, y permanece virgen perpetua. Esta virginidad es la integridad de la mente, la perfección de la caridad, la unidad de la fe católica, la concordia de la paz, la castidad en cuerpo y alma, porque de nada vale la castidad del cuerpo sin la integridad de la fe católica. De esta virgen, es decir, de la Iglesia universal, son amigos los predicadores de la verdad evangélica. Y por eso dice este Juan: El amigo del esposo, que está y oye, y se goza con alegría por la voz del esposo. Está, pues, quien permanece en la fe recta, y predica lo que cree. ¿Por qué está? porque no cae. ¿Por qué no cae? porque es humilde. Este precursor del Señor estaba en la roca sólida, cuando decía: No soy yo el Cristo, no soy yo el esposo, sino el amigo del esposo. Quien busca la gloria de aquel que lo envió, con razón no cae, con razón está, con razón oye la voz del esposo, y se goza con alegría por la voz del esposo. La voz del esposo es: Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII). Confesó, pues, Juan, como habéis oído antes, que no soy yo el Cristo.

Porque cuando Jesús hacía muchos discípulos, y se le informaba, como para instigarlo (pues le narraron como envidia: He aquí que él hace más discípulos que tú), él confesó lo que era, y por eso mereció pertenecer a él, porque no se atrevió a decir que era él. Esto, pues, dijo Juan: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Por tanto, Cristo da, y el hombre recibe. Vosotros mismos sois testigos de que dije: No soy yo el Cristo, sino que fui enviado antes que él. El que tiene a la esposa, es el esposo; pero el amigo del esposo, que está y lo oye, y se goza con alegría por la voz del esposo, no se hace gozo de sí mismo. Porque quien quiere gozarse de sí mismo, estará triste. Pero quien quiere gozarse de Dios, siempre se gozará, porque Dios es eterno. Así se dijo Juan, por la voz del esposo se goza el amigo del esposo, dice, no por su propia voz, y está, y lo oye. Si, pues, cae, no lo oye. Porque de aquel que cayó, se dijo: Y en la verdad no permaneció (Juan VIII); se dijo del diablo. Por tanto, debe estar el amigo del esposo y oír. ¿Qué es estar? permanecer en la gracia que ha recibido. Y oye la voz para que se goce. Así era Juan: sabía de dónde se gozaba, no se arrogaba lo que no era. Sabía que era iluminado, no iluminador. Porque era la luz verdadera, dice el evangelista, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I). Si a todo hombre, entonces también a Juan, porque él era de los hombres. Sigue. Y dice Juan:

Este, pues, mi gozo está cumplido. ¿Cuál es su gozo? Gozarse en la voz del esposo. Porque muchos se hicieron insensatos, porque dijeron ser sabios: a quienes el Apóstol reprende en la Epístola a los Romanos diciendo: Creyéndose sabios, se hicieron necios (Rom. I). Por tanto, Dios quita a los que no dan gracias lo que da a los que dan gracias. Juan no quiso ser así, quiso ser agradecido: confesó haber recibido, y dijo que se gozaba por la voz del esposo, y dijo: Este, pues, mi gozo está cumplido.

Es necesario que él crezca, y que yo disminuya. ¿Qué es esto, Es necesario que él sea exaltado, y que yo sea humillado? Este es un gran Sacramento, antes de que viniera el Señor Jesús, los hombres se gloriaban de sí mismos: vino aquel hombre, para que la gloria del hombre disminuyera, y la gloria de Dios aumentara. Vino aquel sin pecado, y encontró a todos con pecado. Si así vino aquel, para perdonar los pecados: Dios concede, el hombre confiesa. Porque la confesión del hombre, es la humildad del hombre; la misericordia de Dios, es la altura. Si, pues, vino aquel a perdonar los pecados, reconozca el hombre su humildad, y Dios hará su misericordia. Es necesario que él crezca, y que yo disminuya. Esto es, es necesario que él dé, y que yo reciba. Es necesario que él sea glorificado, y que yo confiese. Entienda el hombre su grado, y confiese a Dios, y escuche al Apóstol diciendo al hombre soberbio y altivo, y que quiere exaltarse: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? Entienda, pues, el hombre que ha recibido, que quería decir suyo lo que no es suyo, y disminuya. Porque es bueno para él que Dios sea glorificado en él, él disminuya en sí mismo, para que en Dios aumente (I Cor. IV). Estos testimonios, esta verdad también la significaron con sus pasiones Cristo y Juan. Porque Juan fue decapitado, para que también allí apareciera qué es Es necesario que él crezca, y que yo disminuya. Esto es, es necesario que él sea exaltado, y que yo sea humillado; porque esto también lo significa la misma criatura de la luz. Porque Cristo nació en días crecientes, y Juan en días decrecientes, para mostrar qué es Cristo, esto es, la luz verdadera; y qué es Juan, esto es, iluminado por él. Crezcamos nosotros en él, y por él, para que él crezca en nosotros, hasta que lleguemos al día perfecto. Escuchemos aún lo que Juan dijo de Cristo, o lo que dijo de sí mismo. Porque dice:

El que viene de arriba, está sobre todos; y el que es de la tierra, de la tierra habla. El que viene de arriba, está sobre todos, es decir, Cristo. Pero el que es de la tierra, es de la tierra, y de la tierra habla, es decir, Juan. Cuando, pues, de la tierra habla todo hombre, es terrenal; y mientras habla cosas terrenales, de la tierra habla. Pero el que es iluminado por aquel que es

la luz verdadera, habla de cosas divinas. Por tanto, arriba está la gracia de Dios, abajo la naturaleza del hombre. El carnal estima carnalmente, sospecha carnalmente. Cuando viene la gracia de Dios iluminando al hombre, habla de cosas celestiales, como se ha dicho: Tú iluminas mi lámpara, Señor mi Dios, ilumina mis tinieblas (Salmo XVII), esto es, Es necesario que él crezca, y que yo disminuya. Por tanto, Juan, en lo que respecta a Juan, es de la tierra, y de la tierra habla. Si algo divino has oído de Juan, es del que ilumina, no del que recibe. El que viene del cielo, está sobre todos; y lo que ha visto y oído, eso testifica.

Y su testimonio nadie lo recibe. El que viene del cielo, está sobre todos, nuestro Señor Jesucristo, de quien se dijo antes: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. Está, pues, sobre todos; y lo que ha visto y oído, eso habla. Porque tiene también al Padre, él mismo hijo de Dios, y ha oído del Padre. Y lo que ha oído del Padre, ¿qué es? ¿quién lo explica? ¿Cuándo mi lengua, cuándo mi corazón puede ser suficiente, o el corazón para entender, o la lengua para expresar? ¿Qué es lo que el Hijo ha oído del Padre? Tal vez el Hijo es, el Verbo del Padre ha oído. Más bien el Hijo es el Verbo del Padre. Cuando, pues, el Verbo de Dios es el hijo, el Hijo nos ha hablado, no su palabra, sino que quiso hablarnos la palabra del Padre, que hablaba la palabra del Padre. Esto, pues, como convenía y era necesario, dijo Juan: El que viene del cielo, está sobre todos; y lo que ha visto y oído, eso testifica, y su testimonio nadie lo recibe. Si nadie, dice, lo recibe, ¿por qué, pues, vino Cristo? Porque hay un pueblo preparado para la ira de Dios, condenado con el diablo. De estos nadie recibe el testimonio de Cristo. Porque si absolutamente nadie, ningún hombre, ¿qué es lo que sigue:

El que recibe su testimonio, ha sellado que Dios es veraz? Ciertamente, pues, nadie, sino, como tú dices, el que recibe su testimonio, ha sellado que Dios es veraz. Respondió, pues, tal vez interrogado Juan, como si dijera a nosotros qué dijo nadie, porque hay un pueblo nacido para la ira de Dios, y para esto preconocido. Porque el Señor sabe quiénes van a creer, y quiénes no van a creer; quiénes van a perseverar en lo que han creído, y quiénes van a caer, Dios lo sabe; y están contados por Dios todos los que van a la vida eterna. El testimonio de aquel que vino del cielo, nadie lo recibe. Pero el que recibe su testimonio, ha sellado que Dios es veraz. Ha sellado dijo, esto es, pone un signo en su corazón, como algo singular y especial, que este es el verdadero Dios, que fue enviado para la salvación del género humano. ¿Qué es, ha sellado que Dios es veraz, sino que el hombre es mentiroso, Dios es veraz, porque ningún hombre puede decir lo que es de la verdad, si no es iluminado por aquel que no puede mentir? Dios, pues, es veraz, Cristo, sin embargo, es Dios. ¿Quieres probarlo? Recibe su testimonio, y lo encontrarás: Porque el que recibe su testimonio, ha sellado que Dios es veraz. ¿Quién? Él mismo que vino del cielo, y descendió, está sobre todos, es Dios veraz.

Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla. Él mismo es Dios veraz; él mismo es Dios y nuestro Señor Jesucristo, de quien el Apóstol dice: Después que vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley (Gál. IV).

Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla. Esto ciertamente lo decía de Cristo, para distinguirse de él. ¿Qué, pues? ¿No envió Dios a Juan? ¿Acaso no dijo él mismo: Fui enviado antes que él? y: El que me envió a bautizar en agua (Juan I). Y de él se dijo: He aquí que envío mi ángel delante de ti, y preparará tu camino (Malaquías III). ¿No habla también él las palabras de Dios, de quien también se dijo que es más que profeta (Mat. XII)? Si, pues, también al mismo el Señor lo envió, y habla las palabras de Dios, ¿cómo entendemos que lo dijo para distinguir a Cristo: Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla? Pero mira lo que añade.

Porque Dios no da el Espíritu por medida. Escucha al Apóstol diciendo: Según la medida de la donación de Cristo (Efes. IV). A los hombres da por medida, al hijo único no da por medida. ¿Cómo a los hombres por medida? A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro dones de curaciones (I Cor. XII). ¿Acaso todos son profetas? ¿Acaso todos son doctores? ¿Acaso todos tienen dones de sanidades? ¿Acaso todos hablan en lenguas? ¿Acaso todos interpretan? Uno tiene esto, otro aquello; y lo que tiene este, no lo tiene aquel. Es medida, es una cierta división de dones. Por tanto, a los hombres se da medida y concordia, donde hace un solo cuerpo. Como uno recibe la mano para trabajar, otro el ojo para ver, otro el oído para oír, otro el pie para caminar: sin embargo, el alma es una, que hace todo; en la mano para trabajar, en el pie para caminar, en el oído para oír, en el ojo para ver; así también son diversos los dones de los fieles, como miembros distribuidos a cada uno según la medida propia. Pero Cristo, que da, no recibió por medida. Escucha, pues, aún lo que sigue, porque había dicho del Hijo.

Porque Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y ha dado todas las cosas en su mano. Para que sepas también aquí cuán distintamente se dijo El Padre ama al Hijo. ¿Por qué, pues? ¿El Padre no ama a Juan? y sin embargo no ha dado todas las cosas en su mano. ¿El Padre no ama a Pablo? y sin embargo no ha dado todas las cosas en su mano. El Padre ama al Hijo, pero como Padre al Hijo, no como señor al siervo; como único, no como adoptado. Por tanto, ha dado todas las cosas en su mano, ¿Qué es todas las cosas? Para que el Hijo sea tanto como el Padre.

CAPÍTULO IV.

Cuando Jesús supo que los fariseos habían oído, etc. Ciertamente, si el Señor hubiera sabido que los fariseos lo habían conocido de tal manera que hacía más discípulos y bautizaba a más discípulos, y que esto les serviría para su salvación siguiéndolo para que ellos también fueran discípulos y quisieran ser bautizados por él, no habría dejado la tierra de Judea, sino que se habría quedado allí por ellos. Pero como conocía su conocimiento, también conocía su envidia, porque no lo habían aprendido para seguirlo: se fue de allí. Él podría haber estado presente y no ser retenido por ellos, si no quisiera; pero porque en todo lo que hizo como hombre ofrecía un ejemplo a los hombres que creerían en él, porque cualquier siervo de Dios no peca si se retira a otro lugar, viendo la fuerte furia de los que lo persiguen, o buscando su mal; sin embargo, parecería que el siervo de Dios pecaría si lo hiciera, a menos que el Señor hubiera precedido en hacerlo: lo hizo ese buen Maestro, para enseñar, no porque temiera. Quizás también esto cause curiosidad, por qué se dijo: Jesús bautizaba más que Juan, y después de que se dijo que bautizaba, se añadió, aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos. ¿Qué entonces? ¿Se dijo algo falso y se corrigió? ¿O ambas cosas son verdaderas? Porque Jesús bautizaba y no bautizaba. Bautizaba, porque él purificaba; no bautizaba, porque no era él quien sumergía. Los discípulos ofrecían el ministerio del cuerpo, él ofrecía la ayuda de la majestad. Porque, ¿cuándo cesaría de bautizar, quien no cesa de purificar? De quien se dijo por el mismo Juan, a través de la persona de Juan el Bautista diciendo: Este es el que bautiza (Juan I). Por lo tanto, Jesús aún bautiza. Y mientras haya quienes deban ser bautizados, Jesús bautiza. El hombre puede acercarse con confianza al ministro inferior, porque tiene un maestro superior. Pero tal vez alguien diga: Cristo bautiza en espíritu, no en cuerpo. Como si alguien pudiera ser imbuido del sacramento del bautismo corporal y visible por otro don que no fuera el suyo. ¿Quieres saber que él bautiza no solo con el espíritu, sino también con agua? Escucha al Apóstol: Como Cristo, dice, amó a su Iglesia y se entregó por ella, purificándola con el lavamiento del agua en la palabra, para presentársela a sí mismo

como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante. Purificándola, ¿de dónde? del lavamiento del agua en la palabra (Efesios V). Quita el agua, no hay bautismo. Quita la palabra, no hay bautismo. Se suele preguntar si en este bautismo de los discípulos de Cristo se daba el Espíritu Santo, debido a las palabras que se leen en el siguiente lugar de este evangelio, donde se dice: El Espíritu Santo aún no había sido dado, porque Jesús no había sido glorificado (Juan VII). Ciertamente, el Espíritu Santo se daba en este bautismo de los discípulos de Cristo, aunque no con la manifestación con la que fue dado el décimo día después de la ascensión de Cristo en lenguas de fuego. Porque lo que Dios opera a veces en secreto, a veces visiblemente a través de una criatura visible, pertenece a la administración de la prudencia, por la cual todas las acciones divinas se realizan con la más hermosa distinción de orden de lugares y tiempos. Pero como el mismo Señor ciertamente tenía consigo al Espíritu Santo en el mismo hombre que llevaba, cuando vino a Juan para ser bautizado, y sin embargo, después de ser bautizado, el Espíritu Santo fue visto descender sobre él en forma de paloma, así se debe entender que antes de la manifestación visible del Espíritu Santo, cualquiera de los santos podría haberlo tenido en secreto. Así decimos esto, para que entendamos que incluso a través de la misma demostración visible del Espíritu Santo (que se llama su venida) se infundió de manera inefable o incluso inconcebible más abundantemente en los corazones de los hombres. Sigue:

Dejó Judea y se fue de nuevo a Galilea. ¿Qué significa, dejó Judea, sino que dejó por la infidelidad de aquellos que no quisieron recibirlo, y rechazaron la piedra que debían edificar? y se fue a través de los apóstoles a Galilea, es decir, a la volubilidad de este mundo, ordenando a los apóstoles: Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo XXVIII). Porque era necesario que pasara por Samaria. En la lectura del Evangelio, el santo evangelista nos mostró plenamente que el Señor Jesucristo asumió la debilidad de la naturaleza humana. Pues cuando dijo que el Señor había venido a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la parcela que Jacob dio a su hijo José, en la cual había un pozo de Jacob, añadió:

Jesús, dice, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. La parcela que el santo Jacob dejó a su hijo José, creo que no fue dejada tanto a José como a Cristo, cuya figura llevaba el santo patriarca José, a quien verdaderamente el sol adora, y la luna, todas las estrellas, bendicen. El Señor vino a esta parcela para que los samaritanos, que deseaban reclamar para sí la herencia del patriarca Israel, reconocieran a su dueño y se convirtieran a Cristo, porque se había hecho el legítimo heredero del patriarca. Pues el evangelista dice: Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Los sacramentos evangélicos, señalados en las palabras y hechos de nuestro Señor Jesucristo, no son evidentes para los hombres, y algunos, al interpretarlos menos diligente y sobriamente, a menudo afirman la perdición en lugar de la salvación, y el error en lugar del conocimiento de la verdad. De ahí que ese sea el sacramento, que está escrito, que el Señor vino a la hora sexta del día al pozo de Jacob, cansado del camino, se sentó, pidió de beber a la mujer samaritana, y las demás cosas que se dicen que deben ser discutidas y tratadas en el mismo lugar. Sobre esto, lo primero que debe mantenerse, que en todas las Escrituras debe guardarse con suma vigilancia, es que la exposición del sacramento divino sea según la fe. Por lo tanto, el Señor vino al pozo a la hora sexta. Veo en el pozo una profundidad oscura, por lo tanto, se me advierte que entienda las partes más bajas de este mundo (Efesios IV), es decir, las terrenales, a donde vino Jesús a la hora sexta, es decir, en la sexta edad del género humano, como en la vejez del hombre viejo, al que se nos ordena despojarnos para revestirnos del nuevo, que ha sido creado según Dios. Pues la sexta edad es la vejez, porque la primera es la infancia, la segunda la niñez, la tercera la adolescencia, la cuarta la juventud, la quinta la madurez. Por lo tanto, la vida del hombre viejo, que se lleva a

cabo según la carne en una condición temporal, se concluye en la sexta edad, es decir, en la vejez, porque en la vejez (como dije) del género humano, nuestro Señor, Creador y Restaurador, vino a nosotros, para que, al morir el hombre viejo, estableciera en sí mismo al nuevo, al que, despojado del barro terrenal, trasladara al reino celestial. Por lo tanto, ahora el pozo, como se ha dicho, significa el trabajo terrenal y el error de este mundo con su oscura profundidad. Se ha dicho por el Apóstol: Y aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior, sin embargo, se renueva de día en día (II Cor. IV). Muy correctamente, ya que todas las cosas visibles pertenecen al hombre exterior, a las que la disciplina cristiana renuncia, el Señor vino a la hora sexta, es decir, al mediodía, cuando el sol visible ya comienza a declinar hacia el ocaso, porque también nosotros, llamados por Cristo al amor de las cosas invisibles, el hombre interior recreado se vuelve a la luz interior, que nunca se pone, según la disciplina apostólica, no buscando las cosas que se ven, sino las que no se ven. Porque las cosas que se ven son temporales; pero las que no se ven son eternas (II Cor. IV). Pero el hecho de que vino cansado al pozo, significa la debilidad de la carne; lo que dio humildad, porque también asumió la debilidad de la carne por nosotros, y se dignó aparecer tan humildemente como hombre entre los hombres. De esta debilidad de la carne, el profeta dice: Hombre puesto en plaga, y sabiendo llevar la debilidad (Isaías LIII). Sobre la humildad, el Apóstol dice: Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (Filipenses II). Aunque lo que se sentó, ya que los maestros suelen sentarse, puede en otro sentido no demostrar la modestia de la humildad, sino la persona del maestro. Pero se puede preguntar por qué pidió beber a la mujer samaritana, que venía a ser llenada de gracia, cuando él mismo después proclamó que podía dar la abundancia de la fuente espiritual a los que lo pidieran. Pero ciertamente Dios conocía la fe de aquella mujer, que, siendo samaritana, suele sostener la imagen de la idolatría de Samaria. Porque separados del pueblo de los judíos, habían dedicado la gloria de sus almas a los ídolos de animales mudos, es decir, a los becerros de oro. Pero Jesús, nuestro Señor, había venido para llevar a la multitud de las naciones, que había servido a los ídolos, a la unidad de la fe cristiana y de la religión incorrupta. Porque no tienen necesidad de médico los sanos, sino los que están mal (Mateo IX). Por lo tanto, él anhela su fe, por la cual derramó su sangre.

Jesús le dijo: Mujer, dame de beber. Y como nuestro Señor sabía lo que anhelaba, poco después venían sus discípulos, que habían ido a la ciudad a comprar alimentos; quienes le dicen:

Rabí, come. Pero él les dijo: Yo tengo una comida para comer que vosotros no conocéis. Sus discípulos se decían unos a otros: ¿Acaso alguien le ha traído de comer? Jesús les dice: Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, para que complete su obra. ¿Acaso aquí se entiende otra cosa que la voluntad del Padre que lo envió, y su obra que respondió querer completar, sino que nos convirtiera a su fe del pernicioso error del mundo? Así como es su comida, así es su bebida, porque por esto anhelaba en aquella mujer, para hacer en ella la voluntad del Padre y completar su obra. Pero respondiendo carnalmente, dijo:

Tú, siendo judío, ¿cómo me pides de beber, siendo yo mujer samaritana? Porque los judíos no se tratan con los samaritanos. A lo que nuestro Señor le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva. Para mostrarle que no había pedido tal agua como ella había entendido. Pero porque él anhelaba su fe, deseaba darle el Espíritu Santo. Esta agua viva la entendemos correctamente como el don de Dios, como él mismo dice: si conocieras el don de Dios; y como el mismo Juan testifica en otro lugar diciendo, que Jesús estaba de pie, y clamaba: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Juan VII), consecuentemente: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva (Ibid.). Porque primero creemos para merecer estos dones. Por lo tanto, este río de agua viva, que quería dar a aquella mujer, es la recompensa de

la fe, que primero anhelaba en ella. Sobre la interpretación de esta agua viva, así añade: Esto decía, dice, del Espíritu que habrían de recibir los que creyeran en él. Porque aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado (Ibid.). Este don del Espíritu Santo es el que después de su glorificación dio a la Iglesia, como dice otra Escritura: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres (Salmo LXVII). Pero aún la mujer piensa carnalmente, pues respondió:

Señor, no tienes con qué sacar, y el pozo es profundo, ¿de dónde tienes, pues, el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y él mismo bebió de él, y sus hijos, y su ganado? Ahora el Señor explica lo que dijo:

Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna. Pero la mujer se aferra a la prudencia de la carne. ¿Qué respondió?

Señor, dame esta agua, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacar. Jesús le dice: Ve, llama a tu marido, y ven aquí. Sabiendo que no tenía marido, se pregunta por qué dijo esto, pues cuando la mujer dijo:

No tengo marido, Jesús le dice: Bien has dicho que no tienes marido, porque cinco maridos has tenido; y el que ahora tienes, no es tu marido, esto has dicho con verdad. Pero estas cosas no deben tomarse carnalmente, para que no parezcamos ser semejantes a esta misma mujer samaritana, sino que, si hemos probado algo de ese don de Dios, tratemos esto espiritualmente. Algunos interpretan que los cinco maridos son los cinco libros que fueron ministrados por Moisés. Pero lo que se dijo: Y ahora el que tienes, no es tu marido, entienden que el Señor lo dijo de sí mismo, para que este sea el sentido: Primero serviste a los cinco libros de Moisés, cinco maridos; ahora el que tienes, es decir, al que escuchas, no es tu marido, porque aún no has creído en él. Pero como aún no creyendo en Cristo, todavía estaba sujeta a la unión de aquellos cinco maridos, es decir, cinco libros, puede mover cómo se pudo decir: Cinco maridos has tenido, como si ya no los tuviera, cuando aún vivía sujeta a ellos. Además, cuando los cinco libros de Moisés no predicaban otra cosa que a Cristo, como él mismo dice: Si creyerais a Moisés, creeríais también a mí, porque él escribió de mí (Juan III), ¿cómo se puede entender que alguien se aparte de esos cinco libros para pasar a Cristo, cuando el que cree en Cristo no debe abandonar esos cinco libros, sino abrazarlos mucho más felizmente al entenderlos espiritualmente? Por lo tanto, hay otra interpretación, que los cinco maridos se entienden como los cinco sentidos del cuerpo: uno que pertenece a los ojos, con el que vemos esta luz visible, y cualquier color, y las formas de los cuerpos. Otro es el de los oídos, con el que sentimos las voces y todos los sonidos. El tercero es el de las narices, con el que nos deleitamos con la variedad de los olores. El cuarto en la boca, el gusto siente lo dulce y lo amargo, y tiene el examen de todos los sabores. El quinto a través de todo el cuerpo, al tocar juzga lo caliente y lo frío, lo duro y lo blando, lo liso y lo áspero; y cualquier otra cosa que sentimos al tocar. Por lo tanto, estos sentidos carnales gobiernan la primera edad del hombre, por la necesidad de la naturaleza mortal, porque así nacimos después del pecado del primer hombre, que aún no se ha devuelto la luz de la mente, estamos sujetos a los sentidos carnales, y pasamos una vida carnal sin ninguna comprensión de la verdad. Así deben ser los niños y los pequeños, que aún no pueden recibir la razón. Y porque estos sentidos son naturales, que gobiernan la primera edad, y nos fueron dados por el artífice Dios, se llaman correctamente maridos, es decir, legítimos, porque no son un error por su propio vicio, sino que la naturaleza los atribuyó por el artífice Dios. Cuando alguien llega a la edad en la que puede ser capaz de razón, si puede comprender la verdad de inmediato, no usaría esos

sentidos como gobernantes, sino que tendrá al espíritu racional como marido, al que someterá esos sentidos en servidumbre, sometiendo su cuerpo a su servicio, cuando el alma ya no está sujeta a cinco maridos, es decir, cinco sentidos corporales, sino que tiene al Verbo divino como legítimo marido, al que unida y adherida, cuando el mismo Espíritu del hombre se ha adherido a Cristo, porque la cabeza del hombre es Cristo (I Cor. XI), abrazando las cosas espirituales, disfruta de la vida eterna sin temor a la separación. Porque estaba sujeta a cinco, lo que significaba que la multitud del mundo estaba sujeta a vanas supersticiones, después de esos cinco tiempos de los sentidos carnales, que gobiernan la primera edad, como hemos dicho: no la había tomado el Verbo de Dios en matrimonio, sino que el diablo la poseía con un abrazo adúltero. Por lo tanto, el Señor le dice, viéndola ser carnal, es decir, pensar carnalmente: Ve, llama a tu marido, y ven aquí, es decir: Aléjate de la afección carnal en la que ahora estás, de donde no puedes entender lo que digo; y llama a tu marido, es decir, Preséntate en el espíritu de entendimiento. Porque el espíritu del hombre es como un marido de alguna manera, que gobierna la afección animal como una esposa: no ese Espíritu Santo, que se da inmutablemente con el Padre y el Hijo; sino el espíritu del hombre, del que el Apóstol dice: Nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre (I Cor. II), porque también ese Espíritu Santo es el espíritu de Dios; del que nuevamente dice: Así también las cosas de Dios nadie las sabe, sino el Espíritu de Dios (Ibid.). Por lo tanto, este espíritu del hombre cuando está presente, es decir, está atento, y se somete a Dios con piedad, el hombre entiende lo que se dice espiritualmente. Pero cuando el error del diablo domina en el alma como si el entendimiento estuviera ausente, es un adulterio. Llama, por lo tanto, dice, a tu marido, es decir, al espíritu que está en ti, con el que el hombre puede entender las cosas espirituales. Porque si la luz de la verdad ilumina al marido, se entiende que está presente. Llama, por lo tanto, a tu marido, para que él esté presente cuando te hablo, para que recibas el agua espiritual. A quien negando tener marido. Bien, dice, has dicho. Porque cinco maridos has tenido, es decir, cinco sentidos carnales te gobernaron en la primera edad; y ahora el que tienes, no es tu marido, porque no hay en ti un espíritu que entienda a Dios, con el que puedas tener un legítimo matrimonio: sino que el error del diablo más bien domina, que te corrompe con una contaminación adúltera. Y tal vez para indicar a los entendidos que los cinco sentidos del cuerpo mencionados se significan con el nombre de cinco maridos, después de cinco respuestas carnales, esta mujer en la sexta respuesta nombra a Cristo. Porque su primera respuesta es: Tú, siendo judío, ¿cómo me pides de beber? la segunda: Señor, no tienes con qué sacar, y el pozo es profundo; la tercera: Señor, dame esta agua, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacar; la cuarta: No tengo marido; la quinta: Veo que eres profeta: nuestros padres adoraron en este monte. Porque esta respuesta es carnal, pues a los carnales se les había dado un lugar terrenal donde orar, pero el Señor dijo que los espirituales adorarían en espíritu y en verdad. Después de que habló, en la sexta respuesta la mujer confiesa que Cristo enseñará toda la historia.

Dijo ella: Sé que el Mesías viene, el que es llamado Cristo; cuando él venga, nos anunciará todas las cosas. Pero aún se equivoca, porque no ve que aquel a quien espera ya ha venido. Sin embargo, por la misericordia del Señor, ahora este error es expulsado como un adulterio.

Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo. Al oír esto, ella no respondió nada, sino que inmediatamente, dejando su cántaro, fue a la ciudad apresuradamente, no solo para creer en el Evangelio y la venida del Señor, sino también para predicarlo. Tampoco debe pasarse por alto negligentemente el hecho de que dejó su cántaro: el cántaro tal vez simboliza el amor a este mundo, es decir, la codicia: porque los hombres sacan placer de la profunda oscuridad, de la cual el pozo es una imagen, es decir, de la vida terrenal: y al percibirlo, nuevamente arden en su deseo, como quien bebe de esa agua volverá a tener sed. Era necesario que, creyendo en

Cristo, renunciara al mundo, y dejando el cántaro, mostrara que había abandonado la codicia mundana, no solo creyendo con el corazón para justicia, sino también profesando para salvación, creyendo para predicar.

La mujer le dijo: Señor, veo que eres profeta. Comenzó a venir el hombre, aunque aún no había llegado completamente; pensaba que el Señor era un profeta: ciertamente era un profeta, pues de sí mismo dijo: No hay profeta sin honor, sino en su propia patria (Luc. IV). También se dijo de él a Moisés: Les suscitaré un profeta de entre sus hermanos, semejante a ti (Deut. XVIII): semejante en la forma de la carne, no en la eminencia de la majestad. Por lo tanto, encontramos que el Señor Jesús fue llamado profeta, así que esta mujer ya no se equivoca mucho. Veo, dijo, que eres profeta, comienza a excluir al adúltero: Veo que eres profeta, y comienza a buscar lo que solía moverla. Había una disputa entre samaritanos y judíos, porque los judíos adoraban a Dios en el templo construido por Salomón; los samaritanos, situados lejos de allí, no adoraban en él; y por eso los judíos querían ser considerados mejores, porque adoraban a Dios en el templo. Los judíos no se mezclaban con los samaritanos, porque les decían: Porque ustedes adoran en el templo, y por eso se consideran mejores que nosotros, porque no tenemos eso: ¿acaso nuestros padres, que agradaron a Dios, adoraron en ese templo? ¿No adoraron en este monte, donde ahora estoy? Por lo tanto, decían, es mejor que nosotros roguemos a Dios en este monte, donde nuestros padres rogaron. Ambos contendían ignorantes, porque al no tener al hombre, aquellos se inflamaban por el templo, estos por el monte, unos contra otros. Sin embargo, ¿qué enseña ahora el Señor a la mujer, como si su hombre comenzara a estar presente? La mujer le dijo: Señor, veo que eres profeta, nuestros padres adoraron en este monte, y ustedes dicen que en Jerusalén se debe adorar. Jesús le dijo:

Mujer, créeme. Porque la Iglesia cree en el esposo, como está escrito en el Cantar de los Cantares: He aquí que mi amado me habla: Levántate, apresúrate, amiga mía, y ven. Ya ha pasado el invierno, la lluvia se ha ido, las flores han aparecido en la tierra, ha llegado el tiempo de la poda, se ha escuchado la voz de la tórtola en nuestra tierra (Cant. II). Con razón, ya presente el hombre, la mujer escucha: Créeme, porque ya está en ti quien crea, porque tu hombre está presente. Comenzaste a estar presente en entendimiento, cuando me llamaste profeta. Mujer, créeme, porque si no creyeres, no entenderás. Por lo tanto, mujer, créeme:

Porque vendrá la hora cuando ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no saben; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero vendrá la hora, y ahora es, cuando. ¿Qué hora entonces?

Cuando los verdaderos adoradores adorarán no en este monte, no en el templo, sino en espíritu y en verdad. Dios es espíritu. Si Dios fuera cuerpo, debería ser adorado en el monte, porque el monte también es corpóreo; debería ser adorado en el templo, porque el templo es corpóreo.

Dios es espíritu, y aquellos que lo adoran, deben adorarlo en espíritu. Nosotros adoramos lo que sabemos; ustedes adoran lo que no saben, porque la salvación viene de los judíos. Dio mucho a los judíos, pero no tomes a estos reprobos. Toma esa pared, a la que se adjunta una alta pared, para que juntos en la piedra angular, que es Cristo, se unan. Porque una pared es de los judíos, otra de los gentiles. Estas paredes están lejos una de otra, pero hasta que se unan en el ángulo. Los extranjeros eran huéspedes, y peregrinos de los testamentos de Dios. Según esto, se dijo: Nosotros adoramos lo que sabemos. Se dijo así desde la persona de los judíos, pero de aquellos como fueron los apóstoles, como fueron los profetas, como fueron todos aquellos santos que vendieron todo lo que tenían, y pusieron el precio de sus cosas a los

pies de los apóstoles (Act. IV). Porque Dios no rechazó a su pueblo que conoció de antemano (Sal. XCIII). Esta mujer escuchó esto, y añadió. Ya había dicho que era profeta. Vio que decía otras cosas con quien hablaba, que ya era más que profeta; y vean qué respondió. La mujer le dijo:

Sé que el Mesías viene, el que es llamado Cristo. Cuando él venga, nos mostrará todas las cosas. ¿Qué es esto? Ahora, dice, los judíos disputan sobre el templo, y nosotros disputamos sobre el monte. Cuando él venga, despreciará el monte, y derribará el templo, él enseñará todo, para que sepamos adorar en espíritu y en verdad. Sabía quién podía enseñarle, pero aún no reconocía al que ya le enseñaba. Ya era digna de que se le manifestara. Mesías es ungido, ungido en griego es Cristo, en hebreo Mesías. Por lo tanto, la mujer le dice: Sé que el Mesías viene, el que es llamado Cristo. Cuando él venga, nos anunciará todas las cosas.

Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo. Llamó a su hombre; su hombre se convirtió en la cabeza de la mujer; Cristo se convirtió en la cabeza del hombre. Ya la mujer se ordena en la fe, y se guía para vivir bien. Después de escuchar esto: Yo soy, el que habla contigo; ya no tenía más que decir, cuando Cristo el Señor quiso manifestarse a la mujer, a quien le había dicho: Créeme.

Y enseguida vinieron los discípulos, y se maravillaron de que hablara con una mujer. Porque buscaba a la perdida, quien había venido a buscar lo que se había perdido (Luc. XIX), esto les maravillaba. Admiraban algo bueno, no sospechaban algo malo.

Sin embargo, nadie dijo: ¿Por qué buscas, o por qué hablas con ella? Entonces la mujer dejó su cántaro, al oír: Yo soy, el que habla contigo. Y habiendo recibido en su corazón a Cristo el Señor, ¿qué haría, sino dejar ya el cántaro, y correr a evangelizar? Arrojó la codicia, y se apresuró a anunciar la verdad. Aprendan quienes quieren evangelizar, arrojen el cántaro al pozo. Recuerden lo que dije antes sobre el cántaro. Era un recipiente con el que se sacaba agua. En griego se llama ὕδρῐα, porque en griego agua se dice ὕδωρ; como si se dijera acuario. Por lo tanto, arroja el cántaro, que ya no fue de utilidad, sino de carga. Con ansias deseaba saciarse con esa agua, para anunciar a Cristo. Despojada de la carga, corrió a la ciudad.

Y les dice a los hombres: Vengan y vean a un hombre que me dijo todo lo que he hecho, ¿no será este el Cristo? Salieron de la ciudad, y venían a él, y le rogaban sus discípulos diciendo: Maestro, come. Porque habían ido a comprar alimentos, y habían regresado. Pero él les dijo: Yo tengo una comida para comer, que ustedes no conocen. Entonces los discípulos se decían entre sí: ¿Acaso alguien le ha traído de comer? ¿Qué maravilla si aquella mujer no entendía el agua? He aquí que los discípulos aún no entienden la comida. Pero él conoció sus pensamientos, y ya instruye como maestro, no de manera indirecta, como a aquella, cuyo hombre aún buscaba, sino ya abiertamente.

Mi comida, dijo, es hacer la voluntad del que me envió. Por lo tanto, él mismo era la bebida en aquella mujer para hacer la voluntad del que lo envió. Por eso decía: Tengo sed, dame de beber, es decir, para obrar la fe en ella, y beber su fe, y transferirla a su cuerpo. Porque su cuerpo es la Iglesia. Por lo tanto, dijo, esa es mi comida, hacer la voluntad del que me envió.

¿No dicen ustedes que aún faltan cuatro meses, y viene la cosecha? Estaba ferviente en la obra, y disponía enviar obreros. Ustedes cuentan cuatro meses para la cosecha, yo les muestro otra cosecha blanca y lista.

He aquí les digo: Levanten sus ojos, y vean, porque ya las regiones están blancas para la cosecha. Por lo tanto, enviaré segadores. En esto es verdadera la palabra, porque uno es el que siega, otro es el que siembra, para que el que siembra se regocije junto con el que siega. Yo los envié a segar lo que no trabajaron. Otros trabajaron, y ustedes han entrado en su trabajo. ¿Por qué entonces envió segadores, no sembradores? ¿A dónde los segadores? donde ya otros habían trabajado. Porque donde ya se había trabajado, y se había sembrado, ya maduro, deseaba la hoz y la trilla. ¿A dónde entonces se enviarían los segadores? Donde ya los profetas habían predicado, ellos mismos eran los sembradores. Porque si ellos no eran sembradores, ¿de dónde llegó a aquella mujer: Sé que el Mesías viene? Ya esta mujer era fruto maduro, y las cosechas estaban blancas, y buscaban la hoz. Los envié. ¿A dónde? a segar lo que no sembraron; otros trabajaron, y ustedes han entrado en sus trabajos. ¿Quiénes trabajaron? El mismo Abraham, Isaac y Jacob. Lean sus trabajos: en todos sus trabajos hay profecía de Cristo. Y por eso los sembradores fueron Moisés, y los demás patriarcas, y todos los profetas, cuánto sufrieron en aquel frío cuando sembraban. Por lo tanto, ya Judea era una cosecha lista: con razón allí fue como un campo maduro, cuando tantos miles de hombres traían el precio de sus cosas, y poniéndolo a los pies de los apóstoles (Act. IV), despojados de las cargas seculares de los hombros, seguían a Cristo el Señor. Verdaderamente una cosecha madura. ¿Qué se hizo de esa cosecha? ¿Se arrojaron pocos granos, y sembraron el mundo entero? y surge otra cosecha, que será segada al final del mundo. De esa cosecha se dice: Los que siembran con lágrimas, con gozo segarán (Sal. XII). A esa cosecha no son enviados los apóstoles, sino los ángeles. Los segadores, dijo, son los ángeles. Por lo tanto, esta cosecha crece entre la cizaña, y espera ser purgada al final. Pero aquella cosecha ya estaba madura, por eso primero fueron enviados los discípulos, donde también los profetas trabajaron. Pero, hermanos, vean lo que se dijo: Que se regocijen juntos, el que siembra y el que siega. Tuvieron trabajos temporales desiguales, pero disfrutarán juntos del gozo, recibiendo su recompensa juntos, la vida eterna.

De aquella ciudad muchos creyeron en él por la palabra de ella, por el testimonio de la mujer diciendo: Me dijo todo lo que he hecho. Cuando los samaritanos vinieron a él, le rogaron que se quedara con ellos; y se quedó allí dos días; y muchos más creyeron por su palabra; y decían a la mujer: Ya no creemos por tu palabra. Porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo. Y esto debe notarse un poco, porque la lectura ha terminado: la mujer fue la primera en anunciar, y por el testimonio de la mujer creyeron los samaritanos, y le rogaron que se quedara con ellos; y se quedó allí dos días; y muchos más creyeron; y cuando creyeron, decían a la mujer: Ya no creemos por tu palabra, sino que nosotros mismos hemos conocido y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo. Primero por la fama, luego por la presencia. Así se hace hoy con aquellos que están fuera, y aún no son cristianos, Cristo es anunciado por amigos cristianos, solo por aquella mujer, es decir, la Iglesia, anunciando para que vengan a Cristo. Crean por esa fama; él permanece con ellos dos días; es decir, les da dos mandamientos de caridad; y muchos más creen en él más firmemente, porque verdaderamente él es el Salvador del mundo.

Después de dos días salió de allí. Porque el mismo Jesús dio testimonio de que un profeta no tiene honor en su propia patria. Pero con los samaritanos confirmados en la fe y la caridad, es decir, con los gentiles, regresa en los últimos días de este siglo a su patria, en la cual aún no ha tenido honor; de la cual él mismo testifica en este lugar que un profeta no tiene honor en su propia patria. En su patria hizo milagros, y no creyeron en él; en Samaria no hizo, sin embargo creyeron por el testimonio de una mujer. Porque la Iglesia creyó en el Hijo de Dios por la predicación apostólica, que fue rechazada por la Sinagoga; de donde en su propia patria

terrenal, predicando el mismo Cristo, no creyeron en él sino pocos. Y esto es lo que en otro lugar un evangelista dice: El que cree en mí, las obras que yo hago él también las hará, y mayores que estas hará (Juan XIV). Fueron mayores obras, la fe de todo el mundo por la predicación apostólica, que las de Cristo, quien en Judea salvó a muy pocos, tan pocos, que sus discípulos, excepto los doce, lo dejaron, como se dijo: Muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban con él (Juan VI).

Los galileos lo recibieron, habiendo visto todas las cosas que hizo en Jerusalén en el día de la fiesta; y ellos también subieron a la fiesta. Tal vez incitados por la curiosidad de los milagros, no por la voluntad de escuchar su predicación.

Jesús vino de nuevo a Caná de Galilea, donde convirtió el agua en vino. Como diciendo: Aunque la casa estaba llena de comensales, donde Cristo hizo el milagro ante ellos, sin embargo, pocos creyeron en él, como dice el evangelista: Y creyeron en él sus discípulos. Y tal vez se dijo para vergüenza de sus conciudadanos, y para alabanza de los extranjeros. Porque los galileos fueron ciudadanos de Cristo, y los samaritanos fueron extranjeros. En la sagrada historia se lee:

Había un cierto oficial, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Oficial es un nombre diminutivo de rey; y por eso tal vez se dice oficial, porque pidió salud para su hijo, quien no tenía plena fe, tenía y no tenía. Por eso escuchó: A menos que vean señales y prodigios, no creerán. Porque quien buscaba salud para su hijo, sin duda creía. Pues no buscaría salud de aquel a quien no creía Salvador. ¿Por qué entonces se dice: A menos que vean señales y prodigios, no creerán, quien creía antes de ver una señal? Pero recuerden que quien pide, claramente conocerán que dudó en la fe. Porque pidió que descendiera y sanara a su hijo. Por lo tanto, buscaba la presencia corporal del Señor, quien por el espíritu no estaba ausente en ningún lugar. Por lo tanto, creyó menos en él, a quien no pensaba que pudiera dar salud, a menos que estuviera presente en cuerpo. Porque si hubiera creído perfectamente, sin duda sabría que no hay lugar donde Dios no esté. Por lo tanto, estaba dividido en gran parte, porque no dio honor a la majestad, sino a la presencia carnal. Y por lo tanto pidió salud para su hijo, y sin embargo dudó en la fe, porque a aquel a quien había venido, y creía poderoso para curar, sin embargo pensaba que estaba ausente de su hijo moribundo. Pero el Señor, que es rogado para que vaya, porque no falta donde es invitado, solo con su mandato devolvió la salud, quien con su voluntad creó todas las cosas. En esto debemos observar diligentemente que, como hemos aprendido por el testimonio de otro Evangelista: El centurión dijo al Señor: Señor, mi siervo yace parálítico en casa, y sufre mucho (Mat. VIII). A quien Jesús respondió de inmediato: Yo iré, y lo sanaré. ¿Qué es esto que el oficial ruega que venga a su hijo, y sin embargo se niega a ir corporalmente; pero al siervo del centurión no se le invita, y sin embargo promete ir corporalmente? No se digna asistir corporalmente al hijo del oficial, no se niega a acudir al siervo del centurión. ¿Qué es esto? sino que nuestra soberbia es refrenada, que en los hombres no veneramos la naturaleza, que fueron hechos a imagen de Dios, sino los honores y riquezas; y cuando consideramos lo que está alrededor de ellos, ciertamente no percibimos lo interior. Mientras consideramos lo que es despreciado en los cuerpos, descuidamos considerar qué son. Pero nuestro Redentor, para mostrar que lo que es alto en los hombres debe ser despreciado por los santos, y lo que es despreciado por los hombres no debe ser despreciado, no quiso ir al hijo del oficial, pero estuvo dispuesto a acudir al siervo del centurión. Por lo tanto, nuestra soberbia es reprendida, que no sabe considerar a los hombres por los hombres, solo, como hemos dicho, considera lo que rodea a los hombres. No mira la naturaleza, no reconoce el honor de Dios en los hombres. He aquí que el Hijo de Dios no quiere ir al hijo del oficial, y sin embargo está dispuesto a venir a la salud del siervo. Esto es lo que el Apóstol dice: Dios eligió lo débil del mundo, para confundir lo fuerte (I Cor. I).

El hombre creyó en la palabra que Jesús le dijo, y se fue. Comenzaba a tener fe en la palabra de Jesús, y por eso mereció la salud de su hijo; y quien vino dudoso en parte, se fue fiel; y por eso mereció la salud de su hijo.

Ya los siervos le salieron al encuentro anunciándole que su hijo vivía. Entonces preguntó la hora en que había mejorado; y le dijeron: Ayer, a la séptima hora lo dejó la fiebre. El número siete está santificado en los dones del Espíritu Santo, en el cual la salud de los hombres creyentes se establece, porque en el Espíritu Santo, que es el don de Dios, está la remisión de todos los pecados para los creyentes. También el número siete, si se divide en tres y cuatro, significa la santa Trinidad en el número tres, y la universalidad de todas las criaturas en el número cuatro, por los cuatro elementos, los cuatro animales, y las cuatro regiones del mundo, y las cuatro estaciones del año, que todas fueron creadas de él, y por él, y en él (Col. I), existen, y son gobernadas; porque en él vivimos, nos movemos y somos (Act. XVII).

Él creyó, y toda su casa. Porque se le anunció que su hijo estaba sano. Por la sola palabra creyeron muchos samaritanos; pero por aquel milagro solo aquella casa creyó. Esto presagia la fe de los gentiles en la multitud, y la fe de los judíos en la escasez: los gentiles creyeron solo por la palabra, es decir, por la predicación apostólica; pero los judíos vieron señales, y al mismo Hijo de Dios obrando, y sin embargo, pocos de ellos creyeron.

CAPÍTULO V.

El amor a las palabras divinas, y la dulzura de la inteligencia de la Sagrada Escritura, y especialmente de la humilde verdad evangélica, en la que se manifiesta la honesta simplicidad de las palabras, y se oculta la profunda profundidad de los sentidos, exhorta, con la ayuda del mismo Señor que da la suavidad, para que nuestra tierra dé su fruto, y nos exhorta a hablar, y a vosotros a escuchar. Y ojalá nos fuera tan eficaz el sentido de hablar, como a vosotros se os ha dado la inteligencia de escuchar con diligencia, mientras veo que escucháis sin fastidio, y con el gozo apacible de vuestro corazón, del cual lo que es saludable no se rechaza, sino que se recibe con avidez, y se retiene útilmente. Hablemos, pues, ahora de la lectura evangélica. Se leen dos milagros de sanidad humana, uno invisiblemente por la administración angélica, otro visiblemente exhibido por la presencia del Señor. Pero los misterios de ambos deben ser brevemente expuestos, para que la explicación de una lectura extensa no resulte pesada para nadie. La piscina probática, que estaba rodeada de cinco pórticos, es el pueblo de los judíos, protegido por todas partes por la custodia de la ley, para que no peque. Pues bien, la ley, que está descrita en los cinco libros de Moisés, se figura con el número cinco. Correctamente, el pueblo que en algunas cosas solía guardar la pureza de la vida, pero en otras era agitado por las tentaciones de los espíritus inmundos, se representa por el agua de la piscina, que solía estar tranquila con los vientos, y a veces agitada por ellos. Y bien se llama la misma piscina probática: *πρόβατα* en griego significa ovejas, porque había en aquel pueblo quienes podían decir al Señor: Nosotros somos tu pueblo, y las ovejas de tu rebaño, te confesaremos por siempre (Salmo LXXVIII). Comúnmente, sin embargo, se dice que la piscina probática, es decir, pecuaria, se llamaba así porque en ella los sacerdotes solían lavar las ofrendas. La multitud de enfermos que yacía en los pórticos mencionados, esperando el movimiento del agua, significa las multitudes de aquellos que, escuchando las palabras de la ley, lamentaban no poder cumplirlas con sus propias fuerzas, y por eso imploraban con todo el afecto de su alma la ayuda de la gracia del Señor. Eran ciegos, los que aún no tenían una fe perfecta; cojos, los que no podían cumplir con pasos de acción los bienes que conocían; secos, los que teniendo algún conocimiento, carecían de la grasa de la

esperanza y del amor. Tales yacían en los cinco pórticos, pero no se sanaban sino cuando el ángel venía a la piscina, porque por la ley es el conocimiento del pecado, pero la gracia de la remisión no se hizo sino por Jesucristo (Rom. III). Este ángel que descendía invisiblemente a la piscina, y sugería el poder de sanar, movía el agua. Pues descendió revestido de carne el ángel del gran consejo, es decir, el mensajero de la voluntad paterna en el pueblo de los judíos, y movía a los pecadores con su doctrina, hecho para ser muerto él mismo, quien con su muerte corporal no solo podía sanar espiritualmente al enfermo, sino también vivificar a los muertos. El movimiento del agua insinúa la pasión del Señor, que se hizo con el pueblo de los judíos agitado y turbado; y porque por esa misma pasión fueron redimidos los creyentes de la maldición de la ley, como descendiendo al agua de la piscina agitada se sanan, quienes hasta entonces yacían enfermos en los pórticos. La letra de la ley, que enseñó a los ignorantes qué debía hacerse y qué debía evitarse, pero no ayudó a los instruidos a cumplir sus decretos, como sacados de las sedes de la ignorancia anterior, los contenía en sus pórticos, pero no sanaba a los enfermos. Pero la gracia evangélica por la fe y el misterio de la pasión del Señor sana todas las enfermedades de nuestras iniquidades, de las cuales no pudimos ser justificados en la ley de Moisés. Como si echara a los enfermos de los pórticos de la ley al agua de la piscina agitada para que puedan ser sanados, quien por el agua del bautismo lava los pecados que la ley mostró, testificando el Apóstol, porque todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte, sepultados con él por el bautismo en la muerte, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida (Rom. VI). Bien se dice que quien primero descendiera después del movimiento del agua, se sanaba de cualquier enfermedad que tuviera, porque un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios (Efes. IV), y quien en la unidad católica se imbuje de los misterios de Cristo, se sana de cualquier enfermedad de pecados que lo detenga. Pero quien se aparta de la unidad, no puede alcanzar la salvación que es de uno. Esto hemos dicho del primer milagro de la lectura evangélica, lo que el Espíritu nos dio. Ahora hablemos a vuestra fraternidad de lo segundo que él mismo nos dio. En el cual también se encomienda un solo sanador, no porque la piedad omnipotente del Salvador no pueda sanar a todos los que allí encuentra enfermos, sino para enseñar que fuera de la unidad de la fe católica no hay lugar de salvación para nadie.

Había allí un hombre, dice, que tenía treinta y ocho años en su enfermedad. Este hombre, retenido por la enfermedad de muchos años, significa a cualquier pecador oprimido por la enormidad o la cantidad de sus crímenes: cuya culpa también se significa por el tiempo de su enfermedad, pues tenía treinta y ocho años en su enfermedad. El número cuarenta, que se compone multiplicando cuatro veces diez, suele tomarse en las Escrituras por la perfección de la recta conversación, porque quien se comporta con perfecta conversación, ciertamente cumple el diálogo de la ley por los cuatro libros del santo Evangelio. De la cual perfección, sin duda, carece de dos quien vacía de amor a Dios y al prójimo, que la Escritura de la ley y del Evangelio igualmente recomienda, camina. Lo que también el Señor enseñó mística al sanar al enfermo, cuando dijo:

Levántate, toma tu camilla y anda. LEVÁNTATE, se dice, es decir, sacude la pereza de los vicios en los que has languidecido durante mucho tiempo, y levántate al ejercicio de las virtudes, por las cuales serás salvado perpetuamente. Toma tu camilla; lleva, es decir, ama a tu prójimo, soportando pacientemente sus debilidades, quien te ha sostenido durante mucho tiempo pacientemente mientras estabas oprimido por el peso de las tentaciones. Llevaos los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Rom. XII). Y como dice en otro lugar: Soportándoos unos a otros en amor, procurando guardar la unidad en el vínculo de la paz (Efes.). Anda, ama a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza; y

para que merezcas llegar a su visión, avanza diariamente de virtud en virtud con pasos de buenas obras; ni abandones al hermano que llevas soportando, por amor a aquel a quien te diriges, ni por amor al hermano, apartes la intención del recto camino buscando a aquel con quien deseas permanecer. Pero para que puedas ser salvado perfectamente, levántate, toma tu camilla y anda. Es decir, deja los pecados pasados, socorre las necesidades de los hermanos, y en todo lo que hagas, cuida de no fijar tu mente en este mundo, sino apresúrate a ver el rostro de tu Redentor. Levántate, obrando bien; lleva la camilla, amando al prójimo; y anda, esperando la bienaventurada esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios (Tit. II). Pero es asombrosa la demencia de los infieles, que debieron creer y sanarse espiritualmente ante una sanación tan inesperada de quien había languidecido tanto tiempo, y en cambio se escandalizan, y tramán calumnias tanto al sanado como al Salvador: al sanado, porque llevó la camilla en sábado; al Salvador, porque en sábado mandó que se sanara y se llevara la camilla. ¿Quién mejor que una potencia tan grande de la divinidad podría conocer el sábado?

Decían, dice, los judíos, a aquel que había sido sanado. Es sábado, no te es lícito llevar tu camilla. Defendían neciamente la letra de la ley, ignorando la dispensación de aquel que, decretando una vez los edictos de la ley por medio de un siervo, ahora viniendo él mismo, cambiaba la misma ley con gracia, para que lo que carnalmente habían observado durante mucho tiempo los carnales según la letra, de ahora en adelante los espirituales lo conocieran para observarlo espiritualmente. Pues al sábado carnal, que según el Decálogo guardaban, el pueblo fue mandado a vacar de toda obra servil en el séptimo día. Pero el sábado espiritual es en la luz de la gracia espiritual, que se toma como séptuple, no uno, sino todos los días nos manda estar libres de la inquietud de los vicios. Pues si según la voz del Señor, todo el que hace pecado es esclavo del pecado (Juan VIII), está claro que los pecados se entienden correctamente como obras serviles: de las cuales, como en el séptimo día en la percepción de la gracia espiritual, se nos manda andar inmunes, no solo absteniéndonos de lo malo, sino también insistiendo en las buenas obras, lo que también el Señor mostró típicamente en esta lectura, cuando mandó al que había languidecido durante treinta y ocho años en el día de sábado no solo levantarse, sino también llevar la camilla y andar: insinuando que aquellos que languidecen por mucho tiempo en los vicios, y vacíos de amor a Dios y al prójimo, como si carecieran de dos de la suma perfecta de las virtudes, ya pueden resurgir por el don del Espíritu Santo de sus caminos, y, disipando su pereza, con el honor del amor fraterno deben apresurarse a la visión de su Creador. Pero el hecho de que el que fue sanado no reconozca a Jesús en la multitud, sino después en el templo, nos enseña mística que si verdaderamente deseamos conocer la gracia de nuestro Creador, si deseamos ser confirmados por su amor, si deseamos llegar a su visión, debemos huir diligentemente de la multitud, no solo de los pensamientos turbadores y de los afectos perversos, sino también de los hombres malvados, que puedan impedir el propósito de nuestra sinceridad, ya sea mostrando con su ejemplo malo, o ridiculizando o incluso prohibiendo nuestras buenas obras. Refugiémonos diligentemente en la casa de oración, donde invocando al Señor con libertad secreta, tanto demos gracias por los beneficios recibidos de él, como pidamos con humilde devoción por los que hemos de recibir. Más aún, procuremos ser nosotros mismos el templo santo de Dios, en el que se digne venir y hacer su morada, escuchando del Apóstol: Porque vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros (I Cor. VI). Entre lo cual, hermanos míos, debemos observar más diligentemente que encontrando en el templo al que había sanado el Señor, le dijo:

He aquí que has sido sanado, no peques más, para que no te suceda algo peor. Con estas palabras se muestra claramente que languidecía por los pecados, y que no podía ser sanado sino dejando los mismos. Pero quien fuera de la enfermedad, también lo salvó dentro del

crimen, de donde también lo advirtió cautamente, para que no contrajera una sentencia más grave de condenación pecando más. Lo cual no debe entenderse como si todo el que enferma enferma por los pecados. A menudo un hombre enferma para no enorgullecerse en los dones de Dios, como se lee del apóstol Pablo (II Cor. XII). A menudo también para ser probado, es atribulado, como la paciencia del bienaventurado Job es atribulada; y a menudo la enfermedad probada se da para castigo: Dios azota a todo hijo que recibe (Hebr. XVIII). A algunos, sin embargo, la enfermedad se da para la gloria de Dios, como se lee del ciego de nacimiento y de Lázaro (Juan IX, XI). El Señor sabe por quién manda enfermar a cualquiera, a menudo con juicio oculto para los hombres, pero nunca injusto. Pero aprendamos a someternos humildemente a los piadosos azotes de nuestro Redentor, considerando que sufrimos menos de lo que merecemos, siempre recordando aquella sentencia, porque bienaventurado el hombre que es corregido por el Señor (Job V). Y él mismo en el Apocalipsis: Yo, dice, a los que amo, reprendo y castigo (Apoc. III). Pero con el enfermo de larga duración sanado interior y exteriormente, es decir, liberado tanto de los azotes de la corrección manifiesta como de los pecados por los cuales merecía estos, los judíos, en cambio, enfermos mal interiormente, ya comienzan a enfermar peor, persiguiendo, a saber, a Jesús, que hacía estas cosas en sábado. Pero lo perseguían como siguiendo la autoridad de la ley y los ejemplos de la operación divina, porque el Señor en seis días con la perfecta creación del mundo, el séptimo descansó de todas sus obras (Gen. II); y mandó al pueblo trabajar seis días, y vacar el séptimo (Éxodo XXXV). No entendiendo que los decretos carnales de la ley debían ser gradualmente cambiados por interpretación espiritual, apareciendo aquel que no solo es legislador, sino también fin de la ley, Cristo, para justicia de todo creyente (Rom. X). Ni advirtiendo que el Creador en el séptimo día no cesó de la obra de la gobernación del mundo, y de la sustitución anual, más bien diaria, de las cosas creadas, sino de la nueva institución de las criaturas. Pues lo que se dice: Dios descansó el séptimo día de todas sus obras (Gen. II), se debe entender que Dios cesó de la creación de nuevas criaturas. Pero lo que aquí dice la misma Verdad:

Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. El Padre y el Hijo trabajan, para que permanezca la diversidad de naturalezas, que fueron creadas en la primera condición del mundo. Se ha dicho lo mismo en los Salmos: Quien formó individualmente sus corazones (Salmo XXXII); no géneros de almas desconocidos, sino almas de la misma sustancia que fueron creadas en el primer hombre, las reforma. Por lo cual el salmista, cuando no solo refirió la creación primordial del mundo, sino también la gobernación diaria de la criatura a la alabanza del Creador, dijo entre otras cosas: Todo lo hiciste con sabiduría (Salmo CIII). Si, pues, confesamos correctamente a Cristo como la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios, y todo lo hizo y gobierna Dios con sabiduría, es evidente que el Padre hasta ahora trabaja, y el Hijo. Por tanto, mi Padre, dice, no solo trabajó en los seis primeros días, como pensáis, sino que hasta ahora trabaja, no instituyendo un nuevo género de criatura, sino propagando para que no falten las que creó en el principio. Y yo trabajo, se sobreentiende, hasta ahora, disponiendo, gobernando, acumulando todo con él. Como si dijera abiertamente: ¿Por qué me envidiáis? ¿Por qué me vituperáis, doctores de la ley del cielo, porque en la forma de hombre he obrado la salud de un hombre en sábado, quien en la naturaleza de la divinidad, junto con Dios Padre, toda la raza humana, más bien toda la máquina del mundo, y todas las cosas visibles e invisibles, siempre quieto trabajo? Pero ellos, menos capaces de tal y tan gran misterio, por eso más buscaban matarlo, porque no solo rompía el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios. En esto principalmente se dolían, porque aquel a quien conocían como verdadero hombre por la debilidad de la carne, quería ser creído como verdadero Hijo de Dios, es decir, no adoptado por gracia, como los otros santos a quienes el Profeta habla: Yo dije: Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo

(Salmo LXXXI), sino igual al Padre en todo por naturaleza; no distinto en sustancia, sino en persona: quienes pensaban que Jesús Cristo al predicar se hacía lo que no era, no intimaba verdaderamente lo que era. Se conmovieron, pues, los judíos, e indignaron: con razón, ciertamente, porque osaba un hombre hacerse igual a Dios; pero por eso sin razón, porque en el hombre no entendían a Dios. Veían la carne, no conocían a Dios. Veían la morada, ignoraban al habitante. Pues aquella carne era templo, Dios habitaba dentro. No, pues, Jesús igualaba la carne al Padre, no comparaba la forma de siervo al Señor; no lo que fue hecho por nosotros, sino lo que era cuando nos hizo. ¿Quién es Cristo, hablo a los católicos. Sabéis quienes habéis creído bien, porque no solo el Verbo, sino el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I); con esta carne el Padre es mayor. Así el Padre es igual, y mayor. Igual al Verbo, mayor a la carne; igual a aquel por quien nos hizo, mayor a aquel que fue hecho por nosotros. Pero con los judíos conmovidos y turbados, porque Cristo se hizo igual al Padre, quienes entendieron solo al hombre, no a Dios, vieron la carne, no creyeron en la divinidad, les dijo: El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. No hace el Padre unas obras que vea el Hijo, y otras el Hijo cuando ve al Padre hacer, sino las mismas obras el mismo Padre y el Hijo. Pues sigue: Porque todo lo que él hace, esto también el Hijo lo hace de igual manera. No cuando él hace otras, el Hijo lo hace de igual manera. Si el Hijo hace estas cosas que hace el Padre, no hace el Padre unas, el Hijo otras, sino las mismas obras son del Padre y del Hijo; ¿cómo las hace también el Hijo? Y las mismas, y de igual manera, no tal vez las mismas, pero de manera diferente. Las mismas, dice, y de igual manera; pues todo lo que el Padre hace, lo hace por el Hijo, como se ha dicho: Todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada (Juan I). Por eso dijo de igual manera, porque el Hijo hace las mismas cosas que hace el Padre; porque una es la sustancia y operación del Padre y del Hijo en la divinidad, una voluntad y poder, una vida y esencia; y todo es igual en el Padre y el Hijo, salvo que el Padre es padre, y el Hijo es hijo: hay separación en las personas, pero unidad en la naturaleza. Pues el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. No debemos entender esta sentencia carnalmente, como de dos hombres, padre e hijo, uno mostrando, otro viendo, uno hablando, otro oyendo, que son todas fantasías del corazón. Tal pensamiento debe ser expulsado lejos de los pechos cristianos. Por tanto, el ejemplo de la presente lección enseña del Hijo y el Padre, porque no hay distancia de divinidad ni en el Padre ni en el Hijo, sino una majestad. Pues lo que dice que el Hijo no hace nada, sino lo que ve hacer al Padre, no debe entenderse corporalmente, porque Dios no ve de modos corporales, sino que toda visión para él está en la virtud de la naturaleza. Pues no puede haber partición en la naturaleza simple de la divinidad, sino que para el Hijo ver es lo mismo que ser. Por eso añadió:

Porque todo lo que hace el Padre, esto también el Hijo lo hace de igual manera. Mostrando la significación de una naturaleza y de una operación, porque la operación del Padre y del Hijo es común, de quienes es una naturaleza, también una operación. Por eso añadió consecuentemente:

El Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que Él mismo hace. Para mostrar toda esta manifestación del Padre, nuestra fe debe ser doctrina, para que ni el Padre ni el Hijo sean para nosotros motivo de confusión; y para que no pueda entenderse ignorancia alguna en el Hijo o en el Padre (pues todas las obras que Él mismo haría, las mostraría), dice inmediatamente: Y le mostrará obras mayores que estas, para que os maravilléis. Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere. Pues dice que el Padre mostrará al Hijo cosas que asombren. Y cuáles son esas mismas cosas, enseguida lo explica: Porque así como el Padre resucita a los muertos, así también el Hijo da vida a quienes quiere. La virtud es igualada por la unidad de una naturaleza no disímil; la

demostración de las obras no tiene instrucción de ignorancia, sino de nuestra fe, que no introduce al Hijo en el desconocimiento, sino a nosotros en la confesión de la unidad. Mostrar al Padre es hacer a través del Hijo lo que va a hacer. Pues las obras mayores son la resurrección de los muertos, que será en el último día, más que la sanación de este enfermo, que fue sanado por la palabra de Cristo, de donde nació toda esta ocasión del discurso. Dice para que os maravilléis; y es difícil ver cómo el eterno Padre podría mostrar temporalmente algo al Hijo coeterno, que sabe todo lo que está en el Padre. Sin embargo, es fácil entender cuáles son esas obras mayores. Porque así como el Padre, dice, resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere. Por lo tanto, las obras mayores son resucitar a los muertos que sanar a los enfermos. Pero así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere. ¿Entonces el Padre a unos y el Hijo a otros? No, sino todo a través de Él. Así que el Hijo da vida a los mismos que el Padre, porque no hace otras cosas, ni de otra manera, sino que el Hijo hace estas cosas de manera similar. Así es como debe entenderse claramente, y así debe sostenerse. Pero recordad que el Hijo da vida a quienes quiere. Por lo tanto, mantened aquí no solo el poder del Hijo, sino también la voluntad. El Hijo da vida a quienes quiere, y el Padre da vida a quienes quiere, y el Hijo a los mismos que el Padre; y por lo tanto, el poder y la voluntad del Padre y del Hijo son los mismos. También la vida y la vivificación de los muertos son las mismas. Y por eso dice: Así como el Padre resucita a los muertos y da vida a quienes quiere, así también el Hijo da vida a quienes quiere. Porque el Hijo no da vida a unos y el Padre a otros, sino que un solo poder realiza una sola vivificación: que también debe ser honrada con una sola voz. Y por eso añadió consecuentemente:

Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El Padre no juzga a nadie, porque la persona del Padre no asumió la humanidad, ni será vista en el juicio, sino solo la persona del Hijo en esa forma en la que fue juzgada injustamente, juzgará justamente a vivos y muertos. Porque el Hijo no será visto en el juicio en la naturaleza en la que es consustancial con Dios Padre, sino en la que es sustancial con la madre, y se hizo hombre. Así debe entenderse: El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo, como si se dijera: Nadie verá al Padre en el juicio de vivos y muertos, sino todos al Hijo, porque es el Hijo del hombre, para que pueda ser visto incluso por los impíos, ya que ellos también verán a quien traspasaron (Juan XIX). Para que no parezca que lo conjeturamos más que lo demostramos abiertamente, presentemos la sentencia cierta y manifiesta del mismo Señor, que muestra que esa fue la causa para que dijera: El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo, porque el juez aparecerá en la forma del Hijo del hombre: esa forma no es del Padre, sino del Hijo: ni es la del Hijo en la que es igual al Padre, sino en la que es menor que el Padre, para que sea visible en el juicio para buenos y malos, para que todos honren al Hijo como honran al Padre, porque nadie honra al Padre, si no tiene al Hijo. ¿Qué es honrar al Padre, sino tener al Hijo? Porque es una cosa cuando se te encomienda Dios porque es Dios, y otra cuando se te encomienda Dios porque es Padre. Cuando se te encomienda porque es Dios, se te encomienda el creador, se te encomienda el omnipotente, se te encomienda un cierto espíritu supremo, eterno, invisible, inmutable. Pero cuando se te encomienda porque es Padre, no se te encomienda otra cosa que el Hijo, porque no puede llamarse Padre si no tiene Hijo; así como tampoco el Hijo, si no tiene Padre. Pero no sea que honres al Padre como mayor, y al Hijo como menor, para que me digas: Honro al Padre, porque sé que tiene Hijo y no me equivoco en el nombre del Padre, porque no entiendo al Padre sin el Hijo, sin embargo, honro también al Hijo como menor, el mismo Hijo te corrige y te llama, diciendo: Para que todos honren al Hijo, no inferiormente, sino como honran al Padre. Por lo tanto, quien no honra al Hijo, tampoco honra al Padre que lo envió. Tú dices: Quiero dar mayor honor al Padre, menor al Hijo. Ahí

quitas honor al Padre, donde das menor al Hijo. ¿Qué otra cosa quiere decir esta sentencia, sino que el Padre no quiso o no pudo engendrar un Hijo igual a sí mismo? Si no quiso, fue envidioso; si no pudo, fue deficiente. ¿No ves entonces que así debe entenderse? Donde quieres dar mayor honor al Padre, ahí eres injurioso con el Padre. Por lo tanto, honra al Hijo como honras al Padre. Si quieres, honra tanto al Hijo como al Padre.

Amén, amén os digo, que quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna; y no viene a juicio, sino que ha pasado. No pasa ahora, sino que ya ha pasado de la muerte a la vida. Y prestad atención a esto: Quien oye mi palabra, y (no dijo, Cree en mí, sino) cree en aquel que me envió. Por lo tanto, que oiga la palabra del Hijo, para que crea en el Padre. ¿Por qué oye tu palabra, y cree en otro? ¿No es que cuando oímos la palabra de alguien, creemos en el mismo que pronuncia la palabra? ¿No le damos fe al que nos habla? ¿Qué quiso decir entonces: Quien oye mi palabra, y cree en aquel que me envió, sino, Porque la palabra está en mí? ¿Y quién es el que oye mi palabra, sino el que me oye, el que cree en mí? Pero cree en aquel que me envió, porque cuando cree en él, cree en su palabra. Por lo tanto, cuando cree en su palabra, cree en mí, porque yo soy la palabra del Padre. No pasaría de la muerte a la vida, si primero no estuviera en la muerte, y no estuviera en la vida. Por lo tanto, cuando pase a la vida, no estará en la muerte. Estaba muerto, y revivió; estaba perdido, y fue hallado (Lucas XV). Por lo tanto, ya se realiza una cierta resurrección, y los hombres pasan de una cierta muerte a una cierta vida, de la muerte de la infidelidad a la vida de la fe, de la muerte de la falsedad a la vida de la verdad, de la muerte de la iniquidad a la vida de la justicia. Por lo tanto, también esta es una resurrección de los muertos. Que la abra más plenamente, y nos ilumine, como comenzó.

Amén, amén os digo, que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán. Esto es propio de los piadosos, que así oyen de su Encarnación, para que crean que es el Hijo de Dios, es decir, que así lo aceptan hecho por ellos, menor que el Padre en la forma de siervo, para que crean que es igual al Padre en la forma de Dios. Y por eso sigue, y diciendo esto mismo, dice:

Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo. Por lo tanto, lo que dice, ha dado al Hijo tener vida en sí mismo, brevemente dice, Engendró al Hijo teniendo vida en sí mismo. Porque no estaba sin vida, y recibió vida, sino que al nacer es vida. El Padre es vida y no al nacer, el Hijo es vida al nacer. El Padre no es de ningún padre, el Hijo es de Dios Padre. El Padre es por el Hijo, el Hijo es por el Padre, y lo que es, es del Padre. Por lo tanto, dijo: dio al Hijo vida, para que la tenga en sí mismo, como si dijera: El Padre, que es vida en sí mismo, engendró al Hijo, que también es vida en sí mismo. Porque quiso que se entendiera por engendró, dio, como si dijéramos a alguien, Dios te dio ser. Y sigue diciendo:

Y le dio autoridad para hacer juicio, porque es el Hijo del hombre. Creo que no hay nada más claro. Porque como es el Hijo de Dios igual al Padre, no recibe esta autoridad para hacer juicio, sino que la tiene con el Padre en lo oculto. Pero la recibe, para que los buenos y los malos lo vean juzgando, porque es el Hijo del hombre. Porque la visión del Hijo del hombre será exhibida también a los malos. Porque la visión de la forma de Dios, no será exhibida sino a los puros de corazón (porque ellos verán a Dios [Mateo V]), es decir, solo a los piadosos, a quienes promete esto mismo en su amor, porque se mostrará a sí mismo a ellos. Y por eso mira lo que sigue: No os maravilléis de esto, dice. ¿Qué nos prohíbe maravillarnos, sino aquello que realmente nos maravilla? Cualquiera que entienda, como veo, no diría que el Padre le dio autoridad para hacer juicio, porque es el Hijo del hombre, cuando más bien se esperaría que se dijera, porque es el Hijo de Dios; pero porque los inicuos no pueden ver al

Hijo de Dios según lo que es en la forma de Dios igual al Padre, es necesario que el juez de vivos y muertos, cuando sean juzgados ante él, lo vean tanto los justos como los inicuos.

No os maravilléis de esto, dice, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y saldrán los que hicieron el bien, a la resurrección de vida; los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio. Por lo tanto, era necesario que recibiera esa autoridad, porque es el Hijo del hombre, para que todos los resucitados lo vean en la forma en la que puede ser visto por todos, pero unos para condenación, otros para vida eterna. ¿Y qué es la vida eterna, sino esa visión que no se concede a los impíos? Para que te conozcan, dice, el único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo (Juan XVII). No como el único Dios verdadero, que se muestra a sí mismo a ellos, no como se mostrará también a los que serán castigados. En la forma del Hijo del hombre, según esa visión es bueno, esa visión que Dios apareciendo exhibe a los puros de corazón, porque cuán bueno es Dios para Israel, para los rectos de corazón (Salmo XXI). Pero cuando los malos vean al juez, no les parecerá bueno, porque no se alegrarán de él en su corazón, sino que entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra (Mateo XXIV), ciertamente en el número de los hombres malos e infieles. Por eso también a aquel que le dijo maestro bueno, buscando de él consejo para conseguir la vida eterna, respondió: ¿Por qué preguntas por lo bueno? Nadie es bueno sino solo Dios (Marcos X). Aunque en otro lugar el mismo Señor llama bueno al hombre. El hombre bueno, dice, saca cosas buenas del buen tesoro de su corazón, y el hombre malo saca cosas malas del mal tesoro de su corazón (Lucas VI). Pero porque aquel buscaba la vida eterna, y la vida eterna es en esa contemplación, en la que Dios no es visto para castigo, sino para gozo eterno, aquí el mismo Señor Cristo nos muestra dos resurrecciones en estas palabras. La primera, que es en la fe, resucitando de los pecados, de la que dice:

Amén, amén os digo que viene la hora, y ahora es, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; la otra, donde dice: Amén, amén os digo que viene la hora, en la que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Aquella es la primera resurrección de las almas, esta siguiente será la resurrección de los cuerpos. Pero quien resucita en esta primera, resucitará en la segunda para gloria. Pero quien no resucita en esta primera, sin embargo, resucitará en la segunda, pero para castigo. Dios hace ambas cosas a través de Cristo. Quien aquí resucita por él, allí resucitará hacia él; quien aquí no resucita por él, tampoco allí resucitará hacia él. Pero ahora es la hora, para que resuciten los muertos. La hora será al final del siglo, para que resuciten los muertos; pero resuciten ahora en la mente, entonces en la carne. Resuciten ahora en la mente por la Palabra de Dios Hijo, resuciten entonces en la carne por la Palabra de Dios hecha carne Hijo del hombre. Porque ni el mismo Padre vendrá al juicio de vivos y muertos, ni tampoco se aparta el Padre del Hijo. ¿Cómo entonces no vendrá él mismo? Porque no será visto en el juicio. Verán a quien traspasaron (Juan XXIV). Esa forma será el juez, que estuvo bajo juicio. Esa juzgará, que fue juzgada. Fue juzgada injustamente, juzgará justamente. Tal aparecerá el juez, como pueda ser visto tanto por aquellos a quienes coronará, como por aquellos a quienes condenará. Hay una distinción entre esa palabra, que dijo anteriormente, que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y entre lo que dice aquí: Viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Porque allí añade y los que la oigan, vivirán; aquí simplemente dice, oirán la voz del Hijo de Dios. Por eso aquella resurrección es para vida, esta que será, de la que dice: Oirán la voz del Hijo de Dios, oirán, digo, para resucitar al juicio, no añadió aquí para vida, porque no todos resucitarán para gloria, sino muchos para castigo; por eso añadió sobre la futura resurrección: Saldrán los que hicieron el bien a la resurrección de vida; los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio; es decir, de condenación, porque aquí puso juicio

por castigo. Entonces será la última paja, y separará a los buenos de los malos, el trigo de la paja. Entonces los impíos irán al fuego eterno, pero los justos a la vida eterna. Y sigue:

No puedo hacer nada por mí mismo; sino que como oigo, juzgo. Quizás por eso dijo, No puedo hacer nada por mí mismo, como si dijera: No soy por mí mismo, sino por el Padre. Porque el Padre no es de otro, el Hijo es del Padre. Por eso dijo: Como oigo, juzgo, porque la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es una. Como oye, juzga; oye, evidentemente, por la unidad de la sustancia, y la propiedad de la ciencia. No juzga por sí mismo, porque no es por sí mismo. Porque el Padre solo no es de otro, el Hijo es engendrado por el Padre, como hemos dicho. Porque de quien tiene el Hijo la inteligencia, de él ciertamente también tiene la ciencia. Por lo tanto, de él la audición, no es otra cosa que la ciencia. También esto mismo que dijo, como oigo, juzgo, puede entenderse de la naturaleza de la humanidad, que el Hijo de Dios tomó de la Virgen. Cuando se trataba de la resurrección de las almas, no decía veo, sino oigo. Oigo, como el mandato del Padre que ordena. Ya entonces como hombre, como por lo que el Padre es mayor, ya desde la forma de siervo, no desde la forma de Dios como oigo juzgo.

Y mi juicio es justo. ¿De dónde es justo el juicio del hombre? Sigue: Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Esta misión es la encarnación de Cristo, que se hizo para que la voluntad del Padre se realizara en la salvación del género humano a través de él. Parece que en este lugar, de estas palabras de nuestro Salvador, quiere insinuarnos que hay dos naturalezas en él, y que tiene un alma verdadera, en la que suele haber voluntad: que ciertamente está tan unida a la divinidad, que toda la voluntad en ella se hace espiritual, no animal, es decir, carnal. Porque sigue:

Si doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero, (y poco después:) El Padre que me envió, él mismo da testimonio de mí. Ahora mostrando en sí la naturaleza del hombre, ahora significándose igual al Padre en la majestad de Dios. Ahora reivindicando para sí la unidad de la divinidad con Dios Padre, ahora mostrando la fragilidad de la carne humana. Ahora diciendo que no enseña su doctrina, ahora que no busca su voluntad. Ahora diciendo que su testimonio no es verdadero, ahora significando que es verdadero. Porque aquí dice: Si doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero (Juan VIII); y poco después: Si doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero (Ibid.). ¿Cómo entonces no es verdadero tu testimonio, Señor, sino según la fragilidad de la carne? Porque también lo que dijo: No vine a hacer mi voluntad (Juan VI); y: El Hijo no puede hacer nada por sí mismo (aquí, arriba); y muchas otras cosas de este tipo; todas estas cosas no debilitan al Hijo, ni lo deprecian, ni lo separan del Padre. Porque también estas cosas están puestas para que se conozca su verdadera encarnación. Porque lo que dice: Yo salí del Padre; yo en el Padre, y el Padre en mí; yo y el Padre somos uno; y, Quien me ve, ve también al Padre; y, Así como el Padre resucita a los muertos y da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere: se aprueba su verdadera divinidad, porque la voluntad del Padre y del Hijo es una operación, una misma gracia, y el mismo gobierno, como el maestro de las naciones enseña escribiendo así: Gracia y paz a vosotros de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo (I Cor. I).

Alius est qui da testimonio de mí. En lo siguiente muestra quién es ese otro que da testimonio de él, donde dice: El Padre que me envió, él da testimonio de mí (Mat. III). El testimonio del Padre sobre el Hijo en el bautismo, donde se oyó una voz del cielo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Un testimonio similar en el monte santo también dio el Padre a los tres discípulos que escuchaban sobre su Hijo.

Y sé que su testimonio es verdadero (Juan XIV). Todo lo verdadero es verdadero por la verdad. Dios es la verdad; y todo lo que es verdadero es verdadero por Dios. Y ese testimonio dijo qué es.

Las obras, dice, que yo hago, dan testimonio de mí (luego añadió): Y da testimonio de mí, el Padre que me envió. También dice que las obras que hizo, las recibió del Padre. Por lo tanto, las obras dan testimonio; el Padre que lo envió da testimonio. Juan dio testimonio de Cristo como una lámpara, no para sanar a los amigos, sino para confundir a los enemigos. Eso fue predicho antes por la persona del Padre: Preparé una lámpara para mi Cristo; a sus enemigos los vestiré de confusión (Sal. CXXXI); sobre él florecerá mi santificación. Estás como en la noche, miraste la lámpara, te maravillaste de la lámpara, y te regocijaste en la luz de la lámpara; pero esa lámpara dice que es el Sol en el que debes regocijarte; y aunque arde en la noche, te ordena esperar el día. No porque el testimonio de ese hombre no fuera necesario (pues, ¿para qué sería enviado, si no lo fuera?), sino para que el hombre no permanezca en la lámpara, y piense que la luz de la lámpara le es suficiente, por eso el Señor no dice que esa lámpara fue superflua, pero tampoco dice que deba permanecer en la lámpara. La Escritura de Dios dice otro testimonio, donde ciertamente Dios dio testimonio de su Hijo, y en esa Escritura los judíos habían puesto su esperanza, en la ley, es decir, de Dios ministrada a ellos por Moisés, el siervo de Dios.

Escudriñad, dice, la Escritura, en la que pensáis tener vida eterna; ella da testimonio de mí; y no queréis venir a mí, para que tengáis vida eterna. Vosotros que pensáis tener en la Escritura vida eterna, preguntad a ella de quién da testimonio, y entended qué es la vida eterna. Y porque por Moisés parecían rechazar a Cristo, como adversario de las instituciones y preceptos que Moisés entregó, nuevamente él mismo los convence como de otra lámpara. Todos los hombres son lámparas, porque pueden ser encendidas y apagadas. Y las lámparas cuando son sabias, brillan, y arden con espíritu. Pues si ardían, y se apagaron, ya también apestan. Permanecieron como buenas lámparas los siervos de Dios por el aceite de su misericordia, no por sus propias fuerzas. Porque la gracia gratuita de Dios, ese es el aceite de las lámparas. Más que todos ellos trabajé, dice una lámpara; y para que no pareciera arder por sus propias fuerzas, añadió: No yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV). Todo profeta antes de la venida del Señor es una lámpara, de quien dice el apóstol Pedro: Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una lámpara que alumbraba en lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones (II Pedro I). Las lámparas son los profetas, y toda profecía es una gran lámpara. ¿Qué hay de los apóstoles? ¿No son también lámparas? Claramente lámparas. Solo él no es lámpara. No se enciende y apaga, sino que es la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I). De Juan se dice: No era él la luz, sino para que diera testimonio de la luz (Ibid.). Pero de Cristo: Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. ¿Qué es lo que la misma Verdad dice de los apóstoles, Vosotros sois la luz del mundo (Mat. XV)? Y de Juan el Evangelista: No era él la luz (Juan V)? Ni Juan era lámpara por sí mismo, ni los apóstoles luz por sí mismos; sino que de la luz de Cristo él era lámpara, y ellos iluminados, quien es el verdadero Sol naciente en los corazones de los creyentes.

Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan. Las obras que el Padre me dio, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, porque el Padre me envió; y el Padre que me envió, él mismo da testimonio de mí. Antes dijo: No recibo testimonio de hombre. Aquí da la razón por la cual no recibió testimonio de hombre, porque tiene el testimonio del Padre, y los testimonios de las obras, pero tiene uno mayor que el de los hombres. Por lo tanto, esta misión es la encarnación de Cristo, es nuestra redención. Nuestra redención está en la misma

verdad, quien dice: Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia (Juan X). Añadió a este testimonio del Padre, sobre el mismo Padre, que los judíos, o más bien todos los infieles, con mentes cegadas, no pueden aceptar la verdad de la divinidad, diciendo:

Porque ni su voz habéis oído jamás, ni su apariencia habéis visto, y su palabra no la tenéis en vosotros permaneciendo. Dice el Apóstol: Porque no son los oidores de la ley los justificados, sino los hacedores de la palabra de Dios (Rom. II). Es decir, el Hijo de Dios no permanece en los corazones de aquellos que no guardan lo que oyen. Lo que dijo: Ni su voz habéis oído, ni su apariencia habéis visto, en esto muestra que la sustancia de la divinidad es incomprensible, e invisible, y su voz no pudo ser oída por oídos carnales, sino entendida o amada por la inteligencia espiritual a través de la gracia del Espíritu Santo, según lo que a cada uno le fue dado.

Escudriñad las Escrituras, porque pensáis tener en ellas vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí, para que tengáis vida. No queréis venir, es decir, no queréis creer, porque es imposible agradar a Dios sin fe (Heb. XI). Nuestro venir a Cristo, es decir, creer que él es el verdadero Hijo de Dios, y que tenemos verdadera salvación a través de él. Toda la Escritura santa dio testimonio de Cristo, ya sea por figuras, ya sea por profecías, ya sea por ministerios de ángeles. Por lo tanto, Moisés dio testimonio de Cristo, y Juan dio testimonio de Cristo, y los demás profetas y apóstoles dieron testimonio de Cristo. A todos estos testimonios antepone el testimonio de sus obras, porque a través de ellos no fue sino Dios quien dio testimonio de su Hijo.

No recibo gloria de los hombres. Es decir, no busco la alabanza humana, porque no vine para ser servido, sino para servir (Mat. XX); es decir, no vine para recibir honor carnal de los hombres, sino para dar honor espiritual a todos.

Pero os he conocido, que no tenéis el amor de Dios en vosotros. Por eso no tuvieron el amor de Dios, porque no creyeron en aquel que no vino a hacer su propia voluntad, sino la voluntad de aquel que lo envió (Juan VI). Por eso añadió;

Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me habéis recibido. Es decir, no habéis creído en mí, que por eso venía al mundo, para que el nombre del Padre fuera glorificado.

Si otro viene en su propio nombre, a él recibiréis. ¿Quién es este que viene en su propio nombre, sino aquel que busca su propia gloria, y no la de aquel que lo envió? ¿Quién es el que los judíos habrían de aceptar, sino el Anticristo, que vendrá a buscar su propia gloria? Y esto será para ellos el castigo del pecado, porque no quisieron creer en la verdad, y creerán en la mentira.

¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís gloria unos de otros; y la gloria que viene solo de Dios no buscáis? Debe considerarse con más atención cuánto es el mal de la jactancia y la ambición de la alabanza humana, por lo cual la misma Verdad declara que algunos no pueden creer, porque eran de la gloria secular. ¿Qué es el deseo de la alabanza humana, sino la elevación de una mente orgullosa? Quiere ser estimado por lo que no se esfuerza en tener en sí mismo. Es uno por dentro, otro desea ser visto por fuera. La humildad busca la gloria solo de Dios, la soberbia de los hombres. Por eso Juan el Bautista fue excelentemente alabado por la misma Verdad, porque no era una caña agitada por el viento (Mat. XI); porque no fue flexible al soplo de la alabanza humana, ni al viento de la vituperación odiosa, por eso tuvo gloria de Dios en Cristo, porque no buscó la gloria humana.

No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre. Hay quien os acusa, Moisés, en quien habéis puesto vuestra esperanza. Por eso no acuso, porque no vine a condenar, sino a salvar. Moisés, sin embargo, acusa, porque sois incrédulos a su voz. De mí escribió, cuando dijo: El Señor tu Dios te levantará un profeta de entre tus hermanos, como yo, a él oiréis (Deut. XVIII). Pero mirad lo que sigue: Será que toda alma que no obedezca a ese profeta, será exterminada del pueblo de Dios.---Si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras? Porque todo lo que la ley o los profetas escribieron, todo designaba que Cristo vendría. Si los judíos hubieran creído en la ley o en los profetas, ciertamente habrían creído también en Cristo. Después de estas palabras místicas, y de la profundísima inteligencia de nuestro Señor Jesucristo, con las cuales quiso mostrar en parte los misterios de su divinidad, en parte también de su humanidad, tanto a los que escuchaban entonces, como a los que leen ahora, quiso mostrarse a sí mismo quién era por el milagro de los cinco panes. Por eso el evangelista añadió a continuación.

CAPÍTULO VI.

Después de esto, Jesús pasó al otro lado del mar de Galilea, etc. Jesús pasó al otro lado del mar de Galilea, que se distingue por muchos nombres debido a la diversidad de las regiones circundantes; solo en esos lugares se llama mar de Tiberíades, donde la ciudad de Tiberíades, con aguas (según dicen) calientes, muestra una morada saludable. Siendo atravesado por el Jordán, se extiende dieciocho millas de largo, y cinco de ancho. Místicamente, el mar significa los volúmenes turbulentos y agitados de este mundo, en los cuales cualquiera que sea perverso, injustamente deleitado, como peces entregados a las profundidades, no dirige su mente a los gozos celestiales. Por eso bien se llama también mar de Galilea, es decir, rueda, porque ciertamente el amor del mundo pasajero envía los corazones a la vertiginosidad, que no permite que se eleven a los deseos de la vida eterna; de los cuales el salmista dice: Alrededor, dice, los impíos andan (Sal. XI). Pero una gran multitud seguía a Jesús que pasaba al otro lado del mar de Galilea, para recibir de él los dones supremos de doctrina, sanación y alimentación celestial. Solo la gente judía lo seguía creyendo: pero después de que a través de la dispensación de su encarnación abordó, pisó, y pasó las olas de la vida corruptible, una gran multitud de naciones creyentes lo siguió de inmediato, deseando ser instruida, sanada y saciada espiritualmente, y diciendo con el salmista: Señor, a ti he confiado, enséñame a hacer tu voluntad (Sal. CXXIV); y de nuevo: Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy enfermo; sáname, Señor, porque todos mis huesos están perturbados (Sal. VI); y de nuevo confiando en recibir de él los alimentos de la vida eterna: El Señor, dice, me pastorea, y nada me faltará; en lugar de pastos allí me colocó (Sal. XXII). Pero que Jesús subiendo al monte, allí se sentaba con sus discípulos, pero cuando la multitud venía a él, descendió, y los alimentó en las partes bajas, que poco antes había curado en las partes bajas, no creemos que fue hecho en vano, sino para significar místicamente que el Señor distribuye su doctrina y carismas según la capacidad de los que los reciben, confiando a las mentes aún débiles y pequeñas en espíritu enseñanzas más simples, y sacramentos más claros: pero a los más elevados y perfectos en sentido, revelando los secretos de su majestad, sugiriendo caminos más altos de devota conversación, y prometiendo dones más altos de recompensas celestiales. Finalmente, a uno que preguntaba qué haciendo poseería la vida eterna, como si aún estuviera en lo bajo, le otorgó los dones comunes de su generosidad, diciendo: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre (Mat. XIX). A quien después, buscando cosas mayores, y deseando como subir al monte de las virtudes; Si quieres, dice, ser perfecto, ve y vende lo que tienes, y da a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: y ven, sígueme (Ibid.). Esta moderación de su enseñanza no solo la mostró el Señor enseñando en la carne, sino que ahora también no cesa de mostrarla a través de los ministros

de su palabra. Por eso, bajo la persona de un buen siervo, testifica que deben dar a sus consiervos en tiempo la medida de trigo, es decir, sugerir oportunamente y con medida los manjares de la palabra según la capacidad de los oyentes. Pero que el Señor enseña, sana y alimenta a las multitudes al acercarse la Pascua, podemos interpretarlo místicamente de esta manera, porque nuestra Pascua se llama tránsito; y a quienes el Señor recupera en la eterna dulzura de sus dones, ciertamente los prepara para un tránsito saludable: para que trasciendan las concupiscencias carnales con la sublimidad de la mente, pisen igualmente los deseos mundanos débiles y adversos con la esperanza y el amor del reino celestial, y si aún no pueden alcanzar lo alto con el alma o el cuerpo, porque esto ciertamente se promete en el futuro. Sin embargo, lo que los carnales ven como alto, en comparación con lo eterno lo desprecian como nada, según el ejemplo de aquel que viendo al impío superexaltado y elevado como los cedros del Líbano (Sal. XXXVI), pasó contemplando lo temporal, y ya no lo veía como existente, a quien preveía que pronto sería quitado.

Cuando Jesús levantó los ojos. Y se dice que vio a la multitud que venía a él, es un indicio de la piedad divina: porque ciertamente a todos los que buscan venir a él, la gracia de la misericordia celestial suele salir al encuentro, y para que no puedan errar buscando, abre la luz de su Espíritu a los que corren. Pues que los ojos de Jesús designan místicamente los dones de su Espíritu, lo testifica Juan en el Apocalipsis, quien hablando figuradamente de él: Y vi, dice, un cordero de pie como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos (Apoc. V): que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra.

Quod tentans Philippum Dominus, Unde, inquit, ememus panes, ut manducent hi? Provida utique dispensatione facit, non ut ipse quae non noverat discat, sed ut Philippus tarditatem suae fidei, quam magistro sciente ipse nesciebat, tentatus agnoscat, et miraculo facto castiget. Neque enim dubitare debuerat, praesente rerum creatore, qui educit panem de terra, et vino laetificat cor hominis (Psal. CIII), paucorum denariorum panes sufficere turbarum millibus non paucis, ut unusquisque sufficienter acciperet, et jam saturatus abiret. Quinque autem panes quibus multitudinem populi saturavit, quinque sunt libri Moysi, quibus spirituali intellectu patefactis, et abundantiore jam sensu multiplicatis, auditorum fidelium quotidie corda reficit. Qui bene hordeacei fuisse referuntur, propter nimirum austeriora legis edicta, et integumenta litterae grossiora, quae interiorum spiritualis sensus quasi medullam celabant. Duo autem pisces, quos addidit, psalmistarum non inconvenienter et prophetarum scripta significant, quoniam uni canendo, alteri colloquendo suis auditoribus futura Christi et Ecclesiae sacramenta narrabant. Et bene per aquatilia animantia figurantur illius aevi praecones, in quo populus fidelium sine aquis baptismi vivere nullatenus posset. Sunt qui putant duos pisces, qui saporem suavem pani dabant, duas illi personas significare, quibus populus ille regebatur, ut per eas consiliorum moderamen acciperet, regiam scilicet et sacerdotalem, ad quas etiam sacrosancta illa unctio pertinebat: quarum officium erat procellis et fluctibus popularibus nunquam frangi atque corrumpi, et violentas turbarum contradictiones tanquam adversantes undas saepe dirumpere, interdum eis, custodita sua integritate, cedere: prorsus more piscium tanquam in procelloso mari, sic in turbulenta populi administratione versari: quae tamen duae personae Dominum nostrum praefigurabant. Ambas enim solus ille sustinuit, et non figurate, sed proprie solus implevit. Puer qui quinque panes et duos pisces habuit, nec tamen hos esurientibus turbis distribuit, sed Domino distribuendos obtulit, populus est Judaeorum, litterali sensu puerilis, qui Scripturarum dicta clausa secum tenuit: quae tamen Dominus in carne apparens accepit, et quid intus haberent utilitatis ac dulcedinis, ostendit, quamque multiplici spiritus gratia, quae pauca ac despecta videbantur, exuberaret, patefecit: haec per apostolos suos apostolorumque successores cunctis nationibus ministranda porrexit. Unde bene alii referunt evangelistae quia panes et pisces Dominus

discipulis suis, discipuli autem ministraverunt turbis (Matth. XIV; Marc. XVI; Luc. IX). Cum enim mysterium humanae salutis accepisset enarrari per Dominum, ab eis qui audierunt in nos confirmatum est. Quinque siquidem panes et duos pisces fregit, et distribuit discipulis, quando aperuit illis sensum, ut intelligerent omnia quae scripta essent in lege Moysi, et prophetis et psalmis de ipso (Luc. XXIV). Discipuli apposuerunt turbis, quando profecti praedicaverunt ubique Domino cooperante, et sermonem confirmante sequentibus signis (Marc. XVI). Fenum in quo discumbens turba reficitur, concupiscentia carnalis intelligitur, quam calcare ac premere debet omnis qui spiritualibus alimentis satiari desiderat. Omnis enim caro fenum, et omnis gloria ejus tanquam flos feni (Isai. XL). Discumbat ergo super fenum, florem feni conterat, id est castiget corpus suum et servituti subjiciat, voluptates carnis edomet, luxuriae fluxa restringat, quisquis panis vivi cupit suavitate refici. Quisquis supernae gratiae dapibus renovari cupit, ab infirma vetustate deficiat. Quinque millia viri qui manducaverunt, refectionem vitae eorum qui verbo reficiuntur, insinuant. Virorum quippe nomine solent in Scripturis perfectiones quique figurari, quos feminea mollities nulla corrumpit: quales esse cupit eos quibus dicit Apostolus: Vigilate, state in fide, viriliter agite, et confortamini (I Cor. XVI). Millenarius autem numerus, ultra quem nulla nostra computatio succrescit, plenitudinem rerum de quibus agitur, indicare consuevit. Quinario vero quinque notissimi corporis nostri sensus exprimuntur: visus videlicet, auditus, gustus, olfactus, et tactus. In quibus singulis quicumque viriliter agere et confortari satagunt, sobrie, et juste, et pie vivendo, ut coelestis sapientiae mereantur dulcedine recreari, nimirum quinque millibus virorum, quos Dominus mysticis dapibus satiavit, figurantur. Nec praetereundum quod refecturus multitudinem, gratias egit. Egit quippe gratias, ut et nos de perceptis coelitus muneribus gratias semper agere doceret, et ipse quantum de nostris profectibus gratuletur, et de nostra spiritali refectione gaudeat, intimaret. Vultis etenim nosse, fratres, quantum Salvator noster nostrae gaudeat saluti? Narrat evangelista Lucas, dedisse eum discipulis potestatem calcandi super omnem virtutem inimici; eorumque nomina scripta esse in coelis indicasse; et statim infert: In ipsa hora exsultavit in Spiritu sancto, et dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae, quod abscondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis (Luc. X). Claret ergo quia saluti ac vitae fidelium congratuletur, qui Patrem gratias agendo collaudat, quod ea quae superbientibus abscondit, humilibus spiritu secreta revelaverat. Quod autem saturata multitudine, jussit discipulos colligere quae superaverunt fragmentorum, ne perirent, hoc profecto signat quia pleraque sunt arcana divinatorum eloquiorum, quae vulgi sensus non capit, nonnulla quae per se quidem minus docti assequi nequeunt. Haec ergo necesse est qui valent, diligentius scrutando colligant, et ad eruditionem minorum suorum vel dicto, vel scripto faciant pervenire, ne alimenta verbi, illorum desidia pereant, plebibusque tollantur, qui haec Domino donante interpretando colligere norunt.

Collegerunt ergo, inquit, et impleverunt duodecim cophinos fragmentorum. Quia duodenario numero solet perfectionis cujuslibet summa figurari, recte per duodecim cophinos fragmentorum plenos, omnis doctorum spiritalium chorus exprimitur, qui obscura Scripturarum, quae per se turbae nequeunt, et meditando colligere, et mandata litteris, suo pariter ac barbarum usui conservare jubentur. Hoc ipsi fecere apostoli et evangelistae, non pauca legis et prophetarum dicta suis, interpretatione addita, inserendo opusculis, hoc sequaces eorum Ecclesiae toto orbe magistri, etiam integros nonnulli utriusque Testamenti libros diligentiore explanatione discutiendo, qui quantumlibet hominibus despecti, coelestis tamen gratiae sunt pane fecundi. Nam servilia cophinis solent opera fieri. Unde de populo qui in luto ac lateribus serviebat in Aegypto dicit Psalmista, Manus ejus in cophino servierunt (Psal. XX).

Illi ergo homines cum vidissent quod fecerat signum, dicebant, Quia hic est vere propheta qui venturus est in mundum. Recte quidem dicebant Dominum prophetam magnum, magnae salutis praeconem jam mundo futurum. Nam et ipse prophetam se vocare dignatur, ubi ait: Quia non capit prophetam perire extra Jerusalem (Luc. XIII). Sed nondum plena fide proficiebant, qui hunc etiam Deum dicere nesciebant. Ergo illi videntes signum quod fecerat Jesus, dixerunt, Quia hic est vere propheta qui venturus est in mundum. Nos certiori agnitione veritatis et fidei videntes mundum quem fecit Jesus, et signa quibus illum replevit, dicamus: Quia hic est vere Mediator Dei et hominum, qui in mundo erat divinitate, et mundus per ipsum factus est; qui in propria venit humanitate quaerere et salvare quod perierat, ac recreare mundum quem fecerat: qui cum suis fidelibus per praesentiam divinitatis est in mundo omnibus diebus, usque ad consummationem saeculi.

Jesus autem cum cognovisset quia venturi essent ut raperent eum, et facerent eum regem, fugit iterum in montem ipse solus. Datur ergo intelligi quod Dominus cum sederet in monte cum discipulis suis, et videret turbas ad se venientes, descenderat de monte, et circa inferiora loca turbas paverat. Nam quomodo fieri posset ut rursus illuc fugeret, nisi ante de monte descendisset? Significat ergo aliquid, quod Dominus de alto descendit ad pascendas turbas: pavit, et ascendit. Quare autem ascendit cum cognovisset quod vellent eum rapere, et regem facere? Quid enim, non erat rex, qui timebat fieri rex? Erat omnino, nec talis rex qui ab hominibus fieret, sed talis qui hominibus regnum daret. Nunquid forte et hic aliquid significat nobis Jesus, cujus facta, verba sunt? Ergo in hoc quod voluerunt eum rapere, et regem facere, et propter hoc fugit in montem ipse solus, hoc in illo factum, tacet, nihil loquitur, nihil significat? An forte hoc erat rapere eum, praevenire velle tempus regni ejus? Etenim venerat modo non jam regnare, quomodo regnaturus est in eo quod dicimus, Adveniat regnum tuum (Matth. VI; Luc. VI). Semper quidem ille cum Patre regnat, secundum quod est Filius Dei, Verbum Dei, Verbum per quod facta sunt omnia. Praedixerunt autem prophetae regnum ejus etiam secundum quod homo factus est Christus, et fecit fideles suos Christianos. Erit ergo regnum Christianorum, quod modo colligitur, quod modo comparatur, quod modo emitur sanguine Christi: erit aliquando manifestum regnum, quando erit aperta claritas sanctorum ejus propter iudicium ab eo factum, quod iudicium supra ipse dixit quod Filius hominis facturus sit; de quo regno etiam Apostolus dicit, Cum tradiderit regnum Deo et Patri (I Cor. XV). Unde etiam ipse dicit, Venite, benedicti Patris mei, percipite regnum quod vobis paratum est ab initio mundi (Matth. XXV). Discipuli autem et turbae credentes in eum putaverunt illum sic venisse, ut jam regnaret. Hoc est velle rapere, et regem facere, praevenire velle tempus ejus, quo ipse caput se occultabat, ut opportune prodiret, et opportune in fine saeculi se declararet. Quare autem dictum est fugit? Neque enim si nollet, teneretur; si nollet, raperetur; qui si nollet, nec agnosceretur. Sed hoc significative factum est. Solus fugit, ne carnaliter regnaret: quia solus ascendit in coelum, unde spiritualiter regnaret in sanctis suis. Fugit in montem ipse solus, primogenitus a mortuis, ascendens super omnes coelos, et interpellans pro nobis. Quem sacerdos significabat semel in anno sancta sanctorum ingrediens non sine sanguine, ut interpellaret pro populo, sursum posito solo in monte agno, qui intravit in interiora veli, foris populo constituto (Coloss. I; Psalm. LXXI; Rom. VIII; Levit. XVI; Hebr. IX). Sed videamus, illo intra velum coelestis altitudinis morante, quid discipuli in navicula patiebantur. Quid est navicula quae a fluctibus jactatur, nisi Ecclesia, quae persecutionibus fatigatur et foris, et intus? Foris a paganis aperta persecutione, intus a falsis fratribus occulta seditione. Ideo addidit:

Ut autem sero factum est, descenderunt discipuli ejus ad mare: et cum ascendissent naviculam, venerunt trans mare in Capharnaum. Cito dixit finitum, quod postea factum est. Venerunt trans mare in Capharnaum, et rediit ut exponat quomodo venerunt, quia per

stagnum navigantes transierunt: et cum navigarent ad eum locum quo eos venisse jam dixit, recapitulando exponit quid acciderit.

Tenebrae jam factae erant, et non venerat ad illos Jesus. Quantum accedit finis mundi, crescunt errores, crescunt terrores, crescit iniquitas, crescit infidelitas; lux denique, quae charitas apud Joannem ipsum Evangelistam satis aperteque monstratur, ita ut diceret: Qui odit fratrem suum, in tenebris est (I Joan. II), creberrime exstinguitur. Refrigescente charitate, abundante iniquitate, ipsi sunt fluctus navem turbantes, tempestates, et venti clamores sunt maledictorum: inde charitas refrigescit, inde fluctus augentur, turbatur navis. Vento magno flante mare exsurgebat, tenebrae crescebant, intelligentia minuebatur, iniquitas augebatur. Tamen inter haec omnia navis ibat, ad terram properabat, portum quaerebat. Ita inter omnia tentamentorum genera Ecclesia proficiebat. Laborat, sed non mergitur. Christum exspectat, quando per eum ad portum perveniat tranquillitatis. Cum ergo remigassent stadia viginti quinque aut triginta, crescunt fluctus, augentur tenebrae, saeviunt tempestates; tamen navis ambulat. Qui perseveraverit in finem, hic salvus erit (Matth. X). Nec ipse stadiorum numerus contemnendus esse videtur; nam quare dixisset evangelista, Quasi stadiis viginti quinque aut triginta? sufficeret dicere, viginti quinque, aut triginta. Quos numeros, aestimantis voce, non affirmantis protulit idem evangelista. Quaeramus numerum viginti quinque unde constat, unde fiat? De quinario. Quinarius ille numerus ad legem pertinet: ipsi sunt quinque libri Moysi, ipsae sunt quinque porticus illos languidos continentes, ipsi quinque panes quinque millia hominum pascentes. Ergo legem significat numerus viginti quinque, quoniam quinque per quinque, id est quinquies quinque faciunt viginti quinque, quadratum quinarium. Sed huic legi, antequam Evangelium veniret, deerat perfectio. Perfectio autem in senario numero comprehenditur. Nam senarius numerus perfectus est, et partibus suis impletur, id est 1, 2, 3, nec aliae partes in eo inveniri possunt, nec illae partes conjunctae aliud quid conficere possunt nisi senarium numerum; propterea sex diebus Deus mundum perfecit (Gen. II), et quinque ipsi per sex multiplicantur, ut lex per Evangelium adimpleatur, ut fiant sexies quini triginta. Ad eos ergo qui implent legem venit Jesus, et venit quomodo fluctus calcans, omnes tumores mundi sub pedibus habens, omnes celsitudines saeculi premens; et tamen tantae sunt tribulationes, ut etiam ipsi qui crediderunt Jesum, et qui conantur perseverare, expavescant, ne deficiant a Christo, fluctus calcantes saeculi. Cur timet Christianus, dum Christus loquitur: Ego sum, nolite timere; confidite, ego vici mundum (Joan. XVI).

Voluerunt ergo eum accipere in navem, agnoscentes ac gaudentes securi facti, et statim fuit navis ad terram in quam ibant. Factus est finis ad terram, de humido ad solidum, de turbato ad firmum, de itinere ad fidem, id est ad perfectam tranquillitatem, quae non erit nisi in portu aeternae serenitatis; ubi tota charitas, et nulla iniquitas; tota felicitas, et nulla perturbatio, ubi sine fine regnabunt qui hic fortiter usque in finem vitae suae laborant.

Altera die, turba quae stabat trans mare, vidit quia alia navicula non esset ibi nisi una, et quia non introisset Jesus cum discipulis suis in navem, sed soli discipuli ejus abissent. Aliae vero supervenerunt naves a Tiberiade juxta locum ubi manducaverant panem, gratias agentes Domino. Cum ergo vidisset turba quia Jesus non esset ibi, neque discipuli ejus, ascenderunt in naviculas, et venerunt Capharnaum, quaerentes Jesum. Insinuat tamen illis tam magnum miraculum. Viderunt enim quod discipuli soli ascendissent in navem, et quia navis non ibi erat. Venerunt autem inde et aliae naves juxta locum illum ubi manducaverant panem, in quibus eum turbae secutae sunt cum discipulis: ergo non ascenderat, alia navis illic non erat. Unde subito trans mare factus est Jesus, nisi quia super mare ambulavit, ut miraculum monstraret? Et cum invenissent eum turbae. Ecce praesentat se turbis, a quibus rapi timuerat, et in montem confugerat. Omnino confirmat et insinuat nobis in mysterio dicta esse illa

omnia et facta in magno sacramento, ut aliquid significarent. Ecce ille qui in montem fugerat turbas, nonne cum ipsis turbis loquitur? Modo teneant, modo regem faciant.

Et cum invenissent eum trans mare, dixerunt ei, Rabbi, quando huc venisti? Ille post miraculi sacramentum, et sermonem infert: ut si fieri potest, qui pasti sunt, pascantur: et quorum satiavit panibus ventrem, satiet sermonibus mentem, sed si capiunt; et si non capiunt, sumant quod capiunt, ne fragmenta pereant. Loquatur ergo, et audiamus.

Respondit Jesus, et dixit, Amen amen dico vobis, Quaeritis me, non quia vidistis signa, sed quia manducastis ex panibus meis. Propter carnem me quaeritis, non propter spiritum. Quam multi non quaerunt Jesum, nisi ut illis faciat bene secundum tempus! Alius negotium habet, quaerit intercessionem clericorum; alius premitur a potentiore, fugit ad Ecclesiam; alius vult pro se intervenire apud eum apud quem parum valet; ille sic, ille sic. Impletur quotidie talibus Ecclesia. Vix quaeritur Jesus propter Jesum. Quaeritis me, non quia vidistis signa, sed quia manducastis ex panibus meis.

Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam aeternam. Quaeritis me propter illud? Quaeritis me, propter me. Ipsum enim insinuat istum cibum, quo in consequentibus illucescat.

Quem Filius hominis dat vobis. Exspectabat, credo, iterum panes manducare, iterum discumbere, iterum saginari: sed dixit, Cibum, non qui perit, sed qui permanet in vitam aeternam. Superius diximus navem Ecclesiam Christi significare, quae tempestatibus hujus saeculi turbatur, et laborantes in ea portat, ut viriliter laborent, donec Christus comprimens fluctus persecutionum, reddat serenitatem. Hic vero dicit:

Al día siguiente, la multitud que estaba al otro lado del mar vio que no había allí otra barca, sino una sola. ¿Qué es, al día siguiente, la multitud de pie sobre el mar, sino después de la ascensión de Cristo, la multitud de pie en buenas obras, no yaciendo en placeres terrenales, sino esperando de dónde vendrá Jesús a ellos? Y aquí se menciona una sola barca, así como antes fue una sola la Iglesia de Cristo, en la cual Él estaba presente corporalmente. Ahora también es una, que de manera similar espera en esperanza su venida. Pero, ¿qué significa que otras barcas vinieron de Tiberíades, sino los grupos de herejes, que no buscan a Jesús con fe sincera, sino con astucia engañosa, no buscando lo que es de Jesús? Por lo cual Jesús les respondió consecuentemente: "En verdad, en verdad os digo, me buscáis, no porque visteis señales, sino porque comisteis de mis panes y os saciasteis" (Lucas VI). De aquellos que se saciaron, en otro Evangelio dice: "¡Ay de vosotros que estáis saciados!" (Ibid.) De los que tienen hambre del pan de vida y del conocimiento de la justicia, se dice: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia" (Mateo V). A este alimento Cristo los exhortaba en el siguiente discurso diciendo: "Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que permanece para vida eterna". El alimento carnal perece, pero el espiritual permanece, el cual el Hijo del Hombre os dará.

Porque a éste el Padre, Dios, lo ha sellado. No toméis a este Hijo del Hombre como a otros hijos de los hombres, a quienes se dijo: "Los hijos de los hombres esperarán bajo la protección de tus alas" (Salmo XXXV). Este Hijo del Hombre es apartado por una gracia especial, es el Hijo del Hombre, excluido del número de los hombres: este Hijo del Hombre es el Hijo de Dios, este hombre es también Dios. Por lo cual, la misma Verdad que entonces hablaba a los judíos, y ahora habla a todos a través de las palabras de la predicación evangélica, muestra quién es, no como muchos entonces pensaron o incluso ahora piensan.

Añadió: "Porque a éste Dios Padre lo ha sellado". ¿Qué es sellar, sino poner algo propio? Esto es sellar, poner algo que no se confunda con los demás. Sellar es poner una señal en una cosa. Cuando pones una señal en algo, lo haces para que, al no confundirse con otros, puedas reconocerlo. Por lo tanto, el Padre lo ha sellado. ¿Qué significa que lo ha sellado? Le dio algo propio, para que no se comparara con los demás hombres; por eso se dijo: "Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros" (Salmo XLIV). Entonces, ¿qué es sellar? Tenerlo como excepción, esto es, más que a tus compañeros. Por lo tanto, no me despreciéis, dice, porque soy el Hijo del Hombre: y buscad de mí el alimento no que perece, sino que permanece para vida eterna. Porque soy Hijo del Hombre, pero no soy uno de vosotros; soy Hijo del Hombre, pero Dios Padre me ha sellado. ¿Qué es sellar? Darle algo propio, por lo cual no me confunda con el género humano, sino por el cual el género humano sea liberado.

Entonces le dijeron: ¿Qué haremos para realizar las obras de Dios? Porque les había dicho: "Trabajad por el alimento, no que perece, sino que permanece para vida eterna". ¿Qué haremos, preguntan, para que observando esto podamos cumplir este precepto?

Jesús les respondió y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que Él ha enviado. Esto es, por tanto, comer el alimento no que perece, sino que permanece para vida eterna. ¿Para qué preparas el diente y el vientre? Cree, y has comido. La fe se distingue de las obras, como dice el Apóstol: "Consideramos que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley" (Romanos III). Y hay obras que parecen buenas sin la fe de Cristo, y no son buenas, porque no se refieren a aquel fin del cual son buenas. Porque el fin de la ley es Cristo para justicia a todo creyente (Romanos X). Por eso no quiso distinguir la fe de la obra, sino que dijo que la misma fe es obra. Porque la fe es la que obra por el amor (Gálatas V). Y no dijo: Esta es vuestra obra, sino que dijo: "Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que Él ha enviado; para que el que se gloria, se gloríe en el Señor" (I Corintios I). Porque los invitaba a la fe, ellos aún buscaban señales para creer. Mira si no son los judíos los que piden señales.

Entonces le dijeron: ¿Qué señal haces tú, para que veamos y creamos en ti lo que obras? ¿Era poco que se saciaran con cinco panes? Sabían esto, pero preferían el maná del cielo a este alimento. Pero el Señor Jesús se decía a sí mismo de tal manera que se ponía por encima de Moisés. Porque Moisés no se atrevió a decir de sí mismo que daría un alimento no que perece, sino que tiene vida eterna. Prometía algo más que Moisés. Porque por Moisés se prometía el reino, y una tierra que producía leche y miel, paz temporal, abundancia de hijos, salud del cuerpo, y todas las demás cosas temporales, aunque en figura espiritual, porque se prometían al hombre viejo en el Antiguo Testamento. Pero ellos atendían a las promesas por medio de Moisés, y atendían a las promesas por medio de Jesús. Aquel prometía un vientre lleno en la tierra, pero un alimento que perece; este prometía un alimento, no que perece, sino que permanece para vida eterna. Attendían a uno que prometía más, y como aún no veían que hiciera cosas mayores. Attendían a lo que había hecho Moisés, y aún querían que se hicieran cosas mayores por aquel que prometía cosas tan grandes. ¿Qué, preguntan, haces, para que creamos en ti? Y para que sepáis que comparaban aquellos milagros con este milagro, y por eso juzgaban menores las cosas que hacía Jesús.

Nuestros padres, dicen, comieron maná en el desierto. Pero, ¿qué es el maná, acaso lo despreciáis, como está escrito, "Les dio maná para comer" (Éxodo XVI). Por medio de Moisés, nuestros padres recibieron pan del cielo, y no se les dijo por Moisés: "Trabajad por el alimento que no perece, sino que permanece para vida eterna". Y no haces cosas como las que hizo Moisés. Él no dio panes de cebada, sino maná del cielo.

Jesús les dijo entonces: En verdad, en verdad os digo, no fue Moisés quien os dio el pan del cielo, sino mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. Porque el verdadero pan es el que descende del cielo y da vida al mundo. Por tanto, el verdadero pan es el que da vida al mundo: y es el alimento del que hablé antes: "Trabajad por el alimento que no perece, sino que permanece para vida eterna". Por tanto, también aquel maná significaba esto, y todas aquellas señales eran mías. Amáis mis señales; lo que se significaba, lo despreciáis. Por tanto, no fue Moisés quien dio el pan del cielo. Dios da el pan. Pero, ¿qué pan? ¿Acaso el maná? No, sino el pan que el maná significaba, es decir, el Señor Jesús. Mi Padre os da el verdadero pan. Porque el pan es Dios que descende del cielo, y da vida al mundo.

Entonces le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Como aquella mujer samaritana, a quien se le dijo: "Quien beba de esta agua, no tendrá sed jamás" (Juan IV); inmediatamente ella, tomando según el cuerpo, pero no queriendo carecer de necesidad: "Dame, Señor, de esta agua", dijo; así también ellos: Señor, danos este pan, que nos refresque, y no falte.

Jesús les dijo entonces: Yo soy el pan de vida; el que viene a mí, no tendrá hambre, y el que cree en mí, no tendrá sed jamás. El que viene a mí, esto es lo que dice, y el que cree en mí; y lo que dijo, no tendrá hambre, se entiende, y no tendrá sed jamás. Porque en ambos se significa la saciedad eterna, donde no hay escasez. ¿Deseáis el pan del cielo? Lo tenéis delante de vosotros, y no lo coméis.

Pero os dije que me habéis visto, y no habéis creído. Pero no por eso he perdido al pueblo. ¿Acaso vuestra infidelidad ha anulado la fe de Dios? (Romanos III). Mira lo que sigue.

Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí: y al que viene a mí no lo echaré fuera. ¿Qué es ese interior, del cual no se sale fuera? Un gran refugio, y un dulce secreto. Oh secreto sin tedio, sin amargura de malos pensamientos, sin interrupción de tentaciones y dolores. ¿No es ese el secreto al que entrará aquel a quien Dios dirá: "Bien, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor" (Mateo XXV)?

Y al que viene a mí, no lo echaré fuera; porque he descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió. Por eso, al que viene a mí, no lo echaré fuera, porque he descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió. Es un gran sacramento lo que dice: "El que viene a mí, no lo echaré fuera". Añadiendo inmediatamente la causa por la cual no echaría fuera al que viene a él, es decir, al que cree en él, dijo: "Porque no he venido para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió". ¿Quién es el que es echado fuera de ese dulce y suavísimo secreto, al que se ordena entrar al siervo que hace la voluntad de su señor, sino el soberbio? ¿Sino el alma que confía en sí misma, y busca ser de su propia potestad? Ni el profeta, teniendo tal alma, diría: "¿No está mi alma sujeta a Dios?" (Salmo LXI). El alma, por la humildad, sujeta a la gracia de Dios, nunca es echada fuera, sino que entra en el gozo de su Señor. Por tanto, para que se curara la causa de todos los males, es decir, la soberbia, descendió y se hizo humilde el Hijo de Dios. ¿Por qué te enorgullecies, hombre? Dios se hizo humilde por ti. Tal vez te avergonzarías de imitar a un hombre humilde, al menos imita a un Dios humilde. Vino el Hijo de Dios en hombre, y se hizo humilde. Se te ordena ser humilde, no se te ordena que de hombre te hagas bestia. Él, siendo Dios, se hizo hombre, tú, hombre, reconoce que eres hombre. Toda tu humildad es reconocer quién eres. Por tanto, porque Dios enseña la humildad, dijo: "No he venido para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió" (Juan VI). Esto es una recomendación de humildad. Porque la soberbia hace su voluntad, la humildad hace la voluntad de Dios. Por eso, "el que viene a mí, no lo echaré fuera". ¿Por qué? Porque "no he venido para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió". Vine humilde, vine a enseñar humildad. Vine como

maestro de humildad. El que viene a mí, se incorpora a mí; el que viene a mí, se hace humilde. El que se adhiere a mí, será humilde, porque no hará su voluntad, sino la de Dios; y por eso no será echado fuera; porque Adán, siendo soberbio, fue expulsado fuera (Génesis III): Cristo, en cambio, haciéndose humilde, fue exaltado sobre todo nombre que se nombra en el cielo o en la tierra (Efesios I). El que vino como maestro de humildad, no para hacer su voluntad, sino la de aquel que lo envió. Vengamos a él, entremos en él, incorporemos a él, para que tampoco nosotros hagamos nuestra voluntad, sino la de Dios; y no nos eche fuera, porque somos sus miembros, porque quiso ser nuestra cabeza enseñando humildad. A quien no puede venir sino el humilde, de quien no se echa fuera sino al soberbio.

Esta es la voluntad de aquel que me envió, del Padre, que todo lo que me ha dado, no lo pierda. Aquel que guarda la humildad, es el que le ha sido dado, este lo recibe. El que no guarda la humildad, está lejos del maestro de humildad. Para que todo lo que me ha dado, no lo pierda. Así no es voluntad ante vuestro Padre que perezca uno de estos pequeños (Mateo XVIII). De los soberbios puede perecer, de los pequeños nada perece: porque "si no os hacéis como este pequeño, no entraréis en el reino de los cielos", todo lo que me ha dado el Padre, no lo perderé, sino que lo resucitaré en el último día (Juan VI). Ved cómo aquí también se delinea aquella doble resurrección. El que viene a mí, ahora resucita, haciéndose humilde en mis miembros: pero "lo resucitaré en el último día" según la carne.

Porque esta es la voluntad de mi Padre que me envió, que todo el que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna: y yo lo resucitaré en el último día. Antes dijo: "Oye mi palabra, y el que cree en aquel que me envió". Ahora, "El que ve al Hijo y cree en él". No dijo, ve al Hijo, y cree en el Padre. Porque creer en el Hijo es lo mismo que creer en el Padre, porque "como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado también al Hijo tener vida en sí mismo: para que todo el que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna" (Juan V): creyendo, y pasando a la vida, es decir, aquella primera resurrección. Y porque no es la única, "Y lo resucitaré", dice, "en el último día". Sigue:

Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Por eso pan, porque es vida; y por eso vida, porque descendió del cielo, diciendo él mismo, "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV). Él es el pan supersustancial, que para que nos sea dado, se nos manda suplicar diariamente (Mateo VI). Cuando nuestro Señor Jesucristo se decía a sí mismo pan que descendió del cielo.

Los judíos murmuraron, y dijeron: ¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo dice entonces que descendió del cielo? Por eso murmuraban, porque no entendían este pan, no tenían hambre de este pan, no amaban este pan; porque si lo amaran, ciertamente no murmurarían: por eso estaban lejos del pan celestial, ni sabían tener hambre de él, porque tenían las fauces del corazón enfermas. Con los oídos abiertos estaban sordos. Veían, y permanecían ciegos. Porque este pan busca el hambre del hombre interior. Por lo cual en otro lugar dice, "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo V). Dijeron, "Cuyo padre y madre conocemos". Conocían a la madre terrenal. No conocían al Padre celestial, porque no habían sido atraídos por el Padre celestial; lo cual el mismo Señor inmediatamente dio a conocer en la siguiente palabra, diciendo:

No murmuréis entre vosotros: Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae. Aquel viene, a quien la gracia de Dios precede; a quien con el Profeta decimos, "Su misericordia me precederá". Y de nuevo: "Su misericordia me seguirá" (Salmo XXII). Precede el querer, sigue el perfeccionar. El Padre atrae al Hijo a aquellos que por eso creen

en el Hijo, porque piensan que tiene a Dios como Padre. Porque Dios Padre engendró al Hijo igual a sí mismo: y quien piensa y siente en su fe y medita que aquel en quien ha creído es igual al Padre, a este el Padre lo atrae al Hijo. Porque el que dice de Cristo, "No es Dios verdadero", no lo atrae el Padre, sino que su pensamiento perverso lo atrae a no consentir a la verdad. Aquel fue atraído por el Padre, quien dice: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo" (Mateo XVI). A quien el Señor dice, "Bienaventurado eres, Simón Bar Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Ibid.). Esa revelación es la atracción misma. Porque cuando dijo: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae", inmediatamente añadió, "Y yo lo resucitaré en el último día". Le devolveré lo que espera, verá lo que aún no viendo creyó. Comerá lo que tiene hambre, se saciará de lo que tiene sed. ¿Dónde? En la resurrección de los muertos, porque "yo lo resucitaré en el último día".

Porque está escrito en los profetas: Y todos serán enseñados por Dios. ¿Por qué dijo esto? Oh judíos, ¿no os enseñó el Padre cómo podéis conocerme? Todos los hombres de su reino serán enseñados por Dios. No oirán de los hombres: y si oyen de los hombres, sin embargo, lo que entienden se da dentro, resplandece dentro, se revela dentro. Los hombres pueden sonar la palabra afuera, pero trabajan en vano, a menos que Dios enseñando dentro abra los sentidos. Aquel es enseñado por Dios, a quien Dios instruye dentro con el conocimiento y amor de la verdad.

Todo el que oye del Padre, y aprende, viene a mí. ¿Cómo atrae el Padre? Enseñando deleita, no obligando por necesidad: porque nadie cree por necesidad, sino por voluntad. El Hijo enseñaba, el Padre enseñaba; el hombre que se veía, hablaba, pero como Dios enseñaba interiormente en el corazón del oyente. Por eso añadió:

No porque alguien haya visto al Padre; sino aquel que es de Dios, este ha visto al Padre. Yo soy del Padre, y por eso veo al Padre. ¿Qué es ser enseñado por el Padre, sino oír la palabra del Padre, es decir, a mí? No sea que cuando os digo, "Todo el que oye del Padre, y aprende", digáis entre vosotros, Pero nunca hemos visto al Padre, ¿cómo entonces hemos podido aprender del Padre? Oídme a mí mismo: no porque alguien haya visto al Padre; sino aquel que es de Dios, este ha visto al Padre. Yo conozco al Padre; de él soy. Pero, ¿cómo? El Verbo de aquel, cuyo es el Verbo, no lo que suena y pasa, sino lo que permanece diciendo, y atrae al oyente.

Amén, amén, os digo: el que cree en mí tiene vida eterna. Quiso revelarse a sí mismo, quién era; pues pudo decir brevemente: El que cree en mí, me tiene. Porque Cristo mismo es el verdadero Dios y la vida eterna. Por tanto, el que cree en mí, dice, viene a mí; y el que viene a mí, me tiene. ¿Qué significa tenerme? Tener vida eterna. La vida eterna asumió la muerte, quiso morir; pero de lo tuyo, hombre, no de lo suyo. Tomó de ti lo que le permitió morir por ti. Así, la vida asumió la muerte para que la vida matara a la muerte. Porque el que cree, dice, tiene vida eterna, no lo que se ve, sino lo que está oculto. La vida eterna del Verbo estaba en el principio con Dios, y el Verbo era Dios, y era la luz de la vida de los hombres (Juan I). Vino a morir, pero al tercer día resucitó.

Yo soy, dice, el pan de vida. ¿Y de qué se enorgullecían ellos? Vuestros padres, dice, comieron el maná y murieron. ¿Por qué comieron y murieron? Porque creían lo que veían; lo que no veían, no lo entendían. Por eso vuestros padres, porque sois semejantes a ellos. Comieron Moisés, Aarón y los demás santos que estuvieron en el pueblo, el maná, y no murieron, porque no entendieron espiritualmente el alimento visible, tenían hambre

espiritualmente. Otros comieron y permanecieron en la infidelidad: así como los judíos escucharon a Cristo hablar, pero no entendieron espiritualmente sus palabras. Por eso les dijo: Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; ¿de qué muerte, sino de la infidelidad? Porque con la muerte común murieron también los santos que estaban entre ellos. Por eso el Señor Jesús señaló con estas palabras la muerte espiritual, no la carnal. Así que los padres de estos, es decir, los malos padres de los malos, los padres infieles de los infieles, los padres murmuradores de los murmuradores; pues de nada se dice que ese pueblo ofendió más a Dios que murmurando contra Él. Por eso el Señor, queriendo mostrar a los hijos de tales, comenzó con ellos: ¿Por qué murmuráis entre vosotros, murmuradores, hijos de murmuradores? Vuestros padres comieron el maná y murieron; no porque el maná fuera malo, sino porque lo comieron mal.

Este es el pan que descendió del cielo. Ese pan significaba el maná; pero este pan significa el altar de Dios. Aquellos sacramentos fueron en signos: son diferentes en la realidad, pero iguales en lo que significan. Escucha al apóstol: No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual (I Cor. X). Espiritual, ciertamente, no corporal. Ellos uno, porque el maná, nosotros otro; pero el mismo espiritual que nosotros, pero nuestros padres, no los padres de ellos, a quienes nos asemejamos, no a quienes ellos se asemejaron. Este es, por tanto, el pan que desciende del cielo; para que si alguno come de él, no muera. Pero lo que pertenece a la virtud del sacramento, no lo que pertenece al sacramento visible: quien come dentro, no fuera; quien come en el corazón, no quien lo aprieta con el diente. Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Por eso vivo, porque descendí del cielo. Del cielo descendió también el maná; pero el maná era sombra, este es la verdad.

Si alguno come de este pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo. ¿Cómo podría la carne entender lo que dijo que el pan es carne? Se llama carne lo que la carne no comprende: y por eso más no lo comprende la carne, porque se llama carne: esto es lo que rechazaron, esto dijeron que era imposible, esto pensaron que no podía hacerse. Mi carne es, dice, para la vida del mundo. Los fieles conocen el cuerpo de Cristo, si no descuidan ser el cuerpo de Cristo; háganse cuerpo de Cristo, si quieren vivir del Espíritu de Cristo. Del Espíritu de Cristo no vive, sino el cuerpo de Cristo. Quien quiera vivir, crea en Cristo, coma espiritualmente el alimento espiritual. Incorpórese al cuerpo de Cristo, y no sea un miembro podrido, que merezca ser cortado: sea hermoso, sea sano, sea apto para su cabeza.

Entonces los judíos discutían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede este darnos su carne a comer? Discutían entre sí, porque no entendían el pan de la concordia, ni querían tomarlo. Porque los que comen tal pan, no discuten entre sí, porque un pan, un cuerpo somos muchos (I Cor. X): y por él hizo Dios que tales habiten en casa. Pero lo que discuten entre sí, preguntándose cómo puede el Señor dar su carne a comer, no lo comen de inmediato, sino que aún se les dice:

Amén, amén, os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Cómo se da, y de qué manera se ha de comer este pan, lo ignoráis: sin embargo, si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Esto no lo decía a cadáveres, sino a vivos. Por lo tanto, para que no entendieran esta vida y discutieran sobre esto, añadió:

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna. Por tanto, no la tiene quien no come este pan ni bebe esta sangre. Porque la vida temporal, de alguna manera, la tienen en este mundo los hombres que no están por la fe en su cuerpo: pero la eterna nunca, la que se promete a los santos. Para que no pensarán que en este alimento y bebida se les promete la vida eterna a quienes lo toman carnalmente y no lo entienden espiritualmente, inmediatamente añadió y dijo:

Yo lo resucitaré en el último día. Para que tenga mientras tanto, según el espíritu, vida eterna en el descanso, que recibe el espíritu de los santos. Pero en cuanto al cuerpo, tampoco se le priva de la vida eterna, sino que en la resurrección de los muertos en el último día la carne resucitará.

Porque mi carne, dice, es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. Pues los hombres buscan en la comida y bebida no tener hambre ni sed, esto verdaderamente no lo proporciona sino este alimento y bebida, que hace inmortales e incorruptibles a quienes lo toman, es decir, la misma sociedad de los santos, donde habrá paz y unidad plena y perfecta; por eso, como también lo entendieron antes que nosotros los hombres, nuestro Señor Jesucristo encomendó su cuerpo y sangre en aquellas cosas que se reducen a una sola cosa de muchas: pues una cosa se hace de muchos granos, otra se forma de muchos racimos. Finalmente, ya explica cómo se hace lo que dice, y qué significa comer su cuerpo y beber su sangre.

Y el que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Esto es, por tanto, comer aquel alimento y beber aquella bebida, permanecer en Cristo, y tenerlo permaneciendo en uno. Por lo tanto, quien no permanece en Cristo, y en quien no permanece Cristo, sin duda no come espiritualmente su carne, aunque carnal y visiblemente apriete con los dientes el sacramento del cuerpo y sangre de Cristo; sino que más bien come y bebe el sacramento de tan gran cosa para juicio propio, porque presume acercarse a los sacramentos de Cristo inmundo, que otro no toma dignamente, sino quien es puro; de quienes se dice: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V).

Como me envió, dice, el Padre viviente, y yo vivo por el Padre: y el que me come, él también vivirá por mí. Porque el Hijo no se hace mejor por la participación del Padre, que nació igual, como la participación del Hijo por la unidad de su cuerpo y sangre, que aquella comida y bebida significan, nos hace mejores. Vivimos, por tanto, nosotros por él, comiéndolo, es decir, recibiendo de él la vida eterna, que no tenemos de nosotros mismos. Pero él vive por el Padre, enviado por él, porque se anonadó a sí mismo, hecho obediente hasta el madero de la cruz (Filip. II). Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre: y el que me come, él también vivirá por mí. Como si dijera: Y yo vivo por el Padre; es decir, refiero mi vida a él como a mayor, lo que hizo mi anonadamiento; en el cual me envió. Pero para que alguien viva por mí, lo hace la participación por la cual me come. Yo, por tanto, humillado, vivo por el Padre, él, elevado, vive por mí. No lo dijo de la naturaleza en la que siempre es igual al Padre, sino de aquella en la que se hizo menor que el Padre. Quien también antes dijo: Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V), es decir, engendró al Hijo teniendo vida en sí mismo.

Este es el pan que descendió del cielo. Para que comiéndolo vivamos, quienes no podemos tener vida eterna de nosotros mismos.

No como comieron, dice, vuestros padres el maná, y murieron. El que come este pan vivirá para siempre. Esto dijo en la sinagoga, enseñando en Cafarnaúm. Por tanto, que ellos

murieron, quiere que se entienda así, que no vivan para siempre. Porque temporalmente ciertamente morirán también los que comen a Cristo; pero vivirán para siempre, porque Cristo es vida eterna. La señal de que comió y bebió, es si permanece y se permanece; si habita y se habita; así será que no se abandone. Por tanto, nos enseñó y advirtió con palabras místicas, que estemos en su cuerpo, bajo él como cabeza en sus miembros, comiendo su carne, no abandonando su unidad. Pero los que estaban presentes, muchos no entendiendo se escandalizaron. No pensaban al escuchar esto, sino en la carne, que ellos mismos eran. Pero el apóstol dice, y dice la verdad: Pensar según la carne es muerte (Rom. VIII). Nuestro Señor da su carne para que la comamos: y sin embargo, pensar según la carne es muerte, cuando de su carne dice, porque allí está la vida eterna. Por tanto, no debemos pensar en la carne según la carne, como en estas palabras.

Muchos, por tanto, al oír esto [no de los enemigos, sino] de sus discípulos, dijeron: Dura es esta palabra, ¿quién puede escucharla? Si los discípulos encontraron dura esta palabra, ¿qué los enemigos? Y sin embargo, así debía ser, que se dijera lo que no sería entendido por los hombres. El secreto de Dios debe hacernos atentos, no alejarnos. Pero estos desfallecieron al hablar así el Señor Jesús: no creyeron en algo grande que decía, y en la gracia de su palabra que cubría; sino que como quisieron, así entendieron, y al modo de los hombres para quienes Jesús no era la cabeza, como si Jesús dispusiera repartir la carne en la que el Verbo estaba vestido, como en pedazos a los que creían en él. Dura es, dicen, esta palabra, ¿quién puede escucharla?

Pero Jesús, sabiendo en sí mismo que sus discípulos murmuraban de él. Pues así dijeron entre sí, que no fueran oídos por él: pero él, que los conocía en sí mismos, escuchando en sí mismo respondió, y dijo:

¿Esto os escandaliza? Porque dije: Mi carne os doy a comer, y mi sangre a beber: esto os escandaliza.

¿Qué, pues, si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? ¿Qué es esto? Aquí resuelve lo que los había movido; aquí los saca de donde se escandalizaron; aquí claramente, si entendieran: pues pensaron que él repartiría su cuerpo; pero él dijo que subiría, ciertamente al cielo íntegro. Cuando vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes, ciertamente al menos entonces veréis que no de la manera que pensáis repartirá su cuerpo. Ciertamente al menos entonces entenderéis que su gracia no se consume en mordiscos. En estas palabras se entiende claramente que Cristo es una persona, cuando dijo que el Hijo del hombre estaba antes en el cielo. Hablaba en la tierra, y decía que estaba en el cielo. ¿A qué se refiere esto, sino a que entendamos que Cristo es una persona, Dios y hombre, no dos? para que nuestra fe no sea una trinidad, sino una cuaternidad. Cristo, por tanto, es uno, Verbo, alma, carne. Un Cristo, Hijo de Dios, e Hijo del hombre. Un Cristo, Hijo de Dios siempre, Hijo del hombre desde el tiempo; sin embargo, un Cristo según la unidad de la persona estaba en el cielo, cuando hablaba en la tierra. Así era el Hijo del hombre en el cielo, como el Hijo de Dios en la tierra. Así el Hijo de Dios en la tierra con la carne asumida, como el Hijo del hombre en el cielo, en la unidad de la persona. Lo que enseguida expone más ampliamente, qué diferencia hay entre el espíritu y la carne, y qué entre querer comer a Cristo carnalmente y recibirlo espiritualmente. Dice:

El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha nada. Poco antes dijo: Si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros; y ahora dice: La carne no aprovecha nada, es decir, si queréis entender carnalmente lo que digo, la carne no aprovecha nada; si así lo entendéis carnalmente, como alimento que se come como otras

carnes que se compran en los mercados, el espíritu es el que da vida. Por el espíritu aprovecha la carne, que por sí misma no aprovecha; porque la letra mata, pero el espíritu da vida (II Cor. III). Pues por la carne el espíritu hizo algo por nuestra salvación: la carne fue el vaso que tenía, por el cual el espíritu nos salvó, usando el órgano de la carne para la salvación del género humano, porque el diablo usó la serpiente, como órgano, para la subversión de nuestro primer padre (Gén. III). El espíritu es el que da vida, pero la carne no aprovecha nada. Como ellos entendieron la carne, no así yo doy a comer mi carne. Por tanto:

Las palabras, dice, que os he hablado, son espíritu y son vida. Porque dijimos, hermanos, que el Señor encomendó esto en la comida de su carne y la bebida de su sangre, para que permanezcamos en él, y él en nosotros. Permanecemos en él, cuando somos sus miembros. Pero él permanece en nosotros, cuando somos su templo. Para que seamos sus miembros, la unidad nos une. Para que la unidad nos una, ¿qué hace sino la caridad? ¿De dónde la caridad de Dios? Pregunta al apóstol. La caridad, dice, de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V). Por tanto, el espíritu es el que da vida. El espíritu hace miembros vivos. Ni el espíritu hace miembros vivos, sino los que encuentra en el cuerpo que él mismo vivifica; pues el espíritu que está en ti, oh hombre, por el cual existes para ser hombre, ¿acaso vivifica un miembro que encuentra separado de tu carne? Me refiero a tu espíritu, tu alma. Tu alma no vivifica sino los miembros que están en tu carne. Si quitas uno, ya no es vivificado por tu alma, porque no está unido a la unidad de tu cuerpo. Estas cosas se dicen para que amemos la unidad, y temamos la separación. Pues nada debe temer tanto un cristiano, como ser separado del cuerpo de Cristo. Porque si se separa del cuerpo de Cristo, no es su miembro: si no es su miembro, no es vivificado por su espíritu. Pero cualquiera, dice el apóstol, que no tiene el espíritu de Cristo, no es de él. Por tanto, el espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha nada. Las palabras que os he hablado, son espíritu y son vida. ¿Qué significa, son espíritu y son vida? Deben entenderse espiritualmente. ¿Entendiste espiritualmente? Son espíritu y son vida. ¿Entendiste carnalmente? Aun así, son espíritu y vida, pero no para ti, oh hombre, que no entiendes espiritualmente, ni sabes venerar con fe.

Porque hay algunos de vosotros que no creen. Y por eso no entienden, porque no creen. Pues el profeta dijo: Si no creéis, no entenderéis (Isaías VI). Por la fe nos unimos, por el entendimiento nos vivificamos. Primero creemos por la fe, para que así después seamos vivificados por el entendimiento.

Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién lo iba a entregar. Pues también allí estaba Judas entre los que se escandalizaron, a quien Cristo ni calló, ni mostró abiertamente, para que todos temieran, aunque uno pereciera. Pero después de haber dicho y distinguido a los creyentes de los no creyentes, expresó la razón por la que no creían.

Por eso os he dicho, dice, que nadie puede venir a mí, si no le es dado por mi Padre. Porque a los creyentes se les da la fe por el Padre, para que nadie se gloríe en su fe, que no es de sí mismo como propia, sino dada por Dios, como gracia.

Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban con él. Se volvieron atrás, no tras Cristo, sino tras Satanás. Pero estos se volvieron atrás, como cortados del cuerpo de Cristo, y no regresaron más a él, porque tal vez fielmente no estaban en su cuerpo: y estos no pocos, sino muchos. Veamos, por tanto, qué dijo a los pocos que quedaron.

Entonces Jesús dijo a los doce: ¿También vosotros queréis iros? Ni siquiera Judas se fue: pero por qué permanecía, ya lo veía el Señor, después se manifestó. Pedro respondió por todos, uno por muchos, la unidad por todos.

Entonces le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Nos alejas de ti: danos otro tú. ¿A quién iremos, si nos apartamos de ti? ¿A quién iremos?

Tienes palabras de vida eterna. Ved cómo Pedro, con el don del Señor y la iluminación del Espíritu Santo, entendió; ¿de dónde? sino porque creyó en las palabras de vida eterna. Pues tienes vida eterna en la administración de tu cuerpo y sangre, y no hemos conocido y creído, sino que hemos creído y conocido. Creímos para conocer. Porque si quisiéramos primero conocer y luego creer, no podríamos ni conocer ni creer. ¿Qué creemos y qué conocemos?

Que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Es decir, que tú mismo eres la vida eterna, y no das en tu carne y sangre sino lo que eres.

Jesús respondió: ¿No os elegí yo a los doce? y uno de vosotros es un diablo. Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote: pues este iba a entregarlo, siendo uno de los doce. Era uno de los doce, no por fe, sino por número; no por verdad, sino por simulación. Pero, ¿cómo se entiende, "¿No os elegí yo a los doce?", cuando se dice que uno es hijo del diablo? sino porque de manera diferente fueron elegidos esos once, y de manera diferente ese uno. Fueron elegidos para permanecer en Cristo, y para que su sonido saliera por toda la tierra (Salmo XVIII). Fue elegido ese uno para que la dispensación de la misericordia divina en la salvación del género humano se cumpliera por él; de donde la bondad de Dios usaba bien de su malicia: así como en la venta de José, Dios usó bien de la malicia de los hermanos (Gén. XXXVII), para que de la obra mala de ellos se mostrara la bondad de Dios en la salvación de muchos. Así el mal de Judas se convirtió en nuestro bien. Lo que hace el malo usando mal de los bienes de Dios, se daña a sí mismo, no podrá destruir la bondad de Dios. ¿Por qué eligió Cristo a doce? El número doce es sagrado. Pues no porque uno de ellos pereció, se quitó el honor de ese número; pues en lugar del que pereció, otro fue subrogado, y permaneció el número consagrado, el número doce: porque por todo el mundo, esto es, por los cuatro puntos cardinales del mundo, iban a anunciar la Trinidad. Por eso fueron elegidos cuatro, para que la santa Trinidad fuera predicada por las cuatro partes del mundo. Pues también el año corre por el número doce, y el orden de los signos en los cielos, por los cuales se sabe que el sol y la luna corren, se distinguen por el número doce. Por eso Cristo dirigió a los primeros predicadores al mundo con este número. Ni el número fue violado por la pérdida de Judas, sino que otro fue subrogado en su lugar. De cuya significación sacratísima del número, el mismo Cristo en el Evangelio dice, de la excelsa gloria de los santos: "Cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mat. XIX).

CAPÍTULO VII.

Después de esto, dice, Jesús andaba por Galilea. Pues no quería andar por Judea, porque los judíos buscaban matarlo. Esto ofrecía como ejemplo de nuestra debilidad, no había perdido él el poder, sino que consolaba nuestra fragilidad. Pues iba a suceder, como dije, que algunos de sus fieles se esconderían, para no ser encontrados por los perseguidores: y para que no se les reprochara como crimen el escondite, lo anticipó en la cabeza, para que se confirmara en los miembros. Pues Cristo pudo andar por Judea y no ser muerto, quien dijo: "Tengo poder para

poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla" (Juan X). Mostró este poder cuando quiso, cuando a su voz retrocedieron los que vinieron a prenderlo con armas (Juan XVIII).

Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los Tabernáculos. La fiesta de los Tabernáculos es el día festivo en que los judíos en el séptimo mes eran mandados a habitar en tabernáculos bajo ramas de árboles durante siete días (Lev. XXIII), en memoria de su estancia en el desierto. Este era el día festivo que los judíos celebraban con gran solemnidad, como recordando los beneficios del Señor, que los sacó de la tierra de Egipto. La fiesta de los Ázimos de los judíos no se dice un solo día, sino cuantos días duraba esa festividad, solían nombrarla como un solo día festivo por la costumbre de una sola festividad.

Le dijeron entonces sus hermanos: Pasa de aquí y vete a Judea. Los hermanos del Señor, según el uso más común de la Sagrada Escritura, se llamaban los consanguíneos de la siempre virgen María. Pues Abraham y Lot, y Labán y Jacob, son llamados hermanos, aunque Labán era tío de Jacob. Así que cuando oigas hermanos del Señor, piensa en la consanguinidad de María, no en que ella haya dado a luz otra progenie. Dijimos quiénes eran los hermanos, escuchemos qué dijeron: "Pasa de aquí y vete a Judea."

Para que también tus discípulos vean las obras que haces. Las obras del Señor no estaban ocultas a los discípulos, pero sí a estos. Pues estos hermanos, es decir, consanguíneos, pudieron tener a Cristo como consanguíneo: pero por esa misma cercanía se resistieron a creer en él; por eso el evangelista inmediatamente añadió:

Porque ni siquiera sus hermanos creían en él. ¿Por qué no creían en él? Porque buscaban la gloria humana, diciéndole:

Pasa de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Pues nadie hace algo en oculto, y busca ser conocido públicamente. Si haces estas cosas, manifiéstate al mundo. Pues con estas palabras se muestra que buscaban su gloria carnalmente, como si dijeran, Haces maravillas, pero en secreto. Pasa a Judea, para que el principado de la nación y la ciudad capital del reino vean tus maravillas. Date a conocer, aparece a todos, para que puedas ser alabado por todos. A lo que el Señor Jesús les dice:

Mi tiempo aún no ha llegado: pero vuestro tiempo siempre está preparado. El apóstol dice: "Cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo" (Gál. IV). El tiempo de la gloria de Cristo aún no había llegado cuando dijo estas cosas. ¿Qué parece que buscan, quienes le aconsejaban ir a Judea, hacer milagros, darse a conocer al mundo? Para que no se le considerara oculto, ignoto. Pero él quiso que la altura precediera a la humildad, y llegar a esa altura por el camino de la humildad. Pero vuestro tiempo, es decir, la gloria del mundo, siempre está preparado: pues habrá un tiempo de gloria. Quien vino en humildad, vendrá en altura. Quien vino para ser juzgado, vendrá para juzgar. Quien vino para ser muerto por los muertos, vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos.

Subid vosotros a esta fiesta. ¿Qué es esta? Donde buscáis la gloria humana. ¿Qué es esta? Donde queréis extender los gozos carnales, no pensar en los eternos.

Yo no subo a esta fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido. A la fiesta buscáis la gloria humana; pero mi tiempo, es decir, el de mi gloria, aún no ha llegado. Ese será mi día festivo, no pasando y transcurriendo en estos días, sino permaneciendo para siempre. Esa será la festividad, el gozo sin fin, la eternidad sin mancha, la serenidad sin nube.

Dicho esto, él permaneció en Galilea. Pero cuando sus hermanos habían subido, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto. Por eso no a esta fiesta, porque no buscaba la gloria temporalmente, sino enseñar algo saludablemente, corregir a los hombres, advertir sobre la fiesta eterna, apartar el amor de este siglo y convertirlo en Dios. ¿Qué es, pues, que subió como en secreto a la fiesta? No es vano también esta obra del Señor. Pues todas las fiestas de los judíos eran en figura. Por eso subía en secreto en ellas, porque Cristo estaba oculto en ellas: oculto al pueblo anterior, ahora manifiesto al mejor pueblo; porque lo que aquel pueblo hacía en sombra, nosotros ya lo hacemos en luz manifiesta. De donde se puede entender también esta respuesta del Señor, cuando dice: "Yo no subo a esta fiesta", que se refiere a su pasión, porque Cristo no subió en la festividad de los Tabernáculos, sino en la festividad Pascual, cuando el cordero solía ser sacrificado, subió a la cruz. Pero los judíos lo buscaban en la fiesta antes de que subiera, pues sus hermanos habían subido primero. No subió entonces, cuando ellos pensaban y querían, para que ya se cumpliera lo que dijo, "No a esta", es decir, a la que vosotros queréis, el primer o segundo día. Pero subió después, como dice el Evangelio, en medio de la fiesta, es decir, cuando ya habían pasado tantos días de esa fiesta, como quedaban. Pues celebraban esa festividad, según se entiende, durante muchos días.

Decían entonces: ¿Dónde está él? y había mucho murmullo sobre él en la multitud. ¿De dónde el murmullo? De la contienda. ¿Cuál fue la contienda?

Pues algunos decían: Que es bueno; pero otros, No, sino que engaña a las multitudes. De todos sus siervos se dice esto ahora. Cualquiera que sobresale en alguna gracia, unos dicen, "Es bueno"; otros, "No, sino que engaña a las multitudes". ¿De dónde esto? porque nuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III). Esto sufre el cuerpo de Cristo hasta el fin del siglo por parte de los amantes del mundo, lo que entonces sufrió de los murmuradores judíos; aún no se ha separado el trigo de la paja, para que los granos de trigo se reúnan en el granero, y la paja se queme en el fuego eterno. Lo que se dijo entonces del Señor, vale para la consolación de cualquier cristiano de quien se haya dicho esto.

Sin embargo, nadie hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos. Los que decían, "Es bueno". Pues los que decían, "Engaña a las multitudes", su sonido aparecía como el de hojas secas. "Engaña a las multitudes", sonaban más claramente. "Es bueno", susurraban más calladamente. Pero ahora, hermanos, aunque aún no ha llegado esa gloria de Cristo, que nos hará eternos, ahora, sin embargo, su Iglesia crece tanto, así se ha dignado difundirla por todas partes, que aunque se susurre, "Engaña a las multitudes", pero más claramente resuena, "Es bueno"; pues una nueva herejía en los rincones susurra ocultamente, Cristo es adoptivo; pero más claramente la voz de la santa Iglesia universal resuena, Cristo es el Hijo propio de Dios. También silban con boca serpentina, Cristo es Dios nominal, pero más expresivamente y con más firmeza la unanimidad de todos los fieles clama, Cristo es buen Dios, con el testimonio del excelente predicador, que dice: "Cuyos padres, de los cuales es Cristo, que es sobre todo Dios bendito" (Rom. IX).

Subió entonces Jesús al templo en medio de la fiesta, y enseñaba: y los judíos se maravillaban, diciendo: ¿Cómo sabe este letras, sin haber estudiado? Él porque se ocultaba enseñaba, y no era apresado y hablaba abiertamente. Pues eso, para ocultarse, era de ejemplo; esto de poder. Pero cuando enseñaba, los judíos se maravillaban. Todos, en verdad, según creo, se maravillaban, pero no todos se convertían. ¿De dónde la admiración? porque muchos sabían dónde había nacido, y cómo había sido educado. Nunca lo habían visto estudiando letras, sin embargo, lo oían disputando sobre la ley, citando testimonios de la ley, que nadie podría citar, si no hubiera leído; nadie leería, si no hubiera aprendido letras; y por eso se

maravillaban. Pero su admiración fue ocasión para el maestro de insinuar una verdad más profunda. Pues de su admiración y palabras dijo el Señor algo profundo, y que debe ser examinado más diligentemente. ¿Qué respondió entonces el Señor a los que se maravillaban de cómo sabía letras, sin haberlas aprendido?

Mi doctrina, dijo, no es mía, sino de aquel que me envió. Pues esta es la profundidad. Pues parece que con pocas palabras habló casi contradictoriamente. No dijo, "esa doctrina no es mía", sino "mi doctrina no es mía". ¿Cómo mía y no mía, es la cuestión, cómo pueden ser ambas, y mía, y no mía? Pues si miramos diligentemente lo que el mismo santo evangelista dice al principio: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I): de ahí pende la solución de esta cuestión. ¿Cuál es entonces la doctrina del Padre, sino el Verbo del Padre? Por tanto, Cristo mismo es la doctrina del Padre, si es el Verbo del Padre, pero porque el verbo no puede ser de nadie, sino de alguien: y dijo su doctrina a sí mismo, y no suya, porque es el Verbo del Padre. Por tanto, parece que el Señor Cristo dijo: "Mi doctrina no es mía"; como si dijera, Yo soy de mí mismo. Aunque decimos y creemos que el Hijo es igual al Padre, y que no hay ninguna distancia de naturaleza o sustancia entre ellos, ni hubo intervalo alguno entre el que engendra y el engendrado, sin embargo, guardando y conservando esto, decimos que aquel es el Padre, aquel el Hijo. Pero el Padre no es, si no tiene Hijo; el Hijo no es, si no tiene Padre; pero sin embargo el Hijo es Dios del Padre, pero el Padre es Dios, pero no del Hijo Padre, no Dios de Dios. Pero el Hijo, Dios de Dios, luz de luz. El Padre luz, el Hijo luz; no dos luces, sino una luz. El Padre Dios, el Hijo Dios: no dos dioses, sino un Dios Padre e Hijo. El Espíritu Santo procedente del Padre y del Hijo, también él Dios; como el Padre Dios, como el Hijo Dios, así también el Espíritu Santo Dios: no tres dioses, sino un Dios, una luz, una sustancia, una naturaleza, una majestad, una eternidad, una magnitud, una potencia, una bondad. Por tanto, el mismo Señor Cristo, la sabiduría de Dios, vio que este misterio tan profundo no sería entendido por todos, en lo siguiente dio un consejo. ¿Quieres entender? Cree. Pues Dios profetizando dijo: "Si no creéis, no entenderéis" (Isaías VI). A esto se refiere lo que aquí también el Señor añadió:

Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina si es de Dios, o si yo hablo de mí mismo. ¿Qué es esto, si alguno quiere hacer su voluntad? Pero yo había dicho, Si alguno cree, y había dado este consejo: Si no entendiste, digo, cree. Pues el entendimiento es la recompensa de la fe. Por tanto, no busques entender para creer, sino cree para entender; porque "si no creéis, no entenderéis". Por tanto, cuando he dado el consejo de la obediencia de creer para la posibilidad de entender, y he dicho que el Señor Jesucristo añadió esto mismo, en la sentencia siguiente lo encontramos diciendo: "Si alguno quiere hacer su voluntad", esto es, creer. Pero porque conoce, esto es, entiende, todos entienden: pero en verdad lo que dice, Si alguno quiere hacer su voluntad, esto se refiere a creer; para que se entienda más diligentemente, necesitamos al mismo Señor nuestro como expositor para que nos indique si realmente hacer la voluntad de su Padre se refiere a creer. ¿Quién no sabe que esto es hacer la voluntad de Dios, obrar su obra, es decir, lo que le agrada? Pues el mismo Señor dice claramente en otro lugar: "Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él envió" (Juan VI). Que creáis en él: no, que le creáis a él. Pero no inmediatamente, quien le cree a él, cree en él; pues también los demonios le creían a él, y no creían en él (Mat. XVII; Santiago II; Rom. IV). Nuevamente también de sus apóstoles podemos decir, Creemos a Pablo; pero no, Creemos en Pablo; Creemos a Pedro, pero no, Creemos en Pedro. Al que cree en aquel que justifica, su fe se le cuenta por justicia. ¿Qué es entonces creer en él? Creer amando, creer amando, creer yendo a él, e incorporándose a sus miembros. Esa es, por tanto, la fe que Dios exige de nosotros, que obra por el amor (Gál. V). Si entiendes las palabras de Dios, entiende que Cristo es el Hijo de Dios, y la doctrina del Padre: no es de sí mismo, no de

la nada, no de otros subsistentes, sino solo del Padre, permaneciendo en el Padre, igual al Padre.

El que habla de sí mismo, busca su propia gloria. Este será el que se llama Anticristo, "exaltándose", como dice el Apóstol, "sobre todo lo que se llama Dios, y lo que se adora" (II Tes. II). Pues anunciando el Señor a ese que buscará su propia gloria, no la del Padre, dice a los judíos: "Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me habéis recibido: otro vendrá en su propio nombre, y a él recibiréis" (Juan V). Significó que recibirían al Anticristo, quien buscará la gloria de su nombre, inflado, no sólido, y por eso no estable, sino ciertamente ruinoso. Pero nuestro Señor Jesucristo nos dio un gran ejemplo de humildad. Sin duda es igual al Padre. Sin duda "en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios". Sin duda él dijo, y lo dijo muy verdaderamente: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me habéis conocido? Felipe, el que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan XIV). Sin duda él dijo, y lo dijo muy verdaderamente: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X). Si entonces con el Padre uno, igual al Padre, Dios de Dios, Dios con Dios coeterno, inmortal, igualmente inmutable, igualmente sin tiempo, igualmente creador, dispensador de los tiempos: sin embargo, porque "vino en el tiempo, y tomó forma de siervo, y fue hallado en forma de hombre" (Filip. II), busca la gloria del Padre, no la suya; ¿qué debes hacer tú, hombre, que cuando haces algo bueno, buscas tu gloria: pero cuando haces algo malo, meditas calumniar a Dios? Atiende a ti mismo, eres criatura. Reconoce al Creador, eres siervo. No desprecies a Dios, eres adoptado, pero no por tus méritos. Busca la gloria de aquel de quien tienes esta gracia, hombre adoptado, cuya gloria buscó quien es de él unigénito nacido.

Pero el que busca la gloria de aquel que lo envió, este es veraz, y no hay injusticia en él. En el Anticristo, sin embargo, hay injusticia, y no es veraz, porque buscará su propia gloria, no la de aquel que lo envió. No es enviado, sino que viene permitido. Por tanto, todos los que pertenecen al cuerpo de Cristo, para que no seamos inducidos en el lazo del Anticristo, no busquemos nuestra propia gloria. Pero si él buscó la gloria de aquel que lo envió, ¿cuánto más nosotros la de aquel que nos hizo? Sigue:

¿No os dio Moisés, dijo, la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué buscáis matarme? Porque buscáis matarme, ya que ninguno de vosotros cumple la ley. Pues si hubierais cumplido la ley, en las mismas letras reconoceríais a Cristo, y no mataríais al que está presente, y ellos respondieron. Respondió la multitud. Respondió como una multitud, no con orden, sino con perturbación. En efecto, mira qué respondió la multitud turbada.

Tienes un demonio, ¿quién busca matarte? Como si no fuera peor decir, tienes un demonio, que matarlo. Pues se le dijo que tenía un demonio a quien expulsaba demonios. ¿Qué más puede decir una multitud turbulenta? ¿Qué más puede oler un lodo agitado, sino a putrefacción? La multitud está turbada. ¿Por qué? Por la verdad. La claridad de la luz turbó a la multitud de ojos enfermos. Pero los ojos que no tienen salud, no pueden soportar la claridad de la luz. El Señor, sin embargo, no se turba claramente, sino que en su verdad tranquilo, no devolvió mal por mal, ni maldición por maldición: si les hubiera dicho, Vosotros tenéis un demonio: habría dicho la verdad. Pues, ¿de dónde le decían esto de la verdad, Tienes un demonio, si no los irritaba la falsedad del diablo? Escuchemos, pues, qué respondió el tranquilo, y vivamos tranquilos.

Hice una obra, y todos os maravilláis. Como diciendo, ¿Qué si vierais todas mis obras? Pues sus obras eran las que veían en el mundo; y a él, que hizo todas las cosas, no lo veían. Hizo

una cosa, y se turbaron, porque sanó a un hombre en sábado: no entendiendo que el Señor es del sábado, el Hijo del hombre, que el sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado. Ni destruyó el sábado, quien sanó a un hombre en sábado, porque la custodia del sábado fue dada a los hombres para su salvación.

Por eso Moisés os dio la circuncisión. Bien hecho fue que recibierais la circuncisión de Moisés.

No porque sea de Moisés, sino de los padres. Pues Abraham fue el primero en recibir la circuncisión del Señor.

Y en sábado circuncidáis. Moisés os convence en la ley. Recibisteis que circuncidarais al octavo día, recibisteis en la ley que descanséis el séptimo día (Lev. XII). Si el octavo día de aquel que nació, coincide con el séptimo día del sábado, ¿qué haréis? ¿Descansaréis para guardar el sábado, o circuncidaréis para cumplir el sacramento del octavo día? Pero sé, dijo, lo que hacéis. Circuncidáis al hombre. ¿Por qué? Porque la circuncisión pertenece a algún signo de salvación, y los hombres no deben descansar del sábado de la salvación. Por tanto, no os enojéis conmigo, porque sané a todo el hombre en sábado.

Si un hombre recibe la circuncisión en sábado, dijo, para que no se rompa la ley de Moisés. Pues algo fue instituido saludablemente por Moisés en esa constitución de la circuncisión, ¿por qué os indignáis conmigo que obro la salvación en sábado? Pues esa circuncisión significaba al mismo Señor, a quien estos se indignaban que curaba y sanaba. Pues fue ordenado que se hiciera al octavo día. ¿Y qué es la circuncisión, sino el despojo de la carne? Por tanto, esta circuncisión significa el despojo del corazón de las concupiscencias carnales. No fue dada sin razón, y fue ordenado que se hiciera en ese miembro, porque por ese miembro se procrea la criatura de los mortales: Y por un hombre la muerte, así como por un hombre la resurrección de los muertos; y por un hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte. Por eso cada uno nace con prepucio, porque todo hombre nace con el vicio de la propagación; y Dios no limpia ni del vicio con el que nacemos, ni de los vicios que añadimos viviendo mal, sino por el cuchillo de piedra, es decir, nuestro Señor Jesucristo. Pues la roca era Cristo. Circuncidaban con cuchillos de piedra, y figuraban a Cristo con el nombre de la roca, y no lo reconocían presente, sino que además deseaban matarlo. Pero el hecho de que circuncidáis al hombre en sábado, entended que esto significa una buena obra.

Lo que yo hice, sané a todo el hombre en sábado. Porque fue curado, para que estuviera sano en el cuerpo; y creyó, para que estuviera sano en el alma.

No juzguéis según la apariencia, sino juzgad con justo juicio. ¿Qué es esto? Sino que si por la ley de Moisés circuncidáis en sábado, no os enojáis con Moisés; y porque yo sané a un hombre en sábado, os enojáis conmigo: juzgáis según la apariencia, prestad atención a la verdad, y juzgad con justo juicio. Si juzgáis según la verdad, no condenaréis ni a Moisés ni a mí; y conociendo la verdad, me conoceréis, porque yo soy la verdad. Este vicio, hermanos, que el Señor señaló en este lugar, es de gran trabajo evitar en este mundo, no juzgar según la apariencia, sino retener el justo juicio. El Señor, en efecto, amonestó a los judíos, pero nos advirtió a nosotros. A ellos los convenció, a nosotros nos instruyó. A ellos los reprendió, a nosotros nos agudizó. No pensemos que esto no se nos dijo a nosotros porque entonces no estábamos allí. Escuchemos, pues, el Evangelio como si el Señor estuviera presente: no digamos, ¡Oh, aquellos felices que pudieron verlo! Muchos de ellos que lo vieron carnalmente, lo mataron: pero muchos de nosotros que no lo vimos, creímos. ¿Quién es el que no juzga según la apariencia, sino el que ama a todos por igual? Quien ama a todos por

igual, juzga a todos por igual. Y no pensemos que esto se dijo de aquellos a quienes honramos de manera diferente por el honor de sus grados, sino de aquellos cuyas causas se nos ordena juzgar. Por tanto, el Señor Jesús no subió manifiestamente, sino ocultamente a la fiesta: no porque temiera ser capturado, cuya potestad era no ser capturado, sino para significar que incluso en la misma fiesta que celebraban los judíos, estaba oculto, y el misterio estaba cerrado; pero pronto apareció el poder, que se pensaba que era timidez. Pues hablaba abiertamente en la fiesta, de tal manera que las multitudes se maravillaban, y decían lo que escuchamos cuando se leía la lección.

¿No es este a quien buscaban matar? y he aquí que habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Acaso los príncipes han reconocido verdaderamente que este es el Cristo? Los que conocían con qué saña se le buscaba, se maravillaban de con qué poder no era capturado. Por lo cual, no entendiendo claramente su poder, pensaron que era conocimiento de los príncipes, que ellos habían reconocido que él era el Cristo, y por eso le perdonaron, en el tiempo en que buscaron matarlo. Luego, aquellos mismos que dijeron: ¿Acaso han reconocido los príncipes que este es el Cristo? se hicieron una pregunta a sí mismos, por la cual les parecía que no era el Cristo. Pues añadiendo dijeron:

Pero a este sabemos de dónde es: cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es. ¿Qué es lo que dijeron los judíos, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es (Mat. II), mientras que cuando Herodes preguntó el lugar de su nacimiento, lo señalaron según la profecía de Miqueas el profeta (Miqueas V), y de esto es seguro que conocían el lugar de su nacimiento? Pero debe considerarse qué pensaban que sabían, y qué decían que no sabían. Pues conocían el lugar de su nacimiento por las palabras de los profetas, pero no conocían su nacimiento divino, por el cual nació eternamente de Dios Padre, debido a la impiedad de su corazón, como dice Isaías: ¿Quién contará su generación? (Isaías LIII). Por tanto, el mismo Señor respondió a ambos, tanto de la fragilidad de la humanidad, como de la majestad de la divinidad diciendo.

Jesús, pues, clamaba enseñando en el templo, Y me conocéis, y sabéis de dónde soy. Por tanto, dijo correctamente, Y me conocéis, y sabéis de dónde soy, es decir, según la carne conocéis mi nacimiento, y la nobleza de mis padres, y conocéis la apariencia de mi rostro. Pero según la divinidad no me conocéis:

Porque no he venido de mí mismo, sino que es verdadero el que me envió, a quien no conocéis. Pero para que lo conozcáis, creed en aquel que envió; y sabed que nadie ha visto a Dios jamás sino el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado (Juan I); y, Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Lucas X). Por tanto, cuando dijo: Pero es verdadero el que me envió, a quien vosotros no conocéis: para mostrarles de dónde podrían saber lo que no sabían, añadió:

Yo lo conozco. Por tanto, buscad de mí para que lo conozcáis. ¿Por qué lo conozco? porque soy de él, y él me envió. Magníficamente mostró ambos. De él, dijo, soy: porque el hijo es del padre; y todo lo que es el hijo, es de aquel de quien es hijo. Por eso decimos que el Señor Jesús es Dios de Dios: no decimos que el Padre es Dios de Dios, sino solo Dios; y decimos que el Señor Jesús es luz de luz, no decimos que el Padre es luz de luz, sino solo luz. Por tanto, esto se refiere a lo que dijo: De él soy, pero lo que veis en mí en la carne, él me envió. Donde oyes, Él me envió, no entiendas una disimilitud de naturaleza, sino la autoridad del que engendra.

Por tanto, buscaban prenderlo, y nadie le echó mano, porque aún no había llegado su hora. Esto es, porque no quería. Pues quien nació por voluntad, también por voluntad padeció. Así como previó la hora de su nacimiento, así predestinó la hora de su pasión. Si la hora de nuestra muerte, es su voluntad: ¿cuánto más la hora de su pasión vino en el arbitrio de su voluntad? Por tanto, gran misericordia de nuestro Señor Jesucristo, que fue hecho por nosotros en el tiempo, por quien fueron hechos los tiempos. Que fue hecho entre todas las cosas, por quien fueron hechas todas las cosas: que fue hecho lo que hizo. Fue hecho lo que hizo. Pues fue hecho hombre, quien hizo al hombre: para que no pereciera lo que hizo. Según esta dispensación ya había llegado la hora del nacimiento, y había nacido; pero aún no había llegado la hora de la pasión: por eso aún no padeció, porque aún no había llegado la hora en que quiso padecer. Por eso en la cruz se lee que dijo, cuando todo fue cumplido según las Escrituras de los Profetas, Consumado es; e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX). Pero cuando quiso, se cumplieron las cosas que de él estaban escritas; y cumplidas todas, por su propio poder entregó el espíritu.

Pero muchos de la multitud creyeron en él. El Señor salvaba a los humildes y pobres (Salmo XXXIII): los príncipes enloquecían, y por eso no solo no reconocían al médico, sino que también deseaban matarlo. Había cierta multitud, que pronto vio su enfermedad, y sin demora reconoció su medicina, que conmovida por los milagros creyó, mientras los príncipes permanecían en la incredulidad. Por eso, al oír la fe de la multitud murmuraban, porque Cristo era glorificado; y pronto enviaron ministros para prenderlo: a quien no pudieron prender, aún no queriendo ser prendido; pero escucharon al que enseñaba, quienes habían venido a prender.

Dijo, pues, Jesús: Aún un poco de tiempo estoy con vosotros. Lo que ahora queréis hacer, lo haréis, pero no ahora. Lo que ahora no quiero, ¿por qué aún ahora no quiero? porque aún un poco de tiempo estoy con vosotros.

Y entonces voy al que me envió. Debo cumplir mi dispensación, y así llegar a mi pasión.

Me buscaréis, y no me encontraréis: y donde yo estoy, vosotros no podéis venir. Aquí ya predijo su resurrección. Pues no quisieron reconocerlo presente, y después lo buscaron, cuando vieron a la multitud ya creyendo. Pues se hicieron grandes señales, y ya el Señor resucitó, y ascendió al cielo: entonces por los discípulos se hicieron grandes cosas, pero él las hizo por ellos, quien también por sí mismo. Pues él mismo les había dicho: Sin mí nada podéis hacer (Juan XV). ¿Por qué no pudieron venir? porque no quisieron creer: porque nadie puede ser salvo sin fe.

Dijeron, pues, los judíos, no a él, sino entre sí: ¿A dónde va a ir este, que no lo encontraremos? ¿Acaso va a ir a la dispersión de los gentiles, y a enseñar a los gentiles? Pues no sabían lo que decían: pero porque él quiso, profetizaron. Pues el Señor iba a ir a los gentiles, no con la presencia de su cuerpo, sino con el poder divino en sus discípulos, de quienes dijo el profeta: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas (Isaías LII)! En estos pies Cristo iba a ir a los gentiles, y a enseñar a los gentiles que habían aceptado la fe [F. aceptarían], a los gentiles que los judíos despreciaron, quienes sin saber la verdad profetizaron, porque ignoraron a Cristo diciendo: Y donde yo estoy, vosotros no podéis venir. ¿Por qué no podéis venir? porque no queréis creer. ¿Qué es lo que dijo: Donde yo estoy? sino, en el seno del Padre, soy coeterno con el Padre. Hablaba en la tierra, pero mostraba que estaba en el seno del Padre. Entre las demás dispensaciones de nuestro Señor, y las doctrinas de nuestra salvación, y las dudas de los judíos sobre el Señor Jesucristo que dijo (así), por las cuales unos se confundían, otros eran

enseñados, en el último día de aquella festividad (pues entonces se hacían estas cosas) que se llama scenopegia, es decir, la construcción de tabernáculos, de la cual ya vuestra caridad ha oído hablar, el Señor Cristo llama, y no de cualquier manera hablando, sino clamando, para que quien tenga sed, venga a él. ¿Tenemos sed? Vengamos, no con los pies, sino con los afectos: no migrando, sino amando vengamos; aunque el hombre interior también migra quien ama; y es una cosa migrar con el cuerpo, otra con el corazón. Migra con el cuerpo, quien con el movimiento del cuerpo cambia de lugar: migra con el corazón, quien con el movimiento del corazón cambia de afecto. Si amas otra cosa, amabas otra cosa, no estás donde estabas. Clamaba, pues, a nosotros el Señor: pues estaba, y clamaba:

Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. Quien cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. ¿Qué es esto, cuando el evangelista lo expuso, no debemos detenernos? Pues de dónde dijo el Señor: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba; y, Quien cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva: el evangelista lo expuso consecuentemente, diciendo

Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él. Sepamos solo esto, que el Señor Jesús clamaba esto por caridad. Clama, pues, y dice que vengamos, y bebamos, si tenemos sed interiormente, porque cuando bebamos, de nuestro interior correrán ríos de agua viva. El interior del hombre, la conciencia de su corazón. Bebe, pues, de este licor, revive la conciencia purificada; y teniendo una fuente, la tendrá: también será una fuente. ¿Qué es una fuente, o qué es un río, que mana del interior del hombre? La benevolencia, con la que quiere aconsejar al prójimo. Pues si piensa que lo que bebe para sí mismo, es suficiente, se seca, y no fluye agua viva de su interior. Pero si se apresura a aconsejar al prójimo, por eso no se seca, porque mana. Veamos qué es lo que beben los que creen en Dios: pues si somos cristianos, y creemos, bebemos; y cada uno debe reconocer en sí mismo si bebe: para que si bebe, fluya de él lo que bebe. Pues la fuente no nos abandonará, si no abandonamos la fuente. El evangelista lo expuso, y dijo de qué clamaba el Señor, a qué bebida invitaba, qué ofrecía a los que bebían, diciendo: Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él.

Nondum enim era dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado. ¿A qué Espíritu se refiere, sino al Santo? Pues cada ser humano tiene en sí su propio espíritu, es decir, su alma. El alma de cada uno es su espíritu, del cual el apóstol Pablo dice: "¿Quién conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?" (1 Cor. II). Pero, ¿qué significa cuando dice: "Aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado"? ¿Acaso no estaba el Espíritu en los santos profetas y patriarcas de Dios, quienes predijeron muchas cosas futuras por el Espíritu Santo? También se lee que Isabel fue llena del Espíritu Santo, y de Zacarías de manera similar, como dice el evangelista: "Y Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo y profetizó, diciendo" (Luc. I). ¿Qué significa entonces que "el Espíritu Santo aún no había sido dado"? Tenemos muchos indicios del Espíritu Santo antes de que el Señor fuera glorificado con la resurrección de su carne; pues no fue otro espíritu el que tuvieron los profetas que anunciaron la venida de Cristo. Pero había un modo futuro de esta donación que no se había manifestado antes. De esto se dice aquí: en ninguna parte leemos que antes de esto, hombres reunidos hablaran en las lenguas de todas las naciones al recibir el Espíritu Santo (Hech. II). Sin embargo, después de su resurrección, cuando apareció por primera vez a sus discípulos, les dijo: "Recibid el Espíritu Santo". Por esto se dijo: "Aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado"; y sopló sobre ellos (Juan XX), con el mismo soplo con el que vivificó al primer hombre que hizo, y lo levantó del barro: con ese soplo dio alma a sus miembros (Gén. II). Significando que es el mismo Espíritu que sopló sobre ellos, para que se levantaran del barro y renunciaran

a las obras terrenales, entonces por primera vez después de su resurrección, el Señor (lo que el Evangelista llama glorificación) dio a sus discípulos el Espíritu Santo, y luego, permaneciendo con ellos durante cuarenta días, como muestra el libro de los Hechos de los Apóstoles, ascendió al cielo ante sus ojos (Hech. I). Allí, después de diez días, en el día de Pentecostés, envió desde lo alto el Espíritu Santo, quienes, como dije, estaban reunidos en un solo lugar; al recibirlo, hablaron en las lenguas de todas las naciones (Hech. II). Quizás alguien se pregunte por qué los bautizados en Cristo, que viven en la caridad de sus mandamientos, no hablan en las lenguas de todas las naciones, cuando es seguro que han recibido el Espíritu Santo. Porque la misma Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, habla en las lenguas de todas las naciones: lo que entonces fue prefigurado en la Iglesia primitiva, que fue iniciada en Judea con una sola nación, ahora está congregada de todas las naciones. Así como entonces un solo hombre hablaba en lenguas, ahora la unidad de la santa Iglesia habla en todas las lenguas. Por lo tanto, también nosotros recibimos el Espíritu Santo, si amamos a la Iglesia, si estamos unidos por la caridad, si nos alegramos en el nombre y la fe católica. Así, cuanto más ama uno a la Iglesia de Cristo, más tiene del Espíritu Santo. Tenemos, por lo tanto, el Espíritu Santo, si amamos a la Iglesia; y la amamos si permanecemos en su unidad y caridad, que el Apóstol ha puesto con confianza por encima de todas las virtudes (1 Cor. XIII). Quien la tiene, tendrá todos los bienes: porque sin ella, nada de lo que el hombre pueda tener le aprovechará: de la cual el apóstol Santiago dice: "Porque quien ofende en un solo punto, se hace culpable de todos" (Sant. II). De esta misma Verdad dice: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros" (Juan XIII). Cuando Cristo hablaba de esto en el último día de la festividad, que ahora hemos propuesto y tratado como hemos podido, surgió una disensión entre la multitud sobre él, algunos pensando que él era el Cristo, otros diciendo que de Galilea no surgiría el Cristo. Los que habían sido enviados para apresarlos regresaron sin haber cometido crimen y llenos de admiración. Pues también dieron testimonio de su doctrina divina, diciendo aquellos que los habían enviado:

¿Por qué no lo habéis traído? Respondieron que nunca habían oído a un hombre hablar así. Pues nadie habla así: pero él habló así porque era Dios y hombre: sin embargo, los fariseos rechazando su testimonio, les dijeron:

¿También vosotros habéis sido seducidos? Vemos que os habéis deleitado con sus palabras.

¿Acaso alguno de los príncipes ha creído en él, o de los fariseos? Pero esta multitud que no conoce la ley, son malditos. Los que no conocían la ley, creían en él; y despreciaban al que había enviado la ley, quienes enseñaban la ley, para que se cumpliera lo que el mismo Señor había dicho: "He venido para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos" (Mar. IV). Pues los fariseos, doctores, se volvieron ciegos, y el pueblo que no conocía la ley fue iluminado, creyendo en el autor de la ley. Sin embargo, Nicodemo, uno de los fariseos, que había venido a Jesús de noche, y él mismo no incrédulo, sino temeroso (pues por eso había venido de noche a la luz, porque quería ser iluminado, y temía ser conocido) respondió a los judíos:

¿Acaso nuestra ley juzga a un hombre sin antes oírlo y saber lo que hace? Pues aquellos perversos querían ser condenadores antes que conocedores. Pero Nicodemo sabía, o más bien creía, que si solo quisieran escucharlo pacientemente, tal vez se harían semejantes a aquellos que fueron enviados a apresarlos, y prefirieron creer en él que apresarlos.

Le respondieron entonces. Desde el prejuicio de su corazón, dijeron también a él:

¿También tú eres galileo? Es decir, ¿acaso has sido seducido por un galileo? Pues el Señor era llamado galileo, porque sus padres eran de la ciudad de Nazaret. Dije padres según María, no según la semilla viril. Pues no buscó en la tierra sino una madre, quien ya tenía un padre desde lo alto. Pues ambos nacimientos suyos fueron maravillosos, divino sin madre, humano sin padre humano. ¿Qué dijeron entonces aquellos que se creían doctores de la ley a Nicodemo?

Escudriña y ve que de Galilea no surge profeta. Pero el Señor de los profetas surgió de allí. Regresaron, dice el Evangelista, cada uno a su casa.

CAPÍTULO VIII.

De allí Jesús se dirigió al monte de los Olivos. El monte de los Olivos designa la sublimidad de la piedad y misericordia del Señor, porque en griego ἔλεος significa misericordia, y el aceite se llama ἔλαιον, y la unción del aceite suele traer alivio a los miembros cansados y doloridos. Pero también esto, que el aceite sobresale en virtud y pureza, y cualquier líquido que se le vierta encima, inmediatamente lo supera y se eleva sobre él, insinúa no inadecuadamente la gracia de la misericordia celestial, de la cual está escrito: "El Señor es bueno para con todos, y sus misericordias están sobre todas sus obras" (Sal. CXLIV). El tiempo del amanecer también demuestra el surgimiento de esa gracia, porque, removida la sombra de la ley, la luz de la verdad evangélica iba a ser revelada. Jesús, por lo tanto, se dirige al monte de los Olivos, para anunciar que la cima de la misericordia reside en él. Viene de nuevo al amanecer al templo, para significar que esa misma misericordia, con el inicio de la luz del Nuevo Testamento, será revelada y ofrecida a los fieles, es decir, a su templo.

Y todo el pueblo, dice, vino a él: y sentado, les enseñaba. La sesión del Señor insinúa la humildad de la encarnación, por la cual se dignó tener misericordia de nosotros. Bien se dice que cuando Jesús enseñaba sentado, todo el pueblo vino a él: porque después de que se hizo cercano a los hombres por la humildad de su encarnación, su palabra fue recibida con más agrado por muchos. Por muchos, digo, fue recibida su palabra, y por más fue despreciada con impía soberbia. Oyeron los mansos, y se alegraron (Sal. XXXIII).

Finalmente, los judíos, tentando, trajeron a una mujer sorprendida en adulterio. Preguntándole qué ordenaba hacer con ella, ya que Moisés había mandado apedrear a tal (Lev. XX): para que si él también decidía que fuera apedreada, lo ridiculizaran como olvidado de la misericordia que siempre enseñaba; si prohibía apedrearla, rechinaran sus dientes contra él, y como favorecedor de crímenes, y contrario a la ley, lo condenaran con razón.

Pero Jesús, inclinándose hacia abajo, escribía con el dedo en la tierra. Por la inclinación de Jesús, se expresa la humildad: por el dedo, que es flexible por la composición de sus articulaciones, se expresa la sutileza de la discreción. Además, por la tierra, se muestra el corazón humano, que suele dar frutos de buenas o malas acciones. Por lo tanto, el Señor, solicitado para juzgar a la pecadora, no da juicio de inmediato, sino que primero se inclina hacia abajo y escribe con el dedo en la tierra; y solo después, cuando se le ruega insistentemente, juzga: instruyéndonos típicamente a que cuando veamos los errores de los prójimos, no los juzguemos antes de volver humildemente a nuestra conciencia, y con el dedo de la discreción la examinemos diligentemente; y determinemos con cuidadosa investigación qué agrada o desagrada al Creador en ella, según lo dicho por el Apóstol: "Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal en

espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gál. VI).

Pero como persistían preguntándole, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella. Porque los escribas y fariseos tendían lazos de insidias al Señor por todas partes, pensando que sería inmisericorde al juzgar, o injusto, él, previendo sus engaños, como quien atraviesa hilos de araña, mostró en todo el juicio de justicia y la mansedumbre de la piedad. He aquí la templanza de la misericordia: "El que de vosotros esté sin pecado". He aquí de nuevo la justicia del juicio: "Sea el primero en arrojar la piedra contra ella". Como si dijera: Si Moisés os mandó apedrear a una mujer así, ved que no mandó hacerlo a los pecadores, sino a los justos. Primero cumplid vosotros mismos la justicia de la ley, y así, con manos inocentes y corazón puro, acudid a apedrear a la culpable. Primero perfeccionad los preceptos espirituales de la ley, la fe, la misericordia y la caridad, y así desvíaos a juzgar lo carnal. Dado el juicio:

El Señor, inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Y ciertamente, según la costumbre humana, puede entenderse que el Señor quiso inclinarse y escribir en la tierra ante los tentadores malvados, para dirigir su rostro a otro lado, dándoles libertad para salir, pues preveía que, golpeados por su respuesta, saldrían más rápidamente que seguir preguntando.

Finalmente, al oír esto, uno por uno se fueron, comenzando por los más ancianos. Pero figurativamente nos advierte que tanto antes como después de dar la sentencia, se inclinó y escribió en la tierra, para que tanto antes de corregir al prójimo pecador, como después de haberle rendido el ministerio de la debida corrección, nos examinemos a nosotros mismos con digna humildad: no sea que estemos atrapados en los mismos delitos que reprendemos en ellos, o en otros cualesquiera: como podría suceder que quien juzga a un homicida como reo de muerte, sea hallado ante el Creador como reo de muerte por odio fraternal; de manera similar, quien acusa a un hermano de fornicación, no vea en sí mismo el crimen de soberbia (Juan III). Por eso se ordena al juez del crimen ajeno que escriba con el dedo de la discreción en su corazón, no sea que se halle reo en sí mismo. ¿Qué remedio tenemos, pues, en tales peligros? ¿Qué nos queda de salvación? Sino que cuando vemos a otro pecar, inmediatamente nos inclinemos hacia abajo, es decir, consideremos humildemente cuán frágiles somos por la condición de nuestra naturaleza, si la divina piedad no nos sostiene. Escribamos con el dedo en la tierra, es decir, pensemos con solícita discreción si podemos decir con el bienaventurado Job: "Porque nuestro corazón no nos reprende en toda nuestra vida". Bien quien inclinado escribió en la tierra, erguido pronuncia palabras de misericordia: porque lo que prometió por la sociedad de la debilidad humana, lo otorga a los hombres por el poder de la virtud divina.

Enderezándose, dice Jesús, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te condenó? Ella dice: Nadie, Señor. Nadie se atrevió a condenar a la pecadora, porque cada uno comenzó a ver en sí mismo lo que más debía condenar. Pero como la multitud de acusadores fue ahuyentada por el peso de la justicia, veamos con cuánto don de misericordia levanta a la acusada. Sigue:

Jesús le dijo: Ni yo te condeno. Vete, y no peques más. Porque es misericordioso y piadoso, perdona lo pasado: porque es justo y ama la justicia, prohíbe que ya no peques más. Pero porque algunos podrían dudar si Jesús, a quien conocían como verdadero hombre, podía perdonar pecados, él mismo se digna mostrar más claramente lo que puede la divinidad. Después de rechazar la malicia de los tentadores, después de liberar a la pecadora de su culpa,

Habló de nuevo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Donde enseña claramente no solo con qué autoridad perdonó los pecados a la mujer, sino también que él es la verdadera luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Cuyo resplandor perpetuo la fragilidad humana no podría ver, si no estuviera cubierto por la nube de la carne, por la cual, como por un espejo muy luminoso, la claridad de la luz divina se hace conocida a las mentes humanas: que debe ser purificada por la fe, para que sea digna de la visión de tan gran luz. Por eso sigue diciendo: "El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Quien ahora obedece mis mandatos y ejemplos, no temerá en el futuro las tinieblas de la condenación, sino que tendrá la luz de la vida, donde nunca morirá. Así que, hermanos míos, sigamos a Cristo, la luz del mundo, para que no andemos en tinieblas. Las tinieblas que deben temerse son las de las costumbres, no las de los ojos; y si de los ojos, no de los exteriores, sino de los interiores, donde se discierne no lo blanco y lo negro, sino lo justo y lo injusto. Cuando nuestro Señor Jesucristo dijo:

Respondieron los judíos: Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no es verdadero. Antes de que viniera nuestro Señor Jesucristo, encendió y envió muchas lámparas proféticas delante de él. De estas era también Juan el Bautista, a quien la misma gran luz que es Cristo, dio testimonio tan grande como a ningún otro hombre. Pues dice: "Entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Juan el Bautista" (Mat. XI). Sin embargo, este, que no tenía mayor entre los nacidos de mujer, dice del Señor nuestro Jesús: "Yo os bautizo con agua, pero el que viene después de mí, es más poderoso que yo: de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado" (Juan I). Ved cómo la lámpara se somete al día. El mismo Señor testifica que Juan era una lámpara. Él era, dice, la lámpara ardiente y luminosa; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz. Respondieron entonces los judíos: "Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no es verdadero" (Juan V). Veamos qué oyen, escuchemos también nosotros, pero no como ellos; ellos despreciando, nosotros creyendo; ellos queriendo matar a Cristo, nosotros deseando vivir por Cristo. Mientras tanto, esta diferencia distinga nuestros oídos y mentes, y escuchemos qué respondió el Señor a los judíos.

Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vine y a dónde voy. La luz muestra tanto a los demás como a sí misma, Cristo se muestra a sí mismo y muestra al Padre, y de los judíos lo que habría de venir. Por eso dijo el Señor, y dijo la verdad: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vine y a dónde voy. Quería que se entendiera al Padre. El Hijo daba gloria al Padre; el igual glorifica a aquel que lo envió: ¡cuánto más debe el hombre glorificar a aquel que lo creó! Sé de dónde vine y a dónde voy. Este que les habla ahora, tiene lo que no ha abandonado, pero sin embargo vino. Pues al venir no se aleja de allí, ni al regresar nos abandona. ¿Por qué se asombran? Es Dios, no puede [F. leg. puede, afirmativo] hacerse esto, pero el hombre no puede hacerlo. Desde el mismo sol Oriente va hacia Occidente, y abandona Oriente. Nuestro Señor Jesucristo no está en Oriente, y viene; y está allí, y ha regresado, y está aquí. Escucha al mismo evangelista en otro lugar diciendo, y si puedes, comprende; si no puedes, cree: A Dios, dice, nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado (Juan I). No dijo, Estuvo en el seno del Padre. Aquí hablaba, y decía que estaba allí: ¿qué dijo cuando estaba a punto de partir de aquí? He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII). Por tanto, el testimonio de la luz es verdadero, ya sea que se muestre a sí misma o a los demás: porque sin luz no se puede ver la luz, y sin luz no se puede ver cualquier otra cosa que no sea luz. Así, la luz se muestra a sí misma y a lo que la rodea. Así también Cristo se

muestra a sí mismo, y a los demás ilumina, los que por caridad están a su alrededor, y lo siguen no con pasos de pies, sino con oficios de caridad. Leemos en las Sagradas Escrituras que los profetas predijeron dos venidas de nuestro Señor Jesucristo: una de misericordia, que ya se ha cumplido; otra de juicio, que está por venir. La primera dispensación de nuestro Señor Jesucristo es medicinal, no judicial. Pues si hubiera venido primero a juzgar, no habría encontrado a nadie a quien dar las recompensas de la justicia. Porque al ver que todos eran pecadores, y que absolutamente nadie estaba libre de la muerte del pecado, primero debía otorgarse su misericordia, y luego ejercer el juicio, porque de él había cantado el Salmista, Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor (Salmo C). No dijo, Juicio y misericordia: pues si primero fuera el juicio, no habría misericordia; sino primero misericordia, luego juicio. ¿Cuál es la primera misericordia? El Creador del hombre, se dignó ser hombre: hecho lo que había hecho, para que no pereciera lo que había hecho. ¿Qué puede añadirse a esta misericordia? Sin embargo, añadió: pues fue rechazado por los hombres, por cuya salvación había venido al mundo. Soportó burlas, azotes, escupitajos, oprobios de los enemigos, la muerte más vergonzosa de la cruz. Todo esto lo soportó, porque quiso. Quiso, para salvar al hombre, a quien había creado. Ningún tipo de muerte fue más intolerable que la cruz, debido a los largos tormentos. Pero ahora nada es más glorioso que llevar la señal de la cruz en la frente. Por eso el Apóstol, predicando la gloria de la cruz, dice: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo (Gálatas VI). Porque vino a no juzgar a nadie, consecuentemente respondió a los judíos:

Vosotros juzgáis según la carne: yo no juzgo a nadie. Soportó un juicio injusto, para hacer justicia; pero en lo que soportó injustamente, fue misericordia. De hecho, se hizo tan humilde, que llegó a la cruz. Aplazó su poder, pero manifestó su misericordia. ¿Dónde aplazó su poder? porque no quiso descender de la cruz, quien pudo resucitar del sepulcro (Marcos XV). ¿Dónde manifestó su misericordia? porque colgando en la cruz dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII). Por tanto, ya sea por esto, porque no vino a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo, dijo, Yo no juzgo a nadie; o, como he mencionado, porque dijo: Vosotros juzgáis según la carne, añadió: Yo no juzgo a nadie; para que entendamos que Cristo no juzga según la carne, como fue juzgado por los hombres. Pues para que reconozcáis ya a Cristo como juez, escuchad lo que sigue:

Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero. He aquí que también tiene juicio. Pero reconoce al salvador, para que no sientas al juez. ¿Por qué dijo que su juicio es verdadero?

Porque no estoy solo, dice, sino yo, y el Padre que me envió. ¿Qué es la misión de Cristo, sino su encarnación? Cristo fue enviado, es lo mismo que decir, Cristo se encarnó. Y fue enviado por el Padre, y nunca se apartó del Padre; y estuvo aquí por la encarnación: y está aquí ahora por la divinidad. Por tanto, la fe purifique nuestros corazones: para que el entendimiento llene nuestros corazones, y para que entendamos el misterio de nuestra salvación. Es profundo, es profundo, es secreto. Una es la sustancia, una la divinidad, una la majestad del Padre y del Hijo. El Padre no sufrió, sino solo el Hijo. Por tanto, entendamos que la misión del Hijo se llama encarnación del Hijo. Pero no creas que el Padre se encarnó. ¿Por qué es verdadero su juicio, sino porque es el verdadero Hijo del Padre? Por eso dijo: Mi juicio es verdadero, porque no estoy solo; sino yo, y el Padre que me envió. Por tanto, dijo en otro lugar: Yo y el Padre somos uno (Juan X); uno en sustancia, dos en personas. Dijo uno por la unidad de sustancia; dijo somos por la distinción de personas. Escucha lo que dijo, Yo, y el Padre que me envió. Distingue las personas, reconoce que el Padre es padre, reconoce que el Hijo es hijo, para que no caigas en el abismo de los sabelianos; y no digas, Otra cosa y otra cosa, sino di, Otro y otro. No otra cosa en sustancia, sino otro en persona; no el Padre

mayor, no el Hijo menor en la gloria de la divinidad. Pero cree, somos uno. Por eso lo que dijo la misma Verdad uno, te libera de Arrio: lo que dijo somos, te libera de Sabelio. Si uno, entonces no diverso, si somos, entonces no uno. Habló del juicio cuando dijo, Yo no juzgo a nadie: ahora quiere hablar del testimonio:

En vuestra ley, dice, está escrito. Dijo vuestra, como diciendo, En la ley que os fue dada por Dios, como decimos nuestro pan de cada día, que pedimos a Dios que nos lo dé. ¿Qué es lo que está escrito en vuestra ley?

Que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y da testimonio de mí el que me envió, el Padre. Decían, etc. ¿Acaso por sí mismos dos hombres dicen un testimonio verdadero? ¿No dieron dos falsos testigos un falso testimonio contra Susana? Y buscando los judíos un falso testimonio contra Cristo, dice el evangelista, Finalmente vinieron dos falsos testigos (Mateo XXVI). ¿Acaso porque eran dos, por eso no eran falsos testigos? ¿Qué decimos de dos o tres? Todo el pueblo mintió contra Cristo. Si, por tanto, todo el pueblo, que consta de una gran multitud de hombres, fue hallado diciendo un falso testimonio, ¿cómo debe entenderse, en boca de dos o tres testigos se mantendrá toda palabra? sino porque de este modo por el misterio se recomendó la Trinidad, en la cual hay perpetua estabilidad de la verdad. Si quieres tener una buena causa, ten dos o tres testigos, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. De hecho, cuando Susana, mujer casta y fiel esposa, fue acusada por dos falsos testigos, la Trinidad le asistía en la conciencia y en secreto, la Trinidad desde el secreto despertó a un testigo, Daniel, y convenció a los dos. Por tanto, porque en vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos hombres es verdadero, aceptad nuestro testimonio, para que no sintáis el juicio. Pero yo, dice, no juzgo a nadie: doy testimonio de mí, difiero el juicio. Elijamos, hermanos, el testimonio de Dios, porque el testimonio de Dios es verdadero. Y puesto que es testigo de todo lo que hacemos, será juez de todo lo que hemos hecho; y no busca otro testigo sino a sí mismo: porque considera todos los secretos de nuestro corazón, y qué procede de qué fuente: por eso es testigo, porque no busca otro de quien conocer quién eres, o cómo es tu vida, quien dará a cada uno según sus obras. Respondieron entonces los judíos al Señor que hablaba de su Padre, y dijeron:

¿Dónde está tu padre? Tomaron al Padre de Cristo carnalmente, porque juzgaron las palabras de Cristo según la carne. Pero el que hablaba, era en lo abierto carne, en lo oculto Verbo: hombre manifiesto, Dios oculto. Veamos entonces qué respondió el Señor a esto. ¿Dónde está, dicen, tu Padre? Pues hemos oído que dices, No estoy solo, sino yo y el Padre que me envió. Nosotros solo te vemos a ti, no vemos a tu padre contigo. ¿Cómo dices que no estás solo, sino que estás con tu padre? O, Muéstranos que tu padre está contigo. Y el Señor: ¿Acaso me veis a mí, y no veis a mi Padre? pues esto sigue, esto respondió con sus propias palabras. De cuyas palabras nosotros antes hemos anticipado la exposición. Pues vean lo que dijo.

Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre. Si me conocierais, también conoceríais a mi Padre. Decís entonces, ¿Dónde está tu Padre? como si ya me conocierais, como si todo esto fuera lo que veis. Por tanto, porque no me conocéis, por eso no os muestro a mi Padre. Pues me consideraréis hombre, por eso buscáis a mi padre como hombre, porque juzgáis según la carne: pero en verdad según lo que veis, soy una cosa, y otra según lo que no veis: hablo de mi Padre oculto; primero es que me conozcáis a mí, entonces también conoceréis a mi Padre. Pues si me conocierais, también conoceríais a mi Padre. Aquel que todo lo sabe, cuando dice tal vez, no duda, sino que reprende. Atiende pues cómo se dice increpativamente el mismo tal vez, que parece ser palabra de duda; pero es palabra de duda cuando se dice por un hombre, por eso dudando, porque no sabe: pero cuando se dice por Dios palabra de duda, cuando a

Dios ciertamente nada le es oculto, con esa duda se reprende la infidelidad, no se opina la divinidad. Pues los hombres sobre las cosas que tienen ciertas, a veces increpativamente dudan, es decir, ponen palabra de duda, cuando en el corazón no dudan: como si te indignaras con tu siervo, y dijeras, ¿Me desprecias? Considera, tal vez soy el Señor tu Dios: de aquí también el Apóstol hablando a algunos de sus despreciadores dice: Pero creo que también yo tengo el Espíritu de Dios (I Cor. VII). Lo que dice creo, parece dudar; pero él reprende, no duda; y el Señor Cristo en otro lugar reprendiendo la futura infidelidad del género humano, Cuando venga, dice, el Hijo del hombre, ¿crees que hallará fe en la tierra? (Lucas XIII.) Pues sabe todo, por quien todo fue hecho, y sin embargo dudando reprende. Si me conocierais, también conoceríais a mi Padre. Reprende a los infieles, advierte a los fieles: para que sepan que una es la cognición del Padre y del Hijo: para que sepan que la cognición del Hijo, es también cognición del Padre. Por eso al discípulo elegido que pedía que se les mostrara el Padre, respondió: Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve, ve también al Padre (Juan XV). Si el Hijo fuera diferente al Padre, ¿acaso diría a sus discípulos, El que me ve, ve también al Padre? ¿Acaso diría a los judíos, Si me conocierais, también conoceríais a mi Padre?

Estas palabras habló Jesús en el Gazofilacio, enseñando en el templo. Gran confianza, sin temor: pues no sufriría si no quisiera, porque tampoco nacería si no quisiera. ¿Qué es que estas palabras Jesús las habló enseñando en el templo en el gazofilacio? El gazofilacio es el lugar donde se guardan los tesoros. Jesús hablaba a los judíos en el gazofilacio, mientras hablaba en parábolas a las multitudes. Pues el gazofilacio fue Cristo, en quien estaban ocultos todos los misterios, para ser revelados entonces, mientras él mismo que estaba oculto en la letra, hablaba no en proverbios, sino abiertamente narrando todo a sus fieles. Pues también los gazofilacios estaban adheridos al templo, porque él mismo es el templo, del cual él mismo dijo, Destruid este templo (Juan II). A quien todos los misterios de la antigua ley estaban adheridos, y a él todo miraba, hasta que viniera a revelar cada uno de los gazofilacios de los misterios, abriendo él el entendimiento de sus fieles, para que entendieran lo que estaba oculto, como dice el Evangelista: Entonces les abrió el entendimiento, para que entendieran las Escrituras (Lucas XXIV). Por tanto, ¿qué sigue, Nadie lo aprehendió, porque aún no había llegado su hora: es decir, la hora de su disposición, la hora de su voluntad: porque quien nació por voluntad, por voluntad sufrió. Si pues no quisiera sufrir, no sufriría, esa sangre no se derramaría, el mundo no sería redimido. Demos pues gracias tanto al poder de su divinidad, como a la misericordia de su debilidad por la paciencia oculta, que los judíos no conocían, de donde ahora se les dijo, Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; y de la carne asumida, que los judíos conocían, y de cuya patria sabían, de donde en otro lugar les dijo, Y a mí me conocéis, y sabéis de dónde soy (Juan VII). Conozcamos ambos en Cristo, tanto de dónde es igual al Padre, como de dónde el Padre es mayor que él. Aquello es el Verbo, aquello es carne: aquello es Dios, aquello es hombre; pero uno es Cristo, Dios y hombre. Ahora escuchemos qué dijo Cristo sobre su pasión.

Yo voy, dice, y me buscaréis. No por deseo, sino por odio. Pues a él, después de que se apartó de los ojos de los hombres, lo buscaron tanto los que lo odiaban, como los que lo amaban: aquellos persiguiéndolo, estos deseando tenerlo. Es bueno buscar el alma de Cristo, pero como lo buscaron sus discípulos; y es malo buscar el alma de Cristo, pero como lo buscaron los judíos. Pues aquellos para tenerlo, estos para perderlo. Por tanto, estos, porque lo buscaban así, morirán con un corazón malo y perverso: lo que añadió a continuación. Me buscaréis; y para que no penséis que me buscaréis bien:

En vuestro pecado moriréis. Esto es buscar mal a Cristo, morir en su pecado. En su pecado morirá, quien permanece en su pecado hasta la muerte. Aquel no busca a Cristo, quien no

busca la salvación de su alma por medio de la penitencia. A quien el profeta clama: Buscad al Señor mientras puede ser hallado (Isaías LV). Quien no busca al misericordioso mientras tiene tiempo, lo encontrará airado. A los judíos les dijo, En vuestro pecado moriréis, porque sabía que permanecerían en su pecado. Dijo en singular número en pecado, y en plural vuestro (Juan XIII), porque sabía que todos aquellos a quienes hablaba, tenían una sola voluntad, igual malicia de perder a aquel que había venido a salvarlos. Pero en otro lugar dijo a sus discípulos:

A donde yo voy, vosotros no podéis venir ahora. No les quitó la esperanza, sino que les predijo la dilación. Pues cuando el Señor hablaba esto a sus discípulos, entonces no podían venir a donde él iba, pero después vendrían. Pero estos nunca, a quienes con presciencia dijo, En vuestro pecado moriréis. Pero habiendo oído estas palabras, como suelen pensar carnalmente, y juzgar según la carne, y escuchar y entender todo carnalmente, dijeron: ¿Acaso se matará a sí mismo, porque dice, A donde yo voy, vosotros no podéis venir? Palabras necias, y completamente llenas de insensatez. Pues ¿por qué no podrían ir a donde él fue, si se matara a sí mismo? ¿Acaso ellos no iban a morir? ¿Qué es entonces, ¿Acaso se matará a sí mismo, porque dijo, A donde yo voy, vosotros no podéis venir? Si hablara de la muerte del hombre, ¿quién de los hombres no muere? Por tanto, a donde yo voy dijo, no cuando se va a la muerte, sino a donde él iba después de la muerte. Por tanto, no entendiendo esto, el Señor respondió a ellos, que pensaban en la tierra. ¿Qué dijo?

Les decía, Vosotros sois de abajo. Por eso pensáis en la tierra, porque como la serpiente coméis tierra. ¿Qué es, Coméis tierra? os alimentáis de cosas terrenales, os deleitáis con cosas terrenales, anheláis cosas terrenales, no tenéis el corazón en lo alto. Vosotros sois de abajo:

Yo soy de lo alto. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. ¿Cómo entonces no era de este mundo, por quien fue hecho el mundo, y siempre donde está, y todos del mundo (así)? Pero primero el mundo, después el hombre; y Cristo antes del mundo, antes de Cristo nada, porque en el principio era el Verbo, y todo por él fue hecho. Pues así era él de lo alto. ¿De qué alto? Cristo del mismo Padre. Nada más alto que él, porque el Verbo engendró igual a sí mismo, coeterno a sí mismo, unigénito a sí mismo, sin tiempo, por quien creó los tiempos. Por eso Cristo antes de todas las criaturas, y antes de todos los tiempos: porque del Padre coeterno al Padre fue engendrado. Yo soy de lo alto, vosotros sois de este mundo. Yo no soy de este mundo.

Dije, pues, a ustedes que morirán en sus pecados. Nos explicó, hermanos, qué quiso decir con "Ustedes son de este mundo". Por eso dijo "Ustedes son de este mundo", porque eran pecadores, porque eran inicuos, porque eran infieles, porque pensaban en cosas terrenales. ¿Acaso los apóstoles y los santos de Dios no eran de este mundo? Sí lo eran, porque nacieron de Adán; pero la misma Verdad dice de ellos: "Yo los elegí del mundo" (Juan XV); es decir, de la vida carnal, que en este lugar parece significarse con el nombre de mundo. Los que eran del mundo, dejaron de ser del mundo y comenzaron a pertenecer a aquel por quien fue hecho el mundo. Sin embargo, estos permanecieron siendo del mundo, a quienes se les dijo: "Morirán en sus pecados". Que nadie diga: "No soy de este mundo". Quienquiera que seas, oh hombre, eres de este mundo. Pero vino a ti quien hizo el mundo y te liberó de este mundo. Si te deleita el mundo, siempre querrás ser impuro. Pero si ya no te deleita este mundo, ya serás puro, y no escucharás lo que los judíos escucharon: "Morirán en sus pecados", y quien más peca, más está en el mundo y más impuro es; y cuanto más se limpia uno del pecado, tanto más se declara no ser del mundo. Con razón escucharon los judíos: "Morirán en sus pecados", porque de ningún modo pueden no tener pecado, quienes nacieron con pecado;

pero, sin embargo, si en mí, dice, creyeran, aunque nacieron con pecado, no morirán en su pecado. Toda la infelicidad, pues, era no tener pecado, sino morir en los pecados, esto es lo que debe evitar todo cristiano. Por esto se corre al bautismo. Por esto, si alguien está en peligro por enfermedad o de otra manera, desea ser socorrido. Por esto también, al levantarse el niño, es llevado por las piadosas manos de la madre a la Iglesia, para que no salga sin bautismo y muera en el pecado en el que nació. Añadió diciendo: "Si no creyeran, morirán en sus pecados". Se ha devuelto la esperanza a los desesperados, se ha hecho una exhortación a los corazones dormidos, despertaron, de ahí que muchos creyeran, como lo testifica la continuación del mismo Evangelio donde dice:

Mientras él hablaba, muchos creyeron en él. En este pueblo, pues, al que el Señor hablaba, había quienes iban a morir en su pecado, y quienes iban a creer en aquel que hablaba, y a ser liberados de todo pecado. Sin embargo, presta atención a lo que dice el Señor Cristo: "Si no creyeran que yo soy, morirán en su pecado". ¿Qué significa "si no creyeran que yo soy"? Aunque no añadió nada, es mucho lo que destacó. Dijo "yo soy" y no añadió qué: ya sea Cristo, ya sea Hijo de Dios, ya sea aquel que los profetas predijeron, ya sea Salvador del mundo, o cualquier otra cosa que se lea de él en las Escrituras. Es mucho lo que dijo él mismo, "Yo soy", porque Dios dijo a Moisés: "Yo soy el que soy" (Éxodo III), y aquí ahora, "Si no creyeran que yo soy", usó de la misma manera la palabra de la esencia sempiterna hacia el pueblo judío, como entonces hacia Moisés por el ángel en la zarza de la llama de fuego, a quien iba a enviar para liberar a su pueblo. ¿Qué es lo que aquí dijo "Yo soy"? sino: Aquel mismo que entonces vine en el ángel a enviar a Moisés, mi siervo, para liberar a mi pueblo, yo mismo ahora he venido encarnado, hecho hombre, a liberar a los hombres que creé, a salvar a los que estaban perdidos. Porque cualquier cosa que de algún modo pueda cambiar, ya sea para mejor o para peor, de algún modo muere de lo que fue antes, mientras comienza a ser otra cosa, o a ser de otra manera de lo que fue. Solo Dios es siempre el mismo, inmutable verdad, inmutable bondad, inmutable eternidad, inmutable naturaleza, inmutable sustancia; y cualquier cosa que pueda decirse de él, siempre es lo mismo, lo que fue y será. Nada mejor parece poder entenderse en esta palabra que dijo el Señor, "Yo soy", sino, Yo soy Dios.

Morirán en su pecado. Pero ellos, siempre pensando en cosas terrenales, y siempre escuchando y respondiendo según la carne, ¿qué dijeron?

¿Tú quién eres? Porque cuando dijiste, "Si no creyeran que yo soy", no añadiste quién eras. ¿Quién eres para que creamos? Y él:

Principio. He aquí lo que es. Ser principio, no puede cambiar. El principio permanece en sí mismo y renueva todas las cosas. El principio es aquel a quien se le dijo: "Tú, sin embargo, eres el mismo, y tus años no acabarán".

Principio, dijo, que también les hablo. Créanme como principio, para que no mueran en sus pecados. Porque en lo que dijeron, "¿Tú quién eres?", no dijeron otra cosa que, ¿Qué debemos creer que eres? Respondió, Créanme que soy el principio, y añadió, "que también les hablo", es decir, que hecho humilde por ustedes, he descendido a estas palabras. Porque si el principio, tal como es, permaneciera con el Padre, sin tomar la forma de siervo, y el hombre hablara a los hombres, ¿cómo le creerían, cuando los corazones débiles no pueden ver la palabra inteligible sin voz, como si fueran cosas sensibles? Por tanto, dijo, créanme que soy el principio: porque para que crean, no solo soy, sino que también les hablo. Son palabras de nuestro Señor Jesucristo, que tuvo con los judíos, moderando así su discurso, para que los ciegos no vieran, y los fieles abrieran los ojos. Decían, pues, los judíos, "¿Tú quién eres?",

porque el Señor había dicho antes: "Si no creyeran que yo soy, morirán en sus pecados". A esto, pues, ellos, "¿Tú quién eres?", como queriendo saber en quién debían creer, para no morir en su pecado. Respondió a los que decían "¿Tú quién eres?" y dijo: "Principio, que también les hablo" (Salmo CIII). ¿Por qué se dice el Señor Jesús principio? Principio, porque todas las cosas fueron hechas por él, como dice el salmista: "Todo lo hiciste con sabiduría". Si, pues, Dios hizo todo en sabiduría, es decir, en su Hijo coeterno y consustancial a él, el Hijo es ciertamente el principio de todo. Ciertamente se dice correctamente que el Padre es principio, y el Hijo es principio: sin embargo, no dos principios; así como el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, no obstante, no dos dioses, sino un solo Dios debe ser dicho. Así el Padre es principio, y el Hijo es principio, sin embargo, no dos principios, sino un solo principio debe ser confesado. Por tanto, también el Espíritu Santo es principio; sin embargo, no tres principios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, sino un solo principio: así como el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios; sin embargo, no tres dioses, sino un solo Dios Padre omnipotente, Hijo omnipotente, Espíritu Santo omnipotente, sin embargo, no tres omnipotentes, sino un solo omnipotente; Porque el Padre, en cuanto a sí mismo, es Dios: en cuanto al Hijo, es Padre: en cuanto al Hijo a sí mismo, es Dios: en cuanto al Padre, es Hijo. El Espíritu Santo, en cuanto a sí mismo, es Dios: en cuanto al Padre y al Hijo, es Espíritu Santo, porque es Espíritu del Padre y del Hijo, procedente del Padre y del Hijo, de una sola sustancia, poder, majestad con el Padre y el Hijo. Escuchemos, pues, al principio, lo que nos habla.

Muchas cosas, dijo, tengo que hablar de ustedes y juzgar. En otro lugar dijo: "No juzgo a nadie" (Juan VIII): mostrando su presente venida, en la que vino a salvar, no a juzgar: porque vino para salvar al mundo, no para juzgar al mundo. Pero lo que ahora dice: "Muchas cosas tengo que hablar de ustedes y juzgar", se refiere al juicio futuro. Porque ascendió para venir a juzgar a vivos y muertos. Nadie juzgará más justamente que quien fue injustamente juzgado. Muchas cosas tengo, dijo, que hablar y juzgar de ustedes.

Pero el que me envió es veraz. Vean cómo el Hijo igual al Padre da gloria al Padre. Nos da ejemplo de dar gloria a Dios, de buscar la gloria de Dios, no la nuestra: como si dijera, Oh hombre fiel, si yo, Hijo del Padre, igual al Padre, consustancial al Padre, coeterno al Padre, doy gloria a aquel de quien soy: ¿cómo tú, soberbio, estás ante aquel de quien eres siervo? Muchas cosas, dijo, tengo que hablar de ustedes y juzgar; pero el que me envió es veraz, como si dijera, por eso digo la verdad, porque soy hijo del veraz, soy la verdad. El Padre es verdad, el Hijo es verdad. Porque el mismo Señor dice claramente: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV). Por tanto, si el Hijo es verdad, ¿qué es el Padre, sino lo que dice, verdad? El que me envió es veraz. El Hijo es verdad, el Padre es veraz, pero no de la verdad. El Hijo es verdad, pero del Padre, porque el Hijo es del Padre, no de sí mismo, y por eso dice en otro lugar: "No vine de mí mismo" (Juan VIII), es decir, no soy de mí mismo. El Padre ciertamente es veraz, no participando de la verdad, sino generando la verdad, porque el Padre engendró al Hijo, quien de sí mismo dice: "Yo soy el camino y la verdad". Cuando el Señor Jesús dijo: "El que me envió es veraz", no entendieron que les hablaba del Padre; aún no tenían abiertos los ojos del corazón para poder entender la igualdad del veraz y la verdad. Les decía:

Cuando hayan levantado al Hijo del Hombre, entonces conocerán que yo soy: y de mí mismo no hago nada, sino que como el Padre me enseñó, así hablo. ¿Qué significa esto? No parece haber dicho otra cosa, sino que después de su pasión conocerían quién era. Sin duda, pues, veía allí a algunos, a quienes él conocía, a quienes él con los demás santos suyos había elegido previendo antes de la constitución del mundo, que después de su pasión iban a creer. Son aquellos a quienes continuamente recomendamos, y proponemos con gran exhortación

para imitar. Porque enviado desde lo alto el Espíritu Santo después de la pasión, resurrección y ascensión del Señor, cuando se hacían milagros en su nombre, a quien los judíos, persiguiéndolo como muerto, despreciaron, se compungieron de corazón; y quienes, enfurecidos, lo mataron, cambiados creyeron; y la sangre que derramaron enfurecidos, creyendo la bebieron, aquellos tres mil, y aquellos cinco mil judíos (Hechos II y IV): lo que él quería para sí, cuando decía: "Cuando hayan levantado al Hijo del Hombre, entonces conocerán que yo soy". Como diciendo: Difiero su conocimiento, para cumplir mi pasión. En su orden conocerán quién soy, no porque todos entonces iban a creer de los que escuchaban, es decir, después de la pasión del Señor. Pues poco antes dijo: "Mientras él hablaba, muchos creyeron en él", y aún no había sido levantado el Hijo del Hombre. Porque exaltación dice de la pasión, no de la glorificación: de la cruz, no del cielo. Pues allí fue exaltado, cuando colgó en el madero. Pero aquella exaltación fue humillación. Entonces fue hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios lo exaltó (Filipenses II). Otra exaltación fue cuando fue levantado en la cruz. Otra, cuando ascendió al cielo. Aquella de humillación, esta de glorificación. La exaltación de la cruz debía cumplirse por las manos de aquellos que después iban a creer: a quienes dice: "Cuando hayan levantado al Hijo del Hombre, entonces conocerán que yo soy" (Juan VIII). ¿Por qué esto? Para que nadie deseperara, en cualquier crimen de mala conciencia, cuando veía que se les perdonaba el homicidio a quienes mataron al Señor Cristo. Añadió: "Entonces conocerán que yo soy". ¿Qué es "yo soy"? sino de una sola sustancia con el Padre, como dijimos antes que se dijo a Moisés: "Yo soy el que soy" (Éxodo III), y así dirás a los hijos de Israel: "El que es, me envió a ustedes". El Señor usa de sí mismo la palabra sustancial, para que se entienda que es una sustancia eterna, y una es la sustancia del Padre y del Hijo. Sin embargo, para que no se entendiera que él mismo era el Padre, inmediatamente añadió: "Y de mí mismo no hago nada, sino que como el Padre me enseñó, así hablo". Lo que dijo: "De mí mismo no hago nada", ¿qué es, "de mí mismo no hago nada"? es decir, de mí mismo no soy. Pero lo que añadió, como el Padre me enseñó, así hablo: es un sentido altísimo, pues el corazón debe ser purificado (porque en un alma maliciosa no entrará la sabiduría, ni habitará en un cuerpo sometido a los pecados (Sabiduría I), para que se entienda lo que dijo: "Como el Padre me enseñó, así hablo": no debe entenderse como si un padre humano hablara a un hijo humano, sino de manera más excelente y sagrada. De otra manera debe entenderse lo que dice el Evangelista: "En el principio era el Verbo"; y de otra manera debe entenderse: "El Verbo se hizo carne". De otra manera debe pensarse sobre la divinidad de Cristo, en la que es igual a Dios Padre; de otra manera sobre su humanidad, en la que es semejante a nosotros. No debe entenderse de la misma manera lo que dice el Señor: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X); y aquello que dijo: "El Padre es mayor que yo" (Juan XIV). Por tanto, piensen de manera incorpórea, el Padre habló al Hijo, porque de manera incorpórea el Padre engendró al Hijo. Ni lo enseñó así, como si lo hubiera engendrado ignorante; sino que esto es haberlo enseñado, que es haberlo engendrado sabiendo. Y esto es, "el Padre me enseñó", que, el Padre me engendró sabiendo. Porque sí, lo que pocos entienden, la naturaleza de la verdad es simple, esto es, ser Hijo, lo que es saber: por tanto, tiene de aquel que sabe, de quien tiene que ser: no que primero fuera de aquel, y después supiera de aquel; sino que como le dio al engendrarlo, que supiera, porque la verdad es de naturaleza simple (como se ha dicho), ser y saber no es otra cosa y otra cosa, sino esto mismo, dijo, pues, estas cosas a los judíos, y añadió:

Y el que me envió, está conmigo. Ya esto lo había dicho antes, pero recuerda continuamente una gran cosa: "Me envió, y está conmigo". Si, pues, está contigo, oh Señor, no uno fue enviado por otro, sino que ambos vinieron; y sin embargo, aunque ambos estén juntos, uno fue enviado, el otro envió: porque el envío es la encarnación, la misma encarnación es solo del Hijo, no también del Padre. Por tanto, el Padre envió al Hijo, pero no se apartó del Hijo.

Por tanto, dijo, "el que me envió, no me dejó solo". Por cuya autoridad, como paterna, fui encarnado, está conmigo, no me dejó. ¿Por qué no me dejó?

No me dejó, dijo, solo, porque yo hago siempre lo que le agrada. Esa es la igualdad siempre, no desde un cierto inicio y en adelante, sino sin inicio, sin fin. Porque la generación de Dios no tiene inicio de tiempo, porque por el Unigénito fueron hechos los tiempos.

Mientras él hablaba, muchos creyeron en él. Aún no ha salido su sonido a toda la tierra (Salmo XVIII), aún no se ha predicado a todos, aún no se ha dicho. Vayan, enseñen a todas las naciones (Mateo XXVIII). Por tanto, el Señor dijo a aquellos que creyeron en él, a los judíos:

Si permanecen en mi palabra. Por eso permanecerán, porque han sido iniciados, porque han comenzado a estar allí, si permanecen en la fe, que en ustedes ha comenzado a estar creyendo, ¿a dónde llegarán? Vean qué inicio, a dónde conduce. ¿Amaron el fundamento? Atiendan la cumbre, y busquen otra altura desde esta humildad. Porque la fe tiene humildad: el conocimiento y la inmortalidad, y la eternidad no tienen humildad, sino altura, elevación: ninguna deficiencia, estabilidad eterna: ninguna expugnación del enemigo, ningún temor de deficiencia. Es grande lo que comienza con la fe, pero mayor, a lo que se llega por la fe. Escuchen, pues, a dónde llega, y vean cuán grande es la fe. Por tanto, también ustedes, dijo, si permanecen en mi palabra, en la que han creído,

Verdaderamente serán mis discípulos. Añadió también:

Y conocerán la verdad. Quien conoce la verdad, conoce a Dios, porque Dios es verdad, diciendo el mismo Señor: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV). Crean, pues, para que conozcan la verdad: porque sin fe nadie podrá llegar al conocimiento de la verdad. ¿Qué es lo que conoceremos? Aquello que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (I Corintios II). ¿Qué es la fe, sino creer lo que no ves? La fe, pues, es creer lo que no ves. La verdad, lo que creíste, ver. ¿Qué es lo que se nos promete ver? Porque el Señor dice en otro lugar, qué es lo que veremos. Pero el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV). Esta es la promesa, esta es la recompensa de la fe, que obra por el amor, esta es la saciedad, que el salmista deseó, diciendo: "Me saciaré cuando se manifieste tu gloria" (Salmo XVI). Oh Señor, haz que te amemos dignamente, y no amemos el mundo: para que podamos llegar a aquella libertad, a la que se llega por el conocimiento de la verdad, de la que añadiste, diciendo:

Y la verdad los liberará. ¿Qué es, los liberará? Los hará libres. De hecho, los judíos carnales, y juzgando según la carne, no aquellos que creyeron, sino en aquella multitud, quienes eran, quienes no creían, se sintieron ofendidos porque les dijo: "La verdad los liberará". Indignados como si se les hubiera indicado que eran esclavos. Y verdaderamente eran esclavos. Y les expondrá cuál es la esclavitud, y cuál será la futura libertad, que él mismo promete. Porque no es otra cosa decir: "Y la verdad los liberará", sino que los hará libres: así como no es otra cosa, salva, sino que hace salvos. Hemos escuchado, pues, lo que dijo la verdad libre, escuchemos lo que responde la falsedad soberbia.

Dijeron entonces los judíos: Somos descendencia de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie: ¿cómo dices tú, seréis libres? Pues el Señor no había dicho, seréis libres, sino la verdad os hará libres. En esta palabra, sin embargo, ellos no entendieron otra cosa que la libertad carnal; y se jactaron de ser descendencia de Abraham, y dijeron: Somos descendencia

de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie: ¿cómo dices tú, seréis libres? ¡Oh vana soberbia, oh falsa jactancia! ¿Cómo decís la verdad: Nunca hemos sido esclavos de nadie (Gén. XXXVII)? ¿No fue vendido José? ¿No fueron llevados los santos profetas al cautiverio? Finalmente, ¿no es este el mismo pueblo que en Egipto hacía ladrillos (Éxodo I), y servía en trabajos duros, no al menos en plata y oro, sino en lodo? Si nunca habéis sido esclavos de nadie, oh ingratos, ¿qué es lo que Dios os imputa continuamente, cómo os liberó de la casa de servidumbre? ¿O acaso vuestros padres sirvieron, pero vosotros, que habláis, nunca habéis servido a nadie? ¿Cómo entonces pagáis tributo a los romanos, de donde también propusisteis una trampa a la verdad, para que dijerais: ¿Es lícito pagar tributo al César? Para que si hubiera dicho, Es lícito: lo retuvierais como si prefiriera la libertad oprimida de la descendencia de Abraham. Pero si hubiera dicho, No es lícito, lo calumniaríais ante los reyes de la tierra, porque prohibía pagar tributos a los reyes; luego, al mostrar la moneda, fuisteis vencidos, y vosotros mismos fuisteis obligados a responder a vuestra trampa. Allí se os dijo: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Pues vosotros mismos habíais respondido que la moneda tenía su imagen: así Dios busca en el hombre la suya; ni busca Dios algo ajeno del hombre, sino lo que creó en el hombre. Por eso Dios se hizo hombre, para reformar en el hombre lo que formó en el hombre. Escuchemos, pues, qué respondió el Señor a los judíos que mentían y se jactaban de una vana libertad.

Amén, amén os digo, que todo el que comete pecado, es esclavo del pecado. ¿Quién no tiembla ante estas palabras? Si todo hombre es pecador, todo hombre es esclavo del pecado. Pero escuchemos con atención, cómo podemos ser liberados de esta servidumbre. Infunde terror, pero aplica medicina: pues dice el Señor: Amén, amén os digo. ¿Qué es amén, amén, sino en verdad, en verdad os digo? Esta palabra ni el intérprete griego ni el latino se atrevieron a traducirla a otra lengua, para que tuvieran honor con el velo del testimonio secreto de la verdad en Cristo. La verdad dice: En verdad, en verdad os digo. Repite y replica la palabra de la verdad, para despertar a los dormidos, hacer atentos a los oyentes, para que no se desprecie al que dice: Amén, amén os digo, que todo el que comete pecado, es esclavo del pecado. ¡Oh miserable servidumbre, servir al pecado, servir al diablo, que es el autor del pecado! A menudo los hombres huyen de los malos amos, para no servir a los malos; y no huyen del pecado, del cual son esclavos; y cuánto más feliz sería huir del pecado, y servir al hombre con una conciencia libre. Luego, el esclavo del hombre, a veces fatigado por los duros mandatos de su amo, al huir descansa. El esclavo del pecado, a donde quiera que huya, lo lleva consigo: a donde quiera que huya, no huye de sí mismo. La mala conciencia no tiene a dónde ir: se sigue a sí misma, más bien no se aleja de sí misma: pues el pecado que cometió, está dentro. Cometió pecado, para obtener algún placer corporal: el placer pasa, el pecado permanece, pasa lo que deleitaba, permanece lo que punza: mala servidumbre. A veces huyen los hombres de los amos malvados, queriendo carecer de amos, que no quieren carecer de pecados. Cuánto más feliz sería que el hombre abandonara el pecado, huyera a Cristo, intercediera con Dios el libertador. Por tanto, solo el Señor libera de esta servidumbre del pecado, quien no la tuvo: quien solo vino al mundo sin pecado. Solo él puede liberar del pecado, quien vino sin pecado, y se hizo sacrificio por el pecado. Pues todo el que comete pecado, es esclavo del pecado: ¿cuál es nuestra esperanza de libertad? Escuchad.

El esclavo, sin embargo, no permanece en la casa para siempre. La Iglesia es la casa, el esclavo es el pecador. No permanezca el hombre en el pecado, para que no sea esclavo del pecado. Para que pueda permanecer en la casa, es decir, en la Iglesia, permanezca en el cuerpo de su cabeza, para que sea hijo, no esclavo. Es muy diferente pecar que permanecer en el pecado. Quien permanece en el pecado, es esclavo del pecado: quien huye del pecado, será esclavo de la justicia. Aterrorizó, para que no amáramos el pecado: dio esperanza, para que

no desconfiáramos de la liberación del pecado. Todo el que comete pecado, es esclavo del pecado. El esclavo, sin embargo, no permanece en la casa para siempre. ¿Cuál es entonces nuestra esperanza, que no estamos sin pecado? Escucha tu esperanza. El hijo permanece para siempre.

Si, pues, el hijo os libera, entonces seréis verdaderamente libres. Esta es nuestra esperanza, hermanos, que seamos liberados por el libre, y al liberarnos nos haga siervos. Pues éramos siervos de la codicia: liberados, nos convertimos en siervos de la caridad. La primera libertad es no permanecer en el pecado, servir a la justicia, como dice el Apóstol: Cuando erais siervos del pecado, erais libres respecto a la justicia: ahora, sin embargo, tenéis vuestro fruto en santificación, y el fin, la vida eterna (Rom. VI). Pero la libertad perfecta es servir a Dios en Cristo: amar a aquel que verdaderamente nos liberó: que es el verdadero Hijo de Dios, y señor en forma de siervo: no siervo, sino en forma de siervo señor. Pues aquella forma de carne era servil; pero aunque era semejanza de carne de pecado, no era de pecado: prometió libertad a los que creen en él. Los judíos, sin embargo, jactándose de su libertad, desdeñaron ser libres, siendo esclavos del pecado. Por eso dijeron ser libres, porque eran descendencia de Abraham. ¿Qué respondió entonces el Señor a esto? Escuchemos.

Sé, dice, que sois hijos de Abraham, pero buscáis matarme. Reconozco el origen de la carne, no la fe del corazón. Sois hijos de Abraham, pero según la carne. Por eso buscáis matarme, dice.

Porque mi palabra no cabe en vosotros. Es decir, no tiene lugar en vosotros. Si mi palabra fuera acogida por vosotros, ciertamente os acogería: ¿qué significa entonces, no cabe en vosotros: es decir, no cabe en vuestro corazón? porque no es recibida por vuestro corazón. Ciertamente habéis oído al Señor decir: Sé que sois hijos de Abraham: escuchad lo que dice después:

Yo, dice, lo que he visto junto a mi Padre, hablo; y vosotros hacéis lo que habéis visto junto a vuestro padre. ¿Qué hacen? lo que les dijo: Buscáis matarme. Esto nunca lo vieron en Abraham. Dice: Lo que he visto junto a mi Padre, hablo. Vi la verdad, hablo la verdad; porque yo soy la verdad. Pues si el Señor habla la verdad: porque él mismo es la verdad del Padre, que vio junto al Padre: habla de haber visto, porque él mismo es la verdad del Padre, que vio junto al Padre. Pues él es la palabra, que era el Verbo junto a Dios. Por tanto, lo malo que hacen, que el Señor reprende y corrige, ¿dónde lo vieron junto a su padre, cuando oigamos más adelante dicho más claramente quién es su padre, entonces entenderemos qué vieron junto a tal padre? Pues aún no nombra a su padre. Un poco antes mencionó a Abraham, pero para hablar del origen de la carne, no de la semejanza de vida. Otro, su padre, que ni los engendró, ni los creó para que fueran hombres, pero sin embargo eran hijos de él, en cuanto eran malos, no en cuanto eran hombres, en lo que imitaron, no en lo que fueron creados.

Respondieron, y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Como si tú, ¿qué vas a decir contra Abraham; o si puedes algo, atrevete a reprender a Abraham: porque no es que el Señor no se atreviera a reprender a Abraham, sino que tal era Abraham, que no sería reprendido por el Señor, sino más bien alabado: sin embargo, estos parecían probarlo, para que dijera algo malo de Abraham, y fuera ocasión de hacer lo que pensaban. Nuestro padre, dicen, es Abraham. Escuchemos cómo les respondió el Señor, alabando a Abraham con la condenación de ellos.

Jesús les dice: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Ahora, sin embargo, buscáis matarme, hombre que os he hablado la verdad, que oí de Dios: esto no lo hizo

Abraham. He aquí el alabado, estos condenados. Abraham no era homicida. No digo, dice, yo soy el Señor de Abraham: que si lo dijera, diría la verdad. Pues dijo en otro lugar, Antes de que Abraham existiera, yo soy (Juan VIII): y entonces quisieron apedrearlo. No dijo esto: Por ahora lo que veis, lo que miráis, lo que me consideráis solo, soy hombre. A un hombre que os dice lo que oyó de Dios, ¿por qué queréis matarlo, sino porque no sois hijos de Abraham? Y sin embargo, antes dijo, Sé que sois hijos de Abraham. No negó su origen, pero condena sus hechos. Su carne era de él, pero su vida no lo era. Por tanto, los cristianos se hicieron descendencia de Abraham por la gracia de Dios: no de la carne de Abraham se hicieron coherederos, Dios los desheredó, a estos los adoptó. Estos son, de quienes en otro lugar Juan el Bautista dijo: Dios puede de estas piedras suscitar hijos a Abraham (Mat. III). Pues son hijos de Abraham, quienes imitan la fe de Abraham. Por eso añadió el Señor diciendo: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Probad con hechos la nobleza, no con palabras. Pero buscáis matarme, hombre que os he hablado la verdad, que oí de Dios. Esto no lo hizo Abraham.

Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Y aún no dice, quién es este padre de ellos. Ahora, ¿qué respondieron ellos? Pues comenzaron a reconocer de alguna manera que el Señor no hablaba de la generación de la carne, sino de la institución de la vida. Y porque es costumbre de las Escrituras, que leían, llamar prostitución espiritualmente, cuando el alma se somete como prostituta a muchos y falsos dioses, a esto respondieron.

Le dijeron entonces: Nosotros no hemos nacido de prostitución, tenemos un solo padre, Dios. Ya Abraham se ha desvanecido, han sido rechazados de él, como querían ser rechazados, por boca veraz, porque tal era Abraham, cuyo hecho no imitaban, y se gloriaban de su linaje, y cambiaron la respuesta, creo, diciendo entre sí: Cada vez que mencionemos a Abraham, nos dirá: ¿Por qué no lo imitáis, de cuyo linaje os gloriáis? No podemos imitar a un hombre tan santo, justo, inocente, digamos que Dios es nuestro padre: veamos qué nos dirá. ¿Acaso la falsedad encontró qué decir, y la verdad no encontró qué responder? Escuchemos qué dicen, escuchemos qué oyen. Tenemos un solo padre, Dios.

Jesús les dijo entonces: Si Dios fuera vuestro padre, ciertamente me amaríais: porque yo de Dios procedí y vine, pues no vine de mí mismo, sino que él me envió. Decís que Dios es vuestro padre, reconoced al menos a vuestro hermano. Aquí tocó, lo que suele decir a menudo: No vine de mí mismo, sino que él me envió; de Dios procedí, y vine. Por tanto, la misión de Cristo es su encarnación. Pero el hecho de que procedió de Dios Padre como Verbo, es una procesión eterna, no teniendo tiempo, por quien se hizo el tiempo. Por tanto, de él procedió como Dios, como igual, como Hijo único. Como Verbo del Padre vino a nosotros: porque el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros. Su venida, su humanidad: su permanencia, su divinidad.

¿Por qué, dice, no reconocéis mi lenguaje? porque no podéis reconocer mi palabra. Por eso no pudieron reconocer, porque no podían oír. Pero, ¿por qué no podían oír, sino porque no querían corregirse creyendo? ¿y esto por qué?

Vosotros sois de vuestro padre el diablo. ¿Hasta cuándo mencionáis al padre? ¿hasta cuándo cambiáis de padre, ahora Abraham, ahora Dios? Escuchad del Hijo de Dios, de quién sois hijos, De vuestro padre el diablo sois. Dios creador de todas las criaturas creó al hombre: ¿cómo dice aquí, vosotros sois de vuestro padre el diablo? Todo lo creado por Dios es bueno; y todo hombre, en cuanto criatura de Dios, es bueno. En cuanto se somete por libre albedrío al diablo, es de su padre el diablo. Pues la naturaleza del hombre es buena, pero ha sido viciada por la mala voluntad, y de ahí es del padre el diablo. Lo que hizo Dios, no puede ser

malo, si el hombre no es malo para sí mismo. Por tanto, los judíos fueron llamados hijos del diablo, no por nacimiento, sino por imitación. La costumbre de la Sagrada Escritura es, a menudo, llamar hijos por imitación o similitud de obras, o el profeta dijo a los judíos: Tu padre es amorreo, y tu madre heteo. Los amorreos eran una cierta nación, de la cual los judíos no descendían. Los heteos también tenían su propia nación completamente ajena al linaje de los judíos. Pero como los amorreos y los heteos eran impíos, y los judíos imitaron sus impiedades: encontraron hijos a los padres, no de quienes nacieron, sino cuyos modos de vida siguieron, y juntos fueron condenados. Pero quizás preguntáis de dónde el mismo diablo. De ahí ciertamente, de donde los demás. Los ángeles permanecieron en su obediencia, él al desobedecer y enorgullecerse cayó como ángel, y se hizo diablo. Pero ahora escuchad lo que dice el Señor. Vosotros, dice, sois de vuestro padre el diablo.

Y queréis hacer los deseos de vuestro padre. Buscáis matarme, hombre que os digo la verdad. Y él envidió al hombre, y mató al hombre: pues es diablo. El diablo, sin embargo, al envidiar al hombre, vestido de serpiente, habló a la mujer, de la mujer envenenó también al hombre, murieron escuchando al diablo (Génesis III): a quien no habrían escuchado, si hubieran querido escuchar a Dios. Pues el hombre fue puesto entre Dios, que lo creó, y la serpiente, que lo engañaba, ¿a quién debía obedecer? Al creador no al engañador. Por tanto, él era homicida desde el principio. Ved el tipo de homicidio, hermanos. El diablo es llamado homicida, no armado con espada, no ceñido con hierro. Vino al hombre: sembró una mala palabra, y lo mató. No pienses, por tanto, que no eres homicida, cuando persuades a tu hermano de cosas malas. Si persuades a tu hermano de cosas malas, lo matas. Escucha al salmista: Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua espada afilada (Sal. LVI). Por tanto, vosotros queréis hacer los deseos de vuestro padre: por eso os ensañáis contra la carne, porque no podéis contra la mente.

Él era homicida desde el principio. Ciertamente en el primer hombre, desde entonces él es homicida. ¿Desde cuándo pudo hacerse homicidio? desde que fue hecho hombre: pues no podría matarse al hombre, si no se hiciera primero hombre. Por tanto, él es homicida desde el principio, ¿y de dónde homicida?

Y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. No como en Cristo está la verdad, que Cristo mismo es la verdad. Si, por tanto, este hubiera permanecido en la verdad, habría permanecido en Cristo. Pero no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él.

Cuando habla mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso, y padre de ella. ¿Qué es esto? Habéis oído las palabras del Evangelio, atentos las habéis recibido. He aquí repito, para que reconozcáis qué exigís. Del diablo decía el Señor, lo que merecieron ser dicho por el Señor del diablo. Él era homicida desde el principio, es verdad: pues mató al primer hombre. Y no permaneció en la verdad, porque de la verdad cayó. Cuando habla mentira, ciertamente el mismo diablo de lo suyo habla. Mentira ciertamente el mismo diablo de lo suyo habla, porque es mentiroso y padre de ella. Pero el diablo fue mentiroso por sí mismo, y su mentira él mismo la engendró. De nadie oyó primero la mentira. Así como Dios Padre engendró al Hijo verdad, así el diablo engendró como hijo la mentira. Engendró la mentira, porque no permaneció en la verdad. Pues todo el que permanece en Dios, porque Dios es verdad, permanece en la verdad. Si alguien se aparta de Dios, será mentiroso, como dice el salmista: Todo hombre es mentiroso (Sal. CXV). En cuanto el hombre se aparta de Dios, en tanto será mentiroso, mientras se aparte de la verdad; y de ahí será pecador: porque todo pecado no es verdad, sino mentira, porque al apartarse de Dios no tiene verdad. Pero el diablo fue creado bueno, pero por sí mismo se hizo malo, apartándose del sumo bien. Por tanto, de lo suyo habló mentira, porque en sí mismo encontró, de donde fuera mentiroso. El hombre, sin

embargo, engañado por el diablo, se hizo mentiroso por el diablo: por tanto, hijo del diablo no por naturaleza, sino por imitación. Apartémonos, por tanto, del padre de la mentira, corramos al padre de la verdad. Abracemos la verdad, para que recibamos la verdadera libertad. Los judíos habían visto en su padre, lo que hablaban. ¿Qué? sino mentira. Pero el Señor había visto en su Padre, lo que hablaba. ¿Qué? sino a sí mismo. ¿Qué? sino el Verbo eterno del Padre, y coeterno al Padre. Por eso añadió.

Yo os digo la verdad, y no me creéis. Pues el mentiroso habla mentira, pero la verdad profiere verdad. El diablo mentiroso, Cristo verdadero y defensor de la verdad, porque de la boca de la verdad no puede proceder otra cosa, sino verdad. Sigue, por tanto:

¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Así como yo os arguyo a vosotros y a vuestro padre de pecado y mentira. He aquí cuál es la mansedumbre de Cristo. Vino a perdonar pecados, y decía: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? No desdeña mostrar por razón que no es pecador, quien por virtud de la divinidad pudo justificar a los pecadores. Les pregunta, por qué no quieren creer la verdad, diciendo:

Si os he hablado la verdad, ¿por qué no me creéis? ¿No es porque sois hijos del diablo y no de la verdad? Hijos del diablo no por naturaleza, sino por imitación. Y da la razón por la cual no creían en la verdad, cuando dice: Por eso no escucháis, porque no sois de Dios. De nuevo, no atiendas a la naturaleza, sino al vicio. Así son estos de Dios, y no son de Dios. Por naturaleza de Dios, por vicio no de Dios. La naturaleza, en verdad buena, que es de Dios, pecó por voluntad, creyendo lo que el diablo persuadió; y fue viciada: por eso busque al médico, porque no está sana. Reconózcase la naturaleza, para que el Creador sea alabado: reconózcase el vicio, por el cual se llama al médico. Es terrible lo que añade:

Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios: por eso no escucháis, porque no sois de Dios. Si él escucha las palabras de Dios, quien es de Dios, y no puede escuchar sus palabras quien no es de él, que cada uno de vosotros se pregunte si ha percibido las palabras de Dios en el oído del corazón, y entienda de dónde es. La verdad manda desear la patria celestial, aplastar los deseos de la carne, declinar la gloria del mundo, no robar lo ajeno, dar lo propio. Que cada uno de vosotros considere en su interior si esta voz de Dios ha prevalecido en el oído de su corazón, y porque ya es de Dios, lo reconoce. Entonces dijeron los judíos:

¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y tienes demonio? Escuchemos qué responde el Señor, habiendo recibido tal injuria.

Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis. Porque samaritano se interpreta como guardián, y él es verdaderamente el guardián, de quien el salmista dice: Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la guardan (Salmo 126); y cuando por Isaías dice: Centinela, ¿qué de la noche? centinela, ¿qué de la noche? (Isaías 21). El Señor no quiso responder: No soy samaritano; sino, Yo no tengo demonio. Dos cosas le fueron imputadas: una negó, y la otra consintió en silencio. Pues había venido como guardián del género humano; y si dijera que no era samaritano, negaría ser guardián. Pero calló lo que reconoció, y rechazó pacientemente lo que escuchó falsamente dicho, diciendo: Yo no tengo demonio. Aquí el Señor nos dio un ejemplo de paciencia, quien si hubiera querido responder a los judíos, Vosotros tenéis demonio, habría dicho la verdad, porque si no estuvieran llenos de demonio, no podrían hablar tan perversamente de Dios. Pero habiendo recibido la injuria, la verdad no quiso decir incluso lo que era verdad, para que no pareciera que no había dicho la verdad, sino que, provocado, había devuelto la injuria. ¿Qué se nos

insinúa con esto? Sino que en el tiempo en que recibimos injurias de los prójimos por falsedad, callemos incluso sus verdaderos males, para que el ministerio de la corrección justa no se convierta en armas de furia. Pero, ¿qué debemos hacer al respecto? Aún nos advierte con su ejemplo, cuando añade:

Yo no busco mi gloria: hay quien la busque y juzgue. Sabemos ciertamente lo que está escrito, que el Padre ha dado todo juicio al Hijo (Juan 5); y sin embargo, he aquí que el mismo Hijo, recibiendo injurias, no busca su gloria. Reserva las injurias ilícitas al juicio del Padre, para insinuarnos cuánto debemos ser pacientes, mientras aún no quiere vengarse él mismo, quien juzga. Pero cuando crece la perversidad de los malos, no solo no debe quebrarse la predicación, sino incluso aumentarse: lo que nos advierte con su ejemplo, quien después de ser llamado poseído por demonio, más generosamente imparte los beneficios de su predicación, diciendo:

Amén, amén os digo, si alguno guarda mi palabra, no verá la muerte para siempre. Pero así como es necesario para los buenos que incluso a través de las injurias se vuelvan mejores, así siempre los reprobos se vuelven peores por el beneficio, pues habiendo recibido la predicación, dicen de nuevo:

Ahora sabemos que tienes demonio. Porque adheridos a la muerte eterna, no veían la misma muerte a la que estaban adheridos; mientras solo miraban la muerte de la carne, se oscurecían en la palabra de la verdad, diciendo:

Abraham murió, y los profetas; y tú dices, Si alguno guarda mi palabra, no gustará la muerte para siempre. Por lo cual prefieren a Abraham y a los profetas a la misma verdad, como venerándolos, pero se nos muestra claramente que quienes no conocen a Dios, también veneran falsamente a los siervos de Dios. Vosotros, dicen, decís, Tienes demonio; yo os llamo a la vida: guardad mi palabra, y no moriréis. Ellos escuchaban: no verá la muerte para siempre, quien guarde mi palabra, y se enojaban, porque ya estaban muertos con esa muerte que debía evitarse: pues no pudieron evitar esa muerte con la que murió Abraham y los profetas, es decir, la muerte de la carne. Pues Abraham vivía en el Espíritu: y por eso la misma verdad dice de él en otro lugar: No es Dios de muertos, sino de vivos (Mateo 22). ¿Qué significa que dice, No verá la muerte para siempre? es decir, la muerte de condenación con el diablo y sus ángeles. Pues esta muerte del cuerpo es una especie de migración para los santos a una vida mejor, y para los impíos a penas perpetuas: las cuales la verdad quiso designar aquí con el nombre de muerte. Pero con esta muerte, que el Señor quiere que se entienda, ni Abraham murió, ni los profetas murieron. Ellos murieron, y viven: estos vivían, y estaban muertos. ¿Quién te haces a ti mismo, dicen, para que digas, no verá la muerte para siempre, quien guarde mi palabra, cuando sabes que Abraham murió, y los profetas murieron?

Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada: es mi Padre quien me glorifica. Esto lo dice por aquello que dijeron: ¿Quién te haces a ti mismo? Pues refiere su gloria al Padre, de quien es que es Dios. El Señor Jesucristo llama a su Padre, a quien ellos decían su señor, y no lo conocieron. Pues si lo hubieran conocido, habrían recibido a su Hijo.

Pero yo, dice, lo conozco. A los que juzgan según la carne, pudo parecerles arrogante, porque dijo: Yo lo conozco. Pero mira lo que sigue:

Si digo, No lo conozco, seré como vosotros, mentiroso. Por tanto, la arrogancia no se evita dejando la verdad.

Pero lo conozco, y guardo su palabra. Hablaba la palabra del Padre como Hijo, y él mismo era la palabra del Padre, que hablaba a los hombres. Y es de notar que el Señor vio que le resistían con abierta impugnación, y sin embargo no cesa de predicarles con voz reiterada, diciendo:

Abraham vuestro padre se regocijó de ver mi día; lo vio, y se alegró. Entonces Abraham vio el día del Señor: cuando en figura de la suma Trinidad recibió a tres ángeles en hospitalidad (Génesis 28): a quienes, ciertamente recibidos, habló a los tres como a uno: porque aunque en las personas hay número de Trinidad, en la naturaleza hay unidad de divinidad. Pero las mentes carnales de los oyentes no levantan los ojos de la carne: solo consideran la edad de la carne, diciendo:

Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Nuestro Redentor benignamente los aparta de la contemplación de su carne, y los lleva a la contemplación de su divinidad, diciendo:

Amén, amén os digo, Antes que Abraham fuera, yo soy. Antes es de tiempo pasado, soy de presente. Y porque la divinidad no tiene tiempo pasado ni futuro, sino que siempre tiene ser, no dice: Antes de Abraham yo fui, sino, antes de Abraham yo soy. Por lo cual se dice a Moisés, Yo soy el que soy: y Dirás a los hijos de Israel, El que es, me ha enviado a vosotros (Éxodo 3). Antes o después, Abraham tuvo, quien pudo acercarse por la exhibición de la presencia, y alejarse por el curso de la vida. Pero la verdad siempre tiene ser, porque no se le inicia en tiempo anterior, ni se le termina en tiempo posterior. Pero las mentes de los infieles, no pudiendo soportar estas palabras de eternidad, corren a las piedras; y a quien no podían entender, buscaban apedrear. Pero lo que el Señor hizo contra la furia de los que apedreaban, se muestra cuando inmediatamente se añade.

Pero Jesús se escondió, y salió del templo. Es muy extraño, hermanos carísimos, por qué el Señor evitó a sus perseguidores escondiéndose, quien si hubiera querido ejercer el poder de su divinidad, con un simple gesto de su mente los habría atado en sus golpes, o los habría sepultado en la pena de muerte súbita. Pero porque había venido a sufrir, no quería ejercer juicio. Ciertamente, en el mismo tiempo de la pasión, mostró cuánto podía, y sin embargo soportó aquello para lo que había venido. Pues cuando a sus perseguidores que lo buscaban les dijo: Yo soy (Juan 18): solo con esta voz golpeó su soberbia, y a todos los derribó en tierra. Quien, por tanto, en este lugar pudo no evadir las manos de los que apedreaban sin esconderse, ¿por qué se escondió, sino porque como hombre entre los hombres, y hecho nuestro Redentor, nos habla unas cosas con la palabra, otras con el ejemplo? ¿Y quién nos habla con este ejemplo, sino para que incluso cuando podemos resistir, humildemente evitemos la ira de los soberbios?

CAPÍTULO IX.

Después de que el Señor salió del templo de los judíos, escuchemos qué hizo en el pueblo de los gentiles, más bien de todo el género humano. Pues sigue el Evangelista, y dice:

Al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento. Pues ciertamente, lo que hizo nuestro Señor Jesucristo, es asombroso y admirable, tanto en obras como en palabras. Obras, porque fueron hechas: palabras, porque son signos. Si, por tanto, consideramos qué significa esto que fue hecho, el género humano es este ciego. Esta ceguera ocurrió en el primer hombre por el pecado, del cual todos tomamos origen, no solo de muerte, sino también de iniquidad. Pues si

la ceguera es infidelidad, la iluminación es fe, ¿a quién encontró fiel cuando vino Cristo? Por eso el Evangelista dice de Cristo, Y al pasar. Pues así pasa Cristo, y no se detuvo en el camino de nuestros pecados, como en cierta parábola el mismo Señor dice: Pues vino el samaritano junto al camino (Lucas 19). Quien vino a sanar al herido medio muerto, al pasar ilumina al ciego. Quien en la parábola se dice herido, aquí en el hecho realizado se ilumina al ciego. Vio, por tanto, a un hombre ciego, no de cualquier manera ciego, sino ciego de nacimiento. Pues todos los hombres, excepto aquel solo que nació de la virgen, nacieron ciegos por el pecado original, es decir, nacieron con pecado, que tomaron de la raíz pecadora del primer padre. Sus discípulos le preguntaron, Rabí. Sabes que Rabí es maestro. Lo llamaban maestro, porque deseaban aprender. Pues propusieron una cuestión al Señor como a un maestro.

¿Quién pecó? ¿Este, o sus padres? Respondió Jesús: Ni este pecó, ni sus padres, para que naciera ciego. ¿Qué es lo que dijo? Si ningún hombre está sin pecado, ¿acaso los padres de este ciego estaban sin pecado? ¿Acaso él nació sin pecado original, o no añadió nada viviendo? Si, por tanto, también sus padres tuvieron pecado, y este tuvo pecado, ¿por qué dijo el Señor: Ni este pecó, ni sus padres? sino que respondió a la cuestión, de la cual fue preguntado, por qué nació ciego. Pues sus padres tenían pecado, pero no por ese pecado nació ciego. Si, por tanto, no fue por el pecado de sus padres que nació ciego, ¿por qué nació ciego? Escucha al maestro enseñando. Busca al creyente, para hacerle entender. Él mismo dice la causa por la cual nació ciego, Ni este pecó, dice, ni sus padres.

Sino para que se manifiesten las obras de Dios en él. No solo lo que voy a hacer en este ciego, sino para que se manifieste lo que debe hacerse en la ceguera de todo el género humano por mí. Luego añadió:

Me es necesario hacer las obras de aquel que me envió, mientras es de día. Recordad cómo le da toda la gloria a aquel de quien es, porque él tiene un hijo, que es de él, él mismo no tiene de quien sea. ¿Cuáles son las obras del Señor, por las cuales vino el Hijo de Dios al mundo? sino iluminar la ceguera del género humano, sanar las cosas heridas, buscar las perdidas, reformar las deformes. Pero, ¿qué es lo que dijo: Me es necesario hacer las obras de aquel que me envió, mientras es de día?

Pues viene la noche, cuando nadie puede trabajar. Es claro que el Señor mencionó expresamente y definitivamente el día en este lugar como él mismo, es decir, la luz del mundo.

Mientras, dice, estoy en este mundo, soy la luz del mundo. Por tanto, él mismo obra. Pero, ¿cuánto tiempo está en el mundo? ¿Pensamos, hermanos, que estuvo aquí entonces, y ahora no está aquí? Si pensamos esto, ¿acaso después de la ascensión se hizo esta noche? ¿Qué es lo que dice a los discípulos, ascendiendo al cielo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo 28). Quien entonces estuvo en el mundo con presencia corporal, ahora está presente en todo el mundo con poder divino. Hemos escuchado el día, escuchemos cuál es esta noche. ¿Qué, entonces? ¿Qué diremos de esta noche, cuándo será, cuándo nadie podrá trabajar? Esta noche será de los impíos, esta noche será de aquellos a quienes al final se les dirá: Id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25). Pero también se le llama noche, no llama, no fuego. Escucha porque también es noche, de cierto siervo dice: Atadle las manos y los pies, y echadle a las tinieblas exteriores. Trabaje, por tanto, el hombre, para que no le preceda aquella noche, donde nadie pueda trabajar. Ahora es, para que la fe opere por el amor. Y si ahora trabajamos, este es el día, este es Cristo. Escucha prometiendo, y no pienses que está ausente. He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo: pues allí será la noche, donde nadie pueda

trabajar, sino recibir lo que ha trabajado. Hay un tiempo para trabajar, otro para recibir. Pues dará a cada uno según sus obras (Romanos 2). Escuchemos con mente atenta al Apóstol exhortándonos a trabajar mientras tenemos tiempo: pues dice: Mientras tenemos tiempo, hagamos el bien (Gálatas 6). Pues hemos escuchado lo que Cristo dijo advirtiéndolo a los buenos, aterrando a los malos. Pero veamos qué hizo.

Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó el lodo sobre sus ojos, y le dijo: Ve y lávate en la piscina de Siloé, que se interpreta enviado. Lo que el Señor hizo, es claro. Pues se hizo la iluminación en el ciego, pero se encomienda un gran misterio en el género humano. Escupió en tierra, hizo lodo con la saliva, porque el Verbo se hizo carne, y ungió los ojos del ciego, estaba ungido, y aún no veía. Lo envía a la piscina, que se llama Siloé. Pero al Evangelista le pareció importante encomendar el nombre de esta piscina, y dice, que se interpreta enviado. Ya sabéis quién es el enviado. Pues si no hubiera sido enviado, ninguno de nosotros habría sido liberado de la iniquidad. Lavó, por tanto, sus ojos en esa piscina, que se interpreta enviado, fue bautizado en Cristo. Si, por tanto, cuando de alguna manera lo bautizó en sí mismo, entonces lo iluminó: cuando lo ungió, tal vez lo hizo catecúmeno. Ciertamente, la profundidad de este sacramento puede exponerse y tratarse de diferentes maneras; pero esto sea suficiente para vuestra caridad. Se unge al catecúmeno, es decir, se le enseña a creer en Cristo: se le envía a la piscina del bautismo, para que sea iluminado, para que reconozca la verdadera luz, para que reciba la remisión de los pecados, para que de hijo de ira se haga Hijo de Dios, y una vez iluminado, venga a predicar a Cristo.

Por tanto, los vecinos, y los que lo habían visto antes, porque era mendigo, decían: ¿No es este el que se sentaba y mendigaba? Unos decían que este es; otros, sin embargo, no, sino que es semejante a él. Los ojos abiertos habían cambiado su rostro.

Él decía que yo soy. Voz grata, para que no lo condenara ingrata.

Por tanto, le decían: ¿Cómo se te abrieron los ojos? Respondió: Aquel hombre que se llama Cristo, hizo lodo, y ungió mis ojos, y me dijo: Ve a la piscina, y lávate, y fui y me lavé, y veo. He aquí que se ha hecho anunciador de la gracia. He aquí que evangeliza, confiesa viendo. Aquel ciego confesaba, y el corazón de los impíos se irritaba, porque no tenían en el corazón lo que ya él tenía en el rostro.

Le dijeron, ¿Dónde está él? dice, No sé. En estas palabras su ánimo era aún semejante al ungido que aún no veía. Pero pongamos, hermanos, como si tuviera aquella unción en el ánimo, y predica, y no sabe a quién predica.

Lo llevan a los fariseos, al que había sido ciego. Era sábado cuando Jesús hizo lodo, y abrió sus ojos. Por tanto, los fariseos lo interrogaban de nuevo, cómo había visto. Él dijo: Lodo puso sobre mis ojos, y me lavé, y veo. Decían, por tanto, algunos de los fariseos. No todos, sino algunos: pues ya algunos eran ungidos. ¿Qué, por tanto, decían, ni viendo, ni ungidos?

Este hombre no es de Dios, que no guarda el sábado. Más bien él lo guardaba, que estaba sin pecado. Pues el sábado espiritual es esto, no tener pecado. En efecto, hermanos, esto advierte Dios, cuando encomienda el sábado: No haréis ninguna obra servil (Levítico 23). Estas son las palabras de Dios encomendando el sábado: No haréis ninguna obra servil. Ya preguntad a las lecciones anteriores, qué es obra servil, y escuchad del Señor: Todo el que hace pecado es siervo del pecado (Juan 8). Pero estos ni viendo, como dije, ni ungidos, guardaban el sábado carnalmente, lo violaban espiritualmente.

Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales? He aquí que son ungidos.

Y había división entre ellos. Aquel día estaba dividido entre la luz y las tinieblas.

Por tanto, dicen de nuevo al ciego: ¿Tú qué dices de él que abrió tus ojos? ¿Qué piensas de él? ¿Qué estimas? ¿Qué juzgas? Buscaban cómo calumniar al hombre, para que fuera expulsado de la sinagoga, pero encontrado por Cristo. Pero él, con firmeza, expresó lo que sentía. Pues dijo:

Porque es profeta. Aún ungido en el corazón, no confiesa al Hijo de Dios, sin embargo, no miente. El mismo Señor dice de sí mismo: No hay profeta sin honor, sino en su propia patria (Juan IV).

No creyeron entonces los judíos de él, que hubiera sido ciego y viera, hasta que llamaron a sus padres, que lo habían visto, y les preguntaron, diciendo: ¿Es este vuestro hijo, del que decís que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve? Sus padres les respondieron y dijeron: Sabemos que este es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos. Y dijeron: Preguntadle a él, tiene edad, él hablará por sí mismo. Sabemos que es nuestro hijo; pero justamente nos veríamos obligados a hablar por un niño, porque él no podría hablar por sí mismo: hace tiempo que habla, ahora ve, lo conocimos ciego de nacimiento. Sabemos que hablaba antes, ahora lo vemos ver, preguntadle a él, para que os instruyáis.

Esto dijeron sus padres porque temían a los judíos; ya que los judíos habían conspirado para que si alguno lo confesaba como Cristo, fuera expulsado de la sinagoga. Ya no era malo ser expulsado de la sinagoga. Ellos expulsaban, pero Cristo acogía: por eso sus padres dijeron: porque tiene edad, preguntadle a él.

Llamaron entonces de nuevo al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios. ¿Qué es, da gloria a Dios? Niega lo que has recibido. Esto claramente no es dar gloria a Dios, sino más bien blasfemar contra Dios. Dicen, da gloria a Dios.

Nosotros sabemos que este hombre es pecador. Entonces él dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que siendo ciego, ahora veo. Le dijeron entonces: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Y él ya molesto contra la dureza de los judíos, y viendo desde su ceguera, no soportando a los ciegos.

Les respondió: Ya os lo he dicho y habéis oído, ¿por qué queréis oírlo de nuevo? ¿Acaso también vosotros queréis ser sus discípulos? ¿Qué es, acaso también vosotros? sino, que yo ya lo soy. ¿Acaso también vosotros queréis? ya veo, pero no os veo ver.

Le maldijeron, y dijeron: Tú eres su discípulo. Tal maldición sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Es una maldición, si examinas el corazón, no si consideras las palabras.

Nosotros somos discípulos de Moisés. Sabemos que Dios habló a Moisés. ¡Ojalá supierais que Dios habló a Moisés! sabríais que Dios fue predicho por Moisés. Porque tenéis al Señor diciendo: Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él (Juan V). ¿Es así? ¿seguís al siervo y dais la espalda al Señor? Pero ni siquiera seguís al siervo, pues por él seríais conducidos al Señor.

Aquel hombre respondió y les dijo: En esto es admirable, que vosotros no sepáis de dónde es, y abrió mis ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; pero si alguno es adorador de Dios y hace su voluntad, a este escucha. Aún ungido habla; pues también Dios escucha a los pecadores. Porque si Dios no escuchara a los pecadores, en vano aquel publicano bajando los ojos a la tierra, y golpeando su pecho, diría: Señor, sé propicio a mí, pecador (Lucas XVIII); y con esta confesión mereció la justificación, como este ciego la iluminación. Pero los pecadores deben lavar su corazón con lágrimas de penitencia, para ser escuchados; y se hará en su corazón lo que se hizo en el rostro de este ciego; y sentirán que Dios los escucha, quien vino a este mundo para salvar a los pecadores.

Desde el principio no se ha oído que alguien abriera los ojos de un ciego de nacimiento. Si este no fuera de Dios, no podría hacer nada. Libre y firmemente confesó la verdad. Porque estas cosas que fueron hechas por el Señor, ¿por quién serían hechas, sino por el Señor? o ¿cuándo serían hechas tales cosas por los discípulos, sino cuando el Señor habitara en ellos?

Respondieron y dijeron: En pecados naciste todo. ¿Qué es todo? Con los ojos cerrados, pero quien abrió los ojos, salva también todo. Él dará en el corazón la resurrección, quien en el rostro da la iluminación. En pecados naciste todo.

¿Y tú nos enseñas? Y lo echaron fuera. Ellos lo hicieron maestro; ellos, para aprender, tantas veces lo interrogaron, y al ser interrogado, enseñando, lo rechazaron. Pero ¿qué dije hace un momento, hermanos? Ellos lo expulsan, el Señor lo acoge; más bien porque fue expulsado, se hizo cristiano. Ciertamente este fue echado de la sinagoga.

Jesús oyó, y vino a él, y le dijo: ¿Crees en el Hijo de Dios? Y él: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Veía, pero no veía. Veía solo con los ojos, pero aún no veía con el corazón. El Señor le dijo: Y lo ves, esto es, con los ojos: y el que habla contigo, él es. Jesús oyó, pues, que lo habían echado fuera, y cuando lo encontró, le dijo: ¿Crees en el Hijo de Dios? Ahora lava el rostro del corazón. Él respondió y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él?

Y Jesús le dijo: Y lo has visto; y el que habla contigo, él es. Entonces postrado lo adoró. Ahora lava el rostro del corazón. Finalmente, ya con el rostro del corazón lavado, y la conciencia purificada, reconociéndolo no solo como Hijo del hombre, que antes creía, sino también como Hijo de Dios, a quien veía, dijo: Creo, Señor. Pero es poco decir Creo; ¿quieres ver cómo cree? Postrándose lo adoró. Si no hubiera creído que era el Hijo de Dios, a quien veía, de ninguna manera lo habría adorado. Por tanto, orad, pecadores, confesad vuestros pecados, orad para que sean borrados, orad para que disminuyan, orad para que, al progresar, desaparezcan; sin embargo, no desesperéis, y pecadores, orad. ¿Quién no ha pecado? Comenzad por los sacerdotes. A los sacerdotes se les dijo: Ofreced primero sacrificios por vuestros pecados, y así por el pueblo (Ezequiel IX; Hebreos VII). Sigue:

Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos. ¿Qué es lo que dice: Para juicio he venido a este mundo, cuando en otro lugar dice: No he venido para juzgar al mundo? sino porque hay un juicio de discernimiento, y otro es el juicio de condenación, del cual el mismo Señor dice en otro lugar: El que no cree en mí, ya ha sido juzgado (Juan III), es decir, condenado. Aquí, en este lugar, como se hace evidente en las palabras siguientes, significa el juicio de discernimiento, cuando dice: Para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos. ¿Qué es para que los que no ven, vean? es decir: Los que confiesen que no ven, y buscan al médico, para que vean; y los que ven, se vuelvan ciegos. ¿Qué es, los que ven, se vuelvan ciegos? Es decir, los que creen que ven, y no buscan al médico, sino que permanecen en su ceguera. Por tanto, llamó a este discernimiento juicio,

por el cual distingue a los humildes de los soberbios, a los creyentes de los no creyentes, a los que buscan al médico, de aquellos que desprecian buscar al médico. Oh Señor, viniste para que los que no ven, vean; correctamente, porque eres luz; correctamente, porque eres día; correctamente, porque liberas a los hombres de las tinieblas. Que toda alma reciba esto, que toda alma entienda esto, para que no permanezcan en las tinieblas, sino que sean iluminados por aquel que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I). Entonces algunos de los fariseos se conmovieron por estas palabras:

Y le dijeron: ¿Acaso también nosotros somos ciegos? Escucha ya qué es lo que los movía: Y los que ven, se vuelvan ciegos.

Jesús les dijo: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado. Aunque la ceguera misma es pecado, si fuerais ciegos, es decir, si os reconocierais ciegos, si os dijerais ciegos, y corrierais al médico; si así fuerais ciegos, no tendríais pecado.

Ahora bien, porque decís, que vemos, vuestro pecado permanece. ¿Por qué? porque al decir Vemos, no buscáis al médico, permanecéis en vuestra ceguera.

CAPÍTULO X.

Amén, amén os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otro lado, es ladrón y salteador. Hasta ese lugar: Este proverbio les dijo Jesús.

Pero ellos no entendieron lo que les decía. Debido al veneno y la soberbia, y la arrogancia incurable de los fariseos (que se jactaban de ver, cuando eran ciegos), el Señor Jesús hiló estas cosas que se leen en esta parábola, que él mismo se dignó exponer a los que entendían: en la cual nos advirtió saludablemente, si prestamos atención, no gloriarnos en la sabiduría humana, ni en la dignidad de las costumbres, si falta la humildad de la fe católica en Cristo. Porque hay muchos paganos que según cierta costumbre de esta vida son llamados buenos hombres, inocentes, y como si observaran lo que está mandado en la ley, honrando a sus padres, no cometiendo adulterio, no perpetrando homicidio, no robando, no dando falso testimonio contra nadie, y otras cosas que están mandadas en la ley, como si las observaran, y no son cristianos, y a menudo se jactan, como estos fariseos, diciendo: ¿Acaso también nosotros somos ciegos? Pero hacen todas estas cosas en vano, porque no entran por la puerta, sino que con altiva arrogancia buscan ascender por sí mismos. Por lo tanto, el Señor propuso una similitud sobre su rebaño, y sobre la puerta, por la cual se entra al redil. ¿De qué sirve la vana jactancia de los que se inflan de vivir bien, si su vida no llega al fin de vivir bien perpetuamente? Porque vivir bien debe servir a cada uno para que se le conceda vivir siempre bien. Pues si a alguien no se le concede vivir siempre bien, ¿de qué le sirve vivir bien? Por tanto, no deben ser llamados los que viven bien, si no se les concede el fin de vivir bien, ya sea por ignorancia o por desprecio. Pero no hay esperanza verdadera y cierta de vivir siempre bien, a menos que se reconozca la vida, que es Cristo, y se entre por la puerta al redil. Porque hay algunos hombres que se glorían en sus costumbres, y buscan atraer a otros tras de sí, no instruyendo a sus seguidores con los preceptos de Cristo, sino persuadiéndoles a vivir según sus propios ejemplos; de los cuales en otro lugar la misma Verdad dice: Enseñando doctrinas de hombres, y despreciando los mandamientos de Dios (Mateo XV). Estos buscan ascender por otro lado, robar y matar, no como pastor, salvar y conservar. De tales se dice aquí: Pero sube por otro lado, ese es ladrón y salteador. No solo se encuentran tales doctores entre aquellos que están sin el nombre de Cristo, como muchos filósofos, que proclamaban su sabiduría con bocas resonantes, y prometían vida bienaventurada a sus seguidores; sino también muchos, que eran llamados por el nombre cristiano, y se jactaban de ser iluminados

por Cristo, inventándose nuevos nombres sobre Cristo, y contrarios a la fe católica, como hacían innumerables herejes, pensando falsamente que entraban por la puerta, que es Cristo. Sabellio dice: «El que es Hijo, él mismo es Padre, pero el Hijo no es el Padre.» No entra por la puerta, quien dice que el Hijo es el Padre. Arrio dice: «Otra cosa es el Padre, otra cosa el Hijo.» Diría correctamente, si dijera: otro, no otra cosa; pues cuando dice otra cosa, contradice a aquel de quien oye: Yo y el Padre somos uno (Aquí, infra). Tampoco él entra por la puerta. Pues predica a Cristo como se lo imagina, no como lo tiene la verdad. Fotino dice: «Cristo es solo hombre, no Dios.» Tampoco él entra por la puerta, porque Cristo es hombre y Dios. A esta nueva herejía, que ha surgido en nuestros tiempos, parece consentir, afirmando y predicando: Cristo, como cualquiera de los santos, es Dios de nombre, y no verdadero. ¿Qué necesidad hay de recorrer mucho, y enumerar muchas vanas herejías? Mantened esto, creed que el redil de Cristo es la Iglesia católica. Cualquiera que quiera entrar al redil, entre por la puerta, es decir, por Cristo, y predique a Cristo verdadero Dios, y verdadero Hijo de Dios. No solo predique a Cristo, sino que también busque la gloria de Cristo, no la suya. Pues muchos buscando su propia gloria, dispersaron más bien las ovejas de Cristo, que las congregaron. Porque la puerta es humilde, Cristo nuestro Señor Dios, quien dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. (Mateo XI). Quien entra por esta puerta, debe humillarse, para que pueda entrar con cabeza sana. Estos son los que oyen la voz del verdadero pastor. Estos son los que el verdadero pastor llama por su nombre: de estos se ha dicho: Alegraos y regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos (Lucas X). De aquí los llama por su nombre. ¿Y quién más los saca, sino quien perdona sus pecados, para que puedan seguirlo liberados de duras cadenas? ¿Y quién los precede, a quien siguen, sino quien resucitando de entre los muertos ya no muere, y la muerte no tendrá más dominio sobre él? Estos los saca de la fe a la visión; y va delante de ellos, porque primero de todos ascendió al cielo; y las que son sus ovejas, lo siguen, porque conocen la voz de su doctrina. Pero no siguen a los guías extraños, sino que huyen de ellos, porque no conocen la voz, es decir, la doctrina, de los extraños. Pero al hablar el Señor Jesús, no entendieron, los que oyeron (Isaías VI); porque tenían el corazón embotado, y oyeron pesadamente (Hechos XXVIII). Nombra la puerta, nombra el redil, nombra las ovejas, encomienda todas estas cosas, pero aún no las expone. Leamos, pues, porque vendrá a esas palabras en las que se dignará exponernos algunas de las cosas que dijo; de cuya exposición nos dará tal vez también entender aquellas que no expuso. Porque alimenta con lo manifiesto, ejerce con lo oscuro. Escuchemos al que expone, que hemos oído al que propone.

Jesús les dice de nuevo: Amén, amén os digo, que yo soy la puerta de las ovejas. He aquí la misma puerta, que había puesto cerrada, la abrió. Él es la puerta. Lo hemos reconocido, entremos, para que nos regocijemos de haber entrado.

Todos los que vinieron, son ladrones y salteadores. ¿Qué es esto, Señor? Todos los que vinieron. ¿Qué? tú viniste. Pero entiende: Todos los que vinieron, dijo, ciertamente aparte de mí. Recordemos, pues. Antes de su venida vinieron los profetas; ¿acaso fueron ladrones y salteadores? De ninguna manera. No vinieron aparte de él, sino con él. Con él, digo, vinieron, porque enviaba pregoneros de su venida, y poseía los corazones de aquellos a quienes enviaba. Con él, pues, vinieron, porque vinieron con la palabra de Dios. Yo soy, dice, el camino, la verdad y la vida (Juan IV). Él es la verdad. Con él vinieron, porque fueron veraces, y predicaron la verdad. Pero todos los que vinieron aparte de él, son ladrones y salteadores. Vinieron por sí mismos, porque no fueron enviados por él, dice el Apóstol: ¿Cómo predicarán, si no son enviados? (Romanos X). Y porque vinieron por sí mismos, y no son enviados por él, son ladrones y salteadores. Pues antes de la venida de Cristo hubo falsos profetas en el pueblo de Dios, falsos doctores, como después de su venida bajo el nombre

cristiano hubo muchísimos falsos doctores, ni doctores, sino seductores; no predicadores, sino depredadores, ejerciendo latrocinios, no adhiriéndose a la sana doctrina, sino a la falsa, de los cuales se ha dicho: Son ladrones y salteadores, es decir, vinieron a robar y matar. Pero no los oyeron aquellas que son verdaderas ovejas, no ocultando un corazón de lobo bajo piel de oveja. Por tanto, los que predicaron antes de la venida de Cristo, predicaron con el mismo espíritu con que los apóstoles y santos doctores, que después de la venida de Cristo mostraron al mundo el camino de la verdad. Pero todos los que en aquel tiempo creyeron, ya sea en Abraham, o Isaac, o Jacob, o Moisés, o en otros patriarcas, y otros profetas que anunciaban a Cristo, eran ovejas, y creyeron en Cristo, no oyeron una voz ajena, sino la de Cristo mismo. Porque el juez clamaba en el pregonero, mientras el pregonero anunciaba al juez que vendría. Otros son, pues, aquellos a quienes no oyeron las ovejas, en quienes no estaba la voz de Cristo, errantes, enseñando falsedades, parloteando vanidades, inventando cosas vanas, seduciendo a los miserables, como los falsos profetas, como los escribas y fariseos en los tiempos del mismo Señor. Estos son los que vinieron por sí mismos, y no son enviados por el juez. A estos, pues, con sus doctrinas expulsados lejos, veamos a quiénes llama el Buen Pastor. Porque dice:

Yo soy la puerta; si alguno entra por mí, será salvo, y entrará, y saldrá, y hallará pastos. Y con esto muestra claramente que no solo el pastor, sino también las ovejas entran por la puerta. Pero, ¿qué significa, entrará y saldrá, y hallará pastos? Entrar en la Iglesia por la puerta que es Cristo, es algo muy bueno. Sin embargo, salir de la Iglesia, como dice el mismo Juan evangelista en su Epístola: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros (1 Juan II), no es ciertamente bueno. Tal salida no podría ser alabada por el buen Pastor, como para decir: Y entrará y saldrá, y hallará pastos. Hay, por tanto, una entrada y una salida buena por la buena puerta, que es Cristo. Pero, ¿cuál es esa salida loable y bendita? Podría decir que entramos cuando pensamos algo interiormente, y salimos cuando actuamos exteriormente, y puesto que, como dice el Apóstol, por la fe habita Cristo en nuestros corazones, salir por Cristo es actuar también externamente según esa misma fe, es decir, obrar ante los hombres; de ahí que en el salmo se diga: Saldrá el hombre a su obra (Salmo CIII); y el mismo Señor dice: Brillen vuestras obras ante los hombres (Mateo V). Pero me agrada más lo que la misma Verdad, como buen Pastor, y por tanto buen maestro, de alguna manera nos advirtió sobre cómo debemos entender lo que dijo: Entrará y saldrá, y hallará pastos, cuando añadió: El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia. Parece haber dicho que tengan vida al entrar. Pero nadie puede salir por la puerta, es decir, por Cristo, hacia la vida eterna, que será en la visión, si no ha entrado por esa misma puerta, es decir, por el mismo Cristo, en su Iglesia, que es su redil, hacia la vida temporal, que es en la fe; por eso dice: Yo he venido para que tengan vida, es decir, la fe, que obra por el amor; por la cual fe entran en el redil para vivir, porque el justo vivirá por la fe (Habacuc II). Y la tengan en abundancia, quienes perseverando hasta el fin, salen por esa puerta, es decir, por la fe de Cristo, porque los verdaderos fieles mueren, y tendrán vida en abundancia, yendo a donde aquel Pastor ha precedido, donde nunca más morirán. Aunque aquí en el mismo redil no faltan pastos (pues podemos entender lo que se ha dicho: Y hallará pastos, tanto para la entrada como para la salida), sin embargo, verdaderamente hallarán pastos donde se sacien los que tienen hambre y sed de justicia (Mateo XV). Algunos hallan pastos, a quienes se les dijo: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas XXIII). Sigue la sentencia del Señor sobre la perfección del buen pastor, y sobre la huida del mal pastor, a quien llama mercenario.

Yo soy, dice, el buen Pastor. El buen Pastor da su vida por las ovejas; pero el mercenario huye, porque es mercenario, y no le importan las ovejas. Hablando el Señor Jesús a sus

ovejas, tanto presentes como futuras, que entonces estaban allí, porque ya había allí sus ovejas, había las que serían sus ovejas, y en las presentes y futuras, y en ellas y en nosotros, y en cuantas después de nosotros serán sus ovejas, muestra cuánto las ama. Todas, pues, oirán la voz de su pastor, diciendo: Yo soy el buen Pastor, no añadiría bueno, si no hubiera pastores malos. Pero los pastores malos son ellos mismos ladrones y salteadores, o ciertamente, al menos, mercenarios. Debemos conocer y distinguir aquí todas las personas que pudo requerir. El Señor abrió el camino a dos cosas que de alguna manera había dejado cerradas. Ya sabemos que él mismo es la puerta, sabemos que él mismo es el pastor. Quiénes son los ladrones y salteadores, se ha revelado en la sentencia anterior. Ahora hemos oído al mercenario, hemos oído también al lobo, se ha mencionado también al portero. En los buenos, pues, está la puerta, el portero, el pastor y las ovejas; en los malos, los ladrones y salteadores, el mercenario y el lobo. Tomamos al Señor Jesucristo como la puerta, al mismo como pastor. Nos dejó buscar al portero, y ¿qué dice al portero?

A este, dice, el portero le abre. ¿A quién le abre? al pastor; ¿qué le abre al pastor? la puerta, ¿y quién es la misma puerta? el mismo pastor. Son nombres diferentes, pastor, puerta, oveja, significando una sola cosa. Pues hemos oído poco antes las palabras del mismo Señor: Yo soy la puerta. Y ahora se nos ha leído: Yo soy el pastor, que también es llamado cordero por el amigo del esposo, como hemos oído en este presente Evangelio: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo (Juan I), de quien mucho antes el profeta predijo: Como oveja fue llevado al matadero (Isaías LIII); aunque todo su cuerpo se entiende como sus ovejas. También puede entenderse aquel portero, porque nadie entra ni sale, sino abriendo él, porque tiene la llave de David; quien abre, y nadie cierra; cierra, y nadie abre (Apocalipsis III). No nos desagrade, pues, aceptar al mismo portero según cierta similitud, que también es la puerta. ¿Quién es el portero, sino quien abre? ¿Quién abre, sino quien se expone? diciendo él mismo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV). Si acaso deseas buscar otra persona del portero, es el Espíritu Santo, de quien el mismo Señor dijo a sus discípulos: Él os enseñará toda la verdad (Juan XVI). Cristo es ciertamente la puerta, Cristo es ciertamente la verdad. ¿Quién abre la puerta, sino quien enseña toda la verdad? Cuando el Señor quiso mostrar la obra del buen pastor, se propuso a sí mismo como ejemplo, diciendo: El buen pastor da su vida por las ovejas. Hizo lo que aconsejó, mostró lo que mandó. Dio su vida por las ovejas. Se nos mostró el camino del desprecio de la muerte que debemos seguir, con la forma añadida, a la que debemos conformarnos. Primero debemos ofrecer misericordiosamente nuestras cosas exteriores a sus ovejas; y finalmente, si es necesario, incluso ofrecer nuestra vida por las mismas ovejas. ¿Quién no da su sustancia por las ovejas, cuándo dará su vida por ellas? Hemos expuesto, o más bien, entendimos por la enseñanza del Señor quién es el pastor, quién es la puerta, quién es el portero, quiénes son también las ovejas, y también quiénes son los ladrones y salteadores; pero ahora consideremos sobre el mercenario y el lobo, de quienes el mismo Señor dijo:

El mercenario, y el que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye. No se le llama pastor, sino mercenario, porque no alimenta las ovejas del Señor por amor íntimo, sino por recompensas temporales. Es mercenario, quien ocupa el lugar de pastor, pero no busca el beneficio de las almas, se afana por las comodidades terrenales, se alegra con el honor de la preeminencia, se alimenta de ganancias temporales, se regocija con la reverencia que le rinden los hombres. Estas son las recompensas del mercenario, que por el mismo hecho de que trabaja en el gobierno, encuentra lo que busca, y queda ajeno a la herencia del rebaño en el futuro. El lobo viene sobre las ovejas, cuando cualquier injusto y ladrón oprime a los fieles humildes. Pero aquel que parecía ser pastor, y no lo era, deja las ovejas y huye, porque al temer el peligro para sí mismo, no se atreve a

resistir su injusticia. Huye, no cambiando de lugar, sino retirando su consuelo. Huye, porque vio la injusticia y calló. Huye, porque se esconde en silencio. Pero hay otro lobo, que sin cesar diariamente, no desgarrar cuerpos, sino mentes, a saber, el espíritu maligno, que ronda las cercas de los fieles, y busca las muertes de las almas (1 Pedro V); sobre este lobo se añade inmediatamente:

Y el lobo arrebató y dispersa las ovejas. El lobo viene, y el mercenario huye, porque el espíritu maligno desgarrar las mentes de los fieles en la tentación, y el que ocupa el lugar de pastor no tiene cuidado de la solicitud. Las almas perecen, y él se alegra de las comodidades terrenales. El lobo arrebató y dispersa las ovejas, cuando arrastra a uno a la lujuria, enciende a otro en la avaricia, levanta a otro en la soberbia, divide a otro por la ira, a este lo estimula la envidia, a aquel lo engaña con la falacia. Así, pues, el lobo disipa el rebaño, cuando el diablo mata al pueblo fiel por las tentaciones; pero contra esto el mercenario no se enciende con ningún celo, no se excita con ningún fervor de amor, porque mientras busca solo las comodidades exteriores, sufre negligentemente las pérdidas interiores del rebaño, de donde se añade inmediatamente:

El mercenario, pues, huye, porque es mercenario, y no le importan las ovejas. La única causa, pues, de que el mercenario huya, es porque es mercenario, como si se dijera abiertamente: No puede permanecer en el peligro de las ovejas, quien en el hecho de que preside sobre las ovejas, no ama a las ovejas, sino que busca el lucro terrenal. Pues mientras abraza el honor, mientras se alegra con las comodidades temporales, teme oponerse al peligro, no sea que pierda lo que ama. Pero porque nuestro Redentor dio a conocer las culpas del pastor falso, nuevamente muestra la forma a la que debemos conformarnos, diciendo:

Yo soy el buen pastor. Y añade: Y conozco a las mías, es decir, amo, y las mías me conocen, Como si dijera claramente: los que aman obedecen. De donde añade inmediatamente:

Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre, y pongo mi vida por mis ovejas. Como si dijera abiertamente: En esto se manifiesta que conozco al Padre, y soy conocido por el Padre, porque pongo mi vida por mis ovejas; es decir, con el amor con que muero por las ovejas, muestro cuánto amo al Padre. Pero porque no solo había venido a redimir a Judea, sino también a la gentilidad, añade:

Y tengo otras ovejas, que no son de este redil; a ellas también debo traer, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor. Nuestro Señor había mirado nuestra redención, porque venimos del pueblo gentil, cuando decía que debía traer también otras ovejas. Esto lo veis, hermanos, que se hace cada día, esto lo veis hecho hoy con las naciones reconciliadas. Como de dos rebaños hace un solo redil, porque une al pueblo judío y al gentil en su fe; atestiguando Pablo, quien dice: Él es nuestra paz, que de ambos hizo uno (Efesios II). Pues al elegir para la vida eterna a los sencillos de ambas naciones, conduce a su redil a las ovejas, de las cuales ciertamente dice nuevamente:

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna. De las cuales también dice poco antes: Por mí si alguno entra, será salvo, y entrará, y saldrá, y hallará pastos. Entrará, pues, a la fe, saldrá de la fe a la visión, de la creencia a la contemplación. Y hallará pastos en la eterna satisfacción. Sus ovejas, pues, hallarán pastos, porque quien lo sigue con corazón sencillo, se nutre del alimento de la eterna verdor. ¿Y cuáles son los pastos de estas ovejas, sino los gozos eternos del paraíso siempre verde? Los pastos de los elegidos son el rostro del Dios presente, que al ser contemplado sin defecto, la mente se sacia sin fin con el alimento de la vida. Sigue:

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. ¿Qué dice? Por eso me ama el Padre, porque muero para resucitar. Pues con gran peso se dijo: Yo: Porque yo, dice, pongo mi vida. Yo la pongo. ¿Qué es, yo la pongo? Yo, dice, la pongo. No se gloríen los judíos. Pudieron ser crueles, no pudieron tener poder. Que sean crueles cuanto puedan; si yo no quisiera poner mi vida, ¿qué harán con su crueldad? Fueron derribados con una respuesta, cuando se les dijo: ¿A quién buscáis? dijeron a Jesús, y él les dijo: Yo soy; retrocedieron y cayeron (Juan XVIII). Los que cayeron ante una palabra de Cristo muriendo, ¿qué harán ante la palabra del que juzga? Yo, dice, pongo mi vida. No se gloríen los judíos, como si hubieran prevalecido; él mismo puso su vida. Así como tuvo poder para ponerla, también tuvo poder para volverla a tomar: lo cual mostró con otras palabras en este mismo Evangelio diciendo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II). Lo cual el evangelista explicó diciendo: Esto decía del templo de su cuerpo (Ibid.); y añadió que sus discípulos recordaron estas palabras cuando Jesús resucitó de los muertos. Lo que se levantaba era lo que moría. Pues el Verbo no pudo morir, ni aquella alma murió. Solo la carne murió, y resucitó al tercer día. Pero se debe preguntar qué significa lo que dijo: Yo pongo mi vida. ¿Quién la puso? ¿a quién puso? ¿Quién es el que la puso? ¿Qué es Cristo? El Verbo y el hombre; no solo hombre, como solo carne; sino porque el hombre consta de carne y alma, todo el hombre en Cristo; no habría asumido la parte inferior, y habría dejado la parte superior, pues la parte del hombre mejor es el alma que el cuerpo. Porque, pues, todo el hombre en Cristo, ¿qué es Cristo? El Verbo, digo, y el hombre. El Verbo se hizo carne (Juan I); es decir, Dios se hizo hombre. Dice, pues: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volverla a tomar. Cristo, pues, puso por nosotros, y cuando quiso la puso, y cuando quiso la tomó. Poner, pues, la vida, es morir. Así también el apóstol Pedro dijo al Señor: Mi vida pondré por ti (Juan XIII); es decir, moriré por ti en la carne. La carne puso su vida, y la carne volvió a tomar su vida; no obstante, no por su propio poder la carne, sino por el poder del Verbo de Dios que habitaba en ella. El Verbo de Dios nunca puso su vida, desde que la asumió en la unidad de su persona; pero la carne puso su vida al expirar. Mira al mismo Señor en la cruz, qué dijo: Tengo sed (Juan XIX). Los que estaban presentes empaparon una esponja en vinagre, la ataron a una caña, y la acercaron a su boca. Cuando lo hubo tomado, dijo: Está cumplido (Ibid.). ¿Qué es, está cumplido? Se han cumplido todas las cosas que antes de la muerte habían sido profetizadas. Y porque tenía poder para poner su vida cuando quisiera, después de haber dicho: Está cumplido: dice el evangelista: E inclinando la cabeza entregó el espíritu. Lo que aquí se dice: Entregó, aquí se dice, Pone, porque es lo mismo entregar que poner. ¿Quién entregó? ¿a quién entregó? Entregó el espíritu, la carne lo entregó. ¿Qué es, la carne lo entregó? La carne lo emitió, la carne lo expiró. Por eso se dice expirar, es decir, hacerse fuera del espíritu, como es exiliarse, hacerse fuera del suelo. Lo que aquí dice: Tengo poder para poner mi vida, allí se dice: E inclinando la cabeza entregó el espíritu, que el espíritu es el alma. Cuando, pues, el alma sale de la carne, y queda la carne sin alma, entonces se dice que el hombre pone su vida. ¿Cuándo puso Cristo su vida? cuando el Verbo quiso; pues el principado estaba en el Verbo; allí estaba el poder, cuando la carne pondría su vida, cuando la tomaría. Pues así como un hombre es alma y cuerpo, así un Cristo es Verbo y hombre. Alma y cuerpo son dos cosas, pero un hombre. Verbo y hombre son dos cosas, pero un Cristo. Nadie, pues, titubee en la fe, cuando oye al Señor decir: Tengo poder para poner mi vida. La pone la carne, pero por el poder del Verbo. La toma la carne, pero por el poder del Verbo. Verbo, alma, carne, uno es Cristo; y mientras la carne fue muerta, Cristo fue muerto; y mientras la carne tomó su vida, Cristo tomó su vida, porque todo lo que allí se hizo en la dispensación de la salvación humana, todo lo hizo un Cristo, un Hijo de Dios propio y perfecto, un Dios verdadero y omnipotente: hombre por el Verbo Dios, Dios por el

hombre hombre: como se ha dicho: El Verbo se hizo carne (Juan I). Pero todas estas cosas, de donde se cumplieron, lo mostró con la palabra siguiente.

Este mandamiento, dice, recibí de mi Padre. El Verbo no recibió el mandamiento por palabra, sino que en el Verbo unigénito del Padre está todo mandamiento. Pero cuando se dice que el Hijo recibe del Padre lo que sustancialmente tiene, como se ha dicho: Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V), siendo el Hijo mismo la vida, no se disminuye el poder, sino que se muestra la generación, porque el Padre no añadió algo al Hijo que nació imperfecto, sino que al que engendró perfecto le dio todo al engendrarlo. Así le dio su igualdad, al que no engendró desigual. Pero mientras el Señor hablaba estas cosas, porque la luz brillaba en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.

Se hizo nuevamente disensión entre los judíos por estas palabras. Y muchos de ellos decían: Tiene demonio, y está loco; ¿por qué le escucháis? Estas fueron densísimas tinieblas.

Otros decían: Estas palabras no son de un endemoniado, ¿puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos? Ya los ojos de estos comenzaban a abrirse, y a ver algo de luz, y a reconocer la verdad. Oímos la paciencia del Señor, y entre los reproches de los judíos la predicación de la salvación. Pero ellos, endurecidos, más se dispusieron a tentarlo que a obedecer sus palabras.

El evangelista dice: "Se celebraron las Encaenias en Jerusalén, y era invierno; y Jesús andaba en el templo, en el pórtico de Salomón". Las Encaenias eran la festividad de la dedicación del templo, que el pueblo de Dios acostumbraba celebrar anualmente según la antigua tradición de los padres. Pero es de notar que estas Encaenias, que aquí se mencionan, no se refieren a la primera dedicación del templo, sino a la última: lo cual se deduce fácilmente porque se dice que ocurrieron en invierno. La primera dedicación del mismo templo fue hecha por Salomón en otoño, la segunda por Zorobabel y el sacerdote Jesús en primavera, y la tercera por Judas Macabeo en invierno, cuando se estableció especialmente que la misma dedicación se renovara anualmente con solemnes oficios en memoria (III Reyes VI, VIII; Isaías VI; I Macabeos IV); la cual también se observó hasta el tiempo de la Encarnación del Señor, como escuchamos cuando se leyó el Evangelio. Esta dedicación se reconoce que se mantiene en las iglesias de Cristo en la actualidad por saludable costumbre. Es de considerar por qué el evangelista dijo que estas Encaenias se hicieron en invierno. Sin duda, por la dureza de los judíos y la infidelidad, que a menudo se designa con el nombre de frío. Y Jesús andaba en el pórtico de Salomón. Si, por tanto, el Hijo de Dios quiso andar en el templo, donde se ofrecía carne y sangre de animales brutos, con mayor razón se alegrará de visitar nuestra casa de oración, donde se celebran los sacramentos de su carne y sangre. Si no despreció caminar por el pórtico donde un rey mortal y terrenal, aunque poderosísimo y sapientísimo, solía estar para orar, cuánto más desea visitar e iluminar los recintos de nuestros corazones, si los encuentra como el pórtico de Salomón, es decir, si los ve poseer su temor, que es el principio de la sabiduría. No se debe pensar que solo la casa en la que nos reunimos para orar o celebrar los misterios es el templo del Señor; y que no somos nosotros mismos, que nos reunimos en el nombre del Señor, mucho más llamados y somos su templo, cuando el Apóstol dice claramente: "Vosotros sois el templo del Dios vivo, como dice Dios: Habitaré en ellos y caminaré entre ellos" (II Cor. VI). El evangelista muestra por qué dijo "en invierno", cuando dice:

Lo rodearon los judíos. Lo rodearon, pues, con el propósito de tentarlo, no con la voluntad de reconocer la verdad, y decían:

¿Hasta cuándo nos tendrás en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Esto no lo decían buscando la verdad de la fe, sino acechando al que interrogaban y tramando calumnias, para encontrar cómo acusarlo, no queriendo creer que él era Dios, sino que solo sería un hombre puro y un rey superior a los demás hombres; en esta misma locura sus descendientes persisten hasta el presente, y hasta que reciban al Anticristo en lugar de Cristo, no cesan de errar. Y si el Señor Jesús respondiera que él era, pensaban entregarlo al poder del gobernador para ser castigado, como si se opusiera a Augusto, usurpando un imperio ilícito. Pero él, velando por nuestra salvación, para quienes estas cosas debían ser escritas, moderó su respuesta de tal manera que cerró la boca de los calumniadores y, porque es Cristo, lo reveló claramente a los fieles. Ellos preguntaban por el hombre Cristo, pero él narra abiertamente los misterios de su divinidad, por la cual es igual al Padre. Veamos, pues, qué dijeron los judíos rodeando al Señor: "¿Hasta cuándo nos tendrás en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente". Cristo no vino a quitar el alma a los que creen en él, sino a vivificar el alma. Pero los judíos se quitaron el alma por su infidelidad, al reunirse para tentar a Cristo, no para creer en él.

Jesús les respondió: "Os lo he dicho, y no creéis". Muestra propiamente quién es, al decir: "Os lo he dicho", es decir, el Verbo de Dios coeterno con el Padre, porque las obras que hace en el nombre del Padre testifican que es el Hijo de Dios, que no buscó su propia gloria, sino la de aquel que lo envió, porque una es la gloria del Padre y del Hijo; pero los corazones de los infieles no pudieron recibir esta fe, de los cuales dice:

"Pero vosotros no creéis". Y da la razón por la cual no creen.

"Porque no sois de mis ovejas". Las ovejas son creyendo, las ovejas son siguiendo al pastor, las ovejas son no despreciando al Redentor, las ovejas son entrando por la puerta, las ovejas son saliendo y encontrando pastos. ¿Cómo, pues, les dijo: "No sois de mis ovejas"? porque los veía destinados a la perdición eterna, no comprados para la vida eterna con el precio de su sangre.

"Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna". Dice, "las conozco". Es costumbre de la Sagrada Escritura decir que el Señor conoce todo lo que elige, como dice el Apóstol: "El Señor conoce a los que son suyos" (II Tim. II); y no conocer aquello que no aprueba como digno de vida eterna. Por eso dirá a los impíos: "No os conozco" (Mat. VII). Sigue sobre las ovejas: "Y yo les doy vida eterna". Estos son los pastos que prometió antes a sus ovejas, donde no crece hierba, todo es verde, todo florece, todo permanece íntegro, y lo que una vez se recibe, siempre se tiene.

"Y no perecerán jamás". Aquí se debe entender cómo vosotros pereceréis, porque no sois de mis ovejas.

"Y nadie las arrebatará de mi mano". Es decir, de mi poder.

"Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos". Lo que el Padre dio al Hijo es mayor que todos, para que él mismo sea el Hijo unigénito, igual, consustancial. ¿Qué es lo que dio? Sin duda, al engendrarlo, porque no lo engendró menor que él, ni posterior en el tiempo, sino coeterno, siempre Dios sin principio de tiempo. No se debe decir: No era antes de nacer. Nunca no nació, quien era coeterno con el Padre. Quien entiende, comprende; quien no

comprende, crea. Que se nutra en la fe, para que pueda comprender el Verbo de Dios, porque el Verbo es el Hijo. Siempre, pues, el Hijo, y siempre igual. No por crecer, sino por nacer es igual, quien siempre nacido del Padre es Hijo, de Dios Dios, de eterno coeterno. Pero el Padre no es Dios del Hijo, el Hijo es Dios del Padre. Por eso el Padre, al engendrar, dio que fuera Dios, al engendrar dio que fuera igual, esto es, lo que es mayor que todos. Por eso este Juan trasciende todas las alturas de las criaturas, y miles de ejércitos de ángeles, y todas las cosas grandes, y llega a aquello que es mayor que todos, y dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I). Esto es lo que es mayor que todos, es decir, que yo sea su Verbo, que yo sea su Hijo unigénito, que yo sea el resplandor de su luz. Por eso nadie arrebata las ovejas de mi mano.

"Y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre". La mano del Padre y la mano del Hijo es una mano, es decir, un poder, porque una es la divinidad, una la majestad, una la eternidad, una la igualdad. Esta igualdad, que el mismo Señor tuvo en la divinidad antes de que el mundo existiera, con el Padre (Juan XVII), la recibió en humildad desde el tiempo de la Encarnación, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Dando a entender claramente que su mano y la del Padre son una e indisoluble, es decir, su poder; y por eso se debe creer que él es Cristo, quien no, como los demás, fue hecho por gracia en el tiempo, sino que siempre ha existido como el verdadero Hijo de Dios, lo cual también aclara con la siguiente sentencia, diciendo:

"Yo y el Padre somos uno". Uno, dice, somos; una es nuestra sustancia, una es la divinidad, una la eternidad, perfecta igualdad, ninguna disimilitud. Con estas palabras, ciertamente, no solo explicó la cuestión presente de los judíos, que preguntaban si él era el Cristo, sino que también mostró cuán execrable es la perfidia de los herejes, que previó que surgiría. Que Sabellio calle al escuchar "Yo y el Padre", quien con doctrina errónea afirmó que el Padre y el Hijo son una sola persona; pues "Yo y el Padre" son dos personas. Asimismo, que Arrio se sonroje al escuchar "Somos uno", quien afirma dos naturalezas en el Padre y el Hijo, ya que uno significa una naturaleza, así como somos dos personas. Sigamos la fe apostólica, que el bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, confesó: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo" (Mat. XVI). Los judíos, al escuchar las palabras del Señor, hasta aquí soportaron; pero cuando dijo: "Yo y el Padre somos uno", no lo soportaron, sino que, como es su costumbre, duros, corrieron a las piedras, como dice el Evangelista:

Tomaron piedras para apedrearlo. El Señor, porque no sufría lo que no quería sufrir, y no sufrió sino lo que quiso sufrir, aún hablando a aquellos que deseaban apedrearlo. Los judíos tomaron piedras para apedrearlo.

Jesús les respondió: "Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?" Y respondieron: "No te apedreamos por una buena obra, sino por blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios". A esto respondieron por lo que había dicho: "Yo y el Padre somos uno". He aquí que los judíos entendieron lo que los arrianos no entienden. Por eso se enojaron, porque sintieron que no se puede decir: "Yo y el Padre somos uno", sino donde hay igualdad entre el Padre y el Hijo. Pero ve lo que respondió el Señor a los perversos. Los ve incapaces de soportar el esplendor de la verdad, y los probó con palabras.

¿No está escrito en vuestra ley (es decir, dada a vosotros) que, "Yo dije: Sois dioses"? Dios dice por el profeta en el salmo a los hombres: "Yo dije: Sois dioses" (Sal. LXXXI); y el Señor llamó ley a todas esas Escrituras en general, aunque en otros lugares distingue la ley de los profetas, como en: "La ley y los profetas hasta Juan" (Mat. XI); y "en estos dos mandamientos se resume toda la ley y los profetas" (Mat. XXVIII). A veces, sin embargo,

divide esas mismas escrituras en tres, donde dice: "Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley, los profetas y los salmos acerca de mí" (Luc. XXIV). Pero ahora también llamó a los salmos con el nombre de ley, donde está escrito: "Yo dije: Sois dioses".

Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y no puede ser anulada la Escritura, a quien el Padre santificó y envió al mundo, ¿vosotros decís: Porque blasfemas, porque dije: Soy Hijo de Dios? La palabra de Dios vino a los hombres para que fueran llamados dioses, el mismo Verbo de Dios, que está con Dios. Si, pues, los hombres participando se hacen dioses; ¿de dónde participan, no es Dios? Si las luces iluminadas son dioses, la luz que ilumina, ¿cómo no es Dios? Si calentados de alguna manera por el fuego salvador, se hacen dioses, ¿de dónde se calientan, no es Dios? Te acercas a la luz, te iluminas, y eres contado entre los hijos de Dios. Si te alejas de la luz, te oscureces, y eres contado entre las tinieblas. Sin embargo, esa luz ni se acerca a sí misma, porque no se aleja de sí misma. Si, pues, el Verbo de Dios os hace dioses, ¿cómo no es Dios el Verbo de Dios Padre?

Por tanto, el Padre santificó a su Hijo, y lo envió al mundo. Tal vez alguien diga: Si el Padre lo santificó, alguna vez no era santo. Así, pues, lo santificó, como lo engendró. Para que fuera santo, al engendrarle se lo dio, porque lo engendró santo. Pues si lo que se santifica antes no era santo, ¿cómo decimos al Padre: "Santificado sea tu nombre" (Mat. VI)?

Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero si las hago, y si no queréis creerme a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en él. ¿Cómo pueden decir los hombres: Si pensamos bien, estamos en Dios; y si vivimos bien, Dios está en nosotros. Los fieles participando de su gracia, iluminados por él, estamos en él, y él en nosotros. Pero no así el Hijo unigénito. Él en el Padre, y el Padre en él, como igual en aquel a quien es igual. De hecho, nosotros a veces podemos decir: Estamos en Dios, y Dios en nosotros. ¿Podemos decir: Yo y Dios somos uno? ¿Cómo dijo el Unigénito: "El que me ve, ve al Padre"? "Yo y el Padre somos uno"? Reconozcamos lo propio del Señor, y el don del siervo. Lo propio del Señor es la igualdad con el Padre, el don del siervo es la participación del Salvador.

Por tanto, buscaban prenderlo. Ojalá lo hubieran prendido, pero creyendo y entendiendo, no enfureciéndose y matando. Por tanto, buscaban prenderlo. Pues mientras querían prenderlo, ¿qué les hizo?

Y salió de sus manos. No lo prendieron porque tenían poca fe; y porque no quiso, quien tenía poder para poner su vida, no lo prendieron; pero cuando quiso, fue prendido por ellos, por manos de iniquidad.

Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan bautizaba al principio; y se quedó allí; y muchos vinieron a él, y decían: Porque Juan no hizo ningún signo (Juan V). Recordáis que se dijo de Juan que era una lámpara, y daba testimonio del día. ¿Qué dijeron, pues, estos entre sí? Ningún, dicen, milagro mostró Juan, no expulsó demonios, no curó fiebre, no iluminó ciegos, no resucitó muertos, no sació a tantas multitudes con cinco o siete panes, no caminó sobre el mar, no mandó a los vientos y las olas. Nada de esto hizo Juan, y todo lo que decía, daba testimonio de este. Vayamos al día por la lámpara. Juan no hizo ningún signo.

Pero todo lo que Juan dijo de este, era verdad. He aquí quienes lo prendieron, no como los judíos querían prenderlo al irse, lo prendieron estos permaneciendo. De hecho, ¿qué sigue? Y muchos creyeron en él.

CAPÍTULO XI.

Había un hombre enfermo, Lázaro de Betania, del pueblo de María y Marta. Muchas cosas en este milagro de Lázaro son manifiestas. No busquemos explicación en cada una, para tratar más libremente lo necesario. En la lectura anterior recordáis que el Señor salió de las manos de aquellos que querían apedrearlo, y se fue al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba. Allí, pues, estando el Señor, Lázaro enfermaba en Betania, que era un pueblo cercano a Jerusalén. María era la que ungió al Señor con ungüento, y le secó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro enfermaba.

Por tanto, sus hermanas enviaron a él, diciendo. Ya entendemos que enviaron donde estaba el Señor, porque estaba ausente. Al otro lado del Jordán, ciertamente, enviaron al Señor, anunciando que su hermano estaba enfermo, para que, si se dignaba, viniera y lo librara de la enfermedad. Él se demoró en sanar, para poder resucitar. ¿Qué, pues, anunciaron sus hermanas?

Señor, he aquí el que amas, está enfermo. No dijeron Ven; al amante solo se le debía anunciar. No se atrevieron a decir Ven y sana. No se atrevieron a decir: manda desde allí, y aquí se hará. ¿Por qué no esto también este, si la fe de aquel centurión es alabada por ello? Dice, pues: "No soy digno de que entres bajo mi techo; pero di solo una palabra, y mi siervo sanará" (Marc. VIII). Nada de esto este, sino solo: "Señor, he aquí el que amas, está enfermo". Basta con que lo sepas, pues no amas y abandonas. Alguien dirá: ¿Cómo se significaba al pecador por Lázaro, y es tan amado por el Señor? Que escuche a él diciendo: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores" (Marc. II). Pues si el Señor no amara a los pecadores, no habría asumido la semejanza de carne de pecado.

Pero al oírlo Jesús, les dijo: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella". Tal glorificación de él no lo aumentó, sino que nos benefició. Por tanto, dijo: "No es para muerte", porque esa misma muerte no es para muerte, sino más bien para el milagro, por el cual hecho los hombres creerían en Cristo, y evitarían la verdadera muerte. Ciertamente, ved cómo de manera indirecta el Señor se dijo Dios, para aquellos que lo niegan. Pues hay herejes que niegan esto, que el Hijo de Dios es Dios; he aquí que escuchen: "Esta enfermedad", dice, "no es para muerte, sino para la gloria de Dios". ¿Qué gloria? ¿de qué Dios? Escucha lo que sigue: "Para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella", ¿por qué? por esa enfermedad.

Jesús amaba, pues, a Marta, y a su hermana María, y a Lázaro. Aquel enfermo, todos tristes amados; pero los amaba también el Salvador de los enfermos, más aún el resucitador de los muertos, y el consolador de los tristes.

Por tanto, cuando oyó que estaba enfermo, entonces se quedó en el mismo lugar dos días. Anunciaron, pues, aquellas, y él se quedó allí. Se prolongó el tiempo hasta que se completara el cuarto día. No en vano, sino porque tal vez, más bien ciertamente, ese mismo número de días indica algún sacramento.

Luego, después de esto, dice a sus discípulos: "Vamos de nuevo a Judea". Donde casi había sido apedreado, quien por eso parecía haberse ido de allí, para no ser apedreado. Se fue, pues, como hombre; pero al regresar, como olvidando la debilidad, mostró su poder. "Vamos", dice, "a Judea". De hecho, dicho esto, ved cómo los discípulos se aterrorizaron.

Le dicen sus discípulos: "Rabí, ahora los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?" Jesús respondió: "¿No son doce las horas del día?" ¿Qué significa esta respuesta? Ellos dijeron: "Ahora te querían apedrear los judíos, ¿y vuelves allí para que te apedreen?" y el Señor: "¿No son doce las horas del día?"

Si alguien camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo. Pero si camina de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Habló del día, pero para nuestra comprensión es como si aún fuera de noche. Invoquemos el día, para que ahuyente la noche e ilumine el corazón con su luz. ¿Qué quiso decir el Señor? Según me parece, y según la profundidad de la sentencia, quiso reprochar la duda y la incredulidad de ellos. Querían aconsejar al Señor para que no muriera, él que había venido a morir, para que ellos no murieran. Así también, en otro lugar, el santo Pedro, amando al Señor pero aún sin entender completamente por qué había venido, temió que muriera; y esto desagradó a la Vida, es decir, al mismo Señor (Mat. XVI). Cuando, por tanto, los hombres querían dar consejo a Dios, los discípulos al maestro, los siervos al señor, los enfermos al médico, él los reprendió y dijo: ¿No son doce las horas del día? Si alguien camina de día, no tropieza. Sígueme, si no quieren tropezar. No me den consejo a mí, quienes deben recibir consejo de mí. ¿A qué se refiere entonces: ¿No son doce las horas del día? Porque para mostrar que él era el día, eligió a doce discípulos. Si yo soy, dice, el día, y ustedes las horas, ¿acaso las horas del día dan consejo? Las horas siguen al día, no el día a las horas. Si ellos son las horas, ¿qué hay de Judas, también entre las doce horas? Si era una hora, brillaba. Si brillaba, ¿cómo entregaba al día a la muerte? Pero el Señor, en esta palabra, no preveía a Judas, sino a su sucesor. Porque al caer Judas, sucedió Matías, y el número de doce permaneció. No eligió doce discípulos en vano, sino porque él mismo es el día espiritual. Que las horas sigan al día, que las horas prediquen al día, que las horas sean iluminadas por el día, que las horas sean iluminadas por el día, que el mundo crea en el día a través de la predicación de las horas. Por tanto, dice brevemente: Sígueme, si no quieren errar, y después les dice:

Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarlo del sueño. Dijo la verdad: para las hermanas estaba muerto, para el Señor dormía. Para los hombres estaba muerto, quienes no podían resucitarlo. Porque el Señor lo resucitaba del sepulcro con tanta facilidad como tú no despiertas a un dormido de la cama. Por tanto, según su poder, lo llamó dormido, porque otros muertos también son llamados dormidos en las Escrituras, como dice el Apóstol: No quiero que ignoren, hermanos, acerca de los que duermen, para que no se entristezcan como los demás, que no tienen esperanza (I Tes. IV). Por eso también él los llamó dormidos, porque anunció que resucitarían. Y en otro lugar: Todos dormiremos, pero no todos resucitaremos (I Cor. XV); significando nuestra muerte con el nombre de dormición. Porque el cuerpo, cuando es abandonado por el alma, duerme en el sepulcro, para ser resucitado en el último día. Pero las almas, cuando abandonan los cuerpos, tienen diferentes recepciones, alegría las buenas, tormento las malas. Pero cuando se haga la resurrección, tanto la alegría de los buenos será mayor, como los tormentos de los malos serán más graves, cuando sean atormentados con el cuerpo. Mientras el Señor hablaba de la dormición del amigo a los discípulos, ellos respondieron, como entendieron:

Señor, si duerme, se salvará. Porque los sueños de los enfermos suelen ser indicios de salud.

Pero Jesús había hablado de su muerte, ellos pensaron que hablaba del sueño del dormir. Entonces Jesús les dijo claramente, pues había dicho oscuramente que dormía.

Dijo entonces claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por ustedes, para que crean, porque no estaba allí, pero sé que ha muerto. Porque no se había anunciado que estaba muerto. Pero ¿qué podría ocultarse a él, que lo había creado, y a cuyas manos había salido el alma del moribundo? Esto es lo que dice: Me alegro por ustedes, para que su fe aumente, o se fortalezca; para que crean, lo que debe entenderse: para que crean más robusta y firmemente.

Pero vayamos a él. Entonces Tomás, llamado Dídimo, dijo a sus compañeros discípulos: Vayamos también nosotros, y muramos con él. Jesús vino, y lo encontró ya cuatro días en el sepulcro. De los cuatro días se pueden decir muchas cosas, como se tienen los lugares oscuros de las Escrituras, que por la diversidad de los entendimientos producen muchos sentidos. Digamos también nosotros lo que nos parece significar el muerto de cuatro días. Así como en aquel ciego entendemos de alguna manera el género humano, así tal vez en este muerto entenderemos a muchos. Porque una cosa puede significar de diversas maneras. El hombre, cuando nace, ya nace con la muerte, porque de Adán trae el pecado; de donde dice el Apóstol: Por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte: y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V). He aquí tienes un día de muerte, que el hombre trae de la propagación de la muerte. Luego crece, comienza a llegar a los años racionales, para que entienda la ley natural, que todos tienen grabada en el corazón: Lo que no quieres que te hagan, no lo hagas a otro (Tob. IV). ¿Acaso esto se dice de los paganos, y no se lee de alguna manera en la misma naturaleza? ¿Quieres sufrir un robo? ciertamente no quieres. He aquí la ley en tu corazón: Lo que no quieres sufrir, no lo hagas; y los hombres transgreden esta ley, he aquí otro día de muerte. También se dio la ley divinamente por el siervo de Dios Moisés, se dijo allí: No matarás, no cometerás adulterio, no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre; no codiciarás la propiedad de tu prójimo (Éxodo XX). He aquí la ley escrita, y también se desprecia. Añade el tercer día de muerte. ¿Qué queda? Viene también el Evangelio, se predica el reino de los cielos, se difunde por todas partes Cristo, amenaza con el infierno, promete la vida eterna, y también se desprecia. Los hombres transgreden el Evangelio, he aquí el cuarto día de muerte. Con razón ya hiede: ¿acaso a tales se les debe negar la misericordia? de ninguna manera, el Señor no desdena acercarse para despertar a tales.

Muchos de los judíos habían venido a Marta y María, para consolarlas por su hermano. Marta, cuando supo que Jesús venía, salió a su encuentro: pero María se quedó en casa. Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. No dijo: Pero ahora te ruego que resucites a mi hermano. ¿De dónde sabía si resucitar a su hermano sería útil? Solo dijo: Sé que puedes. Si quieres, lo haces. Pero si lo haces es cuestión de tu juicio, no de mi presunción. Pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dice:

Tu hermano resucitará. Marta le dice: Sé que resucitará en la resurrección en el último día. De esa resurrección estoy segura, de esta estoy incierta.

Jesús le dice: Yo soy la resurrección y la vida. Dices: mi hermano resucitará en el último día. Es verdad; pero por quien entonces resucitará, puede resucitar ahora, porque yo soy la resurrección y la vida. Por eso resurrección, porque vida, porque quien cree en mí, no morirá eternamente. ¿Qué es esto? quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; como Lázaro está muerto, y vive, porque no es Dios de muertos, sino de vivos (Mat. XXII). De los antiguos padres muertos, esto es, de Abraham, de Isaac, de Jacob, dio tal respuesta a los judíos: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob; no es Dios de muertos, sino de vivos (Mar. XII), porque todos ellos viven. Cree, entonces; y si mueres, vivirás. Pero si no crees, aunque vivas, estás muerto. ¿De dónde viene entonces la muerte en el alma? porque no

hay fe en ella. ¿De dónde viene la muerte en el cuerpo? porque no está en el alma. Por tanto, el alma de tu alma es la fe: así como el alma del cuerpo es la vida del cuerpo, así la fe del alma es la vida del alma. Quien cree en mí, dice, aunque haya muerto en la carne, vivirá en el alma, hasta que resucite la carne, para no morir nunca más. Esto es, Quien cree en mí, aunque muera, vivirá: y todo el que vive en la carne, y cree en mí, aunque muera temporalmente por la muerte de la carne, no morirá eternamente por la vida del espíritu, y la inmortalidad de la resurrección. Esto es lo que dice:

Y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Ella le dice: Sí, Señor. Yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo. Cuando creí esto, que tú eres la resurrección, creí que tú eres la vida. Creí que quien cree en ti, aunque muera, vivirá; y quien vive, y cree en ti, no morirá eternamente.

Y cuando hubo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en silencio: El Maestro está aquí y te llama. Debe notarse cómo llamó silencio a la voz suprimida. Pues, ¿cómo calló quien dijo: El Maestro está aquí, y te llama? También debe notarse cómo el evangelista no dijo dónde, ni cuándo, ni cómo el Señor llamó a María, para que esto se entendiera más bien en las palabras de Marta, manteniendo la verdad de la narración.

Ella, cuando lo oyó, se levantó rápidamente y fue a él. Porque Jesús aún no había llegado al pueblo, sino que estaba todavía en el lugar donde Marta le había encontrado. Los judíos, que estaban con ella en la casa, y la consolaban, cuando vieron que María se levantó rápidamente y salió, la siguieron, diciendo que iba al sepulcro a llorar allí. ¿Por qué fue esto importante para el evangelista narrarlo? Para que veamos qué ocasión hizo que hubiera más personas allí, cuando Lázaro fue resucitado. Porque los judíos, pensando que ella se apresuraba para buscar consuelo a su dolor con lágrimas, la siguieron, para que un milagro tan grande como la resurrección de un muerto de cuatro días encontrara muchos testigos.

María, cuando llegó donde estaba Jesús, al verlo, cayó a sus pies, y le dijo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Jesús, al verla llorar, y a los judíos que estaban con ella llorando, se conmovió en espíritu, y se turbó a sí mismo, y dijo: ¿Dónde lo pusieron? Algo nos insinuó al conmovirse en espíritu, y al turbarse a sí mismo. ¿Quién podría turbarlo, sino él mismo? Por tanto, primero aquí atiendan al poder, y luego inquieren el significado. Tú te turbas sin querer, Cristo se turba porque quiso. Jesús tuvo hambre, es verdad, pero porque quiso. Jesús durmió, es verdad, pero porque quiso. Jesús se entristeció, es verdad, pero porque quiso. Jesús murió, es verdad, pero porque quiso. En su poder estaba ser afectado de esta o aquella manera, o no ser afectado. Porque asumió un alma verdadera, y carne de todo hombre, uniendo en una sola naturaleza de persona; porque también el alma del Apóstol fue iluminada por el Verbo: y las almas de otros apóstoles y santos profetas fueron iluminadas por el Verbo, pero de ninguna se dijo: El Verbo se hizo carne (Juan I), de ninguna se dijo, Yo y el Padre somos uno (Juan X). El alma de Cristo, y la carne de Cristo, con el Verbo de Dios es una persona, un solo Cristo es; y por tanto, donde está el poder supremo, según el movimiento de la voluntad se turba la debilidad. Esto es, se turbó a sí mismo. Dije poder, atiende al significado. Gran culpable es, a quien la muerte de cuatro días y aquella sepultura significan. ¿Qué es entonces que Cristo se turbe a sí mismo, sino para significarte cómo debes turbarte tú, cuando estás cargado y oprimido por tan gran cantidad de pecado? Porque has considerado, has visto que eres culpable, te has contado: Hice esto, y Dios me perdonó; cometí aquello, y me postergó; escuché el Evangelio, y lo desprecié. Di, di llorando: Fui bautizado, y de nuevo me volví al pecado. ¿Qué hago? ¿a dónde voy? ¿de dónde escapo? Cuando dices estas cosas, ya Cristo se conmueve, porque la fe se conmueve. En la voz del que se conmueve aparece la esperanza del que resucita. Donde está la fe misma dentro, allí

está Cristo conmovido. Si la fe está en nosotros, Cristo está en nosotros. ¿Qué otra cosa dice el Apóstol que habite Cristo por la fe en nuestros corazones (Efes. III)? Por tanto, si tu fe es de Cristo, Cristo está en tu corazón; por tanto, que Cristo se conmueva en tu corazón. Lloró entonces Cristo por el amigo muerto, a quien venía a resucitar. ¿Por qué lloró, sino porque enseñó al hombre a llorar oprimido por el peso de los pecados? ¿Por qué se conmovió, y se turbó a sí mismo? sino porque la fe del hombre, justamente descontento consigo mismo, debe conmoverse de alguna manera en la acusación de las malas obras para que la costumbre de pecar ceda a la violencia de arrepentirse. Y dijo: ¿Dónde lo pusieron? ¿Sabes que está muerto, y no sabes dónde está sepultado? Y esto es significado. No me atreví a decir: No sabe. ¿Qué no sabe él? ¿De dónde probamos esto? Escucha al Señor decir en el juicio: No los conozco (Mat. VII). Veo en mi luz, no los veo en aquella justicia que conozco. Así también aquí como ignorando a tal pecador, dijo: ¿Dónde lo pusieron? Tal es la voz del Señor en el paraíso después de que Adán pecó: Adán, ¿dónde estás? (Gen. XXIV). Le dicen: Señor, ven y ve. ¿Qué es ve? Ten misericordia. Porque el Señor ve, cuando tiene misericordia; de donde se le dice: Mira mi humillación; y mi trabajo, y perdona todos mis pecados (Sal. XXIV).

Y Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos: Miren cómo lo amaba. ¿Qué es, Lo amaba? No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (Luc. V).

Pero algunos de ellos dijeron: ¿No podía este, que abrió los ojos del ciego, hacer que este no muriera? ¿Qué quiso hacer para que no muriera? es más lo que va a hacer, para que el muerto resucite.

Jesús, nuevamente conmovido en sí mismo, vino al sepulcro. Se conmueve también en ti, si dispones revivir. A todo hombre se le dice, que está oprimido por la peor costumbre: Ven al sepulcro.

Era una cueva y una piedra estaba puesta sobre ella. El muerto bajo la piedra, el culpable bajo la ley. Porque saben que la ley que se dio a los judíos, está escrita en piedra (Éxodo XXXIV). Pero todos los culpables están bajo la ley. Porque los que viven bien no están en la ley. La ley no está puesta para el justo. ¿Qué es entonces quitar la piedra? Predicar la gracia. Porque el apóstol Pablo se dice ministro del nuevo Testamento, no de la letra, sino del espíritu. Porque la letra, dice, mata, pero el Espíritu vivifica (I Cor. III). La letra que mata, es como una piedra que oprime. Quiten, dice, la piedra, quiten el peso de la ley, prediquen la gracia. Marta, la hermana del que había muerto, le dice:

Señor, ya hiede, porque es de cuatro días. Jesús le dice: ¿No te dije que, si crees, verás la gloria de Dios? ¿Qué es Verás la gloria de Dios? Porque incluso al que hiede y es de cuatro días lo resucita. Porque todos pecaron, y necesitan la gloria de Dios; y donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. III).

Quitaron entonces la piedra. Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sabía que siempre me escuchas, pero lo dije por el pueblo que está alrededor, para que crean que tú me enviaste. Cuando hubo dicho esto, clamó con gran voz, se conmovió, y lloró. Clamó con gran voz, porque difícilmente se levanta, quien está oprimido por la mala costumbre; pero sin embargo se levanta, cuando con gracia oculta es vivificado dentro. Se levanta después de la gran voz. ¿Qué se hizo? Clamó con gran voz.

Lázaro, ven fuera; y enseguida salió el que había estado muerto, atado de pies y manos; y su rostro estaba envuelto en un sudario. ¿Cómo salió con los pies atados te maravillas, y no te maravillas de que resucitó el de cuatro días? En ambos estaba el poder del Señor, no las

fuerzas del muerto. Salió, y aún atado, aún envuelto, sin embargo ya salió fuera. ¿Qué significa? Cuando desprecias, yaces muerto; y si desprecias tanto como dije, yaces sepultado; cuando confiesas, sales. ¿Qué es salir, sino manifestarse como saliendo de lo oculto? Pero para que confieses, Dios lo hace clamando con gran voz, es decir, llamando con gran gracia. Por eso cuando salió el muerto aún atado, confesando, y aún culpable, para que sus pecados fueran perdonados, dijo esto a los ministros:

Desátenlo, y déjenlo ir. Lo que desaten en la tierra, será desatado en los cielos (Mat. XVIII). Porque pudo desatar las ligaduras, quien resucitó al muerto; pero por la unidad de la santa Iglesia de Dios, y la indivisible caridad, se dice a los ministros, es decir, a los discípulos de Cristo: Desátenlo, porque sin la unidad de la fe de la Iglesia católica, y la caridad de la santidad eclesiástica, los pecados no se desatan.

Muchos de los judíos que habían venido a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él; pero algunos de ellos fueron a los fariseos, y les dijeron lo que hizo Jesús. No todos los judíos que se reunieron con María, creyeron, pero muchos sí. Pero algunos de ellos, ya sea de los judíos que se reunieron, o de los que creyeron, fueron a los fariseos, y les dijeron lo que hizo Jesús, ya sea anunciando para que también ellos creyeran, o más bien denunciando para que se enfurecieran. Pero de cualquier manera, y por quienesquiera que estas cosas fueron llevadas a los fariseos.

Los sumos sacerdotes y los fariseos reunieron un consejo, y decían: ¿Qué hacemos? Sin embargo, no decían Creeremos. Porque los hombres perdidos pensaban más en cómo hacer daño para perder, que en cómo aconsejarse para no perecer; y sin embargo temían, y como que se aconsejaban. Decían:

¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchos signos, si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos quitarán nuestro lugar y nuestra nación. No quisieron perder lo temporal, y no pensaron en la vida eterna, y así perdieron ambos. Pues los romanos, después de la pasión y glorificación del Señor, les quitaron el lugar y la nación, tanto luchando como trasladando; y les sigue aquello que se dijo en otro lugar: Los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores (Mateo VIII). Temieron que si todos creían en Cristo, no quedaría nadie para defender la ciudad de Dios y el templo contra los romanos, ya que sentían que la doctrina de Cristo iba contra el templo mismo y contra sus leyes paternas.

Uno de ellos, Caifás, siendo sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no perezca toda la nación. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó. Aquí se enseña que incluso a través de hombres malos el Espíritu de profecía predice el futuro: sin embargo, el evangelista lo atribuye al Sacramento divino porque era sumo sacerdote. Puede surgir la duda de cómo se dice sumo sacerdote de aquel año, cuando el Señor estableció un sumo sacerdote, al cual, al morir, le sucedería otro. Pero se debe entender que por ambiciones y contiendas entre los judíos se estableció después que hubiera varios, y que ministraran por turnos cada año; pues de Zacarías se dice: Sucedió que mientras ejercía el sacerdocio en el orden de su turno ante Dios, según la constitución del sacerdocio, le tocó por suerte poner el incienso, entrando en el templo del Señor (Lucas I). De aquí se ve que eran varios, y tenían sus turnos. Pues no se permitía poner incienso sino al sumo sacerdote; y por suerte también administraban un año varios, a los cuales al año siguiente sucedían otros, de los cuales salía por suerte quien ponía el incienso. ¿Qué es, pues, lo que profetizó Caifás?

Que Jesús iba a morir por la nación; no solo por la nación, sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Esto lo añadió el evangelista. Pues Caifás profetizó solo sobre la nación de los judíos, en la cual había ovejas, de las cuales el mismo Señor dijo: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XV). Pero el evangelista sabía que había otras ovejas, que no eran de este redil, que debían ser traídas, para que hubiera un solo redil y un solo pastor (Juan X). Estas cosas se dijeron según la predestinación, porque ni sus ovejas ni los hijos de Dios eran aún, quienes aún no habían creído.

Desde aquel día, pues, pensaron en matarlo. Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se fue a la región cerca del desierto, a una ciudad llamada Efraín, y allí permanecía con sus discípulos. No porque su poder hubiera fallado, en el cual, si quisiera, podría andar abiertamente entre los judíos, y no le harían nada. Pero en la debilidad del hombre, mostraba a sus discípulos un ejemplo de vida, en el cual se ve que no es pecado si sus fieles, que son sus miembros, se ocultan de los ojos de sus perseguidores, y evitan más bien el furor de los malvados escondiéndose. Jesús sabía que se acercaba el tiempo de su pasión y de nuestra redención. Al acercarse el tiempo en que decidió sufrir, se acercó también al lugar donde quiso llevar a cabo la disposición de esa pasión. Pues dice el evangelista:

La Pascua de los judíos estaba cerca. Los judíos no quisieron tener ese día festivo manchado con la sangre del Señor. En ese día festivo fue sacrificado el Cordero que consagró ese mismo día festivo con su sangre. Había un plan entre los judíos para matar a Jesús. Él, que había venido del cielo para sufrir, quiso acercarse al lugar de la pasión, porque se acercaba la hora de la pasión.

Subieron, pues, muchos a Jerusalén de la región antes de la Pascua, para purificarse. Esto lo hacían los judíos según el mandato del Señor dado por el santo Moisés en la ley, para que en el día festivo que era la Pascua todos se reunieran de todas partes, y se santificaran con la celebración de ese día. Pero esa celebración era una sombra de lo futuro. ¿Qué es la sombra de lo futuro? La profecía de Cristo venidero, la profecía de que sufriría por nosotros en ese día, para que pasara la sombra y viniera la luz; para que pasara el significado y se mantuviera la verdad. Así que los judíos tenían la Pascua en la sombra, nosotros en la luz. ¿Por qué habría de mandar el Señor que en ese día festivo sacrificaran un cordero (Éxodo XII), si no porque él era de quien se profetizó: Como cordero llevado al matadero (Isaías LIII)? Con la sangre del animal sacrificado, los postes de los judíos fueron marcados; con la sangre de Cristo, nuestras frentes son marcadas: y ese significado, que era la aspersión de la sangre del cordero, prohibió al exterminador a todos los marcados, y se mostró en la verdad cuando Cristo fue sacrificado por nosotros, para que no temamos al diablo exterminador, si nuestro corazón recibe al Salvador.

Buscaban, dice el evangelista, a Jesús, y hablaban entre sí, estando en el templo: ¿Qué pensáis, que no vendrá a la fiesta? Buscaban, pues, los judíos a Jesús, pero mal. Lo buscaban para matarlo cuando viniera a la fiesta. Pero busquémoslo nosotros estando en el templo de Dios, y perseverando unánimes en oración, y hablemos entre nosotros en salmos, himnos, cánticos espirituales en gracia, pidiéndole que venga a nuestra fiesta, para que se digne iluminarnos con su presencia, y santificar sus dones en nosotros.

Pero los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguien supiera dónde estaba, lo indicara, para que lo prendieran. La orden de los judíos es pecado. Buscaban matar a Cristo, no vivir en Cristo. Busquemos nosotros vivir en Cristo, a quien ellos buscaban matar. Ellos buscaban mal, busquemos nosotros bien; pues ahora es el tiempo de buscar al Señor, como dice el profeta: Buscad al Señor mientras puede ser hallado (Isaías LV). Quien

quiera encontrarlo misericordioso en el juicio, búsquelo ahora en el servicio de la humildad y la caridad.

CAPÍTULO XII.

Sabiendo, pues, el Señor que los judíos conspiraban para matarlo, no huyó de las manos de los que le tendían trampas, sino que, seguro de la gloria de la resurrección, primero fue a Betania, ciudad cercana a Jerusalén, donde había resucitado a Lázaro de entre los muertos; luego también a Jerusalén, donde él mismo sufriría y resucitaría de entre los muertos. A Jerusalén, para morir allí; a Betania, para que la resurrección de Lázaro quedara más firmemente impresa en la memoria de todos, y los impíos príncipes quedaran más y más confundidos e inexcusables, que no temieran matar a quien podía resucitar a los muertos; y ni provocados por los beneficios de la resurrección, ni aterrorizados por la divina virtud del que resucita, retiraran sus ánimos de la injusta matanza. No debe leerse superficialmente por qué Jesús vino a Betania seis días antes de la Pascua; pues el número seis tiene gran dignidad en las Sagradas Escrituras, y muchas obras de nuestro Señor se demuestran perfectas en el número seis, porque el número seis, dividido o unido por sus propias partes, se considera perfectísimo. Tiene tres partes denominadas en sí mismo, es decir, uno, dos, tres, pues la sexta parte de él es uno, la tercera es dos, la mitad es tres, y uno, dos y tres se reconocen como seis; y no se puede formar otra cosa con estas tres partes unidas, sino solo seis, ni el número seis puede dividirse en otras partes, sino en estas tres, es decir, uno, dos y tres; pues es bien sabido que el mismo Señor, creador de todo, perfeccionó las criaturas de este mundo en seis días, y se sabe que el sexto día creó al hombre (Génesis II); al cual, perdido por el engaño de la serpiente, el mismo Hijo de Dios, por quien fue creado, vino a Betania seis días antes de la Pascua, para liberarlo; para que quien fue creado el sexto día, fuera liberado el viernes; pues creo que no es desconocido para nadie que Cristo sufrió el viernes. Así también en el sexto mes, se lee que la Virgen, por la inspiración del Espíritu Santo, concibió a nuestro Redentor cuando el arcángel lo anunció (Lucas I); quien también a la sexta hora, en la plenitud de su edad, sentado junto al pozo, se dignó abrir a la mujer samaritana las fuentes del manantial divino (Juan IV); y también se lee que en la sexta edad del mundo, el mismo Creador vino para la redención del mundo, según la fe de la historia sagrada. Estas tres partes, es decir, uno, dos y tres, de las cuales, como dijimos, consta el número seis, tienen algo de misterio en la dispensación de la salvación humana. En el primer tiempo, bajo la ley de la naturaleza, como en una cierta unidad, los santos padres servían a Dios. En el segundo tiempo, se añadió la ley a la naturaleza, para que lo que la mala costumbre había viciado en la naturaleza, la ley lo reformara en la letra; y fueron dos, naturaleza y ley. En el tercer tiempo, vino la gracia celestial por Jesucristo, y son tres: naturaleza, ley y gracia. Así como la ley no destruyó el bien de la naturaleza, tampoco la gracia abolió la ley, sino que la cumplió, y devolvió a la naturaleza su antigua nobleza: sin embargo, la naturaleza y la ley no pudieron cumplirse sin la gracia. Ni así se dio al hombre el libre albedrío, ni el precepto de la ley, para que no necesitara la gracia, como afirma la herejía pelagiana. Y para que no dijeran los artífices de calumnias que Lázaro había sido resucitado fantásticamente, se hizo allí una cena para el Señor, y él era uno de los que se reclinaban con él, para que al ver o escuchar a Lázaro vivo, hablando, comiendo, y conversando familiarmente con los suyos, reconocieran al menos el poder del que resucita, y recibieran la gracia. Místicamente, esta cena del Señor, donde Marta servía, y Lázaro se reclinaba entre otros, es la fe de la Iglesia, que obra por el amor. En esta cena, Marta sirve, cuando cada alma fiel ofrece al Señor el servicio de su devoción. Lázaro se convierte en uno de los que se reclinan con el Señor, cuando también aquellos que después de la muerte del pecado han sido resucitados a la justicia, junto con aquellos que permanecieron en su justicia, exultando por la presencia de la verdad, penitentes

junto con los inocentes, son alimentados con los dones de la gracia celestial. Y bien se celebra esta cena en Betania, que es una ciudad en el lado del monte de los Olivos, y se interpreta como Casa de obediencia. La Casa de obediencia es la Iglesia, que obedece fielmente los mandatos del Señor; y ella es la ciudad que, situada sobre el monte de la misericordia, nunca puede ocultarse (Mateo V); y ella misma, construida del costado de su redentor, es decir, con el agua de la ablución y la sangre de la santificación, que salieron de su costado al morir por ella, ha sido impregnada. Donde también la otra hermana de Lázaro, María, como muestra el Evangelio en lo que sigue, tomó una libra de ungüento de nardo puro y costoso, y ungió los pies de Jesús, y los secó con sus cabellos. Con lo cual no solo se muestra un indicio de devoción, sino que también se señala el servicio de piedad de otras almas fieles a Dios. María tomó una libra de ungüento de nardo puro y costoso. ¿Qué se expresa con la libra de ungüento, sino la perfección de la justicia? Este ungüento se dice que está hecho de nardo puro. ¿Qué se insinúa con el ungüento, sino el buen olor de la opinión? Y este ungüento está hecho de nardo puro, es decir, nardo fiel; pues πίστις en griego, fe en latín se dice. Sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos XI), ni puede haber buena fama sin la fe católica. Oh hombre, unge los pies de Jesús viviendo bien, sigue las huellas del Señor, y sécalos con tus cabellos. Lo que te sobra, es necesario para los pies del Señor, es decir, para los más pequeños en la Iglesia, de los cuales al final dirá el Señor: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo XXV). La casa se llenó de olor, es decir, la Iglesia, con la buena fama de la vida religiosa; pues el buen olor es la buena vida. Escucha al Apóstol: Somos el buen olor de Cristo, dice, en todo lugar (II Corintios II). Y en el Cantar de los Cantares: Tu nombre es ungüento derramado. También: Mientras el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dio su olor (Cantar I). Donde se muestra claramente lo que María hizo una vez, y lo que toda la Iglesia, lo que cada alma perfecta siempre hace, se muestra.

Dice, pues, uno de sus discípulos, Judas Iscariote, que lo iba a entregar: ¿Por qué no se vendió este ungüento por trescientos denarios, y se dio a los pobres? ¡Ay del impío traidor! ¡Ay de los cómplices de su maldad, que incluso ahora persiguen a los miembros de Cristo, que no cesan de envidiar la fama de virtud que ellos mismos no merecen tener, a los prójimos que la tienen! Y podríamos pensar que Judas habló así por preocupación por los pobres; pero un testigo veraz revela su mente, que dice:

Pero dijo esto, no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía lo que se echaba en ella. No fue entonces cuando Judas pereció, cuando corrompido por el dinero entregó al Señor, sino que ya perdido seguía al Señor, quien teniendo la bolsa del Señor, sustraía lo que se echaba en ella para el ministerio de los pobres, lo cual solía robar con mente infiel. Viendo, pues, el Señor su corazón ya manchado por la sordidez de la avaricia, previendo que sería manchado por la peor sordidez de la traición, le confió lo que tenían en las bolsas, y le permitió hacer con ellas lo que quisiera, para que al menos el honor conferido, o el recuerdo del dinero tenido, apartara su mente de la venta de él mismo. Pero como el avaro siempre necesita, y el impío nunca recuerda los beneficios, llegó de robar el dinero que llevaba a la traición del Señor, quien le confiaba el dinero para que lo guardara.

Dijo, pues, Jesús: Déjala, para que lo guarde para el día de mi sepultura. Como si al preguntar inocentemente Judas, el Señor le explicara simple y mansamente a qué se refería el ministerio de María, que él mismo iba a morir, y que para sepultarlo sería ungido con aromas; por lo tanto, a María, a quien no se le permitiría llegar a la unción de su cuerpo muerto, aunque lo deseara mucho, se le concedió ofrecerle el servicio mientras aún vivía, lo que después de su muerte no podría hacer, anticipada por la rápida resurrección. Por eso bien dice Marcos que

el Señor dijo de ella: Lo que pudo, hizo; anticipó ungir mi cuerpo (Marcos XIV). No pudo tocarlo ya muerto, hizo solo lo que pudo. Anticipó dar el servicio de ungirlo mientras aún vivía.

Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Y aquí, con gran moderación de paciencia, el Señor no acusa a Judas de avaricia, y no de que hablara por los pobres, sino que demuestra con razón que no deben ser culpados aquellos que le ministraban de sus bienes mientras él vivía entre los hombres, ya que tan poco tiempo estaría corporalmente con la Iglesia, pero los pobres, a quienes se podía hacer limosna, siempre estarían en ella.

Conoció, pues, una gran multitud de judíos que él estaba allí, y vinieron no solo por Jesús, sino para ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. La curiosidad los trajo a Jesús, no la caridad; pero nosotros, al contrario, hermanos carísimos, si sabemos dónde está Jesús, dónde hace su morada, dónde encuentra Betania, es decir, la casa del alma obediente en la que habita, vayamos allí con contemplación, no solo por el hombre, a quien resucitó de la muerte del alma, y le concedió vivir espiritualmente, sino para que imitando la buena vida del hombre, merezcamos llegar a la visión de Jesús, porque ciertamente sabemos dónde está Jesús. Resucitó después de la muerte, y ascendió al cielo, donde tiene su morada perpetua. Esa es la verdadera Betania, la ciudad celestial, a la que nadie puede entrar sino el obediente.

Pero los príncipes de los sacerdotes pensaron en matar también a Lázaro, porque muchos de los judíos se iban por causa de él, y creían en Jesús. ¡Oh ciega astucia de los ciegos, querer matar al resucitado, como si no pudiera resucitar al asesinado, quien podía resucitar al muerto! Y ciertamente demostró poder hacer ambas cosas, quien resucitó a Lázaro muerto, y a sí mismo resucitó asesinado. Después de que el Señor resucitó al muerto de cuatro días, asombrando a los judíos, y algunos de ellos creyendo por envidia, otros pereciendo por envidia, y Jesús se reclinó en la casa, también reclinándose Lázaro, quien había sido resucitado de entre los muertos, después de que el ungüento fue derramado sobre sus pies, de lo cual la casa se llenó de olor, de lo cual en lo anterior, tanto como pudimos, tratamos; ahora veamos qué sucedió antes de la pasión del Señor. Pues dice el evangelista:

Al día siguiente, una gran multitud que había venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén, tomó ramas de palmas y salió a su encuentro, clamando: ¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel. Las ramas de palmas son alabanzas que significan victoria, pues el Señor estaba a punto de vencer a la muerte muriendo, y con el trofeo de la cruz triunfaría sobre el diablo, príncipe de la muerte. ¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor. Cabe señalar que la palabra Hosanna es hebrea y está compuesta de dos partes, una corrupta y otra íntegra. Salva, o salva, se dice hosi en hebreo; anna es una interjección de súplica, similar a cómo en latín se usa la interjección de lamento heu, y la de admiración papae. En el Salmo donde los Setenta Traductores tradujeron: Oh Señor, sálvame (Salmo 118), en hebreo está escrito: hosanna anna Adonai, que nuestro intérprete Jerónimo tradujo más cuidadosamente como: Te ruego, Señor, salva, te ruego. La misma significación tiene la palabra de súplica. Hosanna, por lo tanto, significa salva, te ruego, consumiendo la letra o vocal que termina la palabra anterior, cuando se dice perfectamente hosi, por la virtud de la letra vocal aleph, con la que comienza la palabra siguiente anna; lo que los métricos en la escansión de versos llaman sinalefa, aunque ellos al escandir omiten la letra escrita: pero en esta palabra hosanna, la letra iod ni siquiera se escribe, sino que se omite completamente, manteniendo el sentido de los hablantes. Bendito el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel: debe entenderse así, que viene en el

nombre del Señor Dios Padre; aunque también puede entenderse en su propio nombre, porque él mismo es el Señor. De ahí que en otro lugar está escrito: Llovió el Señor desde el Señor. Sus palabras mejor dirigen nuestro entendimiento cuando dice: Yo he venido en el nombre de mi Padre y no me recibisteis; otro vendrá en su propio nombre, a él recibiréis (Juan 5). Cristo es el maestro de la humildad, quien se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2). No pierde, por tanto, su divinidad cuando nos enseña humildad. En aquello es igual al Padre, en esto es semejante a nosotros. Por lo que es igual al Padre, nos creó para que existiéramos. Por lo que es semejante a nosotros, nos redimió para que no pereiéramos. La multitud le decía estas alabanzas: ¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel. Esta voz de la mente no podía ser soportada por la envidia de los príncipes de los judíos, cuando una gran multitud clamaba a Cristo como su rey. Pero, ¿qué significaba para el Señor ser el Rey de Israel, quien era grande para el Rey de los siglos, convertirse en Rey de los hombres? Cristo no es Rey de Israel para exigir tributo, o para armar un ejército con hierro y derrotar a los enemigos, sino Rey de Israel porque gobierna la mente, porque cuida eternamente, porque lleva al reino de los cielos a los creyentes, esperanzados y amantes. Por lo tanto, el Hijo de Dios, igual al Padre, el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas, quiso ser Rey de Israel, es una dignación, no una promoción; es una indicación de misericordia, no un aumento de poder. Porque aquel que fue llamado Rey de los Judíos, es en los cielos el Señor de los ángeles.

Y Jesús encontró un asno y se sentó sobre él. Aquí se dice brevemente. Pues cómo sucedió, se lee plenamente en otros evangelistas. A este hecho se le añade un testimonio profético, para que se viera que los grandes príncipes de los judíos no entendían en qué se cumplía lo que leían. Jesús, por tanto, encontró un asno y se sentó sobre él.

Como está escrito: No temas, hija de Sión: he aquí que tu Rey viene sentado sobre un pollino de asna. Esta hija de Sión, a quien divinamente se le dice esto, estaba en aquellas ovejas que escuchaban la voz del pastor. Estaba en aquella multitud que alababa al Señor que venía con tanta devoción, que lo conducía con tal multitud: a ella se le dijo: No temas, reconoce a aquel que es alabado por ti, y no temas cuando habla, porque esa sangre será derramada, por la cual tu delito será borrado, y la vida será redimida. Pero el pollino de asna en el que nadie había montado (esto se encuentra en otros evangelistas) entiende al pueblo de los gentiles, que no había recibido la ley del Señor; la asna, sin embargo (porque ambos animales fueron llevados al Señor), representa al pueblo que venía del pueblo de Israel, no indómito, sino que reconoció el pesebre del Señor.

Esto no lo entendieron sus discípulos al principio, pero cuando fue glorificado (es decir, cuando mostró el poder de su resurrección) entonces recordaron que estas cosas estaban escritas sobre él. Recordando según la Escritura, lo que antes de la pasión, o en la pasión del Señor se cumplió, allí también encontraron esto, que según las palabras de los profetas se sentó en el pollino de asna.

La multitud que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y lo resucitó de entre los muertos daba testimonio; por eso también la multitud salió a su encuentro, porque oyeron que había hecho esta señal. Los fariseos, por tanto, se dijeron entre sí: Veis que no ganamos nada; he aquí que todo el mundo va tras él. La multitud perturbó a la multitud. Pero, ¿por qué envidias, multitud ciega, porque el mundo va tras aquel por quien fue hecho el mundo?

Había algunos gentiles entre los que habían subido para adorar en la fiesta. Estos, por tanto, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaban diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés. Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. Veamos

qué respondió el Señor a esto. He aquí que los judíos querían matarlo, los gentiles querían verlo. Pero también había de entre los judíos quienes clamaban: Bendito el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel. He aquí que aquellos de la circuncisión, estos del prepucio, como carneros viniendo de diferentes lugares, y en una sola fe de Cristo se encuentran con el beso de la paz. Escuchemos, por tanto, la voz de la piedra angular.

Jesús, sin embargo, les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. Aquí alguien podría pensar que dijo que sería glorificado porque los gentiles querían verlo. No es así, sino que veía a esos gentiles después de su pasión y resurrección creyendo en todas las naciones, porque, como dice el Apóstol, la ceguera en parte ha sucedido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado (Romanos 11). Por la ocasión de estos gentiles, que deseaban verlo, anuncia la futura plenitud de los gentiles, y promete que ya está cerca la hora de su glorificación, que hecha en los cielos, las naciones creerían. De ahí que se predijo: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria (Salmo 57). Esta es la plenitud de los gentiles, de la que dice el Apóstol: La ceguera en parte ha sucedido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado (Romanos 11). Pero la altura de la glorificación debía ser precedida por la humildad de la pasión. Por eso añadió:

Amén, amén os digo, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. Se decía a sí mismo que debía ser muerto y multiplicado: muerto por la infidelidad de los judíos; multiplicado por la fe de todos los pueblos. Ahora bien, exhortando a seguir las huellas de su pasión,

El que ama, dice, su vida, la perderá. Esto puede entenderse de dos maneras: el que ama, la perderá, es decir, si amas, pierdes; si deseas mantener la vida en Cristo, no temas morir por Cristo. También, de otro modo, el que ama su vida, la perderá; no ames en esta vida, para que no la pierdas en la vida eterna. Sin embargo, lo que dije al final parece tener más sentido evangélico. Pues sigue diciendo:

Y el que odia su vida en este mundo, la guardará para vida eterna. Por lo tanto, lo que se dijo antes, el que ama, se sobreentiende, en este mundo, ciertamente la perderá; pero el que odia, ciertamente en este mundo, la guardará para vida eterna. Gran y maravillosa sentencia, cómo es que el amor del hombre por su propia vida hace que perezca, y el odio para que no perezca. Si amas mal, entonces odiaste, si odias bien, entonces amaste. Felices los que odian guardando, para no perder amando. Aquí el nombre de vida presente se designa con el nombre de alma, o incluso el deleite de esta vida, que debe perderse, para que encuentres felizmente tu voluntad en el reino de Dios, que venciste valientemente en este mundo; pues los santos mártires odiaron esta vida presente por el nombre de Cristo, prefiriendo perder esta vida presente antes que negar a Cristo, cumpliendo lo que sigue: Si alguno me sirve, que me siga. ¿Qué significa, que me siga, sino que me imite? Porque Cristo padeció por nosotros, dice el apóstol Pedro, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (1 Pedro 2). He aquí lo que se dijo.

Si alguno me sirve, que me siga. (¿Con qué fruto, con qué recompensa, con qué premio?) Y donde yo esté, dice, allí también estará mi servidor. La recompensa es del amor, y el precio de la obra con la que se sirve a Cristo, es estar con aquel a quien se sirve. ¿Dónde estará bien sin él? ¿O cómo podrá estar mal con él? Escucha más claramente:

Y si alguno me sirve, mi Padre lo honrará. ¿Con qué honor, sino para que esté con su Hijo? Porque lo que dijo antes: Donde yo esté, allí también estará mi servidor; esto se entiende que lo explicó cuando dice: Mi Padre lo honrará. Pues, ¿qué mayor honor puede recibir el

adoptado, que estar donde está el unigénito, no hecho igual a la divinidad, sino asociado a la eternidad? Pero, ¿qué significa servir a Cristo, para lo cual se promete una recompensa tan grande, debe considerarse. Si alguno me sirve, que me siga: esto quiso que se entendiera, como si dijera: Si alguno no me sigue, no me sirve: Por tanto, sirven a Jesucristo, quienes no buscan lo suyo, sino lo de Jesucristo, pues esto es, que me siga, que camine por mis caminos, no por los suyos, como está escrito en otro lugar: El que dice que permanece en Cristo, debe andar como él anduvo (1 Juan 2). Incluso si da pan al hambriento, debe hacerlo por misericordia, no por vanagloria, no buscando otra cosa allí que la buena obra, sin que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha, es decir, que la intención de la codicia se aleje de la obra de la caridad. A él se le dice: Cuando lo hiciste a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hiciste. No solo las cosas que pertenecen a la misericordia corporal, sino haciendo todas las obras por Cristo, entonces serán buenas, porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo creyente. Creyendo, es ministro de Cristo hasta esa obra de gran caridad, que es poner su vida por los hermanos, esto es ponerla por Cristo, porque también por sus miembros dirá: Cuando lo hicisteis por estos, lo hicisteis por mí (Romanos 10). De tal obra, incluso se dignó hacerse y llamarse ministro, donde dice: Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos (Mateo 20). De ahí, por tanto, cada uno es ministro de Cristo, de donde también es ministro Cristo. Así al que sirve a Cristo, su Padre lo honra con ese gran honor, para que esté con su Hijo, y su fe nunca desfallezca. Comúnmente, sin embargo, dice de todos: Si alguno me sirve. Porque todo el que obra bien, sirve a Cristo. Por lo tanto, cada uno sirva a Cristo según su medida, viviendo bien, haciendo limosnas, predicando su nombre y doctrina a quienes pueda. Quien exhorta a los que viven bien a que permanezcan en el bien vivir, sirve a Cristo. Y quien humildemente obedece al que le amonesta, sirve a Cristo, y quien fielmente en este mundo sirve a Cristo, felizmente en el mundo futuro reina con Cristo. Cuando el Señor Jesús predijo en el grano de mostaza su pasión, y exhortó a sus ministros a que lo siguieran, nuevamente moderó su afecto a nuestra debilidad, y dijo:

Ahora mi alma está turbada. ¿Por qué está turbada, Señor Jesús, tu alma? ¿Acaso no tomaste un alma y un hombre perfecto para sufrir en él? Te veo, Señor, transfiriendo nuestra debilidad a ti, y asumiendo nuestra causa en ti. Por eso estás turbado, porque quisiste; así como naciste, porque quisiste; pues poco antes se dijo de ti, cuando resucitaste a Lázaro: Se turbó a sí mismo; pues con estas palabras nos arrebató de nuestra debilidad a su firmeza. Es voz de la fortaleza del Señor, donde dice: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. Es voz de nuestra debilidad, cuando dice: Ahora mi alma está turbada. Oh Señor mediador, Dios sobre nosotros, hombre por nosotros, reconozco tu misericordia. Pues que tú, tan grande, por voluntad de tu caridad te turbas, consuelas a muchos en tu cuerpo, que se turban por necesidad de su debilidad, para que no perezcan desesperando. Escucha, por tanto, oh soldado de Cristo, lo que luego añade. Cuando dijo: Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué diré, dice:

Padre, sálvame de esta hora, pero para esto he venido a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Te enseñó qué pensar, te enseñó qué decir, a quién invocar, en quién esperar, cuya voluntad cierta y divina debes anteponer a tu voluntad humana e infirma. No te parezca, por tanto, que desfallece desde lo alto, porque quiere que mires desde abajo. Pues también se dignó ser tentado por el diablo (Mateo 4), por quien ciertamente si no quisiera no sería tentado. Y respondió al diablo lo que tú debes responder en las tentaciones. Y él ciertamente fue tentado, pero no en peligro, para enseñarte a ti, en peligro en la tentación, a responder al tentador, y no seguir al tentador, sino salir del peligro de la tentación. Así como aquí dijo: Ahora mi alma está turbada, así también allí dice: Mi alma está triste hasta la muerte. Y: Padre, si es posible,

pase de mí este cáliz (Mateo 26). Asumió la debilidad del hombre, para enseñar así al contristado y turbado a decir lo que sigue: Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre. Así el hombre se dirige de lo humano a lo divino, cuando la voluntad divina se antepone a la voluntad humana. Pero, ¿qué es: Glorifica tu nombre, sino en su pasión y resurrección? ¿Qué es, por tanto, sino que el Padre glorifique al Hijo, quien glorifica su nombre, incluso en las pasiones similares de sus siervos?

Entonces vino una voz del cielo: Y lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo. Y lo he glorificado, antes de hacer el mundo; y lo glorificaré de nuevo resucitando de entre los muertos, y ascendiendo al cielo. Y puede entenderse de otra manera: Y lo he glorificado, cuando nació de la virgen (Mateo 1), cuando fue adorado por los Magos desde el cielo por la estrella que los guió (Mateo 2), cuando fue reconocido por los santos llenos del Espíritu Santo, cuando fue declarado por el Espíritu descendiendo en forma de paloma, cuando fue mostrado por la voz que sonó desde el cielo (Mateo 3), cuando fue transfigurado en el monte (Mateo 17), cuando hizo muchos milagros, cuando sanó y limpió a muchos, cuando alimentó a una multitud con muy pocos panes (Mateo 14), cuando mandó a los vientos y las olas, cuando resucitó a los muertos (Lucas 8). Y lo glorificaré de nuevo, cuando resucite de entre los muertos (Juan 11), cuando la muerte ya no tendrá dominio sobre él (Romanos 6), cuando Dios sea exaltado sobre los cielos, y sobre toda la tierra su gloria (Salmo 57).

La multitud, por tanto, que estaba de pie y escuchaba, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. Jesús respondió y dijo: No por mí vino esta voz, sino por vosotros. Aquí mostró que en esa ocasión no se le indicó lo que ya sabía, sino a aquellos a quienes debía indicarse. Así como esa voz no fue por él, sino por ellos, divinamente hecha, así su alma no fue turbada por él, sino por otros por voluntad.

Ahora es el juicio de este mundo. No creemos que esto se refiera al juicio futuro, que será al final del mundo, donde los buenos y los malos serán separados por una división eterna, sino al juicio que suele haber diariamente en la santa Iglesia de Dios. El diablo poseía, por tanto, el género humano, y tenía a los culpables de los más simples con el documento de sus pecados, dominaba en los corazones de los infieles. Engañados y cautivos, los arrastraba a adorar a la criatura abandonando al Creador. Pero por la fe de Cristo, que fue confirmada por su muerte y resurrección, por su sangre, que fue derramada para la remisión de los pecados, miles de creyentes son liberados del dominio del diablo, se unen al cuerpo de Cristo, y bajo tan gran cabeza, son vivificados por un solo espíritu fiel como miembros. Esto llamaba juicio, esta distinción, esta expulsión del diablo de sus redimidos. Por lo tanto, presta atención a lo que dice, como si preguntáramos qué es lo que dice: Ahora es el juicio de este mundo, continuó explicando, pues dice:

Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Hemos escuchado cómo dijo que sería el juicio. No se refiere, por tanto, a aquel que vendrá al final, cuando los vivos y los muertos serán juzgados, separando a unos a la izquierda y a otros a la derecha; sino al juicio por el cual el príncipe de este mundo será echado fuera. ¿Cómo, entonces, estaba dentro? ¿A dónde dijo que sería echado fuera? Ahora, dice, el príncipe de este mundo será echado fuera, esto debe entenderse como algo que está sucediendo ahora, no solo como algo que preveía que ocurriría en el último día. Por lo tanto, el Señor, sabiendo que después de su pasión y glorificación muchos pueblos en todo el mundo creerían, en cuyos corazones el diablo estaba dentro, a quien cuando se renuncia por fe, es echado fuera, dice: Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Pero alguien podría decir: ¿Acaso no fue echado fuera de los corazones de los patriarcas y profetas y de los justos antiguos? Claro que fue echado fuera.

¿Cómo, entonces, se dijo: Ahora será echado fuera? ¿Cómo lo entendemos, sino porque lo que se hizo en muy pocos hombres entonces, ahora se predice que sucederá en muchos y grandes pueblos? Así como aquello que se dijo: Pero el Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII); puede tener una pregunta similar y una solución similar. Porque los profetas no predijeron el futuro sin el Espíritu Santo (I Pedro I), ni tampoco el anciano Simeón y la viuda Ana reconocieron al Señor niño en el Espíritu Santo (Lucas II), y Zacarías e Isabel, quienes predijeron tanto sobre él aún no nacido, pero ya concebido, por el Espíritu Santo (Lucas I); pero el Espíritu aún no había sido dado, es decir, aquella abundancia de gracia espiritual, por la cual reunidos hablarían en todas las lenguas, y así se preanunciaría la Iglesia en las lenguas de todas las naciones: por la cual gracia espiritual se congregarían los pueblos, por la cual se perdonarían los pecados en gran medida, y miles y miles serían reconciliados con Dios. ¿Qué, entonces, dice alguien; porque el diablo es echado fuera de los corazones de los creyentes, ya no tienta a ningún fiel? Más bien, no cesa de tentar; pero es diferente reinar desde dentro que atacar desde fuera. Es diferente herir que matar. Pero si hiere, está presente quien sana, porque así como se dijo a los que luchan: Esto os escribo, para que no pequéis (I Juan II), así los que son heridos escuchan lo que sigue: Y si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo, y él es la propiciación por nuestros pecados (Ibid.). ¿Qué oramos cuando decimos: Perdona nuestras deudas (Mateo VI), sino para que nuestras heridas sean sanadas? ¿Y qué más pedimos cuando decimos, Y no nos dejes caer en la tentación? sino que aquel que acecha, o ciertamente desde fuera, no irrumpa por alguna parte, o no nos engañe con ninguna trampa, no nos subvierta con ninguna máquina. Cuando no ocupa el lugar del corazón, donde habita la fe, ha sido echado fuera. Pero si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la guarda (Salmo CXXVI). No presumáis, pues, de vosotros mismos, si no queréis volver a llamar al diablo echado fuera. Pero lejos esté de nosotros pensar que el diablo es llamado príncipe del mundo de tal manera que creamos que puede dominar el cielo y la tierra; sino que el mundo se llama así en los hombres malos, que están dispersos por toda la tierra, así como se llama casa a aquellos que la habitan, según decimos, es una buena casa, o es una mala casa, no cuando criticamos o alabamos el edificio de paredes y techos, sino los mismos hábitos de los hombres buenos o malos. Así, pues, se dijo: Príncipe de este mundo, es decir, príncipe de los hombres malos, que habitan en el mundo. También se llama mundo a los buenos, que igualmente están dispersos por toda la tierra, de ahí que el Apóstol diga: Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. III). Estos son de cuyos corazones el príncipe del mundo será echado fuera. Cuando, pues, dijo: Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera,

Y yo, dice, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí. ¿Qué todos? sino de quienes él es echado fuera. Sin embargo, no dijo todos, sino todo. Porque no todos tienen fe. No lo refirió, por tanto, a la totalidad de los hombres, sino a la integridad de la criatura, es decir, espíritu, alma y cuerpo, y aquello que entendemos, y aquello que vemos, y aquello que somos visibles y palpables. Porque quien dijo: Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá (Lucas XXI), todo lo atrae hacia sí. O si todo debe entenderse como todos los hombres, podemos decir que todo está predestinado para la salvación, de los cuales dice que nada perecerá, cuando antes hablaba de sus ovejas. O ciertamente todos los géneros de hombres, ya sea en lenguas, ya sea en grados de honor de todos, ya sea en diversidades de ingenios de todos, ya sea en profesiones de artes lícitas y útiles de todos, y cualquier otra cosa que pueda decirse según las innumerables diferencias por las cuales los hombres se distinguen entre sí solo por los pecados, desde los más altos hasta los más humildes, desde el rey hasta el mendigo: Todo, dice, atraeré hacia mí, para que sea su cabeza, y ellos sus miembros. Pero si fuere levantado, dice, de la tierra, es decir, cuando fuere levantado. No duda de que sucederá

lo que vino a cumplir. Esto se refiere a lo que dijo antes: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo. Pero si muere, lleva mucho fruto. Porque ¿qué otra cosa dijo de su exaltación, sino su pasión en la cruz? lo cual el mismo evangelista no calló. Añadió, y dijo: Esto decía, significando de qué muerte iba a morir.

Le respondió la multitud: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre; y ¿cómo dices tú: Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este? Recordaron lo que el Señor decía continuamente que él era el Hijo del Hombre. Pues en este lugar no dijo: Si el Hijo del Hombre fuere levantado de la tierra, sino, como dijo antes, cuando fueron anunciados aquellos gentiles que deseaban verlo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. Esto, pues, reteniendo en su mente, y lo que ahora dice: Cuando fuere levantado de la tierra, entendiendo la muerte de la cruz, le preguntaron y dijeron:

Nosotros hemos oído de la ley que el Cristo permanece para siempre; y ¿cómo dices tú: Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? Porque si es el Cristo, dicen, permanece para siempre; si permanece para siempre, ¿cómo será levantado de la tierra? es decir, ¿cómo morirá en la pasión de la cruz? Porque entendían que él decía lo que pensaban hacer. No les reveló, por tanto, la oscuridad de estas palabras con sabiduría infundida, sino con conciencia estimulada.

Entonces Jesús les dijo: Aún un poco de luz está en vosotros. De aquí es que entenderéis que el Cristo permanece para siempre.

Por tanto, caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas. Caminad, acercaos, entended todo, tanto que Cristo morirá, como que vivirá para siempre, y que derramará su sangre para redimir, y ascenderá a las alturas para llevar. Pero las tinieblas os sorprenderán, si creéis en la eternidad de Cristo de tal manera que neguéis en él la humildad de la muerte.

Y el que camina en tinieblas, no sabe a dónde va. Así puede tropezar en la piedra de tropiezo, y en la roca de escándalo (Rom. IX), que fue el Señor para los judíos ciegos, como para los creyentes la piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo (Mat. XXI). De aquí se indignaron en creer en Cristo, porque su impiedad despreció al muerto, se rió del asesinado; y esa misma era la muerte del grano que se multiplicaría, y la exaltación de quien atrae todo hacia sí.

Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz. Cuando habéis oído algo de verdad, creed en la verdad. Y es de considerar que no dijo: Ved la luz, sino, Creed en la luz, que se verá después del camino de esta vida. Porque él mismo (como se ha dicho) se llama luz, en la cual es necesario creer, significando con esto su deidad.

Estas cosas habló Jesús, y se fue, y se escondió de ellos. No de aquellos que comenzaron a creer y amar, no de aquellos que vinieron al encuentro con ramas de palmas y alabanzas, sino de aquellos que veían y envidiaban, porque ni siquiera veían, sino que cegados tropezaban en aquella piedra. Pero cuando Jesús se escondió de ellos, que deseaban matarlo (lo cual a menudo se os ha recordado por olvido), cuidó de nuestra debilidad, no disminuyó su poder. Anunciada por el Señor Cristo su pasión en la exaltación de la cruz, lo cual entendiendo los judíos propusieron la cuestión de cómo decía que iba a morir, cuando habían oído de la ley que el Cristo permanece para siempre, luego el evangelista añadió, y dijo:

Aunque había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él, para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? y ¿a quién se ha revelado el brazo del Señor? Puso ¿quién?, por la rareza, porque lo que los santos profetas oyeron de Dios, y predicaron en el pueblo, muy pocos creyeron. Donde en lo que dice: ¿A quién se ha revelado el brazo del Señor? muestra suficientemente que el brazo del Señor se llama al Hijo de Dios mismo, no porque Dios Padre esté determinado por la figura de la carne humana, y a él el Hijo se adhiera como miembro del cuerpo; sino porque todas las cosas fueron hechas por él, por eso se le llama el brazo del Señor. Porque así como tu brazo es por el cual obras, así el brazo de Dios se dice su palabra, porque por la palabra obró el mundo. Pues ¿por qué extiende el hombre el brazo para obrar algo, sino porque no se hace inmediatamente lo que dice? pero si prevaleciera con tanto poder, que sin ese movimiento del cuerpo se hiciera lo que dijera, su brazo sería su palabra. Pero el Señor Jesús, el Hijo unigénito de Dios Padre, así como no es miembro del cuerpo paterno, tampoco es una palabra pensable o sonora y transitoria, porque cuando todas las cosas fueron hechas por él, el Verbo era Dios (Juan I). A quien el evangelista llamó Verbo estando con Dios, el profeta lo llamó el brazo del Señor. Cuando escuchamos el brazo del Señor, reconozcamos a Cristo como el poder de Dios y la sabiduría de Dios, por quien todas las cosas fueron hechas. Porque todas las cosas hiciste en sabiduría (Salmo CIII), dice el salmista. Porque no es él quien es el Padre, pero son uno él y el Padre, y es igual al Padre, en todas partes entero. Aquí surge una cuestión difícil: ¿qué hicieron los judíos malos, o cuál fue su culpa, para que no creyeran, si era necesario que se cumpliera la palabra del profeta Isaías que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? y ¿a quién se ha revelado el brazo del Señor (Isa. LIII)? A esta cuestión respondemos que Dios, previendo el futuro, lo predijo por el profeta, sin embargo, no lo hizo. Porque Dios no obliga a nadie a pecar porque ya conoce los pecados futuros de los hombres. Porque previó sus pecados, no los suyos, ni de ningún otro, sino los de ellos. Por lo tanto, si lo que él previó de ellos no es de ellos, no previó verdaderamente. Pero porque su presciencia no puede fallar, sin duda no otros, sino ellos pecan, a quienes Dios previó que pecarían. Hicieron, pues, pecado los judíos, lo cual no los obligó a hacer, a quien el pecado no le agrada, pero predijo que lo harían, a quien nada se le oculta. Pero las palabras que siguen del Evangelio urgen, y hacen una cuestión más profunda. Porque aquí se dice como si fuera la causa de su incredulidad, que cegó sus ojos, y endureció su corazón. Esto se dice completamente de Dios, no del diablo. Pero se debe buscar la causa por la cual el profeta dijo que Dios hizo esto, la cual, con su don, en cuanto podamos, expondremos. No podían creer, porque el profeta lo predijo, porque Dios previó que esto sucedería. Pero ¿por qué no podían, si se me pregunta, respondo porque no querían. Porque Dios previó su mala voluntad, y lo predijo por el profeta aquel a quien no pueden ocultarse las cosas futuras, y esta ceguera o endurecimiento la mereció su mala voluntad. Porque así ciega, así endurece Dios, abandonando, y no ayudando, lo cual hace con juicio oculto para nosotros, pero nunca injusto. Cuando, pues, el apóstol Pablo trataba esta misma cuestión difícil, dijo: ¿Hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera! (Rom. IX). Si, pues, de ninguna manera hay injusticia en Dios, ya sea cuando ayuda, ya sea cuando no ayuda, lo hace justamente, porque todo lo hace no con temeridad, sino con juicio. Por lo tanto, si los juicios de los santos son justos, cuánto más del Dios que santifica y justifica. Por lo tanto, son justos, pero ocultos. Por eso, cuando surgen cuestiones de este tipo, sobre por qué uno es juzgado así, y otro así, por qué uno es cegado por el abandono de Dios, y otro es iluminado por la ayuda de Dios, no nos apropiemos del juicio del juicio de tan gran juez, sino que temblando exclamemos con el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán inescrutables son sus juicios e ininvestigables sus caminos! (Rom. XI). Sobre tales cuestiones o juicios de Dios, escuchemos la Escritura que nos advierte, y dice: No busques lo que es más alto que tú, ni investigues lo que es más fuerte que tú (Ecli. III). Lleguemos, pues, al camino

de la fe, mantengámoslo con la mayor perseverancia. Ella nos lleva a la cámara del rey, donde están escondidos todos los tesoros de la sabiduría (Col. II). Porque el mismo Señor Jesucristo no envidiaba a sus grandes y especialmente elegidos discípulos, cuando decía: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar (Juan XVI). Debemos caminar, progresar, crecer, para que nuestros corazones sean capaces de aquellas cosas que ahora no podemos comprender. Y si el último día nos encuentra progresando, allí aprenderemos lo que aquí no pudimos. No es, pues, de extrañar que no pudieran creer, cuya voluntad era tan soberbia, que ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia (Rom. X), como dice el Apóstol de ellos, no quisieron someterse a la justicia de Dios. Porque no por fe, sino como por obras se enorgullecieron, cegados por su propio temor tropezaron en la piedra de tropiezo. Así se dijo, no podían, donde se debe entender que no querían, como se dijo de nuestro Señor Dios: Si somos infieles, él permanece fiel, no puede negarse a sí mismo (II Tim. II). Así como es alabanza de la voluntad divina, que quiso salvarlos, así que no podían creer, es culpa de la voluntad humana. Esto de los judíos que fueron cegados y endurecidos, Dios lo previó, y en su espíritu el profeta lo predijo. Pero lo que añadió: Y se conviertan, y los sane, si debe entenderse que no se conviertan, la sentencia conectada arriba lo muestra, donde se dijo: Para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, porque aquí también se dijo, no entiendan. Y esa misma conversión es de la gracia de aquel a quien se dice: Dios de los ejércitos, conviértenos (Salmo LXXIX). O tal vez esto también debe entenderse como hecho por la misericordia de la medicina celestial, porque eran de voluntad perversa y soberbia, y querían establecer su propia justicia, para que fueran abandonados y cegados; para que, digo, fueran cegados, para que tropezaran en la piedra de tropiezo, y sus rostros se llenaran de ignominia, y así humillados buscaran el nombre del Señor, y no su propia justicia que infla al soberbio, sino la justicia de Dios, que justifica al impío. Porque esto benefició a muchos de ellos para bien, quienes, compungidos por su crimen, después creyeron en Cristo: por quienes él mismo también oró, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII). Sigue:

Sin embargo, aun de los príncipes muchos creyeron en él, pero por causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios. Ved cómo el evangelista notó y desaprobó a algunos, que sin embargo dijo que creyeron en él, quienes en este inicio de fe, si progresaran, también superarían el amor a la gloria humana progresando, que superó el Apóstol, diciendo: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo (Gálatas VI). Porque para esto el mismo Señor fijó su cruz, donde la demencia de la impiedad soberbia se burló de él, en las frentes de aquellos que creyeran en él, donde está de alguna manera la sede de la vergüenza, para que la fe en su nombre no se avergüence, y amen más la gloria de Dios que la de los hombres. Hablando el Señor Jesucristo entre los judíos, y haciendo tantas señales milagrosas, algunos creyeron predestinados para la vida eterna, a quienes también llamó sus ovejas. Pero algunos no creyeron, ni podían creer, porque por el juicio oculto, pero no injusto de Dios, fueron cegados. Otros, sin embargo, creyendo abiertamente, y saliendo al encuentro con ramas de palmas, otros creyendo en secreto, pero no confesando por causa de los fariseos, a quienes el evangelista notó cuando dijo: Amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios. La gloria de Dios es confesar públicamente a Cristo, como hicieron los santos mártires: de quienes en otro lugar el mismo Señor dice: Quien me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre. Quien confiesa a Cristo con confesión de alabanza, será confesado, es decir, será alabado por Cristo delante de Dios Padre. Con las cosas así, y su pasión ya cercana.

Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió. Ya había dicho en cierto lugar: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió (Juan VII). Donde entendimos que él llamó a su doctrina la palabra del Padre, que es él mismo; y esto significó al decir: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió, que él no es de sí mismo, sino que tiene de quien es. Pues el Hijo es Dios de Dios, el Padre; pero el Padre no es Dios de Dios, sino Dios Padre del Hijo. Ahora bien, lo que dice: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió; ¿cómo lo entenderemos sino porque el hombre aparecía a los hombres, mientras Dios permanecía oculto? y para que no pensarán que él era solamente lo que veían, tal y tan grande, sino queriendo que se creyera que es tal y tan grande como el Padre: El que cree en mí, dice, no cree en mí, es decir, en lo que ve, sino en aquel que me envió, es decir, en el Padre; de donde es necesario que crea que él tiene un hijo; y mientras cree que el Padre es eterno, crea también que tiene un hijo coeterno y consustancial a él. Por eso dijo: El que cree en mí, no cree en mí, no queriendo que todo lo que se cree de Cristo se crea según el hombre. Aquel cree bien en mí, quien según lo que me ve, no solo cree en mí, sino que según lo que cree en mí, cree que soy igual al Padre. Y para que no se pensara que quiso ser entendido el Padre como el Padre de muchos hijos regenerados por gracia, no del único Verbo igual a él, inmediatamente añadió:

Y el que me ve, ve a aquel que me envió. Tan poco dista entre él y yo, que quien me ve, ve a aquel que me envió. Esta visión debe entenderse como intelectual, no carnal, que ahora está en la alabanza de los santos, después del día de la última resurrección será en la realidad de la eterna bienaventuranza, de la cual en otro lugar dice: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V). Atendamos a lo demás. Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo el que cree en mí no permanezca en tinieblas. Dijo en cierto lugar a sus discípulos: Vosotros sois la luz del mundo. No se puede esconder una ciudad situada sobre un monte; ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V). Sin embargo, no dijo: Vosotros habéis venido al mundo como luz, para que todo el que cree en vosotros no permanezca en tinieblas. Afirmino que en ninguna parte se puede leer esto. Por tanto, todos los santos son luces; pero creyendo son iluminados por aquel, de quien si alguien se aparta, será oscurecido. Pero aquella luz que ilumina no puede apartarse de sí misma, porque es completamente inmutable. Pero cuando dice: Todo el que cree en mí no permanece en tinieblas, manifiesta suficientemente que encontró a todos en tinieblas; pero para que no permanezcan en esas tinieblas en las que fueron encontrados, deben creer en la luz que vino a este mundo, porque por ella fue hecho el mundo.

Y si alguno oye, dice, mis palabras y no las guarda, yo no lo juzgo. Escuchad cómo dice el Hijo: Yo no lo juzgo, cuando dice en otro lugar: El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo (Juan V): a menos que se entienda lo que sigue:

Porque no he venido, dice, para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. Ahora, por tanto, es tiempo de misericordia, después será de juicio, porque cantaré misericordia y juicio a ti, Señor (Sal. C). Pero sobre el mismo juicio futuro y último, ved lo que dice:

El que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien lo juzgue. La palabra que he hablado, ella lo juzgará en el último día. No dijo: El que me desprecia y no recibe mis palabras, yo no lo juzgo en el último día. Porque el Hijo de Dios vino a salvar, no a juzgar. Por eso dijo: No lo juzgo, es decir, ahora en el presente, pero lo juzgaré en el último día. Pues cuando dijo: El que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien lo juzgue, esperando quién sería ese, cautelosamente añadió: La palabra que he hablado, ella lo juzgará en el

último día. Manifestó suficientemente que él mismo juzgará en el último día. Pues él mismo habló, él mismo se anunció, él mismo se puso como puerta, por la cual él mismo, como pastor, entraría a las ovejas. Por tanto, serán juzgados de manera diferente los que no escucharon y los que escucharon y despreciaron. Porque los que pecaron sin ley, dice el Apóstol, sin ley perecerán; y los que pecaron en la ley, por la ley serán juzgados (Rom. II).

Porque yo, dice, no he hablado de mí mismo. Por eso dice que no ha hablado de sí mismo. Ya hemos dicho muchas veces que el Hijo no es de sí mismo, sino del Padre, por eso añadió:

Sino que el Padre que me envió, él mismo me dio mandamiento de lo que he de decir y de lo que he de hablar. Pues el Padre no habla al Hijo por espacio de lugares, ni por expresión de sílabas, ni por sonido vocal, para que el Hijo escuche el mandamiento del Padre, como el Hijo del hombre suele escuchar de un hombre lo que el Padre le manda; sino que el Hijo único es la Palabra del Padre, y la Sabiduría del Padre, en él están todos los mandamientos del Padre. Pues el Hijo nunca ignoró el mandamiento del Padre, para que fuera necesario que lo tuviera en el tiempo que lo recibió, para que al nacer lo recibiera, y el Padre al engendrarle le diera lo que no tenía, sino que lo engendró teniendo vida, como dijo antes: Como el Padre tiene vida, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V), es decir, engendró al Hijo teniendo vida en sí mismo. Así dice aquí: Como me dio mandamiento. Y porque esa misma eternidad del nacimiento nunca no fue, el Hijo que es vida, y así como es vida eterna, así es quien nació vida eterna, así también el mandamiento, no que el Hijo no lo tenga, el Padre lo dio, sino, como dije, en la sabiduría del Padre, que es la Palabra del Padre, están todos los mandamientos del Padre. Pues sigue:

Y sé que su mandamiento es vida eterna. Si, por tanto, el mandamiento del Padre es vida eterna, ¿qué otra cosa se ha dicho, sino: Yo soy el mandamiento del Padre? Por tanto, también lo que añade y dice:

Lo que yo hablo, como el Padre me ha dicho, así hablo. No entendamos que dijo el Padre a mí, como si hubiera hablado con palabras al único Verbo, o que Dios necesitara palabras de Dios. Por tanto, el Padre dijo al Hijo, como dio vida al Hijo, no lo que no sabía, o no tenía, sino que él mismo era el Hijo. ¿Qué es, pues, lo que dijo: Como el Padre me ha dicho, así hablo, sino que hablo la palabra? Así lo dijo el Padre como veraz, así habla él como la verdad. Pero el veraz engendró la Verdad. ¿Qué, pues, diría ya a la Verdad? Pues la Verdad no era imperfecta, a la que se le añadiera algo verdadero. Por tanto, el Padre dijo a la Verdad que engendró la Verdad. Además, la misma Verdad habla así como le fue dicho, pero a los que enseña para que entiendan cómo nació. Pero para que los hombres creen lo que aún no pueden entender, las palabras sonaron desde la boca de la carne, y se fueron. Los sonidos volaron resonando al cumplir sus breves momentos de tiempo; pero las cosas mismas de las que los sonidos son signos, de alguna manera llevadas a la memoria de los que escucharon, también llegaron a nosotros por las letras, que son signos visibles. No así habla la Verdad: habla interiormente a las mentes que entienden; instruye sin sonido; inunda con voz inteligible. Por tanto, quien puede ver en ella la eternidad de su nacimiento, él mismo la escucha hablando así como el Padre le dijo que hablara. Nos ha despertado a un gran deseo de su dulzura interior; pero crezcamos para alcanzarla, caminemos creciendo, avancemos caminando, para que podamos llegar por él mismo, a él mismo, llevándonos él mismo, y prometiéndonos: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV): Camino para los que buscan, verdad para los que encuentran, vida para los que permanecen.

CAPÍTULO XIII.

El evangelista Juan, al escribir aquel memorable ministerio del Señor, en el que se dignó lavar los pies a los discípulos en la Pascua antes de ir a la pasión, primero se preocupó por abrir lo que el mismo nombre de Pascua significaba místicamente, comenzando así:

Antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Pues Pascua significa paso, nombre que tiene de antiguo porque en ella el Señor pasó por Egipto hiriendo a los primogénitos de Egipto y liberando a los hijos de Israel, y porque los mismos hijos de Israel pasaron aquella noche de la servidumbre egipcia para llegar a la tierra de la herencia prometida y de paz (Éxodo XII). Místicamente significando que en ella el Señor iba a pasar de este mundo al Padre, y que por su ejemplo los fieles, desechando los deseos temporales, desechando la servidumbre de los vicios, deben pasar con continuos estudios de virtudes a la promesa de la patria celestial. Pero cómo pasó Jesús de este mundo al Padre, el evangelista lo designa con hermosa expresión cuando dice: Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (I Cor. V), es decir, los amó tanto que con ese mismo amor terminó temporalmente su vida corporal, pronto a pasar de la muerte a la vida, de este mundo al Padre. Pues nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV). De donde correctamente ambos pasos, el legal y el evangélico, fueron consagrados con sangre, aquel del cordero pascual, este del que dice el Apóstol: Porque nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado. Este con sangre derramada en la cruz, aquel en forma de cruz, con el dintel y el umbral medio rociado en los postes. Pascua no es (como algunos piensan) un nombre griego, sino hebreo: sin embargo, oportunamente ocurre en este nombre cierta congruencia de ambas lenguas. Pues porque sufre, en griego se dice *πάσχη*, por eso se pensó que Pascua era pasión; o que este nombre se llamaba así por la pasión. En su propia lengua, es decir, hebrea, Pascua se dice paso, porque entonces el pueblo de Dios celebró por primera vez la Pascua, cuando huyendo de Egipto, cruzaron el Mar Rojo. Por tanto, este nombre, es decir, Pascua, que en latín, como dije, se llama paso, como interpretándonos el bienaventurado evangelista: Antes del día, dice, de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre. He aquí la Pascua, he aquí el paso. ¿De dónde, y hacia dónde? De este mundo al Padre. La esperanza fue dada a los miembros en la cabeza, que al pasar él, sin duda lo seguirían. ¿Qué, pues, de los infieles, y de aquellos ajenos a esta cabeza y a su cuerpo? ¿No pasan también ellos, porque no permanecen? Claro que también ellos pasan. Pero una cosa es pasar del mundo, otra cosa es pasar con el mundo, otra cosa es al Padre, otra cosa es al enemigo. Pues también los egipcios pasaron, pues no permanecieron persiguiendo; pero no pasaron por el mar al reino, sino en el mar a la destrucción (Éxodo XIV). Sabiendo, pues, Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Ciertamente, para que también ellos de este mundo donde estaban, a su cabeza que había pasado de aquí, pasaran por su amor. Pues ¿qué es hasta el fin, sino en Cristo? Porque el fin de la ley es Cristo, dice el Apóstol, para justicia a todo creyente (Rom. X). Fin perfeccionador, no destructor; fin hasta donde vayamos, no donde perezcamos. Así debe entenderse, Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado (I Cor. V). Pues él es nuestro fin, en él está nuestro paso. Debe entenderse, los amó hasta el fin, los amó hasta la muerte, porque los amó tanto que él mismo murió por ellos.

Y hecha la cena, dice, cuando el diablo ya había puesto en el corazón que Judas, hijo de Simón Iscariote, lo entregara. Cena hecha se dice ya preparada, y llevada al uso y mesa de los comensales. Pero lo que dice: Cuando el diablo ya había puesto en el corazón que Judas, hijo de Simón Iscariote, lo entregara, si preguntas qué se puso en el corazón de Judas, ciertamente esto, que lo entregara. Esa misión es una sugestión espiritual, que no se hace por el oído, sino

por el pensamiento; y por tanto no corporalmente, sino espiritualmente. Pues lo que se dice espiritual no siempre debe tomarse en alabanza. El Apóstol conoce ciertas malicias espirituales en los cielos, contra las cuales testifica que tenemos lucha (Efes. VI). Pero no habría también malignas cosas espirituales, si no hubiera también espíritus malignos; pues lo espiritual se nombra por el espíritu.

Sabiendo que el Padre le había dado todo en sus manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba. Pues cuando el Padre le había dado todo en sus manos, ¿por qué no lavó las manos de los discípulos, sino los pies? Sabía que por la humildad de la Encarnación había salido de Dios, y por la victoria de la resurrección iba a regresar a Dios, sin dejar a Dios cuando salió de allí, ni a nosotros cuando regresó. Sabía ciertamente todas estas cosas, y sin embargo, en señal de su gran humildad, en ejemplo de nuestra gran humildad, se levanta de la cena, se quita sus vestiduras, lava los pies de los discípulos: no cumpliendo el oficio de Dios Señor, sino de hombre siervo; y lavando humildemente también los pies de aquel cuyas manos sabía que en su traición serían impiamente manchadas. Pero si con más profunda indagación se deleita tratar este humildísimo misterio de nuestro Salvador, esta cena sacrosanta, en la que el Señor se reclinó con los discípulos, significa todo el tiempo en que corporalmente permaneció en la Iglesia, y con los manjares de la palabra salvadora, y la dulzura de sus milagros alimentó a todos de lejos y de cerca, y él mismo fue alimentado por la fe y el amor de los oyentes, porque cuantos convirtió a la gracia de la verdad, por la Iglesia como en el modo de los que comen, hizo aumento.

Se levantó de la cena, y se quitó sus vestiduras. Cuando, dejando de conversar temporalmente con los hombres, depositó los miembros del cuerpo asumido en la cruz.

Tomando una toalla, se ciñó. Cuando, tomando del Padre el mandato de sufrir por nosotros, en el mismo ejercicio de la pasión rodeó sus miembros. Pues suele figurarse la aflicción de las pasiones por la toalla, que se confecciona con el trabajo multifacético de los tormentos. Y el Señor, quitándose las vestiduras, se ciñe con la toalla, para significar que el hábito del cuerpo que asumió, no lo deposita sin la presión de los dolores, sino con la larga tribulación de la cruz.

Echó agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido. Cuando muerto en la cruz derramó agua junto con sangre de su costado en la tierra, con las cuales limpiara las obras de los creyentes, y esas mismas obras no solo dignó santificar con los sacramentos de la pasión, sino también confirmarlas con esos mismos ejemplos.

Vino, pues, a Simón Pedro. Como si ya hubiera lavado a algunos, y después de ellos hubiera venido al primero. Pues ¿quién no sabe que el primero de los apóstoles es el beatísimo Pedro? Pero no debe entenderse así, que después de algunos vino a él, sino que comenzó con él. Pues cuando comenzó a lavar los pies de los discípulos, vino a aquel con quien comenzó, es decir, a Pedro, y entonces Pedro, lo que también cualquiera de ellos habría temido, temió, y dijo:

Señor, ¿tú me lavas los pies? ¿Tú a mí? ¿Qué es, tú? ¿Qué es, a mí? Deben pensarse más bien que decirse, no sea que lo que de alguna manera digno concibe el alma de estas palabras, no lo exprese la lengua.

Pero Jesús respondió y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; lo entenderás después. Sin embargo, él, aterrorizado por la altura del hecho del Señor, no permite que se

haga lo que no sabía por qué se hacía, pero aún no quiere ver a Cristo humilde hasta sus pies, no puede soportarlo.

No me lavarás, dice, los pies jamás. ¿Qué es, jamás? Nunca lo permitiré, nunca lo sufriré, nunca lo consentiré. Pues lo que no se hace jamás, no se hace en absoluto. Entonces el Salvador, aterrorizando al enfermo que se resistía por el peligro de su misma salvación:

Si no te lavo, dice, no tendrás parte conmigo. Así se dijo si no te lavo, cuando solo se trataba de los pies, como se suele decir: me pisas, cuando solo se pisa la planta. Pero él, turbado por el amor y el temor, y más temiendo que Cristo le fuera negado, que se humillara hasta sus pies:

Señor, dice, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Pues ya que así amenazas, no solo no te sustraigo mis miembros inferiores para que los laves, sino que también te ofrezco los superiores. Para que no me niegues tener parte contigo, no te niego ninguna parte de mi cuerpo para que la laves.

Jesús le dice: El que está lavado no necesita sino lavarse los pies, pero está limpio por completo. Totalmente, excepto los pies, o salvo los pies, que necesitan ser lavados. Pero, ¿qué significa esto? ¿Qué quiere decir? ¿Qué es necesario que investiguemos aquí? El Señor dice, la Verdad habla, que incluso el que está lavado necesita lavarse los pies. ¿Qué pensáis, hermanos míos? ¿No es que el hombre en el santo bautismo es lavado por completo, no excepto los pies, sino completamente? Sin embargo, cuando se vive después en los asuntos humanos, ciertamente se pisa la tierra. Así, los afectos humanos, sin los cuales no se vive en esta mortalidad, son como los pies, donde nos afectan las cosas humanas: y nos afectan de tal manera que si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1). Por lo tanto, cada día nos lava los pies, quien intercede por nosotros; y cada día reconocemos que necesitamos lavar nuestros pies, en la misma oración del Señor, cuando decimos: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo 6). Porque si confesamos, como está escrito, nuestros pecados, ciertamente aquel que lavó los pies de sus discípulos, es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad (1 Juan 1), es decir, hasta los pies con los que caminamos en la tierra. Ese lavado de pies indica el perdón de los pecados; no obstante, no el que se da una vez en el bautismo, sino más bien aquel por el cual las culpas diarias de los fieles, sin las cuales no se vive en esta vida, son limpiadas por su gracia diaria. Los pies, con los que caminamos tocando la tierra, y por lo tanto no podemos mantenerlos inmunes del polvo, como el resto del cuerpo, designan la misma necesidad de la morada terrenal. Por lo tanto, el que está lavado no necesita sino lavarse los pies, pero está limpio por completo, porque el que ha sido lavado en la fuente del bautismo para la remisión de todos los pecados, no necesita ser lavado de nuevo de la misma manera; pero las contaminaciones diarias de la conversación mundana, es necesario que sean limpiadas por la indulgencia diaria de su Redentor. Porque está limpio en todo el cuerpo de sus acciones, excepto en aquellas que se adhieren a la mente por la necesidad del cuidado temporal: por cuya contaminación y limpieza diaria decimos orando: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo 6). Pero esto es sobre los apóstoles y sus semejantes. En cuanto a nosotros, que a menudo olvidamos el temor divino y caminamos por el camino equivocado, no podemos ser liberados de la suciedad de nuestros errores con esa leve y diaria solemnidad de oraciones, sino que es necesario que una mayor contaminación sea purgada con un mayor ejercicio de oraciones, viglias, ayunos, lágrimas y limosnas.

Después de que el Señor lavó los pies de los discípulos, tomó sus vestiduras, y cuando se recostó de nuevo, abrió con palabras el misterio del lavado, que les había mostrado poco antes con el hecho, aún sin que ellos lo supieran, porque después de que consagró en la cruz el lavatorio de la remisión para nosotros, tomó los miembros ya inmortales, que había dejado mortales; y cuando después de la resurrección apareció a los discípulos, y familiarmente estuvo con ellos incluso comiendo durante cuarenta días, les expuso la utilidad de su pasión, cuyo poder místico hasta entonces no conocían, y temían bastante el evento.

Si, pues, dice, yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Esta sentencia debe ser entendida y cumplida correctamente tanto en el sentido literal como en el místico. Literalmente, para que por caridad nos sirvamos unos a otros, no solo lavando los pies de los hermanos, sino ayudando en cualquiera de sus necesidades. En el sentido místico, para que así como el Señor nos perdona los pecados cuando nos arrepentimos, también nosotros nos apresuremos a perdonar a los hermanos que pecan contra nosotros. Así como Él intercede por nosotros ante el Padre, también nosotros, si sabemos que nuestro hermano peca un pecado que no es de muerte, pidamos que se le dé vida al que peca no de muerte. Y, como el apóstol Santiago nos advierte, confesemos nuestros pecados unos a otros y oremos unos por otros para que seamos salvados (1 Juan 5). Así como Él puso su vida por nosotros, también nosotros, cuando llegue el momento, pongamos nuestra vida por los hermanos. Sigue:

¿Sabéis lo que os he hecho? Ahora es el momento de que se cumpla aquella promesa hecha al bienaventurado Pedro; porque había sido diferido, cuando al temeroso y diciendo: No me lavarás los pies jamás, se le respondió: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después. He aquí que es ahora el tiempo de ese después, para que se diga lo que poco antes fue diferido. Recordando, pues, el Señor que había prometido desde hace tiempo el conocimiento de su hecho, tan inesperado, tan admirable, tan temido, y que si no hubiera sido Él quien lo aterrorizara, de ninguna manera se habría permitido, que el maestro no solo de ellos, sino también de los ángeles, y el Señor no solo de ellos, sino de todas las cosas, lavara los pies de sus discípulos y siervos. Por lo tanto, como había prometido el conocimiento de este gran hecho, diciendo: Lo sabrás después, ahora comienza a enseñar qué es lo que hizo. Vosotros, dice, me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Decís bien, porque decís la verdad, soy lo que decís. Al hombre se le ha mandado: No te alabe tu propia boca, sino que te alabe la boca de tu prójimo (Proverbios 27). Porque es peligroso complacerse a sí mismo, a quien debe evitarse el orgullo. Pero aquel que está sobre todo, por mucho que se alabe, no se exalta en su grandeza. Ni se puede decir correctamente que Dios es arrogante, porque nos conviene conocerlo, no a Él. Y nadie lo conoce, si no se revela Él mismo, quien lo sabe. Si, pues, al no alabarse a sí mismo, quisiera evitar la arrogancia, nos negaría la sabiduría. Y aunque se diga que es maestro, nadie lo reprendería, incluso quien creyera que no es más que un hombre, porque profesaría lo que también los hombres en cualquier arte profesan sin arrogancia, hasta el punto de ser llamados profesores. Pero que Él mismo se diga Señor de sus discípulos, cuando ellos son incluso según el mundo libres, ¿quién lo soportaría en un hombre? Pero Dios habla, no hay aquí arrogancia en tanta grandeza, no hay mentira en la verdad. Nos conviene someternos a esa grandeza. Nos conviene servir a la Verdad. Que se diga la verdad por quien es la Verdad, para que no deje de decir yo lo que es útil, mientras Él calla lo que es. El bienaventurado Pablo, no el unigénito Hijo de Dios, sino siervo y apóstol del unigénito Hijo de Dios, no la Verdad, sino partícipe de la Verdad, dice libre y constantemente: Y si quisiera gloriarme, no sería insensato, porque digo la verdad (2 Corintios 12). Porque no se gloria en sí mismo, sino en la misma Verdad, que es superior a él, y humildemente y verazmente se gloria, porque también

él manda que quien se gloríe, se gloríe en el Señor (1 Corintios 1). Así que no temería la insensatez, si quisiera gloriarse el amante de la sabiduría, y en su gloria temería la insensatez la misma sabiduría. No temió la arrogancia, quien dijo: En el Señor se gloriará mi alma (Salmo 34); y en su alabanza temería la arrogancia el poder del Señor, en quien se gloriará el alma del siervo. Vosotros, dice, me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Por eso decís bien, porque lo soy. Pues si no fuera lo que decís, diríais mal, aunque me alabais. Si, pues, yo, dice, he lavado vuestros pies, el Señor y Maestro, debéis también vosotros lavaros los pies unos a otros.

Porque os he dado ejemplo, para que como yo os he hecho, también vosotros hagáis. Esto es, bienaventurado Pedro, lo que no sabías, cuando no permitías que se hiciera. Esto te prometió saber después, cuando para que lo permitieras, te aterrizó tu maestro y tu Señor Dios lavando tus pies. Hay entre muchos la costumbre de esta humildad, hasta el hecho que se ve expresado. Por eso el Apóstol, al recomendar a la viuda bien merecida, dice: Si ha hospedado, si ha lavado los pies de los santos (1 Timoteo 5). Y entre los santos, dondequiera que no exista esta costumbre, lo que no hacen con la mano, lo hacen con el corazón, si están en el número de aquellos a quienes se dice en el himno de los bienaventurados tres jóvenes: Bendecid, santos y humildes de corazón, al Señor (Daniel 3). Pero mucho mejor, y sin controversia más verdaderamente, que también lo haga con las manos; y no se desdigne de hacer lo que hizo Cristo, el cristiano. Porque cuando el cuerpo se inclina a los pies del hermano, también en el mismo corazón se excita, o si ya estaba, se confirma el afecto de la humildad misma. Pero además de este entendimiento mortal, recordamos que el Señor nos ha recomendado la profundidad de este hecho dominical, que al lavar los pies de los discípulos ya lavados y limpios, significó que debido a los afectos humanos con los que nos movemos en la tierra, por mucho que hayamos progresado en la aprehensión de la justicia, no estamos sin pecado, a quienes continuamente lava intercediendo por nosotros, cuando oramos al Padre que está en los cielos, para que nos perdone nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. ¿Cómo, pues, podrá pertenecer a este entendimiento lo que Él mismo enseñó después, donde expuso la razón de su hecho, diciendo: Si yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, debéis también vosotros lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que como yo os he hecho, también vosotros hagáis? ¿Podemos acaso decir que también un hermano podrá limpiar a otro de la mancha del pecado? Más bien, sepamos que también se nos ha advertido en la profundidad de esta obra dominical, que confesando nuestros pecados unos a otros, oremos por nosotros, como Cristo intercede por nosotros. Hemos oído al apóstol Santiago ordenando esto mismo muy claramente y diciendo: Confesaos unos a otros vuestros pecados, y orad unos por otros (Santiago 5), porque para esto el Señor nos dio ejemplo. Porque si Él, que no tiene pecado, ni lo tuvo, ni lo tendrá, ora por nuestros pecados, ¡cuánto más debemos nosotros orar unos por otros por los nuestros! y si nos perdona Él, a quien no tenemos qué perdonar, ¡cuánto más debemos perdonarnos unos a otros, que no podemos vivir aquí sin pecado! ¿Qué parece significar el Señor en esta profundidad del sacramento cuando dice: Porque os he dado ejemplo, para que como yo os he hecho, también vosotros hagáis? sino lo que dice clarísimamente el Apóstol: Perdonándoos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro, como también el Señor os perdonó, así también vosotros (Efesios 4). Perdonémonos, pues, unos a otros nuestros pecados, y oremos unos por otros por nuestros pecados, y así de alguna manera lavemos nuestros pies unos a otros.

Amén, amén os digo, no es el siervo mayor que su señor, ni el apóstol mayor que el que lo envió. Esto lo dijo porque el Señor había lavado los pies de los siervos, y Él mismo que envió a aquellos que envió. Ἀπόστολος en griego, en latín se dice enviado, para mostrar que lo que

el Altísimo hizo humildemente, mucho más deben hacerlo humildemente los humildes e infirmos. Pero para que también en este lugar se recuerde el entendimiento espiritual, porque si Él, que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (1 Pedro 2), intercede por nuestros excesos, mucho más debemos orar unos por otros. Pero si nos perdona Él, a quien no tenemos qué perdonar, mucho más debemos perdonarnos unos a otros nuestras deudas: lo cual también el Apóstol ordenando, dice: Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como también Dios en Cristo os perdonó (Efesios 4).

Si sabéis esto, dice, seréis bienaventurados si lo hacéis. Esta sentencia de nuestro Salvador es muy saludable y debe ser meditada con diligencia, porque seremos bienaventurados sabiendo los preceptos celestiales, si, sin embargo, seguimos operando lo que sabemos. Porque quien, conociendo sus mandamientos, descuida guardarlos, no puede ser bienaventurado, quien desprecia conocerlos, se excluye mucho más de la suerte de los bienaventurados. Cuando, pues, el Señor hubo dicho esto, añadió:

No lo digo de todos vosotros, yo sé a quiénes he elegido, sino para que se cumpla la Escritura: El que come mi pan levantará contra mí su talón. ¿Qué es esto sino, Me pisoteará? Es conocido de quién habla. Se refiere a Judas, su traidor. Por lo tanto, no lo había elegido; de ahí que con este discurso lo distingue de aquellos que eligió. Lo que digo, dice, seréis bienaventurados si lo hacéis, no lo digo de todos vosotros, hay entre vosotros quien no será bienaventurado, ni hará estas cosas. Yo sé a quiénes he elegido. ¿A quiénes? sino a aquellos que serán bienaventurados haciendo lo que ha mandado, y ha mostrado que debe hacerse, quien puede hacer bienaventurados. ¿No es, pues, Judas el traidor elegido? ¿Qué es, entonces, lo que dice en otro lugar: ¿No os he elegido a vosotros doce, y uno de vosotros es un diablo? ¿O también él fue elegido para algo? para lo que ciertamente era necesario, no obstante, no para la bienaventuranza, de la cual ahora dice: Seréis bienaventurados si lo hacéis. Esto no lo dice de todos. Porque sabe a quiénes ha elegido para la sociedad de esta bienaventuranza. No es de ellos este, que comía su pan de tal manera que levantaba su talón contra Él. Ellos comían el pan del Señor, él el pan del Señor contra el Señor. Ellos vida, él pan. Porque el que come indignamente, dice el Apóstol, juicio come para sí (1 Corintios 11).

Desde ahora, dice, os lo digo antes de que suceda, para que creáis, cuando haya sucedido, que yo soy. Es decir, yo soy de quien aquella Escritura precedió, donde se dijo: El que come mi pan levantará contra mí su talón. Luego sigue, y dice:

Amén, amén os digo que el que recibe a aquel a quien yo envíe, me recibe a mí. Y el que me recibe a mí, recibe a aquel que me envió. Si quisiéramos entender esto dicho: El que me recibe, recibe a aquel que me envió, porque son de una misma naturaleza el Padre y el Hijo, parecerá consecuente según la regla de las mismas palabras, donde se dijo: El que recibe a aquel a quien yo envíe, me recibe a mí, que el Hijo y el apóstol son de una misma naturaleza. Esto también podría entenderse no inconvenientemente, porque aquel gigante es de doble sustancia, que se regocijó para correr su camino (Salmo 18). Porque el Verbo se hizo carne (Juan 1), es decir, Dios se hizo hombre. Por lo tanto, podría parecer que dijo así: El que recibe a aquel a quien yo envíe, me recibe a mí según el hombre. Pero el que me recibe a mí según Dios, recibe a aquel que me envió. Pero cuando decía estas cosas, no se recomendaba la unidad de naturaleza, sino la autoridad del que envía en el que es enviado. Así, pues, cada uno reciba al que es enviado, para que en él atienda al que lo envió. Si, pues, atiendes a Cristo en Pedro, encontrarás al maestro del discípulo. Pero si atiendes al Padre en el Hijo, encontrarás al Creador del unigénito. Y así, en el que es enviado, sin error alguno recibes al que envía.

Cuando Jesús hubo dicho esto, se turbó en espíritu, y declaró: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me va a traicionar. ¿Acaso Jesús se turbó no en la carne, sino en el espíritu, porque iba a decir: Uno de vosotros me va a traicionar? ¿Acaso esto le vino a la mente por primera vez, o le fue revelado de repente, y la novedad de tan gran mal lo turbó? ¿No hablaba de esto poco antes diciendo: El que come mi pan, ha levantado contra mí su talón? ¿No había dicho también antes: Y vosotros estáis limpios, pero no todos? Donde el evangelista añadió: Porque sabía quién era el que lo iba a traicionar: a quien ya antes había señalado diciendo: ¿No os elegí yo a los doce, y uno de vosotros es un diablo? ¿Qué significa entonces que ahora se turbó en espíritu, cuando declaró y dijo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me va a traicionar? ¿O es que, al estar a punto de expresar esto, para que no quedara oculto entre los demás, sino que se distinguiera de los demás, por eso se turbó en espíritu? ¿Y porque el traidor ya estaba listo para llevar a los judíos a quienes el Señor sería entregado por él, lo turbó la inminente pasión, el peligro cercano, y la mano del traidor que se cernía, cuyo ánimo ya había sido conocido? Esto es, en efecto, lo que Jesús se turbó en espíritu, como también aquello que dijo: Ahora mi alma está turbada, y ¿qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Pero para esto he venido a esta hora (Juan XII). Así como aquí su alma se turbó al acercarse la hora de la pasión, también ahora, al salir Judas, y al acercarse el gran crimen del traidor, se turbó en espíritu. Se turba, pues, teniendo el poder de poner su vida, y teniendo el poder de volver a tomarla. Se turba un poder tan grande, se turba la firmeza de la roca, ¿o más bien en él se turba nuestra debilidad? Así, en verdad, no crean los siervos nada indigno de su Señor, sino que reconozcan que son miembros en su cabeza. El que murió por nosotros, primero se turbó por nosotros. El que murió por poder, se turbó por poder. El que transfiguró el cuerpo de nuestra humildad, conformado al cuerpo de su gloria (Filip. III), transfiguró en sí mismo también el afecto de nuestra debilidad, compadeciéndose de nosotros con el afecto de su alma. Por tanto, cuando se turba el grande, el fuerte, el seguro, el invicto, no temamos como si desfalleciera; no perece, sino que nos busca. Nos busca, digo, nos busca completamente; veámonos a nosotros mismos en su perturbación, para que cuando nos turbemos, no perezamos por desesperación. Pues cuando se turba, quien no se turbaría sino queriendo, consuela al que se turba sin querer. Turbese, pues, el ánimo cristiano no por miseria, sino por misericordia. Teme que los hombres perezcan para Cristo. Se entristece cuando alguien perece para Cristo. Se alegra cuando los hombres son ganados para Cristo. Desea que los hombres sean ganados para Cristo. Teme también por sí mismo, no sea que perezca para Cristo. Se entristece por estar alejado de Cristo, desea reinar con Cristo. Se alegra mientras espera estar con Cristo. Estas son ciertamente las cuatro perturbaciones que llaman, temor y tristeza, amor y alegría. Las tienen por justas causas los ánimos cristianos. Son firmísimos los cristianos, si es que los hay, que no se turban ante la muerte inminente. Pero, ¿acaso son más firmes que Cristo? ¿Quién diría esto con insensatez? ¿Qué es entonces que él se turbó, sino porque consoló a los débiles en su cuerpo, es decir, en su Iglesia, con la similitud voluntaria de su debilidad, para que si alguno de los suyos aún se turba ante la muerte inminente, lo contemple a él, no pensando que son reprobos, sean tragados por la peor muerte de la desesperación? ¿Cuánto bien, pues, debemos esperar y esperar de la participación de su divinidad, cuya perturbación nos tranquiliza, y cuya debilidad nos fortalece? Ya sea que en este lugar se turbó por compasión por Judas que perecía, o se turbó por su muerte inminente. Sin embargo, de ninguna manera se debe dudar que no se turbó por debilidad de ánimo, sino por poder, para que no surja en nosotros la desesperación de la salvación, cuando nos turbamos no por poder, sino por debilidad. Pues él llevaba la debilidad de la carne, que fue consumida por la resurrección. Pero porque no solo era hombre, sino también Dios, superaba con fortaleza de ánimo a todo el género humano por una distancia inefable. No fue, pues, turbado por alguna fuerza externa, sino que se turbó a sí mismo: lo

cual se expresó claramente de él, cuando resucitó a Lázaro. Pues allí está escrito que se turbó a sí mismo, para que esto se entienda también donde no está escrito, y sin embargo se lee que fue turbado. Pues el afecto humano, cuando juzgó que era necesario, lo movió en sí mismo por poder, quien asumió al hombre entero por poder. También el Señor se dignó significarnos con su turbación, que ciertamente los falsos hermanos, y las cizañas del campo del Señor, es necesario que sean toleradas entre el trigo hasta el tiempo de la cosecha (Mat. XIII), de modo que cuando alguna causa urgente obliga a separar algunas de ellas incluso antes de la cosecha, no pueda hacerse sin perturbación de la Iglesia. Esta perturbación de sus santos por los cismáticos y herejes, de alguna manera el Señor la predijo, prefigurándola en sí mismo, cuando, al salir Judas, el hombre malo, y dejar la mezcla del trigo en la que había sido tolerado por mucho tiempo, fue separado por una separación clarísima, se turbó no en la carne, sino en el espíritu. Pues sus espirituales en tales escándalos no se turban por perversidad, sino por caridad, no sea que en la separación de algunas cizañas también se arranque algún trigo. Así que Jesús se turbó en espíritu, y declaró, y dijo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me va a traicionar. Uno de vosotros, en número, no en mérito; en apariencia, no en virtud; en mezcla corporal, no en vínculo espiritual; en admiración de la carne, no en unidad de todo el corazón. Por tanto, no quien es de vosotros, sino quien va a salir de vosotros. Pues, ¿cómo será verdad lo que el Señor declaró, y dijo: Uno de vosotros, si es verdad lo que él mismo dijo en su epístola, de quien es este Evangelio: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (I Juan II). No era, pues, de ellos Judas; habría permanecido con ellos, si hubiera sido de ellos. ¿Qué significa entonces: Uno de vosotros me va a traicionar? sino: Uno de vosotros va a salir, quien me va a traicionar. Porque también aquel que dijo: Si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros: ya había dicho, salieron de nosotros, y por tanto ambas cosas son verdad, de nosotros, y no de nosotros. Según una cosa, de nosotros, según otra cosa, no de nosotros. Según la comunión de los sacramentos, de nosotros, según la propiedad de sus crímenes, no de nosotros.

Miraban, pues, los discípulos unos a otros, dudando de quién hablaba. Pues en ellos había hacia su maestro una pía caridad, pero sin embargo la humana debilidad los estimulaba unos contra otros. Conocida era ciertamente la conciencia de cada uno; sin embargo, porque la del prójimo era desconocida, así cada uno estaba seguro de sí mismo, pero eran inciertos de los demás, y los demás de cada uno.

Estaba, pues, recostado uno de sus discípulos en el seno de Jesús, a quien amaba Jesús. Lo que había dicho en el seno, poco después dice, donde dice sobre el pecho de Jesús. Este es Juan, de quien es este Evangelio, como después lo manifiesta. Pues esta era la costumbre de aquellos que nos ministraron las sagradas escrituras, que cuando alguno de ellos narraba la historia divina, al llegar a sí mismo, hablaba como de otro, e insertaba así en el orden de su narración, como escritor de hechos, no como predicador de sí mismo. Por lo tanto, lo que también aquí el bienaventurado evangelista no dijo: Estaba recostado en el seno de Jesús, sino que dijo: Estaba recostado uno de los discípulos, reconozcamos más bien la costumbre de nuestros autores que maravillarnos. Pues, ¿qué se pierde de la verdad, cuando se dice la cosa misma, y de alguna manera se evita la jactancia en el modo de decir? Pues esto narraba, lo que pertenecía a su máxima alabanza. ¿Qué es, pues, a quien amaba Jesús? como si no amara a los demás, de quienes el mismo Juan dijo antes: Los amó hasta el fin (Juan XIII), y el mismo Señor: Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV). Y ¿quién enumerará todos los testimonios divinos de las páginas, en los que el Señor Jesús se muestra amante no solo de aquellos que entonces eran, sino también de los miembros suyos que habrían de venir, y de toda su Iglesia? Pero ciertamente aquí se oculta algo, y

pertenece al seno en el que estaba recostado quien decía estas cosas. Pues, ¿qué se significa por seno sino secreto?

Entonces Simón Pedro le hizo señas, y le dijo. Debe notarse la expresión, decir algo no sonando, sino solo haciendo señas. Le hizo señas, y le dijo. Sin duda, dijo haciendo señas. Pues si se dice algo pensando, como dice la Escritura: Dijeron entre sí (Juan VII), ¿cuánto más haciendo señas, donde ya se expresa hacia afuera con cualesquiera signos lo que había sido concebido en el corazón? ¿Qué dijo entonces haciendo señas? ¿qué? sino lo que sigue:

¿Quién es de quien habla? Estas palabras Pedro las insinuó, porque no las dijo con sonido de voz, sino con movimiento del cuerpo.

Entonces, cuando él se recostó sobre el pecho de Jesús: Este es ciertamente el seno del pecho, el secreto de la sabiduría.

Le dice, Señor, ¿quién es? Respondió Jesús. Es aquel a quien yo dé el pan mojado; y cuando hubo mojado el pan, lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y después del pan, entonces entró en él Satanás. Se expresó el traidor, se desnudaron las guaridas de las tinieblas. Es bueno lo que recibió, pero lo recibió para su mal, porque el malvado recibió mal el bien. Pues hay mucha diferencia, no en lo que se recibe, sino en quién lo recibe; ni en qué calidad tiene lo que se da, sino en qué calidad tiene quien lo recibe. Pues también los bienes perjudican, y los males benefician, según sean aquellos a quienes se dan. El pecado, dice el Apóstol, para que aparezca pecado, por el bien me produjo la muerte (I Cor. XI). He aquí que por el bien se hizo el mal, mientras se recibe mal el bien. ¿Qué te sorprende, pues, si el pan de Cristo dado a Judas, por el cual se entregaría al diablo, cuando ves por el contrario dado a Pablo un ángel del diablo, por el cual se perfeccionaría en Cristo? Así también al mal le perjudicó el bien, y al bien le benefició el mal. Recordad de dónde está escrito: Cualquiera que coma el pan, o beba el cáliz del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor. Y de estos era el discurso, cuando el Apóstol decía esto, porque tomaban el cuerpo del Señor como cualquier otro alimento indiscretamente y negligentemente. Aquí, pues, si se reprende al que no discierne, es decir, no distingue de los demás alimentos el cuerpo del Señor, ¿cómo se condena al que se acerca a su mesa fingiendo ser amigo, siendo enemigo? Si se toca con reprensión la negligencia del comensal, ¿con qué pena se golpea al vendedor del invitante? ¿Qué era, pues, el pan dado al vendedor, sino la demostración de a qué gracia había sido ingrato? Entró, pues, después de este pan Satanás en el traidor del Señor, para poseer más plenamente a quien ya había entrado antes para engañar. Pues no es que no estuviera en él cuando fue a los judíos, y pactó el precio de entregar al Señor, ya que esto lo testifica claramente el evangelista Lucas y dice: Entró Satanás en Judas, que se llamaba Iscariote, uno de los doce, y fue, y habló con los principales sacerdotes (Luc. XXV). He aquí donde se muestra que ya había entrado Satanás en Judas. Antes, pues, había entrado infundiéndose en su corazón la idea de traicionar a Cristo. Tal ya había venido a cenar. Ahora, sin embargo, después del pan entró en él, no para tentar a un extraño, sino para poseer a un propio. Sin embargo, como piensan algunos que leen negligentemente, no fue entonces cuando Judas recibió el cuerpo de Cristo. Pues debe entenderse que ya el Señor había distribuido a todos ellos el sacramento de su cuerpo y sangre, donde también estaba Judas, como lo narra clarísimamente el santo Lucas. Y luego se llegó a esto, donde según la narración de Juan el Señor manifiestamente expresa a su traidor por el bocado mojado y ofrecido, tal vez significando por la mojadura del pan la ficción de aquel. Pues no todo lo que se moja se lava, sino que algunas cosas se mojan para ser teñidas. Pero si aquí la mojadura significa algo bueno, a ese bien no injustamente le siguió la condenación ingrata. Sin embargo, la posesión de Judas no fue del Señor, sino del diablo, cuando el pan entró en el vientre del ingrato, el

enemigo en la mente; aún, digo, restaba el efecto de tan gran mal ya concebido en el corazón, cuyo afecto ya había precedido condenable. Así que el Señor, cuando el pan vivo entregó el pan al muerto, y al entregar el pan mostró al traidor del pan:

Lo que haces, dijo, hazlo pronto. No ordenó el crimen, sino que lo predijo. Mal para Judas, bien para nosotros. Pues, ¿qué peor para Judas, y qué mejor para nosotros, que Cristo entregado, por él contra él, por nosotros sin él? Lo que haces, hazlo pronto. Oh palabra más de uno dispuesto que de uno enojado, no tanto actuando en la perdición del pérfido, como apresurándose a la salvación de los fieles, porque fue entregado por nuestras ofensas, y amó a la Iglesia, y se entregó por ella (Rom. IV). De donde también de esto dice el Apóstol: Quien me amó, y se entregó por mí (Ef. V). Si, pues, Cristo no se entregara, nadie entregaría a Cristo. ¿Qué tiene Judas, sino pecado? Pues no pensó en la salvación nuestra al entregar a Cristo, por la cual fue entregado Cristo, sino que pensó en la ganancia de dinero, y encontró la pérdida de su alma. Lo que haces, hazlo pronto, no porque tú puedas, sino porque esto quiere, quien todo lo puede.

Pero ninguno de los que estaban a la mesa supo para qué le dijo esto. Pues algunos pensaban que, como Judas tenía la bolsa, Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta, o que diera algo a los pobres. Tenía, pues, el Señor la bolsa, y conservando lo ofrecido por los fieles, lo distribuía tanto para las necesidades de los suyos, como para otros necesitados. Entonces por primera vez se instituyó la forma del dinero eclesiástico, donde entendemos que lo que se manda no pensar en el mañana (Mat. VI), no fue mandado para que no se guardara nada de dinero por los santos, sino para que no se sirviera a Dios por estas cosas, y por temor a la pobreza se abandonara la justicia. Pues también el Apóstol, previendo el futuro, dice: Si algún fiel tiene viudas, que les provea suficientemente, para que no se cargue la Iglesia, para que pueda proveer a las verdaderas viudas (Tim. V).

Cuando, pues, hubo tomado el bocado, salió inmediatamente. Era ya de noche (Y él mismo que salió, era noche. Cuando, pues, salió la noche) dijo Jesús: Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre. El día, pues, al día eructa palabra (Sal. XVIII), es decir, Cristo a los discípulos fieles para que lo oyeran, y lo amaran siguiendo, y la noche a la noche anunció conocimiento (Ibid.), es decir, Judas a los judíos infieles, para que vinieran a él, y lo apresarán persiguiendo. ¿Qué dijo, pues, el Señor, después de que Judas salió, para que hiciera pronto lo que iba a hacer, es decir, entregar al Señor? ¿Qué dijo el día, cuando salió la noche? ¿Qué dijo el Redentor, cuando salió el vendedor? Ahora, dijo, ha sido glorificado el Hijo del Hombre. ¿Por qué ahora? ¿Acaso porque salió quien lo traicione, porque están cerca quienes lo aprenen y lo maten? ¿Es que ahora ha sido glorificado, porque está cerca de ser más humillado, porque ya está inminente ser atado, ser juzgado, ser condenado, ser ridiculizado, ser crucificado, ser muerto? ¿Es esta la glorificación, o más bien la humillación? ¿No es que cuando hacía milagros, sin embargo, de él dijo este mismo Juan: El Espíritu no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII)? Entonces, ¿aún no había sido glorificado, haciendo cosas divinas, y ahora ha sido glorificado, estando cerca de sufrir cosas humanas? ¿Aún no había sido glorificado, haciendo cosas divinas, y ahora ha sido glorificado, estando cerca de sufrir cosas humanas? Es extraño si este Dios maestro significaba esto, y decía estas palabras. Es más profundo investigar el dicho del Altísimo, quien se manifiesta un poco para que lo encontremos, y nuevamente se oculta para que lo busquemos, y de lo encontrado a lo que se ha de encontrar como pasos nos apoyemos. Veo aquí algo que prefigura algo grande. Salió Judas, y fue glorificado Jesús. Salió el hijo de perdición, y fue glorificado el Hijo del Hombre. Pues aquel había salido, por quien se les había dicho: Y vosotros estáis limpios, pero no todos (Aquí, arriba). Al salir, pues, el inmundo, todos los limpios permanecieron, y permanecieron con su limpiador. Algo así será,

cuando vencido por Cristo pase este mundo, y nadie en el pueblo de Cristo permanecerá inmundo, cuando, separadas las cizañas del trigo, los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mat. XIII). Esto previendo el Señor que sucederá, y ahora testificando que ha sido significado, al salir Judas, como si las cizañas fueran separadas, permaneciendo como trigo los santos apóstoles: Ahora, dijo, ha sido glorificado el Hijo del Hombre, como si dijera: He aquí en mi glorificación qué será cuando no haya ninguno de los malos, cuando no perezca ninguno de los buenos. Sin embargo, no se dijo: Ahora ha sido significada la glorificación del Hijo del Hombre, sino que se dijo: Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre; como no se dijo: La roca significaba a Cristo, sino La roca era Cristo (I Cor. XIX). Ni se dijo: La buena semilla significa a los hijos del reino, o las cizañas significan a los hijos del maligno, sino que se dijo: La buena semilla, estos son los hijos del reino, las cizañas, sin embargo, los hijos del maligno (Mat. XIII). Así como suele hablar la Escritura, llamando a las cosas significantes como aquellas que se significan, así habló el Señor diciendo: Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre, después de que el malvado fue separado de allí, y permaneciendo con él los santos, ha sido significada su glorificación, cuando, separados los iníquos, permanecerá en la eternidad con los santos. Cuando, pues, dijo: Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre, añadió:

Y Dios fue glorificado en él. Pues la misma glorificación del Hijo del hombre es para que Dios sea glorificado en él. Si no es él en sí mismo, sino que Dios es glorificado en él, entonces Dios lo glorifica en sí mismo. Finalmente, como explicando esto, añade y dice:

Si Dios fue glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo. Esto es, si Dios fue glorificado en él, porque no vino a hacer su propia voluntad, sino la voluntad de aquel que lo envió; y Dios lo glorificó en sí mismo, para que la naturaleza humana, en la que está el Hijo del hombre, que fue asumida por el Verbo eterno, también sea dotada de inmortalidad eterna; y enseguida, dice, lo glorificará, prediciendo su resurrección, no como la nuestra al final de los tiempos, sino que será inminente con esta afirmación. Pues esta es la glorificación de la que el evangelista ya había hablado, como mencioné poco antes, porque aún no había sido dado el Espíritu, de ese nuevo modo en aquellos a quienes sería dado de esa manera después de la resurrección, porque Jesús aún no había sido glorificado, es decir, aún no había sido revestida la mortalidad con inmortalidad, y la debilidad temporal no había sido transformada en poder eterno. También puede parecer que se dijo de esta glorificación: Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, de modo que lo que dice ahora, no se crea que se refiere a la pasión inminente, sino a la resurrección cercana, como si ya hubiera sucedido lo que estaba tan próximo a suceder.

Hijitos, aún un poco estoy con vosotros. Para que no pensaran, por tanto, que Dios lo glorificaría de tal manera que ya no estaría unido a ellos con esa convivencia que tuvo en la tierra, dice: Aún un poco estoy con vosotros; como si dijera: En verdad seré glorificado con la resurrección, pero no ascenderé inmediatamente al cielo, sino que aún un poco estoy con vosotros. Pues como está escrito en los Hechos de los Apóstoles: Estuvo con ellos después de la resurrección durante cuarenta días entrando y saliendo, comiendo y bebiendo (Hech. I), no porque tuviera necesidad de comer y beber, sino insinuando hasta ese punto la verdad de la carne, porque ya no tenía necesidad de alimentarse y beber, sino el poder de hacerlo. Por tanto, esto, cuarenta días, lo significó diciendo: Aún un poco estoy con vosotros; ¿o algo más? Pues también puede entenderse así: Aún un poco estoy con vosotros, aún estoy como vosotros en esta debilidad de la carne, hasta que muera y resucite, porque después de resucitar, estuvo con ellos durante cuarenta días, como se ha dicho, mostrando su presencia corporal, pero no estuvo con ellos en la debilidad de la naturaleza humana. Hay también otra

presencia divina desconocida para los sentidos mortales, de la que también dice: He aquí, yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos (Mat. XXVIII). Esto ciertamente no es Aún un poco estoy con vosotros. Pues no es poco hasta la consumación de los siglos. O si esto también es poco (pues el tiempo vuela, y ante los ojos de Dios mil años son como un día, o como una vigilia en la noche [Sal. LXXXIX]), no obstante, no se debe creer que quiso significar esto ahora, ya que a continuación añadió:

Me buscaréis, y, como dije a los judíos, adonde yo voy, vosotros no podéis venir. Ciertamente, después de este poco tiempo que estoy con vosotros, me buscaréis, y adonde yo voy, vosotros no podéis venir. ¿Acaso después de la consumación de los siglos, adonde él va, no podrán venir, y dónde está lo que dirá un poco después en este mismo discurso: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII)? Por tanto, no habló ahora de esa presencia suya con los suyos, con la que está con ellos hasta la consumación de los siglos, cuando dijo: Aún un poco estoy con vosotros; sino de la debilidad mortal, con la que estuvo con ellos hasta su pasión; o de la presencia corporal, con la que estaría con ellos hasta su ascensión. Cualquiera de estas interpretaciones que se elija, no se discute con la fe. Para que a nadie le parezca que este sentido se aparta de la verdad, al decir que el Señor pudo significar la comunión de la carne mortal, en la que estuvo con sus discípulos hasta su pasión, diciendo: Aún un poco estoy con vosotros, también preste atención a las palabras de otro evangelista después de su resurrección, donde dice: Estas cosas os he hablado, estando aún con vosotros (Luc. XXIV), como si [¿Acaso se lee y si?] entonces estaba con ellos, asistiendo, viendo, tocando, conversando. ¿Qué significa entonces estando aún con vosotros, sino: Estando aún en la carne mortal, en la que estáis vosotros? Pues entonces, aunque estaba en la misma carne resucitada, ya no estaba con ellos en la misma mortalidad. Por lo tanto, así como allí, en la mortalidad de la carne, verdaderamente dijo: Estando aún con vosotros, donde no podemos entender otra cosa que: Estando aún en la mortalidad de la carne con vosotros: así también aquí se entiende que no absurdamente dijo: Aún un poco estoy con vosotros, como si dijera: Aún un poco, como vosotros, soy mortal. Veamos, pues, lo que sigue: Me buscaréis; y, como dije a los judíos, adonde yo voy, vosotros no podéis venir. Y os lo digo ahora, es decir, ahora no podéis. Pero cuando dijo esto a los judíos, no añadió ahora. Por tanto, ellos no podían venir entonces adonde él iba, pero podían después. Pues esto se lo dijo claramente al apóstol Pedro poco después. Porque cuando él dijo: Señor, ¿adónde vas? le respondió: Adonde yo voy, no puedes seguirme ahora, pero me seguirás después. Pero esto, ¿qué significa? No debe pasarse por alto negligentemente. ¿Adónde no podían seguir entonces los discípulos al Señor, pero después sí podían? Si decimos a la muerte, ¿se encuentra algún momento en la vida de un hombre en el que no sea apto para morir, cuando tal es la suerte en el cuerpo corruptible de los hombres, que la vida no es más fácil que la muerte? Por tanto, no es que aún fueran menos aptos para seguir al Señor a la muerte, sino que eran menos aptos para seguir al Señor a la vida que no tiene muerte. Pues el Señor iba allí, para que resucitando de entre los muertos ya no muriera, y la muerte no tuviera más dominio sobre él (Rom. VI). ¿Cómo iban a seguir al Señor, que iba a morir por la justicia, cuando aún no estaban maduros para el martirio? ¿O cómo iban a seguir al Señor a la inmortalidad de la carne, cuando aún habrían de morir en algún momento, pero resucitarían al final del mundo? ¿O cómo iban a seguir al Señor al seno del Padre, sin dejarles, de donde no se apartó cuando vino a ellos, cuando nadie puede estar en esa felicidad, sino perfecto en caridad? Por eso, enseñando cómo podrían ser aptos para ir adonde él precedía:

Un mandamiento nuevo, dice, os doy, que os améis unos a otros. Estos son los pasos con los que se debe seguir a Cristo. ¿Acaso no era ya este el mandamiento en la antigua ley de Dios, donde está escrito: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lev. XIX)? ¿Por qué, entonces, se

llama nuevo mandamiento por el Señor, cuando se demuestra que es tan antiguo? ¿O es un mandamiento nuevo porque, despojándonos del viejo, nos vestimos del hombre nuevo? Pues renueva al oyente, o más bien al obediente, no cualquier amor, sino este amor que el Señor, para distinguirlo del amor carnal, añadió: Como yo os he amado. Pues se aman mutuamente los esposos y las esposas, los padres y los hijos, y cualquier otro vínculo humano que una a las personas, sin mencionar el amor culpable y condenable con el que se aman mutuamente los adúlteros y las adúlteras, los libertinos y las prostitutas, y cualquier otro que no sea una necesidad humana, sino una vergonzosa corrupción de la vida humana. Por tanto, Cristo nos dio un mandamiento nuevo, que nos amemos unos a otros, como él nos amó. Este amor nos renueva, para que seamos hombres nuevos, herederos del nuevo testamento, cantores del cántico nuevo. Este amor, hermanos amadísimos, renovó también a los antiguos justos, entonces patriarcas y profetas, como después a los bienaventurados apóstoles, y ahora renueva a las naciones, y de todo el género humano, que se extiende por toda la tierra, hace y reúne un pueblo nuevo, el cuerpo de la nueva esposa, la esposa del Hijo unigénito de Dios, de la que se dice en el Cantar de los Cantares: ¿Quién es esta que sube blanqueada (Cant. III, VIII)? Ciertamente blanqueada, porque renovada. ¿De dónde, sino del mandamiento nuevo, por el cual los miembros se preocupan unos por otros? Pues escuchan y guardan. Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros, no como se aman los que se corrompen, ni como se aman porque son hombres, sino que se aman, porque son dioses, y todos hijos del Altísimo, para que sean hermanos de su Hijo único, amándose mutuamente con ese amor con el que él los amó, llevándolos a ese fin que les basta, donde se saciará en bienes su deseo. Pues entonces no faltará nada a su deseo, cuando Dios sea todo en todos. No penséis, por tanto, hermanos míos, que en esto que dice el Señor: Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros, se ha omitido aquel gran mandamiento, que ordena que amemos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, y con toda nuestra alma, y con toda nuestra mente (Mat. XXII). Pero para los que entienden bien, ambos se encuentran en cada uno. Pues quien ama a Dios, no puede despreciar su mandato de amar al prójimo, y quien ama santamente y espiritualmente al prójimo, ¿qué ama en él sino a Dios? Este es el amor separado de todo amor mundano: que al distinguirlo, el Señor añadió: Como yo os he amado. Pues ¿qué amó en nosotros sino a Dios, no lo que teníamos, sino para que lo tuviéramos, para llevarnos, como dije poco antes, donde Dios sea todo en todos (I Cor. XV)? Así también se dice correctamente que el médico ama a los enfermos; y ¿qué ama en ellos, sino la salud, que desea ciertamente restaurar; no la enfermedad, que vino a expulsar? Así, pues, amémonos mutuamente, para que, en la medida de lo posible, nos atraigamos unos a otros con el cuidado del amor para tener a Dios en nosotros. Este amor nos lo concede él mismo, quien dice:

Como yo os he amado, para que también vosotros os améis unos a otros. Por tanto, nos amó para que también nos amemos unos a otros, confiriéndonos esto al amarnos, para que con el amor mutuo nos unamos entre nosotros, y siendo miembros unidos por tan dulce vínculo, seamos el cuerpo de tan gran cabeza.

En esto, dice, conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros. Como si dijera: Otros dones míos tienen con vosotros incluso los que no son míos, no solo la naturaleza, la vida, el sentido, la razón, y esa salud que es común a los hombres y pecadores, sino también las lenguas, los sacramentos, la profecía, la ciencia, la fe, la distribución de sus bienes a los pobres, y la entrega de su cuerpo para que ardan, pero como no tienen caridad, son como címbalos que resuenan, no son nada, nada les aprovecha (I Cor. XI). Por tanto, no en esos dones míos, aunque buenos, que pueden tener incluso los que no son mis discípulos, sino en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros. Oh esposa de Cristo, hermosa entre las mujeres! oh blanqueada que asciendes, y te apoyas sobre

tu amado, porque con su luz te iluminas para que resplandezcas, con su ayuda te sostienes para que no caigas! oh cuán bien se te canta en ese Cantar de los Cantares, como en tu epitalamio: Porque la caridad está en tus delicias (Cant. VIII)! Ella no destruye tu alma con los impíos. Ella no discierne tu causa, y es fuerte como la muerte, y está en tus delicias. ¡Qué muerte tan admirable es esta, a la que no le bastó no estar en penas, sino que además está en delicias!

Le dice Simón Pedro: Señor, ¿adónde vas? Así ciertamente lo dijo el discípulo al maestro, y el siervo al Señor, como dispuesto a seguirle. Por eso el Señor, que vio su ánimo por qué lo preguntaba, le respondió así:

Adonde yo voy, no puedes seguirme ahora. Como si dijera: Por lo que preguntas, no puedes ahora. No dijo No puedes, sino no puedes ahora. Introdujo una dilación, no quitó la esperanza; y esa misma esperanza que no quitó, sino que más bien dio, la confirmó con la siguiente voz, añadiendo y diciendo:

Pero me seguirás después. ¿Por qué te apresuras, Pedro? Aún no te ha fortalecido con su espíritu la roca. No te exaltes presumiendo, no puedes ahora. No te desanimes desesperando, me seguirás después. Pero aún, ¿qué dice él?

¿Por qué no puedo seguirte ahora? Mi vida pondré por ti. ¿Qué veía en su ánimo de deseo, no veía de fuerzas. Proclamaba su voluntad siendo débil, pero el médico veía su salud. Este prometía, aquel preveía. Quien no sabía escuchaba, quien sabía enseñaba cuánto se había atribuido Pedro, viendo lo que quería, ignorando lo que podía; cuánto se había atribuido, que cuando el Señor vino a poner su vida por sus amigos, y por tanto también por él, él confiaba ofrecer esto al Señor, y aún no habiendo puesto Cristo su vida por él, prometía poner su vida por Cristo.

Respondió entonces Jesús: ¿Tu vida pondrás por mí? ¿De verdad? ¿Harás por mí lo que aún no he hecho por ti? ¿Tu vida pondrás por mí? ¿Podrás precederme, quien no puedes seguirme? ¿Por qué presumes tanto? ¿Qué piensas de ti? ¿Qué crees que eres? Escucha lo que eres.

En verdad, en verdad te digo, no cantará el gallo, hasta que me niegues tres veces. He aquí cómo pronto te aparecerás a ti mismo, que hablas grandes cosas, y no te conoces pequeño. Tú que me prometes tu muerte, tres veces negarás tu vida. Tú que ya crees poder morir por mí, primero vive por ti. Pues temiendo la muerte de tu carne, darás muerte a tu alma. No dijo: No cantará el gallo, hasta que niegues a un hombre; o, como solía hablar con dignación más familiar con los hombres: No cantará el gallo, hasta que niegues tres veces al Hijo del hombre; sino que dijo, hasta que me niegues tres veces. ¿Qué significa, a mí, sino lo que era? y ¿qué sino que era Cristo? Por tanto, lo que negó de él, lo negó de Cristo: negó a Cristo, negó a su Señor Dios, porque también aquel condiscípulo suyo Tomás cuando exclamó, Señor mío, y Dios mío (Juan XX), no tocó el Verbo, sino la carne: no tocó la naturaleza incorpórea de Dios, sino el cuerpo del hombre con manos curiosas. Por tanto, tocó al hombre, y sin embargo reconoció a Dios. Si, por tanto, lo que este tocó, eso negó Pedro: lo que este clamó, eso ofendió Pedro. No cantará el gallo, hasta que me niegues tres veces. Di lo que quieras, No conozco al hombre; di lo que quieras: Hombre, no sé lo que dices; di lo que quieras: No soy de sus discípulos: me negarás. Si, lo que es indudable, esto dijo Cristo, y lo predijo verdaderamente, sin duda Pedro negó a Cristo. No acusemos a Cristo, cuando defendemos a Pedro. Que la debilidad reconozca su pecado: pues la verdad no tiene mentira. La debilidad de Pedro reconoció claramente su pecado, ciertamente lo reconoció, y mostró

cuánto mal cometió al negar a Cristo, llorando. Él mismo reprende a sus defensores, y para convencerlos, presenta sus lágrimas como testigos. Y nosotros, al decir esto, no nos deleita acusar al primero de los apóstoles; pero al mirarlo, debemos ser advertidos de que ningún hombre debe confiar en las fuerzas humanas. Pues ¿qué otra cosa pretendía nuestro maestro y salvador, sino que nos mostrara en el mismo primer apóstol que nadie debe presumir de sí mismo? En el alma de Pedro ocurrió lo que ofrecía en el cuerpo: no obstante, no precedió al Señor, como presumía temerariamente, sino de otra manera de lo que pensaba. Pues antes de la muerte y resurrección del Señor, murió negando, y revivió llorando. Pero murió, porque presumió orgullosamente, revivió porque él lo miró benigneamente.

CAPÍTULO XIV.

Y dijo a los discípulos: No se turbe vuestro corazón: creéis en Dios, creed también en mí. Para que no temieran la muerte como si fuera solo un hombre, y por eso se turbaran, los consuela, testificando también que es Dios. Creéis, dice, en Dios, creed también en mí. Pues es consecuente que si creéis en Dios, también debáis creer en mí, lo cual no sería consecuente, si Cristo no fuera Dios. Creéis en Dios, creed también en aquel cuya naturaleza es, no por usurpación, ser igual a Dios. Pues se despojó a sí mismo (Filip. II), no obstante, sin perder la forma de Dios, sino tomando la forma de siervo. ¿Teméis la muerte de esta forma de siervo? No se turbe vuestro corazón: Dios resucitará esa forma de Dios. Pero ¿qué significa lo que sigue:

En la casa de mi Padre hay muchas moradas? sino que también temían por sí mismos: de ahí que debieran escuchar: No se turbe vuestro corazón. Pues ¿quién de ellos no temería, cuando se le dijo a Pedro, el más confiado y dispuesto: No cantará el gallo, hasta que me niegues tres veces? Como si, por tanto, fueran a perecer por él, con razón se turbaban. Pero cuando escuchan: En la casa de mi Padre hay muchas moradas,

Si no os hubiera dicho que voy a prepararos un lugar, se consuelan de la perturbación, seguros y confiados de que incluso después de los peligros de las tentaciones permanecerán con Dios en Cristo: porque aunque uno sea más fuerte que otro, otro más sabio, otro más justo, otro más santo, en la casa de mi Padre hay muchas moradas. Ninguno de ellos será excluido de esa casa, donde cada uno recibirá una morada según su mérito. Aquel denario es igual para todos, que el padre de familia manda dar a todos los que trabajaron en la viña, sin distinguir entre los que trabajaron menos y los que trabajaron más (Mat. XX). Ese denario significa la vida eterna, donde nadie vive más que otro, porque no hay medida diversa de vivir en la eternidad; pero las muchas moradas significan las diversas dignidades de los méritos en una sola vida eterna. Porque una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, otra la gloria de las estrellas. Una estrella difiere de otra en gloria. Así también la resurrección de los muertos (Cor. XV). Como estrellas, los santos obtienen en el reino diversas moradas de diversa caridad, como en el cielo. Pero por un solo denario nadie es separado del reino; y así será Dios todo en todos: para que, como Dios es caridad, por la caridad se haga que lo que cada uno tiene, sea común a todos. Pues cada uno tiene, cuando ama en el otro, lo que no tiene en sí mismo. No había, por tanto, otra envidia de desigual claridad, porque reinará en todos la unidad de la caridad. Por lo tanto, deben ser rechazados del corazón cristiano aquellos que piensan que se dijo que hay muchas moradas porque fuera del reino de los cielos habrá algo donde los inocentes que emigraron de esta vida sin bautismo puedan permanecer felices, porque sin él no pudieron entrar en el reino de los cielos. Esta fe no es fe, porque no es la verdadera y católica fe. El Señor no dijo: En todo el mundo, o en toda la creación, o en la vida o felicidad sempiterna hay muchas moradas; sino: En la casa, dijo, de mi Padre hay

muchas moradas (II Cor. V). ¿No es esta la casa donde tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos? ¿No es esta la casa de la que cantamos: Bienaventurados los que habitan en tu casa, te alabarán por los siglos de los siglos (Sal. LXXXIII)? ¿Acaso no os atrevéis a separar de la casa de cualquier hermano bautizado, sino de la misma casa de Dios Padre, a quien todos los hermanos decimos, Padre nuestro que estás en los cielos (Mat. VI), del reino de los cielos, o a dividirla de tal manera que algunas de sus moradas estén en el reino de los cielos, y otras fuera del reino de los cielos? Lejos de nosotros, lejos de nosotros, que quienes desean habitar en el reino de los cielos, quieran habitar con vosotros en esta necesidad. Lejos de nosotros, digo, que cuando toda la casa de los hijos reinantes no está en otro lugar, sino en el reino de la misma casa real, alguna parte no esté en el reino.

Y si me fuere, y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. ¿Cómo va y prepara lugar, si hay tantas moradas? Si no hubiera dicho, Voy a preparar; o si aún debe ser preparado, ¿por qué no habría dicho con razón, Voy a preparar? ¿Acaso esas moradas ya existen y deben ser preparadas? Porque si no existieran, habría dicho, Voy a preparar; y sin embargo, porque existen para ser preparadas, no va a prepararlas como son; sino que si se va, y las prepara como serán, viniendo otra vez tomará a los suyos consigo: para que donde él está, estén también ellos. ¿Cómo, pues, las moradas en la casa del Padre no son otras, sino las mismas, y sin duda ya existen como no deben ser preparadas? ¿Cómo lo entendemos, sino como también el profeta proclama a Dios, porque hace lo que será? No dice, quien hará lo que será, sino quien hizo lo que será, por lo tanto, lo hizo y lo hará. Pues ni se hicieron si él no lo hizo, ni serán si él no lo hace. Por lo tanto, las hizo predestinando, las hará operando: como cuando eligió a los discípulos, el Evangelio lo indica claramente (Mat. IV), entonces ciertamente cuando los llamó; y sin embargo, dice el Apóstol: Nos eligió antes de la fundación del mundo (Efe. I), predestinando ciertamente, no llamando. Así también preparó las moradas, y las prepara; no otras; sino las que preparó, estas prepara, quien hizo lo que será. Las preparó predestinando, las prepara operando. Ya, pues, están en la predestinación. Si no hubiera dicho, Iré y prepararé, es decir, predestinaré. Pero porque aún no están en operación: Y si me fuere, dice, y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo. Prepara, pues, las moradas, preparando moradores para las moradas. Pues cuando dijo: En la casa de mi Padre hay muchas moradas, ¿qué pensamos que es la casa de Dios, sino el templo de Dios? ¿Y qué es, que se pregunte al Apóstol, y responda: El templo de Dios es santo, que sois vosotros (I Cor. III). Este también es el reino de Dios que el Hijo entregará al Padre, de donde dice el mismo Apóstol: Cristo es el principio, luego los que son de Cristo en su presencia, luego el fin, cuando entregue el reino a Dios, y al Padre (I Cor. XV); es decir, a los que redimió con su sangre, los entregará también contemplando a su Padre.

A esto le dice Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino? El Señor les había dicho que sabían ambas cosas: ambos dijo este que no sabía, tanto el lugar a donde va, como el camino por el que va. Pero él no sabe mentir: por lo tanto, ellos sabían, y no sabían que sabían.

Jesús le dice: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. ¿Acaso no podían decirle sus apóstoles, con quienes hablaba: No te conocemos? Por lo tanto, si lo conocían, y él mismo es el camino, conocían el camino. Si lo conocían, y él mismo es la verdad, conocían la verdad. Si lo conocían, y él mismo es la vida, conocían la vida. He aquí que fueron convencidos de saber lo que pensaban que no sabían. ¿Qué, pues, concebimos en este discurso? ¿Qué pensáis, hermanos míos? sino porque dijo: Y a dónde voy, sabéis, y el camino sabéis. Y he aquí que supimos que conocían la vida, y porque conocían a él mismo que es el camino. Pero el

camino es por donde se va, ¿acaso el camino es a donde se va? Sin embargo, les había dicho que sabían ambas cosas, a dónde va, y el camino. Era necesario, pues, que dijera: Yo soy el camino: para mostrarles que, porque lo conocían a él como el camino, sabían lo que pensaban que no sabían. ¿Pero qué necesidad había de que dijera: Yo soy el camino y la verdad, y la vida: cuando el camino conocido por el que iba, quedaba por conocer a dónde iba? sino porque iba a la verdad, iba a la vida. Iba, pues, a sí mismo por sí mismo; y nosotros, ¿a dónde vamos, sino a él? y ¿por dónde vamos, sino por él? Él, pues, a sí mismo por sí mismo, nosotros a él por él: más bien a Padre y él a nosotros. Pues también de sí mismo dice en otro lugar: Voy al Padre, y en este lugar por nosotros.

Nadie, dice, viene al Padre, sino por mí. Y por lo tanto, él mismo por sí mismo, y a sí mismo, y al Padre; y nosotros por él, y a él, y al Padre. Dime, Señor Dios mío, dime, te ruego, ¿cómo vas a ti mismo? ¿Acaso para venir a nosotros, te dejaste a ti mismo, especialmente porque no viniste de ti mismo, sino que el Padre te envió? Sé bien que te vaciaste, pero porque tomaste forma de siervo, no porque dejaste la forma de Dios o la que debías recuperar, o la que perdiste; y sin embargo viniste, y no solo llegaste hasta los ojos carnales, sino también hasta las manos de los hombres: ¿cómo, sino en carne? Por esta viniste, permaneciendo donde estabas. Por esta regresaste, sin dejar a donde viniste. Si, pues, por esta viniste, y regresaste, por esta sin duda, no solo para nosotros por donde vinimos a ti, sino también para ti por donde viniste y regresaste, fuiste el camino. Pero cuando a la vida, que eres tú mismo, llevaste sin duda esa misma carne tuya de la muerte a la vida. Pues otra cosa es el Verbo de Dios, otra cosa el hombre; pero el Verbo se hizo carne, es decir, hombre. No, pues, otra es la persona del Verbo, otra la del hombre: porque ambos son Cristo, una es la persona. Y por lo tanto, así como la carne cuando murió, Cristo murió; y cuando la carne fue sepultada, Cristo fue sepultado (pues así creemos con el corazón para justicia, así hacemos confesión con la boca para salvación), así cuando la carne vino de la muerte a la vida, Cristo vino a la vida; y porque el Verbo de Dios es Cristo, Cristo es vida. Así, de un modo maravilloso e inefable, quien nunca dejó ni admitió a sí mismo, vino a sí mismo. Pero había venido, como se ha dicho, por la carne Dios a los hombres, la Verdad a los mentirosos. Pues Dios es veraz, pero todo hombre es mentiroso. Por lo tanto, cuando quitó de los hombres, y allí donde nadie miente, elevó su carne: el mismo porque el Verbo se hizo carne, por sí mismo como por la carne a la verdad, que es él mismo, regresó: la cual verdad, aunque entre mentirosos, y en la muerte la conservó. Pues alguna vez Cristo estuvo muerto, pero nunca fue falso. Tomad aunque sea un ejemplo diverso y muy inferior, sin embargo, de alguna manera para entender a Dios de lo que está más próximo a Dios. He aquí que yo mismo en cuanto a mi alma, siendo lo que sois vosotros, si callo, estoy en mí mismo. Pero si hablo con vosotros lo que entendáis, de alguna manera procedo hacia vosotros, ni me dejo, sino que también me acerco a vosotros, y no me alejo de donde procedo. Pero cuando callo, de alguna manera regreso a mí mismo, y de alguna manera permanezco con vosotros si retenéis lo que habéis oído en el discurso que digo. Si esto puede la imagen que hizo Dios, ¿qué puede la imagen de Dios no hecha por Dios, sino nacida de Dios? Cuyo aquello por lo que salió hacia nosotros, y en lo que regresó de nosotros, el cuerpo, no como mi sonido se desvaneció, sino que permanece donde ya no muere, y la muerte ya no tendrá dominio sobre él. Por lo tanto, lo que dijo: Para que donde yo estoy, vosotros también estéis; ¿dónde iban a estar, sino en él? y por lo tanto, él también está en sí mismo; y por eso ellos allí, donde él también, esto es, en él. Esta es, pues, la vida eterna, en la que estaremos cuando nos haya tomado consigo: y esta vida eterna, que él mismo es, está en él. Donde él está, y nosotros estemos, esto es, en él: como el Padre tiene vida en sí mismo. Y ciertamente no es otra cosa la vida que tiene, sino lo que él mismo es quien la tiene. Así dio al Hijo tener vida en sí mismo, cuando él mismo es la misma vida, que tiene en sí mismo. Pero, ¿acaso nosotros seremos lo que él es, cuando en esa vida, esto es, en él

comencemos a estar? No ciertamente, porque él existiendo vida, tiene vida, y él mismo es lo que tiene; y lo que es vida en él, él mismo es en sí mismo. Pero nosotros no somos la misma vida, sino partícipes de su vida; y así estaremos allí, para que en nosotros mismos no podamos ser lo que él es, sino que nosotros mismos no siendo vida, tengamos a él como vida, quien se tiene a sí mismo como vida, porque él mismo es vida. Por lo tanto, él está en sí mismo inmutablemente, y en el Padre inseparablemente: pero nosotros cuando quisimos estar en nosotros mismos, nos turbamos a nosotros mismos: de donde es aquella voz: Mi alma está turbada en mí mismo (Sal. XLII); y cambiados a peor, ni pudimos permanecer lo que fuimos. Pero cuando por él venimos al Padre, como dice: Nadie viene al Padre, sino por mí: permaneciendo en él, ni del Padre nadie podrá separarnos, ni de él.

Si me hubierais conocido, dice, ciertamente habríais conocido a mi Padre. Esto es, lo que dice, Nadie viene al Padre, sino por mí. Luego añade

Y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Pero Felipe, uno de los apóstoles, no entendiendo lo que había oído;

Señor, dice, muéstranos al Padre, y nos basta. A lo que el Señor: Tanto tiempo, dice, he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe? quien me ve, ve también al Padre. ¿Cómo dice ahora: Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe? cuando ciertamente sabían a dónde iba, y el camino, no por otra cosa, sino porque ciertamente lo conocían a él? Pero esta cuestión se resuelve fácilmente, si decimos que algunos de ellos lo conocían, otros no, y entre los que no lo conocían estaba Felipe; y lo que dijo: Y a dónde voy, sabéis, y el camino sabéis. Se entiende que lo dijo a aquellos que sabían: no a Felipe, a quien se le dijo: Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe? A estos, pues, que ya conocían al Hijo, también se les dijo aquello del Padre: Y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Pues se dijo, por la semejanza total que tiene con el Padre: para que por eso desde ahora se dijera que conocían al Padre, quienes conocían al Hijo semejante. Por lo tanto, ya conocían al Hijo, y si no todos, ciertamente algunos de ellos, a quienes se les dice: Y a dónde voy sabéis, y el camino sabéis. Pues él mismo es el camino. Pero no conocían al Padre: por eso oyen: Si me hubierais conocido, también a mi Padre habríais conocido: por mí ciertamente y a él. Pues otro soy yo, otro él. Pero para que no pensarán que es disímil, Y desde ahora, dice, le conocéis. Pues han visto a su Hijo muy semejante. Pero debían ser advertidos de que tal es también el Padre, a quien aún no veían, como es el Hijo a quien veían. Y a esto vale lo que después se dice a Felipe, Quien me ve, ve también al Padre: no porque él mismo sea el Padre, y el Hijo: lo que en los sabellianos, que también se llaman patripasianos, la fe católica condena; sino porque tan semejantes son el Padre y el Hijo, que quien conoce a uno, conoce a ambos. Solemos hablar así de dos muy semejantes a aquellos que ven a uno de ellos, y quieren saber cómo es el otro, para decirles, ¿Visteis a este? visteis al otro. Así, pues, se dijo, Quien me ve, ve también al Padre: no porque él mismo sea el Padre que el Hijo, sino porque el Hijo no difiere en nada de la semejanza del Padre. Pues si no fueran dos el Padre y el Hijo, no se habría dicho: Si me hubierais conocido, también a mi Padre habríais conocido. Pues ciertamente, porque nadie, dice, viene al Padre, sino por mí: si me hubierais conocido, también a mi Padre habríais conocido: porque yo, por quien se viene al Padre, os llevaré a él, para que también lo conozcáis. Pero porque soy completamente semejante a él, desde ahora le conocéis, cuando me conocéis a mí: y le habéis visto, si con los ojos del corazón me habéis visto. ¿Qué, pues, es lo que dices, Felipe, Muéstranos al Padre, y nos basta? Tanto tiempo, dice, he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe? Quien me ve, ve también al Padre. Pero si te es mucho ver esto, al menos lo que no ves, cree.

¿Cómo dices, dice, Muéstranos al Padre? Si me has visto, que soy completamente semejante a él, has visto a aquel a quien soy semejante. Pero si no puedes ver, ¿no crees al menos que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Podría aquí decir Felipe, Veo ciertamente a ti, y creo que eres muy semejante al Padre: pero, ¿acaso debe ser reprendido y censurado, quien viendo al semejante, también desea ver a aquel de quien es semejante? Conozco al semejante, pero aún al otro sin el otro conozco. No me basta, si no conozco también a aquel a quien este es semejante. Muéstranos, pues, al Padre, y nos basta. Pero por eso el maestro reprendía al discípulo, porque veía el corazón del que pedía; pues como si el Padre fuera mejor que el Hijo, así Felipe deseaba conocer al Padre, y por eso tampoco conocía al Hijo, a quien creía que algo mejor era. Para corregir este sentido se dijo, Quien me ve, ve también al Padre: ¿cómo dices tú, Muéstranos al Padre? Veo cómo dices tú: no buscas ver a otro semejante, sino que piensas que aquel es mejor.

¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? ¿Por qué en semejantes deseas discernir la distancia? ¿Por qué deseas conocer separadamente a los inseparables?

Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo. El Padre que mora en mí, él hace las obras. ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? De lo contrario, etc. ¿Son, pues, también las palabras obras? Claro que sí. Pues ciertamente quien edifica al prójimo hablando, realiza una buena obra. Pero, ¿qué es, No hablo de mí mismo, sino, No soy yo mismo quien hablo? A él, pues, atribuye lo que hace, de quien él mismo es quien hace.

Amén, amén os digo, el que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará, y hará mayores que éstas, porque yo voy al Padre. ¿Qué significa esto? No encontramos a quien hiciera las obras que Cristo hizo; ¿encontraremos a quien haga aún mayores? Pero dijimos en un discurso anterior que fue mayor sanar a los enfermos con el paso de su sombra (lo que hicieron los discípulos) que con el toque de su manto (lo que hizo el mismo Señor) (Mat. IX): y que más creyeron en los apóstoles que en el mismo Señor predicando con su propia voz, para que estas obras se entendieran como mayores, no porque el discípulo sea mayor que el maestro, o el siervo mayor que el señor, o el adoptado mayor que el unigénito, o el hombre mayor que Dios, sino porque a través de ellos él mismo se dignó hacer las mismas obras mayores, quien les dice en otro lugar, Sin mí nada podéis hacer (Juan XV). Él mismo, para omitir otras cosas, que son innumerables, sin ellos los hizo a ellos, sin ellos hizo este mundo: y porque también se dignó hacerse hombre, sin ellos se hizo a sí mismo. ¿Y qué pueden hacer ellos sin él, sino pecar? Finalmente, también aquí lo que podría habernos movido sobre este asunto, pronto lo quitó. Pues cuando dijo, El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará, y hará mayores que éstas, inmediatamente añadió, Porque yo voy al Padre:

Y todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré. El que dijo, hará, después dice haré. Sin embargo, hacer mayores a través de él, que sin él, no es una deficiencia, sino una dignación. ¿Qué pueden devolver los siervos al Señor por todo lo que les ha dado? ya que entre otros bienes también se dignó darles esto, que hicieran mayores obras a través de ellos que sin ellos. ¿No se fue triste aquel rico de su presencia, cuando desechó el consejo de vida eterna que había escuchado (Luc. XVIII)? Y sin embargo, después de que no lo hizo uno que lo escuchó de él, lo hicieron muchos, cuando el buen maestro hablaba a través de los discípulos. He aquí que hizo mayores obras predicado por los creyentes, que hablado a los oyentes. Pero esto aún nos mueve, que hizo estas mayores obras a través de los apóstoles: pero no solo refiriéndose a ellos dijo: Las obras que yo hago, también vosotros las haréis, y haréis mayores que éstas; sino queriendo que se entendiera a todos los que pertenecen a su familia, dijo, El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará, y hará mayores que éstas. Si, por

tanto, el que cree hará, ciertamente no cree el que no hará; como está escrito: El que me ama, guarda mis mandamientos (Mat. VII): de donde ciertamente el que no guarda, no ama. También en otro lugar: El que oye, dice, mis palabras y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Por tanto, el que no es semejante a este hombre prudente, sin duda o escucha mis palabras y no las hace, o en absoluto ni las escucha ni las hace. El que cree en mí, dice, aunque muera, vivirá. Por tanto, el que no cree en mí, ciertamente no vivirá. Esto también es así: El que cree en mí, hará (Juan XI). Por tanto, no cree el que no hará, ¿Qué es esto, hermanos? ¿Acaso no se contará entre los creyentes en Cristo, el que no haya hecho obras mayores que Cristo? Es duro, absurdo, no se puede soportar, no se tolera, a menos que se entienda. Escuchemos, pues, al apóstol: Al que cree, dice, en aquel que justifica al impío, se le cuenta su fe por justicia (Rom. IV). En esta obra hacemos las obras de Cristo, porque incluso el mismo creer en Cristo, es obra de Cristo. Esto lo obra en nosotros, ciertamente no sin nosotros. Escucha, pues, y entiende: El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará. Primero, pues, haré, luego él también hará, porque hago para que él haga. ¿Qué obras, sino para que de impío se haga justo? Y hará mayores que éstas. ¿De cuáles, te ruego? ¿Acaso hace mayores que todas las obras de Cristo, el que con temor y temblor obra su propia salvación (Filip. II), lo cual ciertamente en él, pero no sin él, Cristo obra? Sin duda diría que esto es mayor, que el cielo y la tierra, y todo lo que se ve en el cielo y en la tierra. Porque el cielo y la tierra pasarán, pero la salvación y justificación de los predestinados permanecerán. En aquellos solo son obras de Dios, en estos también está la imagen de Dios. Pero en los cielos tronos, dominios, principados, potestades, arcángeles, ángeles, son obras de Cristo: ¿acaso hace mayores que estas obras, el que cooperando en sí mismo con Cristo obra su eterna salvación y justificación? No me atrevo aquí a precipitar un juicio. Entienda quien pueda, juzgue quien pueda, si es mayor crear justos que justificar impíos. Ciertamente, si ambas cosas son de igual poder, esto es de mayor misericordia. Este es el sacramento de la piedad, que se manifestó en la carne, se justificó en el espíritu, apareció a los ángeles, se predicó a los gentiles, se creyó en el mundo, se asumió en gloria. Pero no hay necesidad de entender todas las obras de Cristo, donde dice, Hará mayores que éstas. Quizás dijo de aquellas que él hacía: entonces hacía palabras de fe, y de estas obras había hablado antes, diciendo: Las palabras que os hablo, no las hablo de mí mismo: el Padre que mora en mí, él hace la obra. Entonces, sus palabras eran sus obras. Y ciertamente es menos predicar palabras de justicia, lo que hizo sin nosotros, que justificar a los impíos, lo que así hizo en nosotros, para que también nosotros lo hagamos.

Porque yo voy al Padre: y todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré. Así, pues, fue al Padre, para no dejar a los necesitados, sino para escuchar a los que piden. Pero, ¿qué significa, todo lo que pidáis, cuando vemos que a menudo sus fieles piden y no reciben? ¿Acaso porque piden mal? pues esto reprochó el apóstol Santiago diciendo: Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestras concupiscencias (Sant. IV). Por tanto, el que va a usar mal lo que quiere recibir, por la misericordia de Dios no lo recibe. Por tanto, si se le pide algo que perjudica al hombre al ser escuchado, es más de temer, no sea que lo que podría no dar propicio, lo dé enojado. ¿No vemos que los israelitas obtuvieron para su mal? Pues desearon comer carne, cuando se les daba maná del cielo (Num. XI). Despierta, pues, hombre fiel, y escucha atentamente lo que está puesto allí: En mi nombre. Porque no dijo, lo que sea que pidáis, de cualquier manera, sino en mi nombre. El que prometió tan gran beneficio, ¿cómo se llama? Sin duda Cristo Jesús. Cristo significa rey, Jesús significa Salvador. Por tanto, no nos salvará cualquier rey, sino el rey Salvador. Y por tanto, lo que pidamos en contra de la utilidad de la salvación, no lo pedimos en el nombre del Salvador: y sin embargo, él es Salvador, no solo cuando hace lo que pedimos, sino también cuando no lo hace: porque al no hacer lo que ve que se pide contra la salvación, se muestra más como Salvador. Pues el

médico sabe lo que el enfermo pide para su bien, y lo que pide en contra de su bien: y por eso, al no hacer la voluntad de quien pide lo contrario, hace la salud. Por tanto, cuando queremos que haga lo que pedimos, no de cualquier manera, sino en su nombre pidamos. Y si lo hace, lo hace como Salvador, que es su nombre para sus fieles. Pues es para los impíos y condenados, quien se digna ser Salvador para los fieles. Por tanto, el que cree en él, lo que pida en el nombre que es para los que creen en él, eso hace, porque eso lo hace como Salvador. Pero si el que cree en él, pide algo por ignorancia en contra de su salvación, no lo pide en el nombre del Salvador, porque no será Salvador para él, si hace lo que impide su salvación. Por lo cual, entonces conviene más que no haciendo lo que se le invoca, haga lo que se le llama. Por eso, no solo Salvador, sino también buen maestro, para que haga lo que pidamos, en la misma oración que nos dio, nos enseñó qué pedir, para que también así entendamos que no pedimos en el nombre del maestro lo que pedimos fuera de la regla de su enseñanza. Ciertamente, algunas cosas aunque las pidamos en su nombre, es decir, según el maestro, no las hace cuando las pedimos, pero sin embargo las hace. Pues tampoco hace lo que pedimos, cuando pedimos que venga el reino de Dios (Mat. VI), porque no reinamos con él en la eternidad inmediatamente. Pues lo que pedimos se difiere, no se niega. Sin embargo, orando, como sembrando, no desfallezcamos (Gál. VI): porque a su tiempo cosecharemos. No obstante, no debe escucharse negligentemente, que el Señor, para que nadie pensara que lo que prometió hacer a los que piden, lo haría sin el Padre, cuando dijo: Lo que pidáis en mi nombre, eso haré: inmediatamente añadió:

Para que el Padre sea glorificado en el Hijo, si pedís algo en mi nombre, eso haré. De ninguna manera, pues, lo hace sin el Padre, ya que para que el Padre sea glorificado en él, por eso lo hace. Por tanto, el Padre hace en el Hijo, para que el Hijo sea glorificado en el Padre. Y el Hijo hace en el Padre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo: porque el Padre y el Hijo son uno. Cristo prometió el Espíritu Paráclito a los apóstoles. Pero veamos cómo lo prometió:

Si me amáis, dice, guardad mis mandamientos: y yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad. Cuando dice esto del Espíritu Santo, sin el cual no podemos amar a Dios, ni guardar sus mandamientos: ¿cómo amamos, para recibirlo, a quien no podemos amar si no lo tenemos? ¿Cómo guardaremos los mandamientos, para recibirlo a quien no podemos guardar los mandamientos si no lo tenemos? Queda, pues, que entendamos que el Espíritu Santo lo tiene quien ama, y al tenerlo merece tenerlo más, y al tenerlo más ama más. Ya, pues, los discípulos tenían el Espíritu, que el Señor prometía, sin el cual no lo llamaban Señor: pero aún no lo tenían como el Señor lo prometía. Y lo tenían, pues, y no lo tenían, porque no lo tenían aún como debía ser tenido. Lo tenían, pues, menos, se les daría más. Lo tenían ocultamente, lo recibirían manifiestamente: porque también esto pertenecía al mayor don del Espíritu Santo, que se les hiciera conocer lo que tenían. De este don hablaba el Apóstol diciendo: Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado (I Cor II). Pues también la misma impartición manifiesta del Espíritu Santo, no la hizo el Señor una sola vez, sino dos veces. Pues tan pronto como resucitó de entre los muertos, soplando dijo: Recibid el Espíritu Santo (Juan XX). ¿Acaso, pues, el que entonces lo dio, no lo envió también después como lo prometió? ¿O no es el mismo Espíritu Santo, que entonces fue soplado de él, y después enviado por él desde el cielo? Por tanto, por qué la donación de él, que se hizo evidentemente, se hizo dos veces, es otra cuestión. Quizás por los dos mandamientos del amor, del prójimo y de Dios, para que se recomendara que pertenecía al Espíritu Santo. Pero cuando dice: Rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, muestra que él mismo es también Paráclito: pues Paráclito en latín se dice abogado: y se ha dicho de Cristo: Tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo el justo (I Juan II). Pero así como dijo que el

mundo no puede recibir al Espíritu Santo, también se ha dicho: La prudencia de la carne es enemiga de Dios: porque no se sujeta a la ley de Dios: ni puede, como si dijéramos, La injusticia no puede ser justicia; pues dijo mundo, en este lugar significando a los amantes del mundo: que el amor no es del Padre; y por eso el amor de este mundo, del cual nos esforzamos para que disminuya y se consuma en nosotros, es contrario al amor de Dios, que se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado: por tanto, el mundo no puede recibirlo;

Porque no lo ve, ni lo conoce. Pues el amor mundano no tiene ojos invisibles, por los cuales el Espíritu Santo, a menos que sea invisiblemente, no puede ser visto.

Pero vosotros, dice, lo conoceréis, porque morará con vosotros, y estará en vosotros. Estará en ellos para que permanezca, no permanecerá para que esté. Pues primero es estar en alguien, que permanecer. Pero para que no piensen que lo dicho, morará con vosotros, se dijo como un huésped visible suele morar con un hombre, explicó lo que dijo, con vosotros, cuando añadió y dijo, en vosotros. Por tanto, se ve invisiblemente: ni si no está en nosotros, puede estar en nosotros su conocimiento. Pues así se ve en nosotros y nuestra conciencia. Pues ciertamente vemos el rostro de otro, no vemos el nuestro: pero nuestra conciencia la vemos, la de otro no la vemos. Pero la conciencia nunca está sino en nosotros, el Espíritu Santo, sin embargo, puede estar también sin nosotros. Pues se da para que esté también en nosotros. Pero ser visto y conocido como debe ser visto y conocido, no puede ser por nosotros, si no está en nosotros.

No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros. Huérfanos son los pupilos. Pues ese término griego es el nombre de la misma cosa, este es el latino. Pues también en el Salmo donde leemos, Serás ayudador del huérfano (Salmo IX), el griego tiene orphano. Aunque, pues, el Hijo de Dios nos ha adoptado como hijos para su Padre, y ha querido que tengamos al mismo Padre por gracia, que es su Padre por naturaleza, sin embargo, él mismo muestra hacia nosotros un afecto paternal, cuando dice: No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros. De aquí es que también nos llama hijos del esposo, donde dice: Vendrá la hora en que se les quitará el esposo, y entonces ayunarán los hijos del esposo (Luc. V). ¿Y quién es el esposo, sino el Señor Cristo? Luego sigue y dice:

Aún un poco, y el mundo ya no me verá. Pues, ¿qué? ¿no lo veía entonces el mundo, cuando con el nombre de mundo quiere entenderse a aquellos de quienes también habló antes, diciendo del Espíritu Santo: A quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce? Claro que el mundo lo veía con los ojos en la carne visible; pero no veía lo que en la carne el Verbo ocultaba. Veía al hombre, no veía a Dios. Veía el vestido, no veía al vestido. Pero porque después de la resurrección también su misma carne, que no solo debía ser vista, sino también tocada, la mostró a los suyos, quiso mostrarla a los no suyos, de aquí quizás debe entenderse lo dicho: Aún un poco, y el mundo ya no me verá. Pero vosotros me veréis: porque yo vivo, y vosotros viviréis. ¿Por qué dijo de sí mismo que vive en presente, y de ellos que vivirán en futuro? sino porque les prometió que vivirían también la vida de la carne, ciertamente resucitada, como la que en él precedía, y que les prometió seguiría: y porque su resurrección iba a ser pronto, usó el verbo de tiempo presente, por la celeridad significada: pero la de ellos, porque se difiere al fin del siglo, no dijo Vivís, sino viviréis. Por tanto, dos resurrecciones, la suya que iba a ser pronto, y la nuestra que vendrá al fin del siglo, prometió elegantemente y brevemente con dos verbos de tiempo presente y futuro, porque yo vivo, dice, y vosotros viviréis. Porque él vive, por eso también nosotros viviremos. Pues por el hombre vino la muerte, y por el hombre la resurrección de los muertos: porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV); porque nadie

llega a la muerte, sino por él; nadie llega a la vida, sino por Cristo. Porque vivimos, morimos. Porque él murió por nosotros, y vive para sí, y para nosotros. Porque él vive, y nosotros viviremos. Pues así como por nosotros pudimos la muerte, no así podríamos tener la vida por nosotros. En él, pues, vivimos.

En aquel día, dice,

Vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. ¿En qué día, sino del que dice, Y vosotros viviréis? Pues entonces será cuando podamos ver lo que creemos, pues también ahora está en nosotros, y nosotros en él. Pero esto ahora lo creemos, entonces lo conoceremos también: aunque ahora creyendo lo conocemos, pero entonces contemplando lo conoceremos. En aquel día, pues, cuando vivamos esa vida en la que la muerte es absorbida, conoceremos que él está en el Padre, y nosotros en él, y él en nosotros; porque entonces se perfeccionará esto mismo que ahora ya ha comenzado por él, para que esté en nosotros, y nosotros en él.

El que tiene, dice, mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama. El que los tiene en la memoria, y los guarda en la vida; el que los tiene en las palabras, y los guarda en las costumbres: el que los tiene oyendo, y los guarda haciendo; o el que los tiene haciendo, y los guarda perseverando: ese es, dice, el que me ama. La obra debe demostrar el amor, para que no sea infructuosa la apelación del nombre.

Y el que me ama, dice, será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él. ¿Qué significa, lo amaré? ¿Acaso significa que lo amará entonces y no lo ama ahora? De ninguna manera. ¿Cómo podría el Padre amarnos sin el Hijo, o el Hijo sin el Padre? ¿Cómo, si obran inseparablemente, podrían amar separadamente? Pero dijo, lo amaré, en referencia a lo que sigue, y me manifestaré a él. Amaré y manifestaré: es decir, amaré para manifestarme. Ahora ama para que creamos y mantengamos el mandato de la fe; entonces amará para que veamos y recibamos la visión misma como recompensa de la fe, porque ahora amamos creyendo lo que veremos, pero entonces amaremos viendo lo que creemos. Por lo tanto, el Señor dijo: Aún un poco, y el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis: Judas le preguntó sobre esto, no el traidor llamado Iscariote, sino aquel cuya Epístola se lee entre las Escrituras canónicas.

Señor, ¿qué ha sucedido para que te manifiestes a nosotros y no al mundo? Seamos como esos discípulos que preguntan, y escuchemos también nosotros al maestro común. Judas, santo, no impuro, ni perseguidor del Señor, sino seguidor, preguntó por qué Jesús se manifestaría a sus discípulos y no al mundo; por qué aún un poco, y el mundo no lo vería.

Jesús respondió y le dijo: Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amaré, y vendremos a él y haremos morada con él. He aquí la razón por la cual se manifestará a los suyos y no a los extraños, a quienes llama mundo; y la razón es que estos aman y aquellos no aman. Esta es la causa de la que habla el sagrado salmo: Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa de la gente no santa (Salmo 42). Porque los que son amados, son amados porque aman; pero los que no aman, aunque hablen lenguas de hombres y de ángeles, se convierten en bronce que resuena y címbalo que retine: y si tienen profecía, y entienden todos los misterios y toda la ciencia, y tienen toda la fe para mover montañas, nada son: y si distribuyen toda su hacienda, y entregan su cuerpo para ser quemado, de nada les sirve (1 Cor. 13). El amor distingue a los santos del mundo, que hace habitar juntos en unidad en la casa (Salmo 67). En esa casa el Padre y el Hijo hacen morada, quienes otorgan también ese amor, a quienes

otorgan en la fe también su manifestación; sobre la cual el discípulo preguntó al maestro, para que no solo aquellos que entonces escuchaban por su boca, sino también nosotros a través de su Evangelio pudiéramos conocer esto. Preguntó sobre la manifestación de Cristo, y escuchó sobre el amor y la morada. Hay, por tanto, una cierta manifestación interior de Dios, que los impíos no conocen en absoluto, para quienes no hay manifestación del Padre y del Espíritu Santo, pero del Hijo pudo haberla, aunque en la carne: la cual no es como aquella; ni puede estar siempre presente con ellos, sea como sea, sino por un breve tiempo, y esto para juicio, no para gozo; para castigo, no para premio. Ahora es, por tanto, para que entendamos, en la medida en que él mismo se digna revelar, cómo se dijo: Aún un poco, y el mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis. Es cierto que poco después también su cuerpo, en el cual los impíos podían verlo, sería retirado de sus ojos, ya que después de la resurrección ninguno de ellos lo vio. Pero como se dijo, testificando los ángeles, así vendrá como lo habéis visto ir al cielo (Hechos 1): y no creemos otra cosa que él vendrá en el mismo cuerpo para juzgar a vivos y muertos: sin duda entonces el mundo lo verá, por cuyo nombre se significan los ajenos a su reino. Y por lo tanto, se entiende mucho mejor que quiso significar otro tiempo ya en lo que dijo: Aún un poco, y el mundo ya no me verá, cuando al final del siglo será retirado de los ojos de los condenados, para que lo vean aquellos con quienes el Padre y él mismo hacen morada porque lo aman. Dijo poco, porque incluso lo que parece largo a los hombres, es brevísimo ante los ojos de Dios. De este poco, el evangelista Juan dice: Hijitos, es la última hora (1 Juan 2). Para que nadie piense que solo el Padre y el Hijo hacen morada con sus amantes sin el Espíritu Santo, recuerde lo que se dijo antes sobre el Espíritu Santo: A quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros. He aquí que también el Espíritu Santo hace morada en los santos con el Padre y el Hijo: ciertamente dentro, como Dios en su templo. Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, vienen a nosotros, mientras venimos a ellos. Vienen ayudando, venimos obedeciendo. Vienen iluminando, venimos contemplando. Vienen llenando, venimos recibiendo: para que tengamos de ellos no una visión externa, sino interna, y en nosotros no una morada transitoria, sino eterna. Así el Hijo no se manifiesta al mundo. Mundo se ha llamado aquí a aquellos de quienes inmediatamente añadió y dijo:

El que no me ama, no guarda mis palabras. Estos son los que nunca ven al Padre y al Espíritu Santo, pero al Hijo, no para ser bienaventurados, sino para ser juzgados, lo ven por un breve tiempo: ni siquiera en la forma de Dios, donde es invisible con el Padre y el Espíritu Santo, sino en la forma de hombre, donde quiso estar en el mundo sufriendo despreciable, juzgando terrible. Pero lo que añadió:

Y la palabra que habéis oído, no es mía, sino del Padre que me envió, no nos asombremos, no temamos: no es menor que el Padre, pero no es sino del Padre; no es desigual a él, pero no es de sí mismo. Porque no mintió al decir: El que no me ama, no guarda mis palabras. He aquí que dijo que sus palabras son tuyas. ¿Acaso se contradice a sí mismo cuando dijo: Y la palabra que habéis oído, no es mía? Y tal vez por alguna distinción, cuando dijo que eran tuyas, lo dijo en plural, es decir, palabras. Pero cuando dijo que la palabra, es decir, el verbo, no es tuyo, sino del Padre, quiso que se entendiera a sí mismo. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, ciertamente no es su Verbo, sino del Padre: así como tampoco es su imagen, sino del Padre, ni su Hijo él mismo, sino del Padre. Por tanto, atribuye al autor todo lo que hace igual, de quien tiene esto mismo que es indiferentemente igual a él.

Estas cosas os he hablado estando con vosotros. Esa morada ciertamente es otra, la que prometió futura; esta es otra, la que testifica presente. Aquella es espiritual, y se da interiormente a las mentes, esta es corporal y se muestra exteriormente a los ojos y oídos.

Aquella beatifica eternamente a los liberados, esta visita en el tiempo a los que serán liberados. Según aquella, el Señor no se aparta de sus amantes, según esta, va y viene. Estas cosas, dice, os he hablado estando con vosotros, ciertamente con presencia corporal, con la cual les hablaba visible.

Pero el Paráclito, dice, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho. ¿Acaso dice el Hijo, y enseña el Espíritu Santo, para que al decir el Hijo captemos las palabras, y al enseñar el Espíritu Santo entendamos las mismas palabras? ¿Como si el Hijo hablara sin el Espíritu Santo, o el Espíritu Santo enseñara sin el Hijo? ¿O acaso no enseña también el Hijo, y dice el Espíritu Santo? Y cuando Dios dice y enseña algo, ¿no dice y enseña la misma Trinidad? Pero como es Trinidad, era necesario insinuar sus personas individuales, y escucharlas distintamente, entenderlas inseparablemente. Escucha al Padre diciendo donde lees: El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo (Salmo 2). Escucha también enseñando donde lees: Todo el que oyó al Padre y aprendió, viene a mí (Juan 6). Al Hijo diciendo lo has oído ahora; pues de sí mismo dijo: Todo lo que os he dicho: a quien si quieres conocer enseñando, recuerda al maestro. Uno es, dice, vuestro maestro, Cristo (Mateo 23). Al Espíritu Santo, a quien ahora has oído enseñando, donde se dijo: Él os enseñará todas las cosas: escúchalo también diciendo, donde lees en los Hechos de los Apóstoles que el Espíritu Santo dijo a San Pedro: Ve con ellos, porque yo los he enviado (Hechos 10). Por tanto, toda la Trinidad dice y enseña. Pero si no se recomendara también individualmente, de ninguna manera la debilidad humana podría captarla de alguna manera. Por tanto, aunque es completamente inseparable, nunca se sabría que es Trinidad, si siempre se dijera inseparablemente. Porque incluso cuando decimos Padre, Hijo y Espíritu Santo, ciertamente no los decimos juntos, aunque ellos no pueden no estar juntos. Pero lo que añadió: Os recordará, debemos entender que también lo que se nos ordena no olvidar, los consejos más saludables pertenecen a la gracia, por la cual Cristo nos recuerda.

La paz, dice, os dejo, mi paz os doy. Esto es lo que leemos en el profeta: Paz sobre paz. Nos deja la paz al irse, nos dará su paz al final cuando venga. Nos deja la paz en este siglo, nos dará su paz en el siglo futuro. Nos deja la paz, en la cual permaneciendo, vencemos al enemigo: nos dará su paz, cuando reinemos sin enemigo; pero ¿qué nos deja al ascender de nosotros, sino a sí mismo, mientras no se aparta de nosotros? Porque él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno (Efesios 2). Por tanto, él mismo es nuestra paz, tanto cuando creemos que es, como cuando lo vemos tal como es. Pero ¿qué significa que donde dice: Os dejo la paz, no añade mía: pero donde dice, os doy, allí dice mía? ¿Acaso debe entenderse mía, incluso donde no se dijo, porque se dijo después, y puede referirse a ambos, incluso lo que se dijo una vez? ¿O tal vez aquí se oculta algo, que debe pedirse y buscarse, y a lo que se debe abrir a los que llaman? Porque ¿qué si quiso que se entendiera su paz como la que él mismo tiene? Pero esta paz que nos deja en este siglo, más bien debe llamarse nuestra que suya. Porque a él nada le resiste en sí mismo, porque no tiene en absoluto pecado. Pero nosotros tenemos ahora una paz tal, en la cual aún decimos: Perdona nuestras deudas (Mateo 6). Por tanto, tenemos alguna paz, porque nos deleitamos en la ley de Dios según el hombre interior (Romanos 7): pero no es plena, porque vemos otra ley en nuestros miembros que se opone a la ley de nuestra mente. Asimismo, entre nosotros él mismo es nuestra paz, porque mutuamente creemos que nos amamos. Pero tampoco esta es plena, porque no vemos mutuamente los pensamientos de nuestro corazón; y algunas cosas de nosotros, que no están en nosotros, las opinamos mutuamente o mejor o peor. Por tanto, esta paz, aunque nos fue dejada por él, es nuestra. Porque si no fuera por él, no tendríamos ni siquiera tal: pero él no tiene tal. Si la mantenemos hasta el fin, tendremos la que él tiene, donde nada nos resista de nosotros, y

nada nos oculte mutuamente en nuestros corazones. Tampoco ignoro que estas palabras del Señor también pueden entenderse de tal manera que parezca una repetición de la misma sentencia.

La paz os dejo, mi paz os doy. Para que lo que dijo paz, lo repitiera diciendo, mi paz; y lo que dijo, os dejo, lo repitiera diciendo: Os doy. Que cada uno lo entienda como quiera: sin embargo, me deleita (creo que también a vosotros, mis amados hermanos), así mantener esta paz, donde vencemos al adversario en concordia, para que deseemos la paz, donde no tendremos adversario. Pero lo que el Señor añadió, y dijo:

No como el mundo da, yo os doy, ¿qué es sino, no como los hombres dan, que aman al mundo, así os doy? que por eso se dan paz, para disfrutar sin molestia de pleitos y guerras, no de Dios, sino de su amigo el mundo: y cuando los justos dan paz, para que no los persigan, no puede haber verdadera paz, donde no hay verdadera concordia, porque los corazones están desunidos. Porque así como se dice consorte al que une la suerte, así debe llamarse concorde al que une el corazón. Por tanto, nosotros, amados, a quienes Cristo dejó la paz, y su paz no nos la da como el mundo, sino como aquel por quien fue hecho el mundo; para que seamos concordes, unamos mutuamente los corazones, y tengamos nuestro corazón en lo alto, para que no se corrompa en la tierra.

No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. Habéis oído que os dije: Voy y vengo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Por tanto, su corazón podría turbarse y temer, porque se iba de ellos, aunque venía a ellos, no fuera que el lobo invadiera el rebaño en este intervalo por la ausencia del pastor. Pero de quienes el hombre se alejaba, Dios no los dejaba: el mismo Cristo, hombre y Dios. Por tanto, iba por lo que era hombre, y permanecía por lo que era Dios. Iba por lo que estaba en un lugar, permanecía por lo que estaba en todas partes. ¿Por qué, entonces, se turbarían y temerían, cuando así dejaba los ojos, que no dejaba el corazón? aunque Dios, que no está contenido en ningún lugar, se aleja de los corazones de aquellos que lo abandonan con sus costumbres, no con sus pies, y viene a aquellos que se convierten a él no con el rostro, sino con la fe, y se acercan a él con la mente, no con la carne. Pero para que entendieran según lo que era hombre, cuando dijo: Voy y vengo a vosotros, añadió y dijo: Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Por lo que el Hijo no es igual al Padre, por eso iba al Padre, de quien también vendrá a juzgar a vivos y muertos. Por tanto, el mismo Cristo Hijo de Dios, igual al Padre en la forma de Dios, porque se anonadó a sí mismo, no perdiendo la forma de Dios, sino tomando la forma de siervo, es mayor que él mismo, porque la forma de Dios que no se perdió es mayor que la del siervo que se tomó (Filipenses 2). ¿Qué, entonces, es de extrañar, o indigno, si según esta forma de siervo el Hijo de Dios dice: El Padre es mayor que yo? Y según la forma de Dios dice el mismo Hijo de Dios: Yo y el Padre somos uno (Juan 10). Porque son uno según lo que era Dios el Verbo; y el Padre es mayor según lo que el Verbo se hizo carne. Según esta forma de siervo, el niño Cristo también era menor que sus padres, cuando el pequeño era sumiso a los mayores, como está escrito (Lucas 2). Porque el Hijo igual al Padre, por quien fue hecho hombre, para ser menor que el Padre, fue hecho hombre. Si no fuera así, ¿qué es el hombre? Que diga claramente nuestro Señor y maestro: Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Reconozcamos la doble sustancia de Cristo, la divina, por la cual es igual al Padre; la humana, por la cual el Padre es mayor: pero ambas juntas, no dos, sino un solo Cristo, para que no haya cuaternidad, sino Trinidad Dios. Porque así como un hombre es alma racional y carne, así un solo Cristo es Dios y hombre. Por tanto, Cristo es Dios alma racional y carne. Confesamos a Cristo en todas estas cosas, y a Cristo en cada una de ellas. ¿Quién es, entonces, por quien fue hecho el mundo? Cristo Jesús, pero en la forma

de Dios. ¿Quién fue crucificado bajo Poncio Pilato? Cristo Jesús, pero en la forma de siervo. También de cada una de las cosas de las que el hombre consta. ¿Quién no fue dejado en el infierno? Cristo Jesús, pero solo en el alma. ¿Quién resucitó yaciendo tres días en el sepulcro? Cristo Jesús, pero solo en la carne. Por tanto, se dice Cristo Jesús en cada una de estas cosas: pero todas estas cosas no son dos o tres, sino un solo Cristo. Por tanto, dijo: Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre; porque a la naturaleza humana se le debe alegrar, porque fue asumida de tal manera por el Verbo unigénito, que fue constituida inmortal en el cielo: y así la tierra se hizo sublime, para que el polvo incorruptible se sentara a la derecha del Padre. Porque de esta manera dijo que iría al Padre: pues ciertamente iba a aquel con quien estaba. Pero esto era ir a él, y apartarse de nosotros, cambiar y hacer inmortal lo que mortal asumió de nosotros, y elevar al cielo por lo que estuvo en la tierra por nosotros. ¿Quién no se alegrará de esto, quien ama así a Cristo, para que se regocije de que su naturaleza ya es inmortal en Cristo, y espere que esto será por Cristo?

Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis. ¿Qué significa esto, cuando más bien debería el hombre creer antes de que suceda lo que debe ser creído? Pues esta es la alabanza de la fe, si lo que se cree no se ve. Porque, ¿qué grandeza hay en creer lo que se ve? Según aquella sentencia del mismo Señor, cuando reprendió al discípulo, diciendo: Porque has visto, has creído; bienaventurados los que no ven y creen (Juan XX). Y no sé si se puede decir que alguien cree lo que ve. Pues la misma fe en la Epístola a los Hebreos está definida así: La fe es la sustancia de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve (Hebr. XI). Por lo tanto, si la fe es de las cosas que se creen, y la misma fe es de las cosas que no se ven, ¿qué significa lo que el Señor dice: Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis? ¿No debería más bien haberse dicho: Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda, veáis? Pues aquel a quien se le dijo: Porque has visto, has creído, no creyó lo que vio, sino que vio una cosa y creyó otra. Vio al hombre, creyó a Dios. Pero incluso si se dice que se cree lo que se ve, como dice cada uno que cree a sus ojos, sin embargo, esa no es la fe que se edifica en nosotros, sino que a partir de las cosas que se ven, se nos lleva a creer las que no se ven. Por lo tanto, amadísimos, de lo que ahora se trata, lo que el Señor dice: Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis, ciertamente dice que cuando suceda, lo verían vivo después de la muerte y ascendiendo al Padre: al ver esto, creerían que Él es Cristo, el Hijo de Dios, quien pudo hacer esto y predecirlo antes de hacerlo: creerían esto no con una fe nueva, sino aumentada, o ciertamente, cuando murió, debilitada, y cuando resucitó, restaurada. Pues no es que no creyeran antes que Él era el Hijo de Dios: pero cuando en Él se cumplió lo que antes había predicho, aquella fe que cuando les hablaba era pequeña, y cuando murió casi nula, revivió y creció. Luego, ¿qué dice?

Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo. ¿Quién, sino el diablo?

Y en mí no tiene nada. Ningún pecado, ciertamente. Así muestra que el diablo no es príncipe de las criaturas, sino de los pecados, a quienes ahora llama con el nombre de este mundo. Y siempre que el nombre del mundo se pone en un sentido malo, no muestra sino a los amantes de este mundo, de quienes en otro lugar está escrito: Cualquiera que quiera ser amigo de este siglo, se constituye enemigo de Dios (Santiago IV). Lejos esté, pues, que se entienda al diablo como príncipe del mundo, como si ejerciera dominio sobre todo el universo, es decir, el cielo y la tierra, y todos los que están en ellos, del cual mundo se dijo, cuando se hablaba de Cristo Verbo: Y el mundo fue hecho por Él (Juan I). Todo el mundo, desde los cielos más altos hasta la tierra más baja, está sujeto al Creador, no al desertor; al Redentor, no al

destructor; al libertador, no al captor; al maestro, no al engañador. Pero cómo debe entenderse que el diablo es príncipe del mundo, lo explicó más claramente el apóstol Pablo, quien después de haber dicho: No tenemos lucha contra carne y sangre, es decir, contra hombres, añadió y dijo: sino contra principados y potestades, y los gobernadores de las tinieblas de este mundo (Efesios VI). Pues con la siguiente palabra explicó qué quiso decir con mundo, cuando añadió: de estas tinieblas: para que nadie entendiera por mundo toda la creación, de la cual de ninguna manera son gobernadores los ángeles desertores. Tinieblas, dijo, de este mundo, es decir, de los amantes de este mundo. De los cuales, sin embargo, no son elegidos, no por su mérito, sino por la gracia de Dios: a quienes dice: Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efesios V). Todos, pues, estuvieron bajo los gobernadores de estas tinieblas, es decir, de los hombres impíos, como tinieblas bajo tinieblas. Pero gracias a Dios, que nos libró, como dice el mismo Apóstol, del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo amado (Colosenses I): en el cual el príncipe de este mundo, es decir, de estas tinieblas, no tenía nada, porque ni Dios vino con pecado, ni la Virgen dio a luz su carne de la descendencia del pecado; y como si se le dijera: ¿Por qué mueres, si no tienes pecado, que merece el castigo de la muerte? inmediatamente añadió:

Pero para que el mundo sepa que amo al Padre, y como el Padre me dio mandamiento, así hago, levantaos, vámonos de aquí. Pues hablaba reclinado a los que estaban reclinados. Dice, vámonos. ¿A dónde? sino al lugar donde iba a ser entregado a la muerte, quien no tenía mérito de muerte, pero tenía el mandamiento del Padre de morir, como aquel de quien se había predicho: Lo que no robé, entonces lo devolví: sin duda iba a pagar la muerte, y a redimirnos de la muerte debida.

CAPÍTULO XV.

Yo soy la vid verdadera, etc. Este pasaje evangélico, hermanos, donde el Señor se llama a sí mismo la vid, y a sus discípulos los sarmientos, lo dice según que es cabeza de la Iglesia, y nosotros sus miembros, mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, pues de una misma naturaleza son la vid y los sarmientos. Por lo cual, siendo Dios, de cuya naturaleza no somos, se hizo hombre, para que en Él fuera la vid la naturaleza humana, de la cual también nosotros los hombres podemos ser sarmientos. ¿Qué significa, pues, Yo soy la vid verdadera? ¿Acaso al añadir verdadera, se refiere a aquella vid de la que se toma esta similitud? Pues se dice vid por similitud, no por propiedad, como se dice oveja, cordero, león, roca, piedra angular, y otras cosas semejantes, que son más verdaderas de las que se dicen estas similitudes, no propiedades. Pero cuando dice, Yo soy la vid verdadera; se distingue, sin duda, de aquella a la que se le dice: ¿Cómo te has convertido en amargura, vid extraña? (Jeremías II; Isaías V). Pues, ¿cómo es vid verdadera, la que se esperaba que diera uvas, pero dio espinas? Yo soy, dice, la vid verdadera.

Y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo el que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. ¿Acaso son uno el labrador y la vid? Según esto, pues, Cristo es la vid, según lo que dice: El Padre es mayor que yo. Pero según lo que dice: Yo y el Padre somos uno, también Él es labrador. No como aquellos que exhiben un ministerio desde fuera, sino como aquel que también da el crecimiento desde dentro. Pues ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (1 Cor. III). Y ciertamente Cristo es Dios, porque el Verbo era Dios (Juan I), de donde Él y el Padre son uno, y si el Verbo se hizo carne, lo que no era, permanece lo que era. Finalmente, después de haber dicho del Padre como labrador, que quita los sarmientos infructuosos, y limpia los fructuosos para que lleven más fruto, inmediatamente también se muestra a sí mismo como limpiador de los sarmientos:

Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. He aquí que también Él es limpiador de los sarmientos, lo cual es oficio del labrador, no de la vid: quien también hizo a los sarmientos sus operarios. Pues aunque no dan el crecimiento, sin embargo, imparten alguna ayuda, pero no de lo suyo, porque sin mí, dice, nada podéis hacer. Limpios, ciertamente, y limpiándose. Pues si no fueran limpios, no podrían llevar fruto: y sin embargo, todo sarmiento que lleva fruto, lo limpia el labrador, para que lleve más fruto. Lleva fruto, porque está limpio; y para que lleve más, se limpia aún. Pues, ¿quién es en esta vida tan limpio, que no deba ser más y más limpiado? donde si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad (1 Juan I). Limpia, ciertamente, a los limpios, es decir, a los fructuosos, para que sean tanto más fructuosos, cuanto más limpios sean. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. ¿Por qué no dijo, Estáis limpios por el bautismo con el que habéis sido lavados, sino que dijo: Por la palabra que os he hablado? sino porque también en el agua la palabra limpia. Quitla la palabra, y ¿qué es el agua, sino agua? Se añade la palabra al elemento, y se convierte en sacramento, incluso como palabra visible. Pues de esto ciertamente había dicho, cuando lavó los pies a los discípulos, El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pero está todo limpio. ¿De dónde esta gran virtud del agua, para tocar el cuerpo y lavar el corazón, sino por la acción de la palabra? no porque se dice, sino porque se cree. Pues también en la misma palabra hay una diferencia entre el sonido pasajero y la virtud permanente. Esta es la palabra de fe que predicamos, dice el Apóstol: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X). Por eso también en los Hechos de los Apóstoles se lee, Purificando por la fe sus corazones (Hechos XV); y en su epístola el bienaventurado Pedro dice, Así también el bautismo os salva, no como eliminación de las inmundicias de la carne, sino como respuesta de una buena conciencia. Esta es la palabra de fe que predicamos (1 Pedro III): por la cual sin duda, para que pueda purificar, también se consagra el bautismo. Cristo, pues, con nosotros la vid, con el Padre el labrador, amó a la Iglesia, y se entregó por ella. Lee al Apóstol, y ve lo que añade: Para santificarla, dice, limpiándola con el lavamiento del agua en la palabra (Efesios V). La limpieza, por lo tanto, no se atribuiría al elemento fluido y lábil, si no se añadiera en la palabra.

Permaneced en mí, y yo en vosotros. No como ellos en Él, así Él en ellos; ambos son provechosos, no para Él, sino para ellos. Pues así están los sarmientos en la vid, que no aportan a la vid, sino que reciben de ella para vivir. Así está la vid en los sarmientos, que les suministra alimento vital, no lo toma de ellos. Por lo tanto, tanto tener a Cristo permaneciendo en sí, como permanecer en Cristo, es provechoso para los discípulos, no para Cristo: pues cortado el sarmiento, puede brotar otro de la raíz viva; pero el que ha sido cortado, sin raíz no puede vivir. Finalmente añade y dice:

Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Gran recomendación de la gracia, hermanos míos. Iluminó los corazones de los humildes, cerró la boca de los soberbios. Pues ya sea poco, ya sea mucho, sin Él no se puede hacer nada sin quien nada se puede hacer; porque aunque el sarmiento haya aportado poco cuando el labrador lo limpia para que lleve más fruto, sin embargo, si no permanece en la vid, y vive de la raíz, no puede llevar fruto por sí mismo.

Si alguno no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento, y se secará, y los recogerán, y los echarán al fuego, y arderán. Las maderas de la vid son tanto más despreciables si no permanecen en la vid, cuanto más gloriosas si permanecen. Finalmente, como también dice el Señor por el profeta Ezequiel, cortadas no sirven para ningún uso de los labradores, ni se destinan a ninguna obra de los artesanos (Ezequiel XV). Una de dos cosas conviene al sarmiento, o la vid, o el fuego: si no está en la vid, estará en el fuego. Para que, pues, no esté en el fuego, esté en la vid.

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros: lo que queráis pediréis, y se os hará. Pues permaneciendo en Cristo, ¿qué pueden querer, sino lo que conviene a Cristo? ¿Qué pueden querer permaneciendo en el Salvador, sino lo que no es ajeno a la salvación? Pues otra cosa queremos, porque estamos en Cristo, y otra cosa queremos porque aún estamos en este siglo. De la permanencia de este siglo a veces se nos insinúa, para que pidamos lo que no sabemos que no nos conviene: pero lejos esté que se nos conceda, si permanecemos en Cristo, quien no hace, cuando pedimos, sino lo que nos conviene. Permaneciendo, pues, en Él, cuando sus palabras permanecen en nosotros, lo que queramos pedimos, y se nos hará; porque si pedimos, y no se nos hace, no pedimos lo que tiene permanencia en Él, ni lo que tienen sus palabras que permanecen en nosotros, sino lo que tiene la codicia y la debilidad de la carne, que no está en Él, y en la cual no permanecen sus palabras: pues sin duda a las palabras de Él pertenece aquella oración que enseñó, donde decimos, Padre nuestro, que estás en los cielos (Mateo VI); de las palabras y sentidos de esta oración no nos apartemos en nuestras peticiones, y lo que pidamos, se nos hará. Entonces, pues, deben decirse que sus palabras permanecen en nosotros, cuando hacemos lo que mandó, y amamos lo que prometió. Pero cuando sus palabras permanecen en la memoria, y no se encuentran en la vida, no se corta el sarmiento en la vid, porque no atrae vida de la raíz. En estos no permanecen las palabras de Cristo, que tocan de alguna manera, no se adhieren: y por eso no les serán en beneficio, sino en testimonio; y porque así están en ellos, que no permanecen en ellos, para esto se retienen por ellos para que sean juzgados por ellos.

En esto, dice, es glorificado mi Padre, que llevéis mucho fruto, y seáis mis discípulos. Δόξα, que en griego se dice, en latín es gloria. Lo cual creí conveniente recordar, porque dice el Apóstol: Si Abraham fue justificado por las obras, tiene gloria, pero no para con Dios (Rom. IV). Esta es la gloria para con Dios (en la cual no se glorifica al hombre, sino a Dios) si no por las obras, sino por la fe se justifica, para que de Dios le sea también lo que bien obra, pues el sarmiento no podría llevar fruto por sí mismo. Si, pues, en esto es glorificado Dios Padre, que llevemos mucho fruto, y seamos discípulos de Cristo, no atribuyamos esto a nuestra gloria, como si lo tuviéramos de nosotros mismos. Pues es de su gracia: y por eso en esto no es nuestra, sino su gloria. Por lo cual también en otro lugar, cuando dijo: Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras (Mateo V): para que no piensan que sus buenas obras eran de ellos mismos, añadió inmediatamente: Y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos (Salmo LXXXIII). En esto, pues, es glorificado el Padre, que llevemos mucho fruto, y seamos discípulos de Cristo. ¿Por quién seremos hechos, sino por aquel cuya misericordia nos ha prevenido? Pues somos su hechura, creados en Cristo Jesús para buenas obras (Efesios II). Pero lo que dice, Como el Padre me amó, también yo os he amado, no muestra la igualdad de nuestra naturaleza y la suya, como es la del Padre y la suya, sino la gracia por la cual es mediador entre Dios y los hombres el hombre Cristo Jesús. Se muestra, pues, el mediador, cuando dice: El Padre me ama, y yo os amo. Pues el Padre ciertamente nos ama también a nosotros, pero en Él; porque en esto es glorificado el Padre, que llevemos fruto en la vid, es decir, en el Hijo, y seamos sus discípulos.

Permaneced, dice, en mi amor. ¿Cómo permaneceremos? Escucha lo que sigue: Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor. Muestra no de dónde se genera el amor, sino de dónde se muestra, como si dijera: No penséis que permaneceréis en mi amor, si no guardáis mis mandamientos. Pues si los guardáis, permaneceréis; esto es, de aquí se mostrará que permaneceréis en mi amor, si guardáis mis mandamientos, para que nadie se engañe a sí mismo diciendo que lo ama, si no guarda sus mandamientos. Pues en tanto lo amamos, en cuanto guardamos sus mandamientos. En cuanto menos guardamos, menos lo amamos. Aunque lo que dice, Permaneced en mi amor, no aparece qué amor dijo, si con el que lo amamos, o con el que Él nos ama; pero se conoce por la palabra anterior. Pues había dicho: Y yo os he amado, a cuya palabra inmediatamente añadió: Permaneced en mi amor. Por lo tanto, aquella con la que los amó. ¿Qué es, pues, Permaneced en mi amor, sino, permaneced en mi gracia? ¿Y qué es, si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, sino, esto sabréis que permaneceréis en mi amor con el que os amo, si guardáis mis mandamientos? No, pues, para que nos ame, primero guardamos sus mandamientos, sino que si no nos ama, no podemos guardar sus mandamientos. Esta es la gracia que se revela a los humildes, se oculta a los soberbios. Pero, ¿qué es lo que sigue?

Así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Ciertamente, aquí también quiso que se entendiera este amor del Padre con el que el Padre lo ama. Pues así había dicho: "Como el Padre me amó, yo también os he amado"; y a estas palabras añadió: "Permaneced en mi amor", refiriéndose sin duda a aquel con el que os he amado. Por lo tanto, lo que también dice del Padre, "permanezco en su amor", debe entenderse como aquel con el que el Padre lo amó. Pero, ¿acaso aquí también debe entenderse la gracia con la que el Padre ama al Hijo, así como es gracia con la que el Hijo nos ama, siendo nosotros hijos por gracia, no por naturaleza, mientras que el Unigénito es por naturaleza, no por gracia? ¿O esto también debe referirse al Hijo en cuanto hombre? Así es: pues al decir, "como el Padre me amó, yo también os he amado", muestra la gracia del Mediador. Sin embargo, el Mediador entre Dios y los hombres es Cristo Jesús, no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre. Y ciertamente, según lo que es hombre, se lee de él: "Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lucas II). Por lo tanto, según esto, podemos decir correctamente que, aunque la naturaleza humana no pertenece a la naturaleza de Dios, sin embargo, por gracia, la naturaleza humana pertenece a la persona del Hijo unigénito de Dios, y con tal gracia que no hay mayor ni igual. Pues ningún mérito precedió a esa asunción del hombre, sino que todos sus méritos comenzaron desde esa asunción. Por lo tanto, el Hijo permanece en el amor con el que el Padre lo amó, y por eso guardó sus mandamientos. ¿Qué es ese hombre, sino que Dios es su sustentador? Porque Dios era el Verbo, el unigénito coeterno al que engendra. Pero para que se nos diera el mediador, por una gracia inefable, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo. ¿Qué es el gozo de Cristo en nosotros, sino aquel con el que se digna alegrarse de nosotros? Y ¿qué es nuestro gozo, que dice que debe completarse, sino tener su compañía? Por eso le dijo al bienaventurado Pedro: "Si no te lavo, no tendrás parte conmigo". Por lo tanto, su gozo en nosotros es la gracia que nos ha concedido: es para que sea nuestro gozo; pero de esto él también se alegraba desde la eternidad, cuando nos eligió antes de la fundación del mundo (Efesios I). Tampoco podemos decir correctamente que su gozo no era pleno. Pues Dios nunca se alegró imperfectamente; pero ese gozo suyo no estaba en nosotros, porque ni siquiera existíamos aún en quienes podría estar; ni cuando comenzamos a existir, comenzamos a existir con él. Sin embargo, siempre estaba en él, quien se alegraba con la certeza de su presciencia de que seríamos suyos en el futuro. Por lo tanto, su gozo por nuestra

salvación, que siempre estuvo en él cuando nos prescribió y predestinó, comenzó a estar en nosotros cuando nos llamó. Y con razón llamamos a este gozo nuestro, con el que también seremos bienaventurados. Pero este gozo nuestro crece y progresa, y se dirige hacia su perfección perseverando. Por lo tanto, comienza en la fe de los renacidos, se completará en la recompensa de los resucitados. He aquí de dónde creo que se dijo: "Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo. Que mi gozo esté en vosotros, que vuestro gozo se complete. Pues siempre fue mi gozo pleno, incluso antes de que fuerais llamados, cuando ya os había prescrito para ser llamados por mí. Pero que también esté en vosotros, cuando os convirtáis en lo que prescribí de vosotros. Que vuestro gozo se complete, porque seréis bienaventurados, lo que aún no sois, así como fuisteis creados quienes no existíais. Este es, dice, mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Ya sea que se diga mandamiento o precepto, ambos se interpretan de una sola palabra griega, que es ἐντολή. En verdad, ya había dicho esta sentencia antes: "Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros como yo os he amado, para que también os améis unos a otros" (Juan XIII). Por lo tanto, la repetición de este mandamiento es una recomendación, excepto que allí dijo "un mandamiento nuevo os doy", y aquí dice "este es mi mandamiento". Allí se dijo como si no hubiera habido antes tal mandamiento, aquí se dice como si no hubiera otro mandamiento suyo. Pero allí se dijo nuevo, para que no perseveremos en nuestra antigüedad; aquí se dijo mío, para que no pensemos que debe ser despreciado. Pero lo que aquí dijo así, "este es mi mandamiento", como si no hubiera otro, ¿qué pensamos, hermanos míos? ¿Acaso no nos mandó Dios solo este mandamiento de amor, para que no busquemos otros? Ciertamente, el Apóstol recomienda tres cosas diciendo: "Ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad" (I Cor. XIII). Aunque en la caridad, es decir, en el amor, se incluyen esos dos mandamientos, sin embargo, se dice que es mayor, no única. ¿Cuántos mandamientos se nos han dado sobre la fe, cuántos sobre la esperanza, quién puede recopilarlos todos? ¿Quién puede enumerarlos todos? Pero consideremos lo que dice el mismo Apóstol: "La plenitud de la ley es la caridad" (Rom. XIII). Donde hay caridad, ¿qué puede faltar? Y donde no hay caridad, ¿qué puede ser útil? El demonio cree, pero no ama (Jac. II). Nadie ama sin creer. En vano, pero puede esperar el perdón quien no ama. Pero nadie puede desesperar quien ama. Por lo tanto, donde hay amor, necesariamente hay fe y esperanza; y donde hay amor al prójimo, necesariamente también hay amor a Dios. Porque quien no ama a Dios, ¿cómo ama al prójimo como a sí mismo? Pues es impío e injusto. Pero quien ama la iniquidad, ciertamente no ama, sino que odia su propia alma (Tob. XII). Por lo tanto, mantengamos este mandamiento del Señor, que nos amemos unos a otros, y haremos cualquier otra cosa que él mande, porque cualquier otra cosa la tenemos aquí. Esta caridad se distingue de aquella con la que los hombres se aman entre sí como hombres. Pues para que se distinguiera, se añadió: "como yo os he amado". ¿Para qué nos amó Cristo, sino para que pudiéramos reinar con él? Por lo tanto, amémonos unos a otros para que nuestro amor se distinga de los demás, que no se aman para esto, porque ni siquiera aman. La plenitud del amor con el que debemos amarnos unos a otros, hermanos amadísimos, la definió el Señor diciendo: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos". Porque, como dijo antes: "Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado", a estas palabras añadió lo que ahora habéis escuchado: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos", de esto se sigue lo que el mismo evangelista Juan dice en su Epístola (I Juan III), que así como Cristo puso su vida por nosotros, también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos, amándonos unos a otros como él nos amó, quien puso su vida por nosotros. Y no se diga esto como si pudiéramos ser iguales al Señor Cristo, si llevamos el martirio por él hasta la sangre. Él tenía el poder de poner su vida y de tomarla de nuevo. Pero nosotros ni vivimos cuanto queremos, y morimos aunque no queramos. Él se nos ofreció

como la vida a los sarmientos, no podemos tener vida aparte de él. Finalmente, aunque muramos por los hermanos, sin embargo, en la remisión de los pecados de los hermanos, no se derrama la sangre de ningún mártir, lo que él hizo por nosotros; ni en esto nos dio algo para imitar, sino para alegrarnos, nos lo concedió.

Vosotros, dice, sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Gran dignidad, cuando un buen siervo no puede serlo a menos que haga los mandamientos de su Señor, de ahí quiso que se entendiera que son sus amigos, de donde pueden probarse como buenos siervos. Pero, como dije, esta es una dignidad, que el Señor, a quienes conoce como sus siervos, se digne llamarlos sus amigos. Pues para que sepáis que hacer los mandamientos de su Señor pertenece al oficio de los siervos, en otro lugar reprende a los siervos diciendo: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?" (Lucas VI). Cuando decís, dice, Señor, mostrad lo que decís haciendo lo que mando. ¿No le dirá el mismo al siervo obediente: "Bien, siervo bueno, porque has sido fiel en lo poco, te pondré sobre mucho: entra en el gozo de tu Señor" (Mateo XXV)? Por lo tanto, puede ser siervo y amigo, porque es un buen siervo. Pero prestemos atención a lo que sigue:

Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Así estableció el nombre de amigo, para quitar el de siervo, no para que ambos permanezcan en uno, sino para que uno suceda al otro al desaparecer. ¿Qué es esto? ¿Acaso no seremos siervos cuando hayamos hecho los mandamientos del Señor? ¿Será que no seremos siervos cuando seamos buenos siervos? ¿Y quién puede contradecir a la Verdad, que dice: "Ya no os llamo siervos"? Y enseña por qué lo dice: "Porque el siervo, dice, no sabe lo que hace su señor". ¿Acaso el buen y probado siervo no le confía también su señor sus secretos? ¿Qué significa entonces que dice: "El siervo no sabe lo que hace su señor"? Sea cierto que no sabe lo que hace, ¿acaso no sabe también lo que manda? Pues si no lo sabe, ¿cómo sirve? ¿O cómo es siervo quien no sirve? Y sin embargo, el mismo Dios dice: "Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos". ¡Oh cosa maravillosa! Cuando no podemos servir a menos que hagamos los mandamientos del Señor, ¿cómo no seremos siervos haciendo los mandamientos? Si no seré siervo haciendo los mandamientos, y si no hago los mandamientos, no podré servir; por lo tanto, sirviendo no seré siervo. Pues así como hay dos temores que hacen dos tipos de temerosos, así hay dos servidumbres que hacen dos tipos de siervos. Hay un temor que la caridad perfecta echa fuera (I Juan IV), y hay otro temor casto que permanece para siempre (Salmo XVIII). Aquel temor que no está en la caridad, lo consideraba el Apóstol cuando decía: "No habéis recibido el espíritu de servidumbre para volver al temor" (Rom. VIII). Pero aquel temor casto lo consideraba cuando decía: "No te ensoberbecas, sino teme" (Rom. XI). En aquel temor que la caridad echa fuera, también está la servidumbre que debe ser echada fuera junto con el temor. El Apóstol unió ambos, es decir, servidumbre y temor, diciendo: "No habéis recibido el espíritu de servidumbre para volver al temor". El Señor también miraba a esta servidumbre perteneciente al siervo cuando decía: "Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor". No aquel siervo perteneciente al temor casto, al que se le dice: "Bien, siervo bueno, entra en el gozo de tu señor" (Mateo XXV); sino aquel siervo perteneciente al temor que debe ser echado fuera de la caridad, del cual dice en otro lugar: "El siervo no permanece en la casa para siempre; el hijo sí permanece para siempre" (Juan VIII). Por lo tanto, dado que nos dio el poder de ser hechos hijos de Dios (Juan I), para que no seamos siervos, sino hijos: de una manera maravillosa e inefable, pero verdadera, podemos ser siervos, no siervos. Siervos, ciertamente, por el temor casto, al que pertenece el siervo que entra en el gozo de su señor; no siervos, echando fuera el temor, al que pertenece el siervo que no permanece en la casa para siempre. Pero para que seamos tales siervos no siervos, sabemos que el Señor lo hace. Este siervo no

lo sabe, quien no sabe lo que hace su señor: y cuando hace algo bueno, se ensoberbece como si él mismo lo hiciera, no su señor; y se gloria en sí mismo, no en el Señor, cuando se engaña a sí mismo, porque se gloria como si no hubiera recibido. Pero nosotros, amadísimos, para que podamos ser amigos del Señor, sepamos lo que hace nuestro Señor. No solo nos hace hombres, sino también justos, y no nosotros mismos. ¿Quién sino él hace que sepamos esto?

Pero os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer. ¿Quién se atrevería a afirmar o creer que algún hombre sabe todo lo que el unigénito Hijo ha oído del Padre, cuando nadie puede comprender cómo oye del Padre alguna palabra, siendo él mismo la única Palabra del Padre? ¿Qué, cuando un poco después, en este mismo discurso, dice: "Tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar"? ¿Cómo, entonces, entenderemos que él ha dado a conocer a sus discípulos todo lo que ha oído del Padre, cuando por eso no dice algunas cosas, porque sabe que ahora no pueden soportarlas? Pero ciertamente dice que ha hecho lo que va a hacer, porque ha hecho las cosas que serán (Eccl. I). Pues así como dice por el Profeta: "Han horadado mis manos y mis pies" (Salmo XXI), así también en este lugar dice que ha dado a conocer todo a sus discípulos, lo que sabe que hará conocer en aquella plenitud de conocimiento de la que dice el Apóstol: "Pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará" (I Cor. XIII). Allí dice: "Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como también soy conocido. Y ahora vemos por espejo, en enigma; pero entonces cara a cara" (Ibid.). Pues el mismo Apóstol dice que hemos sido salvados por el lavamiento de la regeneración (Tito III), quien sin embargo en otro lugar dice: "Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza. Porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos" (Rom. VIII). Por eso también su coapóstol Pedro dice: "En quien ahora, no viendo, creéis; a quien cuando veáis, os regocijaréis con gozo inefable y glorioso, recibiendo el fin de vuestra fe, la salvación de vuestras almas" (I Pedro I). Por lo tanto, así como esperamos la inmortalidad de la carne y la salvación de las almas en el futuro, aunque ya se nos diga que hemos sido salvados por el empeño recibido, así debemos esperar el conocimiento de todas las cosas que el Unigénito ha oído del Padre, aunque Cristo ya haya dicho que lo ha hecho.

No me elegisteis vosotros a mí, dice, sino que yo os elegí a vosotros. Esta es aquella gloria inefable. ¿Qué éramos cuando aún no habíamos elegido a Cristo, y por lo tanto no lo amábamos? Porque quien no lo elige, ¿cómo lo ama? ¿Acaso ya estaba en nosotros lo que se canta en el salmo: "He elegido ser despreciado en la casa de Dios, más que habitar en las moradas de los pecadores" (Salmo LXXXIII)? No, ciertamente. ¿Qué éramos entonces, sino inicuos y perdidos? Pues aún no habíamos creído en él, para que nos eligiera. Porque si ya creyentes nos eligió, eligió a los elegidos. ¿Por qué, entonces, diría: "No me elegisteis vosotros", sino porque su misericordia nos precedió (Salmo LVIII)? No digas: Antes de creer, ya hacía buenas obras, por eso fui elegido. ¿Qué obra buena hay antes de la fe, cuando dice el Apóstol: "Todo lo que no es de fe, es pecado" (Rom. XIV)? ¿Qué diremos, entonces, al escuchar: "No me elegisteis vosotros", sino que éramos malos, y fuimos elegidos para ser buenos por la gracia de quien nos elige? Pues no es gracia si los méritos precedieron. Pero es gracia. Por lo tanto, esta no encuentra méritos, sino que los produce. Y ved, amadísimos, cómo no elige a los buenos, sino que hace buenos a los que elige.

Yo, dice, os elegí y os puse para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca. ¿No es este el fruto del que ya había dicho: "Sin mí nada podéis hacer"? Por lo tanto, nos eligió y nos puso para que vayamos y llevemos fruto. No teníamos, por lo tanto, ningún fruto por el cual nos eligiera. Para que vayáis, dice, y llevéis fruto. Vamos para llevar fruto, y él es el

camino por el que vamos, en el que nos puso para que vayamos. Por lo tanto, en todo su misericordia nos precedió. Y vuestro fruto, dice, permanezca.

Para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé. Por lo tanto, que permanezca el amor, él es nuestro fruto, que ahora está en el deseo, aún no en la saciedad; y con este deseo, todo lo que pidamos en el nombre del Hijo unigénito, el Padre nos lo dará. Pero lo que no es conveniente para nuestra salvación recibir, no pensemos que lo pedimos en el nombre del Salvador; sino que pedimos en el nombre del Salvador cuando pertenece a la oración de la salvación.

Esto os mando, que os améis unos a otros. Y por esto debemos entender que este es nuestro fruto del que dice: Yo os elegí para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca. Y lo que añadió: Para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé; entonces ciertamente nos lo dará, si nos amamos unos a otros, ya que esto mismo nos lo dio Él, quien nos eligió sin fruto, porque no lo habíamos elegido. Mandándonos, pues, sobre el fruto: Esto os mando, dice, que os améis unos a otros. Por eso también el apóstol Pablo, cuando quiso recomendar el fruto del Espíritu contra las obras de la carne, lo puso en primer lugar: El fruto, dice, del Espíritu es la caridad (Gál. V). Y luego entrelazó las demás como surgidas y ligadas a esta cabeza. Con razón, pues, el Buen Maestro recomienda tan a menudo el amor, como si fuera lo único que debe ser ordenado, sin el cual no pueden ser útiles las demás cosas buenas, y que no puede ser tenido sin las otras cosas buenas, por las cuales el hombre se hace bueno. Por este amor debemos soportar pacientemente incluso los odios del mundo. Es necesario que nos odie, a quienes ve que no queremos lo que ama. Pero el Señor nos consuela mucho de sí mismo, quien después de haber dicho: Esto os mando, que os améis unos a otros, añadió y dijo: Si el mundo os odia, sabed que a mí me odió antes que a vosotros. ¿Por qué, entonces, se eleva el miembro por encima de la cabeza? Rechazas estar en el cuerpo, si no quieres soportar el odio del mundo con la cabeza.

Si fuerais del mundo, dice, el mundo amaría lo que es suyo. Esto lo dice a toda la Iglesia, a la que a menudo también llama mundo, como aquello: Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. V). Y también aquello: No vino el Hijo del hombre para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (Juan III). Y en su Epístola, Juan dice: Tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados; no solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (I Juan II). Todo el mundo, por tanto, es la Iglesia, y todo el mundo odia a la Iglesia. Así que el mundo odia al mundo, el enemigo al reconciliado, el condenado al salvado, el contaminado al purificado. Pero este mundo que Dios en Cristo reconcilia consigo, y que es salvado por Cristo, y al que por Cristo se le perdona todo pecado, es elegido del mundo enemigo, condenado, contaminado. De la misma masa que toda pereció en Adán, se hacen vasos de misericordia, en los cuales está el mundo perteneciente a la reconciliación, al que el mundo odia de la misma masa perteneciente a los vasos de ira, que están destinados a la perdición (Rom. IX). Finalmente, cuando dijo: Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo, inmediatamente añadió:

Pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia. Así que también ellos eran de allí, de donde fueron elegidos para no ser, no por sus méritos, de los cuales no había precedido ninguna buena obra, no por naturaleza, que toda había sido viciada en su raíz por el libre albedrío, sino por gracia gratuita, es decir, verdadera gracia. Porque quien del mundo eligió al mundo, hizo lo que eligió, no lo encontró, porque el remanente fue salvo por la elección de la gracia. Y si es por gracia, dice, ya no es por obras,

de lo contrario la gracia ya no es gracia (Rom. XI). Pero si se pregunta cómo el mundo de la perdición se ama a sí mismo, que odia al mundo de la redención, ciertamente se ama con un amor falso, no verdadero; por lo tanto, se ama falsamente, y verdaderamente se odia. Porque quien ama la iniquidad, odia su alma (Sal. X). Pero se dice que se ama, porque ama la iniquidad por la cual es iniquo. Y de nuevo se dice que se odia, porque ama lo que le perjudica. Por lo tanto, odia en sí mismo la naturaleza, ama el vicio. Odia lo que fue hecho por la bondad de Dios, ama lo que en él fue hecho por la libre voluntad. Por lo tanto, también nosotros debemos entender correctamente que se nos prohíbe amarlo y se nos ordena. Se nos prohíbe, ciertamente, cuando se nos dice: No améis al mundo (II Juan II). Pero se nos ordena cuando se nos dice: Amad a vuestros enemigos (Mat. V). Ellos son el mundo, que nos odia. Por lo tanto, se nos prohíbe amar en él lo que él ama en sí mismo, y se nos ordena amar en él lo que él odia en sí mismo. Se nos prohíbe amar el vicio en él, y se nos ordena amar la naturaleza, mientras él ama el vicio en sí mismo y odia la naturaleza, para que nosotros lo amemos y lo odiamos correctamente, mientras él se ama y se odia perversamente.

Recordad, dice, mi palabra que os he dicho. No es el siervo mayor que su señor. Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros. Si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Es evidente, por tanto, que aquel siervo que no permanece en la casa para siempre (Juan VIII), aquel que pertenece al temor que la caridad echa fuera (I Juan IV), debe ser entendido donde se dijo: Ya no os llamo siervos (Aquí arriba); pero aquí donde se dice: No es el siervo mayor que su señor; si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros; se significa aquel siervo que pertenece al temor casto, que permanece para siempre (Sal. XVIII). Este siervo es el que oírás: Bien, siervo bueno, entra en el gozo de tu señor (Mat. XXV).

Pero todo esto, dice, os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envié. ¿Qué harán, sino lo que dijo: os odiarán, ciertamente, y perseguirán la palabra que desprecian? Porque si guardaran su palabra, ni siquiera los odiarían, ni los perseguirían; o incluso si los odiaran, pero no los persiguieran, no harían todo. Pero todo esto os harán, dice, por causa de mi nombre. ¿Qué es sino decir, Me odiarán en vosotros; me perseguirán en vosotros; y no guardarán vuestra palabra, porque es mía? Todo esto os harán por causa de mi nombre; no el vuestro, sino el mío. Tanto más miserables, por tanto, quienes hacen estas cosas por este nombre, cuanto más bienaventurados, quienes sufren estas cosas por este nombre; como él mismo dice en otro lugar: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (Mat. V); esto es, por mí, o por causa de mi nombre. Si entendemos de esta manera lo dicho: Todo esto os harán por causa de mi nombre, todo se refiere a los justos, como si se dijera: Todo esto sufriréis de ellos. Pero si por causa de mi nombre se entiende así, como si dijera: Por causa de mi nombre, que odian en vosotros, también puede entenderse, y por causa de la justicia, que odian en vosotros; y por lo tanto, también los buenos, cuando persiguen a los malos, pueden decirse correctamente que lo hacen por causa de la justicia, cuando persiguen amando a los malos; y por causa de la iniquidad, que odian en los mismos malos; así, por lo tanto, también los malos pueden decirse que sufren, y por causa de la iniquidad, que es castigada en ellos, y por causa de la justicia, que se ejerce en su castigo. También se puede preguntar si incluso los malos hacen persecución a los malos, como los reyes impíos y jueces, cuando eran perseguidores de los piadosos, y ciertamente castigaban a los homicidas, y adúlteros, y a cualquier malhechor que supieran que había actuado contra las leyes públicas; ¿cómo se entiende lo que dijo el Señor: Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo? porque no ama el mundo a aquellos a quienes castiga, de quienes vemos que a menudo se castigan los crímenes mencionados anteriormente; a menos que el mundo esté en aquellos por quienes se castigan tales crímenes, y el mundo también en

aquellos por quienes se aman tales crímenes. Por lo tanto, aquel mundo, que se entiende en los malos e impíos, odia lo que es suyo, en la parte de los hombres en la que perjudica a los criminales; y ama lo que es suyo, en la parte de los hombres en la que favorece a los mismos con los criminales. Por lo tanto, todo esto os harán por causa de mi nombre, o se dijo así, por lo que sufrís; o así, por lo que ellos mismos hacen, porque esto en vosotros, mientras persiguen, odian; y añadió: Porque no conocen al que me envió. Esto debe entenderse según el conocimiento del que también está escrito en otro lugar: Conocerte a ti es la sabiduría perfecta (Sab. VI). Porque con este conocimiento, quienes conocen al Padre, de quien fue enviado Cristo, de ninguna manera persiguen a aquellos que Cristo reúne, porque también ellos son reunidos con ellos por Cristo.

Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado. Muestra más claramente a los judíos; por lo tanto, también decía aquello de ellos. Los judíos, por tanto, persiguieron a Cristo, lo cual el Evangelio indica muy claramente. Cristo habló a los judíos, no a otras naciones. Por lo tanto, quiso que se entendiera el mundo en ellos, que odia a Cristo y a sus discípulos. Más bien, no solo en estos, sino que también mostró que estos pertenecen al mismo mundo. ¿Qué, entonces? Si no hubiera venido, ¿no tendrían pecado? ¿Acaso los judíos estaban sin pecado antes de que Cristo viniera a ellos en la carne? ¿Quién diría esto, incluso el más necio? Pero un gran pecado, no todo pecado, quiere ser entendido bajo un nombre general. Este es el pecado por el cual se retienen todos los pecados: que si alguien no lo tiene, se le perdonan todos los pecados. Este es, sin embargo, porque no creyeron en Cristo, quien vino para que se crea en él: este pecado, si no hubiera venido, ciertamente no lo tendrían. Porque su venida, tanto como es salvadora para los creyentes, tanto es fatal para los no creyentes. Pero añadió y dijo:

Ahora, sin embargo, no tienen excusa por su pecado. Puede preocupar a quienes se preguntan si aquellos a quienes Cristo no vino, ni les habló, tienen excusa por su pecado. Porque si no la tienen, ¿por qué se dijo que estos no la tienen porque vino y les habló? Pero si la tienen, ¿la tienen para ser eximidos de las penas, o para ser castigados menos? A estas preguntas, según mi capacidad, respondo con la ayuda del Señor que tienen excusa, no de todo su pecado, sino de este pecado, porque no creyeron en Cristo, a quienes no vino, y a quienes no habló; pero no están en el número de aquellos a quienes vino en los discípulos, y a quienes habló por los discípulos: lo cual también hace ahora, pues por su Iglesia viene a las naciones, y por su Iglesia habla a las naciones. A esto pertenece lo que dice: Quien os recibe, me recibe a mí; y quien os desprecia, me desprecia a mí (Luc. X). ¿O queréis, dice el apóstol Pablo, recibir prueba de aquel que habla en mí? (II Cor. XIII). Resta investigar si aquellos que antes de que Cristo viniera a las naciones por la Iglesia, y antes de que oyeran su Evangelio, fueron prevenidos por el fin de esta vida, o son prevenidos, pueden tener esta excusa. Pueden, ciertamente, pero no por eso pueden escapar de la condenación. Porque todos los que pecaron sin ley, sin ley perecerán; y todos los que pecaron en la ley, por la ley serán juzgados (Rom. III). Estos ciertamente, a quienes vino, y a quienes habló Cristo, no tienen de este gran pecado de incredulidad aquella excusa, por la cual podrían decir: No vimos, no oímos; ya sea que no se aceptara esta excusa por aquel cuyos juicios son inescrutables, o se aceptara; y si no se liberaran de toda condenación, ciertamente serían condenados mucho más levemente. Oísteis al Señor diciendo:

Quien me odia, también odia a mi Padre. Quien antes había dicho: Estas cosas os harán, porque no conocen al que me envió. Si se preguntara a los judíos si amaban a Dios, ¿qué otra cosa responderían sino que lo aman, sin mentir desde el corazón, sino más bien errando en su opinión? Porque, ¿cómo amarían al padre de la verdad, quienes tendrían odio a la verdad? No quieren que sus obras sean condenadas; y esto tiene la verdad, que tales obras sean

condenadas. Tanto, por tanto, odian la verdad, cuanto odian sus penas, que tales les impone la verdad. Sin embargo, no saben que esa es la verdad, que tales como ellos son condena. Por lo tanto, odian lo que no conocen; y cuando odian eso, ciertamente también al que de ella nació no pueden sino odiar. Y por lo tanto, porque no conocen la Verdad, que los juzga y condena, nacida de Dios Padre, ciertamente tampoco lo conocen a él, y lo odian.

Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más hizo, no tendrían pecado. Ese pecado, ciertamente grande, del que también dijo antes: Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado, es decir, el pecado de no haber creído en él hablando y obrando. Este pecado, por el cual no creyeron en él, se menciona así porque por ese pecado se retienen también los demás; porque si no tuvieran este, y creyeran en él, también los demás les serían perdonados. Pero, ¿qué es esto, cuando dijo: Si no hubiera hecho entre ellos las obras, inmediatamente añadió que nadie más hizo? Porque no parecen ser mayores en las obras de Cristo que la resurrección de los muertos: lo cual sabemos que también hicieron los antiguos profetas. Porque lo hizo Elías (III Reg. XVII), lo hizo Eliseo (IV Reg. IV), tanto cuando vivía en esta carne, como cuando yacía sepultado en su tumba. Sin embargo, Cristo hizo algunas cosas que nadie más hizo, como alimentar a cinco mil hombres con cinco, y a cuatro mil con siete panes (Luc. IX; Marc. VIII; Mat. XIV); como caminar sobre las aguas, y permitir a Pedro hacer esto; como cambiar el agua en vino (Juan II); como abrir los ojos del ciego de nacimiento (Juan IX); y muchas otras cosas, que sería largo de enumerar. Pero se nos responde que otros también hicieron cosas que él no hizo, y que nadie más hizo. Porque, ¿quién sino Moisés golpeó a los egipcios con tantas y tan grandes plagas (Éxod. VII, VIII, IX y sig.), dividió el mar y condujo al pueblo (Éxod. XIV), obtuvo maná del cielo para los hambrientos, y agua de la roca para los sedientos (Éxod. XVI)? ¿Quién sino Josué dividió las aguas del Jordán para el paso del pueblo, y detuvo y fijó el sol en su curso con una oración dirigida al Señor (Josué III)? ¿Quién sino Sansón fue saciado por el agua que brotó de la quijada de un asno muerto (Jueces XV)? ¿Quién sino Elías fue llevado en un carro de fuego a las alturas (IV Reg. II)? ¿Quién sino los tres jóvenes, Ananías, Azarías, Misael, caminaron ilesos en las llamas ardientes que no los quemaron (Dan. III)? Paso por alto otras cosas, porque creo que estas son suficientes para demostrar que también otros santos hicieron algunas obras maravillosas que nadie más hizo. Pero nadie se lee entre los antiguos que haya sanado tantas enfermedades, y malas condiciones, y aflicciones de los mortales con tanto poder. Porque, para no mencionar a aquellos que sanó individualmente al mandarlo como se presentaban; el evangelista Marcos dice en un lugar: Al atardecer, cuando el sol se puso, le traían todos los que estaban enfermos, y los que tenían demonios; y toda la ciudad estaba reunida a la puerta; y sanó a muchos que estaban afligidos con diversas enfermedades; y expulsó muchos demonios (Marc. I). Y después de que Mateo mencionó esto, también añadió un testimonio profético, diciendo: Para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, diciendo: Él tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias (Mat. VIII; Isa. LIII). También en otro lugar dice Marcos: Y dondequiera que entraba, en aldeas, o en ciudades, o en campos, ponían a los enfermos en las plazas, y le rogaban que al menos tocaran el borde de su manto; y todos los que lo tocaban quedaban sanos (Marc. VI). Estas cosas nadie más hizo entre ellos. Así debe entenderse lo que dijo entre ellos, no entre ellos, o ante ellos, sino completamente entre ellos, porque los sanó. Porque quiso que se entendieran estas cosas, que no solo causaban admiración, sino que también conferían una salvación manifiesta: por estos beneficios ciertamente debieron devolver amor, no odio. Ciertamente, todos los demás milagros superan, que nació de una virgen, y solo pudo no violar la integridad de su madre ni al ser concebido ni al nacer. Pero esto no se hizo ante ellos, ni entre ellos. Porque para conocer la verdad de este milagro, no con una visión común con ellos, sino con un discipulado separado de ellos, los apóstoles llegaron. Ahora bien, aquello, que al tercer día en

la carne, en la que había sido muerto, se devolvió vivo del sepulcro, y nunca más moriría, ascendió con ella al cielo, supera también todo lo que hizo. Pero tampoco esto se hizo entre los judíos, ni ante ellos: y aún no había hecho esto, cuando decía: Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más hizo. Por lo tanto, ciertamente son aquellas, que en sus enfermedades mostraron tantos milagros de salvación, como nadie antes les había dado; porque estas cosas vieron, y reprochándoles esto añadió, y dice:

Ahora bien, ellos han visto y han odiado tanto a mí como a mi Padre, para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: "Me odiaron sin causa". Dice "su ley", no porque ellos la hayan inventado, sino porque les fue dada, como decimos: "Nuestro pan de cada día" (Mateo VI), que sin embargo pedimos a Dios, añadiendo "danoslo". Odia sin causa quien no busca ningún beneficio del odio ni huye de ningún inconveniente. Así odian a Dios los impíos, así aman los justos, es decir, sin esperar otros bienes por ello, porque Él será todo en todos (Colosenses III). Quien observe más profundamente a Cristo diciendo: "Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más ha hecho", encontrará que Él las hizo, si algún hombre de Dios hizo algo similar. Él puede hacer todo por sí mismo; nadie puede hacer nada sin Él. Cristo, junto con el Padre y el Espíritu Santo, no son tres dioses, sino un solo Dios; de quien está escrito: "Bendito sea el Señor Dios de Israel, que solo hace maravillas" (Salmo LXXI). Por lo tanto, nadie más hizo las obras que Él hizo entre ellos, porque cualquier otro hombre que haya hecho algo de eso, lo hizo con Él haciéndolo; pero estas cosas Él las hizo sin que ellos las hicieran.

Pero cuando venga el Paráclito, a quien yo enviaré desde el Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí, y también vosotros daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio. ¿Qué tiene que ver esto con lo que había dicho: "Ahora bien, ellos han odiado tanto a mí como a mi Padre, para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: 'Me odiaron sin causa'"? ¿O es que cuando vino el Paráclito, el Espíritu de verdad, convenció con un testimonio más claro a aquellos que vieron y odiaron, e incluso convirtió a algunos de ellos que vieron y aún odiaban, a la fe que obra por el amor, mediante su manifestación? Recordamos que esto fue así. En el día de Pentecostés vino el Espíritu Santo sobre ciento veinte personas reunidas, entre las cuales estaban todos los apóstoles; y llenos de Él, hablaban en las lenguas de todas las naciones, y muchos de los que estaban presentes, asombrados por tan gran milagro (pues vieron que Pedro hablaba y daba tan gran y divino testimonio de Cristo, que aquel que había sido muerto por ellos y contado entre los muertos, se probaba resucitado y vivo), compungidos de corazón, se convirtieron y recibieron el perdón de tan impiamente y cruelmente derramada sangre, redimidos por la misma sangre que derramaron (Hechos I). La sangre de Cristo fue derramada para la remisión de todos los pecados, de modo que incluso puede borrar el pecado por el cual fue derramada. Por eso el Señor decía: "Me odiaron sin causa. Pero cuando venga el Espíritu Paráclito, Él dará testimonio de mí", como diciendo: "Me odiaron y me mataron viéndome; pero el Paráclito dará tal testimonio de mí que hará que crean en mí sin verme". Y vosotros, dice, "daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio". El Espíritu Santo dará testimonio, y también vosotros. Porque habéis estado conmigo desde el principio, podéis predicar lo que sabéis: lo que ahora no hacéis porque aún no tenéis la plenitud de ese Espíritu. Él dará testimonio de mí, para que vosotros también lo hagáis. Os dará la confianza para dar testimonio, la caridad derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que os será dado (Romanos V). Esta caridad ciertamente le faltó a Pedro cuando, aterrorizado por la pregunta de una criada, no pudo dar verdadero testimonio, sino que, impulsado por un gran temor, negó tres veces, contrario a su promesa (Juan XVIII). Pero este temor no está en la caridad, sino que la caridad perfecta echa fuera el temor. Él dará testimonio de mí, y vosotros daréis

testimonio (I Juan IV). Así que, porque Él dará testimonio, también vosotros lo haréis. Él en vuestros corazones, vosotros con vuestras voces; Él inspirando, vosotros sonando, para que se cumpla: "Por toda la tierra salió su sonido" (Salmo XVIII). Pues poco habría sido exhortarlos con su ejemplo, si no los llenara con su Espíritu. Finalmente, el apóstol Pedro, cuando ya había escuchado sus palabras, donde decía: "No es el siervo mayor que su señor; si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros" (aquí, arriba); y ya veía esto cumplido en él, en quien debía imitar la paciencia de su Señor si el ejemplo fuera suficiente, sucumbió y negó, no soportando lo que veía que Él soportaba. Pero cuando recibió el don del Espíritu Santo, predicó a quien había negado, y no temió confesar a quien había temido profesar. Primero fue instruido por el ejemplo, para que supiera lo que convenía. Pero aún no había sido fortalecido por la virtud, para hacer lo que sabía. Estaba instruido para estar firme, pero no estaba asegurado para no caer. Una vez que esto fue hecho por el Espíritu Santo, lo anunció hasta la muerte. Por eso el Señor añade:

CAPÍTULO XVI.

Estas cosas os he dicho para que no os escandalicéis. Se canta en el salmo: "Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo" (Salmo CXVIII). Con razón, pues, al prometer el Espíritu Santo, que obrando en ellos serían sus testigos, añadió: "Estas cosas os he dicho para que no os escandalicéis". Porque cuando la caridad de Dios se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V), se hace mucha paz para los que aman la ley de Dios, para que no haya tropiezo en ellos. Luego, expresando lo que habrían de sufrir, dijo:

Os expulsarán de las sinagogas. Pero, ¿qué mal había para los apóstoles ser expulsados de las sinagogas judías, como si no se fueran a separar de ellas, incluso si nadie los expulsara? Pero ciertamente quiso anunciar esto, que los judíos no iban a recibir a Cristo; y por eso iba a suceder que serían expulsados con Él por aquellos que no querían estar en Él, aquellos que no podían estar sin Él. Porque ciertamente, ya que no había otro pueblo de Dios que aquella descendencia de Abraham, si reconocieran y recibieran a Cristo, como ramas naturales permanecerían en el olivo (Romanos XI), y no habría otras iglesias de Cristo, otras sinagogas de los judíos; pues serían las mismas, si quisieran estar en lo mismo: pero como no quisieron, ¿qué quedaba sino que, permaneciendo fuera de Cristo, expulsaran de las sinagogas a aquellos que no dejarían a Cristo? Pues habiendo recibido el Espíritu Santo, hechos sus testigos, no serían como aquellos de quienes se dice: "Muchos de los príncipes de los judíos creyeron en Él" (Juan XII); pero por miedo a los judíos, para no ser expulsados de las sinagogas, no se atrevían a confesarlo. Porque amaron más la gloria de los hombres que la de Dios (Ibid.). Creyeron en Él, pero no como Él quería que creyeran, quien decía: "¿Cómo podéis creer, esperando gloria los unos de los otros, y no buscando la gloria que viene solo de Dios?" (Juan V). A los discípulos que así creían en Él, les corresponde la profecía que se encuentra cumplida en ellos: "Señor, en la luz de tu rostro caminarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día, y en tu justicia serán exaltados, porque tú eres la gloria de su poder" (Salmo LXXXVIII). Con razón se les dice: "Os expulsarán de las sinagogas", aquellos que tienen celo de Dios, pero no según ciencia (Romanos X); y no se avergonzarán de ser expulsados por los hombres, porque Él es la gloria de su poder. Finalmente, después de decirles esto, añadió:

Pero viene la hora en que todo el que os mate pensará que está prestando un servicio a Dios, y estas cosas os harán porque no han conocido al Padre ni a mí; es decir, no han conocido a Dios ni a su Hijo, a quien creen estar sirviendo al mataros. Estas palabras el Señor las añadió como si con esto se consolaran, quienes serían expulsados de las sinagogas judías. Pues al

predecirles qué males habrían de sufrir por su testimonio, dijo: "Os expulsarán de las sinagogas". ¿Qué hace entonces aquí esta palabra, que dice: "Pero viene la hora", no dijo "Y viene", cuando les predijo que les vendría tribulación tras tribulación, no consuelo tras tribulación? ¿O es que tal vez esta separación de las sinagogas los iba a turbar tanto, que preferirían morir antes que permanecer en esta vida sin las congregaciones de los judíos? ¡Lejos de que se turbaran así, quienes buscaban la gloria de Dios, no la de los hombres! ¿Qué significa entonces, "Os expulsarán de las sinagogas, pero viene la hora", cuando más bien parece que debería haber dicho "Y viene la hora", para que todo el que os mate piense que está prestando un servicio a Dios? Pues no se dijo siquiera "Pero viene la hora para que os maten", como si la muerte les llegara como consuelo de esa separación: "pero viene", dice, "la hora en que todo el que os mate pensará que está prestando un servicio a Dios". No me parece que haya querido significar otra cosa, sino que entendieran y se alegraran de que iban a ganar tantos para Cristo, cuando fueran expulsados de las congregaciones de los judíos, que no bastaría con expulsarlos, sino que no los dejarían vivir, para que no convirtieran a todos al nombre de Cristo con su predicación, y apartaran a todos de la observancia del judaísmo como si fuera la verdad divina. Esto debemos entender que se dijo de los judíos, de quienes dijo: "Os expulsarán de las sinagogas". Pues los testigos, es decir, los mártires de Cristo, aunque fueron muertos por los gentiles, no obstante, aquellos no pensaron que prestaban un servicio a Dios, sino a sus falsos dioses, cuando lo hacían. Pero todo judío que mató a los predicadores de Cristo, pensó que prestaba un servicio a Dios, creyendo que quienes se convertían a Cristo abandonaban al Dios de Israel. Pues para que mataran al mismo Cristo, fueron movidos por esta razón; pues sus palabras sobre esto también están escritas: "Veis que todo el mundo se va tras Él" (Juan XI); "si le dejamos vivir, vendrán los romanos y nos quitarán el lugar y la nación" (Ibid.), y lo que dijo Caifás: "Conviene que un hombre muera por el pueblo, y no perezca toda la nación" (Ibid.). Y en esto, por tanto, Él expone su ejemplo a sus discípulos, a quienes había dicho: "Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros", para que, así como pensaron que prestaban un servicio a Dios al matarlo, así también a ellos. Este es el sentido de estas palabras: "Os expulsarán de las sinagogas"; pero no temáis la soledad. Separados de su congregación, reuniréis a tantos en mi nombre, que ellos, temiendo que el templo que estaba entre ellos y todos los sacramentos de la ley antigua sean abandonados, os matarán: derramando así vuestra sangre, pensando que prestan un servicio a Dios. Esto es lo que el Apóstol dijo de ellos: "Tienen celo de Dios, pero no según ciencia" (Romanos X). Pensaban que prestaban un servicio a Dios al matar a los siervos de Dios. ¡Oh error horrendo! ¿Es que para agradar a Dios, golpeas a quien agrada a Dios? ¿Y el templo vivo de Dios es derribado por ti, para que no se abandone el templo de piedra de Dios? ¡Oh execrable ceguera! Pero en parte ha sucedido en Israel, para que la plenitud de los gentiles entrara (Romanos XI). Pero por aquellos que fueron muertos, Él reunía a aquellos de quienes, antes de ser muerto, les instruyó sobre lo que les iba a suceder, para que no los turbaran los males inesperados e imprevistos, aunque pronto pasarían, sino que, conocidos de antemano y aceptados pacientemente, los condujeran a los bienes eternos. Pues esta fue la razón por la que les predijo estas cosas, como Él mismo lo demostró, añadiendo:

Pero os he dicho estas cosas para que cuando llegue su hora, recordéis que yo os lo dije. Su hora, hora tenebrosa, hora nocturna. Pero "de día mandó el Señor su misericordia" (Salmo XLI), y de noche la declaró, cuando la noche de los judíos oscureció el día de los cristianos en aquella confusión, y cuando pudo matar la carne, no pudo oscurecer la fe.

Pero estas cosas no os las dije desde el principio, porque estaba con vosotros; ahora, sin embargo, voy a aquel que me envió. Aquí primero debemos ver si no les predijo estas cosas antes de las pasiones. Pero los otros tres evangelistas demuestran suficientemente que Él las

predijo antes de que se llegara a la cena, que según Juan, fue cuando dijo estas cosas, donde dice: "Pero estas cosas no os las dije desde el principio porque estaba con vosotros". ¿O tal vez esta cuestión se resuelve porque ellos también lo narran cuando estaba próximo a la pasión, cuando dijo estas cosas? No, pues desde el principio cuando estaba con ellos, quien ya estaba por partir, ya yendo al Padre, dijo estas cosas; y por eso, también según esos evangelistas, es verdad lo que aquí se dice: "Pero estas cosas no os las dije desde el principio". Pero, ¿qué hacemos con la fe del Evangelio según Mateo, que recuerda que el Señor les anunció estas cosas no solo cuando ya era Pascua, estando por cenar con los discípulos, con la pasión inminente, sino también desde el principio, cuando por primera vez se nombran expresamente los doce apóstoles y son enviados a hacer obras divinas? ¿Qué significa entonces lo que aquí dice: "Pero estas cosas no os las dije desde el principio, porque estaba con vosotros"? ¿No es porque también lo que aquí dice del Espíritu Santo, que vendrá a ellos y dará testimonio cuando sufran males, estas cosas no se las dijo desde el principio, porque estaba con ellos? El Consolador, pues, o abogado (ambas cosas se interpretan de lo que en griego es "παράκλητος"), era necesario cuando Cristo se ausentara; y por eso no habló de Él desde el principio, cuando estaba con ellos, porque se consolaban con su presencia corporal exhibida a sus sentidos humanos, que como niños podían captar. Pero ahora que iba a partir, era necesario que dijera que Él vendría, por quien sería posible que, con la caridad derramada en sus corazones, predicaran la palabra de Dios con confianza; y con Él dando testimonio en ellos de Cristo, ellos también darían testimonio, y no se escandalizarían cuando los enemigos judíos los expulsaran de las sinagogas y los mataran, pensando que prestan un servicio a Dios, porque "la caridad todo lo soporta", que habría de ser derramada en sus corazones por el don del Espíritu Santo. Por tanto, todo este sentido se dice porque iba a hacer de ellos sus mártires, es decir, sus testigos por el Espíritu Santo, para que, obrando Él en ellos, soportaran cualquier aspereza de las persecuciones, y no se enfriaran en la caridad de predicar, encendidos por ese fuego divino. "Pero estas cosas no os las dije desde el principio, porque estaba con vosotros", y yo os consolaba con mi presencia corporal exhibida a vuestros sentidos humanos, que como niños podíais captar. "Ahora, sin embargo, voy a aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas?" Significa que se irá de tal manera que nadie preguntará lo que claramente se hará visible al cuerpo. Pues antes le habían preguntado a dónde iba, y Él les había respondido que iba a un lugar donde ellos no podían ir entonces. Ahora, sin embargo, promete ir de tal manera que ninguno de ellos preguntará a dónde va. Pues una nube lo recibió cuando ascendió de ellos, y yendo al cielo, no lo despidieron con palabras, sino con la vista (Hechos I).

Pero porque os he dicho estas cosas, dice, la tristeza ha llenado vuestro corazón. Veía, pues, lo que sus palabras hacían en sus corazones. Pues no teniendo aún la consolación espiritual interior, que habrían de tener por el Espíritu Santo, temían perder lo que veían exteriormente en Cristo; y porque no podían dudar que lo perderían, ya que Él lo anunciaba verdaderamente, el afecto humano se entristecía, porque el aspecto de la carne se desolaba. Pero Él sabía lo que más les convenía, porque la visión interior es ciertamente mejor, con la que el Espíritu Santo los iba a consolar, no introduciendo un cuerpo humano a los cuerpos de los que ven, sino infundiendo a sí mismo en los corazones de los que creen. Finalmente, añade:

Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya. Porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros. Pero si me voy, os lo enviaré. Como si dijera: Os conviene que esta forma de siervo sea apartada de vosotros. La Palabra hecha carne habita en vosotros, pero no quiero que me améis carnalmente, y que, contentos con esta leche, deseéis siempre ser niños. Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros. Si no os

quito los alimentos tiernos con los que os he alimentado, no desearéis mi alimento sólido. Si os aferráis carnalmente, no seréis capaces de recibir el Espíritu. Pues, ¿qué significa: Si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros? ¿Acaso no podía enviarlo estando aquí? ¿Quién diría eso? Porque donde él estaba, este no se había ido, y así vino del Padre, permaneciendo en el Padre. Finalmente, ¿cómo no podía enviarlo estando aquí, si sabemos que vino sobre él en el bautismo y permaneció (Juan I), y más aún, sabemos que nunca estuvo separado de él? ¿Qué significa entonces: Si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros? sino: No podéis recibir el Espíritu Santo mientras persistáis en conocer a Cristo según la carne. Por eso, aquel que ya había comenzado en el Espíritu dice: Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (II Cor. V). Porque quien conoce espiritualmente la carne de Cristo, ya no la conoce según la carne. Esto es lo que quiso significar el buen maestro al decir: Porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Porque al irse Cristo corporalmente, no solo el Espíritu Santo, sino también el Padre y el Hijo estuvieron espiritualmente con ellos. Pues si Cristo se alejó de ellos de tal manera que el Espíritu Santo estaba en lugar de él y no con él, ¿dónde está su promesa cuando dice: He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII)? y: Vendremos a él, yo y el Padre, y haremos morada en él (Juan XIV)? cuando prometió enviar al Espíritu Santo de tal manera que estaría con ellos para siempre; y así, al pasar de ser carnales o animales a ser espirituales, ciertamente tendrían al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de manera más plena. Por lo tanto, no se debe creer que el Padre esté sin el Hijo y el Espíritu Santo; sino que donde está cualquiera de ellos, allí está la Trinidad, un solo Dios. Sin embargo, era necesario insinuar la Trinidad de tal manera que, aunque no haya diversidad de substancias, se recomiende distintamente la distinción de personas.

Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. ¿Qué significa esto? ¿Acaso el Señor Cristo no convenció al mundo de pecado cuando dijo: Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado (Juan XV)? Pero para que nadie diga que esto se refiere propiamente a los judíos y no al mundo, ¿no dijo en otro lugar: Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo (Mat. XXV)? ¿No convenció de justicia cuando dijo: Padre justo, el mundo no te ha conocido? ¿No convenció de juicio cuando dijo que diría a los de la izquierda: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles? y se encuentran muchas otras cosas en el santo Evangelio donde Cristo convence al mundo de estas cosas. ¿Qué significa entonces que esto se atribuya propiamente al Espíritu Santo? ¿O acaso porque Cristo habló a la nación de los judíos, no parece haber convencido al mundo, para que se entienda que aquel que escucha al que convence es el que es convencido: pero el Espíritu Santo en sus discípulos, difundidos por todo el mundo, no se entiende que convenció a una sola nación, sino al mundo? Porque esto les dijo cuando iba a ascender al cielo: No os corresponde a vosotros saber los tiempos que el Padre ha puesto en su potestad; pero recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Hech. I). Esto es convencer al mundo. Pero, ¿quién se atrevería a decir que el Espíritu Santo convence al mundo a través de los discípulos de Cristo, y no convence al mundo el mismo Cristo, cuando el Apóstol clama: ¿O queréis recibir prueba de que Cristo habla en mí (II Cor. XIII)? Por lo tanto, a quienes convence el Espíritu Santo, ciertamente los convence Cristo. Pero, según me parece, porque la caridad debía ser difundida en sus corazones por el Espíritu Santo, la cual expulsa el temor que podría impedirles atreverse a convencer al mundo que rugía con persecuciones, por eso dijo: Él convencerá al mundo, como si dijera: Él difundirá la caridad en vuestros corazones. Así, al ser expulsado el temor, tendréis libertad para convencer. Sin embargo, hemos dicho muchas veces que las obras de la

Trinidad son inseparables, pero que las personas debían ser recomendadas distintamente, para que no solo sin separación, sino también sin confusión, se entienda la unidad y la Trinidad.

De pecado, dice, porque no creen en mí. Este pecado lo puso como el único sobre los demás, porque mientras este permanezca, los demás se retienen, y al desaparecer este, los demás se perdonan.

De justicia, dice, porque voy al Padre, y ya no me veréis. Aquí primero debe considerarse, si alguien es justamente convencido de pecado, ¿cómo es justamente convencido también de justicia? ¿Acaso, si un pecador debe ser convencido, alguien pensará que también un justo debe ser convencido porque es justo? De ninguna manera; porque incluso si alguna vez un justo es convencido, es justamente convencido porque, como está escrito: No hay justo en la tierra que haga el bien y no peque (Ecl. VII). Por lo tanto, incluso cuando un justo es convencido, es convencido de pecado, no de justicia, porque incluso en aquello que leemos dicho divinamente: No te hagas demasiado justo (Ibid.), no se señala la justicia del sabio, sino la soberbia del que presume. Quien se hace demasiado justo, por ese exceso se hace injusto. Porque se hace demasiado justo quien dice que no tiene pecado, o quien piensa que no por gracia, sino por su propia voluntad suficiente, se hace justo. Ni viendo correctamente es justo, sino más bien inflado, pensando que es lo que no es. ¿Cómo, entonces, el mundo es convencido de justicia, sino de la justicia de los creyentes? Porque el mundo es convencido de pecado, porque no cree en Cristo; y es convencido de la justicia de aquellos que creen. La misma comparación de los fieles es la censura de los infieles. Esto lo indica suficientemente la misma exposición. Porque queriendo explicar lo que dijo: De justicia, dice, porque voy al Padre, y ya no me veréis. No dijo, Y ya no me verán, refiriéndose a aquellos de quienes dijo, Porque no creen en mí; sino que, exponiendo qué llamaba pecado, habló de ellos, diciendo: Porque no creen en mí. Pero exponiendo qué justicia decía, de la que dijo que el mundo es convencido, se dirigió a aquellos a quienes hablaba, y dijo: Porque voy al Padre, y ya no me veréis. Por lo tanto, el mundo es convencido de su propio pecado, pero de justicia ajena: como las tinieblas son convencidas por la luz. Porque todo lo que es convencido, dice el Apóstol, es manifestado por la luz (Efes. V). Porque el mal de aquellos que no creen no solo puede aparecer por sí mismo, sino también por el bien de aquellos que creen. Y como esta es la voz habitual de los infieles: ¿Cómo creeremos en lo que no vemos? Por eso, la justicia de los creyentes debía definirse así, Porque voy al Padre, y ya no me veréis. Bienaventurados los que no verán y creerán (Juan XX). Porque incluso los que vieron a Cristo, no fue alabada su fe porque creían lo que veían, es decir, al Hijo del hombre; sino porque creían lo que no veían, es decir, al Hijo de Dios. Por lo tanto, cuando la misma forma de siervo fue apartada de su vista, entonces se cumplió en todo: El justo vivirá por la fe (Rom. I). Porque la fe es, como se define en la Epístola a los Hebreos, la sustancia de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Pero, ¿qué significa: Ya no me veréis? No dijo: Voy al Padre, y no me veréis, para que se entendiera que significaba un intervalo de tiempo en el que no sería visto, ya sea breve o largo, pero ciertamente terminado; sino que al decir Ya no me veréis, la Verdad pronunció como si nunca más fueran a ver a Cristo. ¿Es esta injusticia, nunca ver a Cristo, y sin embargo creer en él? cuando por eso se alaba la fe, por la cual el justo vive, porque cree que verá a Cristo algún día, a quien ahora no ve. Finalmente, según esta justicia, ¿acaso diremos que el apóstol Pablo no fue justo, confesando haber visto a Cristo después de su ascensión al cielo (I Cor. XV), de quien ya había dicho: Ya no me veréis? ¿Acaso según esta justicia no era justo el gloriosísimo Esteban, quien al ser apedreado dijo: He aquí veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios (Hech. VII)? ¿Qué significa entonces: Voy al Padre, y no me veréis? sino que ahora estoy con vosotros. Porque entonces aún era mortal en la semejanza de carne de pecado (Rom. VIII), quien podía tener hambre,

sed, cansarse y dormir. A este Cristo, es decir, a tal Cristo, cuando pasara de este mundo al Padre, ya no lo verían; y esa es la justicia de la fe, de la que dice el Apóstol: Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no lo conocemos (II Cor. V). Por lo tanto, será (dice) vuestra justicia, por la cual el mundo es convencido, porque voy al Padre, y ya no me veréis. No veréis al humilde, sino al excelso. No veréis al mortal, sino al eterno. No veréis al juzgado, sino al que juzga; y con esta vuestra fe, es decir, vuestra justicia, el Espíritu Santo convencerá al mundo incrédulo. También convencerá

De juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado. ¿Quién es este? sino de quien dice en otro lugar: He aquí viene el príncipe de este mundo; y en mí no tiene nada, es decir, nada de su derecho, nada que le pertenezca, ningún pecado en absoluto; porque por esto el diablo es el príncipe del mundo. No es el príncipe del cielo y la tierra, y de todo lo que hay en ellos, en el sentido en que se entiende el mundo, donde se dice: Y el mundo fue hecho por él (Juan I); sino que el diablo es el príncipe del mundo, del cual inmediatamente añade y dice: Y el mundo no lo conoció, es decir, los hombres infieles, con los que el mundo está lleno en toda la tierra: entre los cuales gime el mundo fiel, que fue elegido del mundo, por quien fue hecho el mundo: de quien él mismo dice: No vino el Hijo del hombre para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (Juan III). El mundo es condenado por su juicio, el mundo es salvado por su ayuda: porque así como un árbol con hojas y frutos, como una era con paja y trigo, así el mundo está lleno de infieles y fieles. Por lo tanto, el príncipe de este mundo, es decir, el príncipe de estas tinieblas, es decir, de los infieles, de los cuales el mundo es rescatado, de los cuales se dice: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor (Efes. V), el príncipe de este mundo, de quien en otro lugar dijo: Ahora el príncipe de este mundo ha sido expulsado (Mat. XXV), ciertamente ha sido juzgado, porque ha sido irrevocablemente destinado al juicio del fuego eterno. Por lo tanto, de este juicio, por el cual el príncipe del mundo ha sido juzgado, el mundo es convencido por el Espíritu Santo, porque con su príncipe es juzgado, a quien imita con soberbia e impiedad. Porque si Dios, como dice el apóstol Pedro, no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó a los calabozos de la oscuridad del infierno, reservándolos para ser castigados en el juicio (II Pedro II), ¿cómo no es convencido el mundo de este juicio por el Espíritu Santo, cuando el Apóstol habla de estas cosas en el Espíritu Santo? Que los hombres crean en Cristo, para que no sean convencidos de su pecado de incredulidad, por el cual todos los demás pecados se retienen. Que pasen al número de los fieles, para que no sean convencidos de la justicia de aquellos que han sido justificados y no imitan. Que teman el juicio futuro, para que no sean juzgados con el príncipe del mundo, a quien imitan siendo juzgado. Porque para que la dura soberbia de los mortales no se imagine que se le perdona, debe ser aterrorizada por el castigo de los ángeles soberbios. Por lo tanto, lo que dice el Señor:

Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar. Debían añadirse a lo que no sabían, no destruir lo que ya habían aprendido. Y Él pudo decir esto así, porque si quisiera revelarles lo que había enseñado de la manera en que los ángeles lo ven, la debilidad humana en la que aún estaban no podría soportarlo. Sin embargo, cualquier hombre espiritual puede enseñar a otro lo que sabe, si el Espíritu Santo lo hace más capaz al progresar, en el cual el mismo maestro podrá aprender algo más, para que ambos sean enseñados por Dios (Juan VI). En esta ocasión, algunos vanos inventaron con presunción la Apocalipsis de Pablo, que la salud de la Iglesia no acepta, llena de no sé qué fábulas, diciendo que de ahí dijo que fue arrebatado al tercer cielo, y allí escuchó palabras inefables que no es lícito al hombre hablar: donde si hubiera dicho: Lo que aún no es lícito al hombre hablar, de alguna manera sería tolerable su audacia. Pero como dijo que no es lícito al hombre hablar (II Cor. XII), son ellos quienes se atreven a hablar de esto impúdica e infeliz mente. ¿Qué es lo que el Señor

dice del Espíritu Santo, cuando promete que vendrá y enseñará a sus discípulos toda la verdad, o los guiará en toda la verdad? Porque no hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oiga. Esto es similar a lo que dijo de sí mismo: No puedo hacer nada por mí mismo; como oigo, juzgo (Juan V). Pero cuando explicamos eso, dijimos que podía entenderse según el hombre, para que el Hijo pareciera haber anunciado su obediencia, por la cual fue obediente hasta la muerte (Filip. II), y en el juicio futuro, donde juzgará a vivos y muertos (II Tim. IV), porque lo hará por lo que es el Hijo del hombre, por lo cual dijo: El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo (Juan V), porque en el juicio no se presentará la forma de Dios, en la cual es coigual al Padre y no puede ser vista por los impíos, sino que aparecerá la forma de hombre, en la cual fue hecho un poco menor que los ángeles (Sal. VIII), aunque ya vendrá en gloria, no en la humildad anterior, pero será visible tanto para los buenos como para los malos. De ahí que también diga: Y le dio autoridad para ejecutar juicio, porque es el Hijo del hombre (Juan V). En sus palabras se manifiesta que no se presentará en el juicio la forma en la que, siendo igual a Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino aquella que, al vaciarse a sí mismo, tomó. Se vació a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II). En esto parece haber recomendado también su obediencia para ejecutar el juicio, cuando dijo: No puedo hacer nada por mí mismo; como oigo, juzgo. Porque Adán, por cuya desobediencia de un solo hombre muchos fueron constituidos pecadores, no juzgó como oyó, porque transgredió lo que oyó, e hizo el mal por sí mismo, porque no hizo la voluntad de Dios, sino la suya propia. Pero este, por cuya obediencia de un solo hombre muchos son constituidos justos, no solo fue obediente hasta la muerte de cruz, en la cual fue juzgado vivo entre los muertos, sino que prometió ser obediente también en el juicio en el que juzgará a vivos y muertos. No puedo, dice, hacer nada por mí mismo; como oigo, juzgo. Pero, ¿acaso nos atreveremos a opinar que lo que se dijo del Espíritu Santo: No hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oiga (aquí, arriba), se dijo según el hombre, o según la asunción de alguna criatura? Porque solo el Hijo en la Trinidad tomó forma de siervo: esa forma se le adaptó a la verdad de la persona, es decir, para que el Hijo de Dios y el Hijo del hombre sean uno, Jesucristo, para que no prediquemos una cuaternidad en lugar de una Trinidad, lo cual esté lejos de nosotros: por esa persona, ciertamente una consistente de dos sustancias, divina y humana, a veces habla según lo que es Dios, como cuando dice: Yo y el Padre somos uno (Juan X); a veces según lo que es hombre, como también aquello: Porque el Padre es mayor que yo (Juan XIV), según lo que entendemos que fue dicho por él, y esto de lo que ahora discuto: No puedo hacer nada por mí mismo; como oigo, juzgo (Juan V). Pero en la persona del Espíritu Santo, ¿cómo entendemos lo que dice: No hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oiga, cuando en él no hay otra sustancia de divinidad, otra de humanidad, o de cualquier otra criatura, surge una gran dificultad. Porque el Espíritu Santo no se hizo hombre por la asunción de un hombre, ni se hizo ángel por la asunción de un ángel, ni se hizo criatura por la asunción de alguna criatura, ¿cómo se debe entender lo que el Señor dice de él: No hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oiga? Una cuestión ardua, muy ardua. Que el Espíritu mismo esté presente, para que al menos, como puedo pensarla, así pueda expresarla, y así llegue a vuestro entendimiento, según la capacidad de mi medida. Primero, debéis saber e entender, quienes podáis, y creer, quienes aún no podáis entender, que en esa sustancia que es Dios, no hay sentidos distribuidos en lugares propios como en el cuerpo mortal de cualquier animal, donde en un lugar está la vista, en otro el oído, en otro el olfato, pero el tacto está en todo. Lejos esté de creer esto en esa naturaleza incorpórea e inmutable. Por lo tanto, allí oír y ver es lo mismo. Porque cuando se dice saber, allí están todas las cosas, y ver, y oír, y oler, y gustar, y tocar, sin ningún cambio de esa sustancia, sin ninguna masa que en una parte sea mayor, en otra menor, incluso en los sentidos concebidos por una mente infantil, cuando Dios es concebido así. Por lo tanto, cuando se dice del Espíritu Santo: No hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que

oiga, mucho más allí, donde la naturaleza es verdaderamente simple, debe ser entendida o creída como verdaderamente simple, que excede en gran medida la naturaleza de nuestra mente. Porque nuestra mente es mutable, que percibe aprendiendo lo que no sabía, y pierde desaprendiendo lo que sabía; y es engañada por la verosimilitud, para que apruebe lo falso como verdadero; y es impedida por su oscuridad como por ciertas tinieblas, para que no llegue a la verdad; y por eso no es esta sustancia verdaderamente simple, a la que no le es lo mismo ser que conocer. Porque puede ser, sin conocer. Pero esa divina no puede ser así, porque lo que tiene es, y por lo tanto no tiene el conocimiento de tal manera que sea otra cosa el conocimiento con el que sabe, y otra la esencia con la que es; sino que ambos son uno; aunque ni siquiera debe decirse ambos lo que es simplemente uno; así como el Padre tiene vida en sí mismo, y no es otra cosa que la vida que está en él: Y dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V); esto es, engendró al Hijo, que también es vida. Así, debemos entender lo que se dijo del Espíritu Santo: No hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oiga, para que entendamos que no es por sí mismo; porque solo el Padre no es de otro; pues el Hijo nació del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre. Pero el Padre no nació de otro, ni procede. Sin embargo, no debe ocurrir a la mente humana alguna disparidad en esa suma Trinidad. Porque el Hijo es igual a aquel de quien nació, y el Espíritu Santo es igual a aquel de quien procede. Pero lo que hay de diferente entre proceder y nacer, es largo de buscar discutiendo, y temerario definirlo cuando lo has discutido: porque es difícil para la mente comprenderlo de alguna manera, y lo que la mente pueda haber comprendido, es muy difícil de explicar con la lengua, por más que haya un maestro presente, por más que haya un oyente. Por lo tanto, no hablará por sí mismo, porque no es por sí mismo; sino que hablará todo lo que oiga. Oír de aquel de quien procede. Oír para él es saber, como se discutió anteriormente. Porque no es por sí mismo, sino por aquel de quien procede, de quien tiene la esencia, de aquel también tiene el conocimiento. De aquel, por lo tanto, la audición, que no es otra cosa que la esencia. No os perturbe que se haya puesto el verbo en tiempo futuro; no se dijo: Lo que ha oído, o cualquier otra cosa, sino, Lo que oír, hablará. Esa audición es eterna, porque el conocimiento es eterno. Pero en lo que es eterno, sin principio y sin fin, se ponga la palabra de cualquier tiempo, ya sea pasado, presente o futuro, no se pone falsamente. Aunque esa naturaleza inmutable no recibe Fue y Será, sino solo Es (porque verdaderamente es, porque no puede cambiar; y por eso solo le convenía decir: Yo soy el que soy; y dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros [Éxodo III]; sin embargo, debido a la mutabilidad de los tiempos, en los que se mueve nuestra mortalidad, y nuestra mutabilidad, no decimos falsamente Fue, y Es, y Será. Fue en los siglos pasados, es en los presentes, será en los futuros. Fue, porque nunca faltó; será, porque nunca faltará; es, porque siempre es. Porque no es como si ya no fuera, cuando muere con los pasados; o con los presentes, como si no permaneciera, se desliza; o con los futuros, como si no hubiera sido, surge. Por lo tanto, cuando según los volúmenes de los tiempos el lenguaje humano varía, porque no pudo faltar, ni puede ni podrá faltar en los tiempos, se dicen verdaderamente de él las palabras de cualquier tiempo. Por lo tanto, el Espíritu Santo siempre oye, porque siempre sabe; por lo tanto, también supo, y sabe, y sabrá; y por lo tanto también oyó, y oye, y oír, porque, como ya dijimos, para él oír es lo mismo que saber; y saber para él es lo mismo que ser. De aquel, por lo tanto, oyó, oye, oír, de quien es. De aquel es, de quien procede. Pero lo que añade:

Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará, no debe pasarse por alto negligentemente. Porque lo que dice, Él me glorificará, puede entenderse porque difundiendo en los corazones de los creyentes la caridad, y haciéndolos espirituales, les declarará cómo el Hijo es igual al Padre, a quien primero conocían solo según la carne, y pensaban en él como hombre como los hombres; o ciertamente, porque por la misma caridad llenos de confianza, y expulsado el miedo, anunciaron a los hombres a Cristo, y así su fama se difundió por todo el

mundo, de modo que dijo: Él me glorificará, como si dijera: Él os quitará el miedo, y os dará amor, con el cual predicándome más ardientemente, daréis el olor de mi gloria por todo el mundo, encomendaréis mi honor. Porque lo que iban a hacer en el Espíritu Santo, dijo que el mismo Espíritu lo haría, como también aquello: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. III). Porque la palabra griega, que es δοξάσει, algunos traductores latinos han puesto clarificará, otros glorificará, en su propia traducción, porque lo que en griego se dice δόξα, de donde se dijo δοξάσει, se interpreta tanto como claridad como gloria. Porque uno se hace claro por la gloria, y glorioso por la claridad; y por lo tanto, lo que se significa con ambas palabras, es lo mismo. Como definieron los antiguos autores más ilustres de la lengua latina, la gloria es la fama frecuente de alguien con alabanza. Cuando esto se ha hecho en este mundo sobre Cristo, no se debe creer que ha aportado algo grande a Cristo, sino al mundo. Porque alabar el bien, no beneficia al que es alabado, sino a los que alaban. Por lo tanto, ya que de esto no se debe decir nada en este lugar, de quienes vituperan y blasfeman a Cristo, porque habla de su gloria, que ha sido glorificado en el mundo, el Espíritu Santo no lo glorificó con verdadera gloria, sino en la Iglesia santa católica. Porque en otro lugar, es decir, ya sea entre herejes, o entre algunos paganos, no puede haber verdadera gloria en la tierra, y donde parece haber una fama frecuente de él con alabanza, su verdadera gloria en la Iglesia católica se canta así por el Profeta: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria (Sal. LVI). Porque después de su exaltación iba a venir el Espíritu Santo, y lo iba a glorificar, este sagrado salmo, esto mismo prometió el Unigénito que sucedería, lo que vemos cumplido. Pero lo que dice: Tomará de lo mío y os lo anunciará, escuchadlo con oídos católicos, comprendedlo con mentes católicas. Porque no por eso, como algunos herejes pensaron, el Espíritu Santo es menor que el Hijo, como si el Hijo recibiera del Padre, y el Espíritu Santo del Hijo, por ciertos grados de naturalezas: lejos esté de creer esto, lejos esté de decir esto, lejos esté de los corazones cristianos pensar esto. De hecho, inmediatamente él mismo resuelve la cuestión, y explica por qué dijo esto.

Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo anunciará. ¿Qué más queréis? Por lo tanto, el Espíritu Santo recibió del Padre, de donde recibió el Hijo, porque en esta Trinidad el Hijo nació del Padre, el Espíritu Santo procede del Padre; pero el que no nació de nadie, ni procede de nadie, es solo el Padre. Pero cómo dijo el Hijo unigénito: Todo lo que tiene el Padre es mío, porque ciertamente no así como se dijo a aquel hijo no unigénito, sino al mayor de los dos: Tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo (Luc. XV), en ese lugar, si el Señor quiere, se tratará con diligente consideración, donde el Unigénito dice al Padre: Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío.

Un poco más y ya no me veréis; y de nuevo un poco más y me veréis, porque voy al Padre. Estas cosas eran tan oscuras para los discípulos antes de que lo que dice se cumpliera, que preguntándose entre ellos qué era lo que decía, confesaron que no sabían en absoluto. Porque el Evangelio sigue diciendo:

Entonces algunos de sus discípulos dijeron entre sí: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco más y no me veréis, y de nuevo un poco más y me veréis? y porque voy al Padre? Decían, pues, ¿qué es esto que dice, Un poco más? No sabemos de qué habla. Porque esto es lo que les preocupaba, porque dijo un poco más, y no me veréis. Porque en lo anterior, como no dijo un poco más, sino que dijo Voy al Padre, y ya no me veréis, les pareció que hablaba claramente, y no preguntaron nada entre ellos sobre esto. Ahora, pues, lo que entonces les era oscuro, y pronto se les manifestó, ya nos es manifiesto; porque poco después sufrió, y no lo vieron. De nuevo, poco después resucitó, y lo vieron. Pero aquello que dijo: Ya no me veréis, porque con esta palabra, es decir, ya, quiso que se entendiera que no lo verían más, lo explicamos cómo

debe entenderse, donde dijo: El Espíritu Santo convencerá al mundo de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis, porque ciertamente no verían más a Cristo mortal.

Pero Jesús conoció, como dice el evangelista siguiente, que querían preguntarle, y les dijo: ¿De esto discutís entre vosotros, porque dije: Un poco más y no me veréis, y de nuevo un poco más y me veréis? En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. Y esto puede entenderse así, porque los discípulos del Señor se entristecieron por la muerte del Señor, y enseguida se alegraron por la resurrección. Pero el mundo, con cuyo nombre se significan los enemigos, por quienes Cristo fue asesinado, ciertamente se alegraron cuando Cristo fue asesinado, cuando los discípulos se entristecieron. Porque con el nombre de mundo puede entenderse la milicia de este mundo, es decir, los hombres amigos de este mundo. De donde el apóstol Santiago dice en su Epístola: Cualquiera que quiera ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios (Sant. IV). A estos enemigos de Dios se les hizo, para que ni siquiera a su Unigénito se le perdonara. Luego añade, y dice:

La mujer cuando da a luz, tiene tristeza, porque ha llegado su hora. Pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Y vosotros, pues, ahora tenéis tristeza; pero os veré de nuevo, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro gozo. Y esta comparación no parece difícil de entender, ya que su comparación está a la vista, explicando él mismo por qué se dijo. Porque el parto se compara con la tristeza, y el nacimiento con el gozo, que suele ser mayor cuando no nace una niña, sino un niño. Pero lo que dice: Nadie os quitará vuestro gozo, porque su gozo es el mismo Jesús, significa lo que dice el Apóstol: Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre él (Rom. VI). Y en este capítulo del Evangelio, del que hoy discutimos, todo ha corrido como de fácil entendimiento. Se necesita una atención más aguda en lo que sigue.

¿Qué significa entonces lo que dice: Y en aquel día no me preguntaréis nada? Esta palabra, que es preguntar, no solo significa pedir, sino también interrogar; y el Evangelio griego, de donde esto se ha traducido, tiene una palabra tal que puede entenderse de ambas maneras, de modo que esta ambigüedad no se resuelve ni siquiera desde allí; aunque si se resolviera, no por eso quedaría sin cuestión. Porque al Señor Cristo, después de haber resucitado, lo leemos tanto interrogado como rogado. Pues fue interrogado por los discípulos cuando iba a ascender al cielo, sobre cuándo sería presentado y cuándo sería el reino de Israel (Hechos I). Y cuando ya estaba en el cielo, fue rogado por San Esteban para que recibiera su Espíritu (Hechos VII). ¿Y quién se atrevería a pensar o decir que a Cristo, sentado en el cielo, no se le debe rogar, y que en la tierra sí se le debía rogar? ¿Que al inmortal no se le debe rogar, pero al mortal sí se le debía rogar? Más bien, amadísimos, roguémosle para que él mismo desate el nudo de esta cuestión, iluminando nuestros corazones para ver lo que dice. Pues creo que lo que dice: "De nuevo os veré, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro gozo", no debe referirse a aquel tiempo en que resucitó y les mostró su carne para que la vieran y tocaran, sino más bien a aquello de lo que ya había dicho: "El que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él". Ya había resucitado, ya se les había mostrado en carne, ya estaba sentado a la derecha del Padre, cuando el mismo apóstol Juan, de quien es este Evangelio, decía en su Epístola: "Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es" (1 Juan III). Esta visión no es de esta vida, sino de la futura; no es temporal, sino eterna. Esta es la vida eterna, dice la misma Vida: "Para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII). De esta visión y conocimiento

dice el Apóstol: "Ahora vemos por espejo, en enigma; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, entonces conoceré como soy conocido" (1 Cor. XIII). Este fruto de todo su trabajo la Iglesia ahora lo da a luz deseando, entonces lo dará a luz viendo. Lo da a luz gimiendo, lo dará a luz alegrándose. Lo da a luz orando, lo dará a luz alabando; y por eso es varón, porque a este fruto de la contemplación se refieren todos los oficios de la acción. Solo él es libre, porque se desea por sí mismo; no se refiere a otra cosa, a él sirve la acción. A él se refiere todo lo que se hace bien, porque se hace por él. Pero él no se tiene por otra cosa, sino por sí mismo. Allí, pues, está el fin que nos basta; por tanto, será eterno. Pues no nos basta un fin, si no es aquel cuyo fin no tiene fin. Esto fue inspirado a Felipe cuando dijo: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta" (Juan XIV). En esta manifestación también prometió el Hijo, diciendo: "¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?" (Ibid.). Por tanto, creo que lo que se dijo anteriormente se entiende mejor así: "Un poco, y ya no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis". Pues este breve espacio en el que transcurre el presente siglo es un poco. Por eso dice el mismo evangelista en su Epístola: "Es la última hora" (1 Juan II). Por eso añadió: "Porque voy al Padre"; lo cual debe referirse a la sentencia anterior, donde dice: "Un poco, y ya no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis". Pues yendo al Padre, haría que no lo vieran. Y por tanto, no se dijo porque iba a morir y hasta que resucitara se apartaría de su vista, sino porque iba a ir al Padre: lo cual hizo después de resucitar, y habiendo conversado con ellos durante cuarenta días, ascendió al cielo. Por tanto, les dice: "Un poco, y ya no me veréis", a quienes lo veían corporalmente entonces, porque iba a ir al Padre, y ya no lo verían mortal, como lo veían cuando decía estas cosas. Pero lo que añadió: "Y de nuevo un poco, y me veréis", lo prometió a toda la Iglesia, así como prometió a toda ella: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo XXVIII). El Señor no tarda en cumplir su promesa: un poco, y lo veremos donde ya no pidamos nada, no preguntemos nada, porque no quedará nada por preguntar, nada oculto por buscar. Este poco nos parece largo, porque aún se está llevando a cabo: cuando haya terminado, entonces sentiremos cuán poco fue. Por tanto, no sea nuestro gozo como el que tiene el mundo, del cual se dijo: "El mundo se alegrará". Sin embargo, en este parto del deseo no estemos tristes sin gozo, sino, como dice el Apóstol, "gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación" (Rom. XII), porque incluso la parturienta, a la que se nos compara, se alegra más por la prole que está por venir que se entristece por el dolor presente.

Amén, amén os digo, si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará. Ya se ha dicho en las partes anteriores de este sermón del Señor, para aquellos que piden algunas cosas al Padre en el nombre de Cristo y no las reciben: no se pide en el nombre del Salvador lo que se pide contra la razón de la salvación. Pues no solo se debe entender el sonido de las letras y sílabas, sino lo que ese sonido significa y lo que se entiende correctamente y verdaderamente por ese sonido, cuando dice "en mi nombre". Por lo tanto, quien siente esto de Cristo, lo que no debe sentirse del único Hijo de Dios, no pide en su nombre, aunque no calle las letras y sílabas de Cristo, porque pide en el nombre de aquel que piensa cuando pide. Pero quien siente lo que debe sentirse de él, ese pide en su nombre; y recibe lo que pide, si no pide contra la salvación eterna. Sin embargo, recibe cuando debe recibir. Pues algunas cosas no se niegan, sino que se difieren para que se den en el tiempo adecuado. Así, ciertamente, debe entenderse lo que dice "Os lo dará", para que se sepan que los beneficios significados por estas palabras pertenecen propiamente a aquellos que piden. Pues todos los santos son escuchados por sí mismos, pero no son escuchados por todos, ya sean amigos, enemigos o cualquier otro, porque no se dijo de cualquier manera "Os lo dará", sino "Os lo dará".

Hasta ahora, dice, no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea pleno. Esto que dice, "Gozo pleno", ciertamente no es un gozo carnal, sino

espiritual. Y cuando sea tal que ya no se le pueda añadir nada, sin duda entonces será pleno. Por tanto, todo lo que se pide que pertenezca a la consecución de este gozo, esto es lo que debe pedirse en el nombre de Cristo, si entendemos la gracia divina, si verdaderamente pedimos la vida bienaventurada. Pero cualquier otra cosa que se pida, no se pide nada, no porque no sea absolutamente nada, sino porque en comparación con una cosa tan grande, cualquier otra cosa que se desee es nada. Pues no es absolutamente nada el hombre, de quien dice el Apóstol: "El que se cree ser algo, no siendo nada". Pues en comparación con el hombre espiritual, que sabe que por la gracia de Dios es lo que es, si alguien presume vanamente, también es nada. Así, pues, puede entenderse correctamente: "Amén, amén os digo, si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará", para que lo que dice "Si algo" no se entienda como cualquier cosa, sino algo que no sea nada en comparación con la vida bienaventurada; y lo que sigue: "Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre", puede entenderse de dos maneras, o porque no habéis pedido en mi nombre, que no habéis conocido como debe conocerse; o no habéis pedido nada, porque en comparación con la cosa que debíais pedir, lo que pedisteis debe considerarse como nada. Para que, por tanto, en su nombre no pidan nada, sino un gozo pleno, porque si piden algo más, ese algo es nada, exhorta diciendo: "Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea pleno", es decir, pedid esto en mi nombre, "para que vuestro gozo sea pleno", y recibiréis. Pues la misericordia divina no defraudará a sus santos que perseveran bien en pedir.

Estas cosas, dice, os he hablado en proverbios. Viene la hora en que ya no os hablaré en proverbios, sino que os anunciaré claramente acerca del Padre. Podría decir que esta hora de la que habla debe entenderse como el futuro siglo, donde veremos claramente lo que el bienaventurado Pablo dice, "cara a cara" (1 Cor. III), para que lo que dice: "Os he hablado en proverbios", sea lo que el mismo Apóstol dijo: "Ahora vemos por espejo, en enigma" (Ibid.). Pero parece que este sentido se ve impedido por lo que sigue:

En aquel día pediréis en mi nombre. Pues en el futuro siglo, cuando lleguemos al reino, donde "seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es" (1 Juan III), ¿qué vamos a pedir, cuando nuestro deseo se saciará con bienes (Sal. CII)? Por eso también en otro salmo se dice: "Me saciaré cuando se manifieste tu gloria" (Sal. XVI). Pues la petición de algo es de alguna necesidad, que allí no habrá, donde habrá esta saciedad. Por tanto, queda, hasta donde puedo entender, que el Señor Jesús prometió hacer a sus discípulos espirituales de carnales o animales, aunque no aún tales como seremos cuando también tengamos un cuerpo espiritual, sino como era quien decía: "Hablamos sabiduría entre los perfectos" (1 Cor. II); y: "No pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales" (1 Cor. III); y: "No hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino enseñadas por el Espíritu, comparando lo espiritual con lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios" (1 Cor. II). Por tanto, el hombre natural, que no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, escucha cualquier cosa que escuche sobre la naturaleza de Dios, de modo que no puede pensar en otra cosa que no sea un cuerpo, por más amplio o inmenso, por más luminoso y hermoso que sea el cuerpo. Sin embargo, por eso son proverbios para él todas las cosas dichas de la sabiduría sobre la sustancia incorpórea e inmutable: no porque las considere como proverbios, sino porque piensa de ellas como quienes suelen escuchar proverbios, sin entenderlos. Pero cuando comienza a ser espiritual, juzgando todas las cosas, él mismo no es juzgado por nadie (1 Cor. II) (aunque en esta vida aún ve como por espejo en parte, sin embargo, no con ningún sentido del cuerpo, no con ningún pensamiento imaginario, en el que concibe o imagina cualquier semejanza de cuerpos, sino con la certísima inteligencia de la mente, así que Dios no es un cuerpo, sino espíritu, así

que el Hijo anuncia claramente acerca del Padre, de modo que se contemple de la misma sustancia también a él, que anuncia) entonces piden en su nombre, porque en el sonido de su nombre no entienden otra cosa que la misma cosa que es llamada por ese nombre. Estos pueden de alguna manera pensar que nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, intercede por nosotros ante el Padre; pero en cuanto Dios, nos escucha con el Padre; lo cual creo que significó cuando dijo:

Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros. Pues para ver esto, cómo el Hijo no ruega al Padre; sino que el Padre y el Hijo escuchan juntos a los que ruegan, no asciende sino el ojo espiritual de la mente.

Porque el mismo Padre, dice, os ama, porque vosotros me amasteis. ¿Por eso nos ama, porque nosotros lo amamos? ¿O más bien porque él nos ama, por eso nosotros lo amamos? Que el mismo evangelista responda desde su Epístola. "Nosotros amamos", dice, "porque él nos amó primero" (1 Juan IV). De aquí, pues, se hizo que amáramos, porque fuimos amados. Sin duda, es don de Dios amar a Dios. Él dio para ser amado, quien no amado amó. Fuimos amados siendo desagradables, para que hubiera en nosotros de qué agradar. Pues no amaríamos al Hijo, si no amáramos también al Padre. El Padre nos ama, porque amamos al Hijo, cuando del Padre y del Hijo hemos recibido para amar al Padre y al Hijo. Pues el Espíritu de ambos difunde la caridad en nuestros corazones, por el cual Espíritu amamos al Padre y al Hijo, y al cual Espíritu amamos con el Padre y el Hijo. Por tanto, nuestro amor piadoso, con el que adoramos a Dios, lo hizo Dios, y vio que era bueno; por eso nos amó a nosotros mismos, porque amó lo que hizo. Pero no haría en nosotros lo que amara, si antes de hacerlo no nos amara.

Y creísteis, dice, que salí de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo. De nuevo dejó el mundo, y voy al Padre. Claramente creemos. Pues no debe parecer increíble, porque así viniendo al mundo sale del Padre, que no deja al Padre; y así va al Padre, dejando el mundo, que no deja el mundo. Pues salió del Padre, porque es del Padre; y vino al mundo, porque mostró al mundo su cuerpo, que asumió de la virgen. Dejó el mundo por la partida corporal, fue al Padre por la ascensión del hombre, ni dejó el mundo por la gobernación de su presencia, como eran los discípulos de Cristo, cuando con ellos antes de la pasión hablaba grandes cosas con pequeños, pero como convenía que se dijeran grandes cosas a pequeños, porque aún no habiendo recibido el Espíritu Santo, como lo recibieron después de su resurrección, ya sea soplando él mismo, o desde arriba, sabían más de lo humano que de lo divino, como se declara por muchos indicios en todo el Evangelio. De donde también es esto, que en esta lectura dijeron. Dice el Evangelista:

Sus discípulos le dicen: He aquí, ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio. Ahora sabemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte. En esto creemos, que saliste de Dios. El mismo Señor había dicho poco antes: "Os he hablado en proverbios; viene la hora en que ya no os hablaré en proverbios". ¿Cómo, pues, dicen estos: "He aquí, ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio"? ¿Acaso ya había llegado la hora en que había prometido que no hablaría más en proverbios? Que aún no había llegado esa hora, lo muestra la continuación de sus palabras, que aún prometen esa hora en la que hablará sin proverbios, sino que anunciará claramente acerca del Padre: en la cual hora dice que pedirán en su nombre, y que él no rogará al Padre por ellos, porque el mismo Padre los ama, porque ellos amaron a Cristo, y creyeron que salió del Padre, y vino al mundo, de nuevo dejando el mundo, y yendo al Padre. Por tanto, cuando aún se promete esa hora en la que hablará sin proverbios, ¿por qué dicen estos: "He aquí, ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio"? sino porque aquellas cosas que él sabe, para los que no entienden son

proverbios? que tanto no entienden, que ni siquiera entienden que no entienden. Pues eran pequeños, aún no juzgaban espiritualmente, quienes escuchaban sobre cosas que no pertenecen al cuerpo, sino al Espíritu. Por tanto, de la misma edad de estos, aún pequeños e inmaduros según el hombre interior, les advierte:

Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? He aquí que viene la hora, y ya ha llegado, en que seréis dispersados cada uno a lo suyo, y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Poco antes había dicho: Dejo el mundo y voy al Padre; ahora dice: El Padre está conmigo. ¿Quién va hacia aquel con quien ya está? Pero esto es palabra para el que entiende, para el que no entiende es un proverbio; así como los niños no lo entienden, aunque lo evitan, y aunque no les ofrece, porque aún no lo comprenden, alimento sólido, al menos no les niega el alimento lácteo. De este alimento es que sabían que él conocía todo, y que no necesitaba que alguien le preguntara. Esto, ciertamente, puede ser cuestionado por qué lo dijeron. Pues parece que más bien debieron decir: No necesitas preguntar a nadie, no, Que alguien te pregunte. Habían dicho: Sabemos que conoces todo; y ciertamente quien conoce todo, suele ser interrogado por los ignorantes, para que los que preguntan escuchen lo que desean de aquel que conoce todo, no él mismo preguntar como queriendo saber algo, quien conoce todo. ¿Qué significa entonces que a aquel que sabían que conocía todo, cuando parece que debieron decir: No necesitas preguntar a nadie, pensaron más bien que debían decir: No necesitas que alguien te pregunte? ¿Qué es esto que leemos que ocurrió, tanto que el Señor preguntó, como que fue preguntado? Pero esto se resuelve rápidamente, porque esto no era necesario para él, sino para aquellos a quienes preguntaba, o por quienes era preguntado. Pues él no preguntaba a nadie para aprender algo de ellos, sino más bien para enseñarles; y quienes le preguntaban, queriendo aprender algo de él, ciertamente lo necesitaban para saber algo de aquel que conocía todo. Por tanto, no necesitaba que alguien le preguntara, porque nosotros, cuando somos interrogados por aquellos que quieren saber algo de nosotros, conocemos por sus preguntas lo que desean aprender. Por tanto, necesitamos ser interrogados por aquellos a quienes queremos enseñar algo, para conocer sus preguntas, a las que debemos responder. Pero él no necesitaba esto, quien conocía todo; no necesitaba conocer por la pregunta de alguien lo que quería saber, porque antes de ser preguntado conocía la voluntad del interrogador. Pero permitía ser interrogado para mostrar, tanto a aquellos que estaban presentes como a quienes escucharían lo que se había dicho, o leerían lo que se había escrito, qué tipo de personas eran quienes le interrogaban, y de este modo supiéramos por qué no sería engañado por fraudes, o por qué se progresaría ante él con acercamientos. Prever los pensamientos de los hombres, y por tanto no necesitar que alguien le preguntara, no era algo grande para Dios, pero era grande para los pequeños que le decían: En esto creemos que has salido de Dios. Pero mucho mayor era aquello a lo que quería extenderlos y hacerlos crecer en entendimiento, que cuando ellos dijeron, y dijeron la verdad: Has salido de Dios, él dijo: El Padre está conmigo, para que no pensaran que el Hijo había salido del Padre de tal manera que también había partido. Luego, concluyendo este gran y extenso discurso:

Estas cosas, dijo, os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo. Esa tribulación estaba destinada a comenzar, de la cual anteriormente, para mostrarles que eran pequeños, a quienes aún no entendían, y sintiendo una cosa por otra, cualquier cosa grande y divina que dijera era como proverbios: dijo: ¿Ahora creéis? He aquí que viene la hora, y ya ha llegado, en que seréis dispersados cada uno a lo suyo. He aquí el comienzo de la tribulación, pero no de manera que persista. Pues lo que añadió: Y me dejaréis solo, no quiere que sean así en la tribulación que tendrían en el mundo después de su ascensión, sino que tengan paz en él permaneciendo en él. Pues no solo cuando fue apresado, dejaron su carne, sino también con la mente abandonaron la fe. A esto se refiere

cuando dice: ¿Ahora creéis? He aquí que viene la hora en que seréis dispersados a lo vuestro, y me dejaréis. Como si dijera: Entonces seréis tan perturbados, que incluso lo que ahora creéis lo abandonaréis. Pues llegaron a tal desesperación, y a la muerte de su fe anterior (por así decirlo), como apareció en aquel Cleofás, quien después de su resurrección, sin saber que hablaba con él, y narrando lo que le había sucedido, dijo: Nosotros esperábamos que él fuera el que redimiría a Israel (Luc. XXIV). He aquí cómo lo habían abandonado, incluso abandonando la fe misma en la que antes habían creído en él. Pero en la opresión que soportaron después de su glorificación al recibir el Espíritu Santo, no lo abandonaron; y aunque huyeron de ciudad en ciudad, no huyeron de él; sino que teniendo tribulación en el mundo, para tener paz en él, no huyeron de él [¿O no huyeron?], sino que más bien lo tuvieron como refugio. Pues dado el Espíritu Santo, se cumplió en ellos lo que ahora se les dijo: Confiad, porque yo he vencido al mundo.

Confiaron, y vencieron. ¿En quién, sino en él? Pues no habría vencido él al mundo, si el mundo venciera a sus miembros. De donde dice el Apóstol: Gracias a Dios, que nos da la victoria (I Cor. XV), y enseguida añade: Por nuestro Señor Jesucristo (Ibid.), quien dijo a los suyos: Confiad, porque yo he vencido al mundo. Antes de estas cosas, que ahora vamos a tratar, con la ayuda del Señor, Jesús había dicho: Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz: que no debemos entender como dichas poco antes por él, sino todas, ya sea lo que les habló desde que comenzó a tenerlos como discípulos, o ciertamente, desde que después de la cena comenzó este admirable y extenso discurso. Pues mencionó tal causa, por la cual les habló, para que en él tuvieran paz, por lo cual se hace todo lo que somos cristianos. Pues esta paz no tendrá fin en el tiempo, y será el fin de toda nuestra esperanza, intención y acción. Por esta razón somos instruidos en sus sacramentos, por esta razón somos educados en sus obras y palabras maravillosas, por esta razón creemos y esperamos en él, y por su amor, tanto como nos concede, nos encendemos. En esta paz somos consolados en todas las tribulaciones, en esta paz somos liberados de todas las tribulaciones. Por esta razón soportamos valientemente toda tribulación, para que en esta paz reinemos felizmente sin ninguna tribulación. Con razón cerró sus palabras que eran proverbios para los discípulos que entendían poco. Por tanto, cuando dijo por qué les había hablado todo, para que en él tuvieran paz, teniendo tribulación en el mundo, y los exhortó a confiar, porque él había vencido al mundo, terminado el discurso que tenía con ellos, luego dirigió sus palabras al Padre, y comenzó a orar. Pues así sigue el evangelista, diciendo:

CAPÍTULO XVII.

Estas cosas habló Jesús, y, levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo. El Señor unigénito y coeterno con el Padre, en forma de siervo, y desde la forma de siervo, si fuera necesario, podría haber orado en silencio; pero quiso presentarse al Padre como intercesor, para recordar que es nuestro maestro. Por tanto, la oración que hizo por nosotros, la hizo conocida también para nosotros, porque la conversación de nuestro gran Maestro no es solo para ellos, sino también su oración al Padre por ellos; y si para aquellos que estaban presentes para escuchar estas palabras, ciertamente también para nosotros, que habríamos de leer lo que fue escrito. Por lo tanto, cuando dice: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, muestra que todo tiempo, y lo que hace o permite que se haga en cada momento, está dispuesto por aquel que no está sujeto al tiempo, porque las causas eficientes de lo que habría de suceder en cada tiempo están en la sabiduría de Dios, en la cual no hay tiempos. No se crea, por tanto, que esta hora ha llegado por un destino inevitable, sino más bien por la disposición de Dios, ni que una necesidad estelar haya vinculado la pasión de Cristo. Pues no permitamos que las estrellas obliguen a morir al creador de las estrellas. No fue, por tanto, el tiempo el que impuso a Cristo morir, sino que Cristo eligió el tiempo en que

moriría, quien también con el Padre estableció el tiempo en que nacería de la Virgen, de quien nació sin tiempo. Según esta verdadera y sana doctrina, también el apóstol Pablo dice: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo (Gál. IV); y Dios por el profeta dice: En tiempo aceptable te escuché, y en día de salvación te ayudé (Isa. LXIX); y nuevamente el Apóstol: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación (II Cor. VI). Dice, por tanto: Padre, ha llegado la hora, quien con el Padre dispuso todas las horas, como diciendo: Padre, la hora que para glorificarme entre los hombres y con los hombres establecimos juntos, ha llegado: glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Algunos entienden que el Hijo fue glorificado por el Padre en esto, que no lo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom VIII). Pero si se dice que fue glorificado por la pasión, ¿cuánto más por la resurrección? Pues en la pasión se destaca más su humildad que su gloria, como testifica el Apóstol, quien dice: Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II). Luego sigue hablando de su glorificación, cuando dice: Por lo cual Dios también lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Ibid.). Esta es la glorificación del Señor Jesucristo, que comenzó con su resurrección. Pero su humildad comienza en el discurso del Apóstol desde el lugar donde dice: Se despojó a sí mismo tomando forma de siervo (Ibid.), y llega hasta la muerte de cruz. Su gloria, sin embargo, comienza desde el lugar donde dice: Por lo cual Dios también lo exaltó, y llega hasta donde está en la gloria de Dios Padre. Para que, por tanto, el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, fuera glorificado o exaltado por la resurrección, primero fue humillado por la pasión; pues no habría resucitado de entre los muertos si no hubiera muerto. La humildad es el mérito de la gloria, la gloria es la recompensa de la humildad. Pero todo esto se hizo en la forma de siervo. En la forma de Dios siempre fue, siempre será gloria; más bien no fue, como si ya no fuera; ni será, como si aún no fuera; sino que sin principio, sin fin, siempre es gloria. Por tanto, cuando dice: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, debe entenderse como si dijera: Ha llegado la hora de sembrar la humildad, no demores el fruto de la gloria. Pero ¿qué significa lo que sigue:

Para que tu Hijo te glorifique? El Hijo glorificado por el Padre según la forma de siervo, a quien el Padre resucitó de entre los muertos y colocó a su derecha, lo indica el hecho mismo, y ningún cristiano lo duda. Pero como no solo dijo: Padre, glorifica a tu Hijo, sino que añadió también para que tu Hijo te glorifique, con razón se pregunta cómo el Hijo glorificó al Padre, cuando la gloria eterna del Padre ni fue disminuida en la forma humana, ni pudo ser aumentada en su perfección divina. Pero en sí misma la gloria del Padre no puede ser disminuida ni aumentada: sin embargo, entre los hombres ciertamente era menor, cuando solo en Judea era conocido Dios (Sal. LXXV): y aún no alababan los niños el nombre del Señor desde el nacimiento del sol hasta su ocaso (Sal. CXII). Pero esto porque por el Evangelio de Cristo se hizo, que por el Hijo el Padre fuera conocido por las naciones, ciertamente el Padre glorificó al Hijo. Si, sin embargo, el Hijo solo hubiera muerto, y no hubiera resucitado, sin duda no habría sido glorificado por el Padre, ni habría glorificado al Padre. Ahora, sin embargo, glorificado por el Padre por la resurrección, glorifica al Padre por la predicación de su resurrección. Esto lo aclara el mismo orden de las palabras. Glorifica, dice, a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique, como si dijera: Resucítame, para que te hagas conocido a todo el mundo por mí. Luego, abriendo más y más, cómo el Hijo glorifica al Padre:

Como le diste, dice, potestad sobre toda carne, para que a todos los que le diste, les dé vida eterna. Toda carne, dijo toda alma, significando el todo por la parte, así como nuevamente por la parte superior se significó todo el hombre, donde dice el Apóstol: Toda alma esté

sujeta a las potestades superiores (Rom. XIII). Pues ¿qué dijo toda alma, sino, todo hombre? Pero esto, que el poder fue dado a Cristo por el Padre sobre toda carne, debe entenderse según el hombre; pues según Dios todas las cosas fueron hechas por él, y en él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles (Col. I). Como, por tanto, le diste potestad, dice, sobre toda carne, así te glorifique el Hijo, es decir, te haga conocido a toda carne, que le diste. Pues así le diste, para que a todos los que le diste les dé vida eterna.

Esta es la vida eterna, dice, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo. El orden de las palabras es: para que te conozcan a ti, y a quien enviaste, Jesucristo, el único Dios verdadero. Consecuentemente, también se entiende el Espíritu Santo, porque es el Espíritu del Padre y del Hijo, como caridad sustancial y consustancial de ambos, porque no son dos dioses el Padre y el Hijo; ni tres dioses el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; sino que la misma Trinidad es un solo Dios verdadero. Sin embargo, no es el mismo el Padre que el Hijo, ni el mismo el Hijo que el Padre, ni el mismo el Espíritu Santo que el Padre o el Hijo, porque son tres, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, pero la misma Trinidad es un solo Dios. Si, por tanto, de este modo te glorifica el Hijo, como le diste potestad sobre toda carne, y así le diste, para que a todos los que le diste les dé vida eterna, y esta es la vida eterna, para que te conozcan: así, por tanto, el Hijo te glorifica, para que a todos los que le diste, te haga conocido. Además, si el conocimiento de Dios es vida eterna, tanto más tendemos a vivir cuanto más progresamos en este conocimiento. Sin embargo, no moriremos en la vida eterna. Entonces, por tanto, el conocimiento de Dios será perfecto, cuando no haya muerte. Entonces será la máxima glorificación de Dios, porque será la máxima gloria. Pero la gloria, por la cual los hombres son llamados gloriosos, ha sido definida por los antiguos de esta manera: La gloria es la frecuente fama de alguien con alabanza. Pero si un hombre es alabado cuando se cree en su fama, ¿cómo será alabado Dios, cuando él mismo sea visto? Por lo cual está escrito: Bienaventurados los que habitan en tu casa, te alabarán por los siglos de los siglos (Sal. LXXXIII). Allí será la alabanza de Dios sin fin, donde será el conocimiento pleno de Dios; y porque será el conocimiento pleno, por eso será glorificación, o glorificación. Pero primero aquí se glorifica a Dios, mientras anunciado a los hombres se da a conocer, y por la fe de los creyentes se predica, por lo cual dice:

Yo te he glorificado en la tierra: he consumado la obra que me diste para hacer. No dijo me ordenaste, sino me diste, donde se encomienda la evidente gracia. Pues ¿qué tiene, que no recibió, incluso en el unigénito la naturaleza humana? ¿O no recibió para no hacer nada malo, sino hacer todo bien, cuando fue asumida en la unidad de persona por el Verbo, por quien todas las cosas fueron hechas? Pero ¿cómo consumó la obra que recibió para hacer, cuando aún queda la experiencia de la pasión, donde principalmente ofreció a sus mártires el ejemplo a seguir; de donde dice el apóstol Pedro: Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus pisadas (I Ped. II): a menos que diga que ha consumado lo que sabe con certeza que consumará? como mucho antes en profecía usó palabras de tiempo pasado, cuando lo que decía habría de suceder después de muchos años. Horadaron, dice, mis manos y mis pies; contaron todos mis huesos (Sal. XXI). No dijo Horadarán y contarán. Y en este mismo evangelio: Todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer (Juan XV). A quienes después dice: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar (Juan XVI). Pues quien con causas ciertas e inmutables predestinó todo lo futuro, lo que va a hacer ya lo ha hecho. Pues también por el profeta se dijo de él: Quien hizo lo que ha de venir. Según esto también dice lo que sigue:

Y ahora, glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tuve antes de que el mundo existiera junto a ti. Pues antes dijo: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu

Hijo te glorifique a ti. En este orden de palabras mostró que primero el Hijo debía ser glorificado por el Padre, para que el Hijo glorificara al Padre. Pero ahora dice: Yo te he glorificado en la tierra; he consumado la obra que me diste para hacer; y ahora glorifícame. Como si primero él hubiera glorificado al Padre, de quien luego pide ser glorificado. Por lo tanto, se debe entender que usó ambas expresiones anteriormente según lo que iba a suceder: Glorifica al Hijo, para que el Hijo te glorifique; pero ahora ha usado el tiempo pasado para referirse a un hecho futuro, cuando dice: Yo te he glorificado en la tierra; he consumado la obra que me diste para hacer. Luego, al decir: Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, como si fuera a ser glorificado después por el Padre, a quien él había glorificado primero, ¿qué muestra sino que antes, cuando dijo: Yo te he glorificado en la tierra, habló como si hubiera hecho lo que iba a hacer; pero aquí pidió que el Padre hiciera lo que el Hijo iba a hacer, es decir, que el Padre glorificara al Hijo, por cuya glorificación el Hijo también glorificaría al Padre? Finalmente, si consideramos el verbo en tiempo futuro para lo que iba a suceder, donde él mismo usó el pasado, no quedará ninguna oscuridad en la sentencia, como si hubiera dicho: Yo te glorificaré en la tierra; consumaré la obra que me diste para hacer, y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo. Sin duda, es tan claro como aquello donde dice: Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y es exactamente la misma sentencia, salvo que aquí se ha mencionado el modo de esa glorificación, mientras que allí se omitió, como si aquello se explicara por esto a quienes podía conmovér cómo el Padre glorificaba al Hijo, y especialmente cómo el Hijo glorificaba al Padre. Pues al decir que glorificaba al Padre en la tierra, y que él mismo era glorificado por el Padre junto a él, mostró ciertamente el modo de ambas glorificaciones. Él, en efecto, glorificó al Padre en la tierra, predicándolo a las naciones. El Padre, por su parte, lo glorificó junto a sí mismo, colocándolo a su derecha. Pero por eso, después de hablar de glorificar al Padre, donde dice: Yo te he glorificado, prefirió usar el verbo en tiempo pasado, para mostrar que en la predestinación ya estaba hecho, y que debía considerarse como ya hecho lo que ciertamente iba a suceder; es decir, que glorificado por el Padre junto al Padre, el Hijo glorificara al Padre en la tierra. Pero esta predestinación en su glorificación la reveló más claramente, cuando el Padre lo glorificó, al añadir: Con la gloria que tuve antes de que el mundo existiera junto a ti. El orden de las palabras es: que tuve junto a ti antes de que el mundo existiera. A esto se refiere cuando dice: Y ahora glorifícame. Esto es, como entonces, así también ahora. Como entonces en la predestinación, así también ahora en la perfección haz en el mundo lo que ya había sido junto a ti antes del mundo. Haz en su tiempo lo que antes de todos los tiempos estableciste. Algunos han pensado que esto debe entenderse como si la naturaleza humana, que fue asumida por el Verbo, se convirtiera en el Verbo, y el hombre se transformara en Dios, o más bien, si consideramos cuidadosamente lo que han opinado, el hombre perecería en Dios. Pues nadie diría que de esta transformación del hombre el Verbo de Dios se duplicaría o aumentaría, de modo que lo que fue uno se convirtiera en dos, o lo que fue menos se convirtiera en más. Pero si la naturaleza humana se transformara y convirtiera en el Verbo de Dios, ¿cuánto sería el Verbo de Dios, y qué sería? ¿Dónde estaría el hombre, si no ha perecido? Pero a esta opinión, que no veo que concuerde en absoluto con la verdad, nada nos obliga, si al decir el Hijo: Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo con la gloria que tuve antes de que el mundo existiera junto a ti, entendemos la predestinación de la gloria de la naturaleza humana que está en él, que de mortal será inmortal junto al Padre; y que esto ya se había hecho en la predestinación antes de que el mundo existiera, lo que también en el mundo, si se hiciera en todo tiempo. Pues si el Apóstol dijo de nosotros: Como nos eligió en él antes de la fundación del mundo (Efesios I), ¿por qué se considera alejado de la verdad, si entonces el Padre glorificó a nuestra cabeza, cuando nos eligió en él, para que fuéramos sus miembros? Así como nosotros fuimos elegidos, así él fue glorificado, porque antes de que el mundo existiera, ni nosotros éramos, ni él era el Mediador entre Dios y los hombres, el

hombre Cristo Jesús (Romanos IV). Pero aquel que por él, en cuanto es su Verbo, hizo incluso lo que iba a suceder, y llama a las cosas que no son como si fueran (Romanos IV), ciertamente según lo que es el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre, Dios Padre lo glorificó antes de la fundación del mundo por nosotros, así como entonces también nos eligió en él. ¿Qué dice el Apóstol? Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a esos también llamó. A menos que temamos decir que él mismo fue predestinado, porque el Apóstol parece haber dicho esto solo de nosotros, para que seamos conformes a su imagen. Pues correctamente se dice, no predestinado, según lo que es el Verbo de Dios, Dios junto a Dios. ¿Para qué habría de ser predestinado, si ya era lo que era, sin principio, sin fin, eterno? Pero aquello debía ser predestinado, lo que aún no era, para que así en su tiempo se hiciera, como antes de todos los tiempos había sido predestinado para hacerse. Por tanto, quien niega que el Hijo de Dios fue predestinado, niega que él mismo sea el Hijo del hombre. Pero para los contenciosos, escuchemos también al Apóstol al inicio de sus cartas: Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, que fue hecho de la simiente de David según la carne, que fue predestinado Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos. Según esta predestinación, también fue glorificado antes de que el mundo existiera, para que su gloria, por la resurrección de los muertos, estuviera junto al Padre, a cuya derecha se sienta. Por tanto, cuando vio que había llegado el tiempo de su glorificación predestinada, para que ahora se hiciera en la restitución lo que ya había sido hecho en la predestinación, oró, diciendo: Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tuve antes de que el mundo existiera junto a ti, como si dijera con la gloria que tuve junto a ti, es decir, aquella gloria que tuve junto a ti en tu predestinación, es tiempo de que también la tenga viviendo a tu derecha.

He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo. Si dice esto solo de los discípulos con quienes cenó, y a quienes habló tanto antes de comenzar a orar, no se refiere a aquella glorificación, o (como otros han interpretado) glorificación, de la que hablaba antes, por la cual el Hijo glorifica o glorifica al Padre. Pues, ¿cuánta o qué clase de gloria es que doce o más bien once mortales lo hayan conocido? Pero si lo que dice: He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo, quiso que se entendiera aquí a todos, incluso a los que iban a creer en él, pertenecientes a su gran Iglesia, que iba a ser de todas las naciones, de la cual se canta en el salmo: En la gran Iglesia te confesaré (Salmo XXXIV), es claramente esta glorificación, por la cual el Hijo glorifica al Padre, cuando hace conocido su nombre a todas las naciones, y a tantas generaciones de hombres. Y esto es lo que aquí dice: He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo, como aquello que dijo poco antes: Yo te he glorificado en la tierra; usando el pasado para el tiempo futuro, tanto allí como aquí, como quien sabía que estaba predestinado para que se hiciera, y por eso decía que había hecho lo que sin duda iba a hacer. Pero que dijo esto de los que ya eran sus discípulos, no de todos los que iban a creer en él, lo demuestran más creíblemente las cosas que siguen. Pues cuando dijo esto, añadió:

Tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me diste son de ti, porque las palabras que me diste, se las he dado a ellos, y ellos las recibieron y conocieron verdaderamente que salí de ti, y creyeron que tú me enviaste. Aunque todas estas cosas pudieron decirse de todos los futuros fieles en apariencia perfecta, cuando aún eran futuras, pero para que se entienda que hablaba de estos solos discípulos que

tenía entonces, lo que más urge es lo que dijo poco después: Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre. A los que me diste, los guardé; y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura. Refiriéndose a Judas, quien lo traicionó. Pues de este número de doce apóstoles, solo él se perdió. Luego añade: Pero ahora voy a ti. Por lo que es evidente que hablaba de su presencia corporal: Cuando estaba con ellos, yo los guardaba, como si ya no estuviera con ellos en esa presencia. Pues quiso significar su ascensión que pronto iba a suceder, de la cual dijo: Pero ahora voy a ti, yendo ciertamente a la derecha del Padre, de donde vendrá a juzgar a vivos y muertos, también con presencia corporal según la regla de fe y sana doctrina; pues con presencia espiritual ciertamente iba a estar con ellos después de su ascensión, y con toda su Iglesia en este mundo hasta la consumación del siglo. Por lo tanto, no se entiende correctamente que dijera: Cuando estaba con ellos, yo los guardaba, sino de aquellos que ya había comenzado a guardar creyendo en él con presencia corporal, y a quienes iba a dejar con ausencia corporal, para que los guardara con el Padre con presencia espiritual. Pero luego añade a los demás suyos, donde dice: No ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos; donde muestra más claramente que no hablaba antes de todos los que le pertenecen, desde el lugar donde dice: He manifestado tu nombre a los hombres que me diste, sino solo de aquellos que lo escuchaban cuando decía esas cosas. Desde el inicio de su oración, donde, levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti, hasta lo que dijo poco después: Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tuve antes de que el mundo existiera junto a ti, quería que se entendiera a todos los suyos, a quienes al dar a conocer al Padre, lo glorifica. Pues cuando dijo: Para que tu Hijo te glorifique, inmediatamente mostró cómo se haría, diciendo: Como le diste potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Pues el Padre no puede ser glorificado por el conocimiento de los hombres, si no se conoce también a aquel por quien es glorificado, es decir, por quien se da a conocer a los pueblos. Esta es la glorificación del Padre, que no se hizo solo con aquellos apóstoles, sino con todos los hombres, de quienes Cristo es cabeza de sus miembros. Pues no puede entenderse solo de los apóstoles: Como le diste potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste, sino ciertamente de todos a quienes, creyendo en él, se les da la vida eterna. Ahora veamos, pues, qué dice de aquellos discípulos suyos que lo escuchaban entonces: He manifestado, dice, tu nombre a los hombres que me diste. ¿Acaso no conocían el nombre de Dios, siendo judíos? ¿Y dónde queda lo que se lee: Conocido en Judá es Dios, en Israel grande es su nombre (Salmo LXXV)? Por lo tanto, manifesté tu nombre a estos hombres que me diste del mundo, que me escuchan decir estas cosas, no ese nombre tuyo por el que eres llamado Dios, sino aquel por el que eres llamado mi Padre, nombre que no podría manifestarse sin la manifestación del mismo Hijo. Pues el nombre de Dios, incluso para todas las naciones antes de que creyeran en Cristo, no pudo ser completamente desconocido. Esta es la fuerza de la verdadera divinidad, que a la criatura racional ya dotada de razón no puede ocultarse por completo. Excepto por unos pocos, en quienes la naturaleza está demasiado depravada, toda la humanidad confiesa a Dios como el creador de este mundo. Por lo tanto, en lo que hizo este mundo visible de cielo y tierra, incluso antes de ser instruidos en la fe de Cristo, es conocido por todas las naciones. En lo que no debe ser adorado con sus injurias y con dioses falsos, conocido en Judá es Dios. Pero en lo que es el Padre de este Cristo, por quien quita el pecado del mundo (Juan I), este nombre suyo, antes oculto a todos, ahora lo ha manifestado a aquellos que el Padre le dio del mundo. Pero, ¿cómo lo manifestó, si aún no había llegado la hora de la que antes dijo que vendría la hora cuando ya no hablaría en parábolas, sino que claramente anunciaría sobre su Padre? ¿O acaso se considerará una manifestación clara en parábolas? ¿Por qué entonces se dijo, claramente anunciaré, si en

parábolas no es claro? Pero lo que no se oculta en parábolas, sino que se manifiesta con palabras, sin duda se dice claramente. ¿Cómo, pues, lo manifestó, si aún no lo ha dicho claramente? Por lo tanto, debe entenderse que se usó el pasado para el tiempo futuro, como aquello. Todo lo que he oído de mi Padre, os lo he dado a conocer, lo que aún no había hecho, pero hablaba como si hubiera hecho lo que sabía que estaba inmutablemente fijado para hacer. ¿Qué significa entonces A los que me diste del mundo? Pues se ha dicho de ellos que no son del mundo. Pero esto lo otorgó la regeneración, no la generación. ¿Qué significa también lo que sigue: Tuyos eran, y me los diste? ¿Acaso alguna vez fueron del Padre, cuando no eran del Hijo unigénito? ¿Y tuvo alguna vez el Padre algo sin el Hijo? De ninguna manera; sin embargo, el Hijo de Dios tuvo alguna vez algo que aún no tenía el mismo Hijo hombre, porque aún no había sido hecho hombre de madre, cuando sin embargo tenía todas las cosas con el Padre; por lo tanto, dijo Tuyos eran. No se separó de allí el Hijo de Dios, sin quien el Padre nunca tuvo nada; pero suele atribuirle todo lo que puede, de quien es él mismo quien puede. Pues de quien tiene ser, de él tiene poder; y siempre tuvo ambos al mismo tiempo, porque nunca fue, y no pudo. Por lo tanto, todo lo que pudo el Padre, siempre fue con él y pudo, porque él que nunca no fue, y nunca no pudo, nunca estuvo sin el Padre, nunca el Padre estuvo sin él. Por lo tanto, lo que dice: Y me los diste, muestra que como hombre recibió este poder, para tenerlos, porque quien estaba sobre todos no siempre fue hombre. Por lo tanto, aunque parece haber atribuido más bien al Padre que los recibió de él, porque de él es todo lo que es, también él mismo se los dio, es decir, con el Padre Dios Cristo dio hombres al hombre Cristo, que no es con el Padre. Finalmente, quien en este lugar dice: Tuyos eran, y me los diste, ya antes les había dicho a los mismos discípulos: Yo os elegí del mundo. Que se rompa aquí el pensamiento carnal, y se disipe. Del mundo dice el Hijo que el Padre le dio hombres, a quienes en otro lugar dice: Yo os elegí del mundo. Con el Padre el mismo hombre Hijo los recibió del mundo del Padre. Pues el Padre no se los habría dado al Hijo, si no los hubiera elegido. Y por lo tanto, el Hijo, así como no separó al Padre de allí, cuando dijo: Yo os elegí del mundo, porque los eligió junto con el Padre, así tampoco se separó de sí mismo, cuando dijo Tuyos eran, porque también eran del Padre del mismo Hijo. Ahora, sin embargo, el mismo hombre Hijo los recibió, que no eran suyos, porque también recibió la forma de siervo, que no era suya. Sigue diciendo: Y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me diste son de ti, es decir, han conocido que soy de ti. Pues el Padre dio todo al mismo tiempo, cuando engendró, quien tenía todo. Porque las palabras, dice, que me diste, se las he dado a ellos; y ellos las recibieron, es decir, las entendieron y las retuvieron. Pues la palabra se recibe cuando se percibe con la mente.

Y conocieron verdaderamente que de ti salí, y creyeron que tú me enviaste. Y aquí debe entenderse verdaderamente. Pues lo que dijo: Conocieron verdaderamente, quiso explicar añadiendo: Y creyeron. Esto, por tanto, creyeron verdaderamente lo que conocieron verdaderamente. Porque eso es de ti salí, que es: Tú me enviaste. Cuando, por tanto, dijo Conocieron verdaderamente, para que nadie pensara que ese conocimiento ya se había hecho por visión, no por fe, añadió explicando y creyeron, para que entendamos verdaderamente, y comprendamos que esto se dijo: Conocieron verdaderamente, que es: Creyeron verdaderamente; no de la manera que significó poco antes, cuando dijo: Ahora creéis, viene la hora, y ya ha llegado, para que os disperséis cada uno a lo suyo, y me dejéis solo, sino que creyeron verdaderamente, como se debe creer, sin vacilar, firmemente, establemente, valientemente, no volviendo ya a lo suyo, y dejando a Cristo. Aún, por tanto, los discípulos no eran tales como los describe con palabras en tiempo pasado, como si ya lo fueran, prediciendo cómo serían en el futuro, una vez recibido el Espíritu Santo, que, como se prometió, les enseñaría todo: antes de recibirlo, ¿cómo guardaron su palabra (lo que de ellos

dijo como si lo hubieran hecho), cuando el primero de ellos lo negó tres veces, habiendo oído de su boca lo que le sucedería al hombre que lo negara ante los hombres? Por tanto, les dio las palabras, como dice, que el Padre le dio a él. Pero cuando las recibieron no externamente en los oídos, sino internamente en los corazones espiritualmente, entonces verdaderamente las recibieron, porque entonces verdaderamente conocieron. Verdaderamente conocieron, porque verdaderamente creyeron. Pero, ¿cómo el Padre dio esas palabras al Hijo, con qué palabras podrá explicarlo el hombre? La cuestión parece ciertamente más fácil, si se cree que el Hijo del hombre recibió esas palabras del Padre, aunque nacido de la Virgen, ¿cuándo y cómo las aprendió, quién lo narrará? cuando incluso la misma generación suya que se hizo de la Virgen, ¿quién la narrará (Isa. LIII)? Pero si se piensa que las recibió del Padre según lo que es engendrado del Padre, coeterno con el Padre, no se debe pensar en tiempo alguno allí, como si antes hubiera sido quien no las tenía, y para tener lo que no tenía las recibió, porque todo lo que Dios Padre dio a Dios Hijo, lo dio engendrando. Así pues, el Padre dio al Hijo, sin lo cual el Hijo no podría ser, como le dio que fuera. Pues, ¿cómo de otro modo daría alguna palabra al Verbo, en quien inefablemente dijo todas las cosas?

Yo ruego por ellos, no ruego por el mundo, sino por aquellos que me diste. Quiere que se entienda ahora por mundo, aquellos que viven según la concupiscencia del mundo, y no están en esa suerte de gracia, para ser elegidos por él del mundo. Por tanto, no dice que ruega por el mundo, sino por aquellos que el Padre le dio. Por esto, porque el Padre ya se los dio, se hizo que no pertenezcan a ese mundo, por el cual no ruega. Luego añade:

Porque son tuyos. Pues no porque el Padre se los dio al Hijo, los perdió él, a quienes dio, cuando aún el Hijo sigue, y dice:

Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías. Donde claramente se muestra cómo todas las cosas del Padre son del Hijo unigénito; por esto, ciertamente, que él también es Dios, y del Padre ha nacido igual al Padre, no como se dijo a uno de los dos hijos, al mayor, ciertamente: Tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas (Luc. XV); pues eso se dijo de todas aquellas criaturas que están por debajo de la criatura santa racional, que ciertamente están sometidas a la Iglesia. En toda la Iglesia universal se entienden también esos dos hijos, el mayor y el menor, con todos los ángeles santos, a quienes seremos iguales en el reino de Cristo y de Dios. Pero esto se dijo así: Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías, para que aquí esté también la misma criatura racional, que no se somete sino a Dios, para que a ella se sometan todas las cosas que están por debajo de ella. Por tanto, siendo del Padre, no sería también del Hijo, si no fuera igual al Padre. De esto trataba, cuando decía: No ruego por el mundo, sino por aquellos que me diste, que son tuyos, y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías. Y no es lícito que los santos, de quienes habló estas cosas, sean de alguien, sino de aquel por quien fueron creados y santificados. Y por tanto, todas las cosas que son de ellos, necesariamente deben ser de aquel de quien ellos mismos son. Por tanto, siendo del Padre y del Hijo, demuestra que son iguales, de quienes son igualmente. Pero lo que dijo, cuando hablaba del Espíritu Santo: Todas las cosas que tiene el Padre, son mías, por eso dije, que de lo mío tomará, y os lo anunciará, lo dijo de aquellas cosas que pertenecen a la misma divinidad del Padre, en las cuales le es igual, teniendo todo lo que tiene. Pues el Espíritu Santo no iba a tomar de la criatura que está sometida al Padre y al Hijo, lo que dijo, de lo mío tomará, sino ciertamente del Padre, de quien procede el Espíritu, de quien también es nacido el Hijo.

Y he sido glorificado, dice, en ellos. Ahora dice que su glorificación ha sido hecha, cuando aún estaba por hacerse: pero antes pedía al Padre que se hiciera. Pero si esa es la glorificación de la que había dicho: Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tuve

antes que el mundo existiera, junto a ti, ciertamente debe investigarse. Pues si junto a ti, ¿cómo en ellos? O cuando esto mismo se les da a conocer a ellos, y por ellos a todos los que creen en ellos como sus testigos, podemos claramente entender que el Señor dijo de los Apóstoles que ha sido glorificado en ellos. Pues al decir que ya se ha hecho, muestra que ya estaba predestinado, y quiso que se tuviera por cierto lo que iba a suceder.

Y ya, dice, no estoy en el mundo, y ellos están en el mundo. Si consideras el momento en que hablaba, ambos aún estaban en el mundo, él, ciertamente, y aquellos de quienes decía esto. Pues no podemos ni debemos entenderlo según el progreso del corazón y de la vida, para que ellos por eso se digan aún estar en el mundo, porque aún piensan en cosas mundanas; y él ya no estar en el mundo, pensando en cosas divinas. Pues aquí se ha puesto una palabra que no nos permite entenderlo de ninguna manera así, porque no dijo: Y no estoy en el mundo, sino: Ya no estoy en el mundo, mostrando con esto que había estado en el mundo, ya no está. ¿Es lícito, por tanto, creer que alguna vez pensó en cosas mundanas, y liberado de este error, ya no piensa en ellas? ¿Quién se revestirá de un sentido tan impío? Queda, por tanto, que según lo que también él estaba en el mundo antes, dijo que ya no está en el mundo, ciertamente por la ausencia corporal, su ausencia del mundo, ciertamente, ya pronto, la de ellos más tarde: mostrando con esto, que ya no está aquí, pero ellos están aquí, cuando tanto él como ellos aún estaban aquí. Pues así habló un hombre congruente con los hombres, como es el modo de hablar humano. ¿Acaso no decimos diariamente: Ya no está aquí, de alguien que pronto se irá? Y sobre todo esto se suele decir de los que van a morir, aunque el mismo Señor, como previendo lo que podría mover a los lectores, añadió:

Y yo voy a ti. Así explicando de alguna manera por qué dijo: Ya no estoy en el mundo. Por tanto, encomienda al Padre a aquellos que va a dejar con su ausencia corporal, diciendo:

Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me diste. Ciertamente como hombre ruega a Dios por sus discípulos que recibió de Dios. Pero presta atención a lo que sigue:

Para que sean, dice, uno, como nosotros. No dijo: Para que con nosotros sean uno; o: Para que seamos uno ellos y nosotros, como nosotros somos uno; sino que dijo: Para que sean uno, como nosotros. Ciertamente ellos en su naturaleza sean uno, como nosotros en la nuestra somos uno. Lo que sin duda no diría verdaderamente, si no lo dijera Dios, que es Dios de la misma naturaleza, de la cual es también el Padre, según lo que en otro lugar dijo: Yo y el Padre somos uno (Juan X), no según lo que también es hombre; pues según esto, el Padre es mayor que yo dijo (Juan XIV).

Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre. Yo, dice, viniendo a ti, guárdalos en tu nombre, en el cual, cuando estaba con ellos, yo mismo los guardaba. En el nombre del Padre guardaba a sus discípulos el Hijo hombre, estando con ellos en presencia humana. Pero también el Padre en el nombre del Hijo los guardaba, a quienes escuchaba pidiendo en el nombre del Hijo. Pues a estos mismos el Hijo les había dicho: En verdad, en verdad os digo, si algo pedís al Padre en mi nombre, os lo dará. Ni debemos tomar esto tan carnalmente, como si el Padre y el Hijo nos guardaran alternativamente, con la custodia de ambos alternando en guardarnos, como si uno sucediera al otro cuando el otro se va. Pues el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que es un verdadero Dios bienaventurado, nos guardan juntos. Pero la Escritura no nos eleva, si no desciende a nosotros, como el Verbo hecho carne descendió para elevarnos, no cayó para yacer. Si reconocemos al que desciende, con el que levanta nos levantamos, y entendamos, cuando así habla, que distingue personas, no separa naturalezas. Cuando, por tanto, el Hijo guardaba a sus discípulos con presencia corporal, no esperaba el Padre para suceder al Hijo que se iba, sino que ambos los guardaban con poder

espiritual; y cuando yendo el Hijo quitó la presencia corporal, mantuvo con el Padre la custodia espiritual, porque también cuando el Hijo hombre recibió a los que debían ser guardados, no los quitó de la custodia paterna; y cuando el Padre dio al Hijo a los que debían ser guardados, no los dio sin él a quien los dio, sino al Hijo hombre no sin Dios, ciertamente el mismo Hijo. Por tanto, sigue el Hijo, y dice:

A los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos pereció, sino el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura. Se llamó hijo de perdición al traidor de Cristo, destinado a la perdición, según la Escritura, porque de él se profetiza principalmente en el salmo ciento ocho.

Ahora, dice, voy a ti; y hablo estas cosas en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. He aquí que dice que habla en el mundo, quien poco antes había dicho: Ya no estoy en el mundo. Lo cual, por qué lo dijo, lo expusimos allí, más bien mostramos que él mismo lo expuso. Por tanto, porque aún no había partido, aún estaba aquí; y porque pronto iba a partir, de alguna manera ya no estaba aquí. Pero, ¿qué es este gozo, del que dice: Para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos, ya se expresó anteriormente, donde dijo: Para que sean uno, como nosotros. Este gozo suyo, es decir, conferido por él a ellos, dice que se cumplirá en ellos, por lo cual dijo que habló en el mundo. Esta es aquella paz y bienaventuranza en el futuro siglo; para cuya consecución, se debe vivir templada, justa y piadosamente en este siglo. Hablando aún el Señor al Padre, y orando por sus discípulos, dice:

Yo les he dado tu palabra, y el mundo los odió. Aún no lo habían experimentado con sus sufrimientos, que los siguieron después; pero dice estas cosas, como es su costumbre, prediciendo en palabras de tiempo pasado lo que está por venir. Luego, añadiendo la causa por la cual el mundo los odió:

Porque no son, dice, del mundo, como yo no soy del mundo. Esto se les concedió por regeneración. Pues por generación eran del mundo: por lo cual ya les había dicho: Yo os elegí del mundo. Por tanto, se les concedió, que como él, tampoco ellos fueran del mundo, liberándolos él del mundo. Pero él nunca fue del mundo, quien también según la forma de siervo nació del Espíritu Santo, de quien ellos renacieron. Pues si por eso ellos ya no son del mundo, porque renacieron del Espíritu Santo, por eso él nunca fue del mundo, porque nació del Espíritu Santo:

No ruego, dice, que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. Pues aún necesitaban, aunque ya no eran del mundo, estar sin embargo en el mundo. Repite la misma sentencia.

Del mundo, dice, no son, como yo no soy del mundo. Santificalos en la verdad. Pues así se guardan del mal, lo que antes oró para que se hiciera. Pero puede preguntarse cómo ya no eran del mundo, si aún no estaban santificados en la verdad. O si ya lo estaban, ¿por qué pide que lo sean? ¿O porque también santificados, progresan en la misma santidad, y se hacen más santos, y esto no sin la ayuda de la gracia de Dios, sino que él, santificándolos, hace progresar lo que santificó al principio? De donde también el Apóstol dice: El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús (Filip. I). Por tanto, se santifican en la verdad los herederos del nuevo testamento; cuya verdad eran sombras las santificaciones del antiguo testamento. Y cuando se santifican en la verdad, ciertamente se santifican en Cristo, quien verdaderamente dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV). También cuando dijo: La verdad os hará libres (Juan VIII), poco después explicando lo que dijo: Si el Hijo os libera, entonces seréis verdaderamente libres (Ibid.). Para mostrar que

esto primero lo dijo la Verdad, lo que después el Hijo. ¿Qué otra cosa, por tanto, dijo también en este lugar: Santificalos en la verdad, sino: Santificalos en mí? Finalmente sigue, y no deja de insinuarlo más claramente.

Tu palabra, dice, es verdad. ¿Qué otra cosa dijo sino: Yo soy la verdad? Pues el Evangelio griego tiene Λόγος, que también se lee allí donde se dijo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I). Y ciertamente conocemos que el mismo Verbo es el Hijo unigénito de Dios, que se hizo carne, y habitó entre nosotros (Ibid.). De donde también aquí puede ponerse, y en algunos códices está puesto: Tu Verbo es verdad, como en algunos códices también allí está escrito: En el principio era el sermón. Pero en griego sin ninguna variación tanto allí como aquí es Λόγος. Por tanto, el Padre santifica en la verdad, es decir, en su Verbo, en su unigénito, a sus herederos, y co-herederos de él. Pero ahora aún habla de los apóstoles, pues sigue y añade:

Como tú me enviaste al mundo, yo también los he enviado al mundo. ¿A quiénes envió, sino a sus apóstoles? Pues el mismo nombre ἀπόστολος, porque es griego, no significa otra cosa que enviado en latín. Por tanto, Dios envió a su Hijo, no en carne de pecado, sino en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII); y el Hijo envió a aquellos que nacidos en carne de pecado santificó de la mancha del pecado. Pero porque por esto que el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, se hizo cabeza de la Iglesia, ellos son sus miembros; por eso dice lo que sigue:

Y por ellos yo me santifico a mí mismo. Pues, ¿qué es: Y por ellos yo me santifico a mí mismo, sino: Los santifico en mí mismo? pues también ellos son yo, porque de quienes dijo esto, como dije, son sus miembros, y uno es Cristo cabeza y cuerpo, enseñando el Apóstol, y diciendo de la descendencia de Abraham: Si vosotros sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham (Gál. III), cuando había dicho antes: No dice: Y a las descendencias, como si fueran muchas, sino, como en uno: Y a tu descendencia, que es Cristo (Ibid.). Si, por tanto, descendencia de Abraham, esto es Cristo, ¿qué otra cosa se dijo, a quienes se dijo: Entonces sois descendencia de Abraham, sino: Entonces sois de Cristo? De ahí es que en otro lugar el mismo Apóstol dice: Ahora me gozo en mis sufrimientos por vosotros, y completo lo que falta de las tribulaciones de Cristo, en mi carne (Col. I). No dijo de mis tribulaciones, sino de Cristo, porque era miembro de Cristo. Luego añade:

Para que también ellos sean santificados en la verdad. ¿Qué es esto, sino en mí? según lo que la Verdad es aquel Verbo en el principio, Dios, en quien también el mismo Hijo del hombre fue santificado desde el principio de su creación, cuando el Verbo se hizo carne, porque una persona se hizo el Verbo y el hombre. Entonces, por tanto, se santificó a sí mismo en sí mismo, esto es, al hombre en sí mismo, en el Verbo, porque uno es Cristo Verbo y hombre, santificando al hombre en el Verbo. Pero por sus miembros: Y por ellos, dice, yo. Es decir, lo que prometí también a ellos, porque también ellos son yo; como me aprovechó en mí mismo, porque soy hombre sin ellos, y yo me santifico a mí mismo, esto es, a ellos en mí, como a mí mismo, los santifico yo, porque en mí también ellos son yo. Para que también ellos sean santificados en la verdad. ¿Qué es: Y también ellos, sino: como yo en la Verdad, que soy yo?

No ruego por ellos solamente. Es decir, por los discípulos que estaban con él entonces.

Pero también por ellos, dice, que han de creer en mí por la palabra de ellos. Donde quiso que se entendieran todos los suyos, no solo los que entonces estaban en la carne, sino también los que habrían de venir. Porque todos los que después creyeron en él, sin duda creyeron por la

palabra de los apóstoles, y hasta que venga seguirán creyendo. A ellos les había dicho: Y vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo. Y por ellos se ministró el Evangelio, incluso antes de que se escribiera. Y ciertamente, cualquiera que cree en Cristo, cree en el Evangelio. Por tanto, no solo deben entenderse aquellos a quienes dijo que creerían en él por la palabra de ellos, que escuchaban a los apóstoles cuando vivían en la carne, sino también después de su muerte, y nosotros, nacidos mucho después, creemos en Cristo por su palabra, porque ellos, que estuvieron con él entonces, predicaron a los demás lo que oyeron de él; y así su palabra llegó hasta nosotros, para que también nosotros creyéramos, dondequiera que esté su Iglesia, y llegará a los que vendrán después, quienesquiera que sean los que después crean en él. Por lo tanto, puede parecer que Jesús, en esta oración, no oró por algunos de los suyos, a menos que examinemos cuidadosamente sus palabras en la misma oración. Porque si primero oró por aquellos que estaban con él entonces, como ya hemos mostrado, y luego también por aquellos que habrían de creer en él por la palabra de ellos, se puede decir que no oró por aquellos que ni entonces estaban con él cuando decía estas cosas, ni después por la palabra de ellos, sino que ya habían creído en él, ya sea por ellos o de cualquier otra manera. ¿Acaso estaba entonces con él Natanael? ¿Acaso José de Arimatea, quien pidió su cuerpo a Pilato, de quien este mismo evangelista Juan testifica que ya era su discípulo? ¿Acaso María, su madre, y otras mujeres que ya entonces aprendimos que eran sus discípulas en el Evangelio, acaso estaban entonces con él, de quienes a menudo dice el mismo evangelista Juan: Muchos creyeron? ¿De dónde era aquella multitud de los que con ramas en parte precedían, en parte seguían al que montaba en el asno, diciendo: Bendito el que viene en el nombre del Señor (Sal. VIII)? Y con ellos los niños, de quienes se dice que fue predicho: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza (I Cor. XV)? ¿De dónde los quinientos hermanos, a quienes no se habría aparecido simultáneamente después de la resurrección, si no hubieran creído en él antes? ¿De dónde aquellos ciento nueve, que con estos once eran ciento veinte, cuando reunidos después de su ascensión esperaron y recibieron el Espíritu Santo prometido (Hech. I)? ¿De dónde eran todos estos, sino de aquellos de quienes se dijo: Muchos creyeron en él (Juan II)? Por lo tanto, el Salvador no oró entonces por ellos, porque oró por aquellos que estaban con él entonces, y por otros que por la palabra de ellos no habían creído aún en él, pero habrían de creer. Pero estos ni estaban con él entonces, y ya habían creído en él antes. Omito hablar de Simeón el anciano, que creyó en el niño; de Ana la profetisa (Luc. II); de Zacarías y Elisabet (Luc. I), que lo profetizaron antes de que naciera de la Virgen; de su hijo Juan, su precursor, amigo del esposo, que lo reconoció en el Espíritu Santo, y lo predicó ausente, y lo mostró a otros para que lo reconocieran cuando estaba presente (Juan I). Omito a estos, porque se puede responder que no era necesario orar por tales muertos, que con grandes méritos partieron de aquí, y descansaban recibidos, pues esto mismo se responde de los antiguos justos. ¿Quién de ellos podría haber sido salvo de la condenación de toda la masa de perdición, que fue hecha por un solo hombre, si no hubiera creído en el único Mediador entre Dios y los hombres que habría de venir en la carne, revelado por el Espíritu? Pero, ¿acaso no era necesario orar por los apóstoles, y no era necesario orar por tantos que aún estaban en esta vida, y que no estaban con él entonces, y ya habían creído antes? ¿Quién diría esto? Por lo tanto, debe entenderse que aún no habían creído en él de la manera en que él quería que se creyera en sí mismo, puesto que incluso Pedro, a quien confesando y diciendo, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mat. XVI), había dado tan gran testimonio, más bien no quería que muriera, que creer que resucitaría muerto; por lo cual fue llamado Satanás por él (Marc. VIII). Por lo tanto, se encuentran más fieles aquellos que ya habían muerto, y no dudaban que Cristo resucitaría, revelado por el Espíritu, que aquellos que, habiendo creído que él redimiría a Israel, al ver su muerte, perdieron toda la esperanza que tenían en él. Por lo tanto, no creemos nada mejor que después de su resurrección, impartido el Espíritu Santo, enseñados y

confirmados los apóstoles, y constituidos primero como doctores en la Iglesia, otros creyeron por su palabra, como debía creerse en Cristo; es decir, que mantuvieran la fe en su resurrección, y por esto, todos aquellos que ya parecían haber creído en él pertenecían al número de aquellos por quienes oró, diciendo: No ruego solo por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por la palabra de ellos. Pero nos queda aún por resolver esta cuestión el bienaventurado apóstol Pablo, y aquel ladrón cruel en el crimen, fiel en la cruz. Porque el apóstol Pablo no por hombres, ni por hombre, sino por Jesucristo, dice que fue hecho apóstol (Gál. I), y hablando de su evangelio dice: Porque yo no lo recibí de hombre, ni lo aprendí, sino por revelación de Jesucristo (Ibid.). ¿Cómo, pues, estará entre aquellos de quienes se dijo: Han de creer en mí por la palabra de ellos? Pero aquel ladrón creyó entonces, cuando en los mismos doctores la fe que había, de cualquier manera, falló. Ni él, por lo tanto, creyó en Cristo Jesús por la palabra de ellos, y sin embargo creyó de tal manera, que confesó que aquel a quien veía crucificado, no solo resucitaría, sino que también reinaría, diciendo: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino (Luc. XXIII). Por lo tanto, queda que si el Señor Jesús en esta oración debe creerse que oró por todos los suyos, quienesquiera que en esta vida (que es tentación sobre la tierra [Job. VII]) o entonces eran, o habrían de ser, entendamos así lo que se dijo, por la palabra de fe que predicaron en el mundo, creamos que aquí se significó: pero se dijo su palabra, porque por ellos fue predicada primero y principalmente. Pues ya por ellos se predicaba en la tierra, cuando por revelación de Jesucristo Pablo recibió la misma palabra de ellos; por lo cual también conferenció con ellos el Evangelio, no fuera que hubiera corrido en vano, o corriera (Gál. II); y le dieron la diestra, porque también en él, aunque no le fue dado por ellos, sin embargo encontraron su palabra, que ya predicaban, y en la que estaban fundados; de la cual palabra de la resurrección de Cristo el mismo apóstol dice: Sea yo, sean ellos, así predicamos, y así creísteis (I Cor. XV). Y de nuevo: Esto es, dice, la palabra de fe que predicamos, que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo (Rom. X). Y en los Hechos de los Apóstoles se lee que en Cristo Dios definió la fe a todos, levantándolo de los muertos. Esta palabra de fe, porque principalmente y primero por los apóstoles que se le adherían, fue predicada, por eso se dijo su palabra (Hech. XVII). Pues no por eso no es palabra de Dios, porque se dijo su palabra, cuando el mismo apóstol dice que los Tesalonicenses la recibieron de él no como palabra de hombres, sino como es, dice, verdaderamente palabra de Dios (I Tes. II). Por eso, pues, de Dios, porque Dios la dio. Pero se dijo su palabra, porque Dios la encomendó primero y principalmente a ellos para que la predicaran. Por lo tanto, en aquella oración por todos los que redimió, ya sea entonces viviendo en la carne, ya sea futuros después, nuestro Redentor oró, cuando rogando por los apóstoles que estaban con él entonces, añadió también a aquellos que por su palabra habrían de creer en él. Cuando, pues, el Señor Jesús oró por sus discípulos que tenía entonces consigo, y añadió a sus otros, diciendo: No ruego solo por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por la palabra de ellos, como si preguntáramos qué o por qué rogaba por ellos, inmediatamente añadió diciendo:

Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que también ellos en nosotros sean uno. Y anteriormente, cuando aún oraba solo por los discípulos que tenía consigo: Padre santo, dijo, guárdalos en tu nombre, los que me diste, para que sean uno, como nosotros. Esto, pues, también ahora rogó por nosotros, lo que entonces por ellos, para que todos, es decir, tanto nosotros como ellos, seamos uno. Donde debe advertirse cuidadosamente que el Señor no dijo: para que todos seamos uno, sino para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, se sobreentendiendo somos uno. Lo cual se dice más apropiadamente después, porque antes había dicho de los discípulos que estaban con él para que sean uno, como nosotros. Por lo tanto, así es el Padre en el Hijo, y el Hijo en el Padre, para que sean uno, porque son de una sola sustancia. Nosotros, sin embargo, podemos estar en ellos, pero no

podemos ser uno con ellos, porque no somos de una sola sustancia con ellos, en cuanto el Hijo con el Padre es Dios. Pues en cuanto es hombre, es de la misma sustancia de la que nosotros somos. Pero ahora quiso más bien recomendar aquello que en otro lugar dice: Yo y el Padre somos uno. Donde significó que la naturaleza del Padre y la suya es la misma, y por esto, cuando también en nosotros están el Padre y el Hijo, o incluso el Espíritu Santo, no debemos pensar que son de una sola naturaleza con nosotros. Así, pues, están en nosotros, o nosotros en ellos, para que sean uno en su naturaleza, nosotros uno en la nuestra. Porque ellos están en nosotros, como Dios en su templo. Pero nosotros estamos en ellos, como criatura en su Creador. Luego, cuando dijo para que también ellos en nosotros sean uno, añadió:

Para que el mundo crea que tú me enviaste. ¿Qué es, pues, que todos sean uno, para que el mundo crea? Porque ellos mismos Todos, son el mundo creyente. Pues no son otros los que eran uno, y otro es el mundo que habría de creer porque ellos eran uno, cuando sin duda dice de estos: Para que todos sean uno, de quienes había dicho: No ruego solo por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por la palabra de ellos, añadiendo inmediatamente para que todos sean uno. Pero estos todos, ¿quién sino el mundo es, no hostil ciertamente, sino fiel? Pues he aquí que quien había dicho No ruego por el mundo, ruega por el mundo, para que crea, porque es el mundo del que está escrito: Para que no seamos condenados con este mundo (I Cor. XI). Por este mundo no ruega; pues no ignora para qué está predestinado. Y hay un mundo del que está escrito: No vino el Hijo del Hombre para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (Juan III). De donde también el Apóstol: Dios estaba, dice, en Cristo, reconciliando al mundo consigo (II Cor. V). Por este mundo dice: Para que el mundo crea que tú me enviaste. Por esta fe, pues, el mundo se reconcilia con Dios, cuando cree en Cristo, que fue enviado por Dios. ¿Cómo, pues, entenderemos lo que dice: Para que también ellos en nosotros sean uno, para que el mundo crea que tú me enviaste, sino porque no puso la causa en que el mundo crea porque ellos son uno, como si creyera por ver que ellos son uno, cuando el mismo mundo es, todos los que creyendo se hacen uno; sino que orando dijo: Para que el mundo crea, como orando dijo: Para que todos sean uno, orando dijo: Para que también ellos en nosotros sean uno; porque esto es que todos sean uno, lo que es que el mundo crea, porque creyendo se hacen uno, y perfectamente uno, quienes siendo uno en naturaleza, disintiendo de uno, no eran uno? Finalmente, si entendemos la palabra que dice, ruego, como subentendida por tercera vez, o más bien, para que sea más completo, la pongamos en todas partes, la exposición de esta sentencia será más clara: Ruego para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti. Ruego para que también ellos en nosotros sean uno. Ruego para que el mundo crea que tú me enviaste. Por eso, pues, añadió lo que dijo, En nosotros, para que lo que nos hacemos uno por la caridad fidelísima, sepamos que debe atribuirse a la gracia de Dios, no a nosotros, como el Apóstol cuando dijo: Porque fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz, dice (Efes. V); y para que no se lo atribuyeran a sí mismos, añadió en el Señor (Ibid.). Luego nuestro Salvador, rogando al Padre, se mostraba hombre. Ahora mostrando también a sí mismo, porque con el Padre es Dios, hace lo que ruega:

Y yo, dice, la gloria que me diste, se la he dado a ellos. ¿Qué gloria, sino la inmortalidad, que la naturaleza humana en él habría de recibir? Pues ni él mismo la había recibido aún, pero a su manera, debido a la inmutabilidad de la predestinación, con palabras de tiempo pasado significa lo futuro, que ahora glorificado, es decir, resucitado por el Padre, y él mismo nos resucitará a esa gloria al final. Esto es similar a lo que dice en otro lugar: Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere (Juan V). ¿Y a quiénes, sino a los mismos a quienes el Padre? Porque todo lo que el Padre hace, no otras cosas, sino estas mismas hace el Hijo, ni de otra manera, sino de manera similar; y por esto

también resucitó incluso a sí mismo. Pues de dónde es: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Por lo tanto, la gloria de la inmortalidad que dice que le fue dada por el Padre, también debe entenderse que él mismo se la dio, aunque no lo dice. Por eso, pues, a menudo dice que solo el Padre hace lo que él también hace, para que, siendo con el Padre, le atribuya lo que es de quien es. Pero a veces, incluso sin mencionar al Padre, dice que él hace lo que hace con el Padre, para que entendamos que así como el Hijo no debe separarse de la obra del Padre cuando, sin mencionarse a sí mismo, se dice que el Padre hace algo, de la misma manera el Padre no se separa de la obra del Hijo cuando, sin mencionarse al Padre, se dice que el Hijo hace algo que, no obstante, el Padre también hace. Por lo tanto, en este lugar, aunque dijo: La gloria que me diste, porque también él se la dio a sí mismo. Ni hizo al Padre ajeno a su obra, aunque dijo se la he dado a ellos, porque también el Padre se la dio a ellos. Pues las obras no solo del Padre y del Hijo, sino también del Espíritu Santo, son inseparables. Así como por el hecho de que rogó al Padre por todos los suyos, quiso que se hiciera esto, para que todos sean uno; así también por este beneficio suyo que dice: La gloria que me diste, se la he dado a ellos, quiso que se hiciera lo mismo. Pues inmediatamente añadió:

Para que sean uno, como nosotros somos uno; luego añadió: Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad. Aquí se insinuó brevemente como mediador entre Dios y los hombres. Pues no se dijo esto como si el Padre no estuviera en nosotros, o nosotros en el Padre, ya que en otro lugar dijo: Vendremos a él, y haremos morada con él (Juan XIV); y aquí poco antes no dijo: Yo en ellos, y tú en mí, lo que ahora dijo: O ellos en mí, y yo en ti, sino tú en mí, y yo en ti, y ellos en nosotros. Lo que ahora dice: Yo en ellos, y tú en mí, se dijo desde la persona del Mediador, como aquello que el Apóstol dice: Vosotros de Cristo, y Cristo de Dios (II Cor. III). Lo que añade: Para que sean perfectos en unidad, muestra que la reconciliación, que se realiza por el Mediador, se lleva a cabo para que disfrutemos de la perfecta bienaventuranza, a la que ya nada se le puede añadir. Por eso lo que sigue: Para que el mundo conozca que tú me enviaste, no creo que deba entenderse como si hubiera dicho de nuevo: Para que el mundo crea. A veces conocer se usa en lugar de creer, como cuando dice un poco antes: Y conocieron verdaderamente que salí de ti, y creyeron que tú me enviaste. Dijo después creyeron, lo que antes había dicho conocieron. Pero aquí, puesto que habla de la consumación, debe entenderse un conocimiento tal como será por visión, no como ahora es por fe. Pues parece que se ha mantenido el orden en lo que dijo poco antes: Para que el mundo crea; pero aquí: Para que el mundo conozca. Allí, aunque dijo para que todos sean uno, y en nosotros sean uno, no dijo sin embargo sean perfectos en uno, y así añadió: Para que el mundo crea que tú me enviaste. Aquí, sin embargo: Para que sean, dice, perfectos en uno; y luego no añadió para que el mundo crea, sino para que el mundo conozca que tú me enviaste. Pues mientras creemos lo que no vemos, aún no estamos consumados como lo estaremos cuando merezcamos ver lo que creemos. Por tanto, allí dijo con toda propiedad: Para que el mundo crea; aquí: Para que el mundo conozca. Sin embargo, tanto allí como aquí, porque tú me enviaste, para que sepamos cuánto concierne a la inseparable caridad del Padre y del Hijo, esto creemos ahora, hacia lo cual tendemos creyendo conocer. Si hubiera dicho: para que conozcan que tú me enviaste, valdría tanto como lo que dijo: Para que el mundo conozca. Ellos son el mundo, no permaneciendo como enemigos, como es el mundo destinado a la condenación, sino hecho amigo de enemigo, por quien Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo (II Cor. V); por eso dijo: Yo en ellos, y tú en mí, como si dijera: Yo en ellos a quienes me enviaste, y tú en mí, reconciliando el mundo contigo por mí. Por eso sigue también lo que dijo:

Y los amaste, como también a mí me amaste. En el Hijo ciertamente nos ama el Padre, porque en él nos eligió antes de la fundación del mundo. Pues quien ama al unigénito,

ciertamente ama también a sus miembros, que adoptó en él por él. No por eso somos iguales al unigénito Hijo, por quien fuimos creados y recreados, porque se dijo: Los amaste, como también a mí. Pues no siempre significa igualdad quien dice: Como esto, así también aquello; sino a veces solo porque esto es, también aquello es; o porque esto es, para que también aquello sea. Pues ¿quién diría que los apóstoles fueron enviados al mundo por Cristo de la misma manera que él fue enviado por el Padre? Pues para no mencionar otras diferencias, que sería largo enumerar, ciertamente ellos fueron enviados cuando ya eran hombres, pero él fue enviado para ser hombre; y sin embargo, antes dijo: Como tú me enviaste al mundo, también yo los envié al mundo, como si dijera: Porque tú me enviaste, yo los envié. Así también en este lugar: Los amaste, dice, como también a mí me amaste, lo cual no es otra cosa que los amaste, porque también a mí me amaste. Pues no amaría los miembros del Hijo quien ama al Hijo. O ¿hay otra causa para amar sus miembros, sino porque lo ama a él? Pero ama al Hijo según la divinidad, porque lo engendró igual a sí mismo. También lo ama según lo que es hombre, porque el mismo unigénito Verbo se hizo carne (Juan I), y por el Verbo le es querida la carne del Verbo. A nosotros, sin embargo, nos ama, porque somos miembros de aquel a quien ama; y para que fuéramos esto, por eso nos amó antes de que existiéramos. Por tanto, incomprensible es el amor con que Dios ama, ni es mutable. Pues no es que desde que fuimos reconciliados con él por la sangre de su Hijo, comenzara a amarnos; sino que antes de la fundación del mundo nos amó, para que con su unigénito también nosotros fuéramos sus hijos, antes de que fuéramos algo en absoluto. Por tanto, que fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, no debe escucharse, no debe entenderse, como si el Hijo nos hubiera reconciliado con él para que comenzara a amar a quienes odiaba: como se reconcilia un enemigo con otro enemigo, para que luego sean amigos, y se amen mutuamente quienes se odiaban mutuamente; sino que ya nos amaba cuando fuimos reconciliados con él, con quien por el pecado teníamos enemistad. Que si digo la verdad, lo atestigua el Apóstol: Dios, dice, muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Por tanto, tenía él amor hacia nosotros, incluso cuando ejercíamos enemistad contra él, obrando iniquidad; y sin embargo, se le dice con toda verdad: Odiaste, Señor, a todos los que obran iniquidad. Por tanto, de manera maravillosa y divina, incluso cuando nos odiaba, nos amaba; pues nos odiaba tal como no nos había hecho, y porque nuestra iniquidad no había consumido por completo su obra en nosotros, sabía al mismo tiempo en cada uno de nosotros odiar lo que habíamos hecho, y amar lo que él había hecho. Y esto puede entenderse en todos respecto a aquel a quien se dice con verdad: No odiaste nada de lo que hiciste (Sab. XI). Pues no habría querido que existiera lo que odiaba, ni existiría en absoluto lo que el omnipotente no hubiera querido que existiera, a menos que incluso en lo que odia, hubiera también algo que amar. Con razón, pues, odia, y, como regla de su arte, desaprueba el vicio ajeno; sin embargo, ama lo suyo incluso en el vicio por su beneficio de sanación o juicio de condenación. Así, Dios no odia nada de lo que ha hecho. Pues creador de naturalezas, no de vicios, los males que odia, él no los hizo, y de esos mismos males, ya sea sanándolos por misericordia, o ordenándolos por juicio, son buenos los mismos que hizo. Por tanto, de lo que ha hecho, no odia nada, ¿quién podría expresar dignamente cuánto ama a los miembros de su unigénito, y cuánto más a su unigénito mismo, en quien fueron creadas todas las cosas visibles e invisibles, que en sus géneros ordenadas, ama ordenadísimamente? Pues lleva a los miembros del unigénito a la igualdad con los santos ángeles por la largueza de su gracia; pero el unigénito, siendo Señor de todos, sin duda es Señor de los ángeles, por naturaleza como Dios, no igual a los ángeles, sino más bien al Padre; pero por la gracia como hombre, ¿cómo no excede la excelencia de cualquier ángel, siendo una persona de carne y Verbo? El Señor Jesús eleva a los suyos a una gran esperanza, que no puede ser mayor. Escuchad, y estad gozosos en la esperanza, por lo cual esta vida no debe ser amada, sino tolerada, para que podáis ser pacientes en su tribulación. Escuchad, digo, y prestad atención a donde se eleva

nuestra esperanza. Cristo Jesús dice; el Hijo unigénito de Dios, que es coeterno y coigual al Padre, dice, quien por nosotros se hizo hombre, pero no como todo hombre mentiroso, dice; el camino, la vida, la verdad dice; quien aún no ha vencido, dice de aquellos sobre quienes ha vencido; escuchad, creed, esperad, deseáis lo que dice:

Padre, dice, aquellos que me diste, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo. ¿Quiénes son estos, a quienes dice que el Padre le dio? ¿No son aquellos de quienes en otro lugar dice: Nadie viene a mí, si el Padre que me envió no lo atrae (Juan VI)? Ya sabemos cómo lo que dice que hace el Padre, también lo hace él con el Padre, si hemos progresado en este Evangelio. Son, pues, aquellos que recibió del Padre, a quienes él mismo eligió del mundo. ¿Para qué los eligió? Para que ya no sean del mundo, como tampoco él es del mundo, y sin embargo, ellos también sean el mundo creyente, y reconozcan que Cristo fue enviado por Dios Padre, para que el mundo sea liberado del mundo, no sea que el mundo reconciliado con Dios sea condenado con el mundo más enemigo. Pues como dice al inicio de esta oración, le dio potestad sobre toda carne, es decir, sobre todo hombre, para que libere a quienes quiera, condene a quienes quiera, quien juzgará a vivos y muertos; pero dice que le fueron dados aquellos a quienes dará vida eterna. Pues así dice: Para que todo lo que le dio, les dé vida eterna. Por tanto, no le fueron dados aquellos a quienes no dará vida eterna, aunque también de ellos tiene potestad, cuando se le dio potestad sobre toda carne, es decir, sobre todo hombre. Así, el mundo reconciliado es liberado del mundo enemigo, cuando ejerce su potestad sobre él, para enviarlo a la muerte eterna; pero hace suyo a aquel a quien da vida eterna. Por tanto, a todas sus ovejas el buen pastor, a todos sus miembros la gran cabeza, prometió esta recompensa, para que donde él está, también nosotros estemos con él, y no podrá sino hacerse lo que el omnipotente Hijo dijo que quería al omnipotente Padre. Pues allí está también el Espíritu Santo igualmente eterno, igualmente Dios, el Espíritu uno de los dos, y la sustancia de la voluntad de ambos. Pues aquello que se lee que dijo al acercarse la pasión: Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre (Mat. XXVI), como si hubiera una voluntad del Padre y otra del Hijo, o hubiera sido, es el sonido de nuestra debilidad aunque fiel, que en sí mismo nuestra cabeza transfiguró, cuando también llevó nuestros pecados. Pero que la voluntad del Padre y del Hijo es una, de quienes también el Espíritu es uno, al cual añadido reconocemos la Trinidad, aunque la debilidad aún no permita entenderlo, que la piedad lo crea. Pero puesto que ya hemos dicho brevemente a quiénes prometió, y cuán firme es la promesa misma, veamos, en la medida de nuestras fuerzas, qué es lo que se dignó prometer. Aquellos que me diste, dice, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo. En cuanto a la criatura en la que fue hecho del linaje de David según la carne, ni él mismo estaba aún donde estaría; pero pudo decir de ese modo Donde yo estoy, lo que debemos entender que pronto ascendería al cielo, para que ya dijera que estaba allí donde pronto estaría. También pudo decirlo de la manera en que antes había dicho hablando a Nicodemo: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan III). Pues allí tampoco dijo Estará, sino Está, por la unidad de la persona, en la que Dios y hombre es, y hombre Dios. En el cielo, pues, prometió que estaríamos. Pues allí fue elevada la forma de siervo, que tomó de la Virgen, y colocada a la derecha del Padre. Por la esperanza de este gran bien también el Apóstol dice: Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo, por cuya gracia somos salvos, y juntamente nos resucitó en los celestiales en Cristo Jesús (Efes. II). Esto, pues, puede entenderse que dijo el Señor: Para que donde yo estoy, también ellos estén conmigo. Y él ciertamente dijo de sí mismo que ya estaba allí, pero de nosotros dijo que quería que estuviéramos allí con él, no mostró que ya estuviéramos. Pero el Apóstol habló como si ya se hubiera hecho lo que el Señor dijo que quería que se hiciera. Pues no dijo: Nos resucitará, y nos hará sentar en los

celestiales, sino: Nos resucitó, y nos hizo sentar en los celestiales, porque no considera hecho en vano, sino fielmente, lo que no duda que será. Pero en cuanto a la forma de Dios, en la que es igual al Padre, si queremos entender lo que se dijo: Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, que se aleje de la mente toda imaginación de imágenes corporales. Cualquier cosa que ocurra a la mente larga, ancha, gruesa, coloreada con cualquier luz corpórea, extendida por cualquier espacio de lugares finitos o infinitos: de todas estas cosas, tanto como pueda, aparte la mirada de su contemplación o intención; y no se inquiere dónde está el Hijo igual al Padre, pues nadie encuentra dónde no está; sino que quien quiera buscar, busque más bien estar con él, no en todas partes como él, sino dondequiera que pueda estar. Pues quien al hombre colgado penalmente y confesando saludablemente le dijo: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII), según lo que era hombre, su alma ese día estaría en el infierno, su carne en el sepulcro. Pero según lo que era Dios, ciertamente estaba también en el paraíso; y por eso el alma del ladrón, absuelta de sus antiguos crímenes, y ya bienaventurada por su don, aunque no pudiera estar en todas partes como él, sin embargo, incluso ese día podía estar con él en el paraíso, de donde aquel que siempre está en todas partes no se había apartado; por eso ciertamente no le bastó decir: Quiero que donde yo estoy, también ellos estén, sino que añadió conmigo. Pues estar con él es un gran bien. Pues también los miserables pueden estar donde él está, pues dondequiera que estén, también está él. Pero solo los bienaventurados están con él, porque no pueden ser bienaventurados, sino de él. ¿O no se dijo con verdad a Dios: Si subo al cielo, allí estás. Si desciendo al infierno, estás presente (Sal. CXXXVIII)? ¿O acaso Cristo no es la sabiduría de Dios, que alcanza en todas partes por su pureza? Pero la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan II). Por tanto, para tomar de una cosa visible aunque muy diferente un ejemplo cualquiera, así como el ciego, aunque esté donde está la luz, no está sin embargo él con la luz, sino que está ausente de la presente, así el infiel e impío, o incluso el fiel y piadoso, aún no idóneo para contemplar la luz de la sabiduría, aunque no pueda estar en ningún lugar donde no esté también Cristo, no está sin embargo él con Cristo, al menos por visión. Pues no se duda que el hombre piadoso y fiel está con Cristo por la fe; por lo cual dice: El que no está conmigo, está contra mí (Luc. XI). Pero cuando decía a Dios Padre: Aquellos que me diste, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, hablaba de aquella visión en la que lo veremos tal como es (I Juan III). Que nadie perturbe el sentido más sereno con una contradictoria nube. Que las consecuencias den testimonio a las palabras precedentes. Pues cuando dijo: Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, inmediatamente añadió:

Para que vean mi gloria, la que me diste, porque me amaste antes de la fundación del mundo. Dijo "para que vean", no "para que crean". Esta es la recompensa de la fe, no la fe misma. Pues si la fe, según está correctamente definida en la Epístola a los Hebreos, es la "convicción de lo que no se ve" (Hebr. XI), ¿por qué no definir la recompensa de la fe como la visión de lo que se creyó y se esperaba? Cuando veamos la gloria que el Padre dio al Hijo, incluso si entendemos que aquí se refiere no a la que el Padre le dio al engendrarlo igual a Él, sino a la que le dio al Hijo hecho hombre después de la muerte en la cruz, entonces, cuando veamos esa gloria del Hijo, ciertamente se llevará a cabo el juicio de los vivos y los muertos. Entonces el impío será apartado para que no vea la gloria del Señor (Isaías XXVI). ¿Y cuál, sino aquella en la que Dios es? Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios (Mateo XXV). Los impíos no son de corazón puro; por eso no verán. Entonces irán al castigo eterno (así será apartado el impío para que no vea la gloria del Señor), pero los justos irán a la vida eterna (Mateo XXVI). ¿Y qué es la vida eterna? Dice: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. No como lo conocieron aquellos que, aunque no de corazón puro, pudieron verlo juzgando en forma glorificada de siervo, sino

como debe ser conocido por los de corazón puro, el único Dios verdadero con el Padre y el Espíritu Santo, porque la misma Trinidad es el único Dios verdadero. Si, por tanto, tomamos esto dicho según lo que el Hijo de Dios es, igual y coeterno al Padre: "Quiero que donde yo estoy, ellos también estén conmigo", estaremos en el Padre con Cristo; pero Él como Él, nosotros como nosotros, dondequiera que estemos corporalmente. Pues si deben llamarse lugares aquellos que no contienen cuerpos, y cada cosa tiene su lugar donde está, el lugar eterno de Cristo, donde siempre está, es el Padre, y el lugar del Padre es el Hijo, porque dice: "Yo en el Padre, y el Padre en mí", y en esta oración: "Como tú, Padre, en mí, y yo en ti". Y nuestro lugar son ellos, porque sigue: "Para que ellos también sean uno en nosotros". Y nosotros somos el lugar de Dios, porque somos su templo, como ora por nosotros, quien murió por nosotros y vive por nosotros. En ellos somos uno, porque se ha hecho en paz su lugar, y su morada en Sion (Salmo LXXV), que somos nosotros. Pero, ¿quién es capaz de concebir estos lugares, o lo que hay en estos lugares, sin espacios amplios y sin movimientos corporales? Sin embargo, se avanza no poco si al menos se niega, rechaza y desaprueba cualquier cosa que tal vez se presente al ojo del corazón, y se concibe, como se pueda, una cierta luz en la que se deben negar, rechazar y desaprobare estas cosas, y se conoce y ama con certeza, para que desde allí se eleve y se tienda hacia lo interior. Cuando la mente, débil e impura en comparación con ellas, no pueda penetrar estas cosas, no sin el gemido del amor y las lágrimas del deseo, sea apartada de allí, y lo soporte pacientemente, mientras se purifica por la fe y se prepara con santas costumbres para poder habitar allí. ¿Cómo, entonces, no estaremos con Cristo donde Él está, cuando estaremos en el Padre con Él, en quien está? Tampoco el Apóstol nos ocultó esto, aunque aún no poseamos la realidad, pero sí la esperanza. Dice: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Colosenses III). He aquí, por ahora, nuestra vida por la fe y la esperanza está donde Cristo está, está con Él, porque está con Cristo en Dios. He aquí, como si ya se hubiera hecho lo que oró para que se hiciera diciendo: "Quiero que donde yo estoy, ellos también estén conmigo", pero ahora por la fe, ¿cuándo será por la visión? "Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria" (Ibid.). Entonces seremos manifestados como seremos entonces, porque entonces se manifestará que no creímos y esperamos en vano antes de ser. Esto lo hará aquel a quien el Hijo, cuando dijo: "Para que vean mi gloria, la que me diste", inmediatamente añadió: "Porque me amaste antes de la fundación del mundo". En Él, en efecto, nos amó antes de la fundación del mundo; y entonces predestinó lo que hará al final del mundo.

Padre, dice, justo, el mundo no te conoció. Porque eres justo, por eso no te conoció. Pues el mundo destinado a la condenación justamente no te conoció, pero el mundo que reconcilió consigo por Cristo, no por mérito, sino por gracia, te conoció. ¿Qué es conocerlo, sino la vida eterna, que ciertamente no dio al mundo condenado, pero sí al reconciliado? Por eso, el mundo no te conoció, porque eres justo, y le retribuiste con sus méritos para que no te conociera. Y por eso el mundo reconciliado te conoció, porque eres misericordioso, y para que te conociera, le ayudaste no por mérito, sino por gracia. Finalmente, sigue:

Yo te conocí. Él mismo es la fuente de la gracia, Dios por naturaleza, pero hombre por el Espíritu Santo y la virgen, por una gracia inefable. Finalmente, por Él, porque la gracia de Dios es por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII).

Y ellos conocieron, dice, que tú me enviaste. Él es el mundo reconciliado. Pero porque tú me enviaste, por eso conocieron; por lo tanto, conocieron por gracia.

Y les he dado a conocer tu nombre, dice, y lo daré a conocer. Lo he dado a conocer por la fe, lo daré a conocer por la visión. Lo he dado a conocer a los que peregrinan con fe, lo daré a conocer sin fin a los que reinan.

Para que el amor, dice, con que me amaste, esté en ellos, y yo en ellos. No es una expresión usual, "el amor con que me amaste". Usualmente se diría, "el amor con que me amaste". Esto se ha traducido del griego; pero hay expresiones similares en latín, como decimos: "Sirvió una fiel servidumbre, militó una esforzada milicia"; lo que parecería que debería decirse: "Sirvió con fiel servidumbre, militó con esforzada milicia". Pero tal expresión como "el amor con que me amaste", también la usó el Apóstol, "He peleado la buena batalla" (II Tim. IV); no dijo: "Con buena batalla", que sería más usual y aparentemente más correcto. ¿Cómo, entonces, el amor con que el Padre amó al Hijo está también en nosotros, sino porque somos sus miembros, y en Él somos amados, cuando Él mismo es amado en su totalidad, es decir, la cabeza y el cuerpo? Por eso añadió: "Y yo en ellos", como si dijera: Porque yo también estoy en ellos. De otra manera está en nosotros como en su templo, y de otra manera porque también nosotros somos Él, ya que, según lo que, para ser nuestra cabeza, se hizo hombre, somos su cuerpo.

La oración del Salvador ha terminado. Comienza la Pasión.

CAPÍTULO XVIII.

Después de haber dicho esto, Jesús salió con sus discípulos, etc. Esto, que narra la entrada del Señor con sus discípulos en el huerto, no ocurrió inmediatamente después de que terminó esa oración, de cuyas palabras dice: "Después de haber dicho esto, Jesús"; sino que hubo otras cosas interpuestas, que este evangelista omite, pero que se leen en otros evangelistas, así como en este se encuentran muchas cosas que aquellos igualmente omitieron en su narración. ¿Cómo, entonces, todos concuerdan entre sí, y no se contradice la verdad que se promete por uno, por otro, quien desee saberlo, no lo busque en estos sermones, sino en otros escritos laboriosos. No tomemos, por tanto, lo que dice: "Después de haber dicho esto, Jesús salió con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró él y sus discípulos", como si inmediatamente después de esas palabras hubiera entrado en ese huerto, sino que valga lo que se dijo: "Después de haber dicho esto, Jesús", para que no pensemos que entró antes de terminar esas palabras.

Pero Judas, dice, que lo traicionaba, conocía el lugar. El orden de las palabras es: Conocía el lugar, quien lo traicionaba, porque frecuentemente, dice, Jesús se reunía allí con sus discípulos. Allí, pues, el lobo cubierto con piel de oveja, y tolerado entre las ovejas por el alto consejo del padre de familia, aprendió dónde por un breve tiempo dispersaría el rebaño, atacando al pastor con insidias (Zacarías XIII).

Judas, pues, dice, habiendo tomado una cohorte, y de los principales sacerdotes y fariseos ministros, vino allí con linternas, antorchas y armas. La cohorte no era de judíos, sino de soldados. Por lo tanto, se entiende que fue tomada del gobernador, como para arrestar a un reo, manteniendo el orden de la potestad legítima, para que nadie se atreviera a oponerse a los que lo arrestaban. Aunque también se había reunido una gran multitud, y venía así armada, para aterrorizar o incluso resistir si alguien se atrevía a defender a Cristo. Pues su poder estaba oculto, y su debilidad se mostraba, de modo que estas cosas parecían necesarias a los enemigos contra aquel en quien nada habrían podido, sino lo que él quisiera, usando bien el bien de los malos, y haciendo el bien de los malos, para hacer buenos de los malos, y discernirlos de los malos.

Jesús, pues (como el evangelista continúa), sabiendo todas las cosas que le iban a suceder, salió y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús de Nazaret. Jesús les dice: Yo soy. Y estaba también Judas, el que lo traicionaba, con ellos. Cuando, pues, les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra. ¿Dónde está ahora la cohorte de soldados y los ministros de los principales sacerdotes y fariseos? ¿Dónde el terror y la protección de las armas? ¿Acaso no una sola voz diciendo "Yo soy" derribó, repelió y postró a una multitud tan feroz en odios y terrible en armas, sin ninguna arma? Pues Dios estaba oculto en la carne, y el día eterno estaba tan oculto en miembros humanos, que se le buscaba con linternas y antorchas. A punto de ser asesinado por las tinieblas, dice "Yo soy" y derriba a los impíos. ¿Qué hará cuando juzgue, quien hizo esto cuando iba a ser juzgado? ¿Qué podrá hacer cuando reine, quien pudo hacer esto cuando iba a morir? Y ahora en todas partes por el Evangelio dice Cristo "Yo soy", y los judíos esperan al Anticristo, para que retrocedan y caigan en tierra, porque abandonando las cosas celestiales, desean las terrenales. Ciertamente, los perseguidores vinieron con el traidor para arrestar a Jesús: encontraron a quien buscaban. Oyeron "Yo soy". ¿Por qué no lo arrestaron, sino que retrocedieron y cayeron, sino porque así lo quiso quien pudo hacer lo que quiso? Pero si nunca se permitiera ser arrestado por ellos, no harían lo que vinieron a hacer; pero él haría lo que vino a hacer. Pues ellos lo buscaban para matarlo con furia; pero él nos buscaba a nosotros muriendo. Por tanto, porque mostró su poder a los que temerariamente querían y no podían, ahora que lo arresten, para que haga de los ignorantes su voluntad.

Entonces les preguntó de nuevo: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús de Nazaret. Jesús respondió: Os he dicho que yo soy; si, pues, me buscáis, dejad ir a estos. Para que se cumpliera la palabra que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno. Si me buscáis, dice, dejad ir a estos. Ve a los enemigos, y hacen lo que él ordena. Dejan ir a aquellos que no quiere que perezcan. ¿Acaso no iban a morir después? ¿Por qué, entonces, si murieran entonces, los perdería, sino porque aún no creían en él como creen aquellos que no perecen?

Simón Pedro, pues, teniendo una espada, la sacó e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el nombre del siervo era Malco. Solo este evangelista también expresó el nombre de este siervo, como Lucas es el único que menciona que el Señor tocó su oreja y lo sanó (Lucas XXII). Malco se interpreta como "el que reinará". ¿Qué significa, entonces, la oreja cortada por el Señor y sanada por el Señor, sino el oído cortado por la antigüedad renovado, para que esté en la novedad del espíritu, y no en la antigüedad de la letra? Cuando esto se ha hecho por Cristo, ¿quién duda que reinará con Cristo? Pero el siervo fue encontrado, y esto pertenece a aquella antigüedad que engendra para la servidumbre, que es Agar (Gálatas III). Pero cuando llegó la sanidad, se figuró la libertad. Sin embargo, el hecho de Pedro fue desaprobado por el Señor, y prohibió que continuara, diciendo:

Mete tu espada en la vaina. ¿No he de beber el cáliz que el Padre me ha dado? Pues el discípulo quiso defender al maestro con su acción, no pensó en lo que se significaba. Y él, por tanto, debía ser advertido para la paciencia, y esto debía ser escrito para la comprensión. Pero el cáliz de la pasión que dice que le dio el Padre, ciertamente es lo que el Apóstol dice: "Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rom. VIII). Sin embargo, el autor de este cáliz es también él mismo quien lo bebe. Por eso el mismo Apóstol también dice: "Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad" (Efesios V).

La cohorte, pues, y el tribuno y los ministros de los judíos prendieron a Jesús y lo ataron. Prendieron a quien no se acercaron, porque aquel día permaneció, pero ellos eran tinieblas; ni

oyeron: "Acercaos a él y seréis iluminados" (Salmo XXXIII). Pues si se acercaran así, no lo prenderían con manos para matarlo, sino que lo recibirían con el corazón. Pero ahora, cuando lo prendieron de esa manera, entonces se alejaron más de él, y lo ataron a quien más bien debieron querer ser desatados. Y tal vez había entre ellos quienes entonces impusieron sus ataduras a Cristo, y después fueron liberados por él, diciendo: "Rompiste mis ataduras". Esto sea suficiente por hoy, se tratarán, si Dios quiere, en otro sermón las cosas que siguen.

Después de que los perseguidores, con Judas como traidor, prendieron al Señor, quien, como dice el Apóstol, "nos amó y se entregó a sí mismo" (Efesios V), "lo entregó por todos nosotros" (Romanos VIII), para que se entienda que Judas no es digno de alabanza por la utilidad de esta traición, sino condenable por la voluntad de su crimen,

Lo llevaron (como narra aquí el evangelista Juan) primero a Anás. Y no oculta la razón por la que se hizo así.

Porque era, dice, suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. Era, pues, dice, Caifás quien había dado el consejo a los judíos de que convenía que un hombre muriera por el pueblo. Con razón también Mateo, cuando quiso narrarlo brevemente, menciona que iba a ser llevado a Caifás, porque también fue llevado primero a Anás, ya que era su suegro. Donde se entiende que este mismo Caifás quiso que así fuera.

Seguía, pues, a Jesús Simón Pedro, y otro discípulo. ¿Quién es este discípulo? No se debe afirmar temerariamente, porque se omite. Sin embargo, Juan suele referirse a sí mismo de esta manera, y añadir: "A quien amaba Jesús". Tal vez, entonces, también aquí es él mismo. Sea quien sea, veamos lo que sigue.

Pero aquel discípulo, dice, era conocido del sumo sacerdote, y Pedro estaba afuera, a la puerta. Salió, pues, el discípulo que era conocido del sumo sacerdote y habló a la portera, e introdujo a Pedro. Dijo, pues, la criada portera a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Él dijo: No lo soy. He aquí la audacia del que prometía, y confiaba demasiado en sí mismo. ¿Dónde están aquellas palabras cuando dijo: "¿Por qué no puedo seguirte ahora? Mi vida pondré por ti" (Juan XIII). ¿Es esto seguir al maestro, negarse a ser su discípulo? ¿Así se pone la vida por el Señor, que se teme la voz de una criada para que no suceda? Pero, ¿qué maravilla si Dios predijo la verdad, y el hombre presumió falsamente? Ciertamente, en esta negación ya comenzada del apóstol Pedro, debemos advertir que no solo se niega a Cristo quien dice que él no es Cristo, sino también aquel que, siendo, niega ser cristiano. Pues el Señor no dijo a Pedro: Me negarás como mi discípulo, sino que me negarás. Por lo tanto, lo negó a él, cuando negó ser su discípulo. ¿Qué otra cosa, entonces, negó de esta manera, sino que negó ser cristiano? ¿Cuántos después, no digo ancianos y ancianas (en quienes la saciedad de esta vida pudo más fácilmente despreciar la muerte por la confesión de Cristo), ni solo jóvenes de ambos sexos (de quienes se espera convenientemente la fortaleza), sino también niños y niñas pudieron? Y una innumerable sociedad de santos mártires entró valiente y violentamente en el reino de los cielos, lo que entonces no pudo este, quien recibió las llaves de su reino. He aquí por qué se dijo: "Dejad ir a estos", cuando se entregó por nosotros, quien nos redimió con su sangre, para que se cumpliera la palabra que dijo: "De los que me diste, no perdí ninguno". Pues ciertamente Pedro, si al negar a Cristo se fuera, ¿qué otra cosa haría sino perecer?

Estaban, pues, los siervos y los ministros junto al fuego, porque hacía frío, y se calentaban. No era invierno, pero sin embargo hacía frío, como suele suceder a veces en el equinoccio de primavera.

Erat autem cum eis et Petrus stans, et calefaciens se. Pontifex ergo interrogavit Jesum de discipulis ejus, et de doctrina ejus. Respondit ei Jesus: Ego palam locutus sum mundo; ego semper docui in synagoga, et in templo, quo omnes Judaei conveniunt, et in occulto locutus sum nihil; quid me interrogas? Interroga eos qui audierunt, quid locutus sum ipsis. Ecce hi sciunt quae dixerim ego. Non praetereunda nascitur quaestio, quomodo dixerit Dominus Jesus: Ego palam locutus sum mundo, et maxime illud quod ait: In occulto locutus sum nihil. Nonne in hoc ipso recentiore sermone quem post coenam discipulis est locutus, ait illis: Haec in proverbii locutus sum vobis; venit hora cum jam non in proverbii loquar vobis, sed palam de Patre meo annuntiabo vobis? Si ergo ipsis conjunctionibus discipulis suis non loquebatur palam, sed horam promittebat quando palam esset locuturus, quomodo palam locutus est mundo? Deinde illis ipsis suis, sicut aliorum quoque evangelistarum testatur auctoritas (Matth. IV; Luc. VIII), in eorum comparatione qui discipuli ejus non erant, multo utique manifestius loquebatur quando cum eis remotus erat a turbis. Tunc enim eis et parabolas aperiebat, quas clausas proferebat ad alios. Quid est ergo: In occulto locutus sum nihil? Sed intelligendum est ita eum dixisse: Palam locutus sum mundo, ac si dixisset: Multi me audierunt. Ipsum autem palam, modo quodam erat palam, modo autem quodam non erat palam. Palam quippe erat, quia multi audiebant; et rursus non erat palam, quia non intelligebant. Et quod seorsum discipulis loquebatur, non in occulto utique loquebatur. Quis namque in occulto loquitur, qui coram tot hominibus loquitur? cum scriptum sit: In ore duorum vel trium testium, stabit omne verbum (Deut. XVII), praesertim si hoc loquitur paucis, quod per eos velit innotescere multis, sicut ipse Dominus ait illis quod adhuc paucos habebat: Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine; et quod in ore auditis, praedicate super tecta (Matth. X). Ergo et hoc ipsum quod ab eo dici videbatur occulte, quodammodo non dicebatur in occulto, quia non ita dicebatur eis quibus dictum fuerat, ut taceretur, sed ita potius, ut usquequaque praedicaretur. Si ergo dici potest aliquid et palam simul et non palam, vel in occulto simul et non in occulto, quomodo dictum est ut videntes videant, et non videant (Marc. IV)? Quomodo enim videant, nisi quia palam, non in occulto? et quomodo rursus iidem ipsi non videant, nisi quia non palam, sed in occulto? Ea tamen ipsa quae audierant, sed non intellexerant, talia erant, ut non possent juste ac veraciter criminari; et quotiescunque interrogando tentaverunt, ut invenirent unde accusarent eum, sic eis respondit, ut omnes eorum retunderentur doli, et calumniae frustrarentur. Ideo dicebat: Quid me interrogas? interroga eos qui audierunt, quid locutus sum ipsis. Ecce hi sciunt quae dixerim ego.

Haec autem cum dixisset, unus assistens ministrorum dedit alapam Jesu. dicens: Sic respondes pontifici? Respondit Jesus: Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo. Si autem bene, quid me caedis? Quid ista responsione verius, mansuetius, justius? Ejus enim est de quo prophetica vox praecesserat: Intende prospere, procede et regna, propter veritatem et mansuetudinem, et justitiam (Psal. XLIV). Si cogitemus quis acceperit alapam, nonne vellemus eum qui percussit, aut coelesti igne consumi, aut terra dehiscente sorberi, aut correptum daemonio volutari, aut aliqua hujusmodi qualibet poena vel etiam graviore puniri? Quid enim horum per potentiam jubere non potuisset, per quem factus est mundus, nisi patientiam nos docere maluisset, qua vincitur mundus? Hic dicit aliquis: Cur non fecit quod ipse praecepit? Percutienti enim non sic respondere, sed maxillam debuit alteram praeparare (Matth. V). Quid? quod et veraciter, et mansuete, justeque respondit, et non solum alteram maxillam iterum percussuro, sed totum corpus figendum praeparavit in ligno? et hinc potius demonstravit quod demonstrandum fuit, sua scilicet magna illa praecepta patientiae, non ostentatione corporis, sed cordis praeparatione facienda. Fieri enim potest ut alteram maxillam visibiliter homo praebeat et iratus. Quanto ergo melius et respondit vera placatus, et ad perferenda graviora tranquillo animo fuit paratus? Beatus est enim qui omnibus quae in

justa pro justitia patitur, potest veraciter dicere: Paratum cor meum Deus, paratum cor meum (Psal. CVII). Hinc fit quippe quod sequitur: Cantabo et psallam (Ibid.); quod Paulus et Barnabas etiam in vinculis durissimis facere potuerunt (Act. XVI). Sed ad narrationis evangelicae sequentia redeamus

Et misit eum Annas ligatum ad Caipham pontificem. Ad illum enim, sicut Matthaeus dicit, ab initio ducebatur, quoniam ipse erat illius anni princeps sacerdotum (Matth. XXVI). Alterius quippe intelligendi sunt agere solere annos ambo pontifices, id est, principes sacerdotum, qui erant illo tempore Annas et Caiphas, quos Lucas evangelista commemorat, narrans quo tempore coeperit Dominus praecursore Joanne praedicare regnum coelorum, et congregare discipulos. Sic enim dicit: Sub principibus sacerdotum Anna et Caipha factum est verbum Domini super Joannem Zachariae filium in deserto (Luc. III), etc. Proinde isti ambo pontifices vicissim suos annos agebant, et erat annus Caiphae quando passus est Christus. Ideo secundum Matthaeum cum comprehensus esset, ad illum ductus est, sed prius ad Annam (secundum Joannem) venerunt cum illo, non quia collega, sed quia socer ejus erat. Et credendum est secundum voluntatem Caiphae id esse factum, vel etiam domos eorum ita fuisse positas, ut non deberet Annas a transeuntibus praeteriri. Sed cum dixisset evangelista, quod eum ligatum miserit Annas ad Caipham, reversus est ad locum narrationis ubi reliquerat Petrum, ut explicaret quod in domo Annae de trina ejus negatione contigerat.

Erat autem, inquit, Simon Petrus stans, et calefaciens se. Hoc recapitulat quod ante jam dixerat; deinde quae secuta sunt, jungit. Dixerunt ergo ei: Nunquid et tu ex discipulis ejus es? Negavit ille, et dixit: Non sum. Jam semel negaverat, ecce iterum. Deinde ut tertia negatio compleretur: Dicit ei unus ex servis pontificis, cognatus ejus cujus abscidit Petrus auriculam: Nonne ego te vidi in horto cum illo? Iterum ergo negavit Petrus, et statim gallus cantavit. Ecce medici est completa praedictio, aegroti convicta praesumptio. Non enim factum est quod iste praedixerat: Animam meam pro te ponam (Joan. XIII), sed factum est quod ille praedixerat: Ter me negabis (Matth. XXVI).

Adducunt ergo, inquit, Jesum ad Caipham, in praetorium. Ad Caipham quippe ab Anna collega et socero ejus dixerat missum. Sed si ad Caipham, cur in praetorium, quod nihil aliud vult intelligi quam ubi praeses Pilatus habitabat? Aut igitur aliqua urgente causa de domo Annae, quod ad audiendum Jesum ambo convenerant, Caiphas perrexerat ad praetorium praesidis, et socero suo Jesum reliquerat audiendum; aut in domo Caiphae praetorium Pilatus acceperat, et tanta domus erat, ut seorsum habitantem Dominum suum, seorsum judicem ferret.

Erat autem mane, et ipsi (id est, qui ducebant Jesum) non introierunt in praetorium. Hoc est, in eam partem domus quam Pilatus tenebat. Ipsa erat domus Caiphae; cur autem non introierint in praetorium exponens causam: Ut non contaminarentur, inquit, sed manducarent Pascha. Dies enim agere coeperant Azymorum, quibus diebus contaminatio illis, erat in alienigenae habitaculum intrare. O impia caecitas! Timebant ne habitaculo videlicet contaminarentur alieno, et non contaminarentur scelere proprio. Alienigenae judicis praetorio contaminari timebant, et fratris innocentis sanguine non timebant; ut hoc solum interim dicam, ubi rea malorum conscientia tenebatur. Nam quod etiam Dominus erat, qui eorum impietate ducebatur ad mortem, et vitae dator occidebatur, non eorum conscientiae, sed ignorantiae deputetur.

Exiit ergo Pilatus ad eos foras, et dixit: Quam accusationem affertis adversus hominem hunc? Responderunt et dixerunt ei: Si non esset hic malefactor, non tibi tradidissemus eum. Interrogentur atque respondeant ab immundis spiritibus liberati, languidi sanati, leprosi

mundati, surdi audientes, muti loquentes, caeci videntes, mortui resurgentes, et quod omnia superat, stulti sapientes, utrum sit malefactor Jesus; sed ista dicebant de quibus prophetia jam ipse dixerat: Retribuebant mihi mala pro bonis (Psal. XXXIV).

Dixit ergo eis Pilatus: Accipite eum vos, et secundum legem vestram judicate eum. Dixerunt ergo ei Judaei: Nobis non licet interficere quemquam. Quid est quod loquitur insana crudelitas? An non interficiebant, quem interficiendum offerebant? An forte crux non interficit? Sic desipiunt, qui non sectantur sed insectantur sapientiam. Quid est autem: Nobis non licet interficere quemquam (Exod. XXII)? si malefactor est, cur non licet? Nonne lex eis praecipit ne malefactoribus, praesertim qualem istum putabant, a suo Deo seductoribus, parcant? Sed intelligendum est eos dixisse non sibi licere interficere quemquam ea paschae festivitatem quam celebrare jam coeperant, propter quam de ingressu etiam praetorii contaminari metuebat. Ita ne obduruistis, falsi Israelitae? Itane omnem sensum nimia malitia perdidistis, ut ideo vos a sanguine innocentis impollutos esse credatis, quia eum fundendum alteri traditis? Numquid et Pilatus illum qui potestati ejus a vobis ingeritur occidendus suis est manibus occisurus? Si non eum voluistis occidi, si non insidiati estis, si non vobis tradendum pecunia comparastis, si non comprehendistis, vinxistis, adduxistis, odistis, si non occidendum gentilium manibus obtulistis, vocibus poposcitis, non eum a vobis interfectum jactate. Si autem illis omnibus vestris praecedentibus factis, etiam Crucifige, Crucifige, clamastis, audite quod contra vos etiam Propheta clamat, Filii hominum, dentes eorum arma et sagittae, et lingua eorum machaera acuta (Psal. LVI). Ecce quibus armis, quibus sagittis, qua machaera justum interfecistis, quando vobis interficere quemquam non licere dixistis. Hinc est quod ad comprehendendum Jesum, cum sacerdotum non venissent principes, sed misissent, Lucas tamen evangelista in eodem suae narrationis loco: Dixit autem, inquit, Jesus ad eos qui venerant ad se principes sacerdotum et magistratus templi, et seniores: Quasi ad latronem existis, etc. (Luc. XXII). Sicut ergo principes sacerdotum non per seipsos, sed per quos miserunt ad comprehendendum Christum, quid aliud quam ipsi in suae jussionis potestate venerunt? sic oves qui crucifigendum Christum impiis vocibus clamaverunt, non quidem per seipsos, sed eum tamen ipsi per illum qui eorum clamore ad hoc nefas impulsus est occiderunt. Quod vero Joannes evangelista subjungit: Ut sermo Jesu impleretur quem dixit significans qua esset morte moriturus. Non hic mortem crucis vult intelligi, sed quod eum Judaei forent gentibus tradituri, hoc est, Romanis. Nam Pilatus Romanus erat, eum qui in Judaeam Romani praesidem miserant. Ut ergo iste sermo Jesu impleretur, id est, ut eum sibi traditum gentes interficerent, quod Jesus futurum esse praedixerat, ideo Pilatus, qui Romanus Judex erat, cum vellet eum reddere Judaeis, ut secundum suam legem judicarent eum, noluerunt eum accipere, dicentes, Nobis non licet interficere quemquam. Ac sic impletus est sermo Jesu, quem de sua morte praedixit, ut eum a Judaeis traditum interficerent gentes, minore scelere quam Judaei, qui se isto modo, ab ejus interfectione velut alienos facere voluerunt, non ut eorum innocentia, sed dementia monstraretur.

Introivit ergo iterum in praetorium Pilatus et vocavit Jesum, et dixit ei: Tu es rex Judaeorum? et respondit Jesus: A temetipso hoc dicis, an alii tibi dixerunt de me? Sciebat utique Dominus et quod ipse interrogavit, et quod ille responsurus fuit; sed tamen dici voluit, non ut ipse sciret, sed ut conscriberetur quod nos ut sciremus voluit.

Respondit Pilatus: Nunquid ego Judaeus sum? Gens tua et pontifices tradiderunt te mihi. Quid fecisti? Respondit Jesus: Regnum meum non est de hoc mundo. Si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei utique decertarent ut non traderer Judaeis. Nunc autem regnum meum non est hinc. Hoc est quod bonus Magister scire nos voluit. Sed prius nobis demonstranda fuerat hominum de regno ejus opinio, sive gentium, sive Judaeorum, a quibus id Pilatus audierat, quasi propterea fuisset morte plectendus, quod illicitum affectaverit

regnum, vel quoniam solent regnaturis invidere regnantes. Et videlicet cavendum erat, ne hujus regnum sive Romanis, sive Judaeis, esset adversum. Poterat autem Dominus quod ait: Regnum meum non est de mundo hoc, etc., ad primam interrogationem praesidis respondere, ubi ei dixit: Tu es Rex Judaeorum? Sed cum vicissim interrogans utrum hoc a semetipso diceret, an audisset ab aliis, illo respondente ostendere voluit hoc sibi apud illum fuisse a Judaeis velut crimen objectum, patefaciens nobis cogitationes hominum, quas ipse noverat quoniam vanae sunt (Psal. XCIII). Eisque post responsionem Pilati jam Judaeis et gentibus opportunius aptiusque respondens: Regnum, inquit, meum non est de mundo hoc. Quod si interrogante Pilato continuo respondisset, non etiam Judaeis, sed solis gentibus hoc de se opinantibus respondisse videretur. Nunc vero quoniam respondit Pilatus: Nunquid ego Judaeus sum? gens tua et pontifices tradiderunt te mihi; quid fecisti? abstulit a se suspicionem qua posset putari a semetipso dixisse quod Jesum regem dixerat esse Judaeorum, id se a Judaeis audisse demonstrans. Deinde dicendo: Quid fecisti? satis ostendit illud ei pro crimine objectum, tanquam diceret: Si regem te negas, quid fecisti ut tradereris mihi? quasi mirum non esset si puniendus judici traderetur, qui se diceret regem. Si autem hoc non diceret, quaerendum ab illo esset quid aliud fore fecisset, unde tradi judici dignus esset. Audite ergo, Judaei et gentes, Audi, circumcisio, audi, praeputium. Audite, omnia regna terrae. Non impedio dominationem vestram in hoc mundo. Regnum meum non est de hoc mundo. Nolite metuere metu vanissimo, quo Herodes ille major cum Christus natus nuntiaretur expavit, et tot infantes, ut ad eum mors perveniret, occidit, timendo quam irascendo crudelior (Matth. II). Regnum, inquit, meum non est de hoc mundo. Quid vultis amplius? Venite ad regnum quod non est de hoc mundo. Venite credendo, et nolite saevire metuendo. Dicit quidem in prophetia de Deo patre: Ego autem constitutus sum rex ab eo super Sion montem sanctum ejus (Psal. II); sed Sion illa, et mons ille, non est de hoc mundo. Quod enim ejus regnum, nisi credentes in eum de quibus dicit: De hoc mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo, quamvis eos esse vellet in mundo. Propter quod de illis dixit ad Patrem: Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo (Joan. XVII). Unde et hic non ait: Regnum meum non est in hoc mundo, sed non est de hoc mundo. Et cum probaret dicens: Si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei decertarent ut non traderer Judaeis, non ait: Nunc autem meum regnum non est hic, sed non est HINC. Hic est enim regnum ejus usque in finem saeculi, habens inter se commista zizania usque ad messem. Messis enim est finis saeculi, quando messores venient, id est, angeli, et colligent de regno ejus omnia scandala (Matth. XIII). Quod utique non fieret, si regnum ejus non esset hic. Sed tamen non est hinc, quia peregrinatur in mundo (II Cor. V). Regno quippe suo dicit: De mundo non estis, sed ego vos de mundo elegi (Joan. XV). Erant ergo de mundo, quando regnum ejus non erant, sed ad mundi principem pertinebant. De mundo est ergo quidquid humanum a vero quidem. Deo creatum, sed ex Adam vitata atque damnata stirpe generatum est. Factum est autem regnum non jam de mundo, quidquid inde in Christo regeneratum est. Sic enim Deus nos eruit de potestate tenebrarum, et transtulit in regnum Filii charitatis suae (Coloss. I); de quo regno dicit: Regnum meum non est de hoc mundo, vel: Regnum meum non est hinc.

Dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que soy rey. No porque temiera confesar que era rey, sino que "tú dices" está formulado de tal manera que ni niega ser rey (pues es rey, cuyo reino no es de este mundo), ni admite ser un rey cuyo reino se piense que es de este mundo. Así lo entendía quien había dicho: ¿Luego, eres tú rey? a quien se le respondió: Tú dices que soy rey. Se dijo "Tú dices" como si se hubiera dicho: Hablas carnalmente. Luego añade: Para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Pues alargando la sílaba de este pronombre, lo que dice, "para esto he nacido", como si dijera: Para esta cosa he nacido; pero acortándola, como si dijera: Para

esta cosa he nacido, o: Para esto he nacido, como dice: Para esto he venido al mundo. En el Evangelio griego no hay ambigüedad en esta expresión. Por lo tanto, es evidente que aquí recordó su nacimiento temporal, porque encarnado vino al mundo: no aquel sin principio, por el cual era Dios, por quien el Padre creó el mundo. En esto, pues, dijo que había nacido, es decir, para esto había nacido, y para esto había venido al mundo, ciertamente naciendo de una virgen, para dar testimonio de la verdad. Pero como no todos tienen fe, añadió y dijo: Todo el que es de la verdad escucha mi voz. Escucha, ciertamente, con el interior, es decir, obedece a mi voz: lo que equivaldría a decir: Me cree. Así que cuando Cristo da testimonio de la verdad, ciertamente da testimonio de sí mismo. Pues su voz es: Yo soy la Verdad (Juan XIV). Y dijo en otro lugar: Yo doy testimonio de mí mismo (Juan VIII). Lo que dijo: Todo el que es de la verdad escucha mi voz: recomendó esa gracia, por la cual nos llama según el propósito; de lo cual dice el Apóstol: Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados (Rom. VIII). Propósito, ciertamente, del que llama, no de los llamados. Lo cual en otro lugar está puesto más claramente: Colabora con el Evangelio según el poder de Dios que nos salva, y nos llama con su vocación segunda, no según nuestras obras, sino según su propósito y gracia (II Tim. I). Pues si consideramos la naturaleza en la que fuimos creados, ya que todos fueron creados por la Verdad, ¿quién no es de la Verdad? Pero no todos son a quienes se les ha dado escuchar la Verdad, es decir, obedecer a la Verdad, y creer en la Verdad, porque eso se concede por la misma Verdad, sin duda alguna sin méritos precedentes, para que la gracia no deje de ser gracia. Pues si hubiera dicho: Todo el que escucha mi voz, es de la verdad, se pensaría que se dice de la verdad porque obedece a la verdad; pero no dijo esto, sino que dijo: Todo el que es de la verdad, escucha mi voz. Y por lo tanto, no es de la Verdad porque escucha su voz, sino que escucha porque es de la Verdad, es decir, porque ese don le ha sido concedido por la Verdad. ¿Qué es esto sino que, por don de Cristo, se cree en Cristo?

Dijo Pilato: ¿Qué es la verdad? (Y no esperó escuchar la respuesta.) Pero cuando dijo esto, salió de nuevo a los judíos, y les dijo: No encuentro en él ninguna causa. Pero hay una costumbre de que os libere a uno en la Pascua. ¿Queréis, pues, que os libere al rey de los judíos? Creo que cuando Pilato dijo ¿Qué es la verdad? le vino a la mente inmediatamente la costumbre de los judíos, por la cual se les solía liberar a uno en la Pascua; y por eso no esperó a que Jesús le respondiera qué es la verdad, para que no hubiera demora, al recordar la costumbre por la cual podía ser liberado en la Pascua, lo cual es evidente que deseaba mucho. Sin embargo, no pudo arrancar de su corazón que Jesús era el rey de los judíos, como si la misma Verdad lo hubiera fijado para él, como en el título, sobre lo cual preguntó qué era. Pero al oír esto, todos clamaron de nuevo diciendo:

No a este, sino a Barrabás. Y Barrabás era un ladrón. No os reprochamos, oh judíos, que liberéis a un culpable en la Pascua, sino que matéis a un inocente. Sin embargo, si no se hiciera esto, no se haría la verdadera Pascua. Pero la sombra de la verdad era retenida por los judíos errantes, y por la admirable disposición de la divina sabiduría, por hombres engañosos se cumplía la sombra de la verdad, porque, para que se hiciera la verdadera Pascua, Cristo era inmolado como un cordero.

CAPÍTULO XIX.

Cuando los judíos clamaron que no querían que Pilato les liberara a Jesús en la Pascua, sino a Barrabás el ladrón, no al salvador, sino al asesino, no al dador de vida, sino al que la quita,

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo azotó. Pero Pilato no se cree que haya hecho esto por otra razón, sino para que los judíos, satisfechos con sus injurias, pensaran que era suficiente para

ellos, y dejaran de ensañarse hasta su muerte. A esto se refiere que el mismo gobernador también permitió a su cohorte hacer lo que sigue; o tal vez lo ordenó; aunque el evangelista no lo menciona. Pues dijo lo que luego hicieron los soldados, pero no dijo que Pilato lo ordenara.

Y los soldados, dice, trenzando una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y lo rodearon con un manto púrpura, y venían a él, y decían: Salve, rey de los judíos, y le daban bofetadas. Así se cumplían las cosas que Cristo había predicho de sí mismo. Así se formaban los mártires para soportar todo lo que los perseguidores quisieran hacer. Así, por un momento, se ocultaba el tremendo poder. Así el reino que no era de este mundo vencía al mundo soberbio, no con la atrocidad de luchar, sino con la humildad de sufrir. Así se sembraba el grano que había de multiplicarse con horrible ignominia, para que brotara con admirable gloria.

Pilato salió de nuevo afuera, y les dice: He aquí, os lo traigo afuera, para que sepáis que no encuentro en él ninguna causa. Salió, pues, Jesús llevando la corona de espinas, y el manto púrpura. Y les dice: He aquí el hombre. De aquí se ve que Pilato no ignoraba que esto había sido hecho por los soldados, ya sea que lo ordenara o lo permitiera, por la causa que mencionamos antes, para que sus enemigos bebieran con gusto estas burlas, y no desearan más su sangre. Sale a ellos Jesús llevando la corona de espinas y el manto púrpura; no brillante en poder, sino lleno de oprobio, y se les dice: He aquí el hombre. Si envidiáis al rey, ya perdonad, porque lo veis abatido. Ha sido azotado, coronado de espinas, vestido con un manto de burla, burlado con amargos insultos, golpeado con bofetadas. La ignominia hierve, que la envidia se enfríe. Pero no se enfría, más bien arde y crece.

Pues cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los ministros, clamaban diciendo: Crucifícalo, crucifícalo. Pilato les dice: Tomadlo vosotros y crucificadlo. Yo no encuentro en él ninguna causa. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios. He aquí otra envidia mayor: aquella parecía pequeña, como si se tratara de un intento ilícito de poder real; y sin embargo, Jesús no usurpó falsamente ninguno de los dos; pero ambos son verdaderos, y es el unigénito Hijo de Dios, y rey constituido por Dios sobre Sion, su monte santo (Salmo II). Y ambos demostraría ahora, si no fuera porque cuanto más poderoso era, más prefería ser paciente.

Cuando Pilato oyó esta palabra, tuvo más miedo, y entró de nuevo en el pretorio, y dice a Jesús: ¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le dio respuesta. Este silencio del Señor Jesucristo no se hizo una sola vez, al comparar las narraciones de todos los evangelistas, se encuentra tanto ante los príncipes de los sacerdotes, como ante Herodes, a quien, como indica Lucas, Pilato había enviado para ser oído (Lucas XXIII), y ante él mismo, para que no en vano precediera la profecía sobre él: Como cordero ante el que lo trasquila sin voz, así no abrió su boca (Isaías LIII). Entonces, ciertamente, cuando no respondió a los que preguntaban. Pues aunque a algunas preguntas respondió a menudo, sin embargo, por aquellas en las que no quiso responder, se dio la comparación del cordero, para que en su silencio no se le considerara culpable, sino inocente. Cuando, pues, era juzgado en cualquier lugar, no abrió su boca, como cordero no abrió, es decir, no como quien está mal consciente de sí mismo, que es convencido de sus pecados, sino como manso, que es inmolado por los pecados ajenos.

Le dice entonces Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y poder para liberarte? Respondió Jesús: No tendrías contra mí ningún poder, si no te hubiera sido dado de arriba. Por eso, el que me entregó a ti, tiene mayor pecado. He aquí que respondió, y sin embargo, donde no respondió, no como culpable o engañoso, sino como

cordero, es decir, como simple e inocente no abrió su boca. Por tanto, donde no respondía, callaba como oveja; donde respondía, enseñaba como pastor. Aprendamos, pues, lo que dijo, lo que también enseñó por el Apóstol, que no hay poder sino de Dios (Rom. XIII); y que peca más quien entrega al inocente a la potestad para ser matado por envidia, que la misma potestad, si lo mata por temor a otro poder mayor. Pues tal poder Dios había dado a Pilato, que también estaba bajo el poder de César. Por lo tanto: No tendrías, dice, contra mí ningún poder, es decir, cualquiera que sea, si esto mismo, lo que sea, no te hubiera sido dado de arriba. Pero como sé cuánto es, pues no es tanto, que te sea completamente libre, por eso el que me entregó a ti, tiene mayor pecado. Pues él me entregó a tu poder por envidia, tú, sin embargo, vas a ejercer ese poder sobre mí por temor. Ni siquiera por temor, especialmente al inocente, debe un hombre matar a otro hombre, pero hacerlo por celos es un mal mucho mayor que hacerlo por temor; y por eso no dijo el verdadero Maestro: El que me entrega a ti, él tiene pecado, como si él no lo tuviera; sino que dijo: Tiene mayor pecado, para que también entendiera que él lo tenía. Pues no por eso es nulo, porque es mayor.

Desde entonces Pilato buscaba liberarlo. ¿Qué es esto que se dice, desde entonces, como si antes ya no buscara? Lee lo anterior, y encontrarás que ya desde hace tiempo buscaba liberar a Jesús. Desde entonces, pues, se entiende, por esto, es decir, por esta causa, para no tener pecado al matar al inocente que le fue entregado, aunque pecando menos que los judíos, que lo entregaron a él para ser matado. Desde entonces, pues, es decir, por eso, para no cometer este pecado, no ahora por primera vez, sino desde el principio buscaba liberarlo.

Pero los judíos clamaban diciendo: Si liberas a este, no eres amigo de César. Porque todo el que se hace rey, contradice a César. Creyeron que infundirían mayor temor a Pilato aterrizándolo sobre César, para que matara a Cristo, que antes cuando dijeron: Nosotros tenemos una ley, y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios. Pues no temió su ley para matarlo, sino que más bien temió al Hijo de Dios para no matarlo. Pero ahora no pudo despreciar a César, autor de su poder, como despreciaba la ley de una nación extranjera. Sin embargo, el evangelista sigue, y dice:

Pilato, pues, cuando oyó estas palabras, llevó afuera a Jesús, y se sentó en el tribunal en el lugar que se llama Lithostrotos, en hebreo Gabbatha. Era la preparación de la Pascua, como la hora sexta. Sobre qué hora fue crucificado el Señor, debido al testimonio de otro evangelista, que dijo: Era la hora tercera, y lo crucificaron (Marcos XV): ya que suele surgir una gran discusión, cuando se llega al mismo lugar donde se narra que fue crucificado, como podamos, si el Señor quiere, lo discutiremos. Cuando, pues, Pilato se sentó en el tribunal,

Dice a los judíos: He aquí vuestro rey. Pero ellos clamaban: ¡Quita, quitá, crucifícalo! Pilato les dice: ¿A vuestro rey crucificaré? Aún intenta superar el terror que le infundieron sobre César, queriendo quebrantarlos con la ignominia de ellos, diciendo: ¿A vuestro rey crucificaré? a quienes no podía mitigar con la ignominia de Cristo, pero pronto es vencido por el temor.

Pues los sumos sacerdotes respondieron: No tenemos rey sino a César. Entonces, pues, lo entregó a ellos para que fuera crucificado. Pues parecería venir abiertamente contra César, si a quienes profesaban no tener otro rey sino a César, quisiera imponerles otro rey, liberando impune a quien por estos atrevimientos le entregaron para ser matado. Entonces, pues, lo entregó a ellos para que fuera crucificado. Pero, ¿acaso querían otra cosa antes, cuando decía: Tomadlo vosotros, y crucificadlo? o incluso antes: Tomadlo vosotros, y juzgadlo según vuestra ley? ¿Por qué, pues, querían tanto esto, diciendo: No nos es lícito matar a nadie? y de todas maneras insistiendo para que no fuera matado por ellos, sino por el gobernador, y por

eso rehusando recibirlo para matarlo, si entonces lo reciben para matarlo? O si esto no es así, ¿por qué se dijo: Entonces, pues, lo entregó a ellos para que fuera crucificado? ¿O hay alguna diferencia? Claro que hay diferencia. Pues no se dijo: Entonces, pues, lo entregó a ellos para que lo crucificaran, sino para que fuera crucificado, es decir, para que fuera crucificado por el juicio y poder del gobernador. Pero por eso el evangelista dice que fue entregado a ellos, para mostrar que estaban implicados en el crimen, del cual intentaban estar ajenos. Pues Pilato no haría esto, si no fuera para cumplir lo que veía que ellos deseaban. Lo que sigue, pues;

Tomaron, pues, a Jesús, y lo llevaron. Puede referirse ya a los soldados, asistentes del gobernador. Pues después se dice más claramente: Los soldados, pues, cuando lo crucificaron. Aunque el evangelista, incluso si lo atribuye todo a los judíos, lo hace con razón. Pues ellos tomaron lo que deseaban con avidez, y ellos hicieron todo lo que extorsionaron para que se hiciera. Juzgando y condenando Pilato desde el tribunal, a nuestro Señor Jesucristo a la hora como sexta lo tomaron y lo llevaron.

Y llevando su cruz, salió al lugar que se llama Calvario, en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron. ¿Qué es, pues, lo que dice el evangelista Marcos: Era la hora tercera, y lo crucificaron (Marcos XV), sino que el Señor fue crucificado a la hora tercera por las lenguas de los judíos, a la hora sexta por las manos de los soldados, para que entendamos que ya había pasado la hora quinta, y algo de la sexta había comenzado, cuando Pilato se sentó en el tribunal, que se dice por Juan, hora como sexta? Y cuando era llevado para ser fijado en el madero con dos ladrones, y junto a su cruz se realizaban las cosas que se narran, la sexta hora completa se cumplía; desde la cual hora hasta la novena, con el sol oscurecido, se hicieron tinieblas, lo testifica la autoridad de tres evangelistas, Mateo, Marcos, Lucas. Hay también otra solución a esta cuestión, para que no se tome aquí la sexta hora del día, porque ni Juan dijo: Era la hora del día como sexta; sino que dijo: Era la preparación de la Pascua hora como sexta. Pero en este verbo griego los judíos prefieren usarlo, en tales observancias, incluso los que hablan más latín que griego. Era, pues, la preparación de la Pascua. Pero nuestra Pascua, como dice el Apóstol, Cristo fue inmolado (I Cor. V). De cuya preparación de la Pascua, si computamos desde la hora novena de la noche (pues entonces parece que los príncipes de los sacerdotes anunciaron la inmolación del Señor, diciendo: Es reo de muerte, cuando aún se escuchaba en la casa del sumo sacerdote; de donde congruentemente se toma que desde allí comenzó la preparación de la verdadera Pascua, cuya sombra era la Pascua de los judíos, es decir, la inmolación de Cristo, desde que fue anunciado por los sacerdotes que iba a ser inmolado), ciertamente desde esa hora de la noche, que se demuestra que fue la novena, hasta la hora tercera del día, en que el evangelista Marcos testifica que Cristo fue crucificado, son seis horas, tres nocturnas, tres diurnas. Por lo tanto, en esta preparación de la Pascua, es decir, en la preparación de la inmolación de Cristo, que había comenzado desde la hora novena de la noche, se realizaba como la sexta hora; es decir, habiendo pasado la quinta, ya la sexta comenzaba a correr, cuando Pilato subió al tribunal. Pues aún era esa preparación, que había comenzado desde la hora novena de la noche, hasta que se hiciera lo que se preparaba, la inmolación de Cristo, que se hizo, según Marcos, a la hora tercera, no de la preparación, sino del día; y la misma sexta no del día, sino de la preparación, computadas ciertamente seis horas desde la novena de la noche hasta la tercera del día. De estas dos soluciones de esta difícil cuestión, elija cada uno la que quiera. Pero mejor juzgará qué elegir, quien haya leído lo que se ha discutido laboriosamente sobre el consenso de los Evangelistas. Tomaron, pues, a Jesús, y lo llevaron; y llevando su cruz, salió al lugar que se llama Calvario, en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron. Iba, pues, al lugar donde iba a ser crucificado, llevando su cruz Jesús. Gran espectáculo; pero si lo ve la impiedad, gran burla. Si lo ve la piedad, gran misterio; si lo ve la impiedad, gran documento de ignominia; si lo ve la piedad, gran

monumento de fe. Si lo ve la impiedad, se burla del rey, llevando en lugar de la vara del reino, el madero de su suplicio. Si lo ve la piedad, ve al rey llevando el madero para ser fijado en él mismo, que iba a ser fijado también en las frentes de los reyes; en él despreciado por los ojos de los impíos, en el que iban a gloriarse los corazones de los santos. Pues al decir Pablo: A mí, en cambio, no me importa gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gálatas VI), él mismo recomendaba la cruz llevándola en su hombro; y la lámpara que iba a arder, que no debía ponerse bajo el celemín, llevaba el candelabro. Llevando, pues, su cruz, salió al lugar que se llama Calvario, en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio Jesús. Estos dos eran ladrones, como aprendimos por la narración de otros evangelistas (Marcos XV; Lucas XXIII), con quienes fue crucificado, y entre quienes fue fijado Cristo, de quien la profecía había dicho antes: Y fue contado entre los inicuos (Isaías LIV).

Pilato escribió también un título y lo puso sobre la cruz. Y estaba escrito: Jesús Nazareno, Rey de los Judíos. Este título lo leyeron muchos de los judíos, porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad; y estaba escrito en hebreo, griego y latín: Rey de los Judíos. Estas tres lenguas sobresalían allí sobre las demás: el hebreo por los judíos que se gloriaban en la ley de Dios; el griego por los sabios de las naciones; el latín por los romanos que ya entonces gobernaban a muchas y casi todas las naciones.

Decían entonces a Pilato los sumos sacerdotes de los judíos: No escribas: Rey de los Judíos, sino que él dijo: Soy Rey de los Judíos. Pilato respondió: Lo que he escrito, he escrito. ¡Oh inefable poder de la operación divina, incluso en los corazones de los ignorantes! ¿No resonaba una voz oculta en Pilato, con un cierto clamoroso silencio interior, si se puede decir así, lo que mucho antes fue profetizado en las letras de los Salmos: No corrompas la inscripción del título? He aquí que no corrompe la inscripción del título. Lo que escribió, escribió; pero también los sumos sacerdotes que querían corromper esto, que decían: No escribas, dicen, Rey de los Judíos, sino que él dijo, Soy Rey de los Judíos. ¿Qué decís, insensatos? ¿Qué os oponéis a que se haga, lo que no podéis cambiar en absoluto? ¿Acaso no será verdad porque Jesús dijo: Soy Rey de los Judíos? Si no puede corromperse lo que Pilato escribió, ¿puede corromperse lo que la Verdad dijo? Pero, ¿Cristo es solo rey de los judíos, o también de las naciones? Más bien, también de las naciones. Pues cuando dijo en la profecía, Yo he sido constituido Rey por él sobre Sión, su monte santo, proclamando el precepto del Señor (Salmo II), para que nadie dijera que fue constituido rey solo para los judíos por el monte Sión, inmediatamente añadió: El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo. Yo te he engendrado hoy. Pídemelo, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra (Ibid.). Por eso él mismo, hablando ya por su propia boca entre los judíos: Tengo, dice, otras ovejas que no son de este redil; es necesario que también a ellas las traiga, y oirán mi voz; y habrá un solo rebaño y un solo pastor (Juan X). ¿Por qué, entonces, queremos entender un gran sacramento en este título, en el que estaba escrito Rey de los Judíos, si Cristo es Rey también de las naciones? Porque, ciertamente, el olivo silvestre se ha hecho partícipe de la gordura del olivo (Rom. XI). Pues el olivo se ha hecho partícipe de la amargura del olivo silvestre. Pues en el título que verdaderamente fue escrito sobre Cristo: Rey de los Judíos, ¿quiénes deben ser entendidos como judíos, sino la descendencia de Abraham, hijos de la promesa, que son también hijos de Dios, porque no los hijos de la promesa son contados en la descendencia (Rom. IX); y eran las naciones, a quienes decía: Si vosotros sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa (Gál. III). Cristo es, por tanto, Rey de los judíos, pero de los judíos de la circuncisión del corazón; en espíritu, no en letra; cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios, pertenecientes a la Jerusalén libre, nuestra madre, eterna en los cielos, la Sara espiritual que

expulsa a la esclava y a sus hijos de la casa de la libertad (Rom. II). Por eso Pilato escribió lo que escribió, porque el Señor dijo lo que dijo.

Los soldados, después de haberlo crucificado, tomaron sus vestiduras y las dividieron en cuatro partes, una parte para cada soldado, y la túnica. Pero la túnica era sin costura, tejida de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la rompamos, sino echemos suertes sobre ella para ver de quién será, para que se cumpliera la Escritura que dice: Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes. Lo que querían los judíos se hizo. No ellos, sino los soldados que obedecían a Pilato, quien juzgaba, crucificaron a Jesús; y sin embargo, si consideramos sus voluntades, sus maquinaciones, sus obras, su traición, finalmente sus clamores extorsionadores, ciertamente más bien los judíos crucificaron a Jesús; pero sobre la partición y el sorteo de sus vestiduras, no debe hablarse de pasada. Aunque todos los cuatro evangelistas recuerdan este hecho, los demás lo hacen más brevemente que Juan, y de manera más cerrada, mientras que este lo hace de manera muy clara, y dice cuántas partes hicieron de sus vestiduras, es decir, cuatro, para que cada uno tomara una. De donde se deduce que había cuatro soldados que obedecieron al gobernador en la crucifixión. Manifiestamente dice: Los soldados, después de haberlo crucificado, tomaron sus vestiduras y las dividieron en cuatro partes, una parte para cada soldado, y la túnica. Se debe entender que tomaron, para que este sea el sentido. Tomaron sus vestiduras y las dividieron en cuatro partes, una parte para cada soldado. Tomaron también la túnica; y así habló, para que no veamos que se echó suerte sobre las otras vestiduras, sino sobre la túnica, que tomaron junto con las otras, pero no la dividieron de la misma manera. Sobre esta sigue explicando: Pero la túnica era sin costura, tejida de arriba abajo. ¿Por qué echaron suertes sobre ella? Narrando: Entonces dijeron entre sí: No la rompamos, sino echemos suertes sobre ella para ver de quién será. Así queda claro que en las otras vestiduras tenían partes iguales, de modo que no era necesario sortear; pero en esa única, no podían tener partes individuales, a menos que se rompiera, para que tomaran sus pedazos inútilmente. Para evitar esto, prefirieron que llegara a uno por sorteo. A esta narración del evangelista se ajusta también el testimonio profético, que él mismo inmediatamente añade: Para que se cumpliera la Escritura que dice: Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes. No dice sortearon, sino repartieron. Ni dice: Sorteando se repartieron en las otras vestiduras, no menciona en absoluto la suerte, después dice: y sobre mi ropa echaron suertes, por aquella túnica restante. De lo cual diré lo que él mismo ha dado, después de haber rechazado primero la calumnia que puede surgir, como si los evangelistas discreparan entre sí, demostrando que las palabras de ninguno de los otros son contrarias a la narración de Juan. Pues Mateo al decir: Dividieron sus vestiduras echando suertes (Mat. XXVII), quiso que se entendiera que también esa túnica pertenecía a toda la división de las vestiduras, sobre la cual echaron suertes, porque ciertamente al dividir todas las vestiduras, en las que también estaba esa, sobre ella sortearon. Lo mismo dice Lucas: Dividiendo sus vestiduras, echaron suertes (Luc. XXIII). Pues al dividir llegaron a la túnica, sobre la cual se hizo el sorteo, para que entre ellos se completara toda la división de sus vestiduras. ¿Y qué importa si se dice: Dividiendo echaron suertes, lo que dice Lucas, o: Dividieron echando suertes, lo que dice Mateo? A menos que Lucas al decir suertes, haya puesto el número plural por el singular: lo cual no es inusual en las Escrituras santas, aunque algunos códices se encuentren con suerte, no suertes. Marcos, por tanto, es el único que parece haber introducido alguna cuestión. Pues al decir: Echando suertes sobre ellas, quién tomaría qué (Marc. XV), parece haber hablado como si se hubiera echado suerte sobre todas las vestiduras, no solo sobre la túnica. Pero también aquí la brevedad causa oscuridad. Pues así se dijo echando suertes sobre ellas, como si se dijera: Echando suertes cuando se dividían. Lo cual también se hizo; pues la división de todas sus vestiduras no se habría completado, a menos que por suerte se aclarara quién también tomaría esa túnica, para que así se terminara

la contienda de los que dividían, o más bien no surgiera ninguna. Por tanto, lo que dice: Quién tomaría qué, dado que esto se atribuye a la suerte, no debe referirse a todas las vestiduras que se dividieron. Pues se echó suerte sobre quién tomaría esa túnica, sobre la cual, al no narrar cómo era, y cómo, hechas las partes iguales, solo ella quedó, que para no ser rasgada, llegó a la suerte, se puso por ella lo que dice: Quién tomaría qué, es decir: Quién la tomaría, como si todo se dijera así: Dividieron sus vestiduras, echando suertes sobre ellas, quién tomaría la túnica, que había quedado sobre las partes iguales. Quizás alguien pregunte qué significa la división de las vestiduras en tantas partes, y el sorteo sobre esa túnica. La vestidura cuatripartita de nuestro Señor Jesucristo figuró su Iglesia cuatripartita, es decir, difundida por todo el orbe de la tierra, que consta de cuatro partes, distribuidas todas ellas igualmente, es decir, concordemente. Por eso en otro lugar dice que enviará a sus ángeles para que reúnan a sus elegidos de los cuatro vientos (Marc. XIII). ¿Qué es esto, sino de las cuatro partes del mundo, Oriente, Occidente, Norte y Sur? Pero esa túnica sorteada, significa la unidad de todas las partes, que se mantiene unida por el vínculo de la caridad. Sobre la caridad, el Apóstol va a hablar: Os muestro un camino más excelente (Efe. IV). Y en otro lugar dice: Conocer también la caridad de Cristo que excede a todo conocimiento (Efe. III). Y en otro lugar: Sobre todas estas cosas, la caridad, que es el vínculo de la perfección (Col. III). Si, por tanto, la caridad tiene un camino más excelente, y excede al conocimiento, y es sobre todo mandamiento, con razón la vestidura que se significa, se dice tejida de arriba; inconsútil, para que nunca se deshaga, y llega a uno, porque reúne a todos en uno, como en los apóstoles, cuando también era el número doce, es decir, cuatripartito entre todos, y todos fueron interrogados, solo Pedro respondió: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mat. VI). Y se le dice: Te daré las llaves del reino de los cielos (Ibid.); como si solo él hubiera recibido el poder de atar y desatar, cuando uno lo dijo por todos, y esto lo recibió con todos, como representando la persona de la misma unidad. Por eso uno por todos, porque la unidad está en todos. Por eso, cuando dijo tejida de arriba, añadió por todo. ¿Qué si lo referimos a lo que significa: nadie está excluido de ella, quien se encuentra perteneciendo al todo del cual el todo, como indica la lengua griega, se llama Iglesia católica? En la suerte, ¿qué sino la gracia de Dios se ha recomendado? Pues así llega a todos en uno, cuando la suerte agradó a todos, porque también la gracia de Dios en la unidad llega a todos; y cuando se echa suerte, no se cede a la persona de nadie, ni a los méritos, sino al juicio oculto de Dios. Ni por eso alguien dirá que estas cosas no significaron algo bueno, porque fueron hechas por malos, no por aquellos que siguieron a Cristo, sino por quienes lo persiguieron. Pues, ¿qué diremos de la misma cruz, que ciertamente fue hecha e impuesta a Cristo de manera similar por enemigos e impíos? Y sin embargo, se entiende correctamente que significa lo que dice el Apóstol: Cuál es la anchura, y la longitud, y la altura, y la profundidad (Efe. III). Finalmente, ¿qué es lo que todos conocen como el signo de Cristo, sino la cruz de Cristo? ¿Qué signo, si no se aplica ya sea a las frentes de los creyentes, o al agua de la que son regenerados, o al aceite con el que son ungidos con el crisma, o al sacrificio con el que son alimentados, nada de esto se realiza correctamente? ¿Cómo, pues, por lo que hacen los malos no se significa nada bueno, cuando por la cruz de Cristo que hicieron los malos, en la celebración de sus sacramentos, todo bien se nos señala? Y los soldados, dice, hicieron estas cosas.

Estaban junto a la cruz de Jesús, su madre, y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre, y al discípulo a quien amaba, que estaba presente, dice a su madre: Mujer, he ahí tu hijo; luego dice al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa. Esta es sin duda aquella hora de la que Jesús, al convertir el agua en vino, había dicho a su madre: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora (Juan II). Esta hora, por tanto, había predicho, que entonces aún no había llegado, en la que debía reconocer, muriendo, de quién había nacido mortal.

Entonces, pues, al hacer cosas divinas, no rechazaba a su madre como desconocida por la divinidad, sino por la debilidad; ahora, sin embargo, sufriendo ya humanamente, la recomendaba con afecto humano, de quien había sido hecho hombre. Entonces, pues, quien había creado a María se manifestaba por su poder; ahora, sin embargo, lo que María había dado a luz colgaba en la cruz. Por tanto, se insinúa un lugar moral. Hace lo que aconseja que se haga. Con su ejemplo instruye el Buen Maestro, para que los hijos piadosos cuiden de sus padres, como si aquel madero donde estaban fijos los miembros del moribundo, fuera también la cátedra del Maestro enseñando. De esta doctrina suya había aprendido el apóstol Pablo, lo que enseñaba cuando decía: Si alguno no provee a los suyos, y especialmente a los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un infiel (I Tim. V). ¿Y qué hay más doméstico para alguien que los padres para los hijos, o los hijos para los padres? Por tanto, de este precepto tan saludable, el mismo maestro de los santos, constituía un ejemplo de sí mismo, cuando no como Dios de la sierva, que había creado y gobernaba, sino como hombre a la madre de quien había sido creado, y a quien dejaba, proveía de otro hijo en cierto modo en su lugar. Pues lo que sigue indica por qué hizo esto. Dice el evangelista: Desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa, hablando de sí mismo; pues así suele recordar de sí mismo, que Jesús lo amaba, quien ciertamente amaba a todos, pero a él más que a los demás y más familiarmente, de modo que en el banquete lo hacía recostar sobre su pecho. Creo que para que la divina excelencia de este Evangelio, que iba a ser predicado por él, se recomendara más profundamente de este modo. Pero, ¿en qué cosas suyas recibió Juan a la madre del Señor? Pues no era de aquellos que le habían dicho: He aquí que hemos dejado todo, y te hemos seguido; pero allí también había oído: Cualquiera que haya dejado estas cosas por mí, recibirá en este siglo cien veces más (Mat. XIX). Por tanto, aquel discípulo tenía cien veces más de lo que había dejado, en lo que recibiría a la madre de aquel que había dado esas cosas. Pero en aquella sociedad el bienaventurado Juan había recibido el ciento por uno, donde nadie decía que algo era suyo, sino que tenían todas las cosas en común, como está escrito en los Hechos de los Apóstoles (Act. II). Pues así los apóstoles eran como si no tuvieran nada, y poseyendo todo (II Cor. VI), y se distribuía a cada uno según lo que necesitaba (Act. II); de donde se entiende que así se había distribuido a este discípulo lo que necesitaba, para que allí también se pusiera la porción de la bienaventurada María como su madre. Y más bien así debemos entender lo que se dijo: Desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa, para que a su cuidado perteneciera todo lo que le fuera necesario. Por tanto, la recibió en su casa, no propiedades, que no poseía propiamente, sino oficios, que debía ejecutar con su propia administración. Luego añade:

Después, sabiendo Jesús que todo estaba consumado, para que se cumpliera la Escritura, dice: Tengo sed. Había allí una vasija llena de vinagre. Entonces ellos, empapando una esponja en vinagre, la pusieron en un hisopo y se la acercaron a la boca. Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: Todo está consumado. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu. ¿Quién puede disponer lo que hace, como lo dispuso este hombre que sufrió? Pero el hombre Mediador entre Dios y los hombres, el hombre de quien se lee profetizado: Y es hombre, y ¿quién lo conoce? porque todos por quienes se hacían estas cosas, no conocían al hombre Dios. Pues el hombre aparecía, quien Dios se ocultaba. Sufría todas estas cosas quien aparecía, y el mismo disponía todas estas cosas, quien se ocultaba. Vio, pues, que todo estaba consumado lo que debía hacerse antes de tomar el vinagre, y entregar el espíritu. Y para que también se cumpliera lo que la Escritura había predicho: Y en mi sed me dieron a beber vinagre (Salmo LXIII). Tengo sed, dijo, como si dijera: Esto es lo que falta, dad lo que sois. Pues los mismos judíos eran degenerando del vino de los patriarcas y profetas, y como de una vasija llena de iniquidad de este mundo llenos, teniendo el corazón como una esponja con cavernosos y tortuosos escondrijos fraudulentos. Pero rodearon la esponja llena de vinagre con hisopo,

porque es una hierba humilde, y purga el pecho, aceptamos congruentemente la humildad de Cristo, que rodearon, y pensaron que lo habían engañado. De donde es aquello en el salmo cincuenta: Rocíame, Señor, con hisopo, y seré limpio. Pues por la humildad de Cristo somos limpiados, porque si no se hubiera humillado a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte de cruz (Filip. II), ciertamente su sangre no habría sido derramada para la remisión de los pecados, esto es, para nuestra limpieza. Ni nos perturbe cómo pudieron acercar la esponja a su boca, quien había sido exaltado en la cruz. Pues como se lee en otros evangelistas (lo que aquí omitió) fue hecho en una caña (Mat. XXVII; Marc. XV), para que en la esponja tal bebida se elevara a las alturas de la cruz. Pero por la caña se significaba la Escritura, que se cumplía con este hecho. Pues así como se dice lengua, ya sea griega, o latina, o cualquier otra, el sonido que significa que se pronuncia con la lengua, así se puede decir caña la letra que se escribe con caña. Pero los sonidos de la voz humana significante los llamamos más comúnmente lenguas; pero que la Escritura se llame caña, cuanto menos es común, tanto más es mística y figurada. Hacía estas cosas el pueblo impío, sufría estas cosas el misericordioso Cristo. Quien hacía no sabía qué hacía. Pero quien sufría, no solo sabía qué se hacía, y por qué se hacía, sino que también de los que hacían mal, él mismo hacía bien. Cuando, pues, Jesús tomó el vinagre, dijo: Todo está consumado (Juan X). ¿Qué, sino lo que la profecía había predicho tanto antes? Luego, porque no quedaba nada que antes de morir aún debiera hacerse, como aquel que tenía poder para poner su vida, y volver a tomarla, habiendo cumplido todo lo que esperaba que se cumpliera, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. ¿Quién duerme así cuando quiere, como Cristo murió cuando quiso? ¿Quién se va así cuando quiere, como se fue cuando quiso? ¿Cuánta es la potencia de esperar o temer del juez, si apareció tanta del que moría? Pero Juan calla las palabras que dijo al entregar el espíritu: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y dice espíritu, porque espíritu es el nombre de la cosa así incorpórea, que también es independiente del cuerpo, según lo que se dijo antes: Dios es espíritu.

Los judíos, pues, dijeron, ya que era la Parasceve, para que no quedaran los cuerpos en la cruz el sábado (pues era un gran día aquel sábado), rogaron a Pilato que se les quebraran las piernas y fueran retirados. No que se les quitaran las piernas, sino que a aquellos a quienes se les quebraban para que murieran y fueran retirados del madero, no quedaran colgando en las cruces, profanando el gran día festivo con el horror de su prolongado suplicio.

Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y al otro que fue crucificado con él. Pero cuando llegaron a Jesús, al ver que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. El evangelista usó una palabra vigilante, para no decir: Le golpeó el costado, o le hirió, o cualquier otra cosa, sino que lo abrió, para que allí de algún modo se abriera la puerta de la vida, de donde manaron los sacramentos de la Iglesia, sin los cuales no se entra a la vida que es la verdadera vida. Esa sangre fue derramada para la remisión de los pecados. Esa agua temple el cáliz de la salvación. Esto proporciona tanto el baño como la bebida. Esto preanunciaba lo que Noé fue mandado a hacer en el costado del arca, para que entraran los animales que no perecerían en el diluvio, los cuales prefiguraban la Iglesia. Por esto, la primera mujer fue hecha del costado del hombre dormido, y fue llamada vida, y madre de los vivientes. Significó, en efecto, un gran bien antes del gran mal de la transgresión. Y este segundo Adán, con la cabeza inclinada, durmió en la cruz, para que de allí se formara su esposa, que fluyó del costado del que dormía. Oh muerte, de donde los muertos reviven. ¿Qué hay más puro que esta sangre? ¿Qué hay más saludable que esta herida?

Y el que lo vio, dice, dio testimonio; y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. No dijo: Para que también vosotros sepáis, sino para que creáis. Pues sabe quien lo vio, de cuyo testimonio cree quien no lo vio. Pero más bien creer pertenece a la fe, que ver. Pues, ¿qué es creer, sino dar fe?

Porque estas cosas sucedieron, dice, para que se cumpliera la Escritura: No quebraréis ni un hueso suyo. Y otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron. Dio dos testimonios de las Escrituras para cada una de las cosas que narró que sucedieron. Pues porque había dicho: Pero cuando llegaron a Jesús, al ver que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas, a esto pertenece el testimonio: No quebraréis ni un hueso suyo (Éxodo XII), que fue mandado a aquellos que fueron ordenados a celebrar la Pascua con la inmolación del cordero en la antigua ley, que precedió como sombra de la pasión del Señor; de donde Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado (I Cor. V); de quien también Isaías el profeta predijo: Como cordero fue llevado al matadero (Isaías LIII). Asimismo, porque añadió: Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, a esto pertenece el otro testimonio: Mirarán al que traspasaron (Zacarías XII), donde se prometió que Cristo vendría en la carne en la que fue crucificado.

Después de esto, José de Arimatea pidió a Pilato, porque era discípulo de Jesús, que le permitiera llevarse el cuerpo de Jesús. Vino también Nicodemo, que había venido a Jesús de noche al principio, trayendo una mezcla de mirra y áloe, como unas cien libras. No debe distinguirse así como para decir: Primero trayendo una mezcla de mirra, o que lo dicho, primero, pertenezca al sentido anterior. Pues Nicodemo había venido a Jesús de noche al principio, lo cual el mismo Juan narró en las partes anteriores de su Evangelio (Juan III). Aquí, pues, debe entenderse que Nicodemo vino a Jesús no solo entonces, sino que primero vino entonces; pero después venía frecuentemente, para hacerse discípulo escuchando, lo cual ciertamente ahora se declara a casi todas las naciones en la revelación del cuerpo del beatísimo Esteban.

Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias, como es costumbre entre los judíos sepultar. No me parece que el evangelista haya querido decir en vano, como es costumbre entre los judíos sepultar. Así, pues, si no me equivoco, advirtió que en estos oficios, que se exhiben a los muertos, debe observarse la muerte de cada nación.

Había en el lugar donde fue crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto nadie. Así como en el vientre de la Virgen María nadie fue concebido antes de él, nadie después de él, así en este sepulcro nadie fue sepultado antes de él, nadie después de él.

Allí, pues, por causa de la Parasceve de los judíos, porque el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús. Se quiere dar a entender que la sepultura fue apresurada, para que no anoheciera, cuando ya por la Parasceve, que los judíos en latín más comúnmente entre nosotros llaman cena pura, no era lícito a nadie hacer tal cosa.

CAPÍTULO XX.

El primer día de la semana, María Magdalena vino temprano, cuando aún estaba oscuro, al sepulcro, y vio la piedra quitada del sepulcro. El primer día de la semana es, que ya el día del Señor por la resurrección del Señor la costumbre cristiana llama: que solo Mateo entre los evangelistas llamó el primer día de la semana.

Corrió, pues, y vino a Simón Pedro, y al otro discípulo a quien amaba Jesús, y les dice: Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto. Algunos códices griegos también tienen: Se han llevado a mi Señor, lo cual puede parecer dicho con un afecto más propenso de caridad o servicio. Pero esto no lo encontramos en la mayoría de los códices que teníamos a mano.

Salió, pues, Pedro, y el otro discípulo, y vinieron al sepulcro. Corrían los dos juntos, y el otro discípulo corrió más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Aquí debe advertirse y encomendarse la recapitulación, cómo se volvió a lo que había sido omitido, y sin embargo, como si esto siguiera, se añadió. Pues ya había dicho: Vinieron al sepulcro, regresó para narrar cómo vinieron, y dijo: Corrían los dos juntos, etc. Donde muestra que al correr al sepulcro llegó primero el otro discípulo que se significa a sí mismo, pero narra todo como si fuera de otro.

Y cuando se inclinó, dice, vio los lienzos puestos, pero no entró. Vino, pues, Simón Pedro siguiéndole, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino enrollado aparte en un lugar. ¿Pensamos que estas cosas no significan nada? De ninguna manera lo pensaría, pero nos apresuramos a otras cosas, en las que nos vemos obligados a detenernos por la necesidad de alguna cuestión o oscuridad. Pues estas cosas que son manifiestas por sí mismas, buscar qué significa cada una, son ciertamente delicias santas, pero de ociosos, que no somos nosotros.

Entonces entró también el discípulo que había llegado primero al sepulcro. Llegó primero, pero entró después. Tampoco esto es en vano, pero no tengo tiempo para estas cosas.

Y vio, dice, y creyó. Aquí algunos, prestando poca atención, piensan que Juan creyó que Jesús había resucitado. Pero lo que sigue no indica esto. Pues, ¿qué significa lo que añadió inmediatamente:

Porque aún no sabían la Escritura, que era necesario que él resucitara de los muertos. No creyó, pues, que había resucitado, a quien no sabía que era necesario que resucitara. ¿Qué, pues, vio? ¿Qué creyó? Vio ciertamente el sepulcro vacío, y creyó lo que había dicho la mujer, que había sido llevado del sepulcro. Porque aún no sabían la Escritura, que era necesario que él resucitara de los muertos. Y por eso, cuando lo oían del mismo Señor, aunque se decía clarísimamente, por la costumbre de oír parábolas de él, no lo entendían, y creían que significaba algo más. María Magdalena había anunciado a sus discípulos Pedro y Juan que el Señor había sido llevado del sepulcro; a donde ellos viniendo encontraron solo los lienzos con los que el cuerpo había sido envuelto. ¿Y qué otra cosa pudieron creer, sino lo que ella había dicho, lo que también ella había creído?

Volvieron, pues, de nuevo a sí mismos los discípulos (es decir, donde habitaban, y de donde habían corrido al sepulcro); pero María estaba fuera del sepulcro llorando. Pues mientras los hombres regresaban, el afecto más fuerte fijaba al sexo más débil en el mismo lugar; y los ojos que habían buscado al Señor, y no lo habían encontrado, ya se ocupaban en lágrimas, dolientes más porque había sido llevado del sepulcro, que porque había sido matado en el madero, ya que del maestro tan grande, cuya vida les había sido quitada, ni siquiera quedaba el recuerdo. Así pues, este dolor ya retenía a la mujer en el sepulcro.

Mientras lloraba, se inclinó, y miró dentro del sepulcro. No sé por qué hizo esto; pues no ignoraba que ya no estaba allí a quien buscaba, ya que había anunciado que había sido llevado de allí a los discípulos, y ellos habían venido al sepulcro, y no solo mirando, sino

también entrando, habían buscado el cuerpo del Señor, y no lo habían encontrado. ¿Qué, pues, significa que esta, mientras lloraba, de nuevo inclinada miró dentro del sepulcro? ¿Acaso porque dolía demasiado, no creía fácilmente a sus propios ojos ni a los de ellos? ¿O más bien por instinto divino en su ánimo se hizo que mirara? Pues miró:

Y vio a dos ángeles vestidos de blanco sentados, uno a la cabecera, y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. ¿Qué significa que uno estaba sentado a la cabecera, y otro a los pies? ¿Acaso porque los que en griego se llaman ángeles, en latín son mensajeros, de este modo el evangelio de Cristo desde la cabeza hasta los pies, desde el principio hasta el fin, significaban que debía ser anunciado?

Le dicen ellos: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les dice: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. Los ángeles prohibían las lágrimas, donde de algún modo anunciaban el futuro gozo. Pues dijeron: ¿Por qué lloras? como si dijeran: No llores. Pero ella, pensando que preguntaban ignorantes, les reveló las causas de sus lágrimas: Porque se han llevado, dice, a mi Señor. Llamando a su Señor, el cuerpo exánime de su Señor, significando la parte por el todo: así como todos confiesan a Jesucristo el Hijo único de Dios nuestro Señor, que ciertamente es a la vez Verbo y alma y carne, crucificado sin embargo y sepultado, cuando solo su carne fue sepultada. Y no sé, dice, dónde lo han puesto. Esta era la causa mayor del dolor, porque no sabía a dónde ir para consolar su dolor. Pero ya había llegado la hora en que lo que de algún modo había sido anunciado por los ángeles prohibiendo llorar, el gozo sucediera a las lágrimas.

Finalmente, cuando hubo dicho esto, se volvió hacia atrás, y vio a Jesús de pie, y no sabía que era Jesús. Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas? Ella, pensando que era el jardinero, le dice: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto: y yo lo llevaré. Jesús le dice: María. Ella, volviéndose, le dice: Rabboni, que se dice maestro. Nadie calumnie a la mujer, porque dijo jardinero al Señor, y Jesús maestro. Allí rogaba, aquí reconocía. Allí honraba al hombre, de quien pedía beneficio: llamaba señor, de quien no era sierva, para llegar por él al Señor de quien era. De modo diferente, pues, dijo Señor: Se han llevado a mi Señor, de modo diferente: Señor, si tú lo has llevado. Pues también los profetas llamaron señores a los que eran hombres, pero de modo diferente a aquel de quien está escrito: Señor es su nombre (Amós IX). Pero esta mujer que ya se había vuelto hacia atrás, para ver a Jesús, cuando lo pensó jardinero, y ciertamente hablaba con él, ¿cómo se dice de nuevo vuelta, para decirle Rabboni, sino porque entonces vuelta corporalmente, lo que no era pensó: ahora vuelta de corazón, lo que era reconoció?

Jesús le dice: No me toques; porque aún no he subido a mi Padre. Ve, pues, a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre, y a vuestro Padre, y a mi Dios, y a vuestro Dios. Hay en estas palabras algo que brevemente, pero sin embargo con atención, debemos tratar. Pues Jesús enseñaba a la mujer que lo reconoció y llamó maestro, cuando le respondía estas cosas, la fe; y aquel jardinero sembraba en su corazón como en su huerto la semilla de mostaza. ¿Qué es, pues: No me toques? y como si se buscara la causa de esta prohibición, añadió: Porque aún no he subido a mi Padre. ¿Qué es esto? Si estando en la tierra no se toca, ¿cómo sentado en el cielo sería tocado por el hombre? quien ciertamente antes de subir, se ofreció a ser tocado por los discípulos, diciendo, como testifica el evangelista Lucas: Palpad y ved, que un espíritu no tiene carne y huesos, como me veis tener (Lucas XXIV). O cuando dijo al discípulo Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado. ¿Y quién sería tan absurdo, que diga que él quiso ser tocado por los discípulos antes de subir al Padre, pero no por las mujeres, sino cuando hubiera subido al Padre? Pero para que no se permitiera a quien quisiera desvariar así, se lee que también las mujeres después de la resurrección, antes

de subir al Padre, tocaron a Cristo, entre las cuales estaba también la misma María Magdalena, narrando Mateo que Jesús les salió al encuentro diciendo: Salve. Y ellas se acercaron, dice, y abrazaron sus pies, y lo adoraron (Mateo XXVIII). Esto fue omitido por Juan, pero dicho verdaderamente por Mateo. Resta, pues, que algún sacramento se oculte en estas palabras: que ya sea que encontremos, ya sea que no podamos encontrar, de ninguna manera debemos dudar que está presente. O, pues, se dijo así: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre, para que en aquella mujer se figurara la Iglesia de los gentiles, que no creyó en Cristo, sino cuando subió al Padre, o así quiso Jesús ser creído en sí mismo, es decir, ser tocado espiritualmente, que él y el Padre son uno. Pues de algún modo asciende al Padre en los sentidos íntimos de aquel que así progresa en él, que lo reconoce igual al Padre. De otro modo no se toca correctamente, es decir, de otro modo no se cree correctamente en él. María podía, sin embargo, creer así, que lo pensara inferior al Padre. Lo cual ciertamente se prohíbe cuando se le dice: No me toques, es decir, no creas en mí así, como aún piensas. No extiendas tu sentido hasta aquí, lo que por ti me he hecho, ni pases a aquello por lo que fuiste hecha. Pues, ¿cómo no creía aún carnalmente en él, a quien lloraba como hombre? Porque aún no he subido a mi Padre. Allí me tocarás, cuando me creas no inferior al Padre Dios. Ve, pues, a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre, y a vuestro Padre. No dijo nuestro Padre. De modo diferente, pues, mío, de modo diferente vuestro. Por naturaleza mío, por gracia vuestro. Y mi Dios, y vuestro Dios. Tampoco aquí dijo nuestro Dios. Por tanto, también aquí de modo diferente mío, de modo diferente vuestro. Mi Dios, bajo quien también soy hombre. Vuestro Dios, entre quienes soy mediador.

Vino María Magdalena anunciando a los discípulos, que he visto al Señor, y que me ha dicho estas cosas. Cuando fue, pues, tarde aquel día el primero de la semana, y las puertas estaban cerradas donde estaban los discípulos reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús, y se puso en medio de los discípulos, y les dice: Paz a vosotros; y cuando hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Pues los clavos habían fijado las manos, la lanza había abierto el costado. Donde para sanar los corazones de los que dudaban, se conservaron las huellas de las heridas. Pero a la mole del cuerpo, donde estaba la divinidad, las puertas cerradas no le impidieron entrar. Pues él pudo entrar sin abrirlas, como al nacer la virginidad permaneció inviolada.

Se alegraron, pues, los discípulos al ver al Señor. Les dijo, pues, de nuevo: Paz a vosotros. La repetición es confirmación. Pues él mismo prometió por el Profeta paz sobre paz.

Como me envió el Padre, dice, también yo os envío. Conocemos al Hijo igual al Padre, pero aquí reconocemos las palabras del Mediador, pues se mostró medio diciendo. Él me, y yo os.

Cuando hubo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Al soplar significó que el Espíritu Santo no es solo el espíritu del Padre, sino también suyo.

A quienes perdonéis, dice, los pecados, les son perdonados; y a quienes se los retengáis, les son retenidos. La caridad de la Iglesia, que por el Espíritu Santo se difunde en nuestros corazones, perdona los pecados de sus partícipes. Pero de aquellos que no son sus partícipes, los retiene. Por eso, después de haber dicho: Recibid el Espíritu Santo, inmediatamente añadió sobre la remisión de los pecados:

Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Le dijeron, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor; pero él les dijo: Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré. Y después de ocho días, de nuevo estaban sus discípulos dentro, y Tomás

con ellos: Vino Jesús estando las puertas cerradas, y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros. Luego dice a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos, y trae tu mano, etc. Veía y tocaba al hombre, y confesaba a Dios a quien no veía, ni tocaba. Pero por lo que veía, y tocaba, ya creía aquello sin duda; le dice Jesús:

Porque me has visto, has creído. No dijo Me has tocado, sino me has visto, porque de algún modo el sentido general es la vista. Pues también por los otros cuatro sentidos suele nombrarse, como cuando decimos: Oye y ve qué bien suena, Huele y ve qué bien huele, Prueba y ve qué bien sabe, Toca y ve qué bien calienta. En todas partes sonó ve, aunque la vista propiamente no se niega que pertenece a los ojos. De donde también el mismo Señor:

Introduce, dijo, tu dedo y mira mis manos. ¿Y qué otra cosa dijo sino toca y mira? Sin embargo, él no tenía ojos en el dedo. Por lo tanto, ya sea mirando o incluso tocando. Porque me has visto, dijo, has creído, aunque se podría decir que el discípulo no se atrevió a tocar cuando él se ofrecía a ser tocado. Pues no está escrito: Y Tomás tocó, sino que ya sea mirando solamente, o incluso tocando, vio y creyó, lo que sigue proclama y encomia más la fe de los gentiles.

Bienaventurados los que no vieron, y creyeron. Usó palabras en tiempo pasado, como aquel que conocía en su predestinación lo que iba a suceder ya como hecho.

Ciertamente Jesús hizo también muchas otras señales en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre. Este capítulo de este libro indica el final. Pero se narra desde aquí cómo el Señor se manifestó en el mar de Tiberíades, y en la pesca de los peces encomendó el sacramento de la Iglesia, tal como será en la última resurrección de los muertos. Por lo tanto, creo que esto vale para encomendar, como si fuera un final interpuesto del libro, lo que sería también el prólogo de la narración que seguiría, lo que de alguna manera le daría un lugar más eminente.

La Pesca de los Apóstoles.

CAPÍTULO XXI.

Suele preguntarse sobre esta pesca de los discípulos si Pedro y los hijos de Zebedeo volvieron a lo que eran antes de ser llamados por el Señor. Pues eran pescadores cuando él les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres (Mat. XIV). Entonces lo siguieron, para adherirse a su enseñanza, dejando todo, tanto que cuando el rico se fue triste de él, a quien le había dicho: Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme (Mat. XIX), Pedro le dijo: He aquí, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido (Ibid.). ¿Qué es, entonces, que ahora, como si hubieran dejado el apostolado, se convierten en lo que eran, y repiten lo que dejaron, como si hubieran olvidado lo que oyeron, Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de los cielos (Luc. IX)? Pero si lo hubieran hecho antes de que Jesús resucitara de entre los muertos (lo cual no podían, ya que el día en que fue crucificado los mantuvo atentos hasta su sepultura, que se hizo antes del anochecer; el día siguiente era sábado, cuando, observando la costumbre de sus padres, no podían trabajar; y el tercer día el Señor resucitó, devolviéndoles la esperanza que ya no tenían en él), sin embargo, si lo hubieran hecho entonces, pensaríamos que lo hicieron por la desesperación que ocupaba sus mentes; pero ahora, después de que él se les devolviera vivo del sepulcro, después de ofrecer a sus ojos y manos no solo para ser visto, sino también

tocado y palpado la verdad más evidente de la carne resucitada, después de ver los lugares de las heridas, hasta la confesión del apóstol Tomás, quien había predicho que no creería de otra manera, después de recibir el Espíritu Santo por su insuflación, después de las palabras pronunciadas en sus oídos por su boca: Como el Padre me envió, yo también os envió: a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, y a quienes se los retengáis, les son retenidos, de repente se convierten, como eran, no en pescadores de hombres, sino de peces? A estos, por lo tanto, que se ven movidos por esto, se les debe responder que no se les prohibió buscar su sustento necesario con su arte, lícita y permitida, manteniendo la integridad de su apostolado, si en algún momento no tenían otra cosa de la que vivir. A menos que alguien se atreva a pensar o decir que el apóstol Pablo no pertenecía a su perfección, quienes, dejando todo, siguieron a Cristo, ya que para no gravar a ninguno de aquellos a quienes predicaba el Evangelio, sostenía su sustento con sus propias manos (II Tes. II). Donde más se cumplió lo que dijo: Trabajé más que todos ellos (I Cor. XV); y añadió: No yo, sino la gracia de Dios conmigo (Ibid.). Para que también esto se atribuya a la gracia de Dios, que tanto en mente como en cuerpo podía trabajar más que todos ellos, para que ni dejara de predicar el Evangelio, ni, sin embargo, se sustentara de él, como ellos, cuando lo sembraba mucho más ampliamente y fértilmente entre tantas naciones donde el nombre de Cristo no había sido profetizado. Donde mostró que vivir del Evangelio, es decir, tener sustento, no era una necesidad impuesta a los apóstoles, sino un poder dado. Este poder lo recuerda el mismo Apóstol diciendo: Si nosotros os sembramos lo espiritual, ¿es gran cosa si cosechamos lo material de vosotros? Si otros participan de este poder sobre vosotros, ¿no más nosotros? Pero no hemos usado, dijo, este poder (I Cor. IX). Y poco después: Los que sirven al altar, participan del altar. Así también el Señor ordenó a los que anuncian el Evangelio, que vivan del Evangelio. Pero yo no he usado ninguno de estos (Ibid.). Por lo tanto, es bastante claro que no se les impuso, sino que se les dio a los apóstoles la potestad de no vivir de otra cosa que del Evangelio, y de cosechar lo material de aquellos a quienes, predicando el Evangelio, sembraban lo espiritual, es decir, tomar el sustento de esta carne, y como soldados de Cristo recibir el estipendio debido, como de los provinciales de Cristo. De donde el mismo soldado ilustre dijo un poco antes sobre este asunto. ¿Quién milita alguna vez a sus propias expensas (I Cor. IX)? Lo cual, sin embargo, él mismo hacía, porque trabajaba más que todos ellos. Si, por lo tanto, el bienaventurado Pablo, para que no usara con los demás el poder que ciertamente tenía con los demás predicadores del Evangelio, sino que militara a su propio costo, para no ofender a las naciones completamente ajenas al nombre de Cristo, como si su doctrina fuera venal, aprendió un arte que no conocía, para que, mientras el doctor se sostenía con sus propias manos, ningún oyente se viera gravado; cuánto más el bienaventurado Pedro, que ya era pescador, hizo lo que sabía, si en ese momento presente no encontró otra cosa de la que vivir. Pero alguien responderá: ¿Y por qué no encontró, cuando el Señor había prometido diciendo: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mat. VI)? En verdad, incluso así el Señor cumplió lo que prometió. Pues, ¿quién más puso los peces que se capturaron, quien no por otra razón se cree que les impuso la penuria, que los obligó a ir a pescar, sino que queriendo mostrar el milagro dispuesto, para que al mismo tiempo alimentara a los predicadores de su Evangelio, y aumentara el mismo Evangelio con tan gran sacramento que se iba a encomendar con el número de peces?

Dijo entonces Simón Pedro: Voy a pescar. Le dijeron los que estaban con él: Vamos nosotros también contigo. Y salieron, y subieron a la barca, y aquella noche no pescaron nada, hasta que, a pesar de ser tantos, no se rompió la red. Este es un gran sacramento en el gran Evangelio de Juan, y para que se recomendara con más fuerza, fue escrito en el último lugar.

Que, por tanto, fueran siete los discípulos en esta pesca, Pedro, Tomás, Natanael, los dos hijos de Zebedeo, y otros dos cuyos nombres no se mencionan, con su número de siete significan la fe del tiempo. Pues el tiempo se desarrolla en siete días. A esto se refiere que, al amanecer, Jesús estaba en la orilla, porque también la orilla es el fin del mar, y por eso significa el fin del mundo. El mismo fin del mundo lo muestra también el hecho de que Pedro sacó la red a tierra, es decir, a la orilla: lo que el mismo Señor explicó cuando en otro lugar dio la semejanza de la red echada al mar, y dijo que la arrastran a la orilla. Explicando qué es la orilla, dijo: Así será en la consumación del siglo (Mateo XIII). Pero aquella es una parábola de palabra, no de hecho. Sin embargo, en el hecho, como en este lugar, el Señor significó cómo será en el fin del mundo, y en otra pesca significó cómo es ahora la Iglesia. Pero lo que hizo al principio de su predicación, esto lo hizo después de su resurrección, mostrando que aquella captura de peces significa a los buenos y malos que ahora tiene la Iglesia, y esta solo a los buenos, que tendrá eternamente completada en el fin de este mundo con la resurrección de los muertos. Por lo tanto, allí el Señor no estaba en la orilla como aquí, cuando ordenó capturar peces, sino que subió a una barca que era de Simón, le pidió que la alejara un poco de la tierra; y sentado en ella enseñaba a las multitudes. Cuando cesó de hablar, dijo a Simón: Lleva la barca mar adentro, y echad vuestras redes para pescar (Lucas V). Y allí lo que se capturó de peces fue en las barcas, no como aquí que arrastraron la red a tierra. Con estos signos, y si se pueden encontrar algunos otros, allí la Iglesia está figurada en este siglo, y aquí en el fin del siglo: por eso aquello fue antes, y esto después de la resurrección del Señor, porque allí Cristo nos significó llamados, aquí resucitados. Allí las redes no se echan a la derecha, para no significar solo a los buenos; ni a la izquierda, para no significar solo a los malos, sino indiferentemente: Echad, dijo, vuestras redes para pescar, para que entendamos que están mezclados buenos y malos. Aquí, sin embargo: Echad, dijo, la red a la derecha de la barca, para significar a los que están a la derecha, solo a los buenos. Allí la red se rompía para significar los cismas; aquí, sin embargo, porque entonces ya en aquella suma paz de los santos no habrá cismas, correspondió al evangelista decir: Y a pesar de ser tantos, es decir, tan grandes, no se rompió la red, como si mirara a aquella donde se rompió, y en comparación con aquel mal recomendara este bien. Allí se capturó tal multitud de peces, que llenaron dos barcas y se hundían, es decir, se presionaban hacia el hundimiento. Pues, ¿de dónde existen en la Iglesia tantas cosas que lamentamos, sino cuando no se puede resistir a tanta multitud, que entra con sus costumbres completamente ajenas al camino de los santos, casi para sumergir la disciplina? Aquí, sin embargo, echaron la red a la derecha, y ya no podían arrastrarla por la multitud de peces. ¿Qué significa, y ya no podían arrastrarla, sino que aquellos que pertenecen a la resurrección de la vida, es decir, a la derecha, y mueren dentro de las redes del nombre cristiano, solo aparecerán en la orilla, es decir, al final del siglo, cuando hayan resucitado? Por eso no pudieron arrastrar las redes de tal manera que devolvieran a la barca los peces que habían capturado, como se hizo con aquellos donde la red se rompió, y las barcas fueron presionadas. La Iglesia tiene a estos de la derecha después del fin de esta vida en el sueño de la paz, como ocultos en el profundo, hasta que la red llegue a la orilla, que se arrastraba como a doscientos codos. Lo que allí se figuró con dos barcas, por la circuncisión y el prepucio, aquí en este lugar lo considero figurado por doscientos codos por los elegidos de ambos géneros, de la circuncisión y del prepucio, como cien y cien, porque en la suma el número centenario pasó a la derecha. Finalmente, en aquella pesca no se expresa el número, como si allí se hiciera lo que fue predicho por el Profeta: Anuncié y hablé; se multiplicaron más allá del número (Salmo XXXIX). Aquí, sin embargo, no hay algunos más allá del número, sino que el número es cierto, ciento cincuenta y tres. La razón de este número, con la ayuda del Señor, debe ser dada. Pues si establecemos un número que signifique la ley, ¿qué serán sino diez? Porque es certísimo para nosotros que el Decálogo de la ley, es decir, aquellos diez últimos preceptos, fueron primero escritos por el dedo de Dios

en dos tablas de piedra (Éxodo XXXI). Pero la ley, cuando no es ayudada por la gracia, hace transgresores, y está solo en la letra. Por esto principalmente dice el Apóstol: La letra mata, pero el espíritu vivifica (I Corintios III). Que, por tanto, se añada el espíritu a la letra, para que la letra no mate, sino que vivifique el espíritu; para que obremos los preceptos de la ley, no con nuestras fuerzas, sino con la gracia del Salvador. Pero cuando se añade la gracia a la ley, es decir, el espíritu a la letra, de alguna manera al número diez se añade el siete. Pues este número, es decir, el siete, los documentos de las sagradas letras atestiguan que significa el Espíritu Santo. Porque la santidad o la santificación pertenece propiamente al espíritu. Por eso, aunque el Padre es espíritu, y el Hijo es espíritu, porque Dios es espíritu (Juan IV), y el Padre es santo, y el Hijo es santo, sin embargo, con el nombre propio de ambos, el Espíritu se llama Espíritu Santo. ¿Dónde, pues, sonó primero la santificación en la ley, sino en el séptimo día? Pues Dios no santificó el primer día, en el que hizo la luz, ni el segundo, en el que hizo el firmamento, ni el tercero, en el que separó el mar de la tierra, y la tierra produjo hierba y árbol, ni el cuarto, en el que fueron creados los astros, ni el quinto, en el que los animales que viven en las aguas y vuelan en el aire, ni el sexto, en el que el alma viva terrestre, y el mismo hombre; sino que santificó el séptimo día, en el que descansó de sus obras (Génesis II). Por lo tanto, convenientemente el número siete significa el Espíritu Santo. El profeta Isaías dice: Reposará sobre él el espíritu del Señor (Isaías XI), y luego lo recomienda por su obra o don de siete maneras, diciendo: Espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad; y lo llenará el espíritu de temor del Señor (Isaías XI). ¿Qué? ¿No se dice en el Apocalipsis que son siete los espíritus de Dios (Apocalipsis I), siendo uno y el mismo espíritu, distribuyendo a cada uno según quiere (I Corintios XII)? Pero la operación de siete maneras de un solo espíritu fue llamada así por el mismo espíritu que asistió al que escribía, para que se dijera que eran siete espíritus. Por lo tanto, cuando al número diez de la ley se añade el Espíritu Santo por el número siete, se hacen diez y siete: este número, creciendo desde uno hasta sí mismo sumando todos, llega hasta ciento cincuenta y tres. Pues si al uno le añades dos, se hacen tres: si a estos les añades tres, y cuatro, se hacen todos diez. Luego, si añades todos los números que siguen, hasta diez y siete, la suma llega al número mencionado. Es decir, si al diez al que habías llegado desde uno hasta cuatro, le añades cinco, y se hacen quince; si a estos les añades seis, y se hacen veintiuno; si a estos les añades siete, y se hacen veintiocho, si a estos les añades ocho, y nueve y diez, y se hacen cincuenta y cinco; si a estos les añades once y doce y trece, y se hacen noventa y uno; si a estos nuevamente catorce y quince y dieciséis, y se hacen ciento treinta y seis; a este número añade el que resta del que se trata, es decir, diez y siete, y se completará el número de los peces. Por lo tanto, no solo ciento cincuenta y tres santos que resucitarán a la vida eterna son significados, que este número tiene también tres veces el número cincuenta, y además esos tres por el misterio de la Trinidad. Pero el número cincuenta se completa multiplicando siete por siete, y añadiendo uno. Pues siete veces siete son cuarenta y nueve. Se añade uno, para que se signifique que hay uno que se muestra por siete, por la operación de siete maneras. Y sabemos que el Espíritu Santo fue enviado el quincuagésimo día después de la ascensión del Señor, que los discípulos fueron ordenados a esperar la promesa (Hechos I, II; Lucas XXIV). Por lo tanto, no en vano se dice que estos peces son tantos y tan grandes, es decir, ciento cincuenta y tres, y grandes. Pues así está escrito: Y arrastraron la red a tierra, llena de grandes peces ciento cincuenta y tres. Pues cuando el Señor dijo: No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mateo V), iba a dar el Espíritu, por el cual la ley puede ser cumplida, como si fuera a añadir siete a diez, con muy pocas palabras interpuestas, dijo: Quien, por tanto, quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos (Mateo V). Este, por tanto, podrá pertenecer al número de los peces grandes; pero aquel más pequeño, que quebranta con hechos lo que enseña con palabras, puede estar en tal Iglesia,

como la que significa la primera captura de peces, teniendo buenos y malos, porque también se llama reino de los cielos, por lo que dice: El reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, y que recoge de toda clase de peces (Mateo XIII), donde quiere que se entienda también buenos y malos, que dice que serán separados en la orilla o al final del siglo. Finalmente, para mostrar que estos más pequeños son reprobos, que enseñan bien hablando, lo que quebrantan viviendo mal, y no como si fueran a ser los más pequeños en la vida eterna, sino que no estarán allí en absoluto, cuando dijo: Será llamado el más pequeño en el reino de los cielos (Mateo V), inmediatamente añadió: Pero os digo que si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mateo V). Por lo tanto, es consecuente que quien es el más pequeño en el reino de los cielos como es ahora la Iglesia, no entre en el reino de los cielos como será entonces la Iglesia, porque enseñando lo que quebranta, no pertenecerá a la sociedad de aquellos que hacen lo que enseñan; y por eso no estará en el número de los peces grandes, porque quien haga y enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos (Mateo V); y porque aquí será grande, por eso allí aquel más pequeño no estará. Pues allí serán tan grandes, que quien allí sea menor, será mayor que aquel que aquí nadie es mayor. Pero sin embargo, aquí los que son grandes, es decir, los que en este reino de los cielos donde la red recoge buenos y malos, hacen las cosas buenas que enseñan, ellos serán en aquella eternidad del reino de los cielos mayores, que estos peces indican pertenecientes a la derecha, y a la resurrección de la vida. También puede, si se considera este número, ocurrir a la santidad de la Iglesia, que fue hecha por nuestro Señor Jesucristo, que como el número siete consta de la criatura, cuando el número tres se atribuye al alma, y el número cuatro al cuerpo, se significa la misma asunción del hombre, y se llevan tres veces siete, porque el Padre envió al Hijo, y el Padre está en el Hijo, y por el don del Espíritu Santo nació de la virgen. Estos son tres, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Pero siete veces el mismo hombre asumido en la dispensación temporal, para que se hiciera eterno. Por lo tanto, se hace la suma del número veintiuno, o tres veces siete. Pero esta asunción del hombre valió para la liberación de la Iglesia, de la cual él es la cabeza. Y la misma Iglesia, por el alma y el cuerpo, se encuentra en el mismo número siete. Por lo tanto, se llevan veintiuno nuevamente siete veces por aquellos que son liberados por el hombre del Señor, y se hacen juntos CXLVII, al que se añade el número seis, signo de perfección, porque consta de sus partes que lo miden, de tal manera que no se encuentra nada menos, nada más. Pues lo mide uno que tiene seis veces, y dos, que tiene tres veces, y tres, que tiene dos veces, que juntos multiplicados uno, y dos, y tres, hacen seis. Lo que tal vez también pertenezca a aquel sacramento, que Dios completó todas sus obras en el sexto día (Génesis II). Por lo tanto, si al ciento cuarenta y siete le añades seis, que es el signo de la perfección, se hacen ciento cincuenta y tres: que es el número de peces que se encuentra después de que por orden del Señor se echaron las redes a la derecha, donde no se encuentran los pecadores que pertenecen a la izquierda. Por lo tanto, el Señor, después de haber pasado cuarenta días con sus discípulos después de la resurrección, es decir, recomendándoles lo que se hizo temporalmente por nosotros, ascendió al cielo, y después de otros cuarenta días envió al Espíritu Santo, para que fueran perfeccionados espiritualmente para captar las cosas invisibles, que habían creído en las visibles y temporales, indicando con esos mismos diez días, después de los cuales envió al Espíritu Santo, la misma perfección que se confiere por el Espíritu Santo, con el número diez. Por lo tanto, porque la perfección que se hace por el Espíritu Santo, mientras aún caminamos en la carne, aunque no vivamos carnalmente, se une con la misma dispensación temporal, parece correcto que el número cincuenta pertenezca a la Iglesia, pero ya purificada y perfeccionada, que abraza con caridad la fe de la dispensación temporal, y la esperanza de la eternidad futura, es decir, como si uniera el número cuarenta con el número diez. Pero esta Iglesia, a la que pertenece el número cincuenta, porque se elige de tres géneros de hombres, judíos, gentiles, y cristianos carnales, o porque se imbuje del

sacramento de la Trinidad, llega al número centenario y cincuenta; pues cincuenta llevados tres veces hacen ciento cincuenta; a lo que cuando le añades esos mismos tres, porque debe ser insigne y eminente, que en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo se lava en el baño de la regeneración, se hacen ciento cincuenta y tres; que es el número de peces que se encuentra, porque se echaron las redes a la derecha, y por eso tiene grandes, es decir, perfectos, y aptos para el reino de los cielos; donde ya descansando la dispensación, que se significa por el número cuarenta, queda el diez, que es la recompensa que los santos que trabajan en la viña recibirán. Pues después de aquella pesca, Jesús les dijo:

Venid, comed. Y ninguno de los que estaban sentados se atrevía a preguntarle, ¿Tú quién eres? sabiendo que era el Señor. Si, por tanto, sabían, ¿qué necesidad había de preguntar? Pero si no había necesidad, ¿por qué se dijo No se atrevían, como si fuera necesario, pero por algún temor no se atrevieran? El sentido, por tanto, es este: Era tal la evidencia de la verdad con la que Jesús aparecía a esos discípulos, que ninguno de ellos no solo se atrevía a negar, sino ni siquiera a dudar, porque si alguno dudara, ciertamente debería preguntar. Así, por tanto, se dijo: Nadie se atrevía a preguntar. ¿Tú quién eres? como si se dijera: Nadie se atrevía a dudar de que él era.

Y vino Jesús, y tomó el pan, y se lo dio, y el pescado igualmente. He aquí que también se dijo qué comieron; de esta comida diremos algo suave y saludable también nosotros, si nos alimenta también a nosotros. Arriba se narró que estos discípulos cuando descendieron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima, y pan. Donde no se debe entender que también había pan puesto sobre las brasas, sino que solo se debe entender que vieron: que si repetimos esta palabra desde el lugar donde se debe entender, así se puede decir todo: Vieron brasas puestas, y un pez encima, y vieron pan. O más bien así: Vieron brasas puestas, y un pez encima, y vieron también pan. También, por orden del Señor, trajeron de los peces que ellos mismos habían capturado. Que lo hicieron, aunque no fue expresado por el narrador, sin embargo, no se calló que el Señor lo ordenó; pues dijo: Traed de los peces que ahora habéis capturado. Y ¿quién creería que no lo hicieron por orden de él? De aquí, por tanto, el Señor hizo la comida para esos siete discípulos suyos, del pez, a saber, que vieron puesto sobre las brasas, añadiendo a este de aquellos que habían capturado. Del pan, sin embargo, no menos se narró que lo vieron. El pez asado, Cristo es el que sufrió: él mismo es también el pan que descendió del cielo. A este se incorpora la Iglesia para participar de la bienaventuranza eterna. Por eso se dijo: Traed de los peces que ahora habéis capturado, para que todos los que tenemos esta esperanza, por ese número de siete discípulos, por el cual en este lugar puede entenderse figurada nuestra universalidad, supiéramos que participamos de tan gran sacramento, y nos asociamos a la misma bienaventuranza. Esta es la comida del Señor con sus discípulos, con la que Juan concluye su Evangelio, teniendo de Cristo otras muchas cosas que decir, grandes, como creo, y con la contemplación de cosas grandes. Pues aquí se significa la Iglesia como será en los solos buenos, por la captura de ciento cincuenta y tres peces y para aquellos que creen, esperan, aman, la participación de tan gran bienaventuranza por esta comida.

Este es ya el tercer día, dice, que Jesús se manifestó a sus discípulos después de haber resucitado de entre los muertos. Esto no se refiere a las mismas manifestaciones, sino a los días, es decir, el primer día cuando resucitó, y después de ocho días cuando el discípulo Tomás vio y creyó, y hoy cuando hizo esto de los peces. No se ha dicho después de cuántos días lo hizo. Pues en el mismo primer día no fue visto una sola vez, como lo demuestran los testimonios de todos los evangelistas reunidos, sino que, como se ha dicho, deben contarse sus manifestaciones, para que esta sea la tercera. La primera debe considerarse la misma y

única, por el mismo día cuantas veces se mostró, y a quienesquiera que se mostró, en el día en que resucitó; la segunda después de ocho días; y esta la tercera; y luego cuantas veces quiso, hasta el día cuadragésimo, cuando ascendió al cielo, aunque no todo está escrito.

Cuando, pues, hubo comido, dice a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? etc. Este es el desenlace que encontró aquel negador, y amante elevado por la presunción, derribado por la negación, purificado por el llanto, probado por la confesión, coronado por el sufrimiento. Este es el desenlace que encontró, para que por su nombre muriera con amor perfecto, con quien había prometido morir con apresuramiento perverso. Hará, fortalecido por su resurrección, lo que inmaduro prometía siendo débil. Pues era necesario que primero Cristo muriera por la salvación de Pedro, y luego Pedro por la predicación de Cristo. Fue un desorden lo que comenzó a atreverse la temeridad humana, cuando la verdad había dispuesto este orden. Pedro pensaba que pondría su vida por Cristo, siendo liberado por el libertador, cuando Cristo había venido a poner su vida por todos los suyos, entre los cuales estaba también Pedro, lo cual ya se ha cumplido. Ahora ya se debe tomar la firmeza del corazón para aceptar la muerte por el nombre del Señor, no presumir erróneamente de nosotros mismos. Ahora es cuando no debemos temer la muerte de esta vida, porque, al resucitar el Señor, ha precedido el ejemplo de la otra vida. Ahora es, Pedro, cuando no debes temer la muerte: vive aquel a quien llorabas muerto; y a quien por nosotros prohibías morir por amor carnal, te atreviste a adelantarte al maestro, temiste a su perseguidor. Ya con el precio derramado por ti, ahora es cuando debes seguir al comprador (Mat. XVI), y lo seguirás completamente hasta la muerte de cruz. Has escuchado sus palabras, a quien ya has probado veraz. Él mismo predijo que sufrirías, quien te había predicho que negarías. Pero primero el Señor pregunta lo que sabía, no una vez, sino dos y tres veces, si Pedro lo ama; y no escucha otra cosa tantas veces de Pedro, que ser amado; y no encomienda otra cosa tantas veces a Pedro, que apacentar sus ovejas. Se devuelve a la triple negación una triple confesión para que la lengua no sirva menos al amor que al temor, y no parezca que la muerte inminente ha sacado más de la voz que la vida presente. Así el deber del amor, apacentar el rebaño del Señor, si fue indicio de temor negar al pastor. Quienes apacientan las ovejas de Cristo con el ánimo de querer que sean suyas, no de Cristo, se convencen de amar a sí mismos, no a Cristo, por deseo de gloriarse, de dominar, o de adquirir, no por caridad de obedecer, socorrer y agradar a Dios. Contra esto, pues, vela tantas veces esta voz inculcada de Cristo, a quienes el Apóstol lamenta que buscan lo suyo, no lo de Jesucristo (Filip. II). ¿Acaso es otra cosa Diligis me? pasce oves meas, que si se dijera: Si me amas, no a ti, piensa en apacentar mis ovejas; y apaciéntalas como mías, no como tuyas; busca mi gloria en ellas, no la tuya; mi Señor, no el tuyo; mis ganancias, no las tuyas; no estés en la sociedad de aquellos que pertenecen a los tiempos peligrosos, amándose a sí mismos, y las demás cosas que se conectan con este inicio de males (II Tim. III). Este vicio debe ser especialmente evitado por aquellos que apacientan las ovejas de Cristo, para que no busquen lo suyo, no lo de Jesucristo, y no las destinen al uso de sus propias codicias, por las cuales fue derramada la sangre de Cristo. Cuyo amor en aquel que apacienta sus ovejas, debe crecer en tan gran ardor espiritual, que venza incluso el temor natural de la muerte, por el cual no queremos morir, y cuando queremos vivir con Cristo. Pues también el apóstol Pablo dice que tiene el deseo de ser disuelto y estar con Cristo: sin embargo, gime agobiado, y no quiere ser despojado, sino revestido, para que lo mortal sea absorbido por la vida (Filip. I). Y a este su amado el Señor.

Cuando envejezcas, dice, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras. Esto lo dijo para significar con qué muerte había de glorificar a Dios. Extenderás, dice, tus manos, es decir, serás crucificado. Para llegar a esto, otro te ceñirá, y te llevará no a

donde quieras, sino a donde no quieras. Primero dijo lo que sucedería, y luego cómo sucedería. Pues no crucificado, sino ciertamente llevado a ser crucificado, fue llevado a donde no quería. Pues crucificado, no fue a donde no quería, sino más bien a donde quería. Pues liberado del cuerpo, quería estar con Cristo; pero, si fuera posible, deseaba la vida eterna sin la molestia de la muerte: a esa molestia fue llevado sin querer, pero de ella fue sacado queriendo. Llegó a ella sin querer, pero la venció queriendo, y dejó este afecto de debilidad, por el cual nadie quiere morir, tan natural, que ni siquiera la vejez pudo quitarle al bienaventurado Pedro, a quien se le dijo: Cuando envejeczas, serás llevado a donde no quieras. Este afecto, para consolarnos, incluso el mismo Salvador lo transfiguró en sí mismo diciendo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mat. XXVI); quien ciertamente había venido a morir, y tenía la necesidad de la muerte, pero con el poder voluntario de poner su vida, y de nuevo con el mismo poder de tomarla. Pero por grande que sea la molestia de la muerte, debe vencerla la fuerza del amor, por el cual se ama a aquel que, siendo nuestra vida, también quiso soportar la muerte por nosotros. Pues si no hubiera molestia alguna o fuera pequeña la molestia de la muerte, no sería tan grande la gloria de los mártires. Pero si el buen pastor que puso su vida por sus ovejas, de esas mismas ovejas hizo tantos mártires, ¿cuánto más deben luchar hasta la muerte por la verdad, y hasta la sangre contra el pecado, a quienes se les encomienda apacentar, es decir, enseñar y gobernar las ovejas? Y por lo tanto, con el ejemplo de su pasión precediendo, ¿quién no ve que los pastores deben adherirse más al pastor imitando, si muchas ovejas también lo han imitado? bajo cuyo único pastor, en un solo rebaño, también los pastores son ovejas. Pues hizo a todos sus ovejas, por quienes sufrió por todos, porque él mismo para sufrir por nosotros se hizo oveja.

Cuando, pues, el Señor había predicho a Pedro con qué muerte había de glorificar a Dios, le dice: Sígueme, etc., hasta Pero si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? ¿Por qué se dice a Pedro Sígueme, y no se dice a los demás que estaban presentes, y ciertamente lo seguían como maestro los discípulos? Y si se entiende en cuanto a la pasión, ¿acaso solo Pedro sufrió por la verdad cristiana? ¿No estaba allí entre esos siete otro hijo de Zebedeo, hermano de Juan, que después de su ascensión fue manifestado muerto por Herodes? Pero algo se diría, ya que no fue crucificado Santiago, con razón se dijo a Pedro sígueme, quien no solo experimentó la muerte, sino también la muerte de cruz, como Cristo. Si esto y nada más conveniente se pudiera encontrar, ¿por qué entonces se dijo de Juan: Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? y se repitió, Tú sígueme, como si él no lo siguiera porque quería que permaneciera hasta que viniera? ¿Quién fácilmente creería que se dijo otra cosa, que lo que creyeron los hermanos que entonces estaban, que aquel discípulo no moriría, sino que permanecería en vida hasta que Jesús viniera? Pero esta opinión la quitó el mismo Juan, declarando con abierta contradicción que el Señor no dijo esto. ¿Por qué, pues, añadiría:

No dijo Jesús que no moriría, ¿sino para que no se aferrara a los corazones de los hombres lo que era falso? Pero quien quiera, aún puede resistir y decir que es verdad lo que dice Juan, que el Señor no dijo que aquel discípulo no moriría, pero que sin embargo fue significado con tales palabras como las que narró haber dicho; y puede afirmar que el apóstol Juan vive, y que en su sepulcro, que está en Éfeso, duerme más bien que yace muerto, y puede tomar como argumento que allí se dice que la tierra se hincha y casi hierve, y que esto se debe a su aliento, ya sea que lo afirme con constancia o con terquedad. No pueden faltar quienes crean, si no faltan quienes también afirmen que Moisés vive, porque está escrito que no se encuentra su sepulcro (Gen. XXXIV), y apareció con el Señor en el monte donde también estuvo Elías (Mat. XVII), a quien leemos que no murió, sino que fue arrebatado (IV Reg. II). Como si el cuerpo de Moisés no pudiera estar oculto en algún lugar, de modo que los hombres no

supieran dónde estaba, y de allí ser divinamente despertado por un momento, cuando con Cristo fueron vistos Elías y él, así como por un momento muchos cuerpos de santos resucitaron cuando Cristo sufrió, y después de su resurrección aparecieron a muchos en la ciudad santa, como está escrito (Mat. XXVII). Pero, ¿acaso se resuelve esta gran cuestión si por un gran milagro, como puede hacer el Omnipotente, el cuerpo vivo está en sueño bajo tierra hasta que llegue el fin del mundo? Más bien se hace más amplia y difícil, ¿por qué a su discípulo Jesús, a quien amaba más que a los demás, hasta el punto de merecer recostarse sobre su pecho, le otorgó como gran don un largo sueño en el cuerpo, cuando liberó al bienaventurado Pedro del peso de su cuerpo a través de la inmensa gloria del martirio, y le concedió lo que el apóstol Pablo dijo y escribió que deseaba, ser disuelto y estar con Cristo (Filip. I)? Pero si, como se cree más, por eso el santo Juan dijo que el Señor no dijo que no moriría, para que no se pensara que con esas palabras quiso significar eso, y su cuerpo yace inerte en su sepulcro, como el de otros muertos, queda que si realmente está allí, lo que la fama difundió sobre la tierra que continuamente se eleva al ser removida, o se hace para que de ese modo se encomiende su preciosa muerte, ya que no la encomienda el martirio (pues no lo mató un perseguidor por la fe de Cristo), o por alguna otra razón que nos es desconocida, sin embargo, permanece la cuestión de por qué dijo el Señor sobre un hombre que moriría: Si quiero que él permanezca hasta que yo venga. También en estos dos apóstoles, Pedro y Juan, ¿quién no se mueve a preguntar por qué el Señor amó más a Juan, cuando Pedro amó más al Señor? Pues dondequiera que Juan se menciona a sí mismo, para que se le pueda entender sin nombrarse, añade que Jesús lo amaba, como si solo a él amara, para que con esta señal se distinguiera de los demás, a quienes ciertamente amaba a todos. ¿Qué, entonces, sino que quería que se entendiera que era más amado cuando decía esto? lo cual está lejos de ser dicho falsamente. ¿Qué mayor indicio de su mayor amor pudo dar Jesús que permitir que un hombre, compañero de sus otros discípulos en tan gran salvación, se recostara solo sobre el pecho del Salvador? Por otro lado, que el apóstol Pedro amó más a Cristo que los demás, se pueden presentar muchos documentos; pero para no irnos lejos, en la lectura de la tercera manifestación, un poco más arriba, que precede a esta, aparece bastante claramente, donde preguntándole dijo: ¿Me amas más que estos? lo cual ciertamente sabía, y sin embargo preguntaba, para que también nosotros, que leemos el Evangelio, conociéramos el amor de Pedro hacia el Señor, tanto por la pregunta de aquel como por la respuesta de este. Pero en lo que respondió Pedro, Te amo, no añadió más que estos; respondió lo que sabía de sí mismo. Pues no podía saber cuánto lo amaba cualquier otro, ya que no podía ver el corazón de otro; pero sin embargo, al decir en las palabras anteriores: Sí, Señor, tú sabes, él mismo declaró suficientemente que el Señor, sabiendo, preguntó lo que preguntó. Sabía, por tanto, el Señor no solo que lo amaba, sino también que Pedro lo amaba más que ellos; y sin embargo, si proponemos preguntando quién de los dos es mejor, si el que ama más o el que ama menos a Cristo, ¿quién dudará en responder que el que ama más es mejor? Asimismo, si proponemos quién de los dos es mejor, si aquel a quien Cristo ama menos o aquel a quien ama más, sin duda responderemos que es mejor aquel a quien Cristo ama más. En aquella comparación que propuse primero, Pedro es preferido a Juan, pero en esta otra, Juan es preferido a Pedro. Por lo tanto, proponemos así la tercera: ¿Quién de los dos discípulos es mejor, el que ama menos a Cristo que su condiscípulo y es amado más que su condiscípulo por Cristo, o aquel a quien Cristo ama menos que a su condiscípulo? Aquí ciertamente la respuesta se detiene, y la cuestión se agranda. Sin embargo, según mi entendimiento, respondería fácilmente que es mejor quien ama más a Cristo, pero más feliz aquel a quien Cristo ama más, si pudiera ver cómo defender la justicia de nuestro libertador, que ama menos a quien más lo ama, y más a quien menos lo ama. Sin embargo, me atreveré a discutir sobre la solución de una cuestión tan grande, según las fuerzas que él mismo me haya dado. Hasta aquí ha sido propuesta, no expuesta. El comienzo de su exposición será recordar que en este cuerpo corruptible, que

pesa sobre el alma (Sab. IX), vivimos una vida miserable, pero quienes ya hemos sido redimidos por el Mediador y hemos recibido el Espíritu Santo como prenda, tenemos una vida bienaventurada en esperanza, aunque aún no la poseemos en realidad. Pero la esperanza que se ve no es esperanza; pues lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con paciencia (Rom. VIII). Así que esta vida, de la que está escrito: ¿Acaso no es una tentación la vida humana sobre la tierra? (Job. VII), en la que diariamente clamamos a Dios: Líbranos del mal (Mat. VI), el hombre se ve obligado a soportar incluso con los pecados perdonados, aunque la causa del pecado fue primero para que viniera a esta miseria; pues el castigo es más prolongado que la culpa, para que no se considere pequeña la culpa si el castigo terminara con ella. Esta es la condición lamentable, pero no reprochable, de estos días que vivimos en esta mortalidad, aunque en ellos amamos ver días buenos (Sal. XXXIII). Pues viene de la justa ira de Dios, de la que la Escritura dice: El hombre, dice, nacido de mujer, de corta vida y lleno de ira (Job. XIV). En esta ira suya, conteniendo, como está escrito, sus misericordias Dios (Sal. LXXVI), además de otros consuelos de los miserables que no cesa de ofrecer al género humano, envió a su Hijo unigénito, por quien creó todas las cosas, para que permaneciendo Dios se hiciera hombre, para que fuera mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús: en quien creyendo, por el lavacro de la regeneración, con la culpa de todos los pecados perdonada, fueran liberados de la condenación perpetua, y vivieran en fe, esperanza y caridad. Y porque incluso caminando en él, no están sin pecados, que se infiltran por la debilidad de esta vida, dio los remedios saludables de las limosnas, con los que se ayudara su oración, donde les enseñó a decir: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI). Esto hace la Iglesia con esperanza bienaventurada en esta vida penosa: de la cual el apóstol Pedro, por el primado de su apostolado, llevaba la figura de la generalidad representada. Pues lo que le pertenece propiamente, por naturaleza era un hombre, por gracia un cristiano, por gracia más abundante un mismo y primer apóstol. Pero cuando se le dijo: Te daré las llaves del reino de los cielos: lo que ates en la tierra, será atado en los cielos; y lo que desates en la tierra, será desatado en los cielos (Mat. XVI), significaba a toda la Iglesia, que en este mundo, con diversas tentaciones, como lluvias, ríos y tentaciones que la sacuden, no cae, porque está fundada sobre la roca, de donde Pedro toma su nombre. Pues no de Pedro la roca, sino Pedro de la Roca; así como no Cristo del cristiano, sino el cristiano de Cristo se llama. Por eso dijo el Señor: Sobre esta roca edificaré mi Iglesia, porque Pedro había dicho: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo; sobre esta roca, pues, dijo, que confesó, edificaré mi Iglesia. Pues la roca era Cristo (I Cor. X), sobre la cual también Pedro fue edificado. Pues nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III). Por tanto, la Iglesia que está fundada en Cristo, recibió de él las llaves del reino de los cielos en Pedro, es decir, el poder de atar y desatar pecados. Pues lo que es por propiedad en Cristo la Iglesia, eso es por significación Pedro en la roca, por la cual significación se entiende a Cristo como la roca, a Pedro como la Iglesia. Esta Iglesia, pues, que Pedro significaba, mientras vive en los males, amando y siguiendo a Cristo, es liberada de los males. Pero más bien lo sigue en aquellos que luchan por la verdad hasta la muerte. Pero a la universalidad se le dice Sígueme; por la cual universalidad sufrió Cristo, de quien dice el mismo Pedro: Cristo sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (I Ped. II). He aquí por qué se le dijo Sígueme. Pero hay otra vida inmortal, que no está en los males. Allí veremos cara a cara, lo que aquí se ve por espejo y en enigma (I Cor. XIII), cuando se progresa mucho en desear la verdad. Por tanto, la Iglesia conoce dos vidas predicadas y recomendadas divinamente, de las cuales una es en la fe, la otra en la visión; una en el tiempo de la peregrinación, la otra en la eternidad de la permanencia; una en el trabajo, la otra en el descanso; una en el camino, la otra en la patria; una en la obra de la acción, la otra en la recompensa de la contemplación; una se aparta del mal y hace el bien, la otra no tiene mal del

que apartarse, y tiene un gran bien del que disfrutar; una lucha con el enemigo, la otra reina sin enemigo; una frena las concupiscencias carnales, la otra se deleita en las espirituales; una socorre al necesitado, la otra está donde no encuentra necesitado; una perdona los pecados ajenos, para que los suyos le sean perdonados, la otra ni sufre lo que perdona, ni hace lo que pida que le sea perdonado; una discierne lo bueno y lo malo, la otra ve lo que es bueno. Por tanto, una es buena, pero aún miserable, la otra mejor y bienaventurada. Esta fue significada por el apóstol Pedro, aquella por Juan. Toda esta se lleva a cabo aquí hasta el fin de este siglo, y allí encuentra su fin; aquella se difiere para ser cumplida después del fin de este siglo, pero en el siglo futuro no tiene fin. Por eso se dice a esta Sígueme; pero de aquella: Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? tú sígueme. Pues, ¿qué es esto, según entiendo, según capto, qué es esto, sino Tú sígueme por la imitación de soportar los males temporales; él permanezca hasta que venga a dar los bienes eternos? Lo que más claramente se puede decir así: Sígame la acción perfecta, informada por el ejemplo de mi pasión, pero la contemplación iniciada permanezca hasta que venga, para ser perfeccionada cuando venga. Pues sigue a Cristo llegando hasta la muerte la pía plenitud de la paciencia; pero permanece hasta que venga Cristo, entonces se manifestará la plenitud de la ciencia. Pues aquí se toleran los males de este mundo en la tierra de los moribundos, allí se verán los bienes del Señor en la tierra de los vivientes. Pues lo que dijo: Quiero que permanezca hasta que venga, no debe entenderse como si dijera permanecer, o permanecer, sino esperar: porque lo que por él se significa, no se cumplirá ahora, sino cuando venga Cristo. Pero lo que por este se significa, a quien se le dijo, Tú sígueme, si no se hace ahora, no se llegará a lo que se espera. En esta vida activa, cuanto más amamos a Cristo, tanto más fácilmente nos liberamos del mal. Pero él mismo nos ama menos como somos ahora; y de aquí nos libera, para que no seamos siempre así. Allí, sin embargo, nos ama más, porque no tendremos lo que le desagrada, y lo que nos quite. Ni por otra razón nos ama aquí, sino para sanar, y trasladarnos de lo que no ama. Aquí, pues, menos, donde no quiere que permanezcamos; allí más, donde quiere que pasemos, y de donde no quiere que perezcamos. Que lo ame, pues, Pedro, para que seamos liberados de esta mortalidad; que sea amado por él Juan, para que seamos guardados en aquella inmortalidad. Pero esta razón muestra por qué Cristo amó más a Juan que a Pedro, no por qué Pedro amó más a Cristo que a Juan. Pues no nos ama Cristo más en el siglo futuro (donde viviremos con él sin fin) que en este, de donde nos saca, para que estemos allí siempre; y por eso no lo amaremos menos entonces, cuando seremos mejores, ya que ciertamente no podemos ser mejores sino amándolo más. ¿Por qué, entonces, Juan lo amaba menos que Pedro, si significaba aquella vida en la que debe ser amado mucho más, sino porque por eso se dijo, Quiero que permanezca, es decir, espere, hasta que venga, porque también ese amor, que entonces será mayor, aún no lo tenemos, sino que esperamos que sea futuro, para que cuando él venga, lo tengamos? Pues como dice el mismo apóstol en su Epístola: Aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III). Entonces, pues, amaremos más lo que veremos. Pero el mismo Señor, conociendo por predestinación aquella vida nuestra que será en nosotros, la ama más, para llevarnos a ella amándonos. Por tanto, porque todos los caminos del Señor son misericordia y verdad (Sal. XXIV), conocemos nuestra miseria presente, porque la sentimos; y por eso amamos más la misericordia del Señor, que queremos que se nos muestre para ser liberados de la miseria, y la pedimos y la tenemos diariamente, especialmente con el perdón de los pecados. Esto fue significado por Pedro amando más, pero menos amado, porque Cristo nos ama menos miserables que bienaventurados. Pues la contemplación de la verdad, tal como será entonces, la amamos menos, porque aún no la conocemos, ni la tenemos. Esto fue significado por Juan amando menos, y por eso tanto a ella, como a su amor en nosotros, tal como se le debe, esperando hasta que venga el Señor, pero más amado, porque lo que fue figurado por él, eso hace bienaventurado. Sin embargo,

nadie separa a estos insignes apóstoles; y en lo que significaba Juan, ambos serían. Significando, lo seguía este, permanecía aquel. Pero creyendo, ambos soportaban los males presentes de esta miseria. Ambos esperaban los futuros bienes de aquella bienaventuranza. Ni ellos solos, sino toda la santa Iglesia, esposa de Cristo, hace esto, para ser liberada de estas tentaciones, guardada en aquella felicidad: las cuales dos vidas Pedro y Juan figuraron, cada uno una, pero ambos caminaron temporalmente aquí por la fe, y ambos disfrutarán de aquella eternamente por la visión. Por tanto, a todos los santos pertenecientes inseparablemente al cuerpo de Cristo, para el gobierno de esta vida tempestuosa, para atar y desatar pecados, el primer apóstol Pedro recibió las llaves del reino de los cielos, y a todos esos mismos santos, para el seno sacratísimo y quietísimo de aquella vida, el evangelista Juan se recostó sobre el pecho de Cristo, porque ni este solo, sino toda la Iglesia ata y desata pecados; ni aquel solo bebió de la fuente del pecho del Señor las sublimes cosas de la divinidad de Cristo, y de la Trinidad y unidad de toda la divinidad, que en aquel reino se contemplarán cara a cara, pero ahora hasta que venga el Señor, se contemplan en espejo y enigma, sino que el mismo Señor difundió el mismo Evangelio por todo el orbe terráqueo para que todos sus fieles lo bebieran según su capacidad. Hay quienes han pensado, y estos ciertamente no despreciables tratadores de la sagrada escritura, que el apóstol Juan fue amado más por Cristo porque no se casó, y desde su infancia vivió castísimo. Esto no aparece claramente en las Escrituras canónicas; sin embargo, eso también ayuda mucho a la congruencia de esta sentencia, que aquella vida significada por él es donde no habrá matrimonios.

Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió esto; y sabemos que su testimonio es verdadero. Pero, dice, hay también muchas otras cosas que hizo Jesús: que si se escribieran una por una, no creo que el mundo mismo pudiera contener los libros que se habrían de escribir. No se debe creer que el mundo no pueda contener lo que en él se podría escribir por falta de espacio, sino que tal vez no podrían ser comprendidos por la capacidad de los lectores; aunque, salvaguardando la fidelidad de los hechos, a menudo las palabras parecen exceder la fe, lo cual no ocurre cuando algo que era oscuro o dudoso se expone con causa y razón, sino cuando lo que es claro se aumenta o se disminuye, sin desviarse del camino de la verdad que se debe significar, ya que así las palabras exceden el asunto que se indica, de modo que aparece la voluntad del hablante que no engaña, quien sabe hasta dónde se debe creer, y de quien, más allá de lo que se debe creer, se disminuye o se aumenta algo al hablar. A este modo de hablar se le llama con el nombre griego hipérbole, el cual, como en este lugar, se encuentra también en otros pasajes de las divinas escrituras, como es: Pusieron su boca en el cielo (Salmo LXXII), y: La cima del cabello de los que caminan en sus delitos (Salmo LXVII), y muchas cosas de este tipo, que no faltan en las Sagradas Escrituras, al igual que otros tropos, es decir, modos de locución, sobre los cuales discutiría más extensamente, si el evangelista al terminar su Evangelio no me obligara también a terminar mi discurso.